

«Máximo suspense, y un tratamiento inusual de la magia; un acercamiento completamente nuevo y apasionante.»
TAMORA PIERCE, autora *bestseller* de *The New York Times*.

LAURIE FOREST



LA
BRUJA
NEGRA

EL ECO DE SU OSCURO PODER
FLUYE POR MIS VENAS
A LA ESPERA DE SER LIBERADO

La Bruja Negra

Laurie Forest

Traducción de Laura Fernández

LA BRUJA NEGRA

Laurie Foster

UNA HISTORIA DE REBELIÓN Y ROMANCE.

UNA NOVELA DE PERSONAJES EXQUISITA, UNA MITOLOGÍA ELABORADA, UN UNIVERSO ESPECTACULARMENTE CREADO, UN DEBUT BRILLANTE QUE LUCHA A TRAVÉS DE LA FANTASÍA CONTRA EL FASCISMO Y LA XENOFOBIA.

BIENVENIDO A LA UNIVERSIDAD DE VERPAX.

Carnissa Gardner, la última Bruja Negra, rechazó a las fuerzas enemigas y salvó a su pueblo durante la Guerra del Reino. Fue una de las más grandes magas gardnerianas. Ahora, un nuevo mal se alza en el horizonte, y su nieta, Elloren, está señalada como su heredera. Pero, aunque Elloren es la viva imagen de su famosa abuela, no goza de los mismos poderes, y eso no es nada bueno en una sociedad que premia las habilidades mágicas por encima de las demás.

Cuando ve la oportunidad de cumplir sus sueños y convertirse en boticaria, Elloren se encontrará con sus hermanos en la prestigiosa Universidad de Verpax, donde podrá perseguir su propio destino, libre de la sombra del legado de su abuela. Y pronto descubrirá que la universidad, que admite a todo tipo de criaturas, incluyendo ícaros, cambiaformas, elfos y selkies, es el sitio ideal para la nieta de la Bruja Negra y su espíritu de revolución.

ACERCA DE LA AUTORA

Laurie Foster vive en las afueras de Vermont. Delante de sus bosques y con una taza de té imagina mundos posibles y sueña con cuentos de dragones, dríadas y varitas. *La bruja negra* es la primera novela de esta ambiciosa nueva serie de fantasía juvenil.

ACERCA DE LA OBRA

«Los fans de Harry Potter devorarán las más de seiscientas páginas de este libro y exigirán la secuela.»

PUBLISHERS WEEKLY

«Esta trepidante novela promulga el poder transformador de la educación, creando unos personajes muy interesantes en un universo rico y alternativo que nos ayuda a comprender mejor el nuestro.»

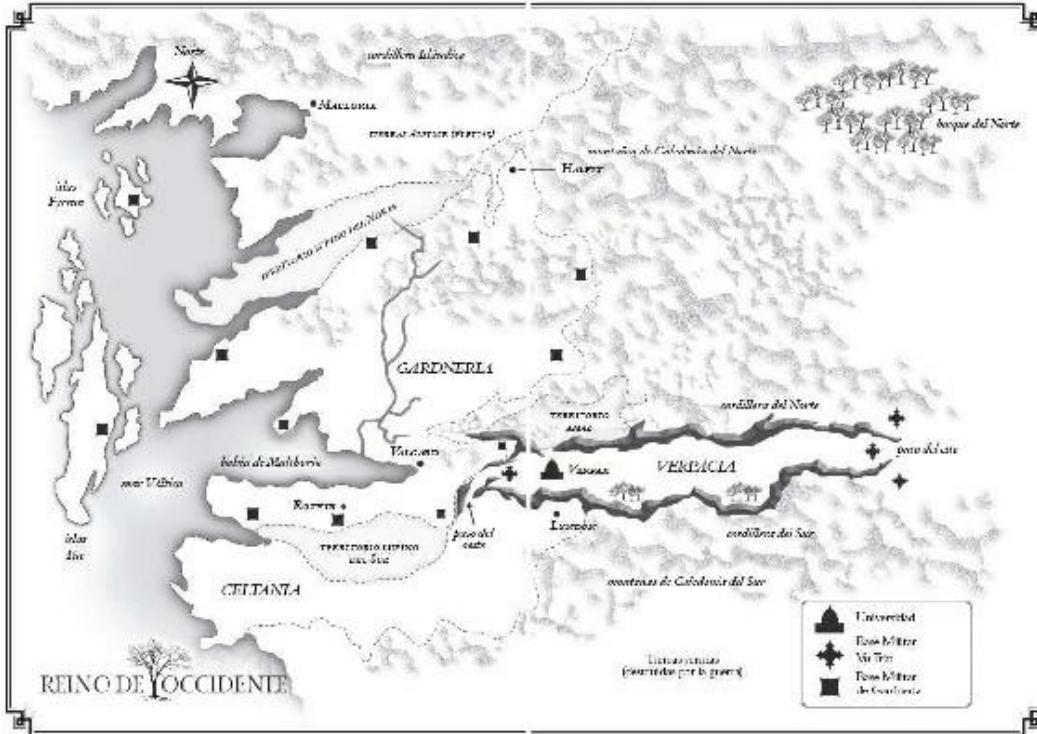
KIRKUS REVIEWS

«Nos sentimos bajo el hechizo de este rico y diverso mundo universitario a lo

Harry Potter. Preparaos para convertirlos en fans de esta nueva serie.»

JUSTINE MAGAZINE

Para mi madre, Mary Jane Sexton, artista, genio creativo e intelectual (1944-2015)



PRIMERA PARTE

Prólogo

El bosque es precioso.

Los árboles son mis amigos, noto cómo me sonríen.

Yo voy dando saltitos, pateando la pinaza seca, canturreando por lo bajo, siguiendo de cerca los pasos de mi tío Edwin, que se va volviendo de vez en cuando, me sonrío y me anima a que le siga.

Tengo tres años.

Nunca nos habíamos adentrado tanto en el bosque y estoy muy emocionada. En realidad, casi nunca paseamos por el bosque. Y el tío Edwin solo me ha traído a mí. Ha dejado a mis hermanos en casa, lejos.

Me esfuerzo por seguirle los pasos saltando por encima de las raíces enroscadas y agachándome por debajo de las ramas que cuelgan de lo alto.

Después de un buen rato, se detiene en un claro soleado en las entrañas del bosque.

—Ven, Elloren —dice mi tío—, tengo una cosa para ti.

Clava una rodilla en el suelo, se saca un palo del bolsillo de la capa y lo deja en mi minúscula mano.

«¡Un regalo!»

Es un palo especial: ligero y liviano. Cierro los ojos y en mi mente aparece una imagen del árbol al que pertenece, muy grande y con muchas ramas, iluminado por la luz del sol y enraizado en la arena. Abro los ojos y lo hago rebotar en mi mano: es ligero como una pluma.

Mi tío se saca una vela del bolsillo del pantalón, se levanta y la deja encima del tocón que tenemos al lado.

—Tienes que coger el palo así, Elloren —me indica con delicadeza agachándose, y posa la mano sobre la mía.

Yo le miro un poco preocupada.

«¿Por qué le tiembla la mano?»

Aprieto un poco más el palo y me esfuerzo por hacer lo que me pide.

—Muy bien, Elloren —dice con paciencia—. Ahora voy a pedirte que digas unas palabras divertidas. ¿Podrás hacerlo?

Asiento con énfasis. Claro que sí. Haría cualquier cosa por mi tío Edwin.

Dice las palabras. Son pocas, y yo vuelvo a sentirme orgullosa y feliz de

nuevo. Aunque son en otro idioma y me suenan muy raras, son fáciles de repetir. Lo voy a hacer muy bien y él me abrazará y quizá incluso me dé alguna de las galletas de melaza que le he visto guardarse en el chaleco antes de salir de casa.

Estiro el brazo con decisión y apunto con mi palito a la vela, tal como él me ha pedido que haga. Noto su presencia justo detrás de mí, me observa con atención para comprobar si le he entendido.

Abro la boca y empiezo a pronunciar esas palabras extrañas.

En cuanto digo las palabras algo cálido y tembloroso me sube por las piernas procedente del suelo que tengo bajo los pies.

Algo que viene de los árboles.

Me recorre una poderosa oleada de energía en dirección al palo. Siento un tirón en la mano y veo un destello cegador. Una explosión. Sale fuego de la punta del palo. De pronto, los árboles que nos rodean están envueltos en llamas. Hay fuego por todas partes. El sonido de mis gritos. Los árboles gritan en mi cabeza. El aterrador rugido del fuego. Alguien me quita el palo de la mano y lo tira. Mi tío me coge en brazos, me pega a su pecho y huye del fuego a toda prisa mientras el bosque se desmorona a nuestro alrededor.

Después de eso, mi percepción del bosque cambia.

Noto cómo los árboles se apartan y me siento incómoda. Y empiezo a evitar la naturaleza.

Con el tiempo, ese recuerdo de la infancia empieza a ser cada vez más borroso.

—Solo es un sueño —dice mi tío consolándome cuando la escena del incendio regresa a mí en la espesura de la noche—. De aquella vez que te metiste en el bosque durante una tormenta eléctrica. Piensa en cosas bonitas y vuelve a dormir.

Y yo le creo, porque él me quiere y nunca me ha dado ningún motivo para no creerle.

Incluso el bosque parece repetir sus palabras. «Vuelve a dormir», susurran las hojas en el viento. Y con el tiempo el recuerdo se desvanece, como una piedra hundiéndose en el fondo de un pozo profundo y oscuro.

En el reino de las pesadillas sombrías.

Catorce años después...

Halfix

—¡Toma, maldito ícaro!

Agacho la cabeza para mirar a mis pequeños vecinos con una sonrisa. Apoyada en la cadera llevo una cesta llena de verduras y diferentes hierbas recién recogidas, y siento la caricia de una suave brisa que anuncia la llegada del otoño y pelea por hacerse notar a través de la cálida luz del sol.

Emmet y Brennan Gaffney son unos gemelos de seis años con el pelo negro, los ojos verde bosque y esa piel ligeramente brillante tan apreciada por mi pueblo, los magos gardnerianos.

Dejan de jugar un momento y levantan la cabeza para mirarme con ilusión. Están sentados en la hierba fría bañada por el sol y tienen juguetes esparcidos por todas partes.

Entre las figurillas de madera de colores vivos están representados todos los personajes tradicionales. Los soldados gardnerianos son todos morenos, visten túnicas negras salpicadas de brillantes esferas plateadas y aguardan muy valientes empuñando sus varitas y espadas. Los chicos han alineado a los soldados sobre una piedra plana en formación militar.

También están los archivillanos habituales. Los malvados demonios ícaros tienen los ojos brillantes y sonrían con malicia, extienden las alas negras con intención de intimidar y llevan bolas de fuego en las manos. Los chicos los han alineado encima de un tronco y están intentando lanzarles rocas desde donde han apostado a los soldados con una catapulta que se han construido con palos y un cordel.

También hay algunos personajes secundarios variados: las preciosas doncellas gardnerianas con las melenas negras; malvados cambiaformas lupinos, mitad humanos, mitad lobos; elfos serpiente de escamas verdes y las misteriosas hechiceras vu trin. Son los personajes que poblaban los cuentos y canciones de mi infancia, y me resultan tan familiares como la vieja colcha de *patchwork* que tengo sobre la cama.

—¿Qué hacéis aquí? —les pregunto a los niños mirando hacia la

propiedad y la extensa plantación de Gaffney. Elissa Gaffney no suele dejar que sus hijos se alejen de casa.

—Mamá no deja de llorar.

Emmet frunce el ceño y aplasta la cabeza de un hombre-lobo contra el suelo.

—¡No lo digas! —le reprende Brennan con un grito—. ¡Papá te va a dar una buena! ¡Dijo que no se lo contáramos a nadie!

El miedo de Brennan no me sorprende. Todo el mundo sabe que Mago Warren Gaffney es un hombre duro, temido tanto por sus iguales como por los niños. Y la misteriosa desaparición de Sage, su hija de diecinueve años, le ha agriado todavía más el carácter.

Vuelvo a mirar la casa de Gaffney con preocupación.

«¿Dónde estás, Sage? —me pregunto con tristeza. Ya hace casi un año que desapareció sin dejar rastro—. ¿Qué ha podido pasarte?» Suspiro preocupada y me vuelvo hacia los chicos.

—No pasa nada —digo, tratando de tranquilizarlos—: Quedaos aquí un rato. Si queréis, incluso podéis quedaros a cenar.

Los niños se animan y parecen bastante aliviados.

—Ven a jugar con nosotros, Elloren —suplica Brennan agarrándome del dobladillo de la túnica con actitud juguetona.

Me río y alargo el brazo para alborotarle el pelo.

—Quizá más tarde. Tengo que ayudar a preparar la cena, ya lo sabes.

—¡Estamos derrotando a los ícaros! —exclama Emmet. Lanza una piedra a los monstruos para demostrármelo. El proyectil alcanza a un pequeño demonio y lo lanza rodando hacia la hierba—. ¿Quieres ver si somos capaces de arrancarles las alas?

Cojo la figura y paso el pulgar por la base sin pintar. Respiro hondo, cierro los ojos y me viene a la cabeza la imagen de un árbol enorme con la copa densa, las ramas caídas y salpicado de delicadas flores blancas.

«Espino blanco.» Qué madera tan elegante para un juguete infantil.

Abro los ojos y la imagen desaparece, me concentro de nuevo en los ojos naranja del demonio de juguete. Peleo contra la necesidad de volver a imaginar el árbol, pero ya sé que no debo recrearme en esta manía tan rara que tengo.

Me pasa a menudo. Si cierro los ojos con un pedazo de madera en la mano, veo el árbol del que salió. Con sorprendente detalle. Soy capaz de ver el lugar donde nació el árbol, oler la tierra rica y margosa que hay bajo sus

raíces, sentir el sol que salpica las ramas extendidas.

Evidentemente, he aprendido a no hablarle a nadie de esas visiones.

Una extraña fijación natural de este tipo huele a sangre fae, y el tío Edwin me ha advertido que no se lo explique a nadie. Nosotros, los gardnerianos, somos una raza de sangre pura, libres de la mancha pagana de las razas bárbaras que nos rodean. Y mi familia está integrada por los magos con la sangre más pura.

Pero yo estoy preocupada. Si eso es verdad, ¿por qué veo estas cosas? — Deberíais cuidar más vuestros juguetes —les reprendo con delicadeza mientras borro de mi cabeza lo que queda de la imagen del árbol y dejo la figura en el suelo.

Dejo atrás el ruido de las imponentes batallas de los niños y me marchó hacia la pequeña casita que comparto con el tío Edwin y mis dos hermanos. Cuando miro hacia el otro extremo del campo en dirección a los establos de la casa me sobresalto.

Hay un enorme carruaje muy elegante aparcado en la entrada. En uno de los laterales veo el blasón del Consejo de los Magos, la organización gubernamental más importante de Gardneria: es una M dorada dibujada con estilosa caligrafía serpenteante.

También veo cuatro guardias sentados comiendo algo, son la versión en tamaño real de los juguetes de Emmet y Brennan. Soldados corpulentos ataviados con túnicas negras, esferas doradas en el pecho y varitas y espadas en los costados.

Tiene que ser el carruaje de mi tía, no puede ser otro. Mi tía es miembro del Gran Consejo de Magos, y siempre viaja con un gran séquito armado.

Me recorre una oleada de excitación y acelero el paso preguntándome qué diantre puede haber traído a mi poderosa tía a la remota Halfix.

La última vez que la vi yo tenía cinco años.

Por aquel entonces vivíamos cerca de ella, en Valgard, la capital y bulliciosa ciudad portuaria de Gardneria. Pero no la veíamos casi nunca.

Un día mi tía apreció de la nada y se plantó en la tienda de violines de mi tío.

—¿Les has hecho exámenes de varita a los niños? —preguntó a su hermano con tono amable pero con una mirada fría como el hielo.

Recuerdo que intenté esconderme detrás del tío Edwin aferrándome a su túnica, fascinada por la elegante criatura que tenía delante.

—Claro, Vyvian —le contestó mi tío un tanto vacilante—. Varias veces. Miré a mi tío con sorpresa y confusión. No recordaba que me hubieran hecho ningún examen de varita, aunque sabía que se los hacían a todos los niños gardnerianos.

—¿Y qué has averiguado? —preguntó inquisidora.

—Rafe y Elloren no tienen poderes —le dijo mientras se giraba un poco y me tapaba la visión de la tía Vyvian dejándome envuelta en sombras—. Pero Trystan sí. El niño tiene algo.

—¿Estás seguro?

—Sí, Vyvian, claro.

Y a partir de entonces mi tía empezó a visitarnos.

Poco después, mi tío se cansó de vivir en la ciudad. Sin previo aviso se nos llevó a mí y a mis hermanos adonde vivimos ahora. A la minúscula Halfix. A la punta nordeste de Gardneria.

En medio de la nada.

Cuando doblo la esquina de nuestra casa oigo mi nombre por la ventana de la cocina y me paro en seco.

—Elloren ya no es una niña, Edwin.

La voz de mi tía sale por la ventana.

Dejo la cesta de verduras y hierbas en el suelo y me agacho.

—Es demasiado joven para comprometerse.

Mi tío intenta contestar con firmeza, aunque se adivina un temblor nervioso en su voz.

¿Comprometerme? Se me acelera el corazón. Ya sé que la mayoría de las chicas de mi edad están comprometidas: unidas mágicamente de por vida con algún joven. Pero aquí vivimos aislados, rodeados de montañas. La única chica que conozco que está comprometida es Sage, y ha desaparecido.

—Diecisiete es la edad tradicional.

Mi tía parece un poco exasperada.

—Me da igual que sea la edad tradicional —insiste mi tío ganando confianza—. Es demasiado joven. Es imposible que sepa lo que quiere a esta edad. No ha visto el mundo...

—Porque tú no la has dejado.

Mi tío emite un sonido de protesta, pero su hermana le interrumpe.

—No, Edwin. Lo que le ocurrió a Sage Gaffney debería servirnos de advertencia a todos. Deja que yo me ocupe de Elloren. Le presentaré a los mejores jóvenes. Y cuando esté bien comprometida con uno de ellos, me la

llevaré conmigo para que aprenda todo lo que hay que saber del Consejo de Magos. Debes empezar a tomarte su futuro en serio.

—Ya me tomo su futuro en serio, Vyvian, pero es demasiado joven para que alguien decida por ella.

—Edwin. —La suave voz de mi tía destila una nota de desafío—. Vas a obligarme a tomar las riendas de este asunto.

—Estás olvidando algo, Vyvian —replica mi tío—. Yo soy el varón de más edad de la familia y, como tal, tengo la última palabra en todo lo que concierne a Elloren; cuando yo muera será Rafe, y no tú, quien tendrá la última palabra.

Alzo las cejas al escuchar esa afirmación. Mi tío pisa terreno resbaladizo si ha decidido recurrir a ese argumento, porque sé que no está de acuerdo con lo que ha dicho. Siempre se está quejando de lo injusta que es la estructura de poder de los gardnerianos con las mujeres, y tiene razón. Hay pocas mujeres gardnerianas que tengan poder con la varita, mi poderosa abuela fue una extraña excepción. Casi todos nuestros poderosos magos son hombres, y la magia se transmite mejor entre ellos. Y eso es lo que los convierte en los soberanos, tanto en los hogares como en las tierras.

Pero el tío Edwin cree que nuestro pueblo lleva estas reglas demasiado lejos: las mujeres no tienen varita, a menos que así lo apruebe el Consejo; el hombre más anciano de la familia es quien tiene la última palabra; y el puesto más alto de nuestro gobierno, el cargo de mago mayor, solo puede ocuparlo un hombre. Además, está la mayor preocupación de mi tío: el compromiso de nuestras mujeres a edades cada vez más tempranas.

—No podrás protegerla toda la vida —insiste mi tía—. ¿Qué ocurrirá cuando tú mueras algún día y todos los hombres disponibles ya estén comprometidos?

—Lo que ocurrirá es que ella dispondrá de los medios para hacer su vida.

Mi tía se ríe. Hasta su risa es elegante. Me recuerda a una hermosa cascada. Me encantaría poder reírme así.

—¿Y cómo crees que hará su vida exactamente?

—He decidido mandarla a la universidad.

Tomo una enorme bocanada de aire y me lo quedo dentro; no puedo respirar, estoy demasiado impresionada para moverme. La pausa que se hace en la conversación me indica que, probablemente, mi tía haya tenido la misma reacción.

La Universidad de Verpax. Con mis hermanos. En un país completamente diferente. Un sueño que jamás imaginé que pudiera hacerse realidad.

—¿Y para qué la vas a mandar allí? —pregunta mi tía horrorizada.

—Para que estudie farmacia.

Me mareo de felicidad, llevo años suplicándole al tío Edwin que me mande a la universidad. Siempre he querido saber más de lo que podían enseñarme nuestra pequeña biblioteca y las hierbas del pueblo. Y siento muchísima envidia de Trystan y Rafe, que pueden estudiar allí.

La Universidad de Verpax. En la bulliciosa capital de Verpacia. Con sus laboratorios de farmacia y sus invernaderos. El legendario Ateneo Gardneriano repleto de libros. Las materias primas para uso farmacéutico llegan a los mercados de Verpacia venidas desde Oriente y Occidente gracias a que el país es la ruta central para su comercio.

Enseguida empiezo a pensar en las excitantes posibilidades que supondría para mí poder ir a la universidad.

—Oh, vamos, Vyvian —razona mi tío—. No pongas esa cara. Las ciencias farmacéuticas son una ocupación muy respetable para una mujer, y esa carrera encaja muy bien con el carácter estudioso de Elloren, le va mucho más que el Consejo de Magos. A Elloren le encanta la jardinería, preparar medicinas y todo eso. Se le da bastante bien.

Se hace un silencio incómodo.

—No me dejas más alternativa que ponerme firme —dice mi tía con un tono grave y duro—. Entenderás que no puedo poner ni un florín para pagar la universidad de Elloren si no está comprometida.

—Ya me lo esperaba —contesta mi tío con frialdad—. Por eso lo he organizado todo para que Elloren pueda pagarse los estudios trabajando en la cocina.

—¡Eso es inaudito! —exclama mi tía. Adopta un tono tenso, está muy enfadada—. Has criado a estos niños como si fueran campesinos celtas —espeta—, y, francamente, Edwin, es vergonzoso. Has olvidado quiénes somos. Jamás he escuchado hablar de una chica gardneriana, en especial de una con el linaje de Elloren, de una familia tan distinguida, que trabaje en una cocina. Eso es trabajo para los uriscos, para los celtas, no para una chica como Elloren. Sus compañeros de universidad se quedarán pasmados.

Me sobresalto asustada al notar el impacto de algo muy grande. Me doy media vuelta mientras mi hermano mayor, Rafe, se deja caer a mi lado con

una enorme sonrisa en los labios.

—¿Te he asustado, hermanita?

No entiendo cómo alguien tan alto y corpulento puede moverse con la agilidad de un gato. Supongo que su extraordinario sigilo se debe a todo el tiempo que pasa merodeando por el bosque y cazando. Es evidente que vuelve precisamente de cazar, porque lleva el arco y la aljaba colgados del hombro y un ganso muerto colgado boca abajo del otro.

Le fulmino con la mirada y levanto un dedo para hacerlo callar. La tía Vyvian y el tío Edwin han retomado su discusión sobre el tema del compromiso.

Rafe alza las cejas con curiosidad sin dejar de sonreír, y ladea la cabeza hacia la ventana.

—Ah —susurra haciendo chocar su hombro contra el mío en un gesto cargado de camaradería—. Están hablando de tu futuro romántico.

—Te has perdido lo mejor —le contesto en voz baja—. Antes estaban hablando de que tú serás mi dueño y señor el día que falte el tío Edwin.

Rafe se ríe.

—Sí, y comenzaré mi reinado con puño de hierro haciendo que hagas todas mis tareas. En especial lo de fregar los platos.

Lo miro y pongo los ojos en blanco.

—Y te comprometeré con Gareth —continúa picándome Rafe.

Abro los ojos y la boca de par en par. Gareth y yo hemos sido amigos desde niños, es como un hermano para mí. No tengo ningún interés romántico en él.

—¿Qué? —Rafe se ríe—. Hay cosas peores, ¿sabes? —De pronto le llama la atención algo que ve por encima de mi hombro y sonrío con más ganas—.

Vaya, mira quién está aquí. Hola, Gareth; hola, Trystan.

Trystan y Gareth han doblado la esquina de la casa y se están acercando a nosotros. Cuando miro a Gareth se pone rojo como un pimiento; se le ve hundido y avergonzado.

Qué vergüenza. Es evidente que ha escuchado la broma de Rafe.

Gareth es un poco mayor que yo, ya tiene veinte años, es corpulento y robusto, tiene los ojos de color verde oscuro y el pelo negro como el resto de nosotros.

Pero en su apariencia hay una diferencia notable: el pelo negro de Gareth tiene algunos mechones plateados. Es algo muy poco habitual en los

gardnerianos, y muchos lo ven como una señal de falta de pureza en su sangre. Y por culpa de eso ha sido el blanco de centenares de bromas durante toda su vida. Los niños lo llamaban «mestizo», «élfico» y «sangre fae». Gareth es hijo de un capitán de barco y aguanta las bromas con estoicismo; a menudo buscaba el consuelo que le proporcionaba estar con su padre en el mar. O aquí, con nosotros.

Me sonrojo. Quiero a Gareth como a un hermano. Pero, desde luego, no quiero comprometerme con él.

—¿Qué estáis haciendo? —pregunta mi hermano pequeño Trystan, que no entiende qué hacemos Rafe y yo de cuclillas debajo de la ventana.

—Estamos espionando —susurra Rafe con diversión.

—¿Por qué?

—Están a punto de comprometer a Ren —contesta Rafe.

—No es verdad —replico mirando a Rafe con una mueca, después levanto la cabeza para mirar a Trystan presa de una felicidad embriagadora. Se me escapa una sonrisa—. Pero voy a ir a la universidad.

Trystan arquea una ceja sorprendido.

—Estás de coña.

—No —contesta Rafe con alegría.

Trystan me mira con aprobación. Sé que mi callado y estudioso hermano pequeño adora la universidad. Trystan es el único de nosotros que tiene poderes mágicos, pero también se le da muy bien fabricar arcos y flechas. Solo tiene dieciséis años y ya le han aceptado en el Gremio de Armas de los gardnerianos, y es aprendiz en el ejército.

—Eso es genial, Ren —opina Trystan—. Podremos quedar para comer.

Rafe hace callar a Trystan fingiendo seriedad y gesticula en dirección a la ventana. Este nos sigue la corriente y encoge su enjuta figura hasta agacharse. Gareth parece un poco incómodo, pero acaba haciendo lo mismo.

—Te equivocas, Edwin. No puedes mandarla a la universidad sin que primero se comprometa con alguien.

El tono dominante de mi tía está empezando a agrietarse.

—¿Por qué? —replica mi tío—. Sus hermanos no están comprometidos. Y Elloren no es ninguna tonta.

—Sage Gaffney tampoco era ninguna tonta —le advierte mi tía con un tono oscuro—. Sabes tan bien como yo que hoy día en la universidad aceptan a personajes de cualquier calaña: celtas, elfhollen..., este año tienen incluso dos ícaros. Sí, Edwin. Ícaros.

Cuando escucho esa afirmación abro los ojos como platos. ¡Demonios ícaros! ¿En la Universidad? ¿Cómo es posible? Una cosa son los campesinos celtas y los mestizos elfhollen, ¡pero ícaros! Miro a Rafe alarmada, pero él se limita a encogerse de hombros.

—La verdad es que no me sorprende —comenta mi tía disgustada—. El Consejo de Verpacia está lleno de mestizos. Igual que la mayor parte de la jerarquía universitaria. Exigen un nivel de integración absurdo y, sinceramente, es peligroso. —Suspira con frustración—. Marcus Vogel arreglará esa situación en cuanto lo nombren Gran Mago.

—Si es que ocurre, Vyvian —le rebate mi tío—. Quizá no gane.

—Oh, ya lo creo que ganará —se jacta ella—. Cada vez tiene más apoyo.

—La verdad es que no sé qué tiene que ver todo esto con Elloren —comenta mi tío extrañamente serio.

—Pues le concierne porque podría verse arrastrada a vivir una aventura romántica completamente inapropiada que destruiría su futuro y afectaría negativamente a toda la familia. Pero si estuviera comprometida, como la mayoría de las chicas gardnerianas de su edad, podría ir a la universidad más segura...

—Vyvian —insiste mi tío—. Ya he tomado una decisión. No voy a cambiarla.

Silencio.

—Muy bien. —Suspira con desaprobación—. Ya veo que en este momento estás bastante decidido, pero por lo menos deja que la chica pase esta semana conmigo. Tiene mucho sentido, Valgard está de camino a la universidad.

—De acuerdo —claudica cansado.

—Bien —contesta ella más alegre—. Me alegro de que lo hayamos solucionado. Ahora si mi sobrina y mis sobrinos son tan amables de salir de debajo de la ventana y venir con nosotros, me encantaría poder saludarlos.

Gareth, Trystan y yo nos sobresaltamos.

Rafe se vuelve hacia mí, alza las cejas y sonrío.

La tía Vyvian

Los gemelos Gaffney pasan corriendo por mi lado cuando entro en la cocina, que ahora es un hervidero bullicioso y amigable.

Mi tía me da la espalda mientras saluda a Rafe dándole un beso en cada mejilla. Edwin le estrecha la mano a Gareth, y los gemelos están prácticamente colgados de Trystan, a quien le enseñan sus juguetes.

Vyvian suelta a Rafe, deja de admirar lo alto que está y se vuelve hacia mí con un movimiento fluido y elegante.

Cuando me ve se le ilumina la mirada, se queda de piedra y abre los ojos de par en par como si acabara de ver un fantasma.

La cocina se queda en silencio, y todos se vuelven hacia nosotras con curiosidad por ver qué pasa. El único que no parece confuso es mi tío, que ahora tiene una expresión extrañamente oscura y preocupada.

—Elloren —susurra la tía Vyvian—, eres igual que tu abuela.

Es un gran cumplido y me gustaría creérmelo. Mi abuela no solo era la maga más poderosa de mi pueblo, también se la consideraba una mujer preciosa.

—Gracias —le digo con timidez.

Mi tía desliza la mirada por mi sencilla ropa hecha en casa.

Si alguna vez ha habido alguien que pareciera fuera de lugar en nuestra minúscula cocina, esa es mi tía. Está ahí plantada, observándome, rodeada de muebles desvencijados, ollas de sopa y cocido hirviendo en el fuego y los ramilletes de hierbas secas que cuelgan del techo.

Es como un cuadro elegante colgado en el puesto que un granjero atendiera en el mercadillo.

Observo su impresionante túnica negra ajustada, la larguísima falda de seda oscura bordada con delicadas vides rizadas. Mi tía es la absoluta personalización de lo que debería ser una mujer gardneriana: melena negra larga hasta la cintura, profundos ojos verdes y los bucles de cenefas negras que decoran sus manos.

De pronto soy muy consciente de mi triste aspecto. Tengo diecisiete años y soy alta y delgada, tengo el mismo pelo negro y los mismos ojos verde bosque que mi tía, pero el parecido termina ahí. Yo visto una túnica y una falda de lana marrón sin ninguna forma, no uso maquillaje (tampoco tengo), llevo el pelo recogido en un típico moño informal y tengo un rostro anguloso, que no tiene nada que ver con las líneas suaves y hermosas del de mi tía.

Mi tía se desplaza hacia delante y me abraza, es evidente que no se siente tan conmovida por mi aspecto como yo. Me besa en ambas mejillas y se retira sin soltarme los hombros.

—No puedo creer lo mucho que te pareces a ella —dice con sorprendida admiración. La nostalgia se refleja en sus ojos—. Me encantaría que hubieras llegado a conocerla, Elloren.

—A mí también —le digo animada por su aprobación.

A la tía Vyvian le brillan los ojos de emoción.

—Era una gran maga. La mejor que ha existido. Es una herencia de la que debes estar orgullosa.

Mi tío empieza a pasearse por la cocina y va colocando tazas y platos encima de la mesa haciendo demasiado ruido. Mientras monta ese escándalo no me mira ni una sola vez, y me tiene confundida su extraño comportamiento. Gareth está pegado a la cocina de leña con sus musculosos brazos cruzados, y nos observa con atención a mi tía y a mí.

—Debes de estar cansada del viaje —le digo a mi tía sintiendo una mezcla de nervios y emoción al estar frente a su noble presencia—. ¿Por qué no te sientas y descansas? Te traeré algunas galletas y un poco de té.

La tía Vyvian se sienta a la mesa con Rafe y Trystan mientras yo voy en busca de la comida y el tío Edwin sirve té para todos.

—Elloren. —Mi tía hace una pausa para tomar un sorbo—. Sé que has escuchado la conversación que hemos tenido tu tío y yo, y me alegro. ¿Qué te parece la idea de comprometerte antes de ir a la Universidad?

—Venga, Vyvian —interviene mi tío, a quien casi se le cae la tetera—, no tiene sentido volver a sacar ese tema. Ya te he dicho que he tomado una decisión.

—Sí, sí, Edwin, pero no nos hará ningún daño saber la opinión de la chica, ¿no? ¿Tú qué dices, Elloren? Ya sabes que la mayoría de las jóvenes de tu edad ya están comprometidas, o a punto de estarlo.

Noto un repentino calor en las mejillas.

—Yo, emm... nunca hemos hablado mucho del tema.

Siento envidia de Trystan y Rafe ahí sentados y jugando con los gemelos. ¿Por qué no hablamos de Rafe? ¡Tiene diecinueve años!

—Bueno... —mi tía le lanza una mirada de desaprobación a mi tío—, pues ya deberíais haberlo hecho. Como has escuchado, vendrás conmigo cuando me marche mañana. Pasaremos las próximas semanas juntas y te explicaré todo lo que concierne al tema del compromiso y lo que sé sobre la Universidad. También te procuraremos un guardarropa nuevo mientras estemos en Valgard, y tus hermanos podrán venir a pasar uno o dos días con nosotras. ¿Qué te parece?

«Marcharme mañana. ¿A Valgard y a la Universidad?» Me pone muy nerviosa la idea de irme de la remota Halifax. Miro a mi tío, que tiene una expresión incómoda y aprieta los labios con fuerza.

—Me encantaría, tía Vyvian —contesto con educación intentando controlar mi excitación.

Gareth me lanza una mirada de advertencia y yo le miro ladeando la cabeza confundida.

Mi tía lo mira con los ojos entornados.

—Gareth —dice con tono afable—, tuve el privilegio de trabajar con tu padre antes de que se retirara como dirigente del Gremio Marítimo.

—No se retiró —la corrige con un tono desafiante—. Le obligaron a dimitir.

El silencio se adueña de la cocina, y hasta los gemelos perciben la tensión que flota en el ambiente. Mi tío busca la mirada de Gareth y mueve un poco la cabeza de un lado a otro, como advirtiéndole.

—Vaya —dice mi tía sin dejar de sonreír—, está claro que eres un hombre sincero. Quizá sea mejor que opinemos sobre política los que ya hemos terminado los estudios.

—Tengo que irme —anuncia Gareth con sequedad. Se vuelve hacia mí—. Ren, iré a visitarte cuando estés en Valgard. Quizá podamos salir a navegar.

Mi tía me está observando con atención. Me sonrojo convencida de la conclusión a la que debe de estar llegando acerca de la naturaleza de mi relación con Gareth. No quiero contestar con demasiado entusiasmo para no dar la impresión equivocada. Pero tampoco quiero herir los sentimientos de Gareth.

—Estupendo, nos vemos allí —le digo—, pero quizá no tenga tiempo para salir a navegar.

Gareth le lanza una mirada cargada de resentimiento a mi tía.

—No pasa nada, Ren. Quizá pueda llevarte a saludar a mi familia por lo menos. Sé que a mi padre le encantaría verte.

Miro a mi tía. Está tomando té con tranquilidad, pero encoge la comisura de los labios al oír mencionar al padre de Gareth.

—Me encantaría —digo con cautela—. Hace mucho que no le veo.

—Muy bien —contesta Gareth con una expresión tensa en el rostro—. Me voy.

Rafe se levanta para acompañarlo a la puerta y cuando se separa de la mesa las patas de la silla chirrían al arrastrarse por el suelo de madera.

Trystan también se levanta seguido de mi tío y los gemelos, y todos los hombres salen de la cocina. Yo me quedo sentada, un poco cohibida.

Mi tía y yo estamos solas.

Se está tomando el té tranquilamente y me observa con sus agudos e inteligentes ojos de mirada afilada.

—Gareth parece interesarse bastante por ti, querida —comenta.

Vuelvo a notar cómo el calor me trepa por la cara.

—Oh, no... no es nada de eso —tartamudeo—. Solo es un amigo.

Mi tía se inclina hacia delante y posa su elegante mano encima de la mía.

—Ya no eres una niña, Elloren. Y a partir de ahora tu futuro lo decidirán las compañías que frecuentes. —Me mira con atención, después se reclina en el respaldo de la silla y se le ilumina el rostro—. Me alegro mucho de que tu tío haya entrado por fin en razón y te deje pasar unos días conmigo. Conozco a unos cuantos jóvenes que me mueren por presentarte.

Más tarde, cuando ya hemos cenado, salgo para llevar las sobras de la cena a los pocos cerdos que tenemos. Los días son cada vez más cortos, las sombras se alargan y empieza a hacer frío.

Antes, a la luz del día, la idea de ir a la Universidad parecía una aventura excitante, pero a medida que avanza la noche, empiezo a sentirme un poco nerviosa.

Por muchas ganas que tenga de ver mundo, hay una parte de mí que disfruta de la vida tranquila que llevo aquí con mi tío, ocupándome del jardín y de los animales, preparando medicinas sencillas, construyendo violines, leyendo, cosiendo.

Tan tranquila. Tan segura.

Miro a lo lejos: más allá del jardín donde juegan los gemelos, más allá de las tierras de Gaffney y de su casa, más allá del bosque y las montañas,

que se yerguen a los lejos y, a medida que el sol se esconde por detrás de ellas, proyectan sombras oscuras sobre todo lo que hay a sus pies.

Y el bosque, el bosque salvaje.

Entorno los ojos a la lejanía y veo la curiosa forma de una bandada de enormes pájaros blancos que salen volando de la espesura. Son muy distintos a todos los pájaros que he visto en mi vida, tienen las alas gigantes, tan claras que parecen iridiscentes.

Mientras los miro me asalta un extraño presentimiento, como si la tierra se estuviera moviendo bajo mis pies.

Por un momento me olvido de la cesta llena de sobras para los cerdos que llevo apoyada en la cadera y se me caen al suelo algunos trozos de verdura, que hacen un ruido seco al aterrizar en el suelo. Bajo la vista y me agacho para recogerlas y volver a meterlas en la cesta.

Cuando me pongo derecha y vuelvo a mirar aquellos pájaros tan raros, ya se han marchado.

3

Adiós

Esa noche estoy en mi tranquilo dormitorio, suavemente iluminado por el tenue brillo del candil de encima del escritorio. Mientras preparo el equipaje, mi mano pasa por encima de una sombra y me detengo un momento para mirarla.

Como les ocurre a todos los gardnerianos, mi piel brilla un poco en la oscuridad. Es la marca de los Primeros Hijos que nos impuso el Gran Ancestro del cielo cuando nos marcó como legítimos propietarios de Erthia.

Por lo menos eso es lo que dice nuestro libro sagrado, *El Libro de la Antigüedad*.

El baúl de viaje que me ha traído la tía Vyvian está abierto encima de mi cama. De pronto me doy cuenta de que nunca me he separado de mi tío durante más de un día desde que vine a vivir con él cuando tenía tres años, después de que mis padres murieran en la Guerra del Reino.

Fue un conflicto muy violento que duró trece largos años y terminó cuando mi abuela falleció en el campo de batalla. Pero fue una guerra necesaria, pues cuando comenzó nuestros enemigos no dejaban de atacar y saquear nuestro país. Cuando terminó el conflicto, Gardneria se había aliado con los elfos alfsigr, había multiplicado por diez su extensión original y se había convertido en la zona más poderosa de la región.

Y todo gracias a mi abuela, La Bruja Negra.

Mi padre, Vale, era un soldado gardneriano de alto rango, y mi madre, Tesla, estaba visitándolo justo cuando los atacaron los celtas. Murieron juntos, y mi tío nos acogió poco después.

Mi pequeña gata blanca, Isabel, se mete en el baúl de un salto e intenta tirar de un cordel que sale de mi vieja colcha de *patchwork*. La hizo mi madre cuando estaba embarazada de mí y está unida al recuerdo más claro que tengo de ella. Cuando me envuelvo en esta colcha puedo escuchar, muy flojito, el sonido de la voz de mi madre cantándome una nana, y casi siento sus brazos rodeándome. Por muy mal día que haya tenido, no hay nada que me consuele

tanto como envolverme en esta colcha.

Es como si ella hubiera cosido su amor a la suave tela.

Junto al baúl está mi kit de boticaria, las ampollas bien alineadas en su interior, el instrumental bien ordenado y las medicinas preparadas. He heredado de mi madre esta afinidad por las plantas y las hierbas medicinales. Ella era una gran boticaria, todo el mundo conocía los tónicos creativos y los elixires que preparaba.

Junto a mis artilugios de boticaria tengo el estuche abierto con mi violín, cuya madera ambarina y lacada refleja la luz del candil. Paso los dedos por la superficie suave del instrumento.

Lo hice con mis propias manos y no pienso dejarlo aquí. Se supone que no debería saber hacer violines, pues no se permite la presencia de mujeres en los gremios musicales. Al principio mi tío no quería enseñarme, pero con el tiempo se fue dando cuenta de que yo tenía un talento natural para ello y cedió.

Me encanta todo lo que tiene que ver con la fabricación de violines. Siempre me ha atraído la madera, me relaja, y solo con tocarla puedo decir de qué tipo es, si el árbol estaba sano y qué clase de sonido emitirá. Puedo pasarme horas tallando, lijando, convirtiendo la madera en las elegantes formas de un violín.

A veces mi tío y yo tocamos juntos, en especial durante las noches de invierno, a la luz de la chimenea.

Alguien llama a la puerta con delicadeza y me aleja de mis pensamientos, cuando me vuelvo veo a mi tío en el marco.

—¿Te molesto?

La luz cálida del candil ilumina la expresión de mi tío, más suave y delicada de lo normal. Sin embargo, sus palabras destilan cierta preocupación.

—No —le contesto vacilante—. Solo estoy terminando de preparar el equipaje.

—¿Puedo pasar? —pregunta indeciso.

Asiento y me acomodo en la cama, que tiene un aspecto triste y extraño sin la colcha. Mi tío se sienta a mi lado.

—Imagino que estarás un poco confundida —dice—. Vyvian me avisó hace unos meses de que vendría a visitarnos en algún momento para hablar de tu futuro. Y yo me puse en contacto con la Universidad, por si acaso. Sabía que era posible que viniese a por ti, pero esperaba que tardara un poco

más.

—¿Por qué? —pregunto.

Tengo mucha curiosidad por saber por qué la tía Vyvian tiene este repentino interés por mí, y por qué el tío Edwin parece tan inquieto por ello.

Se frota las manos.

—Porque no creo que lo que tú tía quiere para tu futuro sea lo mejor para ti. —Hace una pausa y suspira con fuerza—. Sabes que os quiero a ti y a tus hermanos como si fuerais mis hijos.

Me apoyo en su hombro. Su chaleco de lana está rasposo. Me rodea con el brazo y me hace cosquillas con los pelos de la barba.

—He intentado cuidarte y protegerte —prosigue—, y quiero pensar que tus padres, si estuvieran aquí, entenderían las decisiones que he tomado.

—Yo también te quiero —le digo, se me quiebra la voz y se me llenan los ojos de lágrimas.

Hacía mucho tiempo que quería ver mundo, pero de pronto me estoy dando cuenta de que tardaré mucho tiempo en volver a ver a mi tío y mi amado hogar. Quizá no vuelva a verlos hasta la primavera.

—Bueno, bueno, ¿qué pasa? —me pregunta frotándome el hombro para consolarme.

—Es que todo va demasiado deprisa. —Me sorbo las lágrimas—. Quiero ir, pero... te echaré de menos. Y a Isabel también.

La gata, que quizá siente mi necesidad de consuelo, se me sube al regazo, ronronea y se frota contra mí.

«Y no quiero que te sientas solo cuando yo no esté.»

—Oh, venga —dice mi tío abrazándome con más fuerza—. No llores. Yo cuidaré bien de Isabel, y la verás muy pronto. Estarás de vuelta antes de que te des cuenta y nos explicarás un montón de aventuras.

Me enjugo las lágrimas y me retiro para mirarle. No entiendo las prisas. Siempre ha sido muy reticente a dejarme ir a cualquier parte, siempre ha querido que me quede en casa. ¿Por qué ha tomado esta decisión tan precipitada para dejarme marchar?

Puede que vea las dudas en mis ojos, porque suspira con fuerza.

—Tu tía no puede obligarte a comprometerte mientras Rafe y yo estemos aquí, pero puede decidir sobre tu escolarización, a menos que yo elija primero. Por eso lo he hecho. Tengo algunos contactos en la facultad de farmacia, y no me ha costado encontrarte plaza.

—¿Por qué no quieres que sea aprendiz en el Gran Consejo de Magos

con la tía Vyvian?

—No va contigo —explica negando con la cabeza—. Quiero que hagas algo... —vacila un momento—... algo más apacible.

Me lanza una mirada cargada de sentimiento, como si estuviera tratando de expresar alguna esperanza secreta e incluso algún peligro tácito, después alarga la mano para acariciar a Isabel, que mueve la cabeza y ronronea satisfecha.

Me lo quedo mirando confundida por ese extraño énfasis.

—Si te preguntan —dice concentrándose en la gata—, tú di que ya te hice el examen de varita y que no tienes poderes.

—Ya lo sé, pero... no me acuerdo.

—Es normal —dice distraídamente sin dejar de acariciar a la gata—. Eras muy pequeña y, como no tienes poderes, la cosa no fue muy memorable.

Trystan es el único de la familia que tiene poderes, al contrario que la mayoría de gardnerianos, que no tienen, o si los tienen son muy débiles. Trystan posee muchos poderes. Y está entrenado en armas mágicas, algo particularmente peligroso. Pero como mi tío no permite que tengamos varitas ni libros de hechizos en casa, Trystan nunca ha podido enseñarme lo que sabe hacer.

El tío Edwin me mira a los ojos y se le oscurece la expresión.

—Quiero que me prometas una cosa, Elloren —dice con un tono extrañamente impaciente—. Prométeme que no dejarás la universidad para hacer de aprendiz en el Consejo de Magos por mucho que te presione tu tía.

No entiendo por qué le da tanta importancia. Yo quiero ser boticaria, como mi madre, no tengo ningún interés en ser aprendiz en nuestro consejo.

Asiento para darle a entender mi consentimiento.

—Y si me pasa algo esperarás a comprometerte con alguien. Primero terminarás tus estudios.

—Pero no te va a pasar nada.

—No, claro que no —contesta con tono tranquilizador—. Pero prométemelo de todas formas.

En mi interior se despierta una preocupación que reconozco muy bien. Todos sabemos que mi tío no goza de muy buena salud, se fatiga con facilidad y tiene problemas en las articulaciones y los pulmones. A mis hermanos y a mí no nos gusta hablar del tema. Ha sido como un padre para nosotros durante mucho tiempo, el único que podemos recordar. La idea de perderle es demasiado dolorosa como para considerarla siquiera.

—Está bien —contesto—. Te lo prometo. Esperaré.

Al escuchar mis palabras, la expresión de mi tío parece menos tensa. Me da una palmadita cargada de aprobación en el hombro y se levanta; le crujen las articulaciones cuando lo hace. Se detiene y me posa la mano en la cabeza con afecto.

—Ve a la universidad —dice—. Aprende todo lo que puedas sobre farmacia. Y después vuelve a Halifax y practica aquí tu profesión.

Sus palabras hacen que desaparezca parte de la preocupación.

Eso suena bien. Y quizá conozca a algún joven. La verdad es que quiero comprometerme algún día. Puede que después mi pareja y yo podamos vivir en Halifax.

—De acuerdo —acepto reafirmandome.

Esto es repentino e inesperado, pero es exactamente lo que siempre he querido. Todo saldrá bien.

—Duerme un poco —me dice—. Tienes un largo viaje por delante mañana.

—Claro. Nos vemos por la mañana.

—Buenas noches. Duerme bien.

Miro cómo se marcha, su tímida y amigable sonrisa es lo último que veo antes de que cierre la puerta.

La varita blanca

Me despiertan unos fuertes golpes en la ventana. Me incorporo, miro hacia el cristal y me sorprende ver un enorme pájaro blanco posado sobre una rama que me está mirando fijamente.

Es uno de los pájaros que vi llegar volando de las montañas.

Sus alas se ven tan blancas recortadas contra la luz azul que anticipa el alba, que parecen de otro mundo.

Me levanto de la cama para comprobar cuánto puedo acercarme al pájaro antes de asustarlo, pero no llego muy lejos. En cuanto pierdo el contacto con la cama, extiende sus larguísimas alas en silencio y se marcha volando. Corro hasta la ventana, fascinada.

Todavía lo veo, sigue mirándome fijamente, como si quisiera que lo siguiera.

Está al otro lado del campo, cerca de la larguísima verja que separa nuestra propiedad de la de Gaffney.

Me visto lo más rápido que puedo y salgo corriendo, automáticamente abrumada por la extraña luz azul que lo cubre todo y transforma el paisaje que tan bien conozco en algo etéreo.

El pájaro sigue mirándome.

Camino hacia él, el extraño color de la escena me hace sentir como si estuviera en un sueño.

Cuando me encuentro bastante cerca del animal, sale volando otra vez y cruza el jardín, donde la verja que tengo a la izquierda desaparece brevemente y se interna en una densa mata de arbustos y árboles.

Lo sigo sintiendo una punzada de emoción, como si fuera una niña jugando al escondite. Doblo la esquina hasta llegar a un pequeño claro, y me sobresalto asustada cuando veo lo que hay allí: estoy a punto de salir corriendo en dirección contraria.

El pájaro blanco se ha posado en la larga rama de un árbol junto a otros dos pájaros. Justo debajo veo una figura espectral ataviada con una capa

negra y el rostro escondido en la sombra de la capucha.

—Elloren.

Reconozco su voz y me detengo justo antes de salir corriendo.

De pronto me he dado cuenta de quién es.

—¿Sage?

Estoy sorprendida y confusa al mismo tiempo, y me he asustado tanto que se me ha desbocado el corazón.

Se levanta por detrás de la valla. Es Sage Gaffney, la hija mayor de nuestro vecino.

Me acerco a su figura inmóvil con cautela, consciente de que los pájaros siguen mirándome. A medida que me aproximo empiezo a distinguir su rostro en la luz azul, y me asusta ver su demacrada y aterrorizada expresión. Siempre fue una chica agradable de aspecto saludable, una erudita universitaria hija de uno de los hombres más ricos de Gardneria. Su religiosa familia la comprometió a los trece años con Tobias Vassilis, el hijo de una familia de la zona con muy buena reputación. Sage tenía todo lo que cualquier chica de Gardneria podía soñar.

Pero desapareció poco después de ingresar en la universidad. Su familia pasó más de un año buscándola sin ningún resultado.

Y, sin embargo, aquí está, como si hubiera resucitado de entre los muertos.

—¿Do-dónde has estado? —tartamudeo—. Tus padres te han estado buscando por todas partes...

—Baja la voz, Elloren —me ordena, tiene una mirada temerosa y no para de mover los ojos de un lado a otro.

Parece serena y preparada para salir corriendo en cualquier momento, lleva un enorme saco de viaje colgado a la espalda. Algo se mueve detrás de su capa, lo lleva colgado.

—¿Qué tienes debajo de la capa? —pregunto desconcertada.

—A mi hijo —dice alzando la barbilla con aire desafiante.

—¿Tú y Tobias tenéis un hijo?

—No —me corrige con aspereza—, no es hijo de Tobias.

Dice el nombre de Tobias con tanto asco que esbozo una mueca. Lleva al niño escondido.

—¿Necesitas ayuda, Sage?

Hablo en voz baja, no quiero asustarla más de lo que está.

—Tengo que darte una cosa —susurra, y entonces busca con la mano

temblorosa algo que lleva escondido debajo de la capa.

Saca una larga varita blanca con una exquisita empuñadura esculpida, la punta es tan blanca que me recuerda a las alas de los pájaros. Enseguida aparto los ojos de la varita para mirarle la mano.

La tiene cubierta de profundas marcas ensangrentadas de latigazos que le trepan por la muñeca y desaparecen bajo la manga.

Jadeo horrorizada.

—Santísimo Gran Ancestro, ¿qué te ha pasado?

La desesperación se adueña de su mirada, pero la endurece enseguida y esboza una sonrisa amarga.

—No honré mi compromiso —susurra con sarcasmo.

Ya había escuchado historias sobre las terribles consecuencias de romper el compromiso, pero verlas...

—Elloren —suplica, el terror vuelve a asomar a sus ojos. Me acerca la varita como si quisiera que yo la cogiera—. Por favor. ¡No tenemos mucho tiempo! Se supone que debo entregártela. Quiere que la tengas tú.

—¿A qué te refieres con eso de que quiere que la tenga yo? —pregunto confundida—. Sage, ¿de dónde la has sacado?

—¡Tú cógela! —insiste—. Es muy poderosa. ¡No puedes dejar que ellos se la queden!

—¿Quiénes son ellos?

—¡Los gardnerianos!

Dejo escapar un suspiro cargado de incredulidad.

—Sage, nosotras somos gardnerianas.

—Por favor —suplica—. Por favor, cógela.

—Oh, Sage —dijo negando con la cabeza—. Yo no tengo ningún motivo para tener una varita. No tengo poderes...

—¡Eso no importa! ¡Ellos quieren que la tengas!

Gesticula con la varita hacia el árbol que tenemos encima.

—¿Los pájaros?

—¡No son solo pájaros! Son vigilantes. Aparecen en tiempos de mucha oscuridad.

Nada de esto tiene sentido.

—Sage, ven a casa conmigo. —Intento parecer lo más tranquila posible—.

Hablaremos con mi tío...

—¡No! —ruge reculando—. ¡Ya te he dicho que solo te quiere a ti! —Su

expresión se vuelve desesperada—. Es la Varita Blanca, Elloren.

De pronto siento lástima.

—Vamos, Sage, eso es un cuento para niños.

Es un mito religioso que cuentan a los niños de Gardneria. El Bien contra el Mal, la Varita Blanca contra la Varita Oscura. La Varita Blanca, una fuerza pura del bien, viene a ayudar a los oprimidos y se utilizó en antiguas batallas contra las fuerzas demoníacas, contra el poder de la Varita Oscura.

—No es solo un cuento —contesta Sage con los dientes apretados y los ojos abiertos de par en par—. Tienes que creerme. Esta es la Varita Blanca.

Vuelve a levantarla y me la acerca.

«Está loca, completamente ida.» La noto muy alterada, y quiero apaciguar sus miedos. Cedo, alargo la mano y cojo la varita.

La pálida madera de la empuñadura es suave y fría al tacto y me sorprende comprobar que no percibo ninguna imagen del árbol de origen. Me la guardo debajo de la capa y me la meto en el bolsillo.

Sage parece automáticamente aliviada, como si alguien le hubiera quitado un gran peso de encima.

Un movimiento a lo lejos me llama la atención, justo donde empieza el bosque. Veo dos figuras oscuras a caballo, pero desaparecen tan deprisa que me pregunto si se tratará de alguna ilusión óptica. Hay muchas sombras oscuras extrañas a esta hora de la mañana. Levanto la vista buscando a los pájaros blancos, y tengo que parpadear dos veces para asegurarme de que no estoy viendo cosas.

Han desaparecido. Sin hacer ni un ruido. Me doy media vuelta y los busco. No hay ni rastro de ellos.

—Se han marchado, Elloren —dice Sage, y de pronto vuelve a mirar con nerviosismo por todas partes, como si estuviera percibiendo que se avecina algún peligro. Me agarra del brazo con fuerza y me clava las uñas en la piel.

—¡Guarda el secreto, Elloren! ¡Prométemelo!

—De acuerdo —acepto con intención de tranquilizarla—. Lo prometo.

Sage suspira con fuerza y me suelta.

—Gracias. —Mira hacia mi casa—. Tengo que irme.

—Espera —le pido—. No te vayas. No sé lo que está pasando, pero quiero ayudarte.

Me mira con tristeza, como si yo fuera una completa ingenua.

—Quieren a mi bebé, Elloren —dice con la voz quebrada, y le resbala una lágrima por la mejilla.

«¿Su bebé?»

—¿Quién quiere a tu bebé?

Sage se limpia los ojos con el reverso de la temblorosa mano desfigurada y mira de reojo hacia mi casa.

—¡Ellos! —Vuelve la cabeza por encima del hombro y mira dolida en dirección a su casa—. Ojalá... ojalá pudiera explicarle a mi familia lo que está pasando. Hacerles comprender. Pero ellos quieren creer. —Frunce el ceño con más fuerza y me mira con dureza—. El Consejo viene a por él, Elloren. Creen que es uno de los malignos. Por eso está aquí tu tía.

—No, Sage —insisto—. Ha venido a convencerme para que me comprometa.

Niega con la cabeza con energía.

—No. Han venido a por mi bebé. Y tengo que marcharme antes de que lleguen.

Aparta la mirada un momento como si quisiera recomponerse desesperadamente. Vuelve a esconder la mano bajo la capa y acurruca al pequeño. Me pregunto por qué no me deja verlo.

Alargo la mano para tocarle el brazo.

—Son imaginaciones tuyas, Sage. Nadie quiere quitarte a tu bebé.

Me fulmina con una mirada cargada de enojada frustración, después niega con la cabeza como si se resignara a la locura.

—Adiós, Elloren —dice como si me tuviera lástima—. Buena suerte. — Espera... —le imploro cuando empieza a caminar junto a la valla en dirección al bosque.

Sigo sus rápidos pasos. La valla nos separa y me inclino sobre ella para alcanzarla, pero Sage se aleja y su espalda desaparece en la distancia: es una figura oscura y fantasmal que se abre camino por los retales de la niebla matinal.

La oscuridad de los árboles la engulle justo cuando sale el sol y transforma el inquietante y onírico mundo azul del alba en el claro mundo del día iluminado.

Alargo la mano por debajo de mi capa en dirección a la varita y me tiemblan los dedos esperando, en parte, que no esté, descubrir que estaba sonámbula y que me he imaginado todo lo que ha pasado. Pero entonces la noto, suave, recta y completamente real.

Corro de vuelta a casa mientras la luz del sol va ganando fuerza poco a

poco.

Estoy muy nerviosa, necesito hablar con el tío Edwin. Seguro que él sabrá qué debo hacer.

Cuando rodeo los árboles me sorprende ver a la tía Vyvian en la puerta, mirándome con una expresión indescifrable.

Siento una pequeña oleada de recelo al verla e, inmediatamente, aminoro el paso y me esfuerzo por relajarme, como si volviera de un paseo matutino cualquiera. Pero tengo la cabeza hecha un lío.

«Las marcas de las manos de Sage... eran terribles. Quizás ella tenga razón. Puede que el Consejo quiera quitarle el bebé...»

La tía Vyvian ladea la cabeza y me mira pensativa mientras me acerco.

—¿Ya lo tienes todo preparado? —me pregunta—. Nos vamos.

Me detengo algo incómoda delante de ella, no puedo pasar porque me bloquea la entrada.

—Sí, ya estoy.

No dejo de pensar en la varita y la agarro sin pensar.

Mi tía mira hacia la granja de los Gaffney.

—¿Has visto a Sage Gaffney?

Mi tía tiene una expresión abierta, como si quisiera que confiara en ella.

Estoy conmocionada. ¿Cómo sabe que está aquí?

Vuelvo a mirar hacia el bosque con el corazón desbocado.

Sage tenía razón: la tía Vyvian no ha venido solo a por mí. Es evidente que también ha venido a por ella. Pero es imposible que pretenda hacerle daño a un bebé, ¿no?

La tía Vyvian suspira.

—No pasa nada, Elloren. Ya sé que está aquí, e imagino que debe de ser muy duro verla. Está... muy preocupada. Estamos intentando ayudarla, pero... —Niega con la cabeza con tristeza—. ¿Cómo está?

Habla con un tono de preocupación maternal. Alivia parte de mi tensión.

—Está muy asustada. —No puedo frenar las palabras—. El bebé. Piensa que alguien quiere hacerle daño. Que alguien del Consejo ha venido a quitárselo.

Mi tía no parece sorprendida de oírlo. Me lanza la clase de mirada que utilizan los adultos cuando están a punto de revelar a un niño alguna verdad desafortunada de la vida.

—El Consejo se va a quedar con la custodia de su bebé.

Parpadeo sorprendida.

La tía Vyvian me posa una mano tranquilizadora en el hombro.

—El niño es deforme, Elloren. Necesita cuidados médicos, y muchas más cosas.

—¿Qué le pasa? —susurro casi sin querer saberlo.

La tía Vyvian me mira a los ojos y vacila antes de decirme algo que sé que será monstruoso.

—Elloren —comenta con seriedad— ha dado a luz a un ícaro.

Reculo al oír esa palabra. ¡No! No puede ser. Es demasiado horrible para imaginarlo siquiera. Una de esas malvadas criaturas aladas, es como dar a luz a un demonio grotesco. No me extraña que Sage no me dejara verlo.

El ruido sordo de las pezuñas de los caballos resuena en la distancia y a lo lejos veo otro carruaje del Consejo de Magos rodeando la colina hacia el valle que conduce a la finca de Gaffney. Lo siguen ocho soldados gardnerianos a caballo.

—¿No se puede hacer nada por el niño? —susurro sorprendida mientras veo cómo el carruaje y los soldados se acercan a la casa.

—El Consejo hará lo que esté en su mano, Elloren —me tranquiliza mi tía—. Le quitarán las alas y un sacerdote mago hará todo cuanto pueda para salvar el alma retorcida del niño. —Hace una pausa y me mira con aire inquisidor—. ¿Qué más te ha dicho Sage?

Es una pregunta sencilla, pero algo me detiene, una especie de miedo amorfo. Y Sage ya tiene suficientes problemas.

Es evidente que ha robado la varita. Es imposible que se trate de la varita de la que habla el mito, pero es evidente que es una varita cara. Es probable que pertenezca a Tobias.

Esperaré a que pase todo esto y después buscaré la forma de devolvérsela. Tampoco menciono que Sage se ha internado en el bosque, estoy segura de que el Consejo la encontrará enseguida por sus propios medios.

—No ha dicho mucho más —miento—. Solo lo que te he contado.

Mi tía asiente y suspira.

—Bueno, ya es suficiente. Tenemos un largo viaje por delante.

Me esfuerzo por esbozar una pequeña sonrisa de resignación y entierro el secreto de Sage en lo más profundo de mi mente, junto a lo culpable que me siento por guardarlo.

Las selkies

Miro por la ventana del elegante carruaje de mi tía y observo cómo va cambiando el paisaje, que poco a poco va dejando atrás las zonas boscosas y las granjas para dejar paso a los pueblos pequeños, donde se ven más personas a caballo. Estamos sentadas una delante de la otra en los asientos de seda verde, cada una al lado de una ventanilla. Del techo cuelga un cordel rojo con una borla en la punta del que se puede estirar para llamar la atención del conductor.

Paso los dedos con nerviosismo por la madera pulida de mi asiento y la suavidad del tacto me tranquiliza. Me viene a la cabeza una imagen del árbol del que ha salido y veo sus delicadas hojas puntiagudas brillando a la luz del sol.

Arce rojo.

Respiro hondo y dejo que la imagen del árbol me estabilice.

Mi tía lleva toda la mañana y parte de la tarde concentrada en silencio en unos documentos del Consejo de Magos que tiene sobre una mesita plegable que hay pegada a la pared.

La tía Vyvian es la única mujer que ha ocupado un puesto en nuestro Consejo de Magos. Es una de los doce magos que lo presiden, sin contar al Gran Mago. Hay que ser importante para formar parte del Consejo y, normalmente, está formado por sacerdotes poderosos o líderes de algún gremio, como Warren Gaffney, que dirige el Gremio de Agricultura. Pero la tía Vyvian goza de una posición especialmente elevada por ser la hija de la Bruja Negra.

Introduce la punta afilada de su pluma en un tintero, tiene una letra tan elegante como la de un calígrafo profesional.

Levanta la cabeza, me sonrío y termina la página en la que está escribiendo; después la mete en lo que parece un importante archivador negro de piel muy grande, con la M del Consejo de Magos grabada en la cubierta. Tras recoger la mesa se recuesta en el respaldo del asiento, se alisa la falda y

me mira.

—Bueno, Elloren —dice con un tono agradable—, hacía mucho tiempo que no nos veíamos, y mucho más desde la última vez que hablamos. Lamento mucho que tu tío dejara todo esto para el último minuto. Debe de ser muy confuso para ti, e imagino que tendrás preguntas que hacer.

Lo pensé un momento. No se me van de la cabeza las manos deformadas de Sage.

—Cuando he visto a Sage esta mañana —empiezo a decir algo vacilante—, tenía las manos lastimadas... mucho.

Mi tía parece un poco sorprendida. Suspira con fuerza.

—Elloren —dice con una expresión seria—, Sage ha abandonado a su pareja y se ha fugado con un celta.

Me quedo conmocionada. Los celtas mataron a mis padres. Estuvieron oprimiendo a mi pueblo durante generaciones. ¿Cómo es posible que la dulce y amable Sage se haya fugado... con un celta?

Mi tía me demuestra su comprensión tensando el ceño.

—Ya sé que esto debe de ser duro para ti porque eras amiga de esa chica, pero para los gardnerianos el compromiso es sagrado, y romperlo tiene graves consecuencias. —Suaviza la expresión al ver mi cara de preocupación—. No te desanimes, Elloren —dice para consolarme—. Todavía hay esperanza. Tobias está dispuesto a aceptarla de nuevo, y quizás aún haya esperanza para su hijo. El Gran Ancestro es muy compasivo cuando nos arrepentimos y le suplicamos que nos perdone.

Recuerdo la expresión desafiante de Sage y creo que será muy improbable que le pida perdón a nadie, y mucho menos a Tobias. He escondido la varita blanca de Sage dentro del forro de mi baúl de viaje para que, por lo menos, no añadan a su lista de terribles problemas el estar en posesión de una varita robada.

—Comprometerse no duele, ¿no? —le pregunto a la tía Vyvian preocupada.

Mi tía se ríe al oír mi pregunta y se inclina hacia delante para darme unas palmaditas afectuosas en la mano.

—No, Elloren. ¡No es nada doloroso! El sacerdote solo le pide a la pareja que se coja de las manos antes de agitar la varita sobre ellas y pronunciar unas palabras. No es algo que se sienta, aunque sí que te deja una marca en la mano, eso ya lo has visto.

Mi tía extiende la mano, donde tiene unas elegantes espirales negras que

se extienden hasta su muñeca.

Al contrario que mi tío, que no se casó, la mayoría de los adultos gardnerianos tienen marcas como esas en las manos y las muñecas; cada pareja comparte un diseño único influido por sus líneas de afinidad mágicas. Las suyas son bastante bonitas, y siguen intactas a pesar del paso del tiempo y de la muerte de su pareja, que falleció en la Guerra del Reino.

—No dejes que la desafortunada situación de Sage afecte tu visión del compromiso —me advierte—. El compromiso es un sacramento hermoso que nos ayuda a mantenernos puros y castos. La tentación de los malignos es muy fuerte, Elloren. El compromiso ayuda a los jóvenes como tú a conservar el camino de la virtud. Es una de las muchas cosas que nos diferencian de las razas de herejes que nos rodean. —Hace un gesto en mi dirección con las palmas de las manos hacia arriba—. Por eso me gustaría verte comprometida con alguien que te gustara, un chico que fuera adecuado para ti. Voy a dar una fiesta este fin de semana aprovechando que estás en Valgard. Si hay algún chico que te guste solo tienes que decírmelo.

Mi tía me sonrío con actitud conspiradora.

Me recorre una punzada de embriagadora expectativa.

¿Y si conozco a alguien que me guste en la fiesta de mi tía? ¿Me pediría que bailara con él? ¿O que hablara con él en algún precioso jardín? En Halfix hay muy pocos hombres jóvenes que no estén comprometidos, y no me gusta ninguno. Pensar que pueda conocer a alguien en Valgard es emocionante, y paso un buen rato soñando despierta con la idea de lo que pueda suceder.

Tardamos varios días en llegar a Valgard y paramos a menudo para cambiar los caballos, estirar las piernas y retirarnos a descansar por las noches en lujosos alojamientos. Mi tía solo elige los mejores hospedajes, nos traen toda clase de viandas deliciosas al dormitorio, hay flores frescas en las mesas y dormimos con edredones suaves rellenos de plumas.

Mientras comemos y durante los largos trayectos que hacemos en carruaje, la tía Vyvian me va hablando de las personas que ha invitado a la fiesta: los distintos jóvenes, sus talentos y sus contactos familiares, y también de las chicas a las que conoceré y con quién están comprometidas. Me habla de las esperanzas que tiene de que nombren a Marcus Vogel Gran Mago, el cargo más elevado de nuestro gobierno. El Gran Mago que tenemos ahora, Aldus Worthin, ya es mayor y se está preparando para dejar el cargo en primavera.

El nombre de Marcus Vogel me llama la atención. Recuerdo una

conversación que mi hermano Rafe tuvo con el tío Edwin acerca de ese hombre. Mi tío fue especialmente incisivo cuando calificó a Vogel de «fanático rabioso».

—La mitad del Consejo todavía apoya la idea de que Phinneas Callnan se convierta en nuestro siguiente Gran Mago —me dice la tía Vyvian con un tono seco—. Pero ese hombre no tiene sangre. Ha olvidado su fe y que nuestro pueblo estuvo a punto de ser destruido. —Sacude la cabeza con desaprobación—. Si fuera por él, estoy segura de que todos volveríamos a ser esclavos o mestizos. —Me da una palmadita en la mano como si quisiera consolarme—. No importa, Elloren. El referéndum no será hasta primavera, y Vogel cada vez tiene más apoyo.

Aparte de mi absoluta ignorancia en asuntos de política, reconozco que es muy sencillo quedarse ahí sentada y caer presa del agradable hechizo de la tía Vyvian, que se anima al percibir mi embeleso. Es una compañera de viaje maravillosa, encantadora y animada. Y pinta unos retratos tan gráficos de las personas que describe que imagino que podré reconocerlos a todos en cuanto les vea.

Parece particularmente encariñada con un joven llamado Lukas Grey, un poderoso mago de nivel cinco que no deja de ascender escalafones en el ejército de Gardneria.

—Es hijo del comandante mayor de la Guardia de Magos —me explica mientras avanzamos junto a una vista espectacular del mar Vóltico, que veo a nuestra derecha mientras el sol de última hora de la tarde ilumina las olas—.

Y se ha graduado con honores en la Universidad.

—¿Qué ha estudiado? —pregunto con curiosidad.

—Historia militar e idiomas —alardea.

Por la forma en que se le iluminan los ojos me doy cuenta de que es el chico con el que le gustaría comprometerme. Yo le sigo la corriente dudando de que ese joven tan cotizado se digne siquiera mirar a una joven tímida de Halfix. Pero me divierte escuchar sus descripciones entusiastas de todas formas.

—Solo hace tres años que terminó de estudiar y ya es primer teniente —comenta con entusiasmo—. Se rumorea que en solo un año, Lukas Grey podría ser el comandante más joven de la historia de la Guardia.

Sigue hablando durante un buen rato sobre Lukas y otros jóvenes. Mientras ella habla yo miro por la ventana y contemplo el paisaje. Los edificios de los pueblos que vamos dejando atrás son cada vez más altos, más

elegantes y están más pegados los unos a los otros, y se ven candiles encendidos para recibir el crepúsculo. Ahora vamos más despacio porque hay más carruajes en el camino y más personas a caballo. Llegamos a lo alto de una colina, cruzamos un bosque y entonces, de pronto, aparece ante nosotras: una pendiente que conduce directamente a Valgard, la capital de Gardneria.

Como si del broche de una capa elegante se tratara, la brillante Valgard rodea la bahía de Malthorin. Una hermosa puesta de sol ilumina el océano que se extiende ante nosotras y lo baña todo con los colores vivos de un buen fuego. Se ven algunos barcos repartidos por el agua. Los muelles de Valgard parecen una larga espina de pescado curvada.

La imagen de la ciudad me deja sin respiración, las luces brillan en la oscuridad incipiente, pequeños puntos de luz brotan de todas partes, como si fueran luciérnagas despertando. Nuestro carruaje se desliza por el valle y poco después ya estamos en el corazón de la capital.

Abro la ventana para ver mejor.

Me rodean varios edificios construidos con la lujosa y oscura madera de guayaco, y sus pisos, que cuanto más altos son más anchos se construyen, se apoyan sobre columnas de ébano adornadas con preciosas tallas. Por los tejados y los costados de los edificios se descuelgan frondosas espalderas color esmeralda de vides floreadas.

Cierro los ojos y respiro hondo para percibir el olor de la lujosa madera de guayaco. Para nosotros es una tradición construir las casas con esta madera.

Los diseños recuerdan a los bosques y los árboles, es un símbolo que nos recuerda que el Gran Ancestro creó nuestro pueblo a partir de las semillas de un guayaco y nos concedió el dominio de todos los árboles y los bosques.

Pasamos junto a un restaurante con mesas al aire libre repartidas por el paseo marítimo y rodeadas de árboles frutales decorativos iluminados con unos candiles cuyos cristales tienen forma de diamante. El olor de la comida se cuela en el carruaje: cordero asado, pescado frito, bandejas de patatas condimentadas.

Hay una pequeña orquesta tocando debajo de un ciruelo.

Me vuelvo hacia mi tía emocionada al escuchar aquella preciosa música.

Jamás había escuchado una orquesta.

—¿Esa es la orquesta sinfónica de Valgard?

La tía Vyvian se ríe.

—Dios, no, Elloren. Son trabajadores del restaurante. —Me observa con

divertida especulación—. ¿Te gustaría escuchar a la orquesta sinfónica mientras estás aquí?

—Me encantaría —susurro.

Hay un montón de tiendas, cafeterías y mercados. Y jamás había visto tantos gardnerianos juntos, su vestimenta oscura confiere un aire elegante y solemne a su aspecto, las túnicas de seda negra de las mujeres deslumbran con sus gemas brillantes. Ya sé que en nuestro libro sagrado pone que debemos vestir los colores de la noche para recordar nuestra larga historia de opresión, pero me cuesta mucho pensar en cosas tan tristes mientras miro a mi alrededor. Todo es maravillosamente distinguido. Siento una excitación embriagadora y un gran deseo de formar parte de ello. Agacho la cabeza para mirar mi sencilla ropa de color marrón oscuro y me pregunto qué se sentirá vistiendo algo tan elegante.

El carruaje se tambalea y giramos de golpe hacia la derecha para internarnos por una carretera más estrecha y oscura, donde los edificios no son tan bonitos como los de la carretera principal, cuesta mucho más ver a través de las misteriosas ventanas y la luz es de un apagado color rojo.

—Le he pedido al conductor que tome un atajo —me explica mi tía mientras repasa más documentos del Consejo; la piedra de luz que hay dentro del candil del carruaje brilla con más fuerza en respuesta a la oscuridad.

Me asombra ver el intenso brillo místico que desprende la piedra de luz. Las piedras de luz élficas son muy caras, y la dorada es la más rara. Solo las he visto de color verde pantanoso en los candiles exteriores que hay en la casa de Gaffney.

La tía Vyvian suspira y corre la cortina.

—Esta no es precisamente la mejor parte de la ciudad, Elloren, pero pasando por aquí acortaremos un poco el viaje. Te sugiero que cierres la ventana. No es una parte bonita. La verdad es que deberían demolerlo todo y reconstruirlo.

Me inclino hacia delante para cerrar la ventana y pasar la cortina justo cuando el carruaje se detiene. No hemos dejado de parar y arrancar desde que hemos entrado en la ciudad por culpa del tráfico.

Un segundo antes de que tire del cordel, algo impacta contra la ventana con un ruido muy fuerte: es el ala de un pájaro blanco, ha aparecido y se ha marchado tan deprisa que me quedo con la sensación de habérmelo imaginado. Pego la cara al cristal e intento encontrar al pájaro.

«¡No son solo pájaros, son vigilantes!» Las palabras de Sage me

resuenan en la cabeza.

Y entonces la veo: hay una joven a escasos metros de mí.

Es, de lejos, la persona más bella que he visto en la vida, incluso vestida con esa sencilla túnica blanca. Su larga melena plateada brilla como el sol cuando se refleja en una cascada y se derrama por su piel, tan traslúcida que es casi azul. Tiene una figura ágil y elegante, las piernas dobladas a un costado y sostiene el peso de su cuerpo con sus estilizados brazos de alabastro.

Pero lo más fascinante son sus ojos. Los tiene enormes y tan grises como un mar de tormenta. Y rebosan terror.

Está metida en una jaula. Una jaula real donde solo puede estar sentada y en la que no podría ponerse de pie aunque quisiera, y que está encima de una mesa. Dos hombres la miran mientras hablan. Al otro lado de la jaula hay dos niños que están pinchando a la chica con un larguísimo palo afilado esperando alguna reacción.

La chica no parece ni darse cuenta de que están allí. Me está mirando fijamente a mí, me ha clavado los ojos. Veo tanto pánico en su mirada que reculo debido a la fuerza de su expresión y se me desboca el corazón en el pecho.

La mujer se incorpora hacia delante, se agarra con fuerza a los barrotes de la jaula y abre la boca. Cabeceo hacia atrás sorprendida al ver cómo se le abren unas hileras de hendiduras plateadas a ambos lados de la base del cuello, y se le levanta la piel que las rodea.

Santísimo Gran Ancestro, ¡tiene branquias!

La chica suelta un graznido ensordecedor, jamás había oído nada parecido. No tengo ni idea de qué está intentando gritar, qué le ha ocurrido a su voz, pero aun así entiendo perfectamente lo que quiere decir. Me está pidiendo ayuda.

Los hombres se sobresaltan al escuchar el grito, se tapan las orejas con las manos y le lanzan una mirada de fastidio. Los niños se ríen, quizá piensen que han sido ellos quienes han provocado el grito. Vuelven a pincharla con el palo, esta vez con más fuerza. Pero ella no se inmuta. Sigue mirándome fijamente.

Clavo los ojos en el cartel de la tienda que hay encima de ella. Pone:

PERLAS DEL OCÉANO. Entonces el carruaje se tambalea y empieza a moverse y la chica desaparece.

—Tía Vyvian —grito con voz aguda—, ¡había una mujer! ¡Con...

branquias! ¡En una jaula!

Con el corazón desbocado señalo la ventana en la que estaba la mujer.

Mi tía mira rápidamente en dirección a la ventana poniendo cara de ligera repugnancia.

—Sí, Elloren —dice suspirando—. Imposible no haber oído ese grito.

—Pero, pero... qué...

Apenas consigo hablar.

—Selkies, Elloren, es una selkie —me interrumpe; es evidente que no quiere seguir hablando del tema.

Me sorprende su indiferencia.

—¡Estaba en una jaula!

Vuelvo a señalar la ventana, todavía no me creo lo que acabo de ver.

—No todo es lo que parece, Elloren —me dice con sequedad—. Vas a tener que aprenderlo si quieres ver mundo. —Me mira y observa mi preocupada expresión concluyendo, tal vez, que debe darme una explicación un poco más elaborada—. Puede que parezcan humanos, Elloren, pero no lo son.

Yo sigo teniendo clavados en la mente los ojos aterrorizados y súper humanos de esa chica.

—¿Y qué son? —pregunto todavía conmocionada.

—Son focas. Unas focas muy feroces. —Mi tía hace una pausa y se recuesta en los cojines bordados—. Hace mucho tiempo, una bruja marina hechizó a las selkies. Cuando hay luna llena se acercan a la orilla, se desprenden de su piel de foca y emergen del mar con aspecto humano. Sembraron el caos durante muchos años, atacaban a los marineros, destrozaban los barcos. Fue horrible.

—Pero parecía muy frágil.

—Ya te lo he dicho antes. Las apariencias engañan. Las selkies, cuando habitan su piel, son más peligrosas que el Mago más poderoso y, como la mayoría de las focas, son depredadoras peligrosas.

—¿Y cuando no tienen su piel?

—Muy bien, Elloren. —Mi tía parece contenta—. Has ido justo al quid de la cuestión. Sin su piel, se las puede controlar con facilidad.

—¿Por qué?

—Porque pierden la fuerza, y porque sin ella no pueden volver a transformarse en focas. Sin su piel no pueden regresar al océano. Como son animales salvajes, por mucho tiempo que pasen en forma humana, están

desesperadas por regresar al océano. No son humanos, Elloren. Solo es una ilusión. No dejes que te afecte.

—¿Pero por qué la tenían metida en una jaula?

Mi tía esboza una mueca al escuchar mi pregunta, como si acabara de detectar algún olor desagradable.

—Hay quien gusta de quedárselos... como animales de compañía.

La observo. No me está mirando. Ahora está mirando por la ventana con impaciencia.

—Pero parecía... aterrada —digo molesta.

La expresión de mi tía se suaviza.

—Bueno, nunca es agradable ver animales salvajes enjaulados. Estoy completamente en contra del comercio de selkies y estoy haciendo todo lo que puedo para acabar con esas prácticas.

Me da una palmada tranquilizadora en la mano.

Me siento un poco más aliviada.

—Hay formas mucho más efectivas de tratar a las selkies, métodos mucho más compasivos que meterlas en una jaula y obligarlas a parecer humanas — explica pensativa mientras separa los dedos de una mano para observarse las uñas.

Me alegro mucho de que piense eso. Sé que mis hermanos estarían de acuerdo. Están completamente en contra del maltrato animal. En especial Rafe, que odia ver animales salvajes enjaulados o encadenados de formas crueles.

—¿Entonces la ayudarás? —la presiono.

—Sí, sí, Elloren. Claro que sí. —Mi tía se alisa los puños de las mangas con impaciencia—. En cuanto Marcus Vogel ocupe el puesto de Gran Mago podremos poner fin a todas estas cosas.

Intento sentirme consolada por sus palabras, pero todo es muy preocupante.

Mi tía me mira.

—Pero la verdad, Elloren, es que no te he traído hasta aquí para hablar de la fauna local. Hay cosas mucho más agradables de las que hablar.

Yo asiento en silencio mientras mi tía enumera sus tiendas y lugares históricos preferidos, pero la cara de esa selkie se me queda grabada en la memoria, y soy incapaz de deshacerme del escalofrío que sé que no me abandonará durante el resto del viaje.

6

Valgard

Llegamos cuando las estrellas ya salpican el cielo y el carruaje frena delante de la casa de tres pisos de la tía Vyvian, con sus ventanales iluminados y una enorme escalinata de madera oscura que se extiende ante nosotras a modo de bienvenida.

La entrada está rodeada de exuberantes jardines y yo inspiro hondo para empapar-me de su embriagador y dulce aroma mientras el carruaje aminora el paso. Los guayacos están cargados de flores y proyectan su delicada luminiscencia azul en el camino.

Nuestro carruaje se detiene con delicadeza.

Cuando bajo veo que hay dos sirvientas uriscas a ambos lados del carruaje. Llevan el pelo liso de color violeta recogido en pulcras trenzas que dejan asomar sus orejas puntiagudas y entreveo el suave tono lavanda propio de la piel de los uriscos de clase alta. Yo nunca había visto ese color de piel, las únicas uriscas que he visto son las que trabajan en la granja de Gaffney. Esas mujeres tienen la piel, el pelo y los ojos del clásico color rosado de las clases bajas de los uriscos, un tono tan pálido que podría confundirse con el de los elfos alfsigr, si no fuera por el ligero tono rosado de su piel y su pelo. Estas mujeres de clase alta visten uniformes bien almidonados compuestos de blanquísimas túnicas sobre largas faldas grises, y se distinguen por las expresiones neutras de su rostro.

De pronto me siento cohibida y me agarro a la áspera lana del dobladillo de mi túnica. «Voy más andrajosa que las sirvientas.» Levanto la cabeza sorprendida de lo alta que es la casa y trago saliva nerviosa, sintiéndome pequeña e insignificante ante tanta majestuosidad.

La mansión de la tía Vyvian es del mismo estilo que la arquitectura que he visto por todo Valgard: un edificio de varios pisos construido con madera de guayaco; los pisos superiores son más amplios y están apoyados en columnas de madera tallada; el tejado coronado de plantas y macetas, rebosantes de vides de todas las variedades.

Como si fuera un árbol gigante.

Situada sobre una colina disfruta de una vista panorámica del océano al este y la brillante Valgard y la bahía de Malthorin a un lado.

Es preciosa.

Embriagada por la expectativa, sigo los pasos de la tía Vyvian, que sube las escaleras a toda prisa hasta las dos sirvientas uriscas que le abren las puertas dobles.

Camina tan erguida y elegante que reajusto mi postura sin pensar y acelero el paso para seguirla. Me pregunto cómo se las arreglará para caminar con tanta seguridad y elegancia con esos finísimos tacones altos y la falda rozándole los pies.

Si yo llevara unos zapatos como esos me caería seguro.

Yo llevo unas botas recias perfectas para trabajar en el campo y con los animales. Nunca se lo he dicho a nadie, pero me encantaría probarme unos zapatos tan femeninos como los suyos.

Nos paramos en el vestíbulo más bonito que he visto en mi vida: sobre las mesas hay ramos de rosas frescas, las baldosas que tengo bajo los pies dibujan un diseño geométrico en tonos negros y verdes y hay un par de puertas con cristales ahumados grabados con vides trepadoras.

Noto un aleteo de excitación al verme rodeada de tanto lujo.

La tía Vyvian rebusca en los papeles que una de las sirvientas le ha acercado sobre una bandeja de plata.

—Discúlpame, Elloren, pero tendrás que instalarte tú sola. —Hace una pausa y examina uno de los papeles con los ojos entornados—. Fenil'lyn te llevará hasta tus aposentos y cuando hayas deshecho el equipaje tomaremos algo para cenar.

Deja la carta y me mira con expectación.

—Claro. No pasa nada —le contesto con impaciencia. Miro a mi alrededor y esbozo una gran sonrisa mirándola con aprecio y sintiendo un gran deseo de ganarme su aprobación—. Esto es muy bonito —digo vacilante, sintiéndome nerviosa de pronto.

Mi tía asiente con aire distraído, como si hubiera perdido el interés por mí, después hace un gesto en dirección a las sirvientas y se marcha seguida de tres uriscas haciendo resonar los tacones con fuerza en el suelo de baldosas.

Una de ellas se queda conmigo, supongo que es Fenil'lyn.

La distante despedida de la tía Vyvian me sienta un poco mal.

«Si tuviera poderes, ¿me prestaría más atención?» Suspiro. Cuando veníamos de camino, mi tía sacó a relucir en más de una ocasión que era una lástima que solo me pareciera físicamente a mi famosa abuela. «No pasa nada —me digo para consolarme—. Ya es un gran honor que me haya elegido para venir a su casa.»

Sigo a Fenil'lyn, que camina muy derecha por un largo pasillo decorado con pequeños árboles en macetas hasta un enorme vestíbulo central. Me paro en seco sorprendida por lo que veo.

Hay una escalinata que asciende tres pisos en espiral alrededor de la escultura de un árbol de tamaño real. Las rejas de hierro forjado en forma de vides en flor encierran los balcones circulares de cada piso.

Acelero el paso para no perder a Fenil'lyn y la sigo escaleras arriba. Contemplo fascinada lo reales que parecen las hojas esculpidas y paso los dedos por la textura de su superficie mientras subo.

Roble de río.

En mi cabeza aparece una imagen del árbol del que ha salido la madera, con sus ramas cubiertas de musgo ondulando a la luz del sol del verano.

Cuando llegamos al último piso sigo a Fenil'lyn en silencio hasta el balcón más alto. Se detiene delante de dos carísimas puertas de madera y las abre.

Miro dentro y tengo que parpadear para creer lo que veo.

En la estancia hay una estufa de madera que da muchísimo calor y una cama con un dosel carmesí justo delante. De las paredes brotan troncos y ramas esculpidos en madera oscura que desprenden el olor de la cera de abeja con la que los han pulido, y en el cielo abovedado han pintado un firmamento que parece un cielo estrellado. Entro en la habitación y enseguida me siento envuelta en su deliciosa calidez.

Está todo hecho, no tengo que mover ni un tronco.

Justo delante de mí hay dos puertas de cristal que reflejan el brillo dorado del candil y el fuego.

Me paro a tocar la suave seda de una borla dorada que cuelga del dosel de mi cama y me quedo mirando fascinada el intrincado diseño arbóreo que veo bordado en la colcha escarlata.

Me acerco a las puertas de cristal, las abro y al otro lado me encuentro una galería interior con las paredes de cristal. Desde allí hay unas vistas espectaculares del océano, y el techo de cristal geométrico ofrece una vista panorámica del cielo nocturno.

En el suelo de la galería hay dos gatitos blancos jugando con una bola de cordel. Son como dos bolas de algodón y tienen los ojos azul cielo. Son como mi gata, Isabel.

Me agacho encantada y cojo una de las gatitas. Me toca con sus patitas de garras afiladas al mismo tiempo que ronronea. La otra gatita sigue jugando con el ovillo de cordel.

—Son para usted, Maga Gardner —me informa Fenil'lyn esbozando una sonrisa educada. Es una chica esbelta con unos preciosos ojos de color amatista. Tiene un mechón de pelo gris en la melena violeta—. Maga Damon pensó que quizá añoraría usted a su gatita.

Siento una oleada de cálido agradecimiento. «Qué considerada.»

Me levanto muy contenta y me vuelvo hacia Fenil'lyn pegándome la gatita al pecho mientras la minúscula cabeza del animal me hace cosquillas en la barbilla.

—Puedes llamarme Elloren —le digo sonriendo de oreja a oreja.

Ella se pone tensa y se le congela la sonrisa.

—Gracias, Maga Gardner. Pero sería irrespetuoso. —Ladea la cabeza con elegancia y hace una pequeña reverencia—. Por favor, concédame el honor de dirigirme a usted utilizando el título que le corresponde.

Se me hace raro estar con una mujer urisca que habla la misma lengua que yo. Y más raro todavía que me traten con tanta deferencia, en especial por parte de alguien que debe de ser mayor que la tía Vyvian. De pronto me siento incómoda.

—Claro —concedo, y la mujer parece más aliviada.

—Si necesita cualquier cosa, Maga Gardner —me dice con alegría—, solo tiene que hacer sonar la campana. —Señala en dirección a la cuerda con una borla dorada que cuelga junto a la puerta—. Enseguida vengo a buscarla para ir a cenar.

—Gracias —contesto asintiendo.

Se marcha en silencio y yo respiro hondo abrumada por el entorno.

Dejo a la gatita en una cesta junto a su compañera y abro la puerta lateral de la galería.

En cuanto salgo al balcón la brisa salada del océano me besa el rostro. El balcón de piedra sigue el perímetro de la galería; el rítmico vaivén de las olas impacta contra las rocas oscuras que hay a mis pies. Me asomo al balcón y miro hacia abajo, dos pisos más allá hay un balcón más amplio donde los sirvientes se afanan en servir la cena.

Me doy cuenta de que es nuestra cena. No tengo que cocinar. Ni limpiar. Respiro hondo y disfruto del refrescante aire salado.

«Podría acostumbrarme a esto.»

Vuelvo a mi habitación y paso un dedo por los lomos de los libros que hay en la pequeña biblioteca empotrada en la pared: todos los volúmenes son de farmacia.

Siento una punzada de sorprendida gratitud.

Ha creado una biblioteca temática solo para mí.

Recuerdo el halcón mensajero que la tía Vyvian mandó enviar a uno de sus guardias para que avisara de nuestra llegada pero, aun así, me sorprende la gran cantidad de detalles personales que han organizado en dos días.

Cojo un libro de la estantería y levanto la tapa, la piel es nueva y ofrece un poco de resistencia. Los dibujos de las plantas están hechos a mano y parecen tan reales que casi puedo percibir su olor.

Me pregunto si mi tía me dejará llevarme algunos de estos libros a la universidad, estoy segura de que me vendrían muy bien. Hay un tocador junto a la cama, con un espejo rodeado de rosas de cristal. Encima de la mesa hay un juego de cepillo y peine dorados junto a un montón de botellitas de perfume nuevas: los pulverizadores se accionan presionando preciosas borlas de seda carmesí.

Hay muchísimas cosas bonitas. Cosas que jamás he tenido en una casa llena de chicos desastrosos.

Cojo uno de los frascos, presiono la borla y respiro.

Mmmm. Huele a vainilla y rosas.

Mientras el vapor perfumado desciende y se disipa, paseo la mirada por todo lo que me rodea: un estante de la pared, debajo hay un armario y encima de la mesa hay dos figuritas de mármol.

Me acerco a ellas y cojo una; noto el frío de la base pulida en la palma de la mano. Representa a mi abuela, lleva la varita en el cinturón y guía a los niños gardnerianos hacia algún sitio, y los niños la miran sonrientes y embelesados. La miro más de cerca y deslizo el dedo por los rasgos marcados de su rostro, por su nariz perfilada.

Soy yo. O me parezco mucho.

La segunda figura vuelve a representar a mi abuela, se la ve poderosa y feroz, está alzando su varita mágica con la melena al viento y tiene un demonio ícaro aplastado bajo los pies.

Un ícaro, como el bebé deforme de Sage.

Me sobresalto y me quedo de piedra con el ceño fruncido. Pensar en los demonios ícaros me resulta muy extraño en medio de tanta calidez, la dulzura de los gatos y el lujo que me rodea por todas partes. Me dan ganas de guardar la figura en un armario y no volver a mirarla jamás.

Me deshago de esa imagen tan oscura, me levanto y me preparo para cenar con mi tía.

Y

—¿Te gusta tu habitación, Elloren?

La tía Vyvian me mira con una sonrisa radiante y yo me acerco a ella en la mesa del balcón. Fenil'lyn hace una reverencia y se marcha con elegancia.

—Es preciosa, gracias —contesto un tanto deslumbrada—. Nunca había visto nada como... —Me vuelvo hacia la espectacular vista del océano—.

Bueno, como esto.

Ella sonrío complacida.

—Bueno, es tu derecho de nacimiento. Disfrútalo. Tú tío lleva demasiado tiempo privándote de ello. —Gesticula con la mano en dirección a una silla—. Por favor, siéntate. Disfruta de las vistas conmigo.

Me siento frente a ella encantada, bajo nuestros pies se extiende una alfombra verde intenso que cubre la piedra gris del balcón. Hay muchos candiles colgados y proyectan un suave brillo sobre la mesa que se refleja en la porcelana llenándola de minúsculos puntitos dorados de luz.

En el plato me han servido algunas rodajas de faisán con un glaseado de cítricos que han preparado en una mesa auxiliar, decorando la succulenta ave con algunas rodajas de limón; también me han servido arroz salvaje con frutos secos y zanahorias enanas. En el centro de la mesa hay una cesta llena de pan recién horneado al lado de un platito de mantequilla servida en forma de flor. También han adornado la mesa con una jarra de agua mentolada y una fuente llena de fruta fresca. Y en una mesita junto a la pared del balcón hay una tetera humeante, una torre de pastitas y un ramo de rosas rojas en un jarrón de cristal.

Una sirvienta inmóvil como una estatua está de pie junto a la mesita del té, es una joven urisca con la piel azul y vibrantes ojos color zafiro que mira hacia delante con una expresión estudiadamente vacía. Está tan quieta que cuesta recordar que es una persona.

La tía Vyvian me observa mientras bebe un poco de agua.

Me sorprendo esperando su aprobación. Intento sentarme derecha, con

las manos apoyadas con delicadeza sobre el regazo, imitando su elegante postura. Aunque mi ropa sea de mala calidad, por lo menos puedo intentar imitar su forma de comportarse.

—Mañana te mandaré a la mejor modista de Valgard para que te confeccione un vestuario nuevo —me dice con una sonrisa—. Podrás llevarte la ropa a la universidad.

Es como si pudiera adivinar mis deseos, y me siento muy agradecida. Nosotros nunca hemos tenido dinero para comprar ropa elegante. Noto una oleada de rubor cálido que me trepa por el cuello y las mejillas y me sonrojo ante su amabilidad.

—Gracias, tía Vyvian.

—Por desgracia, yo no podré acompañarte. —Deja el vaso y empieza a cortar su faisán—. Tengo que resolver unos asuntos del Consejo de Magos, pero lo he organizado todo para que te acompañen tres chicas. Seréis compañeras en la universidad.

—Vaya.

Me siento nerviosa y emocionada al mismo tiempo ante la idea de conocer a mis futuras compañeras. Tomo un bocado de faisán y se me deshace en la boca, el glaseado sabe mucho a limón con un toque de hierbas.

—Estoy segura de que Paige Snowden y Echo Flood te van a caer muy bien —comenta tomando otro bocado de comida. Se limpia la boca dándose unos golpecitos con la servilleta en los labios—. Son hijas de miembros del Consejo de Magos. Unas jóvenes encantadoras, agradables y de moral intachable.

Pero... has mencionado a tres chicas. Parpadeo mirándola confundida y me pregunto si la habré entendido mal.

—¿Y la tercera?

La tía Vyvian aprieta un poco los labios, se le ensombrece el rostro y me lanza una mirada fría.

—Es Fallon Bane, querida. Dudo mucho que te vaya a caer bien esa chica.

La miro sorprendida.

—Y entonces... ¿por qué...?

—Su padre es Malkyn Bane. En comandante militar y tiene mucha influencia en el Consejo. También es un mago de nivel cinco.

Lo comenta con la seriedad esperada y yo asiento y tomo nota de ello mientras cojo un pedazo de pan calentito de la cesta.

Los magos de nivel cinco no son habituales, por eso mi hermano Trystan, que también lo es, es un flamante mago del Gremio de Armas con solo dieciséis años.

—Todos los hijos de Malkyn Bane son magos de nivel cinco —prosigue la tía Vyvian con tono solemne.

Me quedo helada con el cuchillo de la mantequilla en la mano.

—¿Su hija también?

La tía Vyvian asiente despacio.

—Fallon Bane es maga de nivel cinco, igual que sus dos hermanos.

Hace una pausa para que asimile bien la información.

Me la quedo mirando con la boca abierta.

—¿Una mujer? ¿Con tanto poder?

Ese nivel de poder tan alto es casi exclusivo de los hombres, con la notable excepción de mi abuela.

Mi tía adopta una expresión cargada de amarga frustración.

—Esa clase de poder solo debería existir en nuestra familia, en especial teniendo en cuenta lo mucho que te pareces a tu abuela. —Niega con la cabeza y frunce el ceño—. Pero ni siquiera Trystan y su futuro prometedor es rival para Fallon Bane. En especial porque empezó a entrenarse muy tarde a causa de la negligencia de tu tío en ese aspecto. —Suelta un suspiro cargado de frustración y me lanza una mirada penetrante—. Fallon solo tiene dieciocho años y ya ha alcanzado el nivel cinco, Elloren. Su caso es muy parecido al de tu abuela a su edad.

Cuando comprendo lo que me está queriendo decir me quedo helada:

—Ella será la próxima Bruja Negra.

A la tía Vyvian se le oscurecen los ojos.

—No. Me niego a creerlo. Ese título pertenecerá a alguna de tus hijas. O las de Trystan. No puede recaer sobre Fallon Bane. Ese poder es nuestro legado, solo nuestro. Me da igual lo mucho que Fallon Bane y su familia fanfarroneen sobre ello y finjan ser los herederos de ese poder.

Frunzo el ceño intrigada.

—Pero aunque no sea la Bruja Negra... Si es tan peligrosa y tanto te disgusta, ¿por qué va a venir de compras conmigo?

Parece cómico.

La tía Vyvian se inclina hacia delante y me mira directamente a los ojos como si fuera a decirme algo muy importante.

—Porque a veces, en este mundo, es bueno saber a qué te enfrentas.

—No lo entiendo.

Entorna los ojos.

—Fallon está obsesionada con Lukas Grey.

«Ah, otra vez él.»

—¿Están saliendo juntos?

—No —contesta con sequedad—. Que yo sepa. Por lo que he visto, Lukas tiene poco interés en esa chica. —Mi tía esboza una mueca de disgusto—. Y eso que Fallon se abalanza sobre él sin ninguna vergüenza.

Me sonrojo cuando empiezo a comprender adónde va todo esto. Lukas es el premio. Y la tía Vyvian está conspirando activamente para que yo lo gane.

Para que lo aleje de esa chica.

—¿Quieres que me acerque a Fallon Bane para estudiarla?

Veo un brillo astuto en sus ojos.

—Es una gran oportunidad, Elloren.

Me siento inquieta. Quizá ni siquiera me guste el tal Lukas Grey, eso para empezar. Pero hay algo que me inquieta todavía más.

Dejo el pan y el cuchillo y la miro directamente.

—Tía Vyvian. Sé que has hecho muchas cosas por mí. Y no quiero decepcionarte. —Estoy muy nerviosa, no quiero perder su amable trato de favor. Llevo toda la vida ansiando tener una figura materna, alguna mujer que me sirva de guía. Pero ella debe saber la verdad—. No tengo ninguna experiencia en sociedad. Es imposible que yo pueda integrarme entre ellos y entenderme con ese tal Lukas Grey, o con nadie, en realidad. —Me desplomo y pierdo fuerza cuando advierto las minúsculas y preciosas trenzas que le decoran el pelo. Me muero por aprender a hacer esas cosas tan bonitas—. Ni siquiera sé peinarme. Ni maquillarme como es debido. Ni nada.

Ojalá mi madre estuviera aquí...

La tía Vyvian me da unas palmaditas en la mano y me dedica una cálida sonrisa maternal.

—No tienes que aprender a hacer nada, querida. —Me estrecha la mano con delicadeza—. Yo te he acogido. Y es lo mejor que podía pasarte. Tú solo tienes que relajarte, disfrutar y seguirme.

Esbozo una sonrisa tímida, más animada, mientras me aferro a su fría y suave mano.

Fallon Bane

—¿Le has besado?

—¿Disculpa?

—A Gareth Keeler. ¿Le has besado?

Estoy ante un público formado por tres chicas: las universitarias que la tía Vyvian ha elegido para que me acompañen a comprar. Están sentadas delante de mí y me miran con mucha atención, esperando mi respuesta.

A la pregunta más incómoda que me han hecho en mi vida.

Esta clase de preguntas personales tan inapropiadas no eran aceptables en Halfix, y me alejo mentalmente de ellas sintiéndome muy incómoda.

Es mi primera mañana en Valgard y estamos en el carruaje de la tía Vyvian en dirección a la tienda de la mejor modista de Gardneria. El trayecto es tranquilo, y el carruaje va flanqueado por doce soldados armados, todos magos de alto nivel.

Doce.

Son los encargados de la protección de Fallon Bane, nuestra próxima Bruja Negra. Quizá la tía Vyvian no quiera creer que será ella, pero por nuestra escolta armada queda claro que la mayoría de los demás gardnerianos no piensan igual que ella.

Fallon es, de lejos, la chica más intimidante que he conocido en mi vida. Es preciosa, tiene los labios carnosos, una melena de pelo negro ondulado que le llega hasta la cintura y unos ojos enormes en los que brilla toda la gama de verdes que existen. Todo lo demás es de lo más convencional. Para empezar va vestida con un uniforme de aprendiz de militar que han modificado para que pueda ponérselo una mujer, lleva la tradicional túnica de seda gris encima de una larguísima falda gris en lugar de pantalones y luce una esfera de Erthia bordada sobre el corazón. Y en las mangas del uniforme lleva las insignias plateadas de los magos de nivel cinco. Fallon me observa con las piernas separadas, una postura agresiva con la que se adueña de la mayor parte del espacio que hay en el carruaje.

Ella es la que formula las preguntas con una sonrisita ligeramente desdeñosa en la cara. Mi evidente incomodidad, que delata el rubor que noto en la cara, parece divertirla mucho.

—¿Por qué me preguntas por Gareth Keeler? —le digo a Fallon poniéndome a la defensiva.

—Tú tía dice que le conoces.

—Pues sí —contesto—. Es amigo mío.

Fallon mira a Echo y a Paige de reojo con una expresión astuta antes de volver a clavarme los ojos.

—¿Te has fijado en su pelo?

Me pongo nerviosa y mi visión de Fallon se convierte rápidamente en una dura bola de desagrado.

—Tiene el pelo negro.

Fallon sonríe con más ganas.

—Entonces... si no has besado a Gareth, ¿has besado alguna vez a alguien?

Me esfuerzo por poner una expresión neutral, me molesta mucho su actitud intrusiva.

—Pues claro que no. No estoy comprometida.

«Y no acostumbro a abalanzarme sobre los chicos, como tú.»

Fallon le lanza una mirada sibilina a Echo, lo que hace aumentar la antipatía que siento por ella. Después vuelve su malvada mirada sobre mí y me habla con un tono condescendiente.

—Ahora ya no estás en el bosque, Elloren. No pasa nada por besarse con un chico.

Echo la mira y frunce los labios.

—Algunas tenemos un código moral —la reprende—. Aunque vivamos en Valgard.

Fallon suelta una carcajada despectiva y me mira poniendo los ojos en blanco, como si yo fuera una vieja amiga.

Ahora es Echo quien me observa con seriedad, con mirada asombrada, como si estuviera midiendo mi valía. Viste el atuendo típico de las familias más religiosas de Gardneria, con una túnica negra de doble capa con el cuello muy alto, una pequeña esfera de Erthia colgada del cuello de una cadena de plata y el pelo libre de adornos, liso y con la raya en medio.

Paige advierte las expresiones hostiles de Fallon y Echo y me sonríe para darme ánimos. Ella es la única persona agradable del grupo. Tiene la melena

negra rizada, y su pelo escapa de los pasadores de joyas y se descuelga por delante de sus redondas mejillas sonrosadas.

Fallon se da cuenta de la expresión alegre de Paige.

—A Paige ya la han besado —bromea con un tono desagradable.

Ese comentario le borra la sonrisa a Paige.

—Bueno... emmm... —tartamudea mirándose las marcas de las manos que tiene apoyadas en el regazo—. Estoy comprometida.

—Lleva comprometida desde los trece años —me susurra Fallon inclinándose hacia delante como si fuera un secreto delicioso.

—¿Ah, sí?

Me sorprende. Trece años parecen muy pocos. Pero entonces me acuerdo de Sage, que se comprometió a los trece.

—Estoy... estoy comprometida con Sylus, el hermano de Fallon —murmura Paige sin mucha alegría.

Fallon la rodea con el brazo y la estrecha con fingido afecto.

—¡Vamos a ser hermanas!

Paige la mira con resignación y se obliga a esbozar una pequeña sonrisa temblorosa.

Señalo las manos marcadas de Echo.

—¿Tú llevas comprometida mucho tiempo?

Echo sigue mirándome muy seria.

—Con Basyl Dorne. Hace cinco años.

La observo intentando percibir algún gesto que delate cómo se siente al respecto, pero Echo es reservada e inescrutable como una estatua.

Me fijo en las manos sin marcar de Fallon.

—Ya veo que tú no lo estás.

Adopta una expresión fría y me lanza una mirada beligerante.

—Todavía no.

Lo dice como si fuera un desafío.

—Le gusta Lukas Grey —comenta Paige con una risita nerviosa. Fallon vuelve la cabeza muy despacio y le clava los ojos. A Paige se le borra la sonrisa—. Bueno... es verdad... te gusta.

Recuerdo cómo mi tía se deshizo en alabanzas al referirse a Lukas Grey, la pareja potencial que quiere para mí. Me hace gracia que la tía Vyvian piense que yo podría competir con Fallon Bane por algo, y ganar.

—Es muy guapo —explica Paige con entusiasmo—, y su padre es el comandante de toda la Guardia de Magos. Viene de una familia muy

importante, y es un mago de nivel cinco.

Fallon me está mirando con atención y una expresión presuntuosa en la cara, como si hubiera ganado algún premio.

—¿Y cuándo te vas a comprometer con Lukas? —pregunto.

A Fallon se le congela la sonrisa y me mira entornando los ojos.

—Pronto. Muy pronto.

Su tono destila cierta advertencia: «Aléjate de Lukas. Es mío».

Me pregunto por qué se sentirá tan insegura respecto a él y si sabrá la ridiculez de que la tía Vyvian lo quiera para mí. Cada vez tengo más curiosidad por asistir a la fiesta de mi tía, aunque solo sea por tener la ocasión de conocer al misterioso Lukas Grey. Me quedo mirando la varita que sobresale del cinturón de Fallon como si fuera un cuerno.

—Bueno... —digo gesticulando en dirección a la varita—, he oído decir que tienes poderes.

Sonríe.

—Un poco.

Por las incrédulas miradas que le lanzan Echo y Paige me doy cuenta de que está siendo muy sarcástica.

—Nunca he visto a nadie utilizar sus poderes —confieso.

Su feroz sonrisa es cada vez más intensa.

—¿Entonces tú no los tienes?

Niego con la cabeza, preocupada por su presuntuosa expresión.

De un rápido y hábil movimiento, Fallon desenvaina la varita, la levanta y murmura un hechizo. Sale un destello de luz azul y se percibe un fuerte crujido que nos clava a Echo, a Paige y a mí contra los asientos. El sonido me pone los nervios de punta y jadeo cuando la luz se transforma en una esfera brillante que flota justo por encima de la punta de la varita. El siseo rítmico y entrecortado se me clava en los oídos y el carruaje empieza a enfriarse, formándose una capa de escarcha que recubre las ventanas.

—Para, Fallon —espeta Echo fulminándola con la mirada mientras aguardamos todas envueltas en una luz azul—. Nos vas a matar de frío.

Fallon suelta una carcajada desdeñosa, pero transige. Murmura unas cuantas palabras raras más y la bola de hielo se convierte automáticamente en una espiral de vapor blanco que estalla formando una niebla inodora helada y desaparece. Se recuesta en el respaldo y sonríe con un brillo triunfante en los ojos.

—Es increíble —susurro tragando saliva con fuerza y reprimiendo un

escalofrío.

—Eso no es nada —dice Paige con admiración—. Deberías ver lo que puede llegar a hacer. Es una maga de nivel cinco, una de las mejores de toda la Guardia.

—Parece que tú y Lukas Grey estáis hechos el uno para el otro —le digo a Fallon para apaciguarla y que me borre de su lista de enemigos potenciales.

La tía Vyvian tiene que olvidar el absurdo sueño de emparejarme con Lukas Grey. Lo único que conseguirá es ponerme en la terrorífica línea de fuego de Fallon Bane.

Esta parece contenta con mi comentario. Asiente con aprobación, vuelve a enfundarse la varita en el cinturón y se relaja recostándose en el asiento.

Echo mira a Fallon con cierto desagrado, después mira mis manos libres de marcas y frunce el ceño.

—No entiendo por qué no estás comprometida.

—Mi tío quiere que espere a ser un poco mayor —le digo, cada vez más incómoda con su actitud crítica. Además, Fallon parece más o menos de mi edad y tampoco está comprometida.

—Oh, qué bien te lo vas a pasar —interviene Paige con mirada soñadora—. ¡Todas las fiestas, los bailes y el primer beso!

—¿Has conocido a alguien que te interese? —indaga Fallon, sin duda tratando de valorar si tendrá que competir conmigo por Lukas.

—No. —Niego con la cabeza—. La verdad es que al ser de Halfix tampoco he tenido la ocasión. Allí estamos muy aislados. Y este es el primer día que paso en Valgard.

Fallon me observa con renovado interés. Entorna los ojos.

—¿Has estado con algún hombre que no sea de Gardneria?

Frunzo el ceño y me pongo a la defensiva, ya sé que he estado muy protegida.

—¿A qué te refieres? —le pregunto con cautela.

Fallon deja escapar una risita.

—Me refiero a si alguna vez has estado con chicos celtas. O elfos. O lupinos.

La miro con asombro.

—En la universidad no hay lupinos, ¿no?

Me parece algo muy peligroso. Los lupinos son hombres-lobo muy agresivos. Son más fuertes que los gardnerianos y totalmente inmunes a nuestra magia.

—Me temo que sí —contesta Echo con gesto serio.

—Es increíble —digo negando con la cabeza—. Estoy muy sorprendida.

Pero entonces recuerdo la conversación que mantuvieron la tía Vyvian y el tío Edwin y lo indignada que estaba ella debido a la integración racial en la universidad, una medida que ayuda a que puedan asistir incluso los demonios ícaros.

Paige se está mordiendo el labio inferior con preocupación y tiene los ojos muy abiertos.

Fallon se inclina hacia mí con evidente regocijo y me susurra:

—¿Sabías que los lupinos no se casan? Se limitan a coger a la mujer que más les gusta y se aparean con ella en los bosques.

—Como animales —apunta Echo con gran indignación.

—¿De verdad?

Es escandaloso. Y preocupante.

—He oído decir —prosigue Fallon—, que a veces cogen a jovencitas, se las llevan al bosque y se aparean con ellas... ¡en forma de lobo!

Paige jadea y se tapa la boca con la mano.

—¿Eso es posible? —pregunto horrorizada.

Fallon se ríe y vuelve a recostarse en el asiento.

—Tú aléjate de los chicos lupinos.

—No siempre se aparean en el bosque —me informa Echo con un tono oscuro mientras toca su colgante esférico con el dedo.

Paige se encoge con evidente recelo al prever lo que está a punto de explicar Echo, y Fallon me observa con alegre expectativa; todas esperan a que yo formule la pregunta evidente.

Parpadeo. Esta es la conversación más incómoda que he mantenido en mi vida y, por mucho que me disguste, estoy completamente fascinada.

—Dónde... emm... ¿dónde...? —digo concluyendo la pregunta con un gesto de la mano.

Echo parece aprobar mis reticencias a terminar la frase. Se inclina hacia delante.

—Antes mi padre era el embajador de los lupinos en el Consejo, y ha ido de visita al territorio de los lupinos. Oí a escondidas cómo le hablaba a mi madre sobre ellos, y dijo que cuando los lupinos tienen más o menos nuestra edad reúnen a su manada (así es como llaman a sus sociedades, como si fueran manadas de lobos), y se levantan delante de todo el mundo, eligen a alguien con quien les apetezca aparearse y lo hacen allí mismo, delante de

todos. Incluso de los niños.

Me arde la cara. Esto es lo más sórdido que he oído en mi vida.

—¿Y no será un poco... peligroso? ¿Ir a la universidad con ellos? —me pregunto.

—Solo hay dos. —Fallon agita la mano para quitarle importancia—. Hermano y hermana. Gemelos.

Bueno, es un alivio. Solo hay dos lupinos. ¿Cuán peligrosos pueden ser dos?

—¿Y qué hay de los elfos? —pregunto. Mis hermanos me han dicho que una cuarta parte de los alumnos de la universidad son elfos—. ¿Cómo son?

—Son todo lo contrario —dice Fallon negando con la cabeza—. Son muy remilgados. —Resopla con aire burlón—. Es increíble que lleguen a tener hijos. Aunque son muy protectores con sus mujeres. Si un chico de otra raza se atreve siquiera a tocar a una de ellas...

—Como si alguien quisiera hacerlo —se burla Echo.

—A mí las elfas me parecen guapas —confesa Paige con vergüenza. Fallon le lanza una rápida mirada fulminante—. ¡Son guapas! —insiste Paige—. Tienen esas delicadas orejas puntiagudas. Y el pelo blanco, las ropas blancas... son bastante diferentes a nosotros.

—Completamente diferentes —interviene Echo. Me mira—. Son unos fanáticos.

—¿No son nuestros aliados? —espeto con un tono cuidadosamente neutral.

Fallon me clava la mirada.

—Por ahora.

«Muy interesante.»

—¿Y los celtas? —pregunto mirando a Echo—. ¿Cómo son los hombres?

Fallon resopla con sorna y Echo me lanza una mirada sombría apretando con fuerza su esfera de Erthia.

—Tienen la sangre contaminada con toda clase de porquerías: sangre fae, urisca e incluso ícara.

Echo espera a ver si me siento debidamente horrorizada antes de continuar.

Enseguida me viene a la cabeza el bebé ícaro de Sage. Recuerdo lo preocupada y aterrorizada que estaba.

«Un celta. El padre del bebé demonio es un celta. Y le conoció en la universidad.»

—El sacerdote Vogel dice que los celtas están desterrados y que ya no son personas de primera clase como nosotros —prosigue Echo con un tono estridente—. Se han aliado en secreto con los malignos, como los paganos del desierto y los uriscos.

—Ten cuidado con las mujeres uriscas —añade Fallon a modo de advertencia—. Pueden parecer muy inocentes, pero les encanta perseguir a nuestros hombres.

Ya he escuchado a Warren Gaffney hablando sobre eso en más de una ocasión. Lo que pasa es que las mujeres uriscas no tienen hombres propios a los que perseguir: el gobierno de Gardneria mató a todos sus varones durante la Guerra del Reino.

Los hombres uriscos son geomantes muy poderosos, capaces de dominar los intensos poderes de las piedras y las gemas. Su existencia supondría una gran amenaza para nuestro país. Sin embargo, las mujeres no tienen poderes y se les permite vivir en Gardneria como trabajadoras.

Pero es una imagen terrible: bebés uriscos varones siendo masacrados. Nunca he podido hablar de ello con el tío Edwin, porque se altera mucho cuando intento sacar el tema, una vez incluso se echó a llorar.

Los señores de la guerra uriscos atacaron nuestro país cuando tenían poder y trataron de aniquilarnos, pero aun así sigue siendo desagradable.

Echo suspira.

—Por lo menos los poderes de los mestizos uriscos son muy débiles.

Paige asiente, pero Fallon las está ignorando a las dos. Me está mirando en silencio y con una intensidad tan inquietante que se me eriza el vello de la nuca. El desagrado que he sentido al conocerla aumenta.

—Ten cuidado con esos mestizos —me advierte Fallon con una sonrisa astuta. Me pongo nerviosa cuando me doy cuenta de que se está refiriendo de nuevo a Gareth y a su mecha gris. Desliza el pulgar por la punta de su varita—. Los hay por todas partes —ronronea—. Nunca se es lo bastante cuidadosa.

Seda salvaje

—Ponte bien derecha. Mucho mejor...

Maga Heloise Florel me rodea la cintura con la cinta métrica mientras yo me muero de vergüenza. Es una apremiante y robusta mujer de unos sesenta años, propietaria de la tienda. Viste una larga túnica oscura y una falda exquisitas, lleva el pelo gris trenzado y recogido en un moño impecable y tiene unos minúsculos ojos verdes que no pierden detalle.

Yo estoy subida a un escabel justo en el centro del vestidor ante la atenta mirada de Fallon, Echo y Paige. ¡Y en ropa interior!

—Muy bien. Ahora levanta los brazos.

Para mayor vergüenza, Maga Florel empieza a medirme los pechos, por encima y por debajo, mientras le va gritando números a una callada chica urisca. La chica, que parece tener más o menos mi edad, va anotando todos los números en un pequeño pedazo de pergamino y tiene el rostro pálido como la nieve. Fallon echa un vistazo a las notas de la chica por encima del hombro y después les susurra algo a Paige y a Echo cubriéndose los labios con la boca y esbozando una sonrisa desagradable. Sé perfectamente que está comentando mis medidas y me sonrojo avergonzada.

Miro a mi alrededor y me fijo en el mar de bobinas de seda oscura que me rodea intentando olvidar lo que está haciendo Maga Florel. Mire donde mire, desde el suelo hasta el techo, hay telas elegantes, la mayoría bordadas con diseños intrincados. Jamás había imaginado que podía haber tantas telas negras diferentes, con tonos que van desde el negro de la noche más oscura a casi gris, y entre las telas hay desde sedas tan brillantes que podrías verte reflejada, hasta terciopelos mate.

—Tienes una figura bastante bonita —comenta Maga Florel mirándome el pecho—. Es una lástima que la hayas estado escondiendo debajo de todas esas... prendas.

Le da un golpecito a la montaña de harapos que he dejado en el suelo.

Noto cómo me pongo todavía más roja, aunque esta vez la vergüenza se

mezcla con la gratitud que me ha provocado el cumplido y lo resentida que parece Fallon al escuchar el elogio de Maga Florel.

Yo ya sé que tengo un cuerpo bonito, pero nunca lo había comentado en público. Como he crecido con un tío y dos hermanos varones, mi cuerpo siempre ha sido algo muy privado y, como marca la tradición de los gardnerianos, siempre lo he llevado completamente cubierto, desde el cuello a las muñecas y hasta los pies. Jamás he enseñado ni un tobillo en público. Cuando llegué a una edad en la que empecé a necesitar prendas más sofisticadas empecé a hacérmelas yo misma.

Por fin, y para mi alivio, termina mi sufrimiento y Maga Florel me da permiso para que me vista, después le dicta algunas notas a la chica urisca referentes a algunos cambios y los cortes apropiados.

Cuesta mucho no mirar fijamente a la joven urisca, es preciosa. Tal como ocurre con las sirvientas que hay en casa de la tía Vyvian, la chica tiene la piel de color lavanda, las orejas largas y puntiagudas y unos preciosos y brillantes ojos sorprendentes de diferentes tonos de amatista. Lleva la larga melena violeta trenzada y viste una sencilla túnica y una falda blancas.

Pienso en las mujeres uriscas que trabajan en la enorme granja de Gaffney. Las granjeras siempre me han parecido muy misteriosas, con su lenguaje urisco y la tendencia a desaparecer en cuanto termina la cosecha. Y todas están arrugadas y sucias. No tienen nada que ver con esta preciosa chica.

La chica urisca le entrega el pergamino a Maga Florel, que lo estudia a través de unas gafas de media luna unidas a un larguísimo collar de perlas.

—Muy bien, Gorrión —dice—. Ve a buscar a Effrey.

Gorrión asiente y se marcha con elegancia. Pocos segundos después aparece otra chica urisca, una minúscula criatura nerviosa con la piel, el pelo y los ojos de color violeta oscuro, y se detiene de golpe delante de Maga Florel seguida de Gorrión. Parece que tenga unos ocho años.

La mujer se la queda mirando con incertidumbre y después la manda a buscar una tela. A los pocos minutos la niña vuelve cargada con dos rollos de tela que se le enroscan en las piernas; uno es una seda negra salpicada de pequeñas rayas doradas, el otro es de un apagado negro azulado. Los rollos son muy grandes, y la niña parece estar casi sin aliento.

Maga Florel suelta un suspiro indignado.

—Seda salvaje, Effrey, te la he pedido salvaje.

La chica abre los ojos presa del pánico.

—Vamos a hacerlo más sencillo —le ofrece Maga Florel mientras la niña parece a punto de echarse a llorar—. Tráeme los libros de muestras. Son más fáciles de traer que los rollos.

La pequeña Effrey sale corriendo de la habitación ansiosa por corregir su error.

Maga Florel se vuelve hacia nosotras negando con la cabeza consternada.

—Lo siento —nos comenta en confianza—. Es nueva. Y ha sido muy difícil enseñarle. Le cuesta mucho prestar atención.

Fallon resopla pasando la mano por un pedazo de terciopelo.

—Se diría que con esas orejotas debería saber escuchar —dice.

Me vuelvo rápidamente hacia Fallon. Maga Florel, Echo y Paige la miran igual de sorprendidas que yo.

Fallon nos mira con incredulidad justo cuando la pequeña Effrey vuelve a entrar tambaleándose. La chica viene cargada con un enorme libro de muestras debajo del brazo del que sobresalen algunas telas a rayas por los costados. Fallon suelta una carcajada y señala a la niña:

—Mirad, ¡parece un murciélago gigante!

Effrey se para en seco. Mira a Fallon, le tiembla el labio y parece que haya bajado un poco las orejas. Veo cómo Gorrión le lanza a Effrey una rápida mirada de advertencia desde detrás. Esta aparta la vista automáticamente y se mira los pies.

—¡Niña! —le ladra Fallon a Effrey con exageración, y después se aguanta la risa cuando ve que la chica se sobresalta y levanta la cabeza. Hace un gesto para señalarse—. Venga. Dámelo.

La niña agacha la cabeza con deferencia y le ofrece el libro de muestras a Fallon. Desde donde estoy veo cómo le tiemblan las manos.

—Gracias —digo con suavidad tratando de tranquilizar a la chica.

Le lanzo a Fallon una mirada cargada de censura desconcertada por su crueldad.

Maga Florel está mirando a Fallon con una expresión dolida, y se afana en pedirle a Effrey que se marche en cuanto aquella se hace con el libro de muestras. No me sorprende que Maga Florel trate a Fallon Bane con deferencia, pues ella es la presunta heredera del poder de mi abuela.

Fallon deja el libro de muestras en un estante de madera y lo abre. Se toma su tiempo y monopoliza el libro mientras todas las demás esperamos en silencio. Al final encuentra una tela que le interesa.

—Oh, ya está, Elloren —dice con un tono rebosante de falsa dulzura. Saca un apagado rectángulo de tela negra del libro y lo levanta.

Es horrible, una lana áspera. De peor calidad que la ropa con la que he llegado.

—Creo que esta tela es perfecta para ti —dice Fallon sonriendo—, en especial para la fiesta de tu tía. ¿No te parece, Paige?

Paige mira la muestra de tela con el ceño fruncido. Después me mira y parpadea con inseguridad.

—Emm... bueno... es posible...

No sé si Fallon está bromeando. Tiene que estar de guasa.

—Yo pensaba en algo... diferente —me aventuro a opinar.

Fallon abre los ojos como platos fingiéndose ofendida.

—Pero esto es lana de Gorthan. Es totalmente de tu estilo.

Lanza una mirada juguetona a Echo y a Paige.

Antes de que yo tenga oportunidad de contestar, Fallon cierra el libro de muestras de golpe y se lo da a Maga Florel junto al pedacito de lana.

—Creo que deberías hacerle el vestido de esta tela —afirma decidida, mirándome con una sonrisa de oreja a oreja—. En realidad, creo que deberías hacerle todo el guardarropa con la misma tela.

Siento una punzada de resentimiento y se me acelera el corazón mientras miro la varita de Fallon.

—Espera —digo, dirigiéndome directamente a Maga Florel—. Me gustaría ver las muestras.

La sonrisa de Fallon se convierte en una mueca de desdén.

—Madre mía, Elloren. —Hace un gesto a su alrededor para señalar las telas que nos rodean—. Son todas negras.

La miro a los ojos.

—Aun así me gustaría echarles un vistazo.

La habitación se queda en silencio, tanto que si se cayera un alfiler lo oiríamos aterrizar en el suelo.

Fallon me clava los ojos y yo me resisto a dejarme intimidar. Tiene unos ojos hipnóticos con franjas alternas de verde claro y verde oscuro; las rayas verde claro son tan tenues que parecen casi blancas. Me recuerdan a los carámbanos. Afilados como lanzas.

Tras un momento de tensa deliberación, Maga Florel deja el libro encima de otra mesa que hay junto a mí.

—Claro, querida —dice mirando a Fallon con cautela—. Adelante.

Abro el libro sintiéndome incómoda por la mirada gélida de Fallon. Voy pasando las hojas hasta que me llama la atención un cuadradito de terciopelo negro violáceo, tan suave como un lebrato.

—Oh... mira esta. —Jadeo olvidando por un momento a Fallon mientras miro la siguiente muestra: la seda negra proyecta brillos rojos y amarillos al moverse—. Es extraordinaria.

Hago girar la tela de un lado a otro volviéndola hacia el candil más cercano para ver cómo cambian los colores.

Maga Florel asiente satisfecha.

—Es un tornasolado dorado de Ishkartan —dice cogiendo la muestra—. Viene del Desierto Oriental. Está tejida con hilo de oro. Muy fina, muy excepcional.

Agacho la cabeza para mirar la rasposa lana marrón de la túnica que he traído de casa. Es como intentar comparar el mejor violín con un instrumento hecho de cualquier manera.

Maga Florel me sonrío.

—Tienes muy buen gusto, Maga Gardner.

Sigo mirando las muestras y me paro de golpe cuando mis ojos se posan sobre la más bonita de todas. Una seda negra como la medianoche. Bordada con unas vides tan sutiles que hay que mirar con atención para poder verlas.

Pero cuando las ves...

Paso el dedo por la seda salvaje.

—Qué bonita.

—Seda de Salishen —comenta Maga Florel con respeto—. De las islas Salishen. Los salish son grandes tejedores, auténticos artistas. Y todos los bordados que hacen son tan exquisitos como este.

La miro.

—¿Cree que podría utilizar esta tela?

—Claro, Maga Gardner —contesta evidentemente emocionada con mi elección.

Fallon aplasta la tela con la mano.

—No puedes usarla —dice con dureza.

La miro y parpadeo con resentida sorpresa.

—¿Por qué?

—Porque es la tela con la que están haciendo mi vestido —contesta con un tono rebotante de condescendencia.

—Vaya, qué lástima —dice Maga Florel suspirando. Me da una palmada

comprensiva en el hombro—. Tengo otras, Maga Gardner, no te preocupes. Encontraremos alguna igual de bonita para ti...

Con el corazón acelerado pongo la mano con firmeza encima de la tela, justo al lado de la de Fallon. La miro a los ojos y le aguanto la mirada.

—No. Quiero esta.

Todas se me quedan mirando con la boca abierta.

Fallon se inclina un poco hacia delante y sonrío.

—No puedes elegir esta.

Intento ignorar el ligero temblor que ha despertado en mi mano.

—Oh, vamos, Fallon —digo gesticulando para señalar las telas que nos rodean tratando de imitar su tono burlón—. Son todas negras. Y estoy segura de que el corte del vestido será distinto. —Miro a Maga Florel, que tiene los ojos tan abiertos como las demás—. ¿Podría asegurarse de hacer el vestido con un corte distinto al suyo?

Fallon hace un ruidito de desdén.

—Mi vestido no se está confeccionando aquí. Tengo mi propia modista.

—Estupendo —le digo—. Eso facilita las cosas. —Me vuelvo hacia Maga Florel—. ¿Podrá terminar el mío a tiempo? ¿Con esta tela?

Maga Florel me observa con atención y nos mira a mí y a Fallon alternativamente, como si estuviera valorando las opciones que tiene. Levanta la barbilla.

—Por supuesto, Maga Gardner. Creo que llegaré a tiempo. —Le sonrío con frialdad a Fallon—. ¿Por qué no me explicas cómo es tu vestido, querida? Me aseguraré de hacer otro completamente diferente.

Me sorprende y me reafirma el apoyo de Maga Florel. Pero cuando me vuelvo hacia Fallon, su sonrisa me sobresalta. Está sonriendo de oreja a oreja con mucha malicia. Aparta la mano de la muestra de tela y parece complacida al ver cómo me he asustado un poco.

—Me marchó —anuncia sin dejar de mirarme a los ojos.

Echo y Paige corren tras ella e intentan apaciguarla y convencerla para que se quede.

Yo dejo de mirarla y me concentro en las muestras, pero apenas veo las telas. Sé que no debería decir nada más. Pero entonces me acuerdo de cómo ha tratado a la niña y no puedo evitarlo.

—No te preocupes, Fallon —digo sin mirarla y esforzándome por no levantar el tono—. Quizá tu modista pueda hacerte otro vestido. Con lana de Gorthan. Por lo visto está muy de moda.

Cuando levanto la vista me encuentro con la mirada hostil de Fallon. Sale de la tienda con paso decidido y la mano sobre la varita, y cierra de un portazo.

Por el rabillo del ojo veo la fugaz sonrisa de Gorrión.

La Bruja Negra

—Eres igual que Carnissa Gardner. Estás perfecta.

Paige me piropea mientras yo observo a la desconocida que me mira desde el otro lado del espejo de cuerpo entero.

Estamos en el lujoso dormitorio que me ha asignado la tía Vyvian, con las puertas de cristal y las ventanas de la galería abiertas, por donde se cuele una agradable brisa del océano que flota en el aire de la noche mientras las gatitas blancas se pelean encima de mi cama. He vuelto a quedar con Paige unas cuantas veces los últimos días, he comido con ella y con la tía Vyvian en dos ocasiones en la ciudad y un día fuimos a comprar zapatos juntas. Prefiero estar con ella que con Echo y con Fallon.

Maga Florel lleva una hora arreglándome y pintándome bajo la atenta mirada de la tía Vyvian, que nos observa con los brazos cruzados. Mi tía le va dando órdenes con la seriedad de un pintor que supervisara una obra de vital importancia y, poco después, tengo la sensación de haber desaparecido de la habitación. Es como si estuviera mirando a otra persona. No me lo puedo creer.

Ahora, el pelo alborotado con el que nunca he sabido qué hacer se descuelga por encima de mis hombros recogido en trenzas, y me han maquillado tanto que mis ojos parecen más grandes y misteriosos. Me han depilado las cejas y les han dado forma, lo que potencia el efecto del maquillaje. Ahora tengo los labios carnosos de color escarlata, y me han resaltado los pómulos con un ligero rubor. Es increíble: han transformado los rasgos rectos de mi rostro en una imagen de poderosa elegancia. Y eso no es todo, también me han puesto unas esmeraldas engastadas en oro que me adornan las orejas y el cuello, y el vestido que me ha hecho Maga Florel...

Es arrebatador. Las sutiles vides bordadas aparecen y desaparecen cuando la tela se mueve, y la brillante túnica es como una segunda piel que flota por encima de la falda.

Mi abuela fue la mujer gardneriana que se tomó como ejemplo de

belleza en nuestro pueblo. Nuestros enemigos la llamaban La Bruja Negra, y fue una de las mayores magas de Gardneria de todos los tiempos. Era inteligente, tenía facilidad para las artes y era muy bella, además de una comandante despiadadamente efectiva de nuestras fuerzas militares. Mi abuela encarnaba todas esas cosas.

Y yo no solo me parezco a ella. Soy su viva imagen.

—Sí —susurra la tía Vyvian—, ya está. Creo que ya hemos terminado, Heloise. —Se levanta y sonrío de oreja a oreja—. Elloren, bajarás a la fiesta dentro de una hora. Paige te acompañará. —Se vuelve hacia esta—. Bájala por la escalera central. Quiero que todo el mundo la vea llegar.

Mi tía se para a mirarme una vez más y después se marcha hablando amigablemente con Maga Florel.

Yo vuelvo a mirarme al espejo, estupefacta.

—Debes sentirte muy orgullosa —dice Paige con respeto—. Tu abuela era una mujer maravillosa. Estás llamada a seguir sus pasos, Elloren, si no el Gran Ancestro no te habría hecho igual que ella. ¡Espera a que te vea todo el mundo!

Sigo a Paige por los pasillos serpenteantes donde solo nos encontramos a alguna sirvienta urisca de vez en cuando, que pasa de largo a toda prisa y nos ignora con total deferencia.

Cuando nos detenemos junto a la barandilla de madera de cerezo que hay en el entresuelo se me seca la garganta. Me detengo en lo alto de la escalinata y observo el gigantesco vestíbulo circular.

Ante nosotras se extiende un mar de gardnerianos con aspecto de importantes, todos vestidos de negro. Aproximadamente la mitad de ellos visten el uniforme militar, la mayoría son altos cargos, otros lucen las capas con el dobladillo plateado que distingue a quienes tienen poderes.

Al principio atraemos algunas miradas curiosas. Entonces alguien jadea. Y se hace el silencio en el vestíbulo.

Yo los miro con un parpadeo, distraída por la enorme lámpara de araña que cuelga sobre la estancia: tiene forma de abedul y hay cientos de velas colocadas en sus ramas y hojas de cristal. Proyecta una luz cambiante por toda la habitación.

Paseo los ojos por el vestíbulo y mis ojos se posan sobre un hombre que aguarda en el centro. Es alto y delgado, y viste una larguísima capa de sacerdote con un pájaro blanco en el pecho. Es más joven que la mayoría de sacerdotes, tiene las facciones muy marcadas, la frente alta y el pelo liso le

llega hasta los hombros. Sus ojos verdes brillan con tanta fuerza que parecen arder, como si los iluminaran desde dentro.

Me está mirando como si me conociera, y su mirada es tan intensa que me desconcierta.

Me viene una imagen a la cabeza: es la corteza quemada de un árbol, y veo sus ramas negras recortadas contra el cielo.

Siento que el vacío oscuro de la imagen me arrastra y me agarro a la barandilla del balcón para no perder el equilibrio.

El árbol parpadea y después desaparece.

Vuelvo a mirar la lámpara y suelto el aire. Quizá haya sido cosa de la luz. Ha tenido que ser eso.

Vuelvo a mirar al sacerdote con el corazón acelerado. Sigue observándome con una familiaridad desconcertante. Mi tía está a su lado. Extiende la mano con elegancia para que me una a ellos. Lleva una túnica y una falda que proyecta un brillo color zafiro.

Paige me posa la mano en el hombro y me habla con un tono delicado y alentador:

—Adelante, Elloren.

Estoy nerviosa, pero me obligo a poner un pie delante del otro y me concentro en la suntuosa alfombra de color esmeralda que cubre la escalinata, que silencia mis pasos y me ayuda a no resbalar con mis nuevos tacones escurridizos. Me agarro con fuerza a la barandilla brillante. La madera de cerezo me estabiliza, el árbol del que salió es sólido y robusto.

Cuando bajo el último escalón la sorprendida multitud se separa y enseguida me encuentro delante del joven sacerdote. La imagen de ese árbol muerto me vuelve otra vez a la cabeza. Me siento confundida y parpadeo para borrarla, y desaparece enseguida.

Hay algo que no va bien. Es como si estuviera delante de un bosque y todo el mundo pensara que no hay ningún problema. Pero hay un lobo acechando entre las sombras.

Me encuentro con la poderosa mirada del sacerdote.

—Elloren —dice mi tía con una sonrisa de oreja a oreja. Extiende la mano hacia él—. Este es Marcus Vogel. Es miembro del Consejo de Magos y espero que se convierta en el próximo Gran Mago. Sacerdote Vogel, esta es mi sobrina, Elloren Gardner.

Marcus Vogel alarga el brazo con serpentina elegancia, me coge de la mano y se inclina para besarla con una fascinada curiosidad en los ojos.

Me esfuerzo para no apartar la mano.

Tiene la piel extrañamente cálida. Casi caliente. Y me está mirando como si pudiera ver la imagen del árbol que tengo en la cabeza.

—Elloren Gardner —canturrea con un tono sorprendentemente ronco.

Desprende una sutil cualidad seductora que provoca una calidez en mi interior, como una invasión espeluznante. Me pongo tensa.

Vogel cierra los ojos, sonrío e inspira hondo.

—Su poder. Corre por tus venas. —Abre los ojos, los tiene pegados a mi mano. Me desliza un dedo por la piel y noto cómo me trepa un incómodo escalofrío por la espalda. Vogel me mira a los ojos con fijeza y me susurra—:

¿Lo notas?

Me siento muy confusa.

—No —me esfuerzo por contestar mientras intento recuperar la mano. Él me la sujeta con fuerza.

—¿Ya le han hecho el examen de varita? —le pregunta a mi tía con un tono espeso como la miel.

—Sí, varias veces —le asegura mi tía—. No tiene poderes.

—¿Estás segura? —pregunta clavándole los ojos a la tía Vyvian.

Mi segura e imperturbable tía se doblega bajo la penetrante mirada de Vogel.

—Sí... sí, bastante —titubea la tía Vyvian—. Su tío me lo aseguró. Le volvió a hacer una prueba oficial el año pasado.

Miro a mi tía sorprendida de su cobarde comportamiento y de sus palabras. Nadie me ha hecho ningún examen de varita hace un año. No me han vuelto a hacer ninguna prueba desde que era niña.

¿Por qué mentiría el tío Edwin?

El oscuro vacío de Vogel me presiona, cálido e implacable, y yo me alejo mentalmente de él observando su feroz mirada con creciente inquietud.

«¿Por qué me inquieta tanto este hombre cuando la tía Vyvian y muchos Magos más adoran el suelo que pisa?»

Vogel me suelta la mano y yo la retiro con actitud protectora abriendo y cerrando los dedos varias veces, intentando deshacerme de la sensación que me ha provocado.

—Qué lástima —se lamenta alargando la mano para tocarme la cara con sus hábiles dedos propios de un artista. Me esfuerzo para no recular. Vogel ladea la cabeza pensativo y respira hondo, como si quisiera olfatear el aire—.

Y, sin embargo... hay parte de la esencia de Carnissa en ella. Es fuerte.

—Eso sí —consiente mi tía con una sonrisa nostálgica en los labios—. Hay algo de mi madre en ella.

La tía Vyvian se embarca en una orgullosa descripción de mis logros musicales y le explica lo fácil que ha sido conseguir que me admitieran en la universidad.

Vogel la está escuchando a medias, tiene los ojos clavados en mis manos.

—No estás comprometida —me dice con un tono de voz plano y extrañamente duro.

Siento una punzada de desafío en mi interior. Le miro fijamente.

—Tú tampoco.

—Cielo santo, niña —dice un miembro del Consejo con barba que está a nuestro lado. Lleva una M del consejo prendida a la túnica—. Mago Vogel es un sacerdote. Claro que no está comprometido.

El Mago del Consejo niega con la cabeza y suelta una risita nerviosa comprensiva en dirección al sacerdote Vogel. Este le ignora.

—Necesita estar bien comprometida —le dice a mi tía sin dejar de mirarme a los ojos.

—Lo estará —le asegura Vyvian.

Vogel se vuelve hacia ella.

—Con alguien que tenga mucho poder.

Mi tía sonríe con aire conspirador.

—Claro, Marcus. Ahora es mi protegida.

—¿Ha conocido a Lukas Grey?

Mi tía Vyvian se inclina para susurrarle algo al oído a Vogel y le cruje la tela de la falda. Los demás miembros del círculo empiezan a conversar entre ellos.

Apenas los escucho, estoy distraída por la penetrante mirada de Marcus Vogel.

Al final llama mi atención el sonido de un grupo bullicioso que está entrando.

Fallon Bane aparece en el vestíbulo. Está rodeada de un grupo de atractivos cadetes ataviados con uniformes grises, además de su propia guardia militar y unos cuantos oficiales más vestidos con el clásico uniforme negro de los soldados. A su alrededor orbitan unas cuantas jóvenes encantadoras.

Pero ninguna es más guapa que Fallon.

Si tenía un vestido hecho con la misma tela que el mío, lo descartó enseguida. El exuberante vestido que luce es un brillante modelo espectacular que desafía a gritos el código de vestimenta aceptable, pues es de un tono escandalosamente púrpura tirando a negro más que negro tirando a púrpura. Los dos militares que van a su lado tienen los mismos rasgos que ella, idénticos ojos espectaculares y la sonrisa petulante. Deben de ser sus hermanos. Uno de ellos es más alto y lleva el uniforme negro, mientras que el otro viste el gris de los aprendices. Y ambos lucen cinco franjas plateadas en el brazo.

Fallon me localiza automáticamente. Levanta la mano como para burlarse de mí y crea una espiral de humo que proyecta un arcoíris de colores. Los invitados se deshacen en encantados «oohs» y «aahs» mientras ella se adueña de toda la atención. Los militares mayores de nuestro círculo la miran con recelo. Los aprendices no deben emplear sus poderes a menos que tengan permiso, eso podría valerle la expulsión de nuestra Guardia.

El comandante que está al lado de mi tía hace un gesto en dirección al oficial que tiene al lado y palmea el aire con sutileza: «Déjalo estar». Me empieza a palpar la cabeza. Por lo visto Fallon Bane no es solo poderosa: al parecer las normas no van con ella.

Fallon agita la varita y el humo de colores se deshace en un millón de chispas multicolores. Los jóvenes que la rodean ríen y aplauden.

Vuelve a envainar la varita, me mira entornando los ojos, se inclina hacia su hermano —el alto que va vestido de negro— y le murmura algo mientras los demás escuchan. Todos se miran con sorpresa y después se vuelven para mirarme con cara de divertida repugnancia.

Yo arrugo los dedos de los pies y noto cómo se me encoge el corazón mientras me pregunto qué mentiras estará contando sobre mí.

La profecía

Cuando mi tía nos da permiso, Paige se me lleva de allí enseguida.

Entrelaza el brazo con el mío y juntas cruzamos las puertas abiertas muy ornamentadas que conducen al enorme salón de baile. La música de la orquesta suena a nuestro alrededor y enseguida me dejo llevar por su magnificencia.

Estamos rodeadas de gardnerianos ricos, algunos bailando. Muchas de las personas junto a las que pasamos jadean al verme, me sonríen con aprecio y se acercan a halagar a mi «excelente familia». Hay varias sirvientas uriscas que pasean ataviadas con túnicas blancas portando bandejas doradas con pequeñas exquisiteces para comer. Otras sirven comida tras una mesa repleta de un surtido de propuestas gastronómicas muy bien presentadas junto a jarrones rebosantes de rosas rojas, y todo está muy bien iluminado por los candelabros de múltiples brazos que hay sobre la mesa.

Paige me guía entre la multitud en dirección a la comida y se sobresalta cuando ve que Fallon y sus amigos están entrando rodeados de la guardia militar de la chica. Paige se apresura a coger dos platos, sirve un poco de fruta confitada en los dos y se me lleva a una esquina sombría, donde las dos quedamos parcialmente escondidas detrás de un helecho que crece en una maceta gigante.

—¿El que está al lado de Fallon es Syllus? —le pregunto a Paige cuando me da el plato.

Esta se pone tensa mordiendo una grosella.

—Sí.

La miro con compasión y le doy un mordisco a una cereza confitada. Si Syllus Bane se parece en algo a su hermana, la dulce Paige no tiene mucha suerte de estar comprometida con él.

Miro a mi alrededor mientras Paige come fruta y acaba con los dedos pegajosos del azúcar. Abro los ojos como platos al ver un par de caras conocidas.

—Son... son los padres de Sage Gaffney —le murmuro a Paige sorprendida.

Están en el amplio pasillo que hay en uno de los laterales del salón, y visten su habitual atuendo taciturno de cuello alto tan conservador y sus expresiones son solemnes y dolidas. Reciben los abrazos de personas que les desean lo mejor mientras ponen cara de preocupación. Busco a más miembros de la familia hasta que encuentro a Shane, el hermano mayor de Sage. Está en el otro extremo de las mesas de comida, al lado de otro de los helechos, vestido con su uniforme de soldado y fulminando a la gente con la mirada.

Paige cubre mi mano con la suya a modo de advertencia.

—Elloren, no puedes decir su nombre. Y no deberías hablar con ellos. Ha ocurrido algo terrible...

—Ya lo sé —le digo—. Lo sé todo. Pero no lo entiendo. ¿Por qué no puedo decir su nombre?

Paige traga saliva mientras mira a los Gaffney con inquietud.

—La han desterrado.

—¿La han desterrado? —Me pongo pálida y me quedo boquiabierta. Es un ritual para repudiar a alguien. Como un funeral. Está reservado a aquellos cuyas acciones son tan terribles que su existencia debe ser borrada para poder restaurar el honor y la pureza de su familia—. Pero... mi tía me dijo que estaban intentando ayudarla.

Paige mira a la familia de Sage con expresión triste.

—Imagino que ella no quería que la ayudaran.

Recuerdo lo furiosa que estaba Sage. Dar a luz a un demonio ícaro volvería loco a cualquiera. Me viene a la cabeza una imagen y veo a Sage haciéndome coronas de lazos y flores cuando yo era una niña. La veo jugando con sus cabritas. Y después, ya de adolescentes, enseñándome a bordar diseños intrincados. Nos sentábamos bajo el enorme roble que está a medio camino entre su casa y mi cabaña, y nos pasábamos la tarde cosiéndonos flores en el dobladillo de las faldas. Siempre la admiré por su serena elegancia y sus habilidades artísticas.

Dejo el plato en una mesa.

—Voy a hablar con su hermano.

Paige se inquieta. Me doy cuenta de que no quiere formar parte de esto, que le asusta tanto la cercanía de los Gaffney como una pesadilla, pero no me detiene mientras cruzo el vestíbulo para hablar con Shane.

Shane está apretando una copa de cristal con tanta fuerza que parece que esté decidiendo a quién se la va arrojar. Es más bajo que la mayoría de los soldados que hay en la fiesta, pero lo compensa con la enjuta y atlética complexión propia de un luchador: puro músculo y energía contenida.

—Shane —le digo con cautela mientras me acerco mirando a mi alrededor y bajando la voz—. He sabido lo de Sage.

Hace una mueca.

—¿No sabes que se supone que no debemos decir su nombre? —Hace un gesto en dirección a su familia señalándolos con la copa con una expresión de repugnancia en la cara—. Podrían desterrarte a ti también.

Miro a los Gaffneys con aflicción.

—¿Qué le ha pasado? ¿Está bien?

La preocupación le ensombrece el rostro y niega con la cabeza.

—No lo sé, Elloren. No sé dónde está. Nadie lo sabe. Y mis hermanas pequeñas se han escapado con ella.

Me quedo sin aliento. ¡Sus hermanas también! Recuerdo la imagen evanescente de Sage internándose en el bosque y siento una áspera punzada de culpabilidad. Oh, Gran Ancestro, debería haber dicho algo... Shane vuelve a negar con la cabeza incrédulo.

—Enviaron a toda la Quinta División tras ellas. Pero no las encontraron. Es como si se hubieran desvanecido.

La Quinta División está formada por los mejores rastreadores de Gardneria. Es imposible esconderse de ellos. Ganaron notoriedad durante la Guerra del Reino localizando las bases secretas de nuestros enemigos, localizando grupos ocultos de peligrosos fae. Se rumorea que el mejor de sus integrantes puede rastrear un camino de una semana por el bosque. Sé todas estas cosas porque llevan varios años tratando de reclutar a mi hermano Rafe.

—¿Esa no es tu división? —pregunto—. ¿Por qué no estás con ellos?

Shane es un rastreador. Y además es muy bueno. Igual que Rafe.

El hermano de mi amiga esboza una mueca amarga.

—Bueno, Elloren, por lo visto decidieron que me faltaba el nivel de indiferencia necesario para matar a mi propia hermana.

Me quedo blanca.

—¿Matarla?

Shane me mira dolido.

—No solo dio a luz a un ícaro, Elloren. Creen que ha dado a luz a El Ícaro.

Me quedo de piedra.

Todos conocemos la Profecía que anunció el difunto Atellian Lumyn, uno de los mayores seers que ha dado nuestra iglesia.

Pronto se alzaré un Gran Ser Alado que proyectará su terrorífica sombra en la tierra. Y de la misma forma que la Noche acaba con el Día y el Día acaba con la Noche, se alzaré otra Bruja Negra para enfrentarse a él, con un poder inimaginable. Y cuando sus poderes se encuentren en el campo de batalla los cielos se abrirán, las montañas temblarán y las aguas se teñirán de tonos carmesíes... y sus destinos decidirán el futuro de Erthia.

Se decía que Lumyn era un profeta, los habitantes más devotos de Gardneria solían leer sus profecías, y la fe que les tenían solo era comparable a la que suscitaba *El Libro de la Antigüedad*. Falleció cuando yo era una niña y todavía vivía en Valgard, y todavía recuerdo los miles de personas que salieron a la calle el día de su funeral, el dolor que su muerte provocó en todos los habitantes de Gardneria.

Mago Lumyn predijo con exactitud el aumento del poder de mi abuela y la batalla que libraría contra un demonio ícaro. Escribió su última profecía poco después de la muerte de mi abuela y del final de la Guerra del Reino, y dejó conmocionada a toda Gardneria. Mi pueblo pensaba que habíamos vencido a los demonios ícaros. Que por fin estaba a salvo del terrorífico fuego y la oscuridad alada de los ícaros. Pero ahora se cernía en el horizonte una amenaza demoníaca todavía mayor.

—Ha llegado la hora —susurra Shane con tono áspero—. Los seers de la iglesia lo han confirmado. Y no lo han hecho solo ellos: también lo han anunciado los seers de otras razas. Todos han leído el mismo mensaje: el Ícaro de la Profecía está aquí. Es un hombre, con alas y poderes. Todos los demás ícaros varones han sido capturados y les han quitado las alas. ¿No lo ves, Elloren? Tiene que ser el bebé de mi hermana.

—No. —Niego con la cabeza desesperada por rechazar esa idea. ¿Sage ha dado a luz al demonio de la Profecía?—. No puede ser...

Pero por la cara que pone su hermano sé que podría ser cierto.

Shane mira la copa que tiene apretada en el puño, incapaz de reprimir su dolor.

—¿Sabías que le pegaba?

—¿Quién?

—¿Quién crees? Tobias. Menudo carácter tiene. —Pierde la vista entre la gente presa de la angustia—. Ya sabes, hizo todo lo que le dijeron que

tenía que hacer. Todos ellos. Empezó a pegarle poco después de que ella empezara a ir a la universidad. Por eso se fugó con ese celta. —Está apretando la copa con tanta fuerza que tengo miedo de que la rompa—. Abusó de ella —dice Shane entre dientes con rabia en los ojos—. Típico de los celtas. Utilizó a mi hermana, abusó de ella y ahora...

Se le apaga la voz y las lágrimas le nublan la mirada.

Alargo el brazo para consolarle, pero se aparta.

—Shane, no puede ser —insisto impertérrita—. La profecía no habla solo del Ícaro. También tiene que haber una Bruja Negra, y no hay nadie que tenga tanto poder...

Shane me mira con incredulidad.

—Pues claro que sí. O la habrá.

Lanza una mirada intencionada hacia los Bane, que están al otro lado del salón.

Se me hace un nudo en la garganta. Fallon Bane. La próxima Bruja Negra.

Enviada para matar al bebé demonio de Sage Gaffney. Parece una pesadilla.

Me vuelvo hacia Shane con un hilo de voz.

—¿De verdad crees que Fallon Bane se convertirá en una mujer tan poderosa?

—Sí, teniendo en cuenta la rapidez con la que se multiplica su poder. —Shane se encierra y endurece el tono de voz totalmente desesperanzado—. No hay nada que hacer, Elloren. Todo ha terminado para mi hermana. Vuelve con tu familia. Esto no es cosa tuya.

Miro a Fallon.

Esta desenvaina la varita y finge apuntar con ella a un aprendiz de militar. El chico se queda de piedra y palidece mientras los demás guardan silencio y se ponen tensos.

Esto no está permitido. Los aprendices no pueden apuntar con las varitas.

Estoy anonadada. El salón está lleno de oficiales y, de nuevo, ninguno de ellos regaña a Fallon por una violación flagrante de las reglas.

Fallon se ríe y envaina la varita, la tensión mengua y los invitados se deshacen en carcajadas nerviosas. El joven aprendiz esboza una pequeña sonrisa asustada antes de escabullirse.

Fallon observa cómo se marcha y después me clava los ojos. Esboza una sonrisa lenta y deliberada, que me envía un mensaje inconfundible: «Ten cuidado, Elloren Gardner. Esa podrías ser tú».

Aislinn Greer

Shane se marcha y, haciendo un esfuerzo por relajarme, me acerco a la mesa de refrigerios para coger algo de beber.

Me sirvo un poco de ponche, pero enseguida me doy cuenta de que me tiemblan las manos, y el cucharón de cristal repica contra la copa mientras la lleno con ese dulce líquido rojo salpicado de flores y pétalos comestibles. Sylus ha llamado a Paige y ella, con ciertas reticencias, me ha dejado sola para marcharse con él.

De pronto siento la mirada de alguien y me vuelvo hacia un lado.

Una joven menuda y sencilla de inteligentes ojos verdes me está mirando con tranquilidad desde su silla, donde aguarda con un libro abierto y las manos sobre el regazo. Va vestida como Echo Flood, con un vestido conservador de varias capas del que cuelga una esfera de Erthia. No lleva maquillaje. Me doy cuenta de que no tiene marcas en las manos, como yo. Y me parece incongruente. Su vestido la define como una chica de familia conservadora, pero no está comprometida.

—Me parece que a Fallon no le caes muy bien —comenta mirando cómo se ríe mientras come con sus amigos. Me sonrío con simpatía y su mirada es amable—. Eres valiente, ¿sabes? Tú sí que sabes elegir a tus enemigos.

—¿No te cae bien? —le pregunto sorprendida.

La joven niega con la cabeza.

—¿Fallon? Es mala como una serpiente. Y sus hermanos también. —Me lanza una mirada cargada de advertencia—. Si le cuentas a alguien que he dicho esto lo negaré.

Alzo las cejas aliviada de conocer por fin a alguien fuera del círculo social de Fallon. Le tiendo la mano.

—Soy Elloren Gardner.

Se ríe y me la estrecha.

—Eso es evidente. He oído hablar mucho sobre ti.

—Déjame adivinar —digo con cautela—. Soy la chica que se parece

tanto a su abuela.

—No —dice entre risas—, eres la chica que ha estado viviendo debajo de una roca en algún pueblo del norte. Pero me parece que tu verdadera fama reside en que nunca te han besado.

Me ruborizo y me llevo la mano a la cabeza para masajearme la frente dolorida.

—No debería haberle contado eso.

—No te preocupes —contesta intentando consolarme—. A mí sí que me han besado, y está sobrevalorado.

Dejo de masajearme la frente.

—¿De verdad?

—De verdad. Dos personas, frotándose las bocas, tragándose las babas del otro, probablemente con trozos de comida mezclada. Si lo piensas bien no es muy agradable.

Suelto una carcajada.

—Eres una romántica empedernida, ¿eh?

—No soy nada romántica —afirma con cierto orgullo—. El romance solo nos complica la vida, nos proporciona unas expectativas poco realistas.

Su postura es muy pulcra, el vestido discreto que lleva está perfectamente planchado y lleva la larguísima melena negra bien peinada y retirada de la cara con dos pasadores plateados.

—Quizá todavía no hayas conocido al joven adecuado —comento.

—No, ya le he conocido —afirma decidida—. Nos comprometeremos a finales de año. Está allí. —Hace un gesto con la barbilla para señalar la entrada del gran salón—. Es el que está justo a la derecha de la puerta.

Se parece a todos los jóvenes que hay por aquí: mentón recto, pelo negro, ojos verdes.

Me vuelvo hacia ella.

—Así que ya le has besado.

—Sí, es lo que se espera. —Suspira resignada—. Esperan tanto por... otras cosas, nuestros hombres. Imagino que se supone que debemos lanzarles un hueso de vez en cuando.

—Pero a ti no te gusta hacerlo.

—No es tan terrible, no me malinterpretes. O sea, es tolerable.

Su falta de entusiasmo me hace reír.

—¡Tal como lo dices parece que sea una tarea del hogar!

—Bueno, de cierto modo lo es.

Me está sonriendo muy animada.

—Si piensas eso, ¿por qué vas a comprometerte con él? ¿A casarte con él?

Se encoge de hombros.

—Bueno, Randall está bien. Supongo que será una buena pareja. Le eligieron mis padres, y yo confío en ellos.

—¿Estás diciendo que no pudiste opinar?

—No necesito opinar. Confío en ellos. Sabía que no elegirían a alguien con mal corazón. También eligieron a las parejas de mis dos hermanas.

Me fascina su forma de aceptar la situación.

—¿No quieres elegir a tu propia pareja?

El tío Edwin jamás me elegiría a alguien. Quizá me presentara a algún chico que él considerara agradable, pero estoy segura de que dejaría la decisión en mis manos.

Se encoge de hombros.

—La verdad es que no importa quién lo elija. La mayoría de ellos son bastante intercambiables. Lo que quiero decir es... bueno, míralos. —Gesticula con desdén en dirección a un grupo de jóvenes—. Cuesta mucho diferenciarlos.

Tiene razón. Miro por el salón y admito que tendría que esforzarme en encontrar algún rostro que destacara entre los demás.

—¿Qué estás leyendo? —le pregunto advirtiéndole de nuevo su libro.

Se sonroja.

—Oh, es un libro para la universidad —me explica con una inocencia exagerada—. Ya he empezado con las lecturas.

La cubierta confirma sus palabras: *Historia Comentada de Gardneria*. Pero entonces me doy cuenta de que el papel de la cubierta no encaja exactamente con las solapas del libro y sobresale un poco por los lados.

—¿Qué estás leyendo en realidad? —insisto.

Al principio me mira sorprendida, pero después se recuesta en la silla, suspira y me acerca el libro fingiendo rendición.

—No puedes decírselo a nadie —susurra con tono conspirador.

Miro bajo las cubiertas y paso las páginas.

—¡Poemas de amor! —contesto susurrando yo también entre risas. Le devuelvo el libro y sonrío—. Pensaba que no eras romántica.

—En la vida real no —me aclara—. Aunque supongo que me gusta la idea del romance. Pero soy consciente de que no es más que una fantasía.

—Eres divertida —le digo sonriéndole.

Ella me observa con la cabeza ladeada.

—Y tú eres completamente distinta a lo que esperaba. Me llamo Aislinn Greer, por cierto. Mi padre está en el Consejo de Magos con tu tía. Iremos juntas a la universidad.

—Elloren, veo que has hecho una amiga nueva.

Me vuelvo y veo que mi tía se está acercando a nosotras.

—Buenas noches, Maga Damon.

Aislinn saluda a mi tía con respeto cerrando el libro con ambas manos.

—Buenas noches, Aislinn —contesta la tía Vyvian con una sonrisa de oreja a oreja—. Justo estaba hablando con tu padre. Me alegro de verte aquí. —Se vuelve hacia mí—. Elloren, me gustaría que fueras a buscar el violín. Al sacerdote Vogel le encantaría que nos tocaras algo esta noche.

Se me encoge el estómago de golpe.

—¿Tocar? ¿Ahora? ¿Delante de todo el mundo?

—Tu tío me ha explicado cientos de veces lo bien que lo haces.

—Lo siento, tía Vyvian, yo... no puedo...

Nunca he tocado delante de tanta gente, y la mera idea me pone de los nervios.

—No digas tonterías, niña —contesta la tía Vyvian con desdén—. Ve corriendo a buscar tu violín. Nadie hace esperar al siguiente Gran Mago.

Lukas Grey

Me siento muy aliviada cuando por fin salgo del salón de baile lleno de gente y llego al pasillo privado que conduce a mi habitación. Tengo los pies doloridos por culpa de los zapatos. Por un momento pienso en escapar.

Entro en la estancia desierta y me quedo sin respiración.

Allí, encima de la cama, hay un estuche de violín. Dentro, cómodamente acurrucado en un lecho de terciopelo verde, yace un violín maelorian, el de mayor calidad del Reino Occidental, hecho por elfos en las Montañas Maelorian del norte, de una especie muy poco conocida de píceas alfsigr. Hay una nota cuidadosamente colocada debajo de las cuerdas, con un mensaje escrito con la fluida caligrafía de mi tía.

«Haz que tu familia se sienta orgullosa.»

Me siento junto al violín y lo miro. Soy incapaz de imaginar cómo ha conseguido la tía Vyvian un instrumento como este. Cuando por fin lo cojo, me siento como si estuviera sosteniendo un objeto sagrado. Cuando toco las cuerdas con suavidad, en mi cabeza aparece la imagen de una píceas alfsigr en la ladera de una montaña.

«Está afinado.»

Siento un burbujeo de nerviosismo cuando tenso el arco, coloco el violín en posición y lo deslizo por la cuerda del la.

Suena una nota perfecta, tan pura como un lago azul en calma.

La alegría me acelera el corazón. Abrumada, dejo el instrumento en la cama y me acerco a mi maleta para buscar, en mi carpeta de partituras, la que corresponde a mi pieza preferida, *Winter's Dark*, y enseguida localizo el rígido pergamino. Contemplo los pentagramas llenos de notas y la música empieza a sonar en mi cabeza.

Miro hacia la puerta y la euforia que sentía se esfuma rápidamente, mi desagradable tarea aguarda para aplastarme como la rueda de un molino.

Me recompongo y tomo una decisión. Si voy a hacer el ridículo delante de todo Valgard, que sea al ritmo de la composición musical más bonita que

se ha compuesto jamás para violín.

Metó el instrumento en el estuche con cuidado, me pongo la partitura bajo del brazo, me obligo a ponerme en pie y salgo decidida a enfrentarme a mi destino; bueno, todo lo decidida que una puede caminar con los zapatos más incómodos que se han inventado.

Vuelvo a entrar en el salón atestado de gente e inmediatamente empiezo a venirme abajo, se me seca la boca, se me hace un nudo en el estómago y, lo peor de todo, empiezan a temblarme las manos.

Mi tía me observa con una sonrisa educada mientras me acerco. Está hablando con el sacerdote Vogel y un grupo de miembros del Consejo. Marcus Vogel se me queda mirando fijamente y vuelvo a preguntarme si será capaz de leerme el pensamiento.

—Gracias por dejarme utilizar este violín tan increíble, tía Vyvian — digo; me tiembla la voz.

—No hay de qué, querida —contesta con una sonrisa radiante—. Estamos deseando escucharte.

Señala en dirección a un atril dorado que han colocado junto a la orquesta y delante de un fantástico piano, cuya madera de ébano está tallada en forma de varios árboles que sostienen la amplia superficie del piano sobre sus ramas repletas de hojas.

La tía Vyvian me acompaña hasta el atril. Los miembros de la orquesta inclinan la cabeza y me saludan con una sonrisa. Yo me agacho para abrir el estuche del violín, cada vez me tiemblan más las manos.

—Esta es Enith —anuncia mi tía. Levanto la cabeza y veo a una joven urisca con unos enormes ojos color zafiro y una luminosa piel azul—. Ella irá pasando las páginas.

—¿Páginas?

Mi tía me mira como si me hubiera vuelto loca.

—De la partitura.

—Ah, sí, claro.

Me levanto y cojo la partitura que llevo debajo del brazo para entregársela a la chica urisca. Ella advierte lo mucho que me tiemblan las manos y frunce el ceño preocupada.

A medida que los invitados van advirtiéndolo que mi tía está esperando a que le presten atención, la conversación del salón se va apagando hasta convertirse en un murmullo.

—Me gustaría presentarles a mi sobrina, Elloren Gardner —anuncia la

tía Vyvian con soltura—. Algunos de vosotros ya habéis tenido el placer de conocerla. Otros asistiréis a la universidad con ella este año.

Cuando miro a los invitados me horroriza advertir que Fallon se está abriendo camino hasta la primera fila acompañada de un grupo de jóvenes.

Alargo la mano para abrir la partitura por la primera página y se cae del atril, las páginas se esparcen por el suelo.

—Lo siento —digo con la voz ronca.

Me agacho y empiezo a recoger las páginas mientras la chica urisca se inclina para ayudarme. Puedo oír a Fallon y sus secuaces tratando de esconder sus risas burlonas tosiendo al mismo tiempo.

Me levanto después de lo que me parece una vergonzosa eternidad. La chica urisca me quita la partitura, quizá para impedir que entorpezca su trabajo.

Vuelvo a agacharme para sacar el violín del estuche, me incorporo, lo sujeto con la barbilla, tenso el brazo del arco y consigo controlar el temblor.

Fallon y sus amigos me miran expectantes. Aislinn Greer, que también está en primera fila, asiente para animarme.

Si sigo vacilando tengo miedo de acabar vomitando delante de todo el mundo, así que empiezo.

Mi arco se desplaza con aspereza por las cuerdas y se oye un chirrido tan desagradable que hago una mueca sorprendida de lo mal que suena. Sigo tocando, desafinando, mientras me esfuerzo por concentrarme en la música, sintiendo que estoy perdiendo el control del temblor de las manos.

Dejo de tocar con el violín todavía en posición y las lágrimas asoman a mis ojos, demasiado avergonzada para mirar a la gente.

Más toses y risas sorprendidas brotan de la dirección de Fallon.

El sonido de sus mofas me provoca una punzada de rabia que me da unas fuerzas inesperadas. La madera del violín palpita con calidez. En mi mente aparece la imagen de unas ramas fuertes y ásperas y después desaparece, como si la madera estuviera intentando llegar a mí.

La visión me reafirma y me concentro para relajar las manos, reprimo el temblor y vuelvo a empezar. Esta vez mi arco se desliza con suavidad por las cuerdas y la melodía empieza a sonar como es debido. Aprieto los dientes y sigo tocando, la calidad del instrumento hace que la música sea pasable... Y entonces empieza.

Las notas del piano comienzan a sonar por detrás de mí, acompañándome.

Pero no es una música de piano cualquiera, es una música preciosa que se enrosca en mi débil intento por desgranar la melodía.

Vacilo incrédula un momento.

La música del piano me sigue, suena más lenta justo cuando yo vacilo e improvisa cuando a mí se me escapan algunas notas. Otra oleada de calidez se apodera de la madera mientras en mi cabeza aparece la imagen de unas ramas sinuosas que se enroscan en mi cuerpo.

Me relajo y me dejo arrastrar por la música, poco a poco mis manos empiezan a tranquilizarse y las notas van sonando en su sitio. Cierro los ojos. No necesito mirar la partitura. Conozco esta pieza.

Las personas que tengo delante se van apagando y desaparecen hasta que solo estamos yo, el violín, el piano y el árbol.

Y entonces dejo de utilizar el piano como red de seguridad y despego, ahora mis manos están firmes y seguras, y la música remonta. Sigo tocando la bella melodía, incluso cuando el piano se apaga y deja que yo me sumerja en el solo de violín que reina en el corazón de la pieza.

Se me saltan las lágrimas cuando la melodía llega al crescendo, la música me atraviesa. La dejo fluir, por la madera del arco, por la madera del violín, mientras yo, con mucha suavidad y elegancia, llevo la pieza hasta su triste final.

Bajo el arco con los ojos todavía cerrados, el salón sigue en absoluto silencio durante un dichoso y mágico momento.

Después el público se deshace en un ruidoso y entusiasta aplauso.

Abro los ojos y la multitud se reúne a mi alrededor, los miembros de la pequeña orquesta me regalan un sinfín de felicitaciones y elogios.

Pero quizá el mayor indicativo de la calidad de mi actuación se refleja en el rostro de Fallon Bane. Está allí de pie, con la boca abierta y expresión horrorizada, mientras sus amigos me miran con creciente aprobación.

Me vuelvo para ver quién es mi salvador al piano, y me quedo sin aliento al verle.

Es, de lejos, el joven más guapo que he visto en mi vida; posee unos rasgos fuertes muy marcados, viste el elegante uniforme de los soldados de Gardneria y tiene unos ojos verdes absolutamente cautivadores.

Y me está sonriendo.

Adivino quién es sin necesidad de que me lo presente nadie.

Lukas Grey.

Se levanta del banco del piano de un fluido y elegante movimiento. Es alto, tiene los hombros anchos, el cuerpo esbelto de un atleta nato y los movimientos controlados de una pantera. Y en las mangas de su túnica militar luce las cinco franjas plateadas.

Cuando se acerca a mí, Fallon Bane aparece automáticamente a su lado, enlaza el brazo con el suyo con actitud territorial y me lanza una mirada amenazadora.

Lukas mira el brazo de Fallon con sorprendida diversión y después vuelve a mirarme y arquea una ceja negra, como si fuéramos un par de viejos amigos que estuvieran compartiendo un chiste privado. De pronto mi tía aparece al otro lado de Lukas y se concentra en Fallon con una agradable pero calculadora expresión en el rostro.

—Fallon, querida —canturrea—, el sacerdote Vogel y yo necesitamos hablar contigo.

Fallon se pone pálida y adopta una expresión de auténtico pánico mientras sus ojos se pasean entre Lukas y yo, y después se posan sobre mi tía. Abre la boca como si quisiera protestar, pero no le sale nada. Lukas sigue mirándome con esos increíbles ojos, está claro que la situación le parece muy divertida.

—Ven conmigo, querida —le pide mi tía a Fallon. Hace un gesto hacia el otro lado del salón, donde aguarda el sacerdote Vogel rodeado de un montón de personas que lo miran con adoración y brillo en los ojos. Por un momento me encuentro con los ojos del sacerdote y Vogel asiente.

Fallon suelta el brazo de Lukas como si estuviera abandonando un tesoro que le ha costado mucho encontrar y me lanza una mirada de absoluta aversión.

—Volveré —espeto al pasar con tono amenazante.

Mientras mi tía se la lleva con firmeza, Fallon no deja de mirarnos con cara de furiosa desesperación.

Me vuelvo hacia Lukas.

«Santísimo Gran Ancestro, qué guapo es.»

—Gracias por tocar —le digo con sincera gratitud.

Él posa una mano encima del piano y se apoya en el instrumento con despreocupación.

—Ha sido un placer. No suelo tener la oportunidad de tocar con un músico de tu nivel. En realidad ha sido un privilegio.

Se me escapa una risa nerviosa.

—No soy tan buena. He destrozado el principio de la pieza.
Le brillan los ojos.

—Sí, bueno, estabas nerviosa. Pero has cogido el hilo enseguida. —Se pone derecho con un gesto lánguido y me tiende la mano—. Me llamo Lukas Grey.

—Ya lo sé —contesto vacilante, y le doy la mano. Me la estrecha con fuerza y firmeza.

—¿Ya lo sabes? —dice arqueando una ceja.

—Fallon. Cuando he visto que te cogía del brazo he imaginado quién eras.

Me dijo que estás a punto de comprometerte con ella.

—¿Ah, sí?

Vuelve a sonreír.

—¿No es así?

—No.

—Ah.

—Pero sí que es cierto que antes me ha arrinconado para hablarme de ti — dice sonriendo.

—¿Y qué te ha dicho?

—Bueno, lo evidente. Que eres igualita que tu abuela. —Se acerca tanto que puedo sentir su aliento en la oreja—. He visto retratos de ella. Tú eres mucho más atractiva.

Trago saliva cautivada por él.

Se incorpora cuando yo me sonrojo y pongo en evidencia que se me está acelerando el pulso.

—¿Y qué más te ha contado? —pregunto.

—Me ha dicho que estás enamoradísima de Gareth Keeler.

Se me escapa una risa nerviosa.

—Oh, por Dios santo.

—¿No es verdad?

—¡No! —exclamo arrugando la cara con incredulidad—. O sea... ¡pero si nos bañábamos juntos!

Esboza una sonrisa traviesa.

—¡En una palangana! —espeto empeorándolo.

—Los hay con suerte —dice alzando las cejas encantado.

—No, no... no es lo que estás pensando.

—Lo que estoy pensando es que cada minuto que pasa siento más

envidia de Gareth Keeler.

—Éramos niños pequeños —aúllo desesperada por borrar la imagen que se está formando en su mente—. Le conozco desde siempre. Crecimos juntos.

Es como un hermano para mí.

Lukas se queda allí, sonriendo, está disfrutando muchísimo de la situación.

Suspiro.

—¿Qué más te ha dicho Fallon? —pregunto dándome por vencida.

—Me ha dicho que nunca te han besado.

Pongo los ojos en blanco avergonzada.

—No tendría que haberle explicado eso. Me parece que se lo ha dicho a todos los invitados.

Me lanza una mirada muy sugerente.

—Bueno, eso tiene fácil solución.

—¿Qué? —contesto como una tonta.

Da un paso atrás y me tiende la mano.

—Vamos —dice sonriendo.

Veo a Fallon en la otra punta del salón, mi tía todavía la tiene arrinconada y nos está mirando con auténtica rabia.

Le cojo la mano a Lukas con el corazón desbocado y le sigo mientras me guía por entre la multitud hacia la salida del salón.

Paso junto a Paige en el vestíbulo y alza las cejas de golpe. Niega con la cabeza con frenesí y abre la boca para decir algo, pero solo le sale un graznido incoherente. Ya sé que estoy pisando el territorio de Fallon, pero esto es, con mucho, lo más emocionante que me ha pasado en la vida.

Me tambaleo un poco intentando seguir las largas zancadas de Lukas, que rodea la escalinata del vestíbulo. Cruzamos algunos vestíbulos. Mientras avanzamos me deslumbra la elegancia de la casa: más lámparas de araña, un retrato de mi abuela, preciosos paisajes de las montañas Verpacianas y el mar Vóltico.

La decoración cambia de golpe cuando nos agachamos para adentrarnos por un pasillo lateral con alfombras de color granate y las paredes de tonos borgoña bañadas por el suave y esporádico brillo ambarino de los candiles. El pasillo está desierto y los distantes sonidos de la fiesta se oyen amortiguados y muy lejanos. Lukas aminora el paso y me guía por el pasillo, hasta el final.

Se para, se gira hacia mí y vuelve a sonreír. Yo doy un paso atrás y busco nerviosa la pared que tengo detrás mientras miro la varita de ébano que

lleva en el cinturón.

Él se acerca a mí, apoya la mano en la pared de mi lado y levanta la otra para ponerme un mechón de pelo detrás de la oreja.

Yo me oigo tragar saliva y se me acelera el corazón, que late a un ritmo desigual.

—A ver —dice con la voz sedosa—, ¿qué es eso de que nunca te han besado?

Abro la boca para decir algo. Para explicarle que no sé besar, y que probablemente se me dé fatal, pero antes de que pueda decir nada me levanta la barbilla, se inclina hacia delante y posa los labios sobre los míos con suavidad, y todas mis preocupaciones desaparecen tras una nube de humo.

Sus labios siguen pegados a los míos durante un instante, después Lukas se retira un poco y me acerca la boca al oído:

—Ya está —susurra con suavidad—, ahora ya te han besado.

Estoy completamente aturdida. Aislinn estaba muy equivocada.

Levanto los brazos con indecisión y le pongo las manos en sus hombros.

Noto su calor a través de la seda de su túnica.

—Eres preciosa —susurra acercándose para volver a besarme.

Esta vez sus labios son más insistentes y a mí me sube la temperatura de una forma que jamás había experimentado, me siento como si estuviera flotando en un sueño. Me desliza la mano por la cintura y me pega a él. Me encanta que me bese, estar pegada a él, me siento peligrosamente bien. Es mejor que bañarse en el sedoso río Maple. Mejor que el tacto aterciopelado de la corteza del olmo Verpaciano. Mejor que nada.

La sensación crece hasta convertirse en un intenso destello, como si toda la madera que nos rodea empezara a arder. El fuego se me cuele por los pies, me recorre todo el cuerpo y me calienta los labios mientras me viene a la cabeza la visión de un bosque.

Jadeo y me aparto, el fuego se apaga de golpe y la imagen se vuelve borrosa y desaparece.

Lukas parece momentáneamente sorprendido, me mira con asombro y tensa las manos sobre mi cuerpo.

—Ya me advirtieron sobre ti —jadeo abrumada por la salvaje emoción que siento de estar con él—. Me dijeron... que eres poderoso.

Lukas me mira entornando los ojos y esboza una desconcertante sonrisa traviesa.

—Pues sí —dice observándome—. Pero tú también. Quizás incluso más. Puedo sentirlo. —Me acaricia la nuca con suavidad—. Pero no lo sabes, ¿verdad? —Se le oscurecen los ojos—. Todavía.

Me quedo sin aliento cuando pasa el dedo por encima del cuello de mi vestido. Es increíblemente excitante y muy alarmante, todo al mismo tiempo. Niego con la cabeza.

—Solo me parezco a mi abuela. Yo no tengo poderes.

—¿Ah, sí? —dice Lukas ladeando la cabeza con aire reflexivo y la mano apoyada de forma despreocupada en mi cadera—. ¿Has cogido alguna varita, Elloren?

—No que yo recuerde.

Su rostro se oscurece y se le curvan las comisuras de los labios.

—Bueno —dice encantado con su nuevo descubrimiento—, pues tendremos que ocuparnos también de eso. —Me rodea la cintura con el brazo y se acerca a mí—. Deberías hacerte un examen de varita. Y deberías dejar que te lo hiciera yo.

—¡Lukas! —Una voz masculina grita al otro lado del pasillo.

Me pongo tensa y me sonrojo. Sin embargo, Lukas parece completamente impertérrito.

Es Sylus Bane.

«Por Dios, otro Bane no. Ahora no.»

Sylus se sorprende mucho cuando se da cuenta de quién soy, después entorna los ojos y esboza una sonrisa maliciosa.

—Vaya, vaya, ¡pero si es Maga Elloren Gardner! Qué rápido eres, Lukas.

Como siempre, tienes mi absoluta admiración. —Suelta una carcajada—. Espera a que Fallon se entere de esto...

Me sube un terrible escalofrío por la espalda. «Fallon me va a matar.»

—¿Hay algún motivo por el que hayas venido a interrumpirnos? —pregunta Lukas muy tranquilo.

Destila un tono gélido y a Sylus Bane se le borra la sonrisa.

—Bueno —se explica—, vamos a salir. He supuesto que vendrías con nosotros. A menos, claro está, que estés muy ocupado aquí.

Lukas suspira y me mira con actitud reticente. Se vuelve hacia Sylus.

—Nos vemos fuera en un momento.

Sylus esboza una sonrisa malvada, como si hubiera ganado algún concurso secreto, y después se marcha. Yo me relajo un poco.

Lukas se apoya en la pared rodeándome con delicadeza por la cintura.
Le miro con atención.

—¿Estás liado con Fallon Bane?

Ladea la cabeza y tuerce el gesto.

—La cortejé. Brevemente. Hace tiempo.

—Ah.

Asiento, ahora lo entiendo todo.

Suelta un suspiro cargado de resignación y baja la mirada.

—Nuestras afinidades son opuestas. Desastrosamente, en mi opinión, aunque es evidente que ella no piensa lo mismo. Fallon siente una gran afinidad por el hielo. Y yo no tengo ninguna. —Me desliza los dedos por la espalda y siento la deliciosa calidez que me provoca su contacto. Sonríe—. Yo tengo más afinidad con el fuego.

Le miro a los ojos e imagino que podría quedarme atrapada en ese ardiente mar verde.

Trystan me explicó cómo iba eso de las afinidades entre los Magos, me dijo que la magia transcurre por una serie de líneas elementales, y que cada Mago posee una proporción diferente de los cinco elementos: fuego, tierra, aire, luz y agua. Trystan tiene inclinación hacia la magia del fuego y la del agua.

Y yo noto el poder de Lukas. Noto su fuego.

Lukas se ha quedado callado y parece que esté pensando en algo.

—Ven al baile de Yule conmigo —dice.

—No sé lo que es eso.

—Es un baile que se celebra cada Yule en la universidad para los alumnos y graduados gardnerianos.

Trago saliva, no puedo creer que esto esté pasando. Tiene que ser un sueño.

—Vale —contesto asintiendo como una tonta.

Él sonríe y levanta la mano para jugar con mi pelo.

—Deberíamos ir volviendo —dice con pesar—. Tu tía debe de estar preguntándose dónde te has metido.

—No sé yo —digo atrapada en su lánguida caricia—. Parecía bastante contenta de vernos marchar juntos.

«Exultante, en realidad.»

—Ya, bueno... —concede con una gran sonrisa.

Se aparta de mí y me ofrece el brazo. Acepto su gesto; una parte de mí se

siente extrañamente temeraria y no quiero marcharme, quiero quedarme allí a solas con él, sentir cómo el fuego de su beso ilumina la habitación.

Cuando llegamos al vestíbulo, un grupo de soldados jóvenes y cadetes, entre ellos Sylus, llaman a Lukas a gritos. Yo miro un poco más allá y veo a mi hermano Rafe acercándose con paso acelerado, paseando los ojos entre Lukas y yo.

—Hola, Ren —me saluda con calidez.

Yo suelto el brazo de Lukas y le doy un cariñoso abrazo a mi hermano.

—¿Dónde está Trystan? —pregunto encantada de volver a estar con mi hermano, pero vergonzosamente consciente de que Lukas sigue a mi lado.

—Trystan se aloja con Gareth y su familia —me dice Rafe sonriendo—.

Ya sabes lo mucho que le gustan las grandes fiestas.

Me río.

—¿Dónde está el harén que te sigue siempre, como dice Trystan? —bromeo.

Esboza una sonrisa traviesa.

—Acabo de llegar. —Rafe se vuelve hacia Lukas con una sonrisa tensa: no es un gesto amigable, más bien parece un tigre enseñando los dientes—.

Supongo que le estabas enseñando la casa a mi hermana, ¿no?

—Algo así —contesta Lukas con tranquilidad.

Rafe está sonriendo, pero se le tensa el brazo derecho y aprieta el puño.

—¿Qué tal van tus prácticas de tiro con arco, Rafe? —pregunta Lukas en tono agradable.

—Mortalmente precisas como siempre, Lukas.

Lukas se vuelve hacia mí ignorando la repentina tensión que flota en el aire.

—Hace tiempo que intento que tu hermano se aliste en el ejército como cadete. Podría tener mucho éxito. Es el mejor rastreador, el mejor cazador... el mejor arquero gardneriano que he visto en mi vida. Tu hermano es un hombre peligroso.

—Venga ya, no soy tan peligroso, Lukas —dice Rafe sin dejar de sonreír—. Siempre y cuando nadie moleste a mi hermana pequeña, claro.

Lukas se ríe.

—Dudo mucho que necesite tu protección, Rafe.

Este me lanza una mirada inquisitiva antes de volver a centrarse en Lukas.

Uno de los soldados llama a Lukas.

—Dejaré que os pongáis al día —dice Lukas. Me coge la mano y se inclina para besármela con una sonrisa en los labios. El contacto me provoca un delicioso escalofrío en la espalda y yo me esfuerzo por mantener la compostura—. Elloren, ha sido un placer conocerte —comenta mirándome a los ojos. Se endereza y se vuelve hacia mi hermano—. Rafe —dice inclinando la cabeza en su dirección a modo de saludo.

—Lukas —contesta con frialdad.

Los dos nos lo quedamos mirando mientras Lukas se marcha en dirección a sus compañeros y se va con ellos.

Rafe se vuelve hacia mí visiblemente relajado.

—Por lo que he oído eres la estrella de la noche. —Adopta una expresión de fingido recelo—. ¿Quién eres y qué has hecho con mi tímida y reservada hermana?

—Soy su glamurosa doble —contesto entre risas.

Ahora el vestíbulo está casi vacío. Parece que la fiesta empieza a decaer, el murmullo de las conversaciones procedentes del salón es más apagado y ya no suena la música.

—Oye, Ren —dice Rafe con un tono extrañamente serio—, ya sabes que jamás se me ocurriría decirte cómo tienes que vivir tu vida, ¿no?

Le miro con curiosidad preguntándome a qué viene ese comentario.

Respira hondo, como si quisiera elegir sus palabras con cuidado.

—Ya sé que la tía Vyvian quiere que te comprometas, pero... no te precipites con Lukas Grey, ¿de acuerdo?

Noto cómo me sonrojo y me encojo de hombros con indiferencia.

—No lo hago.

—Hace mucho tiempo que le conozco —me advierte Rafe—. Y ya sé que eres lista, pero él también lo es. Y tiene más... experiencia.

Frunzo los labios avergonzada, quiero ignorar sus palabras.

Rafe suspira con fuerza y se frota el puente de la nariz.

—Tú ten cuidado, ¿vale?

—Claro —le prometo algo nerviosa.

Al escuchar mi promesa Rafe parece relajarse y recupera su habitual expresión sosegada.

—Está bien, está bien —dice levantando las manos fingiendo rendirse—. Ya se ha acabado la parte del hermano protector por esta noche.

—Me alegro —contesto aliviada intentando enterrar su advertencia en lo más profundo de mi mente.

De pronto me doy cuenta de que hay un grupo de chicas muy guapas cerca de la puerta del salón, riéndose y mirando a Rafe.

—Oye, Rafe —digo—, ¿conoces a Aislinn Greer?

—No nos han presentado formalmente.

Alza una ceja con curiosidad.

—La he conocido hace un rato. Debería presentaros.

Se ríe.

—Estás intentando emparejarme con ella, ¿eh?

—Vale, ya veo que no necesitas ayuda con eso. —Miro al grupo de chicas risueñas. Estoy segura de que se reunirán alrededor de Rafe como una bandada de gansos en cuanto yo deje de hablar con él—. Aislinn parece... diferente. Es lista... simpática...

—Ya sé lo que haremos —comenta en tono negociador—. Cada Yule se celebra un baile en la universidad. Tú vas con Gareth y yo se lo pediré a Aislinn Greer.

—No puedo —contesto vacilante sin ningunas ganas de contrariar a mi hermano mayor—. Ya me he comprometido a ir con Lukas.

—Elloren. —Levanta la mano para tocarme el brazo y vuelve a ponerse serio—. Lo de Lukas Grey no es ninguna broma. Aléjate de él. Es muy poderoso. Estás jugando con fuego.

«Quizá quiera jugar con fuego.»

—Gracias por la advertencia —contesto con un tono absoluta y completamente evasivo.

Compromiso

—Esta mañana he recibido correspondencia —me informa mi tía mientras nos sentamos a desayunar.

Estamos rodeadas de ventanas abovedadas con vistas a unos preciosos jardines. Hay un centro de rosas rojas que se recorta contra el cielo plomizo.

Casi puedo oír el sonido de la cubertería de plata deslizándose por la porcelana dorada cuando mi tía corta con delicadeza la tortilla y la fruta con especias que tiene en el plato. Todavía le queda medio panecillo que reposa impoluto en un plato adyacente. Todo lo que hace —su caligrafía, comer, vestirse— es siempre muy pulcro. Es fácil sentirse desastrosa y torpe ante su continua perfección. Miro mi panecillo rodeado de migas.

—¿Quién te ha escrito? —le pregunto mientras intento limpiar las migas que se me han caído con la yema del dedo.

—Los padres de Lukas Grey.

Se me queda el dedo helado. Levanto la vista, mi tía se toma su tiempo antes de seguir hablando y bebe un sorbo de té tranquilamente.

—¿Sois amigos? —pregunto tratando de no levantar la voz.

Mi tía me sonrío con desconcierto.

—Claro, querida. Hace años que conozco a Lachlan y a Evelyn.

Le doy un mordisquito al panecillo intentando parecer despreocupada.

—Por lo visto —prosigue cogiendo la taza de té con ambas manos—, Lukas les comentó ayer por la noche que aceptaría comprometerse contigo.

Me atraganto con el panecillo.

—¿Qué?

Mi tía me mira con una enorme sonrisa blanca, como un gato que se acaba de comer un canario.

—Al parecer le impresionaste.

—¿Quiere comprometerse conmigo? —espeto mientras se me escapan las migas de la boca.

Me lanza una mirada inquisitiva.

—¿Por qué te sorprendes tanto? Tenéis la misma edad, Elloren. La mayoría de las chicas gardnerianas de tu edad ya están comprometidas, o a punto de estarlo...

—¡Pero acabo de conocerle!

—Eso no importa —contesta haciendo un gesto indiferente con la mano. Me la quedo mirando sorprendida. «Eso no importa. ¿En serio?»

—Deberíamos organizarlo todo para que os comprometáis lo antes posible —afirma la tía Vyvian con decisión—. Enith...

Mi tía se vuelve hacia la chica urisca de piel azul que me ayudó con la partitura la noche anterior. Aguarda de pie y pegada a la pared, en silencio e inexpresiva, como una estatua.

—¿Sí, señora? —contesta Enith.

—Contesta a los Grey —le ordena mi tía—. Diles que Elloren está encantada de aceptar la proposición de Lukas y que nos gustaría que el compromiso se celebrara lo antes posible. Quizá después de la misa de mañana.

—Espera... —suplico interrumpiéndola—. No puedo comprometerme con Lukas.

La tía Vyvian se queda inmóvil con el panecillo suspendido en el aire.

—¿Por qué no puedes?

Enith me está fulminando con la mirada, tiene los ojos abiertos como platos y está paralizada, como si yo acabara de tirarles un tarro de mermelada a las dos.

—Solo hace un día que le conozco.

«Santísimo Gran Ancestro, ¿en qué estaría pensando Lukas?»

—Elloren —susurra mi tía dejando el panecillo en el plato—, una proposición como esta, de una familia como esta, de un joven como Lukas Grey, no se presenta todos los días.

—Lo siento. —Niego con la cabeza—. No puedo. Acabo de conocerle.

Y... le prometí al tío Edwin... —¿Qué le prometiste?

—Que esperaría hasta terminar los estudios antes de comprometerme con alguien.

Mi tía se queda con la boca abierta.

—¡Pero para eso faltan por lo menos dos años!

—Ya lo sé.

—Elloren —dice bajando la voz—, serías tonta si rechazaras esta proposición.

Cada vez estoy más decidida.

—Quizá, si tanto le gusto, pueda cortejarme antes.

En los ojos de mi tía arde un brillo intenso.

—Quizá debería decirles a los Grey que piensen en reconsiderar su plan inicial.

—¿Qué plan?

—Que Lukas se comprometa con Fallon Bane, querida.

Me quedo helada y muy desconcertada.

—Pero —contesto—, Lukas me dijo que no se va a comprometer con Fallon.

Mi tía hace un ruido burlón.

—Elloren, de verdad. ¿Crees que te va a esperar para siempre? —Adopta una mirada calculadora—. Estoy segura de que Fallon Bane estaría encantada de estar en tu lugar.

Me viene una imagen espontánea a la cabeza y veo a Lukas besando a la engreída y perfecta Fallon, está de espaldas a mí y la besa apasionadamente mientras ella, con los ojos abiertos, me fulmina con la mirada con malicia.

Ella no dudaría en aceptar una propuesta de compromiso de Lukas Grey.

Pero comprometerme con él justo después de conocerlo sería una locura.

Y Rafe está preocupado. Lo bastante como para advertirme sobre Lukas.

—¿Quieres estar sola toda la vida, Elloren? —me pregunta mi tía con delicadeza inclinándose hacia delante—. ¿No quieres comprometerte algún día? ¿Tener una familia? ¿Sabes lo improbable que será eso si sigues sin comprometerte mucho tiempo más? —Se recuesta en el respaldo de la silla—. Seguro que quedará algún chico que elegir cuando termines la universidad. Los jóvenes que no quiera nadie más. ¿Es eso lo que deseas?

Sus palabras se me cuelan en el corazón y por un momento me pregunto si estaré haciendo lo correcto.

Percibo una sensación gélida en mi interior que no tiene nada que ver con la humedad del día. De pronto echo mucho de menos a mi tío.

—Yo... no puedo —contesto débilmente.

Mi tía me mira con los ojos entornados.

—¿Y qué sugieres que les diga a los padres de Lukas?

—Diles —empiezo a decir con la garganta apelmazada— que agradezco mucho su proposición y que la tendré en cuenta, pero que necesito más tiempo para conocer mejor a Lukas.

—Parece que llegaste a conocerle bastante bien ayer por la noche,

querida —espeta antes de tomar un sorbo de té.

Me sonrojo.

—¿Crees que los sirvientes no hablan? —Me mira frunciendo los labios—. Si vas a hacer esa clase de cosas, Elloren, tienes que comprometerte con el joven, y rápido.

Estoy completamente avergonzada.

—Si crees que voy a quedarme sentada mirando cómo vas a la universidad sin estar comprometida y te arriesgas a la posibilidad de destrozar a toda tu familia enamorándote del hombre equivocado como hizo Sage Gaffney, está claro que no me conoces muy bien. —Deja la taza de té y se inclina hacia delante—. Estás olvidando, Elloren, que no solo me negaré a pagar tus clases en la universidad mientras no estés comprometida, también conozco y me llevo muy bien con el rector, además de la mayoría de profesores gardnerianos y la directora del albergue. Si tengo que hacerlo, puedo ponerte las cosas muy difíciles. —Recupera la compostura y suelta un suspiro cargado de frustración—. Lo hago por tu propio bien, Elloren. Y por el bien de nuestra familia. Seguro que comprendes que puedes evitar que pasen un montón de cosas desagradables si accedes a comprometerte con Lukas Grey.

Me duele que me amenace, es como si me hubiera dado una bofetada.

—No estoy diciendo que no lo tendré en cuenta —respondo desconcertada—. Pero no puedo comprometerme con él tan rápido. Me gustaría conocerlo un poco antes.

«Si el tío Edwin estuviera aquí se pondría de mi parte.»

—Sinceramente, Elloren —dice con frialdad—, me estás poniendo las cosas muy difíciles.

Cada vez estoy más enfadada.

—Entonces igual tienes suerte de no ser mi tutora oficial.

Silencio. La chica urisca se queda de piedra y me mira escandalizada.

La tía Vyvian entorna los ojos.

—Mi hermano no siempre tiene una visión realista de la vida, querida.

Jamás habría permitido que te acogiera él si hubiera sabido...

Se queda sin palabras y en sus ojos brilla la ira de lo que está callando.

—¿Si hubieras sabido el qué? —la presiono dolida por la facilidad con la que calumnia a mi tío.

Se inclina hacia delante enseñando los dientes.

—¡Que cuando crecieras rechazarías una proposición de compromiso por la que cualquier chica de Gardnería daría lo que fuera!

Su expresión se vuelve venenosa y yo me encojo asombrada por su aterrador cambio de actitud.

Mi tía recupera la compostura rápidamente y su imagen de autocontrol, como si corriera una cortina para ocultar sus auténticos sentimientos.

—Tendré que encontrar una forma de conseguir que cambies de opinión — afirma adoptando de nuevo un tono sereno. Da unos golpecitos con el dedo en la taza del té.

La chica urisca se adelanta a toda prisa para rellenarla, como si su vida dependiera de ello.

Mi tía se toma su tiempo y le pone un poco de nata líquida al té.

—He descubierto que se puede convencer a cualquiera para que haga lo correcto si se le presiona como es debido.

Me la quedo mirando con una nueva desconfianza y observo cómo levanta la taza de porcelana con sus largos y elegantes dedos.

—Todo el mundo tiene un punto débil, Elloren. Todo el mundo. —Me mira con frialdad—. No me obligues a encontrar el tuyo.

Ícaros

A la mañana siguiente hacemos el trayecto hasta la iglesia sumidas en un incómodo silencio en el carruaje de mi tía Vyvian y rodeadas de su guardia personal. En el cielo de Valgard flotan un montón de nubes oscuras que amenazan tormenta. Las miro con la mejilla pegada al frío cristal de la ventana del carruaje deseando estar con mis hermanos y con Gareth.

La tía Vyvian me está observando con frialdad, quizá pensando en la mejor manera de doblegar mi voluntad. Llevo quince días con ella y no ha dejado de intentar convencerme para que me comprometa ni un solo momento, y esa presión, sumada a la proposición de ayer, se ha convertido en algo muy opresivo. Quiere que me quede con ella hasta el último minuto, desesperada por conseguir que ceda y me comprometa con Lukas Grey antes de ir a la universidad.

Queremos llegar a la gran catedral de Valgard un poco antes de la primera misa de la mañana para que la tía Vyvian pueda hablar sobre algún asunto de estado con el sacerdote Vogel. Después ha insistido en que asista a la misa con ella, donde, sospecho, nos encontraremos, convenientemente, con Lukas y su familia. Me sonrojo al pensar en volver a verle.

Después de la misa tendré que hacer el viaje en carruaje hasta la universidad yo sola. Ya hace rato que Rafe, Trystan y Gareth se marcharon, pues salieron juntos a caballo esta mañana.

Me encantaría estar con ellos. No quiero seguir llevando esta ropa elegante y restrictiva que me obliga a viajar en carruaje. Y tengo muchas ganas de librarme del control de la tía Vyvian. Quiero montar a caballo con mis hermanos y Gareth, desde Verpacia hasta la bulliciosa universidad.

«Pronto —me recuerdo—. Pronto te marcharás.»

El oscuro bosque de edificios que tenemos delante da paso a una enorme plaza circular en cuyo centro se alza una altísima estatua de mármol de mi abuela. Me concentro enseguida en ella preguntándome si seré capaz de distinguir mis rasgos en ese rostro de mármol, pero está demasiado lejos.

Cuando nos acercamos a la plaza giramos a la derecha y casi se me escapa un jadeo cuando aparece ante mis ojos la catedral de Valgard, que es más impresionante de lo que recordaba.

Las enormes columnas se alzan a gran altura y acaban uniéndose hasta formar una estrecha aguja que sostiene una esfera de Erthia en la punta. Toda la estructura está construida con madera de guayaco del color de la tierra húmeda. La entrada está formada por un arco gigantesco flanqueado por dos arcos más pequeños, y en las enormes puertas delanteras hay grabados de *El Libro de la Antigüedad*.

El carruaje se detiene justo delante de la catedral y casi tropiezo en los escalones al bajar porque tengo los ojos pegados a la inmensa y vertiginosa estructura. Inclino la cabeza hacia arriba para verla entera, la esfera plateada destaca sobre el telón del cielo oscuro.

Mi tía me apremia para que entremos en la catedral y me lleva hasta uno de los muchos bancos de grabados intrincados.

—Siéntate aquí —me ordena con aspereza.

La obedezco mientras sus tacones resuenan por el pasillo que conduce hasta la tarima y el altar. Hay dos sacerdotes ataviados con sotanas oscuras que flotan a su alrededor y lucen el pájaro blanco, símbolo del Gran Ancestro, bordado en el pecho. Sobre el altar cuelga otra esfera de Erthia.

Mi tía se acerca a los sacerdotes y se pone a conversar con ellos. Se turnan para fulminarme con la mirada a escondidas y a mí se me hace un nudo en el estómago. Y después desaparecen por una puerta lateral y me dejan sola en aquel lugar enorme.

Me siento abandonada y apoyo las palmas de las manos en la madera del asiento.

Pero la madera de la catedral enseguida empieza a relajarme. Hay muchas columnas, algunas rectas, otras diagonales y curvas, que se elevan hasta un techo irregular cubierto de arcos entrecruzados. Es como estar debajo de las raíces de un gigantesco árbol sobrenatural.

Cierro los ojos, deslizo las manos por la madera y respiro su perfume ambarino.

Cuando me siento más tranquila abro los ojos y veo que tengo un ejemplar de *El Libro de la Antigüedad* al lado.

Cojo el tomo encuadernado en piel negra y deslizo el dedo por las letras doradas del título. Conozco muy bien este libro, al contrario que mi tío, que parece desaprobar la religión en general. Pero yo siempre tengo el ejemplar

de mi abuela debajo de la almohada, el libro sagrado dorado que me dio la tía Vyvian cuando yo solo era una niña. A veces, por la noche, cuando me siento triste, cuando el vacío que siento por la muerte de mis padres parece demasiado doloroso, me ayuda mucho leer las plegarias que hay en ese libro para momentos duros.

Justo cuando suena el primer trueno a lo lejos abro la primera página y leo:

La Creación

Al principio solo estaba el Gran Ancestro. El universo era vasto y estaba vacío. Y el

Gran Ancestro creó los planetas y las estrellas de la inmensa e insondable nada, el sol, la luna y Erthia, la Gran Esfera.

Y en esa Gran Esfera, el Gran Ancestro separó la tierra del agua y en ellas creó toda clase de seres vivos: las plantas verdes, los pájaros del aire, los animales del campo, del bosque y del agua.

Y el Gran Ancestro miró sus creaciones y se sintió complacido.

Pero el Gran Ancestro no había terminado. Proyectó un soplo de vida sobre la Gran Esfera y de las semillas del guayaco sagrado nacieron los Primeros Hijos, que debían vivir en la Gran Esfera; y los Ángeles, que debían vivir en los Cielos.

Y al principio, todos vivieron en armonía.

Todas las creaciones se unieron para adorar, santificar y obedecer al Gran Ancestro.

Empezó a suceder que los Ángeles, que tenían alas, comenzaron a tener la sensación de que no tenían por qué obedecer. Se creían mejores que el Gran Ancestro, y que el Cielo les pertenecía.

Y sucedió que los Ángeles descendieron hasta los Primeros Hijos y les suplicaron que olvidaran al Gran Ancestro y les adoraran a ellos. A Los Primeros Hijos les enfureció mucho esta traición y se negaron. Los Primeros Hijos les dijeron a los Ángeles que solo adorarían y santificarían al Gran Ancestro. Los Ángeles, indignados por la negativa de los Primeros Hijos, les enviaron toda clase de males: los cambiaformas que los acosaban por las noches, los dragones heráldicos que los atacaban desde el cielo, las

hechiceras que intentaban engañarlos y toda clase de criaturas oscuras y embaucadores que dispersaron a los Primeros Hijos y sembraron el caos entre ellos.

Y sucedió que el Gran Ancestro miró hacia abajo y vio el sufrimiento de los Primeros Hijos, y que los Ángeles le habían traicionado y se habían convertido en los malignos. El Gran Ancestro se enfadó mucho y de un golpe hizo caer a los Ángeles a la superficie de la Gran Esfera. Y entonces el Gran Ancestro les habló a los Ángeles, que se habían convertido en los malignos, y les dijo:

«De ahora en adelante ya no seréis mis hijos y pasaréis a ser ícaros, las criaturas más despreciadas. Deambularéis por la superficie de mi Gran Esfera sin hogar. Mis verdaderos hijos, los Primeros Hijos, se unirán para aniquilaros y arrancaros las alas».

Y así sucedió que los Verdaderos Hijos se unieron de nuevo llegados de todos los rincones de la Gran Esfera para aniquilar a los malignos y para adorar y santificar al Gran Ancestro.

Y así termina el primer libro de la Creación.

Levanto la cabeza para contemplar los vitrales que brillan entre las columnas mientras recuerdo las historias del texto sagrado asociadas a cada imagen. Los colores de las escenas, que normalmente son tan vivos, están extrañamente oscurecidos por los cielos tormentosos.

La primera ventana representa al Gran Ancestro, simbolizado por un elegante pájaro blanco, y está lanzando rayos de luz hacia Erthia, que está justo debajo. Respiro hondo mientras esas conocidas y protectoras imágenes me llenan de calidez.

Las imágenes continúan por todas partes: la reacia profetisa Galiana, a horcajadas sobre un gigantesco cuervo de fuego, salvando a nuestro pueblo de la esclavitud con una varita blanca en la mano; los Primeros Hijos recibiendo las flores de guayaco de ese color azul tan intenso como símbolo de la promesa que les hizo el Gran Ancestro de librarlos de la opresión, pues las flores proporcionan protección mágica del fuego de los demonios.

Miro un momento la conocida flor de guayaco que llevo bordada en el dobladillo de la manga y me siento reconfortada por su simbólica promesa de protección.

A continuación hay imágenes de terribles batallas: Primeros Hijos matando a los demonios ícaros mientras estos les lanzan bolas de fuego con las palmas de las manos; soldados de los Primeros Hijos luchando contra los

cambiaformas sedientos de sangre: hombres-lobo, hombres-zorro e incluso hombres-dragón con los ojos entornados y la lengua bífida.

Por encima de todas esas imágenes brilla la luz del Gran Ancestro.

Mientras reflexiono sobre las enseñanzas religiosas de mi infancia, percibo un movimiento cerca del vitral del hombre-dragón.

Justo encima de la cabeza de reptil hay un cristal claro y desde donde estoy puedo ver dos pequeños ojos que me están observando desde el otro lado.

Los ojos se mueven hacia arriba y desaparecen para dejar paso a un sólido pico plateado, y entonces... nada.

Un vigilante.

Siento curiosidad y me levanto, voy hasta el fondo de la iglesia y salgo por las gigantescas puertas de la entrada.

En cuanto las puertas se cierran a mi espalda noto una extraña corriente de aire. Miro por la plaza vacía en busca del pájaro.

Justo en el centro de la plaza se erige la enorme estatua de piedra de mi abuela. La plaza está inquietantemente silenciosa, ni siquiera se ven las habituales gaviotas que tanto escándalo hacen. Los extraños colores del cielo cambian un poco y oigo otro pequeño trueno a lo lejos. Levanto la cabeza y veo que las nubes oscuras se están desplazando hacia la iglesia.

Y lo veo, justo en la mitad de la escalinata de la catedral: el pájaro blanco. Cruza la plaza volando y aterriza justo detrás de la estatua de mi abuela.

Corro hasta la estatua y la rodeo muy despacio en busca del pájaro. En cuanto me acerco, el enorme monumento de mármol me tapa la vista de la catedral. Me detengo bajo su sombra, atrapada en ella.

El suave rugido de los truenos agita el silencio como un delicado redoble de tambor.

Y allí se alza mi abuela, más larga que la vida, con mis idénticos rasgos esculpidos por el cincel de un maestro, que ha representado cada pliegue de su falda agitada por el viento con todo detalle, es tan real que tengo la sensación de poder alargar la mano y mover la tela. Tiene el brazo izquierdo levantado con elegancia por encima de la cabeza y está apuntando con la varita directamente a un ícaro que aguarda tendido a sus pies con una mueca de agonía en el rostro.

Desde el ángulo donde estoy parece que en lugar de apuntar al ícaro con la varita me esté apuntando a mí.

Las nubes se desplazan sobre su cabeza en dirección a la iglesia generando la ilusión de que es ella quien las mueve al tiempo que inclina la cabeza en un gesto acusador, como si me estuviera observando, estudiando una copia fraudulenta de sí misma.

«Jamás podrás ser como yo.»

El pájaro blanco asoma la cabeza por encima del hombro de mi abuela y me sobresalta, veo la expresión alarmada de su mirada. Mueve la cabeza de un lado a otro a modo de advertencia, como si un pájaro pudiera hacer un gesto tan humano.

De pronto, una fuerte mano huesuda me tapa la boca. Un brazo me rodea por la cintura y me inmoviliza los codos con mucha fuerza. Me desplomo de espaldas sobre un cuerpo duro y percibo un olor asqueroso, como a carne podrida.

El miedo me asalta con retraso, como el dolor que vacila un momento cuando tocas algo tan caliente que te quema. Reacciono y se me desboca el corazón cuando una burlona voz nasal de hombre me susurra al oído:

—No te molestes en gritar, Bruja Negra. No te va a oír nadie.

Forcejeo como una loca tratando de soltarme del brazo que me inmoviliza, le pateo, pero es demasiado fuerte. No puedo liberarme, ni darme la vuelta para ver el rostro de mi atacante.

Ahora los truenos son más insistentes y el aire sopla con más fuerza; la tormenta sigue acercándose a la catedral.

Grito desesperada con la boca pegada a su mano y paseo la vista por la plaza en busca de ayuda. Pero no hay nadie.

Una segunda figura sale de las sombras de entre dos edificios cercanos y se acerca a mí con unas piernas enfermizamente delgadas. Es calvo y va desnudo de cintura para arriba, tiene la piel pálida y consumida y se le ven tantas cicatrices por el pecho y los brazos que parece que haya recibido un montón de latigazos; contrae el rostro esbozando una sonrisa malvada y los labios rojos rodean sus podridos dientes puntiagudos.

Pero sus ojos... oh, sus ojos: en su interior brilla un remolino blanco iridiscente y están vacíos de humanidad, vacíos de alma... como si fuera un muerto viviente. Y de los hombros le sobresalen unos bultos grotescos. Estos se mueven de forma rítmica, como si estuvieran imitando el vuelo de un pájaro, y entonces lo entiendo:

Antes tenía alas.

Es un demonio ícaro. Mis gritos se convierten en sollozos de terror

cuando veo el brillo de una daga en su mano.

Levanto las palmas de las manos a modo de súplica, un silencioso y desesperado ruego de piedad, y entonces empiezo a desvanecerme.

El demonio avanza con sorprendente rapidez y agilidad y me agarra de la muñeca con tanta fuerza que sus larguísimas uñas se me clavan en la piel. Se me escapa un grito amortiguado.

Me agarra con fuerza y abre sorprendido sus ojos sin alma.

—¡Es ella! ¡Es la Bruja Negra de verdad!

—¡Pues no te lo pienses más! —ruge la criatura que me tiene inmovilizada—. ¡Mátala, Vestus! ¡Mátala antes de que se vuelva como ella!

Me flaquean las rodillas cuando la criatura llamada Vestus levanta la daga. Un trueno resuena en el cielo.

—¡Vamos a reescribir la historia, Bruja Negra! —aúlla Versus—. La Profecía no se cumplirá, ¡y los ícaros vivirán! ¡Vosotros moriréis y nosotros prevaleceremos!

Todo parece ocurrir a cámara lenta. La criatura echa la mano hacia atrás preparándose para atacar, pero entonces una cuchilla más larga se interna en el pecho del demonio. De su cuerpo brota una fuente de sangre que me empapa y me desplomo al mismo tiempo que la criatura que tengo a la espalda cae al suelo y quedo libre. Aterrizo en el suelo frío y duro percibiendo el abrumador olor al hierro de la sangre.

Y entonces veo a un soldado delante de mí.

¡Lukas!

Desclava la espada del ícaro y empuja a la criatura hacia delante, muerta, hasta que su cabeza impacta contra las baldosas de piedra del suelo produciendo un crujido enfermizo.

Yo me giro justo a tiempo de ver a uno de los guardias de mi tía arrastrando al segundo ícaro, que es más alto y musculoso que el primero, pero también cubierto de sangre e inconsciente. Se oye el fuerte crujido de un trueno y el viento empieza a soplar con más fuerza pegándome la ropa empapada de sangre a la piel.

Percibo un movimiento por detrás del guardia de mi tía, es un pequeño destello en un callejón oscuro detrás de la plaza, más allá de la carretera.

Otro ícaro me mira durante un segundo y después desaparece de mi vista.

Una mano fuerte me agarra del brazo. Me sobresalto asustada y me encuentro con Lukas, que me está gritando algo. Cierro los ojos con fuerza y

niego con la cabeza desesperada por recomponerme, por recuperar el sentido. Vuelvo a abrir los ojos cuando el ruido de mi alrededor vuelve a mí como un rugido, como si se acabara de abrir una presa.

—¡Hay otro! —le grito a Lukas señalando hacia el callejón.

Lukas desenvaina la varita y la apunta en la dirección que le he indicado. De la punta de la varita brota una luz azul verdosa y explota en el callejón. Incinera las paredes de los edificios que hay a ambos lados y se oye una intensa explosión que me provoca un dolor en los oídos.

Lukas les grita a los guardias mientras otros cuatro Magos corren hacia nosotros varitas en mano y con sus capas salpicadas de franjas plateadas.

Lukas aúlla órdenes y todos los Magos corren hacia el callejón.

—¿Te han hecho daño? —me grita justo cuando los cielos se abren y empieza a llover a cántaros.

El agua se mezcla con la sangre de los ícaros formando violentos charcos oscuros. Asiento y Lukas me ayuda a levantarme. Me rodea por la cintura con su fuerte brazo mientras, con la otra mano, sigue empuñando la espada manchada de sangre. Yo me agarro la muñeca palpitante y él me lleva hasta el otro extremo de la plaza.

Los relámpagos nos rodean mientras nosotros corremos hacia la catedral. Los soldados se despliegan por la plaza y una pequeña multitud de gardnerianos, entre los que se encuentran mi tía y Echo Flood, nos miran desde las puertas abiertas con expresiones horrorizadas.

Marcus Vogel está entre ellos, es el ojo impertérrito del huracán.

Y el pájaro, el pájaro blanco está posado sobre la puerta en un saliente techado, tan inmóvil como las estatuas que adornan la catedral.

Y me está observando.

Lukas se pasea por la habitación como si fuera un animal enjaulado y me mira de vez en cuando con los dientes apretados, la cara roja y el ceño fruncido con actitud de iracunda impaciencia. Está tan empapado de agua y sangre como yo, y lleva la espada envainada en el costado. Deja de pasear un momento cuando entra uno de los guardias de mi tía para hablar con él, y conversan tan flojo que no consigo escuchar lo que dicen. Lukas tiene la mano apoyada en la cadera mientras habla con el otro hombre, los dos están tensos, y el otro adopta una actitud de subordinado mientras Lukas le da una serie de órdenes. El guardia asiente y se marcha con una seria expresión decidida en el rostro.

Estoy sentada en una silla de madera de la catedral en el santuario del

sacerdote Vogel, no consigo dejar de temblar, me siento mareada y asustada, y estoy rodeada de sacerdotes ataviados con sus respectivas sotanas negras.

Vogel asoma por encima de mí, con las manos extendidas sobre mi cabeza. Tiene los ojos cerrados y entona una plegaria en la lengua antigua. En mi mente se proyecta la imagen de unas alas de ícaro oscuras y un montón de árboles muertos que me provoca un escalofrío salvaje.

El sacerdote que está al lado de Vogel está balanceando una esfera dorada llena de incienso colgada de una cadena muy larga. De los agujeros de la esfera emana un olor acre que me quema la nariz y siento náuseas.

Vogel tiene los ojos cerrados, pero yo puedo sentir su mirada.

Echo está sentada a mi lado cogiéndome de la mano.

—¿Qué está haciendo? —pregunto todavía conmocionada.

Esto no puede estar pasando. Estoy atrapada en una pesadilla. Nada de esto puede ser real.

—Silencio, Elloren —me susurra con amabilidad. Me estrecha la mano en un gesto solidario—. Has mirado a un ícaro a los ojos. Y eso te ha contaminado el alma. El sacerdote Vogel está haciendo un exorcismo para eliminar la mancha.

Noto cómo me arde la herida que el ícaro me ha hecho con las uñas en la muñeca.

—Quiero que venga mi tío —gimoteo mientras empiezan a resbalarme algunas lágrimas por las mejillas.

Me siento perdida entre todos esos desconocidos y me asusta la idea de necesitar un ritual de purificación.

Y me asusta Vogel.

Mi tía está en la puerta acompañada de dos sacerdotes más, un par de ancianos con el pelo blanco. Hablan por lo bajo con expresiones serias.

Me tapo la cara con las manos y empiezo a llorar. Mi temblor empeora a causa del incesante parloteo de Vogel, que me está poniendo nerviosa con su distante canturreo y la sensación de su oscuro vacío. Llora cuando los cantos cesan y el oscuro vacío desaparece, y solo oigo de lejos que Lukas está pidiendo permiso para quedarse un momento a solas conmigo.

La estancia se queda en silencio.

—Elloren, mírame.

Me sobresalto al oír la firme voz de Lukas y al sentir el contacto de su fuerte mano sujetándome del brazo. Me enderezo y me aparto las manos llenas de lágrimas de los ojos.

Ha clavado una rodilla en el suelo y su cabeza está a la misma altura que la mía, me mira con los ojos llenos de fuego.

—Ya basta.

La aspereza de su tono me sume en un silencio asombrado.

Reprimo las lágrimas; no me gusta cómo me está tratando. ¿Acaso no estaba allí? ¿Es que no vio a esas... cosas? Una oleada de ira oscura se apodera de mí y el miedo se convierte en enfado.

—¡Mucho mejor! —ruge Lukas mientras yo le fulmino con la mirada con todo el odio que soy capaz de transmitir—. ¡No eres ninguna blandengue!

—¿Cómo puedes decir eso? —espeto con muchas ganas de golpearle—. ¡Te equivocas!

—Claro que no —responde con vehemencia sin soltarme—. Puedo sentir tu poder. Eres exactamente igual que tu abuela, y su sangre corre por tus venas. Tu tío te ha hecho un flaco favor al no prepararte para algo como lo que ha pasado.

—¡No te atrevas a hablar mal de mi tío! —aúllo.

Intento soltarme el brazo, pero me agarra con fuerza.

—No, Elloren, alguien tiene que decirlo. Él ha tenido la culpa de convertirte en una joven desarmada e ignorante.

En mi cabeza se forma una duda incómoda y la reprimo.

—Tú no sabes nada de mi tío —contesto con firmeza—. ¡No le conoces!

—Estuvieron en casa de tu tío, Elloren.

Dejo de intentar soltarme.

—¿A qué te refieres?

—Los ícaros. Galen consiguió que uno de ellos confesara antes de matarlo. Escaparon del manicomio de Valgard. Uno de ellos era un émpata. Se enteró de tu existencia por algo que le contó un trabajador del centro, alguien que conoce a tu tía. Estaban esperando esto, Elloren, a que alguien encontrara a la Bruja Negra. Fueron directamente a casa de tu tío, pero tú no estabas. Tu tío estaba durmiendo y el émpata le leyó los pensamientos tocándole, y supieron dónde encontrarte. Si tu tía no te hubiera sacado de allí, ahora estarías muerta.

Me lo quedo mirando con los ojos abiertos como platos, estoy helada. «No, esto no está pasando. No es real.»

—Yo no tengo poderes. ¿Por qué iban a pensar esas criaturas que yo soy la Bruja Negra?

Lukas no contesta. Se limita a mirarme fijamente.

Pero ya sé la respuesta. Es mi sangre. Su sangre, eso es lo que percibió la criatura. Y que me parezco a ella.

—El tercer ícaro —digo al fin con la voz estrangulada—. ¿Lo han encontrado?

Lukas respira hondo.

—No.

—¿Y mi tío? —pregunto casi en un susurro.

—Está bien —dice con un tono más tranquilo—. No iban a por él, Elloren. Iban a por ti. —Lukas afloja la mano y la deja caer—. Hemos enviado algunos guardias a casa de tu tío como medida de protección.

—¿Pero qué hay de Rafe? ¿Y Trystan?

—Ya he enviado algunos guardias a buscarlos para que los escolten cuando pasen la frontera de Verpacia. Si es que no la han cruzado ya.

—¿Y cuando lo hayan hecho?

Sonríe.

—No tienes que preocuparte por ellos cuando hayan cruzado la frontera. Está hechizada. Las fuerzas militares de Verpacia son increíbles y cuentan con el apoyo de las hechiceras vu trin. Tú también estarás a salvo allí. Y lo estás ahora. Los ícaros son débiles. Les amputamos las alas hace mucho tiempo. Los guardias de tu tía y yo te acompañaremos hasta la universidad, y ya hemos avisado al rector de lo que ha ocurrido.

Me empieza a palpar la muñeca. Me duele mucho el brazo y le doy la vuelta para ver la herida: la tengo llena de arañazos justo por donde me agarró la criatura. Espero que Lukas demuestre algo de compasión.

Me coge de la muñeca con sorprendente delicadeza. Me mira a los ojos y adopta una expresión dura.

—Tienes suerte —dice—. Te quedará una cicatriz que te recordará para siempre que debes estar preparada. Son heridas de guerra, Elloren.

—¿Por qué eres tan desagradable? —gimoteo apartando la muñeca.

—Porque —dice sonriendo mientras se apoya en los brazos de mi silla—, ¡tú no necesitas que te consientan!

—¡Tú no me conoces!

Niega con la cabeza y respira hondo.

—Te equivocas —contesta bajando el tono.

Se levanta, y veo la franja de sangre horizontal que le recorre el pecho de la túnica y algunos mechones de pelo pegados a la frente. Los dos estamos

mojados, sudados y olemos a sangre. Me viene a la cabeza la imagen de Lukas matando al demonio ícaro y mi ira se desvanece.

«Me ha salvado la vida.»

Lukas me tiende la mano y alargo el brazo para aceptarla.

—Tú estás por encima de esto, Elloren —me dice con firmeza mientras me ayuda a levantarme.

Levanto la vista para mirarlo a los ojos.

—Yo no soy la Bruja Negra, Lukas.

Suspira y me mira con resignación. Solo dice:

—Vamos.

Algunas horas después estoy en un carruaje con Lukas, camino a Verpacia, y los dos llevamos ropa limpia y seca.

—Lukas te protegerá —me tranquilizó mi tía cuando estábamos en su mansión mientras les ordenaba a las sirvientas uriscas que metieran todas mis cosas en mi arcón de viaje, además de llenar otro arcón con equipamiento que me ha dado ella—. Estarás más segura en Verpacia. En especial si estás al cuidado de Lukas.

Apenas puede ocultar la astuta satisfacción que siente por cómo ha salido todo, tal como ella quería, pues lo que ha pasado nos ha unido más a Lukas y a mí. Pero yo estoy demasiado alterada como para sentir algo que no sea gratitud por su asistencia y por su ayuda y protección.

Pienso en todas las cosas sobre las que han intentado advertirme mi tía y los demás. Es tal como se explica en nuestro texto sagrado y como narran las imágenes que hay en los vitrales de la iglesia. Los ícaros son criaturas asquerosas muy malvadas y tenemos que destruirlas antes de que acaben con nosotros. Y si el bebé de Sage está verdaderamente destinado a convertirse en una de esas criaturas, entonces el Consejo de Magos hace bien en quitárselo y arrancarle las alas y el poder.

Incluso matarlo.

Me estremezco al pensar en esas criaturas armadas con un poder tan abrumador, y soy consciente de que si mis atacantes hubieran tenido alas, yo estaría muerta.

Y si mi tía tiene razón sobre esto, y sobre el hecho de que yo deba marcharme de su casa, si su intuición es tan buena, quizá también esté en lo cierto en otras cosas. Quizá las selkies solo sean animales salvajes peligrosos, tan terroríficos como los ícaros cuando habitan su piel. Y quizá tenga razón sobre Lukas y el tema del compromiso.

Observo a Lukas, que está sentado en silencio mirando por la ventana a través del cristal salpicado de lluvia, y me siento muy agradecida.

«Oh, tío Edwin —pienso angustiada—, ¿por qué me ocultaste lo que podría depararme el futuro? ¿Lo sabías? ¿Por qué no me protegiste?»

Pero entonces me doy cuenta de que él no lo sabía. Resulta que mi dulce tío es peligrosamente ingenuo, se ha recluido en Halifax, aislado entre sus colmenas, sus violines y sus buenas intenciones tan infantiles.

Y por mucho que quiera al tío Edwin, me veo obligada a plantearme que no solo es peligrosamente ignorante, además también podría estar equivocado. Sobre muchas cosas.

Y la tía Vyvian podría tener razón.

Me decido a averiguar la verdad por mí misma.

Verpacia

Contemplo la lluvia sujetándome la muñeca herida. Después de algunas horas pierdo la cuenta del tiempo que llevamos en la carretera, de las granjas y los pueblos que se entrelazan unos con otros. Lukas también está en silencio y parece reflexivo.

Mi miedo se ha convertido en una ansiosa incomodidad. Miro a Lukas y me pregunto en qué estará pensando. Está pensativo y distante, pero noto una conexión con su aura de seriedad que hace que me sienta menos sola.

Al final aminoramos el ritmo y veo uno de los clásicos puestos de madera de guayaco de nuestros militares. Un soldado ataviado con una capa nos saluda.

—La frontera —me informa Lukas.

Aquí convergen tres rutas comerciales y el tráfico nos obliga a ir frenando, la mayoría de los caballos que pasan tiran de carretillas cargadas de mercancías.

Oigo un trueno y me esfuerzo por ver algo por la ventana salpicada de lluvia. Por nuestro lado pasa un carro enorme de color marfil. Lo rodea un contingente numeroso de soldados vestidos con capas de color marfil que montan corceles blancos. Los soldados tienen el pelo blanco y los ojos plateados.

—Vendedores de oro —dice Lukas al advertir mi interés.

El asombro se interna en mi persistente bruma de miedo.

—¿Son elfos?

—¿Nunca has visto ninguno?

Niego con la cabeza y vuelvo a mirar por la ventana. La etérea palidez de los elfos es prístina, da la sensación de que la suciedad y la mugre de este día tormentoso no les hubiera ni rozado.

El viento cambia y levanto la vista.

Distingo la cordillera Verpaciana a lo lejos, una impassible masa de rocas verticales que rodea el país de Verpacia. Las rocas de color blanco grisáceo

parecen llegar hasta el cielo y desaparecer en las nubes de tormenta mientras la lluvia golpea la piedra blanquecina. Hay muchas torres de guardias esculpidas en las colinas, talladas en las mismas rocas. Los arqueros con sus uniformes de color gris pálido idéntico al de la cordillera y sus respectivas capas trepan por las torres como si fueran habilidosas cabras montesas. Parecen vigilar con atención el tráfico que converge en ese punto con la intención de entrar en Verpacia a través de aquella grieta de la cordillera.

De pronto se abre la puerta del carruaje y un arquero asoma la cabeza. Lleva un arco colgado del hombro y la lluvia gotea copiosamente del dobladillo de su capucha. Sus ojos plateados le dan aspecto de elfo, pero tiene el pelo y la piel de un tono gris plateado un poco más oscuro que el de sus ojos.

—Teniente Grey —dice con un tono de voz agradable y con mucho acento.

Me mira y se le borra la sonrisa. Espeta algo en lo que imagino será el idioma elfhollen, con un tono muy sorprendido.

—Orin —dice Lukas con mucha cautela, como si quisiera tranquilizarlo —, esta es Elloren Gardner.

—¿Entonces no ha resucitado? —susurra Orin mirándome fijamente a los ojos.

Lukas sonrío.

—Solo en apariencia.

Y entonces, y para mi sorpresa, se embarcan en una seria conversación en elfhollen. Orin gesticula hacia mí en varias ocasiones con una expresión contrariada en la cara. Me pongo tensa, me molesta el controvertido tono de Orin.

Lukas lo mira con incredulidad.

—¿De verdad piensas que la traería si tuviera poderes?

Miro a Lukas de reojo, me ha dejado muy sorprendida. Me ha dicho más de una vez que sospecha que tengo poderes. Me doy cuenta de que estamos en una situación peligrosa y se me acelera el corazón. Y Lukas me está protegiendo.

Orin me mira una última vez entornando sus ojos plateados, cierra la puerta y nos da paso.

Suelto el aire aliviada y me vuelvo hacia Lukas asombrada.

—¿Hablas elfhollen?

Aunque haya estudiado idiomas, sigue siendo una elección sorprendente.

Lukas sonríe.

—Tengo una extraña facilidad para aprender idiomas oscuros. —Me observa con atención—.  Cu nto sabes de los elfhollen?

Reflexiono un momento.

—Son elfos mestizos,  no? Con sangre fae de las montañas... He leído un poco sobre ellos.

—En realidad es una combinación hermosa —comenta Lukas apoyando el brazo en el respaldo del asiento—. Arqueros mortales con un equilibrio perfecto. Verpacia tiene mucha suerte de que los alfsigr odien a los mestizos. Los elfos alfsigr fueron idiotas cuando decidieron expulsar a los elfhollen de sus tierras. —Apunta el dedo hacia las torres centinelas y a los ágiles soldados elfhollen que est n apostados a su alrededor—. Ellos son uno de los motivos por los que Verpacia puede controlar el paso. Ellos y los guardianes vu trin de la frontera. —Lukas sonríe—. Y las hechiceras vu trin.

Miro a Lukas sorprendida por la seguridad con la que habla sobre los mestizos y las hechiceras. Y el tono tan agradable con el que habla de ellos. La mayoría de gardnerianos desconfían tanto de los mestizos como los elfos alfsigr. Es comprensible, casi nos aniquilan en varias ocasiones. Es normal que queramos mantener nuestra raza pura e intacta.

A nuestro alrededor, los soldados elfhollen se enfrentan a la lluvia helada para registrar los carros: miran por debajo de las lonas, abren barriles, interrogan a los conductores. Algunos de los soldados van acompañados de unas mujeres vestidas de negro muy bien armadas, con el pelo y los ojos tan oscuros como sus uniformes. En las prendas llevan prendidas unas runas de color azul brillante tan bonitas que no puedo dejar de mirarlas.

— Son soldados vu trin? —le pregunto a Lukas fascinada por el aspecto letal de esas mujeres y sus runas brillantes.

Lukas asiente mirándolas con respeto.

—Son invitadas. Ellas controlan los pasos occidental y oriental de la Cordillera. Su presencia aquí es el resultado del acuerdo al que se llegó cuando finalizó la Guerra del Reino.

—Me resulta extraño —digo asombrada de ver las espadas curvas que las vu trin llevan colgadas de la cintura y las hileras de estrellas ninja que llevan prendidas al pecho—. Mujeres soldado.

A Lukas parece divertirse mi comentario.

—Los hombres de su raza no tienen poderes. Pero créeme cuando te digo que las mujeres lo compensan.

Una vutrina alta gesticula con expresión seria para hacer parar a un grupo de celtas que se acercan a caballo. Tiene las mangas del uniforme llenas de marcas brillantes de color azul. Otra vutrina más bajita, que solo lleva marcas en una manga, registra las alforjas de los celtas.

—¿Qué están buscando? —me pregunto.

—Contrabando.

—¿De qué?

Lukas se encoge de hombros.

—Armas, alcohol... incluso dragones de las profundidades.

Lo del alcohol no me sorprende. Nuestra religión lo prohíbe y es ilegal en Gardneria. Hay varios pasajes de *El Libro de la Antigüedad* que hablan sobre los males de la embriaguez. Pero me asombra cuando le oigo mencionar a los dragones.

—¿Dragones de las profundidades?

—Son una clase de dragones especialmente feroces —explica Lukas—. Se utilizan como armas. Y hay quien los tiene por diversión. —Deja de mirar por la ventana para mirarme a mí—. Son dragones puros. Esos no cambian de forma.

Yo solo he visto dos dragones en mi vida. Y a los dos los vi en Halfix, volando por el cielo. Eran dragones negros de Gardneria, de los que se emplean como medio de transporte, pero que también son armas poderosas. Pero sé que existen otras clases de dragones; se rumorea que habitan en la zona oriental del reino. Los que escupen fuego y son capaces de transformarse en humanos. Y sierpes cambiaformas que escupen luz y pueden controlar el clima.

Nuestro carruaje topa con un bache que me aleja de mis pensamientos. Pasamos un rato arrancando y parando, pero el tráfico mejora enseguida y volvemos a avanzar con normalidad.

Algunas horas después, la lluvia aminora y jadeo al ver las tropas de las cumbres norte y sur de la Cordillera, como si fueran dos enormes muros que bloquearan la entrada al país de Verpacia. Jamás había visto nada tan alto como estos dos preciosos picos cubiertos de nieve: me siento intimidada.

Me quedo pegada a la ventana durante el resto del viaje. Hay mucho que ver, y la excitación de lo desconocido me tiene muy emocionada.

Pasamos junto a un mercado de caballos lleno de extranjeros y el carruaje aminora el ritmo debido al tráfico. Lo observo todo con fascinación.

Los elfos exhiben sus yeguas de color marfil. Llevan la capucha bajada y

puedo ver sus elegantes orejas puntiagudas y sus melenas blancas decoradas con trenzas. Junto a los elfos hay un grupo de mujeres musculosas ataviadas con pantalones negros, y botas y túnicas rojas que brillan salpicadas de relucientes runas carmesíes. Los símbolos resplandecientes me recuerdan a las runas azules que lucen las hechiceras *vu trin*, aunque estas mujeres conforman un grupo mucho más heterogéneo. Algunas son pálidas y tienen el pelo rubio, y otras tienen la piel de distintos tonos de marrón y un arcoíris de tonos propios de los uriscos.

Van tan armadas como las hechiceras *vu trin* y muchas llevan marcas en la cara parecidas a las runas que lucen en la ropa, además de *piercings*. Veo a una mujer pelirroja que lleva un aro brillante en la punta de la nariz, tiene las orejas muy puntiagudas y decoradas con aros metálicos oscuros.

—Son amazakaran —me informa Lukas—. Amazonas de las montañas de Caledonia.

Me las quedo mirando con curiosidad.

—¿Son tan peligrosas como las *vu trin*?

Lukas se ríe.

—Más o menos.

—Parece que no sean de una sola raza. Pero van vestidas de formas muy parecidas.

—Las amaz permiten que se unan a ellas mujeres de todas las razas. — Me sonrío y las señala—. Ellas te acogerían, Elloren. Y te enseñarían a manejar un hacha como esa.

Le miro sorprendida y me vuelvo hacia la amazakaran más alta de todas. Lleva la melena rosácea trenzada hacia atrás, y tiene la cara llena de tatuajes. Lleva un hacha enorme y brillante con runas grabadas asida a la espalda, y me sobresalto un poco cuando la mujer me clava su mirada feroz entornando los ojos. Aparto la vista enseguida con el corazón desbocado justo cuando el carruaje se tambalea al arrancar y la guerrera amaz desaparece de mi vista.

Seguimos adelante y enseguida empezamos a cruzar el bosque por una carretera serpenteante bajo la lluvia. Al poco aparece un claro ante nosotros y veo asomar la Cordillera del Sur mientras el bosque va quedando atrás.

Entonces *Verpax* aparece ante nosotros bajo la lluvia, y las incontables cúpulas y capiteles de la universidad se adueñan del valle. En la oscura niebla flota una bruma dorada procedente de los innumerables candiles y antorchas de la muralla. Es una ciudad encerrada, rodeada por un muro de piedra, y las puertas están apuntaladas por sendas torres.

Me quedo mirando la escena inquieta y nerviosa al mismo tiempo.
Lukas se vuelve hacia mí con una sonrisa irónica.
—Bienvenida a Verpax.

SEGUNDA PARTE

Prólogo

—No podemos permitir que la Bruja Negra tenga la Varita Blanca.

—La Varita Blanca elige su propio camino. Ya lo sabes, Kam. Interferir sería cortejar el desastre.

Las dos mujeres están en la torre vigía que hay a la entrada de Verpax. Observan, a través de las ventanas abovedadas, cómo un elegante carruaje toma la carretera serpenteante que conduce a la universidad. Los caballos del carruaje avanzan despacio con las cabezas gachas debido a la lluvia y al viento.

De vez en cuando se oye el rugir de algún trueno a lo lejos.

Una de las mujeres, una habitante de Gardneria, viaja muy apacible y relajada, desde fuera se ven sus ojos de color verde oscuro rodeados por unas gafas doradas, con los que observa todo lo que hay al otro lado de la ventana con enrejado de diamante, y lleva la melena negra recogida en un moño pulcro.

La segunda mujer, una hechicera *vu trin*, va ataviada con un uniforme negro salpicado de brillantes runas azules. Una serie de estrellas metálicas afiladas asidas al pecho y dispuestas en diagonal, y un par de espadas curvas a los costados completan la indumentaria. Tiene los ojos oscuros, la piel muy morena y lleva la melena lisa recogida en una trenza de cordón, como es costumbre entre las soldados *vu trin*.

—Si es ella de verdad, tenemos que acabar con su vida de inmediato — afirma la hechicera con firmeza—. Antes de que tome conciencia del poder que tiene. Y mientras todavía estemos a tiempo.

Vuelve a clavar su fría mirada en el carruaje cuando un relámpago corta el cielo y se refleja en el acero de sus armas.

La mujer de Gardneria levanta una mano a modo de relajada protesta mientras observa el carruaje. El trueno ruge sobre sus cabezas.

—Paciencia, Kam. Paciencia. Tenemos que darle una oportunidad a la chica.

La hechicera vuelve la cabeza con aspereza hacia su compañera.

—¿Has olvidado la Profecía?

—La Profecía es confusa. La chica tiene una elección, como todos

nosotros. Su futuro no está decidido. Quizá no elija el camino de la oscuridad.

—¿Y qué hay de la abuela de la chica? ¿Qué me dices de ella? —La hechicera adopta una expresión dura—. Ella también fue una muchacha, ¿no? Una chica con una elección. ¡Una chica que eligió asesinar a mi pueblo!

La gardneriana respira hondo y se vuelve muy despacio hacia la hechicera con una expresión seria.

—Soy muy consciente de lo mucho que has sufrido, Kam.

La hechicera tuerce el gesto.

—No. No lo sabes.

Las palabras se quedan flotando en el aire durante un largo minuto y las mujeres se miran.

La gardneriana posa una mano tranquilizadora en el brazo de la hechicera, pero ella sigue tensa y aprieta las empuñaduras de sus espadas con fuerza, como si se estuviera preparando para atacar en nombre de las atrocidades por las que tuvo que pasar. Al poco, la gardneriana deja caer la mano y se vuelve de nuevo hacia la ventana. Vuelve a sonar un trueno por el oeste.

—Este no es el momento de atacar, Kam —afirma la gardneriana—. La Varita la ha elegido. Debemos esperar a averiguar por qué, a ver de qué está hecha esta chica. No pienso ponerle las cosas fáciles mientras esté aquí.

Curiosamente, cuento con el apoyo de su tía.

La hechicera arquea la ceja con curiosidad.

—Vyvian Damon tiene sus propios motivos para presionar a la chica —explica la gardneriana—. Un conflicto de intereses. Quiere que se comprometa con Lukas Grey.

—La gran promesa de las fuerzas militares. Muy adecuado.

La gardneriana decide ignorar ese comentario.

—Mis asesinas están impacientes —advierte la hechicera con un tono oscuro—. No puedo prometerte que la chica vaya a estar a salvo si te ven actuar con complacencia, y menos después de lo que la abuela de esta niña le hizo a nuestro pueblo, y lo que habría conseguido hacer si aquel ícaro no hubiera acabado con ella. Y esta joven... —hace un gesto con la barbilla en dirección al carruaje—, si de verdad es la elegida, la Profecía dice que tendrá más poder del que tenía Carnissa, quizá llegue a ser incluso la Maga más poderosa que haya existido jamás.

La mujer gardneriana aprieta los labios con fuerza mientras reflexiona y

se oye resonar el ruido del reloj en el silencio.

—Comprendo tu dilema —dice al fin. Se endereza y se separa de la ventana para mirar a Kam Vin—. Si la Varita Blanca elige abandonar a Elloren Gardner, o si ella hace ademán de contactar con las amazakaran, las kinh hoang podrán atacar.

Entorna los ojos mirando a la hechicera.

La otra mujer recibe la intensa mirada de la vicerrectora con entereza y sin parpadear.

—De momento me sirve —contesta haciendo una pausa para darle mayor énfasis—. Pero ten cuidado. Nuestra paciencia no es eterna.

Universidad de Verpax

El carruaje da un tirón hacia delante y finaliza su sinuoso ascenso al valle mientras las luces de la ciudad brillan como joyas a través de la niebla salpicada de lluvia.

Aminorra el ritmo cuando llega a la entrada de Verpax apuntalada por dos torres de piedra, y yo levanto el cuello para ver las puntas de las torres con sus ventanas abovedadas de cristales con enrejado de diamante. Veo un par de figuras inmóviles al otro lado de la ventana, que nos observan. Van vestidas de negro, pero la lluvia resbala por el cristal y solo distingo un par de siluetas ondulantes y amorfas.

—Enseguida vuelvo —me asegura Lukas.

Se baja del carruaje para hablar con un par de hechiceras vu trin muy serias que están apostadas en la entrada, pero yo no consigo dejar de observar a esas figuras que me miran desde lo alto.

—Ya han protegido la frontera —me comenta Lukas mientras vuelve a subir al carruaje con los hombros y el pelo mojados de lluvia—. Estarás a salvo.

Nuestro carruaje cruza las verjas y deja atrás a las figuras vigilantes y a las hechiceras vu trin mientras entramos a la ciudad universitaria.

Enseguida me sobrecoge el exótico bullicio de Verpax, incluso a pesar del día frío y lluvioso.

Los edificios, contruidos con piedra de la cordillera, están salpicados de coloridos blasones dorados y estandartes, y sus diseños suponen un alegre contraste con el cielo y la piedra gris. Las calles adoquinadas son estrechas, y gracias a eso mi ventana queda muy cerca de las tiendas, las tabernas y los transeúntes. En la otra acera se ven grupos de gardnerianos, celtas, verpacianos, elfhollen, uriscos y elfos, todos se apresuran con sus capas bajo la lluvia, algunos visten las togas verdes de los profesores y avanzan con las cabezas gachas para protegerse de la lluvia como hacen los caballos de

nuestro carruaje.

Me sorprende mucho ver la gran cantidad de personas que hay y lo diversas que son.

Y la abundancia de tiendas, tabernas y talleres.

Hay vendedores de cristal y de queso, una tienda de varitas gardneriana, animadas posadas e incluso un herrero del Reino de Oriente especializado en hacer espadas. Pego la nariz al cristal mientras observo la túnica salpicada de runas doradas que lleva el hombre que vende espadas con joyas incrustadas bajo un toldo, y luce una cinta verde en la cabeza con más runas doradas.

Y entonces la veo: una farmacia reluciente con el blasón de Gardneria en la puerta, un mortero blanco sobre un fondo negro; en el mortero hay una esfera de Erthia y toda la imagen está rodeada por una corona de hojas. Hay una hilera de frascos muy bien ordenados en la ventana, y desde el carruaje también veo los ramilletes de hierbas que cuelgan del techo en largas filas. Dentro hay una sonriente mujer de Gardneria con el pelo recogido en un moño que está hablando con un cliente.

Me siento feliz. Esa podría ser yo algún día. Con una tienda tan bonita como esa.

La calle se ensancha enseguida, cruzamos la verja de hierro forjado de la universidad y ya hemos llegado: la universidad de Verpax.

Avanzamos por una serie de calles estrechas, aquí hay más gente todavía, y se ven más togas verdes de profesor. El carruaje aminora y se para delante de un enorme edificio de varias plantas construido con las piedras de alabastro que traen de la Cordillera: es el Auditorio Blanco central de Verpax.

Levanto la cabeza para ver la gigantesca cúpula salpicada de lluvia y siento un gran alivio.

—¿Mis hermanos? —le pregunto a Lukas volviéndome hacia él—. ¿Estarán aquí?

—Deberían —contesta, y entonces se detiene—. Te llevaré con ellos. Y después vendrás conmigo. Iremos hasta la cordillera del Norte, lejos de todo esto, y te haré un examen de varita.

Lo dice muy relajado, pero veo algo en sus ojos que no admite discusiones. Asiento.

Satisfecho, Lukas se pone la capucha y uno de sus guardias le abre la puerta. Sale a la lluvia, se vuelve y me tiende la mano.

Vacilo un momento temerosa de salir al exterior, pero el aura invencible de Lukas me tranquiliza. Le cojo la mano y me ciño la capa para protegerme

de la lluvia gélida.

Lukas me conduce bajo la lluvia en dirección a una espaciosa escalinata que nos lleva hasta una puerta abovedada. La expectativa me levanta el ánimo.

Rafe. Trystan. Gareth.

Estarán aquí, justo detrás de estas puertas.

Lukas me abre las pesadas puertas mientras les hace señas al conductor y a los guardias para que se marchen. Cuando el carruaje se marcha entro en el enorme vestíbulo del edificio iluminado por antorchas y enseguida me asalta una sensación de confusión y alarma.

Me rodea un gran contingente de soldados de Gardneria, arqueros elfhollen y hechiceras vu trin.

Lukas me agarra con fuerza del brazo, tira de mí hacia atrás y desenvaina la varita.

Un enfermizo crujido metálico corta el aire cuando las hechiceras vu trin desenvainan sus espadas curvas cubiertas de runas y los elfhollen tensan sus arcos apuntando a la cabeza de Lukas.

—¡Baja el arma! —ordena uno de los elfhollen, que viste un uniforme con una única franja azul en el centro.

—¿Qué significa esto? —le pregunta Lukas a un soldado de Gardneria muy serio que viste el uniforme de nuestro comandante Mayor: una amplia franja plateada le rodea la parte superior de ambos brazos y el último tercio de su capa negra es de color plateado.

Lachlan Grey. El padre de Lukas.

Con el corazón desbocado busco en el rostro de ese hombre algún parecido con Lukas, pero no encuentro mucha similitud, excepto por el contorno de la mandíbula y los feroces ojos verdes, que los tienen idénticos.

—Por lo visto Maga Elloren Gardner no ha pasado ningún examen de varita oficial —informa Lachlan Grey a su hijo sin ocultar su enfado.

—Eso no es cierto. Sí que me han examinado —protesto algo temblorosa—. Mi tío me examinó en más de una ocasión.

«Pero yo no lo recuerdo. Y él mintió cuando dijo que me había examinado el año pasado.»

El pánico me trepa por la espalda.

Lukas me agarra del brazo con más fuerza.

El comandante elfhollen da un paso adelante.

—Está en territorio de Verpacia y deberá quedarse bajo mi custodia —le

espeta a Lachlan Grey ignorando mis protestas.

Lukas me pega un poco más a él.

Lachlan le clava la mirada al elfhollen.

—Es una ciudadana de Gardneria —contesta—. No tienes jurisdicción.

—Es potencialmente la mayor arma del Reino de Occidente —insiste el elfhollen.

La cabeza me empieza a dar vueltas y se me desboca el corazón. «Esto es imposible. Yo no soy ninguna arma. No tengo poderes.»

—Dile a tu hijo que baje el arma, Lachlan —espeta con tono amigable una de las vu trin entrando en el vestíbulo—. Estás en minoría.

Lachlan Grey se muestra indiferente.

—Insiste en que debemos llevarla de vuelta a Gardneria.

—No hasta que la examinen —exige el elfhollen—. Ahora mismo. Bajo supervisión de una guardia combinada.

«¿Guardia combinada? ¿Para examinarme... a mí?» Le lanzo una mirada implorante a Lukas, que sigue sujetándome con fuerza del brazo.

Lachlan Grey mira a su alrededor, es evidente que está calculando la posibilidad que tendría de derrotar a todos aquellos elfhollen y vu trin.

—Baja el arma, Lukas —cede al fin.

Lukas sigue mirando a su alrededor con una expresión feroz en el rostro y la varita todavía en alto. Empiezan a temblarme las piernas.

El comandante Grey lo mira furioso.

—¡Teniente Grey, le he ordenado que baje el arma!

Después de mucho pensarlo, Lukas envaina la varita sin soltarme el brazo.

Tengo la sensación de que se me va a salir el corazón por la boca.

—Ha sido muy hábil escondiendo a la chica en Halfix durante todo este tiempo, Lachlan —comenta la vu trin.

—Créame, comandante Vin —contesta el padre de Lukas fulminando a su hijo con la mirada—, ha sido algo completamente accidental.

—¡Nadie me estaba escondiendo! —insisto cada vez más alarmada.

Lukas me lanza una rápida mirada rebosante de advertencia y guardo silencio.

—Si resulta que la chica tiene poderes —le asegura el elfhollen a Lachlan Grey—, se quedará bajo nuestra custodia.

—No —contesta Lachlan con firmeza—. ¿Qué os impediría matarla?

¿Matarme? Se me encoge el estómago y reprimo un grito. Me pego un

poco más a Lukas y me aferro a su túnica.

—Podríamos alojarla en la Torre Mayor custodiada por una guardia combinada —ofrece el elfhollen—, hasta que lleguemos a un acuerdo sobre lo que podemos hacer con ella.

—Deshazte de la mitad de tus hombres y accederé a examinar a la chica —cede Lachlan.

La comandante Vin mira a Lachlan con divertida sospecha y después hace un gesto con la barbilla en dirección a Lukas.

—Deshazte de él y trato hecho. Todos sabemos que tu joven teniente equivale a diez de los nuestros.

Lachlan pasea la mirada entre Lukas y la guardia vu trin.

—De acuerdo. Lukas, márchate.

Lukas no me suelta el brazo.

—Por favor —les suplico sin poder reprimir las palabras—. Solo quiero ver a mis hermanos.

—¡Cállate, gardneriana! —espeta la comandante Vin.

Su hostilidad me hace recular mentalmente.

—Lukas —dice Lachlan con firmeza y una mirada de seguridad en los ojos —, acompañarás a la guardia vu trin a su base occidental. —Mira a la comandante Vin alzando las cejas—. ¿De acuerdo?

Esta asiente.

Lukas mira a su padre con dureza. Me suelta el brazo.

Yo me aferro a su túnica con el corazón desbocado.

—No, por favor. ¡No te vayas!

Se vuelve hacia mí y me posa las manos en los brazos.

—Elloren, solo van a hacerte un examen y después hablaremos. Aquí hay Magos suficientes como para garantizar tu seguridad.

—¡No!

Intento agarrarme a él, pero unas manos firmes tiran de mí.

Veo un destello de indecisión en los ojos de Lukas, pero entonces se le endurece la expresión y da media vuelta. Yo observo, desesperada, cómo se marcha flanqueado por diez hechiceras vu trin y un contingente de elfhollen.

La desesperación se apodera de mí. Peleo contra las manos que me tienen sujeta, se me saltan las lágrimas.

—¡Suéltame! —insisto—. Mis hermanos están aquí. Tengo que encontrarlos...

Y entonces la comandante Vin se planta delante de mí. Me mira de

arriba abajo entornando los ojos con hostilidad.

Dejo de forcejear y me alejo de ella.

—Elloren Gardner —dice lanzándome una mirada dura como el acero
—, ven con nosotras.

Examen de varita

Me llevan a una armería militar subterránea, una gigantesca estancia circular llena de armas de todas clases. De las paredes de piedra cuelgan espadas, cuchillos, aterradoras cadenas con cuchillas y otros objetos de mutilación.

—Elloren Gardner —ordena la comandante Vin cuando la puerta se cierra a nuestra espalda—, quiero que nos expliques qué clase de entrenamiento has recibido.

—¿Entrenamiento? —digo con la voz ronca.

«¿De qué diantre está hablando?»

La hechicera vu trin me mira entornando los ojos.

—Sí, tu entrenamiento. En artes marciales.

—No... no lo entiendo —tartamudeo desconcertada.

Frunce los labios y empieza a pasear por la sala seguida de su capa negra y sin dejar de mirarme como si yo fuera un animal feroz impredecible.

—¿Qué clase de trabajo has hecho con la varita, Maga Gardner? —insiste.

Estoy completamente perdida.

—Yo no... nunca tuvimos varitas...

Deja de caminar y me señala para dar mayor énfasis a sus palabras.

—¡Maga Gardner, contesta la pregunta! ¿Qué clase de trabajo has hecho con la varita?

—¡Ninguno! —aúllo extendiendo las manos con las palmas hacia arriba.

—¿Y con la espada? —pregunta con astucia como si hubiera entendido mi juego.

—¡Ninguno! —insisto—. ¿Por qué me estás preguntando...?

—¿Magia con cuchillos?

—¿Qué? ¡No!

—¿Lucha con palo al estilo de Caledonia?

—¡No!

—¿Bastón de combate asteroth?

Sigue enumerando una lista de por lo menos veinte formas de lucha de las que yo no he oído hablar en mi vida. Estoy perdida en un mar de confusión.

—¡No! —grito al fin completamente frustrada—. ¡Jamás he hecho ninguna de esas cosas!

Se detiene y me fulmina con la mirada frunciendo mucho el ceño antes de seguir paseando.

—¿Tu tío nunca te proporcionó ningún entrenamiento en artes marciales?

Cada vez estoy más confusa.

—Pues claro que no. ¡Pero si se dedica a fabricar violines!

—Pero ha debido de darte una varita en algún momento.

Niego con la cabeza con energía.

—Ni siquiera permitía que hubiera ninguna en casa.

De pronto me viene una breve imagen de la varita blanca de Sage.

La hechicera me mira con incredulidad con una mano apoyada en la cadera.

—¡No juegues conmigo, Elloren Gardner! Tu tío debió de protegerte de alguna forma.

—Pues no lo hizo —espeto—. Al tío Edwin no le gusta la violencia.

La comandante Vin se queda completamente de piedra y me mira como si le estuviera hablando en algún idioma desconocido.

—¿Qué? —espeta.

—Que al tío Edwin no le gusta la... —¡Ya te he oído!

—Y entonces por qué... —¿Y qué has estado haciendo?

—¿A qué te refieres?

—¡En casa de tu tío!

La fulmino con la mirada, cada vez me siento más frustrada.

—Cuidar del jardín y de los animales. —Me esfuerzo para no mencionar los violines. Se supone que las mujeres no deben aprender el oficio de lutier, y no quiero que el tío Edwin tenga problemas con estas personas tan espantosas—. Leo, preparo medicamentos. Y... a veces fabrico juguetes de madera...

—¿Juguetes?

—Básicamente figuritas de animales. —Me encojo de hombros—. A

veces hago muebles para muñecas. Mi tío los vende en el mercado.

Los elfhollen, que han aguantado muy quietos mirándome con frialdad, intercambian miradas de sorpresa.

—¡Me estás dando largas! —espeta la hechicera señalándome con un dedo acusador—. ¡Ponte en guardia, gardneriana!

Una de las subordinadas de la hechicera se adelanta y me tiende una suave varita pulida de roble rojo.

La comandante Vin señala una mesa que hay al otro lado de la estancia, donde veo una pequeña vela apagada.

—Ahora lanza una llama.

Miro la varita que tengo en la mano y después la miro a ella boquiabierta.

—¿Cómo?

—¡Maga Gardner, no te hagas la tonta conmigo! ¡Es el hechizo más sencillo que existe!

—¡Yo no conozco ningún hechizo!

—¡Tráele el libro de hechizos, Myn! —aúlla la hechicera a su subordinada.

Myn me trae un libro y pasa algunas páginas.

—Apunta con la varita y recita estas palabras —me explica con sequedad.

Leo las palabras. Me resultan vagamente familiares. Como si las hubiera soñado. Un sueño con fuego.

Levanto la varita sintiéndome un poco incómoda y señalo la vela.

—Ilumin... —empiezo a decir con la voz temblorosa.

La comandante Vin suspira indignada.

—¡Elloren Gardner! —aúlla—. Estás cogiendo mal la varita. Tiene que hacer contacto con la palma de tu mano, si no la energía no podrá fluir por tu cuerpo.

Me cambio la varita de posición de forma que uno de sus extremos quede pegado a la palma de mi mano y vuelvo a señalar la vela. Me tiembla la mano, levanto el libro y empiezo a recitar las palabras del hechizo para encender velas.

En cuanto las palabras salen de mi labios, noto una energía pura y crepitante que me hormiguea en las puntas de los pies, y me viene a la cabeza la imagen de un árbol inmenso. Jadeo cuando noto que una ráfaga de energía mucho más poderosa viaja por mi cuerpo en dirección a la varita, choca

contra ella y vuelve a rebotar hacia mi interior con violencia.

Suelto la varita y hace un ruido sordo al caer al suelo.

Miro la vela sorprendida.

Nada. Ni un hilillo de humo. Pero el brazo me duele como si se me hubiera quemado por dentro.

¿Qué acaba de pasar?

Lachlan Grey y los demás soldados parecen muy decepcionados. Las hechiceras y los elfhollen parecen suspirar aliviados. Solo la comandante Vin se muestra momentáneamente enervada y me clava los ojos en el brazo dolorido con el que sostenía la varita, que estoy flexionando para aliviar el dolor.

—Bueno —empieza a decir la comandante Vin. Su expresión agitada ha desaparecido y ahora se dirige al padre de Lukas con el rostro impassible—. Por lo visto, Lachlan, Maga Gardner no es la próxima Bruja Negra.

—Ya he intentado decirlo —murmuro, mientras el dolor del brazo se convierte en una palpitación.

¿Pero esa energía monstruosa? ¿Qué diantre era?

—Elloren Gardner —anuncia el padre de Lukas con formalidad—, a partir de ahora formarás parte del primer nivel de los gardnerianos.

El nivel más bajo, para los que no tienen poderes de ninguna clase.

Le miro mientras la certidumbre se apodera de mí como el agua negra.

Quizá no sea capaz de acceder al poder, pero está ahí. Hay algún recuerdo de la Bruja Negra. En lo más profundo de mí. Fluyendo por mis venas.

Probablemente esperando a que lo libere.

Orientación

Cuando Echo Flood entra en la sala, los soldados parecen aliviados de dejarme marchar con ella.

Me siento muy confusa y la cabeza me da vueltas.

—Echo, ¿qué haces aquí? ¿Por qué no han venido a buscarme mis hermanos? ¿Y Gareth?

—Lukas me hizo llamar —me explica con sus enormes ojos rebosantes de preocupación.

—Mis hermanos —pregunto sintiéndome perdida—. ¿Dónde están?

—Se han retrasado —comenta Echo—. Los sorprendió la tormenta y el caballo de Gareth se asustó por culpa de un trueno. Le tiró y se ha roto una pierna. Tuvieron que regresar a Valgard en busca de un médico.

—Oh, no.

Me esfuerzo por reprimir las lágrimas. Necesito ver a mi familia. No quiero estar aquí sola.

—Ven —dice Echo con suavidad poniendo su mano en mi brazo—. El rector se va a dirigir a todos los estudiantes. Tenemos que asistir.

Cuando entramos en el Auditorio Blanco me quedo pegada a Echo.

Es la estancia más grande que he visto en mi vida, por un momento me siento abrumada por el inmenso mar de estudiantes y el olor a lana mojada y parafina que flota en el aire viciado.

Estamos en un pasillo abierto y curvo que rodea todo el auditorio, y el suelo de piedra que se extiende a nuestros pies está salpicado de huellas de botas.

Sobre nuestras cabezas veo el techo abovedado. Hay un murciélago volando de un lado a otro del enorme espacio decorado por las constelaciones de un cielo estrellado y rodeado, en la base, por una hilera de ventanas abovedadas. Debajo de cada una de ellas cuelgan los coloridos estandartes de cada gremio, formando una disonancia de colores primarios, plateados y dorados, y en alguno de los estandartes se pueden leer palabras extranjeras

escritas en alfabetos exóticos de letras curvas.

Me fijo en el del Gremio de Farmacéuticos. Es fácil distinguir los estandartes de los gremios gardnerianos porque tienen el fondo negro.

Hay un montón de largos pasadizos que conectan el pasillo externo circular a una tarima central elevada —como si fueran los radios de una rueda enorme —, donde aguarda un anciano con la barba blanca delante de un pódium. Su toga de color verde oscuro tiene el dobladillo dorado y su voz fina resuena en las paredes de piedra mientras se dirige a dos celtas que han llegado tarde para que ocupen unos sitios libres que hay delante.

Echo se inclina hacia mí sin dejar de mirar al anciano.

—El rector Abenthy.

A ambos lados del rector hay dos hileras de profesores ataviados con togas verdes. Pero a pesar de los uniformes es muy fácil distinguir la diversidad de razas en sus rostros.

—Ven —dice Echo empujándome con suavidad y gesticulando hacia delante—, nos han guardado sitio.

Asiento mirando a mi alrededor a hurtadillas. El crepúsculo tormentoso parece colarse por las paredes, y los candiles de los pasillos pelean contra las sombras proyectando sus pequeños haces de luz.

Los estudiantes están separados según su etnia; los gardnerianos vestidos de negro destacan en contraste con los elfos, cuyas capas de color marfil iluminan su sección del auditorio.

Empezamos a bajar por un pasillo lateral, tenemos a los estudiantes de Gardneria a la izquierda, a los celtas a la derecha. Me sigue un murmullo a medida que voy avanzando, como si se tratara de una nube de polvo, oigo el nombre de mi abuela una y otra vez, recibo miradas de asombro del lado de los gardnerianos y miradas oscuras de parte de los celtas. Me pongo tensa, avergonzada de la atención no deseada que estoy recibiendo.

Mientras sigo a Echo por el mar negro de gardnerianos, me llama la atención un amplio grupo vestido con uniformes grises.

Cadetes.

Y entre ese grupo hay una única chica uniformada rodeada por un círculo de soldados vestidos de negro.

Fallon Bane. Y su guardia militar.

Nos miramos a los ojos al pasar y se me encoge el estómago.

Me dedica una sonrisa oscura y con disimulo coge la varita que lleva prendida al cinturón. Me señala con ella y la agita un poco.

Respiro hondo cuando mi pie impacta dolorosamente contra algo sólido, tropiezo y caigo sobre el suelo húmedo.

Oigo un coro de exclamaciones sorprendidas.

El suelo está frío y arenoso, huele a suelas de botas y me duelen las manos del impacto. Me quedo allí tendida un momento sintiéndome avergonzada.

Una mano fuerte me sujeta del brazo y me levanta sin esfuerzo.

Alzo la cabeza y me encuentro con los ojos más cautivadores que he visto en mi vida, incluso más que los de las selkies de Valgard. Son ambarinos y brillan de un modo inhumano que parece casi feroz.

Los ojos pertenecen a un joven esbelto con el pelo rubio que viste con sencillos tonos tierra. Su relajada y amigable expresión contrasta con la ferocidad de sus ojos.

—¿Estás bien? —me pregunta con amabilidad.

—Sí. Gracias —contesto con el corazón acelerado. Me vuelvo para mirar con qué he tropezado. El pasillo está vacío. Miro a Fallon, que me está observando con una sonrisa maliciosa, y entonces siento una punzada de alarma.

Lo ha hecho ella. Me ha hecho tropezar.

Fallon sonríe todavía con más ganas cuando ve el creciente pánico que se dibuja en mi rostro.

Me vuelvo hacia el joven desconocido sintiéndome muy agradecida.

—Suéltala —le ordena Echo fulminándolo con la mirada—. Yo la ayudaré el resto del camino.

Veo un destello de dolor en sus ojos justo antes de adoptar una expresión ofendida. Me suelta enseguida.

Echo me coge y tira de mí con decisión.

—Pero si me ha ayudado... —susurro con un tono acusador mientras ella tira de mí con firmeza—. ¿Qué pasa? ¿Quién es?

Echo me lanza una mirada cortante.

—Es uno de los lupinos.

Sorprendida, vuelvo a mirar hacia donde está aquel extraño joven rodeado de celtas. Me dedica una sonrisita, lo que alivia mi alarma y me provoca curiosidad. Junto a él hay una preciosa chica rubia, ataviada con ropa muy sencilla y con los mismos ojos ambarinos tan salvajes. Aguarda allí sentada con actitud de pertenecer a la realeza, con la barbilla bien alta, y me mira con un desdén que no se molesta en esconder.

Los gemelos lupinos.

Recuerdo los rumores absurdos, aquellas sorprendentes historias sobre desnudez y apareamiento en público. Eso de que los lupinos acechaban a cualquier mujer a la que pudieran ponerle las manos encima. Vuelvo a mirar a los dos jóvenes y me pregunto si habrá alguna verdad en todo eso. Siento mucha curiosidad por ellos, pero también noto una punzada de culpabilidad por estar pensando en esas indecencias.

Al final llegamos a nuestro asiento y Echo me guía, para mi gran alivio, hasta el que hay entre ella y Aislinn Greer.

Cuando me siento, Aislinn me rodea con el brazo y me da un montón de papeles.

—¿Qué es esto? —le pregunto aceptándolos.

—Mapas —contesta—. Tu horario de clase. Alojamiento y las tareas que tienes asignadas. Cuando supe lo que había pasado, fui a Administración y te los cogí.

—Gracias —digo, conmovida.

Miro a Aislinn y a Echo con gratitud.

Echo me da una palmada solidaria en el brazo y después se concentra en el discurso del rector.

Vuelvo a mirar con resentimiento hacia donde está sentada Fallon. No puedo ver nada a través de tanta gente.

—Cuando estaba bajando por ese pasillo —le susurro a Aislinn—, creo que Fallon Bane me ha hecho tropezar... con magia.

—No me sorprende —dice, mirándome muy seria—. No está muy contenta con... bueno, con lo tuyo con Lukas.

¿Dónde está Lukas? Aprieto los papeles que tengo en el regazo y me muerdo el labio inferior con preocupación. ¿Qué está haciendo? ¿Vendrá a buscarme en algún momento?

—¿Fallon es capaz de hacer eso? —pregunto nerviosa—. ¿Puede conjurar objetos invisibles? ¿Y hacer que las personas tropiecen con ellos?

—Es de nivel cinco —contesta Aislinn con cierto recelo—. Claro que puede. —Al ver lo disgustada que estoy, me da una palmada en el hombro—. No irá muy lejos, Elloren. Eres la nieta de Carnissa Gardner. Si te hace daño la expulsarán de la Guardia. —Me mira con tristeza—. Tú solo... aléjate de Lukas. ¿Vale?

Asiento furiosa por la crueldad de Fallon. Pero lo que me ha aconsejado Aislinn es más fácil decirlo que hacerlo. ¿Cómo me voy a alejar de Lukas si

la tía Vyvian está decidida a comprometerme con él?

Todos guardamos silencio mientras el rector Abenthy empieza a presentar a cada uno de los profesores. Detalla sus méritos mientras se escuchan educados aplausos que se fusionan con el sonido de la lluvia. El auditorio es tan grande que tengo que esforzarme para escuchar su voz aflautada.

Me distraigo observando la enorme variedad de estudiantes y me aventuro a mirar hacia el numeroso grupo de celtas. Tienen aspectos muy diversos, son con un arcoíris de tonos claros de pelo, color de ojos y matices de piel.

Los celtas no son de pura raza como nosotros. Ellos aceptan los matrimonios entre razas diferentes y por eso están más mezclados.

También me doy cuenta de que la ropa de los celtas es muy variada, aunque, en general, no es de muy buena calidad. Son ropas de trabajo, uniformes caseros más apropiados para hacer labores de campo, la clase de prendas que me pongo yo en casa para estar cómoda.

De pronto siento un bajón, como si estuviera atrapada bajo todas las capas de seda que llevo encima.

Añoro al tío Edwin y la comodidad de mi casa.

¿El tío Edwin se habrá enterado del ataque del ícaro? ¿La tía Vyvian le habrá enviado un halcón mensajero para avisarle de lo que pasó y decirle que estoy bien?

Me fijo en un joven celta muy serio que está sentado delante de nosotras. Es desgarrado, tiene el pelo castaño y los rasgos angulosos y muy pronunciados. Está mirando hacia delante con expresión decidida, como si se estuviera esforzando mucho por concentrarse en el rector en lugar de en otra cosa.

De pronto se gira y me clava sus sorprendentes ojos verdes, es una mirada de odio tan intensa que me sobresalto.

Aparto la vista enseguida sonrojándome, avergonzada de que me haya pillado mirándolo y sorprendida de la violencia que destilaba su mirada esmeralda. Casi puedo sentir la tensión que vibra en él.

—Aislinn —susurro tragando saliva con fuerza—. ¿Quién es el celta que está sentado allí delante? Me está mirando como si quisiera matarme.

Aislinn mira al joven directamente.

Se ha dado la vuelta y vuelve a estar concentrado en el rector con evidente esfuerzo, los puños muy apretados.

—Es Yvan Guriel —me informa—. No dejes que te afecte. Odia a los gardnerianos.

«En especial a mí —pienso—. En especial a la nieta de la Bruja Negra.»

Me arriesgo a mirarle otra vez. Sigue mirando hacia delante con los dientes apretados y una expresión de tensión contenida. Estoy un poco intranquila. Todavía me duele el pie de la patada que le he dado a aquel objeto invisible, la cabeza y el brazo con el que he sujetado la varita me palpitan al ritmo del pulso, y me escuece la muñeca que me agarró el ícaro. Es un milagro que siga en pie.

«Este tal Yvan Guriel no me conoce —me lamento lanzándole una mirada de desprecio por el rabillo del ojo—. No tiene derecho a estar resentido conmigo.»

—¿Qué más sabes sobre él? —le pregunto a Aislinn abatida.

—Bueno —dice Aislinn acercándose a mí—, casi lo expulsan el año pasado.

—¿Por qué?

—Por practicar la medicina sin el permiso del gremio. Con trabajadoras uriscas de la cocina. Estudia Medicina.

Me arriesgo y vuelvo a mirar a Yvan Guriel, me sorprende que me afecte el desprecio evidente de ese desconocido. Sigue concentrado en lo que está ocurriendo en el escenario, y prácticamente rebosa hostilidad.

Decidida a ignorar al odioso celta, deslizo la mirada algunas filas más hasta llegar a un joven muy moreno que sobresale por encima de todos los que le rodean. Su postura, muy erguida, rebosa disciplina militar. Lleva el pelo púrpura cortísimo y se le ven las orejas puntiagudas, en las que luce varias hileras de aros metálicos. Pero quizá lo más sorprendente sean las runas espirales que lleva tatuadas en la cara, idénticas a las runas rojas que luce en la túnica carmesí.

—¿Quién es ese tipo alto con tantos tatuajes? —le pregunto a Aislinn.

—¡Silencio!

Un gardneriano delgado muy serio nos reprende con mucha irritación, y Aislinn y yo nos encogemos. Me sonrojo y las dos guardamos silencio un buen rato.

—Es Andras Volya —susurra Aislinn al rato.

—Parece de Oriente —comento sorprendida—, pero tiene las orejas puntiagudas y el pelo violeta.

Sé que hay algunos grupos de Oriente con la piel morena, pero no tienen las orejas puntiagudas ni el pelo violeta.

—Es un amaz —me aclara Aislinn—. Todos son de razas distintas. Andras y su hermano son mitad ishkart, mitad uriscos.

Recuerdo a la mujer tatuada que vi en el mercado de caballos de Verpacía y me siento confusa.

—Pero... no es una mujer. —Las tribus amaz son exclusivamente femeninas. Matan a los hombres que entran en su territorio. Me acerco a Aislinn—. Y pensaba que utilizaban la magia de las runas para dar a luz solo niñas.

—Y lo hacen —comenta Aislinn—, pero no siempre funciona. De vez en cuando nace un varón. Por accidente. —Aislinn hace un gesto con la barbilla en dirección al estrado—. Esa es su madre, la profesora Volya.

Miro hacia los profesores con sus túnicas verdes, sentados en silencio en filas detrás del rector, y enseguida veo a una mujer que se parece mucho a Andras. Lleva unas marcas de runas en la cara parecidas a las suyas, aunque ella tiene el pelo negro con algún mechón violeta.

—Se negó a abandonar a Andras cuando era un bebé, y la desterraron del territorio amaz —me explica Aislinn—. Durante un tiempo ella y Andras estuvieron viviendo por su cuenta en Celtania Occidental, pero después se vino aquí. Hará unos diez años. Se podría decir que Andras ha crecido aquí.

—¿Y qué enseña?

—Estudios Equinos, claro. Y Química. Es una de tus clases. —Aislinn alarga el brazo y rebusca en mis papales, saca uno y me lo da—. Yo también la tengo.

Leo el papel:

CIENCIAS FARMACÉUTICAS, PRIMER AÑO

Farmacia I con Laboratorio:

Profesora Maga del Gremio Eluthra Lorel Metalurgia I con Laboratorio:

Profesor Maestro del Gremio Fy'ill Xanillir Botánica I:

Profesor Mago Sacerdote Bartholomew Simitri

Matemática Avanzada: Profesor Mago del Gremio Josef Klinmann
Historia de Gardneria:

Profesor Mago Sacerdote Bartholomew Simitri Química I con Laboratorio:

Profesora Maestra del Gremio Astrid Volya

Ahí está: Química. Profesora Astrid Volya. Vuelvo a mirar a Andras.

—¿Cómo es su hijo? —me pregunto.

—Es callado —susurra Aislinn mirándole—. Y se le dan muy bien todos los deportes: esgrima, lanzamiento de hacha, arco... todos. Tiene un talento natural con los caballos, igual que su madre. Ese es su trabajo. Se ocupa de cuidar de los del establo. Los amaz pueden hablar con los caballos, ¿sabes?, lo hacen con la mente. Y se le da muy bien curarlos. El año pasado, un aprendiz militar gardneriano se cayó del caballo y el animal se rompió una pata. Estaba tan dolorido que no dejaba que se le acercara nadie. Pero Andras lo consiguió. Y en cuestión de una semana, ya tenía la pata como nueva.

—¿Cómo es que sabes tanto de todos? —le pregunto impresionada.

Aislinn sonrío.

—Mi vida es tan aburrida que tengo que vivir la de los demás. —Hace una pausa y suelta un suspiro cargado de dramatismo—. Supongo que, teniendo en cuenta que me voy a comprometer con Randall, quien probablemente sea el joven más aburrido de la faz de Erthia, siempre tendré que entretenerme de esta forma.

A nuestro alrededor los estudiantes empiezan a hablar y a levantarse, el rector ha terminado con la presentación. Aislinn y Echo se levantan y yo hago lo mismo mirando el montón de papeles que me ha dado Aislinn. Me ayuda a rebuscar entre ellos y saca una hoja del medio.

—Se supone que ahora tienes que reunirte con la vicerrectora —me dice devolviéndome el papel—. Ven. Te acompañaré.

Me despido de Echo y sigo a Aislinn esforzándome todo lo que puedo por ignorar al celta Yvan Guriel, que me está clavando sus feroces ojos verdes y me fulmina con la mirada.

La vicerrectora Quillen

Cuando llego, la vicerrectora Lucretia Quillen está sentada a su mesa terminando de ponerse al día con su correspondencia, y me hace pasar haciendo un rápido gesto con la mano. Es gardneriana, tiene la melena lisa recogida en un moño pulcro y viste una túnica oscura de buena calidad.

Su despacho está en una de las muchas torres del Auditorio Blanco, y por las ventanas con enrejado de diamante se ve una vista panorámica de la ciudad universitaria llena de candiles encendidos.

Me quedo mirando sorprendida la arrebatadora vista del valle y la imponente Cordillera del Norte que se alza a lo lejos. Está amainando y las nubes grises empiezan a dispersarse dejando entrever algunas estrellas. Hay un mar de tejados abovedados ante mí, las calles adoquinadas parecen caminitos minúsculos vistos desde esta altura, y justo debajo hay un puente de piedra que conecta el tercer piso del Auditorio Blanco con otro edificio.

«Todo es de piedra; si hubiera más madera sería más relajante —me lamento—. Pero sigue siendo bonito.»

En el despacho reina un silencio incómodo y puedo oír, incluso, el tic tac del reloj que hay en la estantería detrás de la vicerrectora. Veo mapas enmarcados de los Reinos del Este y del Oeste colgados en las paredes, y también uno de Verpax. En los estantes que hay debajo de la ventana se esconde una pequeña biblioteca. El techo es abovedado, muy semejante al del Auditorio Blanco, y le han pintado una noche estrellada parecida.

Estoy destrozada, tan cansada que apenas consigo concentrarme sin pensar en lo mucho que me duele la cabeza.

La vicerrectora deja el bolígrafo y me mira con frialdad por encima de unas gafas de montura dorada.

—Tengo entendido que has tenido un día muy agitado, Maga Gardner — comenta con una voz rebotante de autoridad a la que no parece que se pueda replicar con facilidad.

Me palpita el pulso en la cabeza.

—Ha sido muy difícil.

—Sí, lo imagino.

—Estaré más contenta cuando lleguen mis hermanos... y me vendrá bien dormir un poco.

La vicerrectora me entrega un collar pesado: un disco dorado colgado de una cadena.

—Esta es tu insignia de Gardneria. Con ella podrás acceder a los archivos de farmacia.

Le doy la vuelta al disco y paso el pulgar por la superficie abultada. Siento una oleada de cálida excitación debido a mi nuevo estatus como aprendiz oficial del gremio. Me paso la cadena por encima de la cabeza.

—Tienes que reunirte con la directora de la cocina esta noche —me informa—. Para que te informe de tus tareas.

Rebusco entre los papeles que me ha dado Aislinn y encuentro el que habla sobre mi trabajo. Se lo entrego a la vicerrectora para que le eche un vistazo. Hace un gesto para darme a entender que ya conoce los detalles y no necesita verlo. Lo vuelvo a colocar en la pila de documentos.

—¿Se supone que voy a alojarme en la Torre Norte? —menciono algo vacilante.

—Ah, sí —contesta volviéndose un poco y señalando hacia las ventanas que tiene detrás—. Está pasado el campus norte, detrás de los establos. Se ve desde aquí.

Miro fuera. Solo veo una plomiza estructura de piedra en lo alto de una colina, por detrás se ve el bosque y la Cordillera del Norte de fondo.

—Parece una torre vigía —comento muy decepcionada, recordando los albergues tan bien iluminados junto a los que pasamos Lukas y yo cuando veníamos hacia allí.

La vicerrectora frunce los labios.

—Te has matriculado tarde, Maga Gardner. Nuestros albergues están llenos. Pero no estarás sola. Te hemos puesto con otras dos estudiantes.

—¿Ariel Haven y Wynter Eirlllyn? —pregunto, he visto sus nombres, aparecen citadas como compañeras de alojamiento en la documentación que me han dado.

La vicerrectora entorna los ojos al oírme pronunciar los nombres y esboza una sonrisita.

—Sí, serán tus compañeras.

—¿Son gardnerianas? —me pregunto.

Wynter es un nombre raro. No lo había oído nunca.

Me lanza una mirada críptica, la misma que vi en los ojos de mi tía cuando me explicó que hay quien tiene selkies como animales domésticos.

—Ariel Haven es gardneriana —contesta lentamente—. Wynter Eirllyn es elfa.

Una elfa. No me lo esperaba, y a pesar de lo mucho que me duele la cabeza y el brazo con el que sostuve la varita, la idea me resulta intrigante. Voy a compartir alojamiento con una elfa. Solo consigo decir:

—Oh.

La vicerrectora me está mirando como si estuviera tratando de averiguar algo.

—Tu tía tenía la esperanza de que algún día siguieras los pasos de tu abuela —dice con aspereza—. Por lo visto, no podrá ser.

Mi desastroso examen de varita. Bueno, por lo menos ahora ya se sabe la verdad.

—Eso creo, porque me parezco a ella...

—Eres exactamente igual —me corrige con sequedad.

Me sorprende su trato, tan frío.

—Solo he visto retratos de ella, y murió cuando yo tenía tres años, así que...

—Así que no tienes una imagen clara de ella —concluye cortándome—.

Pues yo la recuerdo muy bien.

Hace una pausa para mirarme fijamente apretando los labios con fuerza.

Frunzo el ceño confundida. ¿Por qué se pone tan tensa al hablar de mi abuela? Nuestra Gran Maga. La salvadora de nuestro pueblo. La mayoría de gardnerianos veneran su recuerdo.

Se levanta de golpe y hace un gesto en dirección a la puerta.

—Muy bien, Maga Gardner. Me parece que es hora de que te presentes en tu puesto de trabajo para que te asignen tus tareas.

Me quedo allí sentada un segundo, parpadeando, y entonces me doy cuenta de que me está echando. Recojo mis papeles y me voy.

La Torre Norte

Sigo el mapa hasta llegar a un edificio largo que hay junto al Auditorio Blanco, entro y cruzo el espacioso comedor hasta una puerta que veo al fondo.

En la pared hay una placa de madera grabada donde pone COCINA

PRINCIPAL.

Empujo la puerta y se abre basculando en las pesadas bisagras. El pasillo que hay al otro lado está lleno de estantes repletos de cosas para limpiar, y huele mucho a jabón. Camino hasta llegar a otra puerta y miro por la ventana circular.

De la cocina brota una luz cálida que se derrama sobre mí como si fuera una manta acogedora, y el olor a comida y a fuego me hace sentir muy cómoda.

Huele como en casa. Como la cocina de la casita de mi tío. Me siento como si pudiera cerrar los ojos y, al abrirlos, volviera a estar en mi hogar y viera a mi tío ofreciéndome una taza de cálido té con menta y miel.

Justo delante hay una amplia mesa de madera donde una anciana urisca bien fornida está amasando el pan. Está conversando relajadamente con otras tres mujeres uriscas que están haciendo lo mismo. Casi todas tienen el mismo aspecto que las temporeras de la granja de Gaffney: la piel, el pelo y los ojos pálidos y rosáceos. uriscas de clase baja.

Las mujeres se ríen de vez en cuando; las fragantes hierbas que cuelgan en hileras de los travesaños que tienen sobre las cabezas confieren a la cocina un agradable aire forestal. También hay unas cuantas jóvenes celtas que bromean amigablemente mientras friegan los platos, se ocupan de controlar el fuego y pican verduras para preparar las comidas del día siguiente. Hay una niña urisca correteando por allí, con su pelo rosáceo bien trenzado, y las trabajadoras de la cocina la esquivan con cuidado de no salpicarla con el agua caliente ni tirarle algún plato de comida en la cabeza. No puede tener más de

cinco años. La chiquilla lleva un alambre torcido en la mano y una botellita, y se va parando para hacer burbujas de jabón que sopla en dirección a las trabajadoras, mientras las mujeres que elaboran el pan intentan alejarla de buenas maneras y hacen explotar las burbujas antes de que aterricen en la masa.

Me siento aliviada observando la cálida escena.

Y pensar que la tía Vyvian creía que trabajar aquí sería horrible. A mí me gusta esta clase de trabajo: pelar patatas y lavar platos en buena compañía.

Y entonces lo veo.

Yvan Guriel.

El celta furioso. El que me odió a primera vista.

Pero ahora no parece enfadado. Está sentado en una esquina delante de una mesa. Junto a él hay otras cuatro mujeres sentadas —tres de ellas son uriscas, y también hay una chica celta muy seria— y todas parecen de la misma edad que yo.

Tienen un montón de libros y mapas abiertos delante, e Yvan está hablando y señalando algo que hay en una de las páginas, casi como si estuviera dando una conferencia. De vez en cuando deja de hablar y las chicas uriscas anotan algo en el pergamino que tienen delante. Dos de ellas asienten cuando él habla y le escuchan muy concentradas.

Esas chicas tienen la piel rosácea, como la mayoría de las jóvenes uriscas que hay en la cocina, y su atuendo es muy sencillo: delantales sobre la ropa de trabajo y el pelo trenzado. Pero la tercera chica urisca es distinta. Me recuerda a las amazakaran, lleva el pelo recogido con varias trenzas salpicadas de cuentas, su postura es desafiante y tiene unos ojos color esmeralda tan intensos como los de Yvan. Y el pelo y la piel de un tono de verde tan intenso como el de los ojos.

La pequeña urisca se acerca corriendo a la mesa con el bote de burbujas, busca a Yvan y le abraza tirándole casi todo el contenido de la botella sobre la camisa de lana marrón.

Me pregunto cómo reaccionará dado lo intenso y rabioso que parece.

Pero me sorprende. Alarga el brazo y toca a la niña con cuidado, y ella le sonrío. Él le devuelve la sonrisa.

Me quedo sin aliento.

Su amplia y amable sonrisa lo transforma en una persona completamente distinta a la que he visto antes. Es deslumbrante, tiene una imagen más

juvenil que Lukas, pero es muy atractivo. La luz parpadeante que proyecta el candil de la cocina acentúa sus rasgos angulosos y sus brillantes ojos verdes, que antes eran tan odiosos y ahora son tan amables y rebosan inteligencia y bondad. Al verlo así siento una repentina oleada de calidez en el pecho.

Le dice algo a la niña urisca y le estrecha el brazo con afecto. Esta asiente sin dejar de sonreír y se marcha con sus burbujas.

Por un momento soy incapaz de dejar de mirarle y me preguntó qué se debe de sentir recibiendo una de esas sonrisas.

Todo es maravilloso: amistad, cocina, niños.

Y lo mejor de todo es que hay un enorme gato negro paseándose por allí.

Me recuerda a mi casa. Y sé que cuando Yvan llegue a conocerme se dará cuenta de que no soy una mala persona.

Todo saldrá bien.

Reúno el poco coraje que me queda, empujo la puerta y entro en la cocina.

En cuanto entro hasta el último ápice de conversación amable se desvanece, como si alguien hubiera apagado una llama tirándole un cubo de agua fría por encima.

Mi felicidad transitoria se evapora.

Yvan se levanta con tal brusquedad que casi tira la silla, en su cara vuelve a aparecer esa expresión cargada de odio y me mira entornando los ojos con furia. La feroz chica urisca y la celta rubia también se levantan y me fulminan con la mirada. Las otras dos chicas uriscas de la mesa me miran con terror, y alternan la mirada entre mi presencia y los libros y los mapas que tienen repartidos por la mesa, como si fueran ladronas a quienes hubieran pillado robando comida.

Parpadeo confundida.

¿Acaso no se pueden tener libros aquí dentro? ¿Y los mapas? ¿De qué tienen tanto miedo?

Una de las mujeres uriscas se coloca a la niña detrás de la falda, como protegiéndola de mí. Todas las personas que hay en la cocina empiezan a mirarse de reojo, como si estuvieran desesperadas por averiguar qué hacer.

Todas excepto Yvan. Percibo el calor que irradia su mirada de odio desde la otra punta de la estancia.

Me esfuerzo para no retroceder mientras noto cómo un incómodo rubor me trepa por el cuello y las mejillas.

La fornida anciana urisca que estaba amasando pan se adelanta con una sonrisa forzada en la cara y retuerce las manos muy nerviosa.

—¿Puedo hacer algo por ti, querida?

—Em... —Le tiendo los papeles con una sonrisa vacilante—. Soy Elloren Gardner. Me han asignado este trabajo.

La celta rubia se queda boquiabierta. A su lado, la feroz chica urisca me lanza una mirada asesina, y la niña me mira con curiosidad desde su escondite.

La anciana urisca traga saliva y lee los papeles de mi asignación una y otra vez, como si hubiera algún error y si leyera las veces suficientes pudiera encontrarlo, como si el hecho de que yo esté allí fuera demasiado terrible para ser verdad. El dolor de cabeza que me palpita por detrás de los ojos se me extiende por las sienes.

Puedo notar cómo Yvan me clava su mirada iracunda. Es más alto de lo que había pensado y, por lo tanto, mucho más intimidante.

—Me han dicho que pregunte por Nernyllia Hawthorne —comento.

—Esa soy yo, Maga Gardner —dice la anciana tratando de esbozar otra falsa sonrisa vacilante antes de devolverme los papeles—. Yo soy la directora de la cocina.

—Ah, bueno... pues estoy lista para trabajar. —Les sonrío evitando establecer contacto visual con Yvan—. Dígame qué necesita.

—Oh, Maga Gardner, no va vestida para trabajar —comenta Fernyllia señalando mi ropa elegante.

—Sí, ya lo sé —contesto con tono de disculpa—. Acabo de llegar y todavía no he tenido ocasión de cambiarme. —Agacho la cabeza para mirar los delicados bordados de mi falda—. Mi tía me la compró. La ropa. No es muy práctica.

—¿Su tía? —pregunta Fernyllia débilmente, como si estuviera teniendo una pesadilla.

—Sí, mi tía... Vyvian Damon.

Fernyllia y algunas de las otras trabajadoras de la cocina esbozan sendas muecas de dolor al escuchar el nombre de mi tía. Yvan me mira peor todavía. —Sí —contesta Fernyllia al fin—. Ya la conozco. —Me lanza una mirada implorante—. Disculpe que mi nieta esté aquí, Maga Gardner. —Gesticula en dirección a la niña—. Su madre está enferma y... y he tenido que cuidar de ella. No volverá a ocurrir.

—No pasa nada —contesto para tranquilizarla—. Me encantan los niños.

¿Por qué podría importar que hubiera un niño por aquí? ¿Hay algún motivo para que no se les permita la entrada a la cocina?

Nadie pestañea siquiera.

—E Yvan —me explica nerviosa, señalándole—, ya ha empezado a estudiar. Es muy buen estudiante. Pero ya le he dicho que en adelante tendrá que hacerlo en otro sitio. Una cocina no es lugar para libros, podrían mancharse y esas cosas.

Sonrío y asiento intentando ganarme su confianza.

—Ojalá hubiera empezado yo también —le digo a Yvan tratando de sonreír mientras me vuelvo hacia él y sus intensos ojos—. Por lo visto ya voy con retraso...

Echa fuego por los ojos, como si estuviera muy ofendido. Puedo sentir la rabia que emana de él en oleadas.

Trago saliva dolida por ese implacable y extraño nivel de odio. Parpadeo para reprimir las lágrimas y me vuelvo hacia Fernyllia.

«Ignórale —me digo—. Oblígale a ignorarle.»

—Bueno, ¿qué quiere que haga? —pregunto con una amabilidad forzada.

Fernyllia mira a su alrededor, como si estuviera tratando de entender algo muy rápido.

—¿Por qué no le enseño lo que hacemos con los cubos de compost? —comenta la chica urisca de aspecto feroz con un tono lento y precavido.

Fernyllia mira en dirección a los libros y vuelve a mirarme. Esboza otra falsa sonrisa servil.

—Es una idea excelente, Bleddyn —concorre—. Vaya con Bleddyn, Maga Gardner. Ella le enseñará lo que debe hacer. No le importa tratar con animales, ¿no?

—Oh, no —contesto con renovado entusiasmo—. Me encantan los animales.

—Bien, bien —dice Fernyllia retorciendo las manos con nerviosismo—. Pues siga a Bleddyn. Los restos son para los cerdos. Ella le enseñará lo que debe hacer.

Tengo la sensación de que tanto Yvan como el resto de personas que hay en la cocina están conteniendo el aliento mientras yo dejo mis libros y mis papeles y salgo de la cocina con Bleddyn para acceder a una habitación que hay detrás. Junto a la puerta hay alineados un montón de enormes cubos de madera llenos de restos de comida.

—Coge dos y sígueme —me ordena Bleddyn con frialdad entornando los ojos.

Me doy cuenta de que ella no hace ademán de coger ningún cubo, aunque hay varios más esperando a que alguien se ocupe de ellos.

Bleddyn abre la puerta con más fuerza de la necesaria y esta se empotra contra la pared exterior de la cocina con un fuerte crujido.

La puerta da acceso a un campo lleno de hierba. Bleddyn coge una linterna que cuelga de un gancho. Ya no llueve, pero todo sigue húmedo y frío, y noto la gélida humedad de la hierba colándose por las costuras de mis elegantes zapatos.

Helará pronto. Lo huelo en el aire de otoño.

Mientras avanzamos en dirección a una serie de establos bajos y rediles para el ganado, me sorprende añorando la colcha de mi madre y una habitación caliente y seca.

Pronto. Ese día llegará muy pronto. Y entonces Rafe y Trystan y Gareth estarán aquí, y me ayudarán a entender todas las cosas horribles que han pasado.

Las nubes de tormenta se están dispersando, forman franjas estrechas y oscuras y ha aparecido en el cielo una parte de la luna llena, después desaparece y vuelve a aparecer, como si fuera un ojo malvado que entra y sale de su escondite. Con todas las nubes y los cambios de luz, el cielo parece muy grande y opresivo, y me siento pequeña y vulnerable. Pienso en el Ícaro, que está en alguna parte, escondido como esta luna, esperándome, y noto un escalofrío en la espalda.

Bleddyn va muy rápido y cada vez la tengo más lejos, corro para acercarme a ella pensando que no quiero que nadie pueda sorprenderme a solas en la oscuridad.

Sigo a Bleddyn hasta uno de los graneros donde aguardan los cerdos en una serie de compartimentos limpios y espaciosos que huelen a barro, a heno seco y a restos de comida. Está mal iluminado, y apenas consigo ver por dónde piso.

Bleddyn abre el pasador de uno de los compartimentos. Señala una esquina donde hay un comedero largo y una cerda alimentando a un montón de cerditos que se pelean por hacerse con un pezón entre resoplidos y bufidos.

—Ahí —dice señalando el comedero—. Vierte los restos ahí.

Agarro con fuerza los dos cubos de restos, entro en el establo y piso algo

blando con los zapatos. Me esfuerzo todo lo que puedo por ignorarlo.

Ya me limpiaré después. Además, no quiero que esta seria chica urisca piense que soy una gardneriana mimada que no aguanta nada. Pronto se darán cuenta de que soy capaz de trabajar tan duro como cualquiera de ellos.

Cuando levanto el pie, el zapato hace un desagradable sonido absorbente.

Entonces alguien me golpea por detrás y me caigo.

Aterrizo encima del barro y los excrementos de cerdo, se me caen los cubos llenos de sobras y el establo acaba lleno de comida, y se me sale un zapato. Los cerdos rugen nerviosos mientras rebuscan algún resto de comida.

Me pongo de rodillas y me vuelvo hacia Bleddyn con el corazón desbocado.

—¿Me acabas de dar una patada? —pregunto incrédula.

Bleddyn está apoyada en una pared y me sonrío con malicia.

—¿Por qué lo has hecho? —le pregunto levantándome.

De pronto entra la celta rubia que estaba con Bleddyn en la cocina.

—¡Me ha dado una patada! —exclamo a la rubia señalando a Bleddyn.

—Yo no le he dado ninguna patada —contesta Bleddyn con tono burlón—. Ha tropezado. Es muy patosa.

—¡Yo no he tropezado! —replico con vehemencia—. ¡Me han dado una patada!

La rubia niega con la cabeza.

—Típico de los gardnerianos. Culpar al servicio.

—Todos son iguales —concede Bleddyn—. Son una panda de cucarachas negras.

Hago una mueca al oír ese insulto racista. Es un apelativo horrible que emplean para reírse del negro de nuestra ropa sagrada.

—¡Alejaos de mí! —les grito girándome para recuperar mi zapato.

No debería haberles dado la espalda. Otra patada me devuelve de cara al barro.

—¿Por qué me estáis haciendo esto? —aúllo dándome la vuelta hacia ellas con el corazón desbocado. Un cerdito curioso se acerca a olisquearme la falda.

—¡No puedo creer que haya vuelto a tropezar! —exclama Bleddyn.

—Pues sí que es patosa —admite la celta.

—Me parece que necesita que le asignen otro trabajo.

—Alguno donde no haya que caminar.

Las dos se ríen del comentario.

Estoy alucinada. ¿Por qué están siendo tan crueles? Yo no he hecho nada para merecerlo.

—Vaya, mira, se ha manchado ese vestido tan bonito —observa Bleddyn.

—¡Dejadme en paz! —insisto levantándome muy tensa—. Si no me dejáis en paz... tendré que informar de vuestro comportamiento.

—¡Cállate! —me grita la chica celta entrando en el establo con los puños apretados. Reculo.

—¡Ahora escúchame, gardneriana! —ruge—. ¡No pienses que no sabemos por qué estás aquí!

—¡Estoy aquí porque necesito dinero para pagar la universidad!

Una rápida bofetada me hace recular conmocionada. Es la primera vez que alguien me pega en la vida.

—¡He dicho que te calles, cucaracha! —grita.

Bleddyn está a su lado sonriendo.

—¿Crees que somos tontas? —prosigue la chica rubia con un tono ácido mientras yo me llevo las manos a la mejilla.

—¿De qué hablas? —gritó echándome a llorar—. Estoy aquí para poder pagarme los estudios. ¡Igual que vosotras!

—¡Mentirosa! —aúlla—. Te han mandado aquí a espiarnos, ¿verdad?

¿A espiar? ¿A qué clase de extraño mundo he ido a parar?

—¡No sé de qué estás hablando! —espeto.

Pienso en los libros. Los mapas que se apresuraron en apartar. ¿Qué estaban haciendo allí?

—¡Mírame, gardneriana! —me exige la chica rubia.

Obedezco con miedo de que vuelva a pegarme.

La rubia me señala con crueldad.

—Si le mencionas a alguien que viste a una niña aquí, o libros o mapas, te encontraremos y te romperemos los brazos y las piernas.

—Me parece que será bastante fácil —comenta Bleddyn con un tono que roza el aburrimiento—. Parece una debilucha.

—Muy debilucha —concede la celta.

—Aunque tampoco puede defenderse. Es una maga de nivel uno, ¿lo sabías?

—Qué vergüenza.

—Su abuela estaría muy decepcionada.

Siento una punzada de rabia al oírles mencionar a mi abuela. La reprimo y las observo con cautela.

Se me quedan mirando un buen rato. Mientras me pego a la pared, exhausta, sucia y reprimiendo las lágrimas, me pregunto si piensan seguir pegándose.

—Bueno —concluye la rubia—, creo que nos hemos expresado con claridad. Nos vemos en las cocinas, Elloren Gardner.

—Devuelve los cubos a su sitio —ordena Bleddyn mientras ambas se vuelven para marcharse—, e intenta no volver a caerte.

Cuando se marchan lloro durante un minuto o dos hasta que vuelvo a enfadarme.

No pueden tratarme así. No pueden. Me limpio las lágrimas. Quizá no tenga poderes, pero puedo explicarle lo que han hecho a la directora de la cocina. No pienso dejar que me asusten y me avasallen.

La rabia se lleva el miedo, respiro hondo y vuelvo a la cocina.

Cuando entro me recibe el mismo silencio colectivo que reinaba cuando me marché.

Bleddyn y la celta rubia están a ambos lados de Fernyllia y me lanzan miradas acusadoras.

Yvan parece momentáneamente sorprendido al verme aparecer.

Fernyllia y las demás también parecen asombradas, pero se recuperan enseguida y disimulan su consternación adoptando sendas expresiones neutrales.

Yvan es el único que tiene una mirada confusa.

Enseguida me doy cuenta de que la niña ya no está y tampoco los libros y los mapas que estaban en la mesa.

—¡Me han tirado al suelo y me han abofeteado! —le digo a Fernyllia con la voz rota por la emoción señalando a Bleddyn y a la chica celta.

—Venga, Maga, debe de estar equivocada —dice Fernyllia en tono conciliador, pero en sus ojos brilla una dura advertencia—. Estoy segura de que Bleddyn e Iris no han pretendido hacerle ningún daño.

—¡Me han pegado y me han amenazado!

—No, Maga —me corrige Fernyllia—, usted ha tropezado.

Me la quedo mirando con la boca abierta, estupefacta. Son un frente unido contra mí.

La cabeza empieza a darme vueltas e intento pensar qué puedo hacer.

Podría ir en busca del rector y acusarlos a todos. Pero primero tengo que salir de allí de una pieza.

—¿Por qué no se toma el resto de la noche libre, Maga Gardner? —me ofrece Fernyllia, en un tono ligeramente imperativo—. Instálese. Su turno de mañana comienza a las quince horas.

La tristeza y el cansancio se tragan mi rabia, y empiezo a verlo todo borroso por detrás de las lágrimas.

Cojo mis documentos, que me está tendiendo Fernyllia, y le lanzo una mirada acusadora a Yvan.

Está muy tenso, ahora no me mira, y tiene las manos en las caderas y los dientes apretados, dejando clara su lealtad.

Contra mí.

Las lágrimas amenazan con empezar a salir a borbotones, les doy la espalda a todos y me voy.

Me tambaleo mientras avanzo llorando por la calle y me esfuerzo por encontrar la Torre Norte.

Cobijo. Eso es lo único que quiero. Un sitio donde dormir y esconderme hasta mañana, cuando pueda encontrar a mis hermanos y conseguir ayuda.

El odio que he visto en los ojos de Yvan me resuena en la cabeza, pero cuanto más me alejo de la cocina mejor me siento.

Fuera las nubes cada vez son más finas y ahora parecen miles de serpientes que se desplazan muy despacio y ocultan parcialmente la luna. Recorro las callejuelas serpenteantes del campus universitario y paso junto a los grupitos de desconocidos ataviados con capas, dejo atrás el edificio del Gremio de Tejedores y después cruzo algunos campos húmedos, mientras noto cómo el aire frío y la enérgica caminata me van relajando poco a poco.

Algunos de los campos son pastos para las ovejas, que están agrupadas junto a los comederos, mientras que otros son para los caballos que aguardan pegados a los enormes establos.

Una vez pasado todo eso me paro un momento y contemplo un extenso campo estéril cubierto de maleza y desierto. Se oye silbar el viento.

La Torre Norte está justo delante de mí.

Está al otro lado del campo, y se accede a ella mediante un camino de piedra en muy mal estado. Como un centinela que vigilara el bosque, este viejo puesto militar es la última parada antes de llegar al bosque, y tiene una vieja torreta para arqueros en el tejado.

Mi nuevo hogar.

Es gris, frío y siento aprensión, todo está construido con piedra, nada de madera. No tiene nada que ver con la acogedora casita del tío Edwin. Se me encoge el corazón al verla.

Cruzo el campo con resignación y, a medida que me acerco, la torre asoma por encima de mí.

Abro la única puerta que hay a los pies de la torre y se abre con un crujido para revelar un pequeño vestíbulo, una escalera de caracol a la izquierda y un armario a la derecha. La puerta del armario está abierta y, gracias a la tenue luz de un farol, puedo ver que está lleno de cubos, rastrillos, más candiles y una gran variedad de productos de limpieza. Me reconforta advertir que dentro también están mis dos arcones de viaje y mi violín.

Suspiro aliviada. «Ves, todo va a salir bien —me reconforto—. Y voy a compartir alojamiento con una gardneriana y una elfa. Nada de chicas uriscas o celtas detestables. Todo va a salir bien.»

Decido dejar mis cosas en el armario de momento y subo la escalera. Por poco resbalo un par de veces en la piedra pulida. Mis pasos resuenan con fuerza por la torre, que está inquietantemente silenciosa.

Cuando llego arriba encuentro otra puerta que da a un pasillo corto iluminado también por un candil colgado en la pared. Veo un banco de piedra pegado a la pared y, a ambos lados del pasillo, se abren ventanas con vistas a los campos de alrededor por las que se cuele la luz de la luna. Delante de mí hay una escalera metálica que conduce a la torre de los arqueros, pero la entrada del techo lleva mucho tiempo cerrada. Hay otra puerta al final del pasillo.

Esa debe de ser mi nueva habitación.

Me pregunto si mis compañeras estarán durmiendo o no estarán, pues por el marco de la puerta no se cuele ninguna luz. Cruzo el pasillo desierto en dirección a la puerta, tanto silencio me pone un poco nerviosa.

Aguardo un momento antes de abrir la puerta y miro por la ventana, la luna sigue vigilando, fría e indiferente. Me la quedo mirando un momento hasta que vuelve a quedar cubierta por las nubes y el mundo exterior se esconde tras la oscuridad. Me vuelvo de nuevo hacia la puerta, apoyo la mano en la fría manecilla de metal y la abro.

La habitación está oscura, pero distingo una gran ventana ovalada justo delante de mí.

—Hola —digo con suavidad para no asustar a cualquiera que pudiera

estar durmiendo.

Las nubes se mueven y la luz de la luna se cuele en la habitación.

Y entonces lo veo. Hay algo agachado bajo la ventana.

Algo con alas.

Palidezco y siento una punzada de terror tan aguda que me paraliza clavándome al suelo.

Un ícaro.

Ha conseguido entrar de alguna forma. Y yo estoy a punto de morir. La criatura que tengo delante desprende el mismo hedor a carne podrida que los ícaros de Valgard.

Se endereza muy despacio y despliega sus raídas alas negras. Y no está solo. A su derecha veo movimiento encima de lo que parece ser una cómoda. Hay otra figura alada, y también está en cuclillas, como si estuviera esperando para atacar.

«Santísimo Gran Ancestro: son dos.»

—Hola, Elloren Gardner —dice con una malvada voz quebrada el ícaro que está debajo de la ventana—. Bienvenida al infierno

6

Ariel

Cuando el ícaro avanza hacia mí me recorre una punzada de energía que me arranca de mi parálisis.

Estoy aterrorizada, pero recupero la capacidad de moverme y salgo corriendo de la habitación, recorro el pasillo corto, choco contra el banco de piedra, bajo los escalones de la escalera de caracol de tres en tres y por poco me caigo.

Cuando llego al final de un salto y me tuerzo el tobillo tomo conciencia de algo con nauseabunda claridad: no estaré a salvo en ningún sitio.

Si están aquí, probablemente estén por todas partes. Es posible que también me esperen fuera.

Me meto en el armario de la limpieza, cierro de un portazo y empiezo a fabricarme una barricada con una pala vieja, mi arcón de viaje e incluso mis pies; después apoyo las piernas en la barricada para no perder el equilibrio. Me quedo allí sentada a oscuras, temblando de terror en el frío suelo de piedra, y la única luz que veo es el tenue brillo que se cuele por el quicio de la puerta desde el vestíbulo sombrío y el débil brillo de mi piel.

Todo está en silencio.

Mortalmente silencioso.

Tan silencioso que mi pesada y aterrorizada respiración suena obscenamente fuerte y puedo sentir cómo me late el corazón contra el pecho.

Pero sé que están ahí fuera. Esperándome.

—¡Yo no soy la Bruja Negra! —le grito a la puerta incapaz de reprimir que me salga saliva.

Por un momento no hay respuesta. Solo más silencio. Cuando por fin suena una respuesta la oigo muy cerca.

—Sí que lo eres —sisea la criatura con tono burlón.

«Oh, santísimo Gran Ancestro, está al otro lado de la puerta.»

Cada vez tiemblo más y empiezo a recitar una plegaría de *El Libro de la Antigüedad* que repito con un susurro desesperado.

—Santísimo Gran Ancestro, que estás en los cielos, sálvame del mal...

Mientras suplico por mi vida el demonio empieza a rascar la puerta con las uñas. Muy despacio. Una y otra vez.

Entonces vuelve el silencio.

Algo impacta contra la puerta y mi barricada se viene abajo. Grito y empiezo a sollozar.

—Te mataré —ruge la voz—. Y lo haré lentamente.

Vuelven los rasguños, pero esta vez son más fuertes, como si estuvieran rascando la puerta con un cuchillo.

—Tendrás que dormir en algún momento, gardneriana —se burla la criatura cruel—. Y cuando te duermas te cortaré...

El sonido en la madera es cada vez más intenso y noto la presión rítmica por las piernas. Esa cosa está desmontando la puerta, pero se está tomando tanto tiempo para hacerlo como el que se tomará para matarme.

Se me disparan los pensamientos, como un caballo desbocado. Me vienen a la cabeza imágenes de Rafe, Trystan y Gareth llegando a la universidad para descubrirme muerta en este armario, hecha jirones por los ícaros. Veo imágenes de cómo se le para el corazón a mi tío al descubrir lo que ha sucedido. De Fallon Bane encantada de saber lo que me ha pasado. Y de cómo encuentran la varita de Sage...

¡La varita!

Rebusco en la oscuridad palpando en busca de los cierres del arcón de viaje, lo abro y arranco la tela del forro con las manos temblorosas para coger la varita. Sage dijo que era muy poderosa, quizá tenga tanto poder que funcione incluso con alguien tan débil como yo.

Cojo la varita tal como me enseñó la comandante Vin, con la empuñadura pegada a la mano, y la apunto hacia donde suenan los arañazos. No recuerdo las palabras de ningún hechizo. Solo recuerdo algunas palabras mágicas de los cuentos de mi infancia. Intento recitarlas todas con la cara llena de lágrimas.

Nada.

Tiro la varita al suelo y me dejo arrastrar por la sofocante parálisis de un llanto aterrado. Los arañazos continúan hasta bien entrada la noche y yo me siento caer y caer hasta que se hace un fundido en negro.

Estoy corriendo por el pasillo del primer piso de la Torre Norte.

Sigo y sigo, no consigo ver qué hay en el otro extremo hasta que por fin llego a mi habitación. Esta vez la puerta está abierta y la estancia está bañada

por una luz roja sobrenatural. Entro.

Sage Gaffney está junto a la ventana, al lado de la única vela con la llama roja cuya luz alarga las sombras de la habitación. Tiene una expresión vacía, sus ojos son un par de cuencas vacías.

—Sage —digo, confusa—, ¿qué haces aquí?

No me contesta, solo se abre la capa para enseñarme el fardo que esconde debajo. Algo se mueve bajo las mantas y ella me lo tiende.

Me acerco con cautela, el fardo se mueve, como si fuera una cría de lagarto a punto de romper la suave cáscara de su huevo, esforzándose por nacer. Siento mucho asco.

Su bebé. El Ícaro.

Siento una curiosidad macabra. Tras vacilar un momento, alargo el brazo y aparto la manta.

El miedo me paraliza cuando veo el monstruo que Sage ha dado a luz, tiene la misma cabeza que el ícaro de Valgard, y los ojos blancos y desalmados. La criatura despliega unas espeluznantes alas negras, hace una mueca con la boca y se lanza...

—¡No! ¡No! —grito mientras una voz de mujer se abre paso por la imagen que tengo delante.

—¡Despierta, niña!

El sueño se disipa como el rocío del amanecer y en su lugar veo la cara de una anciana urisca que está arrodillada delante de mí, tiene el rostro azul tan arrugado que parece una pasa y lleva el pelo gris sujeto con un pañuelo marrón.

Me aparto de las marchitas y huesudas manos que me agarran de los hombros. La mujer me suelta y recula con una expresión de recelosa preocupación. Niego con la cabeza con fuerza intentando deshacerme de la confusión.

«¿Me he desmayado?»

Miro a mi alrededor muy confusa.

Estaba soñando. ¿Ha sido una pesadilla?

La mujer urisca mira algo que está en el suelo justo delante de mí.

—Se te ha caído la varita —comenta.

Se me hace un nudo en la garganta.

La cojo y vuelvo a meterla debajo del forro del arcón de viaje aliviada de que no le parezca sospechoso que yo pueda tener una varita tan cara.

—Me han atacado los ícaros —le informo sin aliento.

No parece sorprendida. Se limita a ladear la cabeza y a mirarme con serenidad.

—Imagino que habrá sido la señorita Ariel.

Niego con la cabeza con energía.

—No. Eran ícaros. Estoy convencida.

—La señorita Ariel y la señorita Wynter son ícaras —contesta con seguridad.

Me la quedo mirando con la boca abierta. Vuelvo a negar con la cabeza, rehúso a creerla.

—No. Eso no puede ser. La vicerrectora me dijo que Ariel Haven es gardneriana y Wynter Eirlyn es elfa.

La mujer alza las cejas.

—Y es cierto, Maga Gardner. Pero también es cierto que ambas son ícaras. Me quedo pálida.

—No. Eso es imposible —susurro con la sensación de que la habitación no deja de girar a mi alrededor—. ¡No pueden ser mis compañeras de piso! ¡Quieren matarme!

—Tranquila, niña —me reprende como si yo estuviera exagerando—. Te estás poniendo histérica. La señorita Wynter no le haría daño ni a una mosca. No puede ser más buena. Aunque la señorita Ariel... bueno, ella puede causar una primera impresión un poco aterradora.

—¿Un poco? —grito—. ¡Estuvo arañando esta puerta toda la noche mientras me decía que me iba a matar!

—Estoy segura de que no hablaba en serio, Maga Gardner —me tranquiliza.

No me lo puedo creer. ¿Cómo puede mostrar tanta indiferencia por los demonios ícaros?

—¿Dónde están? —pregunto mirando detrás de ella hacia el vestíbulo.

—Se han ido, Maga. A clase, supongo.

—¿Estudian aquí? —gimoteo sin acabar de creer que esto esté ocurriendo.

Pero entonces recuerdo que la tía Vyvian me habló de dos demonios ícaros. Que estaban aquí, en la universidad.

Mis compañeras de piso.

Cuando por fin lo entiendo la cabeza empieza a darme vueltas.

La mujer urisca se levanta del suelo y me tiende la mano.

La ignoro y me levanto yo sola, no confío en ella. No confío en nadie.

La mujer baja la mano, me lanza una mirada indescifrable, coge una fregona y se marcha hacia el vestíbulo.

Me acerco a la puerta del armario con recelo, esperando en parte que las ícaras estén agachadas junto a las puertas del armario, pero cuando veo que la mujer urisca deja la fregona y el cubo en el suelo y se pone a canturrear, asomo la cabeza.

El vestíbulo está vacío, estamos las dos solas.

La luz del sol se cuele por una ventana que hay en mitad de la escalera de caracol. Desde aquí veo algunas esponjosas nubes blancas que avanzan por el cristalino cielo azul. Me atrevo a salir del armario con las piernas temblorosas y miro a mi alrededor muy nerviosa y atenta a cualquier sonido. Después me giro para cerrar la puerta del armario; estoy muy confusa.

Los arañazos que noté, las rascadas que oí, todo fue real.

La puerta está completamente cubierta de arañazos que alguien ha hecho con alguna herramienta afilada. La ícara escribió las palabras ODIO y MATAR una y otra vez, y un repertorio de obscenidades que cubren toda la puerta. Me vuelvo hacia la mujer urisca.

Ha dejado de canturrear y me observa con tranquilidad apoyada en la fregona.

—¿Ha visto esto? —le pregunto con tono estridente.

Chasquea la lengua y niega con la cabeza.

—Parece obra de la señorita Ariel.

¿Cómo puede estar tan tranquila?

—Ariel —repito incrédula—. Mi nueva compañera de piso. La demonio.

—Es un poco excéntrica, Maga.

¿Excéntrica? ¿Esto es una universidad o un manicomio?

—No se preocupe, Maga —comenta—. Pediré que cambien la puerta...

Cuando ya no soy capaz de seguir soportando su irritante tranquilidad paso de largo por su lado y me marcho de la Torre Norte lo más rápido que puedo.

Torneos y exámenes

Cuando salgo al sol mis ojos se cierran a la claridad.

Ya es mediodía y el sol está en lo alto del cielo, y los campos, que eran tan grises el día anterior, son verdes y alegres, rodeados de árboles salpicados de los colores del incipiente otoño.

Entorno los ojos y recorro a toda prisa el amplio campo lleno de maleza que separa la Torre Norte de las tierras de pasto de los caballos.

Algunas ovejas curiosas levantan la cabeza cuando paso junto a sus campos, y percibo el barro húmedo del camino bajo los pies y el olor a tierra y hierba en el aire. Del edificio del Gremio de Tejedores sale el crujido de los telares y el alegre sonido de las conversaciones femeninas, pues tienen las puertas abiertas para dejar que entre la luz del sol. Veo chicas rubias de Verpacia y chicas elfhollen con el pelo plateado que van de un lado para otro cargadas con cubos de hilos de colores vivos. Paso de largo y me adentro por las callejuelas adoquinadas de la ciudad universitaria, y de vez en cuando tropiezo con algún grupo de estudiantes, trabajadores y profesores que dejan de hablar para mirarme.

Veo banderas ondeando por todas partes, pegadas a los edificios, colgadas de las ventanas y de cinturones y monturas. La bandera dominante parece ser la estrella de cuatro puntas sobre el fondo gris de Verpacia, y la sigue la esfera plateada de Erthia sobre fondo negro de Gardneria. Las calles están llenas de gente, los paseantes tienen un aire festivo y se ven soldados uniformados de diversas clases paseando por todas partes.

De pronto recuerdo que esta semana comienzan los Torneos de Otoño. Mis hermanos me hablaron de ellos: se celebran pruebas de tiro con arco, combates con espadas, y también talleres de costura y cristalería. Llegan competidores de toda Erthia para demostrar sus habilidades e impresionar a los distintos gremios.

Me detengo sin aliento delante del majestuoso Gremio de Mercaderes, cuya entrada está flanqueada por las banderas de Gardneria y la de las tierras

de los elfos alfsigr, que es completamente blanca. Recibo algunos empujones entre tanta gente. Voy mirando todos los edificios tratando de ubicarme en este mar de gente, pero no me suena nada.

—¿Estás bien?

Me vuelvo y me encuentro con un soldado elfhollen de orejas puntiagudas que me está mirando con unos brillantes ojos plateados.

—No —le confieso. —¿Puedo ayudarte?

Miro a mi alrededor confundida.

—Necesito encontrar a la directora de la residencia.

—Está justo al otro lado de la calle. —Señala un edificio achaparrado adornado con banderas de Gardneria—. Es allí.

Me siento muy aliviada mientras esquivo a los transeúntes y jinetes para llegar al despacho de Maga Sylvia Abernathy, la mujer que se ocupa del alojamiento de los estudiantes.

Ella también es gardneriana. Comprenderá la gravedad de la situación y estoy segura de que me ayudará.

Poco después me encuentro en un sofocante despacho y estoy sentada delante de Maga Abernathy, una mujer esquelética ante un escritorio enorme con nuestra bandera como telón de fondo. Ocurre lo mismo que con la mujer de la limpieza urisca, no le sorprende nada escuchar mi historia ni verme allí, y me observa con los ojos fríos y en calma.

—Me ayudará, ¿verdad? —suplico abrumada por su falta de reacción.

Por un momento deja el bolígrafo suspendido sobre la montaña de papeles que tiene delante.

—Pero eso es cosa tuya, Maga Gardner —dice poniéndose a escribir de nuevo.

—No lo entiendo.

Me esfuerzo por no perder la compostura.

—Bueno, Maga Gardner —contesta distraídamente—, tu tía y yo hemos hablado sobre el tema de tu alojamiento. Me mandó un halcón mensajero con instrucciones ayer por la mañana. Claro que existe la posibilidad de trasladarte a una habitación con compañeras más amigables.

¿Compañeras más amigables?

¿Por qué no está enfadada? ¡Me han puesto en una habitación con dos ícaras! ¡Y han intentado matarme!

Me obligo a respirar hondo. Necesito mantener la calma por muy loco que esté aquí todo el mundo.

—¿Cuándo puedo trasladarme? —pregunto intentando conservar el tono de voz relajado.

La mujer deja de escribir, suelta el bolígrafo, entrelaza las manos y me mira a los ojos.

—En cuanto estés comprometida, Maga Gardner.

Oh, santísimo Gran Ancestro. Se me acelera el corazón. La tía Vyvian... «Todo el mundo tiene un punto débil, Elloren. No me obligues a buscar el tuyo.»

—Todavía no puedo comprometerme —digo, pero mi seguridad empieza a flaquear.

—En ese caso supongo que tendremos que encontrar la forma de aceptar la situación —contesta sin ninguna compasión.

La desesperación se apodera de mí.

—Se lo voy a decir a mi tío.

Me mira con astucia.

—Tu tía también me ha pedido que te informe de que tu tío se ha puesto enfermo. Dijo que es algo de corazón.

Me quedo conmocionada.

—¿Qué? —Casi no puedo ni hablar. ¿Cómo es posible que mi tía me haya ocultado una cosa así?—. ¿Está bien? ¿Cuánto tiempo lleva enfermo?

—Bueno, parece que se recuperará pronto —me explica con despreocupación—. Un médico del pueblo se está ocupando de él, pero tu tía piensa que para él sería muy estresante preocuparse por todo esto.

Me mira fijamente y espera a que yo asimile toda la información.

Me la quedo mirando mientras mi tristeza se va transformando lentamente en una ardiente bola de ira blanca.

—Pues hablaré con el rector —afirmo con dureza.

Ella hace un ruidito desdeñoso.

—El rector no se preocupa por estas nimiedades. Además, tu tía ya ha hablado con la vicerrectora sobre tu alojamiento. Me parece que pronto descubrirás que todo el mundo está de acuerdo con la presente disposición.

O sea que ya está.

No puedo marcharme de la universidad de Verpax porque corro el riesgo de morir asesinada por un ícaro demoníaco, monstruoso y sin alas, y no me queda más alternativa que vivir con dos ícaras demoníacas, monstruosas y con alas y trabajar en un lugar donde mis compañeras quieren romperme los

brazos y las piernas.

O puedo presionar a mi tío enfermo para que me permita comprometerme en contra de sus deseos, con un chico al que apenas conozco.

Me levanto un tanto vacilante; estoy tan enfadada que he empezado a temblar.

—Gracias por reunirse conmigo. Ahora lo tengo todo mucho más claro.

—No hay de qué —contesta sin molestarse en levantarse—. Por favor, no dudes en ponerte en contacto conmigo si necesitas más ayuda.

Me doy la vuelta sobre mis piernas inestables para marcharme.

—Ah, Maga Gardner —dice con amabilidad, y me paro en seco—. ¿Qué le digo a su tía si me pregunta cómo está? Ella puede trasladar la respuesta a su tío.

Me vuelvo de nuevo hacia ella y me trago mis lágrimas de rabia. Me pongo derecha y la miro directamente a los ojos.

—Dígale —empiezo a decir con un tono frío—, que estoy bien, y que le diga a mi tío que no se preocupe, que enviarme a la universidad ha sido lo mejor que ha hecho en la vida.

La mujer se me queda mirando un momento y después vuelve a concentrarse en su libro de hospedajes y sigue escribiendo.

No tengo ni idea de adónde debo ir a continuación, así que empiezo a recorrer las calles del campus universitario sin rumbo fijo; no me importa mi aspecto desaseado ni las miradas sorprendidas que me lanzan los estudiantes y los profesores con los que me voy cruzando y que siguen la corriente festiva de la muchedumbre que ha venido a disfrutar del torneo.

Enseguida salgo del perímetro central, lejos de los edificios, y llego hasta una serie de campos llenos de gente donde se celebran algunos torneos, y donde hay un montón de banderas ondeando agitadas por la brisa fría. Un poco más lejos se está disputando una competición de tiro con arco, y veo una hilera de arqueros elfos que aguardan quietos como estatuas con las flechas preparadas en un campo rodeado de espectadores. Disparan las flechas en perfecta sintonía en dirección a unos blancos ovalados colgados en postes delgados. Los proyectiles impactan en los blancos con sendos ruidos sordos.

—¡Cael Eirlyn! —grita el juez de la prueba, y un joven elfo se adelanta montado en un corcel blanco para reclamar su premio.

Estoy desesperada por encontrar a mis hermanos y le doy la espalda a la

prueba, me interno entre la bulliciosa multitud y busco por todas partes algún rostro familiar. Y entonces encuentro uno, aunque no es el que me habría gustado encontrar.

En el siguiente campo hay algunos cadetes gardnerianos enfrascados en una competición de varita. Me llama la atención ver a una chica entre los competidores. Es la única aprendiz, los otros ocho magos visten de negro y llevan las franjas plateadas que los acreditan como nivel cinco en los brazos.

Fallon Bane.

Es la única chica del grupo. Todos tienen la varita en la mano y tratan de alcanzar las dianas de madera que aguardan en el otro extremo del campo.

De la varita de uno de los magos sale una ráfaga de fuego y me sobresalto. Sale disparada en dirección a la diana y estalla convertida en una pequeña bola de fuego.

Los espectadores —en su mayoría gardnerianos— se deshacen en vítores y aplausos. Hay un grupo de celtas que contemplan la competición con los brazos cruzados y miradas de agitación.

El resto de los magos varones se turnan para lanzar sus ráfagas de fuego con resultados similares.

Fallon es la última en competir. Levanta el brazo y espera a que la gente guarde silencio. Después agita el brazo hacia delante y crea una lanza de fuego que sale disparada hacia la diana.

Me estremezco cuando la lanza se clava en la diana con un crujido ensordecedor y a continuación la diana estalla formando una enorme bola de fuego blanco, mientras una serie de lanzas más pequeñas se clavan en las demás dianas de la fila y las hacen añicos.

Una nube de nieve helada se posa sobre la hilera de dianas destrozadas y se hace el silencio.

—¡Final! —aúlla el juez de la prueba—. ¡Gana Maga Fallon Bane!

Los gardnerianos la vitorean y algunos cadetes empiezan a cantar nuestro himno nacional con escandalosos gritos desentonados.

Pierdo el poco valor que me quedaba. Me alejo del alboroto de la muchedumbre y me tambaleo hasta un árbol que veo a lo lejos. Me dejo caer en la húmeda hierba a la sombra de las ramas, apoyo mi cabeza soñolienta en las manos y me echo a llorar.

—Elloren.

Me sobresalto cuando noto el contacto de una mano en el hombro. Levanto la cabeza y me encuentro con Aislinn y Echo en cuclillas junto a mí

con expresiones de sorpresa y preocupación.

No sé qué decir. Todo es demasiado horrible.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Aislinn—. Hemos estado buscándote por todas partes. Cuando no has aparecido a la hora del desayuno, hemos empezado a preocuparnos. —Alarga el brazo para tocarme la cara con delicadeza, con el ceño fruncido—. Cielos, Elloren. Estás herida. ¿Alguien te ha pegado?

Las dos se sientan en la hierba a mi lado y les cuento entre patéticos sollozos lo que me ha pasado con las ícaras y las trabajadoras de la cocina.

Aislinn niega con la cabeza.

—No puedo creer que tu tía sea tan cruel.

—Es una prueba, Elloren —me informa Echo con seriedad.

—Ya sé que es una prueba —contesto arrancando puñados de hierba muy nerviosa—. Para ver cuánto aguanto antes de ceder y comprometerme con un chico que apenas conozco.

—No —dice Echo con los ojos muy abiertos y rebosantes de seguridad—.

Es una prueba que te manda el Gran Ancestro. Eres descendiente de Carnissa Gardner, y hay un motivo por el que te pareces tanto a ella. Estás destinada a descender a este pozo de maldad, igual que Fain en *El Libro*. Él tuvo que enfrentarse a toda clase de males e infortunios, ¿recuerdas? Pero todo era una prueba. Fain se mantuvo fiel, y al final prevaleció y el Gran Ancestro le recompensó. Tú también estás destinada a enfrentarte a los malignos. ¡Y prevalecerás!

—Yo no soy la Bruja Negra, Echo —señalo limpiándome las lágrimas—. Soy una maga de nivel uno. ¿Cómo se supone que voy a derrotar a esos ícaros?

—Tienes el poder del Gran Ancestro —me asegura—. Si permaneces fiel a sus enseñanzas, resistirás.

Eso no me consuela.

En cuestión de magia soy una completa y absoluta debilucha. Necesito ayuda. Preferiblemente de un mago de nivel cinco.

Me inspiro de golpe y me incorporo.

—¿Dónde está Lukas?

A Aislinn se le ilumina el rostro.

—Yo sé dónde está, Elloren —dice levantándose y tendiéndome la mano—. Le he visto hace un rato. Estará aquí algunas semanas para supervisar a

los cadetes de la Segunda División, es la división de Randall. Vamos.

Armas

Recorro los campos del torneo colgada del brazo de Aislinn, y mi desaliñado aspecto atrae más de una mirada curiosa.

Veo a Lukas un poco más adelante y siento una punzada de energía nerviosa.

Está rodeado de gente, enfrascado en un combate de esgrima con un teniente elfhollen, y los cadetes gardnerianos le vitorean de vez en cuando. Lukas está tan concentrado como un halcón persiguiendo un pequeño roedor y señala a su oponente con su espada y una sonrisa rebosante de seguridad en los labios.

Cuando nos acercamos, Lukas me mira un momento y eso le hace perder la concentración un segundo. Su contrincante le alcanza con la punta roma de su espada justo por encima del corazón.

No parece advertir los sonidos de sorpresa que se oyen a su alrededor ni la cara de sorprendido triunfo que pone su contrincante. Ladea la cabeza, observa mi penoso aspecto y le estrecha la mano a su victorioso adversario, inclinándose para decirle algo en idioma elfhollen. El elfhollen se ríe y le contesta en su extraña lengua. Lukas envaina la espada y se acerca a nosotras mientras otro teniente gardneriano ocupa el lugar que él deja libre en el campo.

—Elloren, ¿qué te ha pasado? —pregunta acercándose—. Estás muy sucia.

—Echa la cabeza hacia atrás—. ¿Te ha pegado alguien?

—Estoy en una situación terrible —le confieso sin aliento—. No sé qué hacer.

Entorna los ojos y después mira a Aislinn y a Echo.

—¿Puedo hablar con ella en privado?

—Claro —contesta Echo sin dudar.

Aislinn me dedica una sonrisita alentadora.

Echo y Aislinn se marchan mientras Lukas me lleva hasta un banco que hay allí cerca, debajo de un árbol muy grande. Me hace un gesto para indicarme que me siente y lo hago. Miro su espada, es la misma que utilizó para apuñalar al ícaro en Valgard. Y su varita, prendida del cinturón. Me alegro de ver que va armado.

—Me han atacado —le digo—. Primero en la cocina, cuando fui a pedir que me asignaran un trabajo...

—Espera —me interrumpe levantando la mano—, ¿por qué trabajas en la cocina?

—La tía Vyvian —le explico—. No quiere pagarme la universidad, así que tengo que trabajar...

—¿Por qué? —me interrumpe confuso.

Vacilo un momento antes de contestar. Me está mirando muy expectante. No me queda otra salida. Tengo que hablar de esto. Respiro antes de contestarle.

—No me pagará los estudios hasta que no esté comprometida.

Asiente con comprensión.

—Pero... —dice con un tono grave y ofendido—, tú no quieres comprometerte.

Le tiendo las manos en un gesto de súplica.

—No es nada personal. Mi tío... está enfermo. —Se me quiebra la voz—.

Y le prometí que esperaría dos años...

—¿Dos años? —pregunta incrédulo.

—Hasta que termine los estudios.

Por la cara que pone es evidente que piensa que mi tío es idiota, y que yo lo soy aún más por acceder a ello.

—Lukas, apenas nos conocemos —digo intentando que lo entienda.

Guarda silencio durante un tenso momento y me mira con bastante irritación.

—No pretendía ofenderte. —Me agarro a la piedra del banco en busca de apoyo—. Y antes de conocerte le prometí a mi tío que esperaría.

Lukas se me queda mirando un largo minuto alzando una ceja.

—¿Tus padres se enfadarán mucho? —me aventuro a preguntar.

—Sí —contesta.

—Nunca pretendí...

—Ellos no se dan cuenta de lo protegida que has estado. Cada vez es más común que las chicas se comprometan a los trece años. ¿Lo sabías?

—Me acabo de enterar —contesto débilmente.

—Y la mayoría de las parejas ni siquiera tienen la ocasión de conocerse antes. Sus padres lo arreglan todo y se conocen el día del compromiso.

—Yo... eso no lo sabía.

Me agarro con más fuerza al banco.

—Tú y yo somos mayores que la media. ¿Cuántos años tienes? ¿Dieciocho?

—Cumpliré los dieciocho dentro de unas semanas —le confieso dándome cuenta de una cosa—. Pero eso es precisamente de lo que estoy hablando. Ni siquiera sé cuántos años tienes. Al margen de lo común que sea, te acabo de conocer. Ni siquiera sé quién eres.

Se ríe.

—Bueno, no sé yo —dice sonriendo—, parece que nos entendemos bastante bien.

Me sonrojo al oír eso recordando la fiesta de mi tía. Cómo me besó. Parece que haga mucho tiempo, pero solo han pasado unos cuantos días.

Poco antes de que todo mi mundo se viniera abajo.

—¿Cuántos años tienes, Lukas? —le pregunto.

—Veinte.

—Me parece que tú también has estado posponiendo lo del compromiso —señalo.

Se le endurece el rostro. Es evidente que no está acostumbrado a que le pidan explicaciones.

¿Por qué le afecta tanto? ¿Por qué no está ya comprometido?

—¿Quién te atacó? —pregunta ignorando por completo mi último comentario.

—Una chica celta llamada Iris, y una chica urisca llamada Bleddyn que da mucho miedo.

Le explico todo lo que pasó en la cocina.

—Eso es fácil de solucionar —contesta haciendo un gesto despreocupado con la mano—. ¿Qué más?

Me quedo sin palabras ante su indiferencia, me asombra la seguridad que tiene en que esta situación tan desastrosa se puede arreglar.

—También me han atacado dos ícaras —prosigo—. Ariel Haven y Wynter Eirlllyn. Mis nuevas compañeras de piso.

Lukas alza una ceja.

—¿Te han alojado con dos ícaras? ¿Después de lo que pasó en Valgard?
Asiento con tristeza.

—No dejarán que me mude hasta que esté comprometida.

Suelta una pequeña carcajada, como si le divirtiera y le impresionara la tenacidad de mi tía.

—Tu tía tiene muchas ganas de que te comprometas conmigo, ¿no?

—Eso parece.

—¿Te das cuenta de que todos estos problemas desaparecerían si fuéramos ahora mismo al despacho de Maga Abernathy y accediéramos a comprometernos? No tendrías que trabajar para pagar tus estudios. Y podrías elegir el alojamiento que quisieras.

La generosidad de su oferta me coge completamente desprevenida y me da mucho que pensar. Este chico ha llegado hasta los veinte sin estar comprometido y, sin embargo, está dispuesto a dejarlo todo para hacerlo conmigo. Me siento tan halagada que apenas me lo puedo creer.

Pero sigue siendo demasiado rápido.

—No puedo —digo negando con la cabeza—. Créeme, es tentador, pero no puedo.

Me mira y suspira.

—Bueno, supongo que, en cierto modo, es un alivio. No te ofendas, pero estás horrible. ¿Las manchas son de excrementos?

De pronto me doy cuenta de lo surrealista que es esta situación. Estoy cubierta de excrementos y el chico más codiciado de Gardneria quiere comprometerse conmigo.

Se me escapa una carcajada y miro a Lukas con resignación.

—Pues sí.

Dejo caer la cabeza sobre las manos. Al rato me doy cuenta de que se ha sentado a mi lado y de que tengo su brazo pegado al mío.

—¿Las ícaras te han hecho daño? —pregunta.

Le miro.

—No les di la oportunidad. Me encerré en un armario.

Lukas se ríe. Se endereza y toca la punta de su espada.

—También son fáciles de manejar.

—¿Fáciles de manejar? —¿Está de broma?—. ¡Son monstruos!

—Qué va.

—¡Tienen alas! ¡Y eso significa que tienen poderes! ¡Son peores que los de Valgard!

—Qué va —repite.

Estoy empezando a desesperarme.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Bueno, para empezar, Wynter Eirlllyn desciende de la realeza élfica...

—Me da igual que sea una princesa —contesto con vehemencia—. Eso no cambia el hecho de que quiera matarme.

—Wynter Eirlllyn es inofensiva. —Lukas expone su desacuerdo con mucha tranquilidad—. Tiene casi tanta maldad como yo. —Lukas sonrío—.

Probablemente menos.

Esto es demasiado.

—¿Acaso no crees en tu propia religión?

—La verdad es que no.

Vaya, esto no me lo esperaba.

—¿Y tu familia lo sabe? —le pregunto sorprendida.

—No.

Su sinceridad me alucina.

—¿Por qué me estás explicando esto?

—No lo sé, Elloren —contesta con aspecto de estar exasperado consigo mismo—. Siento la necesidad de ser sincero contigo. La verdad es que no sé por qué.

Aparta la vista y se recuesta en el respaldo del banco con la mirada perdida en la distancia mientras pelea con algún pensamiento privado. Al poco se vuelve con una mirada de resignación en los ojos.

Le miro con el ceño fruncido.

—Si has estado aquí todo este tiempo, ¿por qué no viniste a buscarme después del examen de varita? —Soy incapaz de no hablarle con un tono un poco acusador—. Si hubieras estado conmigo...

—Acabo de volver —confiesa Lukas, a quien parece divertirle mi turbación. Se acerca a mí—. Alguien provocó una pequeña crisis diplomática. A los elfhollen no les hizo ninguna gracia que inicialmente me negara a separarme de ti. —Adopta un tono cortante—. Y a mi padre tampoco. Llegaron a hablar de encarcelarme.

—Oh —exclamo sintiéndome mal por él. Entonces advierto que lleva un uniforme militar diferente y que las franjas del nivel cinco de su manga son más estrechas y están más pegadas entre ellas—. Tu uniforme. Es distinto.

Paso los dedos por las franjas plateadas y me doy cuenta de que ha sido un gesto muy íntimo. Aparto la mano avergonzada.

Cuando por fin me atrevo a mirarle, Lukas está esbozando una sonrisa lenta y seductora y me mira fijamente a los ojos. Levanta un poco el puño y mira el dobladillo.

—Me han degradado temporalmente por el motivo de siempre —dice con voz suave.

Trago saliva.

—¿Y qué motivo es?

Su sonrisa se oscurece.

—Insubordinación. —Me desliza el dedo por el reverso de la mano—. Y como castigo —continúa—, me han obligado a pasar dos meses aquí, entrenando a los cadetes con menos talento de Gardneria.

—Lo siento —murmuro distraída por la lenta y abrasadora forma en que está jugando con mi mano.

Lukas suelta una carcajada, se recuesta en el banco y me mira con divertida especulación.

Respiro hondo.

—Así que crees que Wynter es inofensiva —digo por fin.

—Completamente. Es una artista. Se pasa el día dibujando, esculpiendo y escribiendo poesía. No habla casi nunca. Parece que tenga miedo de su propia sombra. Ariel Haven, sin embargo...

—La demoníaca —digo terminando la frase.

Se ríe, pero yo no le veo la gracia,

—Es muy pesada —continúa—. Deberían haberla ingresado de nuevo en el manicomio de Valgard hace mucho tiempo.

—¿Vuelto a ingresar? —pregunto horrorizada.

—Pasó allí la mayor parte de su infancia.

—Oh, Gran Ancestro...

—Estuvieron a punto de expulsarla el año pasado. Parece que tiene afición por quemar cosas. Y a las personas que la hacen enfadar.

Noto que me pongo pálida.

—Relájate, Elloren. Nadie va a quemarte.

Me lo quedo mirando estupefacta.

—¿Cómo puedes decir eso? He pasado la mayor parte de la noche metida en un armario mientras Ariel grababa insultos y amenazas en la puerta.

—Fue lo que elegiste. La dejaste ganar. Ariel es tan débil y tan inofensiva como Wynter. Solo se lo monta para parecer peligrosa. Y tú te lo has creído.

—¡Llevaba un cuchillo!

—Toma —dice desenvainando la espada para dármela—. Ahora tú tienes uno más grande.

Empujo la espada hacia él.

—No tengo ni idea de cómo utilizar esto.

Lukas vuelve a envainar la espada de un elegante movimiento.

—Probablemente se te dé tan bien manejar mi espada como a Ariel manejar el cuchillo.

—¡Es completamente demoníaca!

—Es posible, pero dudo mucho que le haga daño a ningún estudiante este año. Si lo hace, la arrestarán, la expulsarán de Verpacia y volverán a internarla en el manicomio de Valgard. Le cortarán las alas y la meterán en una celda, donde se pudrirá el resto de su vida. Sería como estar muerta. Ariel lo sabe perfectamente, y la idea la aterroriza. No dejes que te engañe.

—No entiendo por qué el Consejo de Magos no le ha cortado ya las alas y la ha encerrado —me quejo.

—Según el tratado internacional, Verpacia solo está obligada a entregar a los ícaros varones a Gardneria. Por la Profecía.

—Y ella no es ningún varón.

Lukas asiente con resignación.

—El encarcelamiento de las mujeres ícaras sigue siendo voluntario y la decisión la toma la familia de la ícara en cuestión. Por ahora. Hay algunos miembros en el Consejo de Magos que albergan ideas románticas sobre la rehabilitación de los ícaros, pero los están expulsando poco a poco.

—Me alegro. —Niego con la cabeza—. ¿Y por qué la familia de Ariel no la ha ingresado?

—Por su padre. Le dejó las alas para castigar la infidelidad de su esposa. Así la madre de Ariel tiene que enfrentarse al hecho de haber dado a luz a un demonio con alas como resultado de sus malas acciones.

—Qué bonito. —Suspiro—. ¿Y la otra ícara? ¿La elfa?

—Si presentaras alguna queja sobre Wynter Eirllyn a la jerarquía élfica, la desterrarían de las tierras de Alfsigr y no le dejarían volver nunca. Los elfos odian tanto a los ícaros como los gardnerianos. El único motivo por el que no la han desterrado ya es que su hermano la quiere mucho.»

Y hay algo más, algo que puedes utilizar en tu beneficio —me confía Lukas—. Ariel le tiene mucho cariño a Wynter Eirilyn. Cree que es su protectora y no quiere separarse de ella. Así que, como ves, tú tienes toda la ventaja.

Me desplomo en el banco.

—La verdad es que no siento que tenga ninguna ventaja.

—Elloren, aquí no puedes ser débil —me advierte—. Te comerán viva, y más con tu aspecto y tus contactos.

—Pero es que soy débil. No tengo poderes.

Soy una chica de nivel uno sin poderes. Aunque sí que es cierto que sentí algo de poder cuando me hicieron el examen de varita. Algo que procedía de la tierra.

Lukas se queda pensativo un momento.

—Me sorprendió mucho el resultado de tu examen de varita —comenta Lukas encogiéndose de hombros—. Tengo un sexto sentido para estas cosas, y noto algún poder en ti. Sigo pensando que está ahí, quizás solo latente.

—Pero acabas de conocerme —observo sintiéndome vencida y muy poco poderosa.

—Eso no importa —dice negando con la cabeza—. Puedo sentirlo. Lo siento en tu música, y... —Vacila un momento antes de proseguir bajando la voz—. Y lo sentí en tus besos.

Me ruborizo y al recordar aquel beso apasionado, y bajo la vista. Tengo la falda sucia. Está llena de barro y solo el Gran Ancestro sabe qué más. Y me duele la muñeca, la cabeza y la mejilla.

Ahora no es momento de ponerme a pensar en volver a besar a Lukas.

Gimo y entierro la cara en las manos.

—¿Y qué debería hacer, Lukas?

Guarda silencio un momento.

—Las varitas no son las únicas herramientas de poder, Elloren —dice con tono sereno—. Encuentra las debilidades de tus enemigos. Y conviértete en una persona peligrosa.

Equilibrio de poder

Aquella misma tarde, un poco después, me siento mucho más animada al saber que voy acompañada de un mago de nivel cinco con el uniforme completo cuyo padre es el comandante Mayor de la Guardia de Magos gardnerianos.

Después de nuestra conversación, Lukas me ha llevado al apartamento de Aislinn, y ahora estoy limpia y llevo una túnica conservadora encima de una larga falda negra. Tengo más curvas que Aislinn, y mis caderas y mi pecho tiran un poco de la seda negra, pero las prendas me quedan razonablemente bien.

Lukas camina delante de mí por la pequeña despensa que conduce hasta la cocina principal. Se acerca a la puerta y la abre con tanta fuerza que rebota contra la pared, lo que capta la atención de todos automáticamente. Todos guardan silencio y se quedan de piedra cuando entramos, y en sus rostros veo expresiones mucho más intensas y serias que las que vi cuando llegué el día anterior.

El único que mira mal a Lukas es Yvan, que se levanta muy despacio después de llenar una de las cocinas de leña con los troncos que acaba de traer, y se mueve con la misma precaución que uno mostraría ante un depredador.

Es evidente que todos saben perfectamente quién es Lukas.

Hoy no hay ni libros ni mapas sobre la mesa. No hay ninguna niña por allí correteando. Y el aire huele a jabón.

Lukas mira a su alrededor y observa la cocina muy despacio, tomando nota de todos los detalles con sus intensos ojos verdes.

—Buenas tardes —dice al fin, tanto su tono como su postura dejan entrever su desaprobación.

—Buenas tardes, Mago Grey —contesta Fernyllia Hawthorne. Parece muy sorprendida.

Lukas la mira con desdén.

—Me gustaría hablar con Fernyllia Hawthorne, Iris Morgaine y Bleddyn Arterra.

Fernyllia se limpia la harina y la masa de pan de las manos con nerviosismo, tratando de recomponerse antes de acercarse a él. Iris y Bleddyn se acercan lanzándome miradas amenazantes mientras avanzan. Me siento aplastada bajo la fuerza de su odio y miro a Lukas. Él no parece nada impresionado.

—No me gusta andarme por las ramas —comenta Lukas con sequedad —, así que será mejor que vayamos al grano, ¿de acuerdo? Iris Morgaine. Tengo entendido que tus padres siguen siendo granjeros.

Miro a Lukas sorprendida. ¿Adónde quiere llegar con esto?

Iris también parece afectada por el giro inesperado de la conversación y frunce un poco el ceño mirando a Lukas confundida.

—Sí —contesta con recelo.

—¿Y tienen la granja en la frontera con Gardneria? —prosigue Lukas.

—Sí.

—Me parece que está justo al lado del campamento militar de Essex, ¿no?

—Sí.

Todos están igual de confusos. Todos menos Fernyllia e Yvan, claro, pues la primera parece completamente aterrorizada y el otro más enfadado a cada segundo que pasa.

—Estoy convencido de que estarás al corriente de que la ubicación de la frontera en ese punto es un tema de disputa continuo entre tu gobierno y el nuestro —prosigue Lukas.

Iris aguarda en silencio con cara de miedo.

Lukas sigue hablando mientras la mira fijamente.

—Sería una lástima que nuestros militares decidieran requisar las tierras de tus padres. También sería una pena que alguien cometiera un error durante algún ejercicio de entrenamiento y disparara a la granja de tus padres... por accidente, claro. Por suerte esta clase de cosas son muy raras, pero ocurren de vez en cuando.

Iris abre la boca como si quisiera decir algo, pero no le sale ningún sonido.

A Lukas parece divertirle su desconcierto.

Siento una fría incomodidad en la nuca.

—Informaré a mi padre, Lachlan Grey, comandante mayor de las

Fuerzas Militares de Gardneria, de la situación exacta de la casa de tus padres para asegurarme de que no ocurra ningún incidente tan desafortunado.

—Gracias —consigue decir al fin Iris con la voz temblorosa y la seguridad por los suelos—. Gracias, señor.

Lukas asiente satisfecho con su respuesta, y se vuelve hacia Bleddyn.

—Y tú, Bleddyn Arterra. Tu madre trabajaba en las islas Fae.

Bleddyn lo mira entornando los ojos, le palpita una vena de la sien y tiene el rostro y el cuerpo rígidos de la tensión. Es evidente que le gustaría pegarnos y que se está esforzando por controlar la rabia.

—Ha estado enferma, ¿verdad? —la pincha Lukas.

Bleddyn no dice nada, pero se le contrae la comisura del labio y a sus ojos asoma una mirada asesina.

—Sería muy malo para ella que se descubriera que ha estado repartiendo propaganda de la Resistencia entre los demás trabajadores —comenta Lukas con suavidad—. Eso bastaría para que se la llevaran a las islas Pyrran. Y no es fácil sobrevivir allí con tan mala salud. Es posible que a tu madre no le fuera muy bien vivir en un lugar insano como ese.

Empieza a darme vueltas la cabeza y tengo tantos pensamientos contradictorios que me estoy mareando. Las islas Pyrran —una cárcel y campamento de castigo militar— es adonde enviamos a nuestros enemigos cuando terminó la Guerra del Reino.

La cara de Bleddyn es un poema. Lukas esboza media sonrisa, como si fuera un gato que acabara de atrapar a un ratón.

—No tienes de qué preocuparte —le asegura—. Incluso aunque se descubriera que tu madre está relacionada con la Resistencia, estoy seguro de que podrían moverse muchos hilos si su hija demostrara un comportamiento ejemplar después de haber conseguido un permiso de trabajo tan generoso del gobierno de Gardneria. ¿Estoy hablando claro?

—Sí —carraspea Bleddyn con la voz casi inaudible.

Lukas inclina la cabeza hacia delante como si no la hubiera oído bien.

—Sí, ¿qué? —pregunta.

La chica parece apretar los dientes un momento.

—Sí, señor —consigue decir al fin.

Lukas sonrío.

—Eso está mejor.

Me quedo mirando a Lukas con la boca abierta, asombrada y preocupada por la forma tan despiadada y eficiente con la que está dejando claro el poder

que tiene sobre ellas.

Lukas se vuelve hacia Fernyllia.

—Y usted, señora Hawthorne. Usted tiene una nieta aquí, ¿no?

Justo en ese momento se abre la puerta y la pequeña niña urisca, Fern, entra en la cocina riendo y con el enorme gato gris de la cocina entre sus pequeños brazos. Percibe la tensión inmediatamente y se le borra la sonrisa. Suelta el gato y se esconde detrás de las faldas de su abuela mientras nos mira muy nerviosa. Por un momento, Fernyllia parece desolada.

Me carcome la culpabilidad.

«Pero ellas te pegaron —me recuerdo—. Te pegaron y te amenazaron. Y Fernyllia no hizo nada para detenerlas.»

—Por favor, señor —suplica Fernyllia—. La niña solo está aquí porque su madre está enferma. Le dije que no entrara en la cocina, que no molestara a los trabajadores...

Lukas esboza una sonrisa benigna.

—Relájese, señora Hawthorne. La niña puede quedarse. Estoy seguro de que les es de utilidad en la cocina, y estoy dispuesto a pasar por alto su presencia.

Fernyllia suelta un suspiro y agacha la cabeza con actitud sumisa.

—Gracias, señor. Es usted muy amable...

—No, no se equivoque —contesta Lukas—. No soy amable en absoluto. Una niña como ella, con esas manos tan pequeñas y ágiles como las suyas, sería una trabajadora muy útil en las islas Fae.

La pequeña Fern empieza a sollozar, mira a su abuela con desesperación y le tira de la falda mientras suplica aterrorizada en urisco.

Fernyllia no le quita los ojos de encima a Lukas, parece que esté mirando a algún animal salvaje.

—Silencio, Fern —espeta.

Fern, probablemente sorprendida del áspero tono que ha empleado su abuela, acalla el timbre de sus sollozos.

Lukas los mira a todos con una expresión dura e implacable.

—Quiero dejar las cosas muy claras —empieza a decir—. Si Maga Gardner vuelve a tropezar o choca contra una cazuela o, accidentalmente, se vierte agua hirviendo encima o incluso se raya el zapato, me ocuparé personalmente de que esta niña suba al próximo barco que salga con destino a las islas Fae. ¿Hay algo que no haya quedado claro?

Mira de nuevo a Fernyllia, que ahora le está mirando muy seria pero sin

rastros alguno de miedo.

—No —contesta Fernyllia—. No, señor. Me parece que todos le hemos entendido perfectamente.

Lukas asiente.

—Bien. —Se vuelve hacia mí y suaviza la expresión—. Elloren, vendré a buscarte cuando termine tu turno. Estoy seguro de que hoy tendrás una jornada laboral mucho más agradable.

—Gracias —le digo con la voz estrangulada.

Observo cómo se marcha y me siento mareada y con la cabeza hecha un lío.

Fern está llorando, tiene la cara pegada a la falda de su abuela y se aferra a ella con sus minúsculos puños.

—No dejes que vuelvan a llevarme —gimotea muy triste mientras Fernyllia, que parece abrumada y distraída, intenta tranquilizarla acariciándole la cabeza con su mano arrugada.

—Cálmate, nadie va a llevarte a ninguna parte. —Fernyllia se vuelve hacia mí con la bruma del miedo todavía reflejada en el rostro, se le nota por mucho que se esfuerza por mostrarse agradable—. Maga Gardner, pareces cansada. ¿Por qué no te encargas de poner el glaseado a las tartas de especias que están allí?

Asiento en silencio y me acerco a las bandejas de pastelillos con un nudo en el estómago mientras todos los demás se dedican a hacer tareas mucho más duras en silencio.

Nadie vuelve a mirarme a los ojos durante el resto del turno.

Excepto Yvan.

Cada vez que trae un hatillo de leña para alimentar el fuego, lo mete en el horno, cierra con fuerza la puerta de hierro y me fulmina con una mirada tan punzante como los cuchillos de la cocina.

Me desarmo bajo su mirada hostil y me siento todavía más avergonzada cuando se llevan a Fern de la cocina. Todo el mundo me mira con mucha preocupación.

Pongo una montaña de glaseado pegajoso encima del pastel y lo extiendo con los ojos llenos de lágrimas.

Habría preferido que Lukas no amenazara a todo el mundo de esa forma tan despiadada, en especial a la niña. Preferiría que no hubiera amenazado con hacer daño a sus familias.

La repugnante culpa que siento tensa mis movimientos y no consigo

olvidar los sollozos de Fern.

Pero ¿qué alternativa tenía? ¿Dejar que me intimidaran? ¿Dejar que me patearan, me abofetearan y me amenazaran con más violencia? No, si ahora me tienen miedo, han sido mejor las amenazas.

Puede que yo no tenga poderes, pero soy la nieta de Carnissa Gardner, la sobrina de Vyvian Damon y me he ganado los favores de Lukas Grey.

Durante el resto del turno intento aferrarme al miedo y la rabia para animarme y justificar las acciones de Lukas, pero no consigo reprimir la repugnante culpabilidad que siento. Y me esfuerzo para no mirar a nadie a los ojos durante el resto del turno.

En especial a Yvan.

Enfrentamiento

Cuando termina mi turno, me marchó sin despedirme de nadie y nadie se despide de mí.

El espacioso comedor que queda al otro lado de la cocina está lleno de estudiantes, profesores y grupitos de cadetes sentados a sus mesas, rodeados por un murmullo de conversaciones que resuenan por el pasillo, los golpes metálicos de la vajilla de plata y los cucharones crean un eco de ruidos.

Está atardeciendo y la corriente de peatones que pasan junto a las ventanas se va difuminando hasta que se convierten en una hilera de siluetas oscuras. Una de las trabajadoras uriscas se afana en encender las antorchas de las paredes y los candiles de las mesas.

Escudriño la estancia preocupada tratando de localizar el rostro de Lukas.

Y entonces veo a las ícaras.

Están sentadas en la otra punta del comedor y las mesas que las rodean están desiertas, como si los demás estudiantes las evitaran a propósito.

Mis compañeras de piso: Ariel Haven y Wynter Eirlllyn. La noche anterior no conseguí verlas muy bien, pero sé que tienen que ser ellas.

Wynter se parece mucho a las camareras elfas que se pasean por el comedor. Tiene los mismos ojos plateados y la melena blanca decorada con trenzas minúsculas, la piel pálida, estilizadas orejas puntiagudas y viste prendas de color marfil. Pero al contrario que las demás, ella lleva las elegantes prendas modificadas en la espalda para abrir espacio a sus enjutas alas negras. Se sienta un tanto encorvada, rodeándose el cuerpo con las alas como si fueran una manta.

Parece débil y triste.

Sin embargo, Ariel parece salida de una pesadilla. La ropa que viste desafía por completo el código de vestimenta gardneriano. En lugar de llevar una túnica viste una camiseta negra ajustada con unos cordones que le

recorren la espalda de arriba abajo. Estos dejan espacio para las alas, que están andrajosas y rotas, lo que la hace parecer un cuervo que hubiera escapado de las garras de algún depredador. Viste pantalones, como si fuera un chico, y unas enormes botas toscas, y lleva el pelo negro muy corto, cortado de cualquier manera, grasiento y peinado de punta. Lleva los ojos pintados de negro, lo que hace que sus pálidos ojos verdes parezcan casi tan blancos y desalmados como los de los ícaros de Valgard. Al contrario que Wynter, que tiene las alas gachas y plegadas a la espalda con discreción, Ariel parece exhibirlas agitándolas con actitud amenazadora. Está en cuclillas, como si pretendiera esquivar algún golpe, y contempla el comedor entornando los ojos con rabia.

Ahí están. Mis atormentadoras. Ahí sentadas, comiendo pastel de especias.

De pronto lo recuerdo todo: el demoníaco espectáculo de Ariel, los arañazos en la puerta, el terror que sentí cuando pensé que estaba a punto de morir.

Quizá Lukas haya sido demasiado duro con los trabajadores de la cocina, pero estas criaturas... ellas se merecen todo eso y más.

La ira se apodera de mí y me olvido del miedo.

Aprieto los puños, cruzo el pasillo lateral directamente hacia su mesa y les quito el pastel. Las dos me miran con los ojos asombrados.

—¡Las moradoras del infierno no pueden comer tarta! —digo con el corazón acelerado.

Ariel se pone de pie de un salto y le veo los brazos, salpicados de cicatrices que parecen marcas recientes de cuchillo. Arruga la cara esbozando una mueca aterradora y se lanza a por el pastel.

La esquivo muy rápido y ella pierde el equilibrio, choca contra la mesa y los platos y la comida sale volando por todas partes. Wynter levanta las manos para protegerse de la comida y la bebida mientras a nuestro alrededor brotan exclamaciones de sorpresa.

—¿Qué está pasando aquí? —quiere saber una autoritaria voz masculina a mi espalda.

Me doy media vuelta y me encuentro de frente con un profesor vestido con su toga verde, un hombre celta con el pelo moreno despeinado y gafas.

Por un momento el profesor abre los ojos muy sorprendido.

El parecido con mi abuela. Eso es lo que le ha dejado tan asombrado. Lo

veo en sus ojos.

El silencio se ha apoderado del gigantesco comedor, solo se oyen algunos susurros asombrados, casi todo el mundo nos está mirando.

Ariel, que ahora está manchada de comida y bebida, se separa de la mesa y me señala con el dedo.

—¡Nos ha quitado la comida!

La sorpresa del profesor se torna en preocupación y apenas consigue ocultar su ira.

Me fulmina con la mirada.

—¡Devuélvele la comida a esta estudiante!

¿A la estudiante? ¿En serio?

—No —me niego apartándome de él al tiempo que protejo las raciones de tarta—. ¡No voy a permitir que se pase toda la noche aterrorizándome y después se coma el pastel que yo he glaseado!

El profesor se vuelve hacia Ariel, que no deja de agitar sus alas agujereadas. La mira con recelo.

—¿De qué va todo esto, Ariel?

¿Ariel? ¿Es que se tutean?

—¡No es culpa mía! —aúlla Ariel—. ¡Se presentó en nuestro piso ayer por la noche, dijo que ella no podía alojarse con dos ícaras asquerosas y se encerró en un armario! ¡Intenté convencerla para que saliera, pero no dejaba de gritar que ella era gardneriana, la nieta de Carnissa Gardner y que no podía relacionarse con ícaros, elfos ni celtas! ¡Decía que mancillaríamos su sangre pura! No dejaba de repetir que los gardnerianos son una raza superior y que todos los demás somos seres inferiores malignos, ¡y que ella era la próxima Bruja Negra!

La conmoción y la rabia me dejan paralizada un segundo.

El profesor celta se vuelve hacia mí con una extraña y dolida expresión que enseguida se vuelve dura.

—¡Eso es mentira! —grito mientras Ariel olvida su cara de víctima traumatizada detrás del profesor y esboza una mueca oscura y calculadora—. ¡Ella me persiguió! ¡Me aterrorizó! ¡Tuve que esconderme en un armario! ¡Y después pasó gran parte de la noche arañando la puerta con un cuchillo!

El profesor vuelve a mirar a Ariel con aire reflexivo, después me mira otra vez a mí con frialdad y aprieta los labios.

He perdido. Claro que está de su parte. Es celta.

—Maga Elloren Gardner —ordena tensando el rostro como si le doliera

pronunciar mi nombre. No me sorprende que sepa mi nombre. Todo el mundo lo sabe—. Devuelve la comida a estas estudiantes.

Qué injusticia.

—¡Vale! —aúllo lanzando el pastel en la mesa con tanta fuerza que rebota, salta de los platos y se suma al destrozo general.

—Gracias, profesor Kristian —dice Ariel poniendo ojitos de cachorrito.

Me dan ganas de pegarle.

—Elloren, ¿ya ha terminado tu turno? —oigo preguntar a una voz familiar por detrás de mí.

Me vuelvo y veo que Lukas se está acercando a mí.

Mira al profesor Kristian y a las ícaras con desdén, después vuelve a mirarme a mí, lleva colgada la espada y la varita en un costado. Me pongo derecha y aprieto los dientes con actitud desafiante.

Bien. Ahora tengo refuerzos. De verdad. Un mago de nivel cinco. No un inútil profesor celta que está demasiado dispuesto a creerse las mentiras de dos ícaras en lugar de a mí.

Me vuelvo hacia el profesor Kristian, que le ha lanzado una mirada gélida a Lukas, y siento una pequeña punzada de victoria.

Lukas me tiende el brazo. Lo acepto y me marchó sin mirar atrás.

Recorro la mitad del camino hasta la Torre Norte con Lukas, y nos paramos en una pequeña arboleda en medio de un patio.

Me apoyo en el tronco de un árbol y noto el contacto de la corteza fría en las manos. Cierro los ojos, respiro hondo y dejo que la madera del árbol me relaje.

«Mmmm. Arce azucarero.»

El bosque me pone nerviosa, pero los árboles sueltos, aislados, me tranquilizan, me relajan tanto como el agua en calma.

Cuando abro los ojos, Lukas me está mirando atentamente, con la cabeza ladeada, también tiene la mano apoyada en el árbol y frota la corteza con languidez.

—¿Las sientes? —me pregunta—. ¿Las raíces?

Trago saliva. Se supone que no debo hablar de estas rarezas mías. Pero es evidente que Lukas también las siente.

—Son muy profundas —contesto con recelo.

Me sonrío.

—Mmmm.

—Gracias —le digo acariciando la corteza y sintiendo la rigidez del

tronco a mi espalda—. Has sido... has sido un buen amigo.

Me mira con descaro y sonrío.

—Sí, bueno. Tengo mis motivos.

Pongo los ojos en blanco y suspiro. Él suelta una carcajada y no puedo evitar sonreír.

Pero sigo sintiéndome un poco incómoda.

—Lukas... —le digo con recelo.

Lukas se inclina en el recio tronco del árbol y en la empuñadura de su espada se refleja la luz de un candil.

—¿Mmmm?

Me mira con una expresión indescifrable y veo el suave brillo de su piel a pesar de la oscuridad.

—¿Era necesario amenazar a la niña?

Entorna los ojos.

—Solo les he hecho un favor, Elloren. —Echa un rápido vistazo a su alrededor para comprobar que estamos solos y después, cuando ve que lo estamos, se vuelve hacia mí y baja la voz—. La niña está aquí ilegalmente.

Tienen que esconderla mejor.

—Ah —digo sorprendida—. No había pensado en eso.

Pero ¿qué hay de la amenaza a la familia de Iris y a la madre enferma de Bleddyn? Está claro que en ese momento no le estaba haciendo ningún favor a nadie.

—Elloren, tienes que elegir de qué lado estás —me aconseja negando con la cabeza—. Siempre ha sido así. Y siempre lo será. Dominar o ser dominada. Esas son tus opciones. Ya has visto lo que te ha pasado cuando todo el mundo pensaba que no te defenderías, que no podías defenderte. ¿Tuvieron alguna compasión?

Tiene razón. Claro que tiene razón. Pero no consigo olvidar el llanto de aquella niña.

—Es que la pobre tenía tanto miedo de que volvieran a llevarla a las islas

Fae...

Las islas forman parte de Gardneria desde la Guerra del Reino. Dejamos que los uriscos se fueran a vivir allí y les proporcionamos casas y trabajo. ¿De qué tenía tanto miedo Fern?

Me siento avergonzada de haber tenido algo que ver con su miedo. Me viene a la cabeza la afilada mirada acusadora que me lanzó Yvan.

Me siento intranquila y me rodeo con los brazos para darme calor, la brisa fría del otoño ya flota en el aire.

Lukas me mira pensativo.

—Las islas Fae son una colonia de trabajo, Elloren. Y se espera que los uriscos trabajen. Bastante duro. Pero no puedes perder la perspectiva: las mujeres uriscas están mejor ahora que cuando sus hombres estaban al mando, o incluso que cuando los gobernaba Sidhe Fae.

—Aun así.. parece que los traten... mal.

A Lukas parece molestarle un poco mi observación.

—¿Y cómo nos trataron a nosotros los uriscos o los fae o los celtas cuando dominaban estas tierras?

Ya conozco la respuesta a eso. Peor. Nos trataron mucho peor.

Los fae sometieron a los uriscos, y después, los celtas sometieron a los fae y sumieron a todo el mundo en lo que pareció un ciclo infinito de guerras y violencia. Y a lo largo de todos aquellos años, mi pueblo sufrió la opresión y el maltrato de las tres razas.

Hasta hace poco.

—Quizá ni a ti ni a mí nos gustara trabajar en los campos de trabajo de las islas Fae —continúa Lukas—, pero créeme, es bueno para ellos.

—Supongo que no tengo la información suficiente para entenderlo —admito.

Me queda mucho que aprender de las distintas culturas. De cómo funciona el mundo.

—Ya aprenderás —me asegura—. A su debido tiempo. —Mira a su alrededor, cada vez está más oscuro—. Se está haciendo tarde. —Se vuelve hacia mí—. Y tienes que ir a enfrentarte a tus ícaras.

Se me hace un nudo en el estómago al pensar en más enfrentamientos.

—¿Lukas? —le pregunto con timidez levantando la cabeza para mirarle.

Él alza una ceja con actitud inquisidora.

—¿Todavía te sientes aliviado de no tener que comprometerte conmigo?

En su atractivo rostro se dibuja una sonrisa serena. Me mira de arriba abajo.

—No, no me siento aliviado —dice con suavidad—. Ahora que ya no estás sucia, creo que es una lástima que no estemos comprometidos.

Trago saliva y me arde la cara. Lo tengo muy cerca. Dejo deslizar la mirada por su pecho hasta la impecable varita que lleva prendida a la cintura. Recuerdo la bola de hielo de Fallon.

—Hazme una demostración —le digo señalando la varita—. Demuéstrame tus poderes.

Mientras me mira esboza una lenta sonrisa. Coge la varita con agilidad. La sujeta con suavidad, da un paso atrás y me señala con ella, murmura unas palabras en la Lengua Antigua, respira hondo y se estira, como si estuviera extrayendo el poder de sus pies.

De la punta de la varita salen unas líneas negras que se acercan a mí.

Jadeo cuando las veo enroscarse alrededor de mi cuerpo. Al principio siento una presión débil, como si me hicieran cosquillas, como un juego.

Y entonces aprietan.

Me resulta imposible resistirme cuando noto que las líneas se me enroscan con fuerza a la cintura, a los brazos y las piernas. Sentirme completamente a su merced me resulta excitante y desconcertante al mismo tiempo. Lukas tira de mí y mis pies resbalan por la hierba hasta que estoy justo delante de él. Y entonces agita la muñeca y las líneas negras se disipan mientras me rodea con los brazos.

—Es increíble —susurro asombrada.

Lukas sonrío y me besa.

Cuando Lukas me acompaña hasta la Torre Norte ya es tarde.

Me lo quedo mirando mientras se marcha y observo cómo cruza el campo en dirección a las luces brillantes de la ciudad universitaria con la capa agitándose a su espalda como si se tratara de un par de alas negras.

Levanto la mano y me toco la boca sin darme cuenta, todavía tengo los labios calientes e hinchados de sus apasionados besos. Pero mi arrebato empieza a esfumarse en cuanto Lukas desaparece de mi vista.

Presa de una resolución oscura, respiro hondo, me doy media vuelta y entro en la torre.

Cuando entro en mi habitación la estancia está oscura y ellas ya están allí esperándome. Veo la silueta de Ariel acucillada debajo de la ventana igual que la noche anterior. Wynter está acurrucada en su cama, con aspecto de querer estar en cualquier parte menos donde está, y sus ojos plateados asoman rebosantes de pánico por encima de sus alas.

El miedo de Wynter me hace dudar un momento.

«Ya basta —me digo—. No son niñas uriscas. Son demonias ícaras.»

Ignoro a Ariel y me acerco al candil que hay encima de una de las mesas. Lo enciendo con un pedernal y las piedras élficas producen una llama en cuanto las froto.

La habitación queda envuelta en un inquietante brillo rojizo, y Ariel parece todavía más demoníaca. Se acerca lentamente a mí, quizá esperando que yo reaccione de la misma forma que la noche anterior. Me vuelvo hacia ella, apoyo la mano en la mesa y la miro con tranquilidad intentando controlar la rabia que me arde dentro y el temblor de mis manos.

—Sería una pena que la chica gardneriana se quemara mientras duerme — susurra Ariel enderezándose y desplegando sus destrozadas alas negras. Da otro paso amenazador en mi dirección—. Las quemaduras son muy dolorosas. Me pregunto cuánto tiempo pasaría gritando. Cuánto tarda en morir una gardneriana...

Cuando Ariel se abalanza sobre mí sin que yo lo espere, reacciono de forma inconsciente. Me la quito de encima con tanta fuerza que se cae al suelo.

Me sorprende verla ahí. Jamás había empujado a nadie en mi vida y mi reacción violenta me asusta por un momento.

Ariel sisea mirándome con los ojos entornados.

—¡Déjame en paz! —le advierto golpeándome con el poste de la cama al apartarme de ella—. Si te acercas a mí informaré al Consejo de Magos. Volverán a internarte en el manicomio, que es donde deberías estar, y te cortarán esas alas asquerosas que tienes. ¡Pasarás el resto de tu vida pudriéndote en una celda vacía volviéndote más loca de lo que ya estás! — ¡Adelante, gardneriana! —aúlla con toda la malicia que puede—.

¡Valdrá la pena con tal de oírte gritar!

—¡También acudiré a los elfos! —grito señalando a Wynter—. ¡Les diré que Wynter Eirlllyn también me atacó!

—¡Ella no será quien te ataque! —grita Ariel mientras Wynter deja escapar un quejido y se acurruca en la cama—. ¡Lo haré yo!

—¡No lo sabrán! —la amenazo—. El profesor celta te ha creído a ti, pero ellos me creerán a mí.

Cuando entiende lo que estoy diciendo, su intento de parecer amenazante se viene abajo y se transforma en horror, y deja caer las alas.

Me tiene miedo. Tal como dijo Lukas que ocurriría.

—Necesito una cama —exijo aprovechando nerviosa la ventaja que he conseguido, y señalo la cama que tengo detrás.

Ariel se acerca a la cama y se lleva sus cosas, descarga su agresividad sobre sus pertenencias y las lanza con rabia en la cama que hay junto a la de Wynter mientras murmura por lo bajo todo el tiempo.

Se vuelve hacia mí con el ceño fruncido.

—Quizá puedas evitar que te machaque, gardneriana —me advierte—, pero no puedes evitar que te odie.

—¡El sentimiento es mutuo! —digo.

Quito las sábanas de Ariel de la cama asqueada ante la idea de dormir encima de algo que haya tocado la piel de un ícaro, y se las lanzo con rabia. Después voy a buscar mis cosas al armario de la entrada y las dejo junto a mi nueva cama. Cojo mi pluma y un trozo de pergamino enrollado, me siento a mi escritorio y coloco las cosas de escribir en la mesa.

No me siento poderosa, a pesar de lo que pueda decir Lukas. Me siento pequeña, asustada e intimidada. Y noto las miradas de esos demonios.

Empiezo a escribir con los ojos llenos de lágrimas.

Querida tía Vyvian:

Por favor, deja que me traslade a otro piso. Ya sé que intentas hacer lo que consideras mejor para mí, y agradezco tus buenas intenciones, pero las ícaras me asustan y son peligrosas, más de lo que creo que puedas haber imaginado.

Acepto que Lukas Grey me corteje con el propósito de comprometerme con él. Jamás me he cerrado a esa posibilidad. Ya sé que eso no es exactamente lo que quieres, pero por favor, tía Vyvian. Por favor no me dejes aquí con estas criaturas horribles. Te lo suplico.

Tu leal sobrina,

Elloren

Seco la tinta, doblo el pergamino y lo sello con un poco de cera, después apago el candil.

Esa noche, después de llorar hasta quedarme dormida, sueño que estoy lejos de la Torre Norte. En mi sueño soy fuerte y feroz, y todo el mundo me tiene miedo.

Me llamo Maga Carnissa Gardner.

Estoy cerrando una enorme jaula metálica en un calabozo oscuro, y llevo una pesada argolla de llaves negras en la mano. La única claridad procede de una tenue piedra de luz élfica que cuelga de la pared y proyecta un brillo verde pantanoso sobre la escena.

En la jaula hay ícaros: Ariel, Wynter y los ícaros de Valgard. Iris, de la cocina, también está dentro, y Bleddyn Arterra.

Oigo un fuerte crujido cuando los ganchos metálicos de la jaula encajan. Estoy a punto de darme la vuelta aliviada de saber que están todos

encerrados, cuando percibo el llanto de una niña. Miro hacia el fondo de la jaula. La pequeña Fern y la selkie de Valgard están encogidas de miedo en el suelo. La selkie me mira con sus ojos de océano llenos de tristeza.

Le hago señas para que se acerque y vuelvo a meter la lave en la cerradura.

—Vosotras dos podéis salir —les digo mientras me peleo con la llave, me está costando mucho abrir la cerradura.

La selkie no se mueve. Sigue ahí, en el suelo, abrazando a la niña, que está llorando.

—Es demasiado tarde —dice con tristeza—, ya la has cerrado.

Empiezo a sudar, las demás criaturas de la jaula han desaparecido y ya solo quedan la selkie y la niña urisca.

—No puede ser demasiado tarde —insisto esforzándome para abrir la cerradura.

Pero no hay forma.

«Es un error. Todo es un error.» Oigo un ruido a mi espalda y me doy la vuelta.

Un vigilante, posado sobre un saliente de piedra; veo brillar sus alas blancas iluminadas por la luz verde. Tiene los ojos de pájaro llenos de tristeza.

Me vuelvo de nuevo hacia la selkie y la niña.

—No es demasiado tarde —insisto—. Voy a sacaros.

Sigo peleándome con la cerradura durante el resto de la noche, pero por mucho que lo intento no consigo abrirla.

Los gardnerianos

La mañana siguiente me despierto cuando oigo que alguien llama a la puerta.

Me levanto sobresaltada y aterrorizada. Miro a mi alrededor con el corazón desbocado y muy desorientada. Reculo un poco al ver a Ariel, despatarrada en su cama, y a Wynter, hecha un ovillo bajo su colcha salpicada de manchas. —¿Elloren?

Cuando reconozco la voz de Rafe al otro lado de la puerta es como si todo en el mundo se hubiera puesto en su sitio. Me levanto de la cama de un salto, salgo corriendo al pasillo y abrazo a mi hermano.

Rafe se ríe y se tambalea hacia atrás. Recupera el equilibrio enseguida y me abraza con fuerza.

—Tú sí que sabes ponerte en marcha de buena mañana, ¿eh? —comenta con una sonrisa de oreja a oreja.

Yo me río y lloro al mismo tiempo, encantada de volver a estar con alguien de mi familia. De pronto las cosas no parecen tan terribles.

Se le borra la sonrisa en cuanto ve el moretón que tengo en la cara. Levanta la mano y me toca la mejilla con delicadeza.

—¿Te ha visto algún médico?

Niego con la cabeza con la mejilla pegada a su mano.

—Estoy bien. Ahora mejor. —Miro por encima de su hombro por el estrecho pasillo—. ¿Dónde está Trystan? ¿Y Gareth?

—Abajo —dice—. Aislinn y Echo están con ellos.

—Me han alojado con ícaras —le digo en voz baja y con mucha cautela. Hago señas en dirección a la puerta que tengo detrás.

Mi hermano asiente con seriedad.

—Aislinn y Echo nos lo han explicado todo.

Me limpio las lágrimas y esbozo una sonrisa temblorosa.

—Me alegro mucho de que estéis aquí.

—Ve a vestirte —me apremia Rafe estrechándome el brazo con afecto

—. Estás pálida. Tienes que comer algo.

La sombría estancia gris resulta sobrecogedora a la luz del día. Esta muy sucia y huele mal, como los ícaros de Valgard: es un hedor agrio y podrido. Y las ícaras están despiertas.

Ahora Ariel está en cuclillas en una esquina, quieta como una gárgola, y me observa con cautela con sus ojos rasgados. Wynter está sentada en el alféizar de la enorme ventana circular y tiene las delgadas alas negras plegadas alrededor del cuerpo; solo asoma su cabeza, como si fuera una tortuga enorme.

Parecen agitadas y hundidas.

Han estado viviendo casi como animales. La chimenea está hecha un desastre y hay ceniza por todas partes. La habitación está llena de prendas desgarradas de ropa negra, libros y toda clase de pertenencias andrajosas. El suelo está salpicado de excrementos de pájaro, y miro hacia arriba para comprobar si en el techo o por las vigas hay algún rastro de vida aviar, pero no consigo ver nada.

La cama que me he quedado está pegada a la pared izquierda, al lado de la entrada a un pequeño aseo y retrete. Las camas de Ariel y Wynter están puestas de cualquier manera contra la pared contraria, flanqueando la chimenea. Los muebles son una variopinta mezcla de piezas viejas y destrozadas. No hay alfombra en el suelo y tampoco tapices en las paredes que nos protejan del fresco invasor del otoño. Por la noche he tenido que taparme con mi capa de invierno y con la colcha de mi madre para dormir medianamente caliente.

Es casi como vivir en una cueva de la montaña.

Supongo que este viejo puesto para arqueros era un lugar perfecto para mantener alejados a los ícaros del resto de estudiantes, en especial de los gardnerianos, para quienes establecer contacto con uno de esos seres alados es un símbolo de contaminación espiritual.

Por lo visto a mi tía le da igual lo mucho que pueda contaminarse mi alma mientras transija y me comprometa con Lukas Grey.

Busco entre las pertenencias que metí en mi arcón de viaje y saco uno de los elegantes conjuntos gardnerianos que me compró mi tía: una brillante túnica ónice y una falda larga. El resentimiento que siento hacia Vyvian no eclipsa el hecho de que, en un día, me he visto obligada a aprender a qué personas debo ser fiel. Tengo que ser fuerte y parecerlo. He vivido en primera persona cómo son realmente los uriscos, los ícaros y los celtas. Me

consideran una enemiga, y yo necesito tener aliados en contra de ellos: aliados gardnerianos. Y tengo que parecer poderosamente gardneriana.

Las palabras de Lukas me resuenan en la cabeza: «Dominar o ser dominada».

Me aseo rápidamente, me visto, me cepillo el pelo y me maquillo. Me miro en el espejo del pequeño lavabo, lleno de arañazos. A pesar de los moretones que tengo en la cara, de estar pálida y de tener ojeras, me siento bien con esa ropa tan elegante.

Igual que mi abuela.

Me detengo un momento en la habitación, recojo mis libros y mis documentos y los meto en la mochila. Mientras lo hago miro a las dos ícaras con recelo sintiendo el peso de la hostil mirada de Ariel. Entonces ella se fija en el estuche de mi violín y yo la miro entornando los ojos con desconfianza.

Hice ese violín con mis propias manos, no pienso dejarlo aquí con Ariel. Cojo el asa del estuche y decido que, de momento, lo guardaré en otro sitio, y me alejo a toda prisa de mi asquerosa habitación y de mis asquerosas compañeras.

Trystan, Gareth, Echo y Aislinn están esperándome en la puerta con Rafe. He pasado de estar completamente sola a estar rodeada de personas que me apoyan.

Es una gran mejora.

Los campos están cubiertos de gélido rocío, y en las gotitas se refleja el sol de la mañana y parece que hubiera un millón de espejos minúsculos que proyectan un brillo plateado sobre la hierba. Gareth está apoyado en Trystan, tiene la pierna entablillada y vendada, y el mechón plateado de su pelo brilla tanto como el rocío.

Corro hacia Trystan, que viste su túnica militar de color gris con las cinco franjas plateadas en la manga. Me rodea con un solo brazo.

—¿Estás bien, Ren? —pregunta mirándome a los ojos.

Asiento con valentía mientras el gélido viento que se está levantando me agita la melena. Estiro la mano para abrazar a Gareth y él me devuelve el gesto con calidez y me da un beso en la cabeza.

—Estábamos muy preocupados por ti —confiesa con la boca pegada a mi pelo.

Me río pegada a la lana rasposa de su capa.

—Y yo por ti. ¿Cómo tienes la pierna?

Sonríe y después esboza una mueca de dolor cuando una fuerte ráfaga de

viento impacta contra nosotros y por poco lo tira al suelo. Trystan se esfuerza por sostenerlo.

—Me parece que tardaré un poco en ir a mi próximo baile —contesta Gareth con ironía—, pero el médico me ha dicho que estaré bien para mi traslado dentro de algunas semanas.

—Habríamos subido —me informa Echo con seriedad levantando la voz para hacerse oír por encima del viento—, pero queríamos evitar a las ícaras. —Levanta la vista hacia la torre con preocupación—. Deberías venir a la ceremonia de la noche con Aislinn y conmigo, Elloren. El sacerdote puede exorcizar su mal.

Niego con la cabeza un tanto afligida.

—Vivo con ellas, Echo. Absorberé su mal cada día que pase. A este paso necesitaría un ejército de sacerdotes.

Recuerdo como me exorcizaron en Valgard. Como murmuraban sus cánticos y aquel olor a incienso. Y lo asustada que estaba.

Y a Vogel.

Entorno los ojos para mirar hacia la Torre Norte, que asoma por encima de nosotros, la luz del sol es tan brillante que blanquea sus muros. Cuando nos marchamos, el viento cambia de dirección y una áspera brisa golpea la firme piedra de sus muros.

El comedor está hasta los topes. Las trabajadoras uriscas sirven distintas variedades de gachas, panes y quesos, hay mesas de madera llenas de comida. Dentro huele a té, sidra caliente, castañas asadas y cereales con frutos secos.

Pongo la capa encima de un banco y dejo la mochila y el violín. Es un alivio estar en un sitio tan calentito después de haber pasado tanto frío por la noche y del aire tan fresco de la mañana. Me caliento las manos en una de las muchas estufas que hay repartidas por la estancia y cuyas tuberías serpentean entre las vigas bajas del techo. El calor que irradia la estufa me alivia la tensión de los músculos y me va calentando los huesos poco a poco.

La mayor parte de los estudiantes que llenan el comedor están separados por razas, y se ven pequeños grupos de gardnerianos, verpacianos, elfhollen, elfos y celtas repartidos por las mesas, algunos visten los uniformes militares de sus respectivos países. Veo a Fernyllia colocando unas cestas de rollitos, y al mirarla siento una punzada de incomodidad.

Trystan ayuda a Gareth a sentarse y le coloca la pierna entablillada sobre un banco mientras Rafe va a buscar la comida para todos. Yo me siento junto a Aislinn, con la estufa a la espalda, y me sorprende ver que Echo se queda

de pie.

—¿No vas a sentarte con nosotros? —le pregunto.

Mira a Gareth un tanto incómoda y aprieta con fuerza el librito encuadernado en piel que lleva en las manos.

—No... puedo. Tengo que marcharme. —Mira hacia la otra punta del comedor, hacia un grupo de mujeres gardnerianas vestidas con tanto remilgo como ella—. Me alegro de que hayas encontrado a tu familia, Elloren.

Se le borra la sonrisa y le lanza una sonrisa hostil a Gareth antes de marcharse.

Se me encoge el corazón. Ya sé de qué huye Echo.

De la mecha plateada del pelo de Gareth.

Echo se une a la pandilla de jovencitas y, automáticamente, todas se acercan unas a otras para susurrar entre sí y mirar a escondidas y con desaprobación a Gareth, que por suerte está distraído mirándose la pierna entablillada.

Trystan me lanza una dolida mirada cómplice.

Lamento mentalmente los prejuicios de Echo. Gareth es gardneriano. ¿Qué más da que tenga una mecha plateada en el pelo? Es uno de los nuestros.

—Tu amiga está aquí —susurra Aislinn alejándose de mis pensamientos. Percibo cierta advertencia en su tono.

Sigo la dirección de su mirada y veo a Fallon entrando en el comedor rústico flanqueada por sus hermanos y cuatro soldados gardnerianos armados.

Las patas de las sillas de madera rozan el suelo de piedra al unísono cuando todos y cada uno de los cadetes gardnerianos del comedor, salvo Trystan, se levantan para mostrar su respeto y se llevan los puños al pecho a modo de saludo.

La observo con atención entornando los ojos.

«Adelante, Bruja Negra —pienso frunciendo el ceño—. Intenta algo ahora que mis hermanos están aquí. Trystan es un mago de nivel cinco. Igual que tú.»

Fallon y Sulus Bane llevan el uniforme gris de los cadetes, pero Damion viste el uniforme negro de los soldados.

—¿Cómo es su hermano mayor? —le pregunto a Aislinn.

Aislinn me lanza una mirada de advertencia.

—¿Damion? Hace que Fallon parezca una gatita. —Aislinn los observa con recelo mordiéndose el labio—. Le gusta hacer daño a la gente.

Observo cómo Damion agarra a una sirvienta urisca del brazo cuando pasa por su lado y tira de ella hacia atrás. La joven suelta un grito de sorpresa y se le cae la cesta de magdalenas que lleva. Damion esboza una sonrisa desagradable y la mira con lascivia mientras Fallon y Sylus cogen algunas magdalenas ignorando a la chica por completo. Damion coge una magdalena, suelta el brazo de la chica y la empuja con una sonrisa de loco en los labios.

Me vuelvo hacia Aislinn muy alarmada.

—Quizá deberías comprometerte con el hijo del capitán de la marina, Elloren —susurra mirando de reojo a Gareth—. Parece lo más seguro. Si persigues a Lukas Grey te pondrás en contra al clan Bane. Y si esperas demasiado para comprometerte, podrías acabar con alguien como Damion.

Trystan me distrae justo cuando estoy a punto de protestar.

—Se le están desmontando las tablillas —comenta Trystan arrodillado junto a la pierna de Gareth tratando de ponerle bien los vendajes.

Miro a Gareth, que parece peor cada minuto que pasa. Estoy a punto de sugerir que lo llevemos a ver al médico de la universidad cuando advierto que Wynter está entrando con timidez en el comedor rodeada de sus alas negras.

Me sorprende mucho verla allí a plena luz del día.

—Es ella —les susurro a todos—. Es una de las ícaras.

Aislinn, Trystan y Gareth miran hacia donde estoy mirando yo.

Wynter arrastra los pies en dirección a las mesas del bufet con la cabeza gacha y los ojos pegados al suelo. Los elfos la miran con desdén y se susurran comentarios tapándose la boca con sus elegantes manos. Los gardnerianos la evitan, apartan la mirada y se llevan la mano a la cabeza y después al corazón para protegerse del mal.

La elfa ícara coge un cuenco y se acerca con timidez a una de las trabajadoras uriscas. La anciana pone cara de desprecio y después le sirve unas gachas verdes.

He visto cómo las preparan en la cocina, con bellotas alfsigr molidas; un cereal básico típico de las tierras élficas. La cocina está llena de ingredientes raros, poblada de olores desconocidos y especias exóticas, pues cada cultura es partidaria de distintos platos.

Wynter se da media vuelta con el cuenco en la mano en busca de algún sitio donde sentarse. Ve una mesa vacía al final del comedor y empieza a caminar hacia ella.

Fallon, Sylus y Damion la miran entornando los ojos.

Fallon le susurra algo a Sylus. Los dos se ríen mientras se comen las

magdalenas con un brillo cruel en los ojos. Fallon alarga la mano y coge su varita a escondidas, después la agita un poco en dirección a Wynter.

Wynter tropieza, se le caen las gachas y se desploma de bruces sobre el cuenco.

Hago ademán de levantarme por instinto, horrorizada ante el comportamiento de Fallon y con el recuerdo vivo de cómo me hizo tropezar también a mí. Por su culpa me caí delante de toda esa gente y me sentí humillada y asustada.

Pero... aquella noche aterradora, cuando Ariel me atacó... Wynter no hizo nada para ayudarme...

Sin embargo, Rafe, que está en la otra punta del comedor, no vacila tanto. Se acerca para ayudar a Wynter mientras todo el mundo se aparta. Mi hermano se arrodilla y la coge del brazo con delicadeza para ayudarla a levantarse. En cuanto la toca, ella levanta la cabeza y lo mira con los ojos abiertos como platos.

—¡Suelta a mi hermana, gardneriano!

Todo el comedor se queda en silencio cuando un elfo se abre paso entre los estudiantes que los rodean y se acerca rápidamente a ellos. Lleva refuerzos, un chavalillo elfo enclenque y más joven, los dos van armados con arcos y aljabas colgadas del hombro y espadas élficas prendidas de la cintura.

Dos arqueros elfos: forman parte de uno de los grupos de guerreros más peligrosos de Erthia.

Estoy muy preocupada. Ya sé que Rafe es muy bueno y que sabe manejar muchas armas. Pero no puede competir con los elfos.

Rafe suelta a Wynter automáticamente. Ella está de rodillas y tiene toda la ropa marfil manchada de gachas. Se queda mirando a Rafe con los ojos como platos.

—¡Aléjate de mi hermana! —aúlla el elfo mayor con mucho acento al tiempo que da un amenazador paso hacia Rafe y hace ademán de desenvainar el cuchillo—. ¡No toques a nuestras mujeres!

Rafe levanta las manos.

—Relájate, amigo, solo quería...

—¡Yo no soy tu amigo! —sisea el elfo apretando los dientes.

Rafe da un cauteloso paso atrás e inclina la cabeza.

—Solo estaba intentando ayudarla. Con respeto.

—¡Los tuyos no conocen el significado de la palabra respeto!

Rafe respira hondo y mira al elfo con recelo. Se vuelve hacia Wynter,

que sigue arrodillada en el suelo.

—¿Estás bien? —pregunta Rafe con cuidado de no tocarla esta vez.

Ella levanta la cabeza y asiente despacio.

El elfo aparta a Rafe de un empujón y ayuda a Wynter a levantarse antes de volverse para fulminar a mi hermano con la mirada.

—No vuelvas a hablarle nunca. ¿Lo has entendido?

—Lo has dejado muy claro —contesta Rafe muy relajado.

El elfo lanza a Rafe una última mirada iracunda antes de llevarse a Wynter del comedor seguido del otro arquero.

Fallon está mirando a Wynter con cara de satisfacción mientras sus hermanos hablan entre ellos, pues ya han perdido el interés en la chica.

Y entonces vuelve la cabeza y me mira fijamente.

Esboza una sonrisa lenta y malvada que me provoca un escalofrío en la espalda. Se inclina para decirles algo a sus hermanos y los dos se vuelven hacia mí con sonrisas oscuras. Cuando veo cómo le da unas palmaditas a la varita me estremezco, después se ríe y se marcha del comedor con sus hermanos.

Respiro aliviada.

Al poco Rafe vuelve a nuestra mesa. Trae unos cuantos cuencos pequeños y otro más grande, un recipiente humeante lleno de gachas cubiertas con una generosa ración de castañas asadas, miel y mantequilla dulce.

—Deja de atacar a las elfas —le advierte Trystan con tono irónico mientras intenta recolocarle las tablillas a Gareth.

Rafe le lanza una mirada burlona a Trystan mientras deja los cuencos de madera en la mesa y empieza a servir las gachas.

—Al final te van a disparar —le advierte Trystan—. Te lanzarán una de sus largas flechas.

—Supongo que es lo que recoges cuando intentas ayudar a los ícaros —comento con sequedad mientras Aislinn acepta uno de los cuencos de gachas que le ofrece Rafe.

—El hermano de esa chica es un maleducado —afirma Rafe tendiéndome un cuenco bien colmado—, pero su hostilidad no está completamente injustificada.

—¿Cómo puedes decir eso? —espeto—. Debería haberte dado las gracias.

El Gran Ancestro sabe que esa chica no merece tu ayuda.

Rafe frunce el ceño y se detiene justo cuando se estaba sirviendo.

—Pensaba que había sido Ariel la que te había atacado.

—Sí, pero Wynter no hizo nada para ayudarme en toda la noche sabiendo que la otra me estaba aterrorizando.

Siento que estoy a punto de echarme a llorar.

Aislinn me pone la mano en el brazo para consolarme.

—Aun así —prosigue Rafe mientras se sirve un poco de sidra caliente de una jarra de cerámica—, esa chica es una repudiada, tanto por los elfos como por los gardnerianos, y también por los celtas, en cierto modo. Y eso la pone en una situación peligrosa. Su hermano solo intenta protegerla. —Se sienta y empieza a remover las gachas—. No tendría que haberla tocado. Había olvidado que tienen costumbres diferentes.

—Es mejor no mezclarse con cualquiera que no sea gardneriano —comento con amargura.

Rafe y Trystan me lanzan miradas de alarmada censura.

Me sonrojo.

—No me refiero a ti, Gareth, ya sabes que no. Tú eres gardneriano.

Gareth hace una mueca de dolor cuando Trystan le aprieta el vendaje.

—No pasa nada, Ren. Ya sé que no estás hablando de mí.

Miro a Trystan en busca de confirmación. A mi callado hermano pequeño siempre se le ha dado muy bien escuchar y no suele juzgar. Trystan me dedica una pequeña sonrisa reconfortante, pero Rafe sigue parpadeando preocupado.

—Me odian —explico para defenderme, me siento perdida—. Me odian solo porque me parezco a la abuela.

Rafe respira hondo y alarga el brazo para poner la mano sobre la mía.

—Siento mucho lo que te ha pasado. Ojalá hubiera estado aquí.

—Ya lo sé —murmuro.

Rafe me estrecha la mano con solidaridad y sonrío resignado. Guarda silencio un momento y mira hacia la mesa. Cuando vuelve a levantar la vista, su expresión se ha vuelto tensa.

—Ren... el tío Edwin...

Se le apaga la voz.

—Ya lo he sabido —contesto con tristeza—. La directora de la Residencia me dijo que estaba enfermo. ¿Sabes algo? ¿Está mejor?

—La tía Vyvian le ha asignado un médico que está cuidando de él. —Rafe guarda silencio un momento—. Ren, no puede mover el lado izquierdo

del cuerpo.

Cuando comprendo lo que me está diciendo mi hermano me siento palidecer.

—¿Recuperará la movilidad? —consigo preguntar.

—Quizá. Un poco.

Trago saliva. Se me ha secado la garganta.

—¿Lo bastante como para poder fabricar violines?

Rafe hace una pausa antes de contestar.

—No.

—Oh, no. Oh, Gran Ancestro, no...

Agacho la cabeza y me pongo a llorar.

Aislinn enseguida saca un pañuelo del bolsillo y yo lo acepto distraída. Me vienen mil recuerdos a la cabeza. El tío Edwin enseñándome a hacer pan trenzado para las fiestas con sus habilidosos dedos. El tío Edwin guiando mis minúsculas manos sobre el violín. El dulce sonido del violín del tío Edwin cuando lo tocaba junto al fuego las frías noches de invierno. Y de pronto el miedo atenaza las imágenes de mi feliz infancia.

El tío Edwin perderá su negocio. Nunca hemos sido ricos, pero ahora seremos pobres. Y dependeremos de la tía Vyvian.

Quizá no tenga elección. Puede que tenga que comprometerme con Lukas Grey y su riqueza después de todo.

—Dentro de dos años, Trystan ganará un sueldo como Mago de Armas, y tú trabajarás como aprendiz con un médico —dice Rafe como si me estuviera leyendo la mente—. Tú también ganarás un buen sueldo. Y tienes trabajo para pagarte los estudios.

—Rafe —digo bajando la voz—, Lukas Grey... quiere comprometerse conmigo.

A Rafe se le ensombrece el rostro.

—Sería una estupidez que te comprometieras con Lukas Grey. En especial si lo haces por dinero.

—Ya le he dicho que no.

«Por ahora.» Siento una punzada de culpabilidad por no ser del todo sincera con mi hermano, pero enseguida me pongo a la defensiva a causa de las opiniones que formula sin que yo se las pida.

Se le ve visiblemente aliviado.

—Bien. —Me da una palmadita en el brazo—. Espera para comprometerte. Es lo que quiere el tío Edwin. A menos...

Rafe mira de reojo a Gareth, que está distraído por los esfuerzos que está haciendo Trystan para quitarle las vendas rotas.

Yo también miro a Gareth.

Podría comprometerme con un marinero. Depender de su agradable familia de marineros en lugar de seguir dependiendo de la tía Vyvian. Gareth ya me sugirió en una ocasión que nos comprometiéramos como amigos.

Pero Gareth y yo no nos queremos de esa forma.

Yo quiero comprometerme algún día. Pero no con alguien a quien solo veré como a un amigo. Quiero hacerlo con alguien por quien sienta algo muy profundo. En todos los sentidos.

Vuelvo a mirar a Rafe, y sé que puede ver mis verdaderos sentimientos en mi expresión.

—Espera para comprometerte —me repite estrechándome el brazo—. Espera hasta estar segura.

—Voy a ayudarte a llegar hasta la consulta del médico —le dice Trystan a Rafe levantándose—. Te estoy destrozando las tablillas.

Hago ademán de levantarme, pero Rafe me hace señas para que me quede.

—No, Ren. Quédate. Come. Nosotros nos ocupamos de Gareth. —Me sonrío—. Quizá esta vez le haga caso al médico.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunto a Rafe preocupada—. ¿Dónde seguirás con tu aprendizaje?

—Bueno —dice enderezándose—, terminaré el año y después seguiré mi aprendizaje con los militares. Ya sé que no es lo que quiere el tío Edwin, pero es la única salida. Iremos a verle dentro de algunas semanas. Trystan y yo —me explica Rafe con tono tranquilizador.

Siento una punzada.

—Yo también iré —insisto.

—No, Ren. Tú tienes que quedarte aquí, donde estás segura.

Se me llenan los ojos de lágrimas. El ícaro. Tengo que quedarme por culpa del ícaro de Valgard. El que me está siguiendo.

—Está bien —acepto con tristeza.

Mientras observo cómo se marchan Trystan y Rafe sosteniendo a Gareth entre ambos, mi tristeza se convierte en enfado.

Ícaros.

Todo es culpa suya. Si no fuera por ellos, yo podría ir a visitar a mi tío y no estaría viviendo en la Torre de las pesadillas.

Aislinn me rodea con el brazo.

—Todo saldrá bien, Elloren. Ya lo verás.

Apenas la oigo. El odio arde en mi interior y carboniza la minúscula compasión que pudiera haber sentido por Wynter Eirlyn hasta convertirla en cenizas.

Metalurgia y matemáticas

Despliego el mapa de la universidad y contemplo el pergamino ligeramente manchado de tinta, el trazado de Verpax parece una rueda intrincada con el Auditorio Blanco en el centro. Del este sale una serie de enormes radios salpicados de bibliotecas y laboratorios, unos por arriba, otros subterráneos, dejando espacio para las calles adoquinadas de Verpax.

Gracias al Gran Ancestro no es difícil situarse.

El enorme vestíbulo del Auditorio Blanco está lleno de grupos de estudiantes de todas las razas y profesores con sus túnicas verdes, cuyas conversaciones y pasos resuenan en el techo abovedado, y la luz de la mañana se cuele por el anillo de ventanas que rodean la cúpula.

Sigo el radio de ciencias con el mapa en la mano para situarme y enseguida localizo el pasillo lateral que estoy buscando. Veo que pone «departamento de metalurgia» en una placa dorada.

Hoy tengo clase de todas las asignaturas, una tras otra: metalurgia, después matemáticas, historia y botánica, química, farmacia y, para acabar, trabajo en la cocina; sin descansos, sin poder parar para comer, solo podré picar los panecillos y el queso que me he guardado del desayuno y que llevo envueltos en una servilleta de tela y metidos en el bolsillo de la túnica.

Estoy hecha un manojo de nervios y la voluminosa falda que llevo me roza los tobillos.

Voy detrás de tres elfos que bajan por una escalera en espiral y me pego a sus talones para descender por uno de los anchos pasillos de piedra que discurren por debajo de Verpacia. Recuerdo haber visto algunos mapas geológicos con Trystan cuando volvía a casa a pasar el verano, y me quedaba asombrada de la intrincada red de corredores de piedra que había debajo de la universidad, era una auténtica cadena de pasillos y aulas.

Se me escapa un jadeo cuando entro en el aula de Metalurgia: la entrada está flanqueada por intrincados arcos de piedra y hay una hilera de columnas espirales a ambos lados de la estancia.

Pero lo mejor es el techo.

Es curvo y está hecho de gruesos cristales metálicos de color violeta; me siento como si acabara de entrar en una geoda gigante, y los cristales proyectan un brillo espectacular al reflejar la luz dorada de las lámparas.

Se me ensancha el corazón.

Es mágico.

A mi izquierda hay una hilera de armarios con las puertas de cristal, integrados en las paredes, que contienen un arcoíris de piedras, cristales y piezas de metal, todo muy ordenado. A mi derecha hay una serie de mesas largas con equipo de laboratorio, frascos de cristal de todas las formas y tamaños, además de tres cocinas de leña completamente equipadas, cuyas chimeneas se alzan hasta el techo de cristal.

En el aire flota el olor a tiza de los minerales y la punzada acre del pedernal, pero lo refresca la fragancia gélida y limpia de la piedra de la cordillera, y respiro hondo sin reservas.

Me han asignado una hora extraña para esta clase con el objetivo de que tenga tiempo de poder trabajar en la cocina. Echo un vistazo por el aula y me doy cuenta de que soy la única chica.

La mitad del aula está llena de elfos, que ya están sentados en ordenadas y atentas filas. A la izquierda hay algunos celtas, elfhollen y un grupo mucho más numeroso de cadetes gardnerianos, algunos de ellos con el uniforme gris ya están sentados. Otros siguen de pie y me ven enseguida, y me lanzan miradas gélidas cargadas de recelo.

Me doy cuenta enseguida de que son amigos de Fallon y se me encoge el corazón; los reconozco del baile que celebró la tía Vyvian. Aun así, lamento advertir lo rápido que Fallon me ha puesto a todo el mundo en contra.

Me siento cerca de un gardneriano, un joven relajado que está sentado con despreocupación y tiene el brazo apoyado en el respaldo de la silla. Me observa con amistosa diversión mientras yo saco mis cosas para escribir, la carpeta de pergamino y las hojas.

—Buenas, Maga Elloren Gardner.

Me saluda con cordialidad. Los tres cadetes que están de pie le miran mal. Él les sonríe.

Es atractivo, tiene unos danzarines ojos de color verde oscuro y una sonrisa de granuja. Bajo la vista y observo las marcas de compromiso que decoran sus manos, las mismas que parecen lucir la mayoría de los gardnerianos, salvo algunas excepciones.

«La tía Vyvian tiene razón —pienso con resignación—. Los buenos los pillan enseguida.»

Suspiro mentalmente y le tiendo la mano.

—Un placer conocerte...

Me tiende la mano y me la estrecha con cordialidad.

—Curran. Mago Curran Dell.

Lleva cuatro franjas plateadas en cada una de las mangas.

Me desanimo y miro a los antipáticos cadetes.

—Supongo que Fallon ya te ha hablado de mí.

Se ríe.

—Oh, sí. Lo ha hecho. Por lo visto eres la persona más despreciable de Erthia.

Me desanimo todavía más.

—Qué bien.

Me mira con un disgusto exagerado.

—Y además traicionas el legado de tu abuela al no tener ningún poder.

—Mi tía ya me ha dado bastante la lata con ese tema —comento con acritud.

Vuelve a reírse con los ojos rebosantes de picardía.

—Imagino que sencillamente has... ¿cómo lo digo?... interferido con la apasionante persecución de Fallon hacia Lukas Grey. —Me mira con complicidad—. Eso es como interponerse entre un león y su presa. —Vuelve a sonreír, después se pone serio y me mira con atención—. Ahora en serio, deberías pensar en alejarte de Lukas. Hacer enfadar a Fallon Bane... —Respira hondo y niega con la cabeza—. Eso no es bueno para tu salud.

Me baja un escalofrío por la espalda que se me cuele por debajo de la túnica. Me estremezco y me rodeo con los brazos.

—Hace un poco de frío —le digo a Curran.

«Por supuesto que hace frío. Demasiada piedra fría. Y estamos bajo tierra.»

Me mira confundido.

—A mí me parece que se está bastante calentito. Estamos rodeados de estufas de olmo de Verpacia...

Le interrumpe el sonido de unos pasos decididos sobre el suelo de piedra seguido del chirrido de las bisagras de una puerta.

Nos sentamos de frente como el resto de la clase y miramos hacia delante.

Nuestro profesor, ataviado con la clásica túnica verde, se desliza por el pasillo central y yo me quedo hecha un lío cuando veo la larga melena verde que ondea a su espalda como si fuera una bandera.

Hojeo mis papeles para comprobarlo.

El profesor Xanillir debería ser un elfo. Un elfo de pelo blanco.

El profesor rodea el escritorio y el pódium, se vuelve hacia los alumnos y toda la clase jadea al unísono.

Tiene el pelo largo y las facciones elegantes propias de un elfo. Las mismas orejas puntiagudas y los ojos plateados.

Pero tiene escamas. Está completamente cubierto de pequeñas escamas color esmeralda en las que se refleja la luz de la lámpara y proyectan mil tonalidades de verde. Tiene el pelo verde un poco más oscuro que su piel brillante. Y la túnica élfica que asoma por debajo de su toga es verde bosque y está llena de runas que brillan como si las estuvieran iluminando por detrás.

Es un smaragdalfar. Un elfo serpiente.

Miro a Curran confundida, pero está mirando fijamente a nuestro profesor.

Los elfos serpiente son criaturas de las minas. Elfos subterráneos. Elfos peligrosos y criminales. Una raza de seres depravados que viven encerrados en ciudades subterráneas, donde los confinaron los alfsigr y moran controlados por demonios de las minas y dragones de las profundidades.

Yo nunca había visto ninguno. Jamás.

¿Cómo ha salido ese? ¿Cómo es posible que un elfo serpiente haya terminado al frente de una aula en la universidad? ¿Ataviado con una toga de profesor?

Alargo el brazo hacia atrás y descuelgo la capa del respaldo de la silla para echármela por encima de los hombros. Hace mucho frío aquí.

—Soy el profesor Fyon Hawkkyn —dice el smaragdalfar con un acento muy marcado, los ojos estrellados llenos de luz y una hilera de aros dorados en cada oreja—. El profesor Xanillir ha dimitido como protesta después de saber que la vicerrectora Quillen me había nombrado profesor. Si alguno de los presentes quiere cambiar de clase tendrá que hablar con administración.

Los elfos se levantan envueltos en un brillante movimiento blanco y salen del aula en silencio, toda la parte izquierda se queda vacía.

La dura expresión del elfo serpiente no vacila ni un ápice.

Los gardnerianos murmuran incómodos entre ellos y se remueven en sus asientos antes de volver a prestar atención.

Los ojos estrellados del profesor Hawkkyn observan con frialdad nuestro lado del aula. Cuando me ve me mira fijamente. Veo el chispazo del reconocimiento, como el de un pedernal.

—Parece que tenemos una celebridad en clase —anuncia asombrado torciendo el gesto con incredulidad y sin dejar de mirarme con una intensidad que me incomoda—. La nieta de la Bruja Negra.

Me asalta un pánico amorfo que se adueña de mí y siento un auténtico peligro, algo silencioso que está esperando para enseñarme los colmillos. Me ciño un poco más la capa y sigo mirando al elfo serpiente.

—Aquí no recibirá ningún trato preferente, Maga Elloren Gardner.

El mensaje es escueto, pero lo dice como si las palabras estuvieran grabadas en piedra.

—Tampoco lo espero —contesto con la voz aflautada por el frío. Miro la estufa que tengo al lado, el carbón que hay dentro brilla del calor, pero apenas noto el calor que irradiaba.

Cada vez tengo más miedo, es como si alguien me estuviera vigilando, y sigo sintiéndolo incluso cuando el elfo serpiente deja de mirarme.

—Empezaremos por el capítulo cuatro, aleaciones de oro —dice con una elegante eficiencia abriendo el libro que tiene delante mientras nosotros hacemos lo propio—. La próxima clase os agruparé en función de los gremios para los que estáis estudiando y estructuraré vuestro estudio de la metalurgia en consonancia. Tenemos grupos de fabricantes de armas, herreros, joyeros y una única farmacéutica. —Me vuelve a mirar con frialdad—. Maga Gardner, usted trabajará directamente conmigo.

—Sí, profesor Hawkkyn —contesto reprimiendo un escalofrío cada vez más asustada y con más frío.

Se pone a escribir una lista de aleaciones de oro en la pizarra que tiene detrás y yo me preparo para tomar notas mojando la pluma en el tintero.

Mi pluma impacta contra algo y el tintero está a punto de caer; es como si estuviera tocando cristal sólido en lugar de tinta negra. Cojo el tintero confundida y lo suelto automáticamente: el cristal está tan frío que me quema los dedos. Alarmada, me inclino hacia delante y vuelvo a meter la pluma en la tinta cuando una repentina nube de frío brota del recipiente como si fuera un pequeño soplido blanco.

La tinta se ha solidificado y está congelada.

Curran me está mirando de reojo y ladea la cabeza con aire inquisitivo.

—¿Qué le pasa a tu...?

Lo entendemos los dos al mismo tiempo y Curran palidece.

Miro a mi alrededor con un nudo en el estómago, me estoy mareando y me concentro en la joven que está dos filas por detrás con una enorme sonrisa malvada y un odio paciente ardiendo en sus increíbles ojos.

Fallon Bane.

Me vuelvo rápidamente hacia el frente con el corazón acelerado. El profesor Hawkkyn ya ha empezado a escribir en la pizarra y una nueva ráfaga helada me trepa por la garganta.

Después de clase me marchó enseguida para evitar toparme con Fallon y su omnipresente escolta. Advierto que Curran hace lo mismo y los dos evitamos mirarla, como si fuera un animal rabioso. Soy incómodamente consciente de que su aro de hielo sigue oprimiéndome la garganta, y la sensación gélida no desaparece hasta que abandono el ala de ciencias.

Cada paso que doy hacia el aula de matemáticas está cargado de una frustrada y temblorosa alarma que va dando paso a una creciente rabia.

Ha terminado mi primera clase y ya me he topado con Fallon Bane. El resultado es que no tengo apuntes para estudiar, solo lo que pone en el libro y lo que recuerdo.

«Muy bien, maldita bruja, solidifícame la tinta —pienso furiosa—. Congélame la garganta. No pienso volver a acobardarme.»

«En realidad, no puede hacerme daño.» La expulsarían de la universidad y del ejército, y la meterían en la cárcel. Utilizar la magia contra otro gardneriano es un delito grave.

Aprieto los dientes y decido no volver a marcharme de la clase como un perro apaleado.

Cuando entro en el aula de matemáticas sigo furiosa y me siento aliviada de no ver a Fallon entre el mar de jóvenes gardnerianos, por suerte todos civiles.

Suspiro aliviada cuando me doy cuenta de que nadie presta mucha atención a mi llegada. Me quedo mirando al único celta que hay en el aula, un joven sentado dos filas por delante de mí, cuya camisa marrón contrasta con nuestro rígido negro gardneriano.

Se vuelve y los dos torcemos el gesto al vernos. Ofendido, se pone tenso y me mira entornando sus ojos verdes con rabia.

«Vaya, genial. La guinda del pastel.»

Yvan se da media vuelta y yo apoyo la cabeza en las manos mientras maldigo mi infinita mala suerte.

Primero Fallon en Metalurgia, ahora Yvan Guriel en Matemáticas. ¿Qué será lo próximo?

Vuelvo a levantar la cabeza y clavo los ojos en su fuerte espalda mientras él aprieta el lateral de la mesa con tanta fuerza que se le marcan los tendones como si fueran cables rígidos.

Casi puedo sentir el calor ardiente de su odio, y me quema como una herida que se abriera paso hasta mi corazón. Se me saltan las lágrimas.

¿Por qué dejo que me afecte tanto? Me da igual lo que piense de mí.

Me sube un calor iracundo por el cuello y, en silencio, le maldigo por tener la capacidad de alterarme tanto.

Historia de Gardneria

Después de Matemáticas, hago todo lo posible por evitar las hirientes miradas airadas de Yvan Guriel y me marchó para llegar a tiempo a mi clase de Historia cansada de compartir aula con personas que me odian.

Por lo menos Historia está fuera del complejo del Auditorio Blanco. Es un alivio pasear por la calle y sentir el calor del sol en la cara.

Cuando entro en el aula soleada que hay detrás del Ateneo Gardneriano ya estoy preparada para enfrentarme a más odio, lista para recibir más ataques de magia gélida y miradas ardientes, e incluso que Fallon me embruje el tintero.

Y, sin embargo, me reciben con buenas vibraciones. Me encuentro con estudiantes solitarios y otros grupos que se van dando cuenta de quién soy, parpadean, murmuran y después me sonríen con calidez.

Aquí solo hay gardnerianos, ni rastro de esos detestables celtas. Y tampoco hay cadetes gardnerianos.

Y lo mejor de todo es que tampoco veo a Fallon Bane.

Me relajo aliviada.

Entre los estudiantes hay tanto chicos como chicas, y todos lucen las clásicas líneas enroscadas en las manos que los distinguen como personas comprometidas; la mayoría de ellos tienen una taza de té en una mano y algo para picar en la otra sobre una minúscula servilleta. Hay una mesa auxiliar muy larga llena de refrigerios y decorada con orquídeas.

Es como si hubiera salido del campo de batalla y me hubiera topado con una fiesta elegante.

—Bienvenida, Maga Elloren Gardner —me dice una joven con calidez gesticulando en dirección a la mesa de refrigerios. Lleva una esfera de Erthia y un colgante de tercer año de farmacia prendido al cuello—. Estamos encantados de tenerte con nosotros. Por favor, come algo y toma un poco de té.

Contemplo el espléndido surtido de refrigerios que nos han servido; el

repentino cambio de ambiente y el abrumador lujo de ese entorno me tienen asombrada. Hay un servicio de té completo, distintas clases de queso, galletitas de cereales, un cuenco con uva, rebanadas de pan, flores de mantequilla, varias clases de mermelada y un cuenco lleno de galletas de avena.

Apenas consigo reprimir una carcajada. Les sonrío a mis compañeros.

«Todo irá bien —me tranquilizo—. Fallon es un dragón de papel. No puede hacerme daño. Soy la nieta de Carnissa Gardner y la sobrina de Vyvian Damon.»

Sintiéndome inmensamente agradecida por este estupendo cambio, dejo los libros en un pupitre y me sirvo un poco de fragante té negro de vainilla de una elegante tetera de porcelana mientras noto como, poco a poco, dejan de temblarme las manos. La porcelana está decorada con delicadas vides y en cuanto el cálido y sabroso té me toca los labios siento cómo me voy relajando.

—Me llamo Elin —me dice la mujer alta con calidez cuando vuelvo a mi pupitre.

Me presenta a varias personas para incluirme en su agradable círculo, y yo asiento y sonrío esforzándome por recordar los nombres; ya se me está olvidando el aro de hielo que me rodeaba el cuello hace un rato.

«Fallon no puede hacerte daño. Olvídala ya.»

Contemplo el aula donde, además de estudiar Historia de Gardneria, también estudiaré Botánica, ambas clases impartidas por el sacerdote mago Simitri. Por debajo de una hilera de ventanas curvas crecen varias filas de exóticas orquídeas dispuestas en estantes. Las ventanas se extienden hasta una claraboya que conforma la mitad del techo por donde se cuele la luz del sol. En las paredes hay acuarelas de orquídeas y otras pinturas al óleo que representan momentos clave de la historia de mi pueblo. En una de las paredes solo hay estantes llenos de enormes libros de historia y botánica. Una puerta de cristal conduce a un pequeño invernadero abovedado rebosante de vegetación.

Y el edificio gardneriano es de madera. Íntegro. No está hecho con esa fría piedra sin vida de la Cordillera.

Respiro hondo para percibir la fragancia de la madera de guayaco que me rodea. Ya más animada, observo la acuarela que tengo más cerca y me recreo contemplando la preciosa orquídea del cuadro, una flor de color rosa pálido. El nombre de la firma es Mago Bartholomew Simitri.

Este nuevo profesor tiene mucho talento. No es solo un conocidísimo escritor de libros de historia y botánica, además está claro que también es un artista con mucha inspiración.

En ese momento entra en el aula una delgada chica urisca portando otra bandeja llena de pastitas de té muy bien dispuestas en un diseño repetitivo. Elin y los otros gardnerianos tan simpáticos que me rodean bajan la voz y lanzan pequeñas miradas recelosas a la chica de orejas puntiagudas y la piel azul.

La chica mantiene la cabeza agachada en actitud sumisa y trabaja silenciosa como un fantasma; apenas agita el aire al marcharse.

En cuanto se va los alumnos vuelven a sonreír y retoman la conversación.

Me siento un poco incómoda al percibir el disgusto colectivo que ha suscitado la presencia de la chica, pero recuerdo lo mal que me trataron en la cocina y me olvido.

Cuando me siento, se abre la puerta de la clase y entra nuestro profesor de pelo negro, nariz ganchuda y gafas; su ligera corpulencia y las arrugas de expresión que le rodean los ojos dejan entrever su edad. Es muy ordenado y coloca sus libros sobre la mesa formando líneas muy precisas antes de levantar la mirada y sonreírnos como si fuéramos parientes a los que hace mucho tiempo que no ve.

Viste al modo de los sacerdotes de Gardneria, con una larga túnica negra distinguida con el pájaro blanco: uno de los muchos símbolos del Gran Ancestro.

Me mira y en sus ojos arde un brillo reverencial. Rodea el escritorio, empieza a caminar por el pasillo e hinca una rodilla en el suelo a mi lado poniéndome su mano en mi brazo con suavidad.

—Maga Elloren Gardner —dice con mucho respeto—. Tu abuela, que el Gran Ancestro la tenga en su gloria, salvó a toda mi familia. —Hace una pausa como si estuviera buscando las palabras adecuadas—. Iban a ejecutarnos cuando ella apareció y nos liberó. Fue ella, y tu padre, quienes nos salvaron y nos trajeron a Valgard. —Tiene los ojos vidriosos de la emoción—. Le debo la vida a tu familia. Y es un gran honor tenerte a ti, su nieta, en mi clase.

Me da una palmadita en la mano y me sonríe mientras se levanta; entonces, como emocionado, me da una palmadita también en el hombro.

Estoy muy conmovida y se me saltan las lágrimas. Me siento aliviada de estar rodeada de gardnerianos y de sentirme aceptada.

El sacerdote Simitri mira a su alrededor, como disfrutando de vernos a todos allí.

—Por favor, magos, abrid los libros por el primer capítulo.

Abro el libro, en la primera página figura el título y el autor: Sacerdote Mago Bartholomew M. Simitri.

El profesor separa los brazos como si quisiera abrazarnos a todos a la vez.

—Empecemos por el principio, magos. Con la bendita creación de Erthia a manos del Gran Ancestro, la misma tierra que estamos pisando. Es la historia de todos los Primeros Hijos de Gardneria. Una historia del Bien contra el Mal. De cómo el Gran Ancestro nos legó Erthia a todos nosotros. Es... vuestra historia.

Habla con una elegancia teatral y un entusiasmo genuino que resulta contagioso.

Enseguida me siento atrapada por su forma de explicar la historia de Gardneria. Estoy encantada con este profesor.

Los lupinos

Mucho más animada, me reúno con Aislinn en el Auditorio Blanco después de la clase de Historia.

—Tengo a Fallon en Metalurgia. Y a Yvan Guriel en Mates —le digo casi sin aliento, y después le explico todo lo que ha pasado sintiéndome muy aliviada de volver a estar con mi nueva amiga.

Estamos rodeadas de estudiantes que pasan por nuestro lado de camino a sus clases, y la luz del sol se cuele por la cúpula en lo alto.

Le explico lo del hielo de Fallon.

Aislinn frunce el ceño preocupada agarrándose con fuerza a sus libros y con una mochila pesada colgada del hombro. Parece que mi amiga siempre lleva una pequeña biblioteca encima, cuento los libros suficientes como para sobrecargar a una buena mula.

—Deberías alejarte de Lukas Grey —me advierte de nuevo.

—Bueno, eso es bastante complicado —le explico—, teniendo en cuenta que la tía Vyvian ha convertido mi futuro compromiso con él en el objetivo de su vida.

Aislinn niega con la cabeza.

—Elloren, Fallon no se va a quedar con los brazos cruzados.

—Me congeló la tinta —contesto ultrajada. Como si eso fuera motivo suficiente como para desafiarla.

—Eso no es lo único que congelará si no te alejas de Lukas —me advierte Aislinn muy preocupada.

La miro parpadeando. ¿Cómo le explico a mi amiga —que odia besar— lo que una siente al besar a Lukas Grey? Aunque eso no es lo importante. ¿Por qué Fallon tiene derecho a meterse con todo el mundo?

—Yo procedo de una familia igual de poderosa que la suya —argumento—. Más poderosa.

—Ya no —razona Aislinn suspirando como si yo fuera una niña que se niega a escuchar y sigue metiendo la mano en el fuego—. Y ella podría ser la

próxima...

—Bruja Negra, sí, ya lo sé. —La interrumpo con arrogancia y frustrada por mi lamentable ausencia de poderes. Respiro hondo y miro a Aislinn—. Mi profesor de Metalurgia es un elfo serpiente.

Aislinn alza las cejas.

—¿Cómo es posible?

Niego con la cabeza.

—No lo sé, pero voy a estudiar directamente con él. —El extraño aspecto del elfo serpiente me viene a la cabeza—. Está cubierto de escamas verdes. Parecen joyas.

—Yo me cambiaría de clase —opina Aislinn comprensiva—. Hay un buen motivo para que los elfos alfsigr tengan a los elfos serpiente encerrados bajo tierra.

Me lanza una mirada cómplice.

—Bueno, no puedo cambiarme —me lamento—. Mi horario no me permite cambios. Así que estoy atrapada con un elfo serpiente potencialmente demoníaco como profesor, y con Fallon Bane torturándome en todas las clases.

Aislinn me mira con pena y me hace sentir un poco mejor.

—¿Qué tal Historia? —pregunta al fin.

—Genial —le digo sacándome del bolsillo un pequeño paquetito hecho con una servilleta—. Hay muchísimas galletas. Es la única alegría de mi vida en este momento. Eso y mis nuevos amigos.

Le sonrío con gratitud y le doy una galleta de avena.

Aislinn esboza una dulce sonrisa antes de darle un buen mordisco a la galleta.

—Vamos —dice colgándose la mochila al hombro—, llegaremos tarde a clase.

Y

Sigo a Aislinn en dirección al ala de ciencias atenta por si veo a Fallon mientras nos adentramos por una serie de pasillos subterráneos iluminados con candiles, subimos una escalera y seguimos por un corredor en dirección al departamento de Química.

Hay varios grupos de estudiantes en la puerta de nuestra clase de laboratorio, la mayoría son gardnerianos, y también hay algunos celtas y verpacianos, pero no veo a Fallon Bane por ninguna parte.

Respiro aliviada.

Algunos de los estudiantes aguardan sentados en los bancos de piedra del pasillo, otros están de pie, en grupitos. Todos parecen nerviosos y sus conversaciones amortiguadas rezuman inquietud. Me miran con cierta sorpresa, pero es evidente que mi presencia está siendo eclipsada por algo oscuro.

Una chica gardneriana vestida con un atuendo muy conservador pasa por nuestro lado claramente preocupada.

—¿Qué ha pasado, Sarill? —pregunta Aislinn confundida—. ¿Adónde vas?

La chica se detiene y cuando me reconoce se le iluminan un segundo los ojos. Intenta esbozar una sonrisa vacilante, después se vuelve hacia Aislinn.

—El chico lupino —dice gesticulando con nerviosismo hacia la entrada del laboratorio—. Está ahí.

Aislinn palidece.

—No puede ser.

—Ya lo creo que está ahí —insiste la chica con voz ronca—. Y yo me marchó. Tú también deberías irte, Aislinn. —Me mira—. Las dos.

La chica se marcha, y no va sola. Varios grupos de gardnerianos y algunos celtas, la mayoría chicas, empiezan a alejarse y se alejan del ala de ciencias.

Yo echo un vistazo por la puerta del laboratorio.

Están los dos allí. Los gemelos lupinos rubios. Están hablando con la profesora Astrid Volya, la altísima y tatuada profesora amaz de orejas puntiagudas. En realidad es la chica lupina la que está hablando, y tiene una mano en la cadera. El chico lupino, más joven, está a su lado, y los observa con sus ojos salvajes.

Me vuelvo hacia Aislinn. Está todavía más pálida y parece que esté a punto de ponerse a llorar.

—¿Aislinn?

—Esto no puede estar pasando. —Mira a los lupinos con los ojos vidriosos—. No puede ser. Tengo que asistir a esta clase. No puedo terminar los estudios de bibliotecaria si no la apruebo. —Se vuelve hacia mí con un hilo de voz y muy aturdida—. No puedo asistir a una clase con un chico lupino, Elloren. Mi padre no lo permitirá. Me obligará a dejar la universidad. —Empieza a mirar a su alrededor como si estuviera buscando una salida—. No puedo marcharme antes de que termine el año. Me obligarán a

comprometerme con Randall. Tengo que terminar los estudios antes del compromiso. Si no termino... no me dejará volver.

Intenta reprimir las lágrimas y le tiemblan los labios.

Le pongo una mano en el brazo preocupada por ella.

—Oh, Aislinn...

Se saca un pañuelo del bolsillo con la mano temblorosa y se limpia los ojos.

—Soy la única mujer de mi familia que ha ido a la universidad, Elloren.

—No entiendo por qué tienes que cursar química para ser bibliotecaria — comento en su defensa. La carrera de Biblioteconomía está relacionada con la literatura. Libros y más libros.

Aislinn sorbe las lágrimas.

—Para la conservación de libros. Tenemos que saber química. Nos viene bien... —Se le apagan las palabras y se queda mirando el aula con tristeza—. Bueno, me habría sido útil. —Se vuelve hacia mí con una expresión esperanzada—. Adoro los libros, Elloren. Me encantan. A veces desearía... —Guarda silencio y se le oscurece el rostro como si estuviera admitiendo algo escandaloso—. Desearía no tener que comprometerme.

Me sorprende su confesión. Pero entonces me entristezco por ella y por el serio dilema que tiene.

—¿Qué harías si no tuvieras que comprometerte? —le pregunto con delicadeza.

Veo una chispa en sus ojos.

—Trabajaría en los archivos de la universidad. Restauraría la colección de libros antiguos. Oh, Elloren —dice con pasión en la voz—, en los archivos de Alfsigr están haciendo una exposición sobre las series botánicas de Rilynnitryn. Son los libros sobre botánica más alucinantes de toda Erthia. Los elfos tienen una técnica de pintura que les permite capturar la luz de una forma tridimensional. Tienes que ver esos libros. —Aislinn hace un gesto con la mano, como si quisiera representar el nacimiento de una flor—. Tienes la sensación de poder coger las flores en cada página. Imagínate lo reales que parecen. Es como si saltaran de las páginas. —Hace una pausa—. Oh, Gran Ancestro —suspira arrepentida—, no le digas a nadie que me has oído hablar así.

—¿Por qué? —le pregunto confundida.

Se me queda mirando como si la respuesta fuera evidente.

—Porque los elfos son paganos. Y parecería que estoy alabando su

cultura.

—Esboza una cálida sonrisa—. Por lo menos eso es lo que diría mi padre.

Me aflige descubrir las estrictas normas a las que la tiene sujeta su familia. El tío Edwin nunca ha sido tan obtuso con mis hermanos y conmigo.

—Aislinn, estoy segura de que todo irá bien si entramos. La profesora Volya da más miedo que los lupinos. Y el chico lupino, cuando Fallon utilizó su magia contra mí... fue muy amable.

—No deberías dejar que eso te hiciera bajar la guardia —contesta Aislinn impasible—. Son muy fuertes. El chico podría enfrentarse a la clase entera. Y con facilidad.

Tiene razón. Dicen que los lupinos son extraordinariamente fuertes. E inmunes a la magia de las varitas.

Aislinn mira a los lupinos con los ojos entornados.

—¿Sabías que Echo y Fallon comparten habitación con la chica lupina?

—Será una broma.

Aislinn niega con la cabeza.

—Paige también. Echo me ha hablado de ella. Me dijo...

Aislinn hace una pausa. Mira a los lupinos con una expresión incómoda y las mejillas sonrojadas.

—¿Qué? ¿Qué te ha dicho?

Aislinn se acerca a mí con el ceño fruncido.

—Me dijo —prosigue bajando la voz—, que la chica se pasea desnuda por la casa.

Me quedo con la boca abierta.

—¿Del todo?

Asiente.

—Son salvajes, Elloren. Como animales. Y los varones son inmorales y peligrosos. No sé qué hacer.

Respiro hondo mientras lo pienso.

—Bueno, yo no tengo elección. Mi horario no me permite hacer cambios. Y menos teniendo que trabajar en la cocina. Debo asistir a esta clase haya lupinos o no.

Miro hacia la entrada del laboratorio convencida de que los lupinos no pueden ser tan malos como mis compañeras de piso ícaras.

Los estudiantes que quedan van entrando en clase. Me vuelvo hacia Aislinn.

—Creo que deberíamos entrar y sentarnos al fondo. Dudo que los lupinos nos vean siquiera.

Aislinn mira a los gemelos de reojo mientras se lo piensa.

—Mi padre estará fuera algunos meses —explica mirando a los cambiaformas como si estuviera calculando los riesgos—. Para cuando vuelva ya habré terminado esta asignatura. —Se vuelve hacia mí con temblorosa resolución y se limpia las lágrimas de los ojos—. De acuerdo, Elloren. Entremos.

Entramos en el aula con la mayor discreción posible, pasamos junto a la profesora Volya y los lupinos y avanzamos hacia el fondo del aula.

Enseguida se nos acerca un joven aprendiz elfhollen con el blasón del Gremio de Químicos colgado del cuello.

—¿Nombres? —pregunta con fría confianza y la pluma suspendida sobre una lista de nombres.

Le decimos quiénes somos en voz baja. Toma nota y sigue adelante, por suerte ha decidido ignorar mi pedigrí.

Sobre las largas mesas que tenemos a la espalda hay una serie de destilaciones, el sonido del continuo burbujeo es relajante, y me siento fascinada por el equipo que veo en el aula. Del producto final, un líquido aceitoso de color amarillo, emana un olor un tanto sulfuroso. En la pared opuesta veo una serie de ventanas abovedadas parcialmente cubiertas por varias hileras de estantes. Están llenos de frasquitos y recipientes que contienen sustancias en diferentes estados. El aula está llena de mesas de laboratorio, cubiertas por un caleidoscopio de objetos de cristal y quemadores, y el olor metálico del pedernal flota en un aire cargado de olores a sustancias químicas.

La mayoría de los estudiantes aguardan apoyados en las paredes en silencio con los ojos clavados en los exóticos lupinos. El ayudante elfhollen se pasea por el aula y va asignando los asientos a los estudiantes, dos por mesa.

—Esto es totalmente inaceptable —le está diciendo la chica lupina a la profesora Volya con un tono de altiva arrogancia—. ¿Por qué no me puede emparejar con mi hermano?

La profesora Volya le está lanzando puñales con sus ojos negros como el carbón, y estoy segura de que esa mirada haría recular a más de uno. Es muy intimidante, les saca casi una cabeza a los lupinos y su complexión es sólida y fuerte. Los numerosos *piercings* que luce y las runas que lleva tatuadas en

la cara le confieren una imagen todavía más amenazante.

—Diana —le dice con los dientes apretados—, tú y tu hermano no os integraréis nunca si solo habláis entre vosotros.

Diana, con una mano en la cadera, con la otra desplaza su lustrosa melena rubia por encima del hombro y levanta la barbilla.

—¿Y qué pasa si mi hermano es la única persona con la que merece la pena hablar?

La profesora Volya se estira todo lo que puede y agacha la cabeza para mirar a Diana.

—Señorita Ulrich, esta es mi clase y la dirigiré como mejor me parezca. — Acepta los papeles que le entrega el ayudante elfhollen y los examina apretando los dientes—. Bueno, ahora somos menos, y eso nos permitirá avanzar más rápido. —Fulmina a los lupinos con la mirada y dice con un tono que no da lugar a discusiones—: Diana Ulrich, tu compañera de investigación será Maga Elloren Gardner. Jarod Ulrich, tú serás la pareja de Maga Aislinn Greer.

Aislinn abre los ojos como platos, su evidente terror absorbe mi sorpresa. Abre la boca para decir algo, pero parece incapaz de hablar. Y se queda quieta como una estatua mientras el elfhollen señala dos mesas adyacentes de la última fila.

Jarod Ulrich mira fijamente a Aislinn con sus feroces ojos, tiene una expresión impenetrable, y me parece ver cómo se le dilatan las aletas de la nariz. Me siento alarmada, pero al mismo tiempo recuerdo lo amable que fue, cómo me ayudó cuando Fallon me hizo tropezar.

Me dirijo a la mesa que me han asignado seguida de algunas miradas de compasión. Diana se deja caer en el taburete que tengo al lado soltando un suspiro indignado, como si alguien la hubiera obligado a entretener bobos.

Miro a Aislinn mientras Jarod se sienta a su lado. Está completamente pálida.

La profesor Volya abre un libro de texto enorme y empieza a leer.

Miro a Jarod de reojo y veo que va mirando a Aislinn de vez en cuando con el ceño un poco fruncido. Mi amiga sigue con la mirada hacia delante y entrelaza las manos con tanta fuerza que se le han puesto los nudillos blancos.

La han emparejado con un chico lupino. Eso no es bueno.

Me vuelvo hacia mi compañera. Está fulminando a la profesora Volya con la mirada y se la ve muy enfadada. Esta chica es muy arrogante. Pero su

hermano fue amable conmigo. Quizá los lupinos no sean tan malos como se dice. Que nos obliguen a trabajar juntos no es ideal, pero quizá lo mejor sea que intentemos llevarnos bien.

—Me llamo Elloren Gardner —le susurro a Diana tendiéndole la mano para que me la estreche y con intención de superar el momento incómodo de las presentaciones.

Me mira como ofendida, después observa sorprendida la mano que le he tendido, como si no supiera qué hacer con ella. Se coloca la melena sobre el hombro con un gesto orgulloso y se levanta para ponerse delante de mí haciendo chirriar las patas de la silla con fuerza al hacerlo. Carraspea ceremoniosamente.

—Yo me llamo Diana Ulrich, natural de la Manada Gerwulf —anuncia en voz bastante alta—. Hija del macho alfa Gunther Ulrich, y de su mujer, la doctora Daciana Ulrich, soy hermana de Jarod Ulrich y Kendra Ulrich, hija paterna de...

La profesora Volya deja de hablar y alza una de sus largas cejas negras sorprendida. Me dan ganas de meterme debajo de la mesa. Diana Ulrich sigue recitando los nombres de tres generaciones de su familia, como si fuera una reina citando a los integrantes de todo su linaje noble, hasta que su hermano la interrumpe en voz baja.

—Diana.

Se vuelve hacia él ofendida por la interrupción.

—¿Qué?

—Aquí no lo hacen así.

—¿El qué?

—Lo de nombrar a todos los ancestros al saludar.

Ella parpadea.

—¿Y por qué no? —dice al fin evidentemente sorprendida.

—No tienen esa costumbre.

La chica se cruza de brazos y suspira.

—Además —susurra su hermano haciendo señas hacia el frente de la clase, donde la profesora Volya aguarda con actitud amenazante como si estuviera buscando la manera más rápida de asesinar a Diana—, probablemente deberíamos prestar atención.

—¿Por qué? —pregunta Diana como si fuera una niña mimada.

—Porque la clase ya ha empezado —le contesta alzando las cejas de forma significativa.

Diana mira a la profesora Volya y al resto de alumnos con el ceño fruncido antes de volver a sentarse en el taburete que tengo al lado. La profesora Volya le lanza una última mirada severa antes de concentrarse en el resto de alumnos y retomar la conferencia sobre técnicas de destilado.

Me sorprende que Diana se vuelva hacia mí y empiece a susurrar.

—Ya he leído este libro —se queja con estridencia—. No necesito releerlo. ¡Es una pérdida de tiempo!

No sé qué decir. Además, cuesta mucho dejar de mirar sus brillantes ojos ambarinos. El color es hipnótico.

—El bosque está muy bonito hoy, ¿verdad? —dice con melancolía mirando hacia la fila de ventanas y los árboles con las hojas naranjas y doradas que se ven más allá. Suspira con añoranza—. Me encanta como huelen los árboles en esta época del año. Y las hojas secas, son muy dulces. Me encantaría poder estar en el bosque. Hace un día perfecto para cazar. ¿Tú cazas, Elloren Gardner?

—No —contesto todavía intentando aceptar el hecho de que me hayan emparejado con una mujer-lobo—. Pero mi hermano mayor, Rafe, sí que caza.

—¿Ah, sí? —pregunta, parece curiosa.

—Es un gran arquero —susurro—. ¿Tú tienes arco?

Diana se ríe de mi pregunta, y lo hace demasiado fuerte, lo que provoca que la profesora Volya le lance una rápida mirada irritada.

—Yo no necesito ningún arco —contesta sonriendo con incredulidad.

—¿Y entonces cómo cazas? —pregunto.

Me clava sus ojos ambarinos.

—Con los dientes.

Sonríe y me enseña sus largos y relucientes colmillos. Se me eriza el vello de la nuca.

—Ah —digo tragando saliva nerviosa—. ¿Te refieres a cuando te conviertes en lobo?

—No necesariamente —contesta sin dejar de lucir su peligrosa sonrisa.

«Santísimo Gran Ancestro de todos los cielos.»

Trago saliva y me vuelvo para mirar al frente de la clase.

Tierney Calix

Entro en el aula principal del departamento de Farmacia sin aliento, he tenido que venir corriendo desde Química. Para mi consternación, las mesas de laboratorio de madera repartidas por la sala de techos bajos ya están llenas de parejas de jovencitas enfrascadas en su tarea, que consiste en picar y mezclar ingredientes bajo el siseo de las destilaciones y el suave borboteo de los líquidos en ebullición.

Me recuerda un poco al laboratorio de Química, las paredes y las mesas están llenas de recipientes de cristal, frascos y alambiques. Pero aquí no percibo olores sulfurosos. En esta aula flota una fragancia general a tierra, más propia del bosque, y los recipientes que me rodean están llenos de plantas secas y flores, corteza en polvo y madera. Mis temores van desapareciendo a medida que voy asimilando los intensos olores y los voy separando uno a uno mentalmente: savia de pino, ceniza de abedul, virutas de cedro. También hay ramilletes de hierbas colgados del techo. Respiro hondo y distingo el olor a almez, rosa rubiginosa y hojas de cerezo negro.

Me relajo y me siento bien. Por desgracia, la sensación es muy fugaz, porque enseguida veo a una mujer joven que se acerca a mí muy enfadada.

—Llegas tarde —me regaña molesta, y yo siento una inmediata punzada de pánico al ver el colgante de oro de Primera Aprendiz que lleva anudado al cuello. La mesa contigua la ocupan dos estudiantes con su misma mirada cargada de desdén. Las tres son chicas de buena cuna, y visten elegantes sedas bordadas debajo de los largos delantales de laboratorio.

—Lo siento. He tenido un problema... con unos lupinos...

Un murmullo de alarma recorre la sala y las estudiantes abandonan sus tareas para mirarme. No hay estudiantes celtas, ni elfos, ni elfhollen. Las mujeres gardnerianas dominan el mundo de la farmacia, en especial las que tienen poderes.

—Me da igual —espeta la chica interrumpiendo mi explicación—. Me da igual que te persiga un ejército entero de lupinos. La profesora Lorel

espera que llegues puntual. Como castigo te quedarás después de clase a limpiar todos los alambiques.

Me mira enfadada. Sus ojos me suenan.

Me vengo abajo. Es una sensación completamente nueva. Siento desesperación. Ahora que el tío Edwin está enfermo necesito terminar mis estudios. Y necesito caerle bien a la Primera Aprendiz.

—Sí, Maga... —Rebusco en mis papeles tratando de encontrar su nombre

—. Maga...

—Bane —dice con un énfasis desagradable—. Gesine Bane.

La sensación de desesperación me hunde todavía más y me roba la voz cuando veo la varita que le cuelga de la cintura.

—Está usted emparentada con...

—Soy la prima de Fallon. —Esboza una rápida sonrisa quebradiza—. Estamos bastante unidas.

Cuando se abre la puerta y entra nuestra profesora todas las cabezas se vuelven hacia ella, se apagan los susurros. Gesine enseguida adopta una actitud de atención y deferencia.

Nuestra profesora, Eluthra Lorel, suelta la pulcra pila de libros de botánica en la mesa, que aterrizan haciendo un ruido sordo, y coge los papeles que le tiende Gesine. Viste un conjunto tradicional debajo de la toga de profesora, luce una esfera de Erthia prendida de una cadena plateada y el colgante de oro que la distingue como directora del Gremio de Farmacéuticos, y sobre el puente de su nariz finamente esculpida luce unas gafas plateadas.

—Maga Gardner —dice leyendo los papeles. Se detiene un momento y asiente lanzándome una rápida mirada—. Es un placer tenerla con nosotros. —No lo dice con gusto. Solo fría formalidad. Se vuelve hacia Gesine y le lanza una mirada de reproche—. ¿Por qué Maga Gardner no está trabajando en el elixir Pertussis?

—He llegado tarde, Maga Lorel —intervengo lanzándome a explicarle lo que ha pasado además de añadir que he tenido que quedarme en la clase anterior para convencer a mi profesora de Química de que emparejara a la traumatizada Aislinn Greer con un gardneriano en lugar de con un lupino.

La profesora Lorel aprieta los dientes.

—No tolero la impuntualidad, Maga Gardner —espeta, después niega con la cabeza como si lo estuviera reconsiderando—. Pero estaba usted

ayudando a una compañera gardneriana a evitar una situación potencialmente peligrosa.

Y eso es encomiable. Así que pasaré por alto su retraso. Por esta vez.

—Gracias, profesora Lorel.

Vuelve a mirar los papeles.

—Se leerá usted los tres primeros capítulos del libro de Farmacia esta noche, Maga Gardner, y deberá estar preparada para exponer mañana.

Se me hace un nudo en el estómago.

—¿Exponer?

El mundo se congela. La profesora Lorel levanta la cabeza muy despacio y me lanza una mirada pétrea. Cuando habla lo hace con un tono delicado y relajado.

—Recitará usted cada una de las plantas medicinales que figuran en los tres primeros capítulos: su origen, los usos y el cultivo. Mañana por la mañana. De memoria.

Trago saliva con incomodidad viendo como desaparecen mis posibilidades de dormir esa noche.

—Sí, profesora Lorel.

La profesora le hace señas con la mano a la primera aprendiz.

—Gesine, búscale una pareja.

Nuestra profesora empieza a impartir la clase mientras yo sigo a Gesine hasta el fondo del aula.

—Allí —anuncia Gesine agitando la mano como si me estuviera lanzando a una basura—. Con Tierney Calix. Hemos organizado las parejas en función del nivel de poder de cada cual. —Me lanza otra rápida sonrisa cargada de desdén—. Los que no tienen poderes van al fondo.

Después se da media vuelta y se marcha hacia la parte delantera de la clase.

Varias jóvenes se vuelven para mirarme, algunas lo hacen con evidente aversión y otras con recelosa preocupación. Oigo algunas risitas desagradables y se me encoge el corazón. Esta clase promete ser una auténtica tortura con la prima de Fallon como primera aprendiz.

Cruzo un laberinto de mesas hasta el fondo del laboratorio sintiendo vergüenza por mi falta de poder. En la sociedad gardneriana en general, mi falta de poder es algo muy normal, pero aquí no. Estas son las mejores estudiantes de farmacia.

Muchas de las jóvenes lucen brazaletes militares en el brazo, la mayoría

son de nivel dos.

Entonces veo a mi compañera de laboratorio.

Tiene la cabeza inclinada sobre sus preparaciones, y me sobresalto en cuanto la veo.

Tierney Calix es, de lejos, la chica gardneriana más fea que he visto en mi vida. Está escuálida, tiene la cara chupada, la nariz ganchuda y el pelo liso aceitoso y despeinado. Y parece que esté encorvada, con la espalda torcida hacia un lado, lo que la hace adoptar una postura muy rara. Se encoge al verme, como una araña protegiendo su madriguera, y se encorva sobre su experimento mirándome con resentimiento.

Dejo la mochila y me obligo a saludarla mientras me acostumbro a su desagradable aspecto. Me ignora y vuelve a concentrarse en el instrumental que tiene en la mesa, como si con ello pudiera construir un muro entre nosotras. Tiene el libro abierto por la página del elixir Pertussis y una expresión tensa, como si quisiera que me marchara. No hace ningún ademán de dejarme espacio en la mesa.

Me siento en el extremo de la mesa y coloco el violín debajo. Saco mi libro de farmacia y lo abro por la página pertinente. Cada vez estoy más enfadada.

—¿Tú también eres amiga de Fallon? —susurro con desdén. Enseguida me arrepiento de haber empleado un tono tan engreído.

La chica me fulmina con la mirada mientras empieza a extraer los jugos de unas bayas enormes con destreza.

—Somos compañeras de piso.

—Qué bien —contesto.

Cojo algunas bayas y un cuenco de cerámica, aparto su libro para hacer un poco de espacio e intento imitar lo que está haciendo. Mi cuenco se llena enseguida de una pasta que no sirve para nada.

Observo con asombro la habilidad de Tierney, que tiene el cuenco lleno de un sirope brillante y ha dejado la pulpa de los frutos a un lado. Es evidente que no es la primera vez que lo hace. Miro a mi alrededor descorazonada.

Muchas de las chicas han desenvainado las varitas y están extrayendo el líquido con ayuda de hechizos.

Jadeo y abro el libro en busca de orientación, pero enseguida me vengo abajo cuando veo la complejidad de la preparación. Está claro que la profesora Lorel quiere ponernos a prueba, pues para preparar el elixir tenemos que hacer una maceración en agua fría, una destilación compleja y

una decocción para la que se necesitan varios ingredientes en polvo. La Pertussis Negri es una enfermedad desagradable, que afecta a muchos niños, y suele ser mortal. La llaman la Tos Negra debido a los esputos negros que produce, y el elixir que estamos preparando es la única cura conocida.

Cojo un poco de corteza de nigella y siento un conocido hormigueo en los dedos, me vienen a la cabeza sus ramas negras y sus hojas de color violeta. Es un árbol muy relajante, y su savia es abundante y lenta como la melaza caliente.

Localizo el grano enseguida, corto la nigella en tiras y empiezo a machacarla hasta convertirla en un polvo fino muy oscuro. Tierney mira lo que estoy haciendo y me doy cuenta de que se sorprende. Veo que su polvo de nigella no está bien preparado, tiene muchos grumos y está salpicado de pedazos de corteza.

Tierney coge mi finísimo polvo y lo vierte en un recipiente de agua hirviendo que ha llevado a ebullición. Después vierte su líquido de bayas en el primero de una serie de alambiques de cristal bulboso. Yo quiero ayudar y enciendo la llama de debajo del primer alambique, después ajusto la intensidad hasta que el zumo de bayas empieza a hervir.

—Sé lo tuyo con Lukas Grey —comenta Tierney mientras remueve la mezcla y el agua va adquiriendo un tono púrpura. El olor a ciruela madura caliente se adueña del ambiente.

—No me sorprende, si vives con Fallon —espeto toqueteando la llama muy frustrada por todo, y acabo dándole un golpe al quemador cuando no consigo que el vapor salga en la dirección adecuada.

Tierney me lo coge de las manos, sube la llama y lo coloca en el sitio adecuado sin ningún esfuerzo. Una potente ráfaga de vapor fluye por todos los alambiques.

Me desplomo en la silla sintiéndome hundida. No hay nada que hacer. Todo el mundo sabe más que yo. Muchas además cuentan con la ventaja de tener poderes, y todo el mundo parece ser amigo o temer a Fallon Bane.

Me quedo allí sentada y muy desmoralizada observando trabajar a Tierney.

—Espero que te comprometas con Lukas —comenta Tierney mientras remueve el líquido púrpura y ajusta la llama un milímetro. Habla tan flojito que estoy convencida de que no la he entendido bien.

Me inclino hacia ella desconcertada.

—Perdona. ¿Qué has dicho?

Tierney mide la cantidad correcta de aceite de cardo y la agrega al líquido, y el profundo color púrpura se convierte en añil y emana un olor acre a limón.

—Espero que Fallon llegue a veros juntos —susurra mientras remueve la preparación—, y espero que eso le destroce el poco corazón que quede en su malvado cuerpo.

La miro parpadeando muy confusa y sin habla.

Ella me ignora y sigue trabajando de forma metódica y eficiente, pesando los ingredientes y reajustando la intensidad de las llamas.

—No me he presentado como es debido, soy una maleducada —le digo tendiéndole la mano muy sorprendida—. Me llamo Elloren Gardner. Algo que, evidentemente, ya sabes.

Ella me mira con incredulidad. No me estrecha la mano, pero se mueve un poco, como si hubiera decidido compartir parte de su telaraña.

—Tú preparas los polvos —me dice de mala gana—. Y yo me ocupo de vigilar el destilado.

Me pongo a trabajar y comienzo machacando raíz de burdana en un mortero de piedra, y enseguida la reduzco a polvo.

Cuando termina la clase me quedo un rato limpiando los alambiques con un cepillito y enseguida acabo con las manos aceitosas. Me ruge el estómago, lo que se suma a la tensión que ya siento en esa parte del cuerpo, y el cansancio me empieza a pasar factura. Nunca había dormido tan poco, y me estoy poniendo de mal humor.

Levanto la cabeza cuando alguien me pone delante un frasco tapado con un corcho.

—Linimento de hidrastis —anuncia Tierney señalando el frasco, y después se señala la mejilla hundida con el ceño fruncido—. Te curará el moretón de la cara.

Parpadeo sorprendida.

—Gracias.

Suelta una carcajada contrayendo su feúcho rostro.

—No lo hago porque me caigas bien —dice con tono burlón—. Solo quiero que estés guapa. Más guapa que ella. —Tierney adopta una expresión oscura—. Quiero que pierda. La odio. Y quiero que consigas a Lukas Grey.

Fragmentos de hielo

Cuando termino de limpiar en el laboratorio, me marchó con una pequeña caja de frascos con medicinas debajo de un brazo: la Primera Aprendiz me ha ordenado que las lleve a la enfermería de la universidad.

Cuando me acerco al departamento de Medicina, aminoro el paso paralizada al ver el observatorio del departamento de Astronomía. De pronto caigo en la cuenta de que aquí, en la universidad, podría tener la oportunidad de ver la luna y las constelaciones de cerca. Y eso me anima.

Miro la caja de medicinas y vuelvo a levantar la cabeza para mirar la cúpula, y tomo una decisión.

¿Qué daño puede hacer echar una ojeada?

El techo del observatorio está decorado con una asombrosa representación de las constelaciones más importantes, cuyo brillo destaca sobre un manto azul tan dramático que produce hasta vértigo. En el suelo hay una Rosa de los Vientos gigantesca, y varios telescopios repartidos por la sala desierta, cada uno a cierta distancia del anterior delante de un enorme ventanal. Me quedo sin aliento al ver la vista panorámica de las cordilleras del Norte y del Sur iluminadas por el sol poniente.

Deslizo la mano por uno de los suaves instrumentos negros y siento una punzada de excitación.

Aunque mi emoción desaparece automáticamente en cuanto veo que Fallon Bane entra en el observatorio acompañada de cuatro cadetes gardnerianos seguidos de la guardia militar.

Olvido automáticamente mis promesas de valentía y me escondo detrás del telescopio con el corazón acelerado y rezando para que Fallon no me haya visto.

—No puedo creer que te hayan alojado con la zorra lupina —comenta un cadete de nariz puntiaguda mientras Fallon se coloca delante del siguiente telescopio.

—No estará aquí mucho tiempo. —Fallon se sienta en el alféizar de la

ventana y su varita de ébano brilla asida a su cintura—. Parece fácil provocarla.

—¿Es lo que estás intentando?

El joven parece divertirse con la actitud de Fallon.

—Me gusta provocar a cualquiera que no debería estar aquí. —Fallon se mira las uñas de la mano como si estuviera aburrída—. Zorras lupinas, elfos serpiente...

Me mira directamente.

Yo me encojo un poco más.

Fallon esboza una sonrisa traviesa.

—Vaya, vaya, vaya, pero si es Maga Elloren Gardner.

Me obligo a salir esforzándome para no dejarme acobardar.

—¿Estás disfrutando de tus nuevas compañeras de piso? —se burla.

La rabia se apodera de mí.

—No tanto como disfruto cuando estoy con Lukas Grey —contesto con un tono relajado sorprendida de mi audacia y mi absoluta estupidez.

Los jóvenes que rodean a Fallon se quedan de piedra y abren los ojos como platos.

En sus ojos brilla una rabia asesina, pero Fallon se recompone enseguida.

Olfatea el aire y arruga su preciosa nariz.

—Hueles a maldad —me dice con una sonrisa burlona—, como las ícaras.

Los jóvenes sonrían y el cadete de nariz puntiaguda suelta una carcajada. Uno de los otros cadetes esboza una mueca de disgusto y hace ondear la mano delante de su cara, cosa que provoca más risas.

Respiro hondo a hurtadillas y me doy cuenta de que Fallon tiene razón.

Parte del asqueroso hedor de Ariel se ha quedado pegado a mi ropa.

No solo tengo que vivir con ícaras, encima huelo como ellas.

Se me acalora el rostro mientras Fallon se regodea en mi humillación, y me enfado todavía más, lo que me hace actuar con imprudencia.

—Bueno, por lo menos mi hedor es temporal, no como el desinterés que Lukas siente por ti.

Fallon se me queda mirando con la boca abierta y suelta una risotada asombrada llevándose la mano a la varita.

«Idiota. Idiota. Idiota. —Mi corazón palpita—. «¿Acaso has perdido la cabeza?»»

Fallon se vuelve hacia sus compañeros.

—Es un poco bocazas, ¿no? —Me clava los ojos y va alternando la mirada entre los jóvenes y yo—. Sería una escultura de hielo preciosa, ¿no os parece? —Su tono empieza a sonar venenoso—. Eso solucionaría el problema del hedor y le cerraría la boca.

La miro enfurecida.

—Amenazar con magia a otro Mago va contra la ley gardneriana.

Suelta una risotada burlona.

—Tú apenas eres una Maga. —Me mira con desdén—. nivel uno, ¿no? Tu familia debe de estar muy orgullosa.

Sonríe con alegría, pero en sus ojos hierve una rabia demencial que me provoca un escalofrío en la espalda.

Estoy empezando a preguntarme si la falta de sueño me está nublando el juicio. Una gardneriana de nivel uno provocando a una de nivel cinco. Con dos hermanos de nivel cinco.

«Muy hábil, Elloren.»

Fallon me da la espalda y se vuelve de nuevo hacia los jóvenes que se disputan su atención. Empiezan a entrar estudiantes en el aula seguidos de un profesor gardneriano con la barba muy larga, y yo aprovecho el momento para escapar.

Corro escaleras abajo y me interno en los oscuros pasillos del edificio.

Con las prisas, giro por donde no debía y acabo perdiéndome, me desoriento en una parte desierta del edificio donde hay numerosos cuadros del cielo nocturno colgados en las paredes oscuras iluminados por las antorchas. Oigo voces delante y avanzo.

El suelo se vuelve resbaladizo y pierdo el equilibrio. Caigo de bruces contra una pared de piedra y mis libros y mis documentos salen disparados por todas partes, la caja llena de frascos de medicinas aterriza en el suelo y se convierte en un amasijo de cristales del que emana un olor punzante. Planto las manos en el suelo y me doy cuenta, sorprendida, de que estoy sobre una placa de hielo.

Levanto la cabeza y me doy la vuelta. Fallon está apoyada en la pared y me observa con una sonrisa de satisfacción en los labios mientras hace girar su varita negra con destreza.

—¿Eso es todo? —le digo como una tonta—. ¿Estos son tus grandes poderes de nivel cinco? ¿Tinta congelada y las mil formas de hacer tropezar a la gente?

Alza la varita y murmura algo ininteligible mirándome como un halcón concentrado en su presa. Aparece algo translúcido que flota sobre su cabeza y a ambos lados de ella.

Cuatro lanzas de hielo se dirigen hacia mi cara y me rozan el pelo cuando se clavan en la pared de piedra que tengo detrás con un crujido escalofriante.

Me aparto de los carámbanos aterrorizada y me arranco algunos pelos al moverme.

Fallon hace girar la varita mientras sonrío.

—No tenemos por qué ser enemigas, Elloren.

—¿No? —espeto.

—Claro que no —canturrea.

Su odioso y creído tono me enfada todavía más.

—¿Sabes, Fallon? Si lo que quieres es que seamos amigas, lo estás haciendo todo al revés. —La fulmino con la mirada—. En mi pueblo, la gente no suele lanzar dagas de hielo a las personas de las que quiere ser amigo.

Sonríe con desdén.

—Es muy fácil. Tú aléjate de Lukas y yo me alejaré de ti. ¿Queda claro?

«Ya lo creo, zorra acosadora.»

Se me escapa un sonido de desconcierto y la miro negando con la cabeza; siento cómo me arde la rabia en el cuello.

—Deberías estar dándome las gracias, ¿sabes?

—¿En serio? —se burla—. ¿Y eso?

Consigo recuperar el equilibrio y me levanto.

—Si deja de pensar en mí, Lukas podría dejar de estar distraído y empezar a ver cómo eres realmente. Y me parece que podemos afirmar que eso te restaría bastante atractivo. —Me pongo derecha y la miro fijamente a los ojos—. Si es que eso es posible.

Se abalanza sobre mí en un segundo y me clava la varita en el cuello; yo aguanto la respiración pegada a la pared de piedra.

—No juegues conmigo, Gardner —me advierte enfurecida—. Ya veremos cómo terminas.

Por la escalera se oye el eco de unos pasos que avanzan por el pasillo en nuestra dirección.

Fallon esboza una sonrisa oscura y aparta la varita de mi cuello.

La guardia militar de Fallon se queda parada cuando me ve en medio de un charco enorme y rodeada de frascos rotos y libros esparcidos por el suelo

mojado.

—Vaya —canturrea Fallon negando con la cabeza y suspirando mientras mira los frascos—, a la profesora Lorel no le va a hacer ninguna gracia descubrir lo patosa que eres. Ya verás cuando se entere. —Me mira con fingida preocupación—. Será mejor que limpies este desastre.

Me lanza una última mirada malvada antes de dar media vuelta y marcharse.

De violines

Cuando termino mi turno en la cocina ya ha anochecido, y me alegro de marcharme, cansada de tanto trabajar y de aguantar ese silencio hostil y la fingida amabilidad de los demás trabajadores. Me voy directamente a la biblioteca a terminar mis tareas y paso varias horas agotadoras leyendo textos de Farmacia, consternada porque las complejas fórmulas se niegan a quedarse grabadas en mi mente soñolienta.

Exhausta, me arrastro hasta el alojamiento de Rafe, Gareth y Trystan. Gareth solo estará con ellos hasta el fin de semana, cuando volverá a Valgard con los demás cadetes de Marina, y de ahí se hará a la mar.

Mis hermanos viven en un edificio de madera y piedra con muchas chimeneas de las que brotan fragantes nubes de humo que se extienden por el gélido cielo de la noche.

Noto el calor nada más entrar. Hay una zona común decorada con tapices en las paredes y una chimenea, varios bancos y algunos sillones. Los suelos son de madera en lugar de piedra y el tacto les sienta muy bien a mis pies cansados. Los estudiantes, la mayoría gardnerianos, pasan el rato hablando, comiendo y estudiando. Siento una punzada de envidia.

Casi puedo oír a mi tía diciendo: «Tú también podrías vivir en un sitio tan bonito como este. Podrías estar con los tuyos, rodeada con toda clase de lujos. Siempre que accedas a comprometerte con Lukas Grey».

¿Y acabar con una estaca de hielo clavada en la cabeza? No, gracias. Dejo de pensar en la tía Vyvian y en los besos apasionados de Lukas.

Me acerco a la mesa del director de la Residencia, consigo permiso para entrar a ver a mis hermanos y me adentro por un pasillo con poca luz. Cuento las puertas hasta llegar a la habitación correcta y llamo a la puerta con energía.

Cuando se abre me llevo una sorpresa.

Yvan Guriel está delante de mí con el pelo revuelto y despeinado, como si se hubiera pasado la mano por la cabeza enfadado unas cuantas veces.

Por la cara que pone enseguida me doy cuenta de que está igual de sorprendido de verme allí.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunto esforzándome para mantener la compostura ante su evidente hostilidad.

—Yo vivo aquí —me contesta con sarcasmo.

Asombrada, pero sin inmutarme, intento mirar por encima de su hombro hacia el fondo de la habitación.

—¿Dónde están mis hermanos?

Pero no me contesta, se limita a fulminarme con la mirada.

—Si es aquí donde viven mis hermanos necesito dejar mi violín —explico con irritación levantando el estuche del instrumento.

—¿Tu violín? —pregunta con desprecio, como si yo hubiera dicho algo ofensivo.

—Para que las ícaras con las que me obligan a vivir no lo quemem —comento con sequedad intentando ignorar lo exasperantemente guapo que es.

Aprieta los dientes y clava en mí su intensa mirada verde.

—¿Puedo dejarlo aquí, por favor? —pregunto al fin exhausta.

Yvan abre la puerta con recelo, me mira con odio y después me da la espalda para ir hacia el gran escritorio iluminado por una lamparita. Sobre la mesa hay varios libros de medicina abiertos y una redacción a medias.

Reconozco las cosas de mi hermano y deslizo el violín debajo de su cama.

—Gracias por tu hospitalidad —le digo a la espalda de Yvan mirándolo mal ahora que sé que no puede verme. Después salgo de la habitación y cierro de un portazo.

Y

Cuando salgo de la residencia, veo a Lukas apoyado en un árbol, escondido entre las sombras.

—Ya veo que ayer por la noche te pusiste dura.

Su voz es suave como la seda y rebosa una cálida aprobación.

Me detengo delante de él esperando a que pase la sorpresa. Me cuesta distinguirlo, lo único que refleja la luz de la luna es la empuñadura de su espada y el broche de su capa. Cuando mis ojos se acostumbran a la oscuridad apenas consigo distinguir el sutil brillo de su piel.

—Pues sí —contesto muy tranquila.

—¿Y? ¿Las ícaras ya te tienen miedo?

—Sí.

—Bien.

Se separa del árbol y se acerca a mí.

Yo reculo y levanto las manos para frenarlo.

—Oh, no. Tengo que alejarme de ti.

Sonríe de oreja a oreja.

—De eso nada.

Reculo un poco más.

—Lo digo en serio. O Fallon me matará.

—No te matará. Solo convertirá tu vida en un infierno. Pero vale la pena, ¿no crees?

Antes de que pueda comentar su falta de modestia, agita la varita y me descubro atada y entre sus brazos. Las ataduras desaparecen en cuanto me abraza y me besa en el cuello. Yo le empujo con poca convicción y él se ríe.

Mi determinación se debilita, se la lleva el frío aire de la noche.

—¿Por qué está tan obsesionada contigo? —pregunto sin aliento.

Esboza una pícara sonrisa oscura.

—¿No lo sabes?

Le miro frunciendo el ceño y me separo un poco de él.

—Pensaba que no teníais afinidad.

Ladea la cabeza.

—Exacto. Ya te lo expliqué. A ella le parece excitante. A mí no.

«¿Y nosotros qué afinidad tenemos?», me pregunto mientras él me acaricia la espalda.

Me acerca un poco más a él y siento la caricia de su aliento en la oreja.

—Todo ese fuego. Y la madera. Encajamos bastante bien, ¿no te parece?

Se me acelera la respiración y le pongo la mano en el pecho. Está muy caliente.

Lukas sonríe y da un paso atrás, me ofrece el brazo.

—¿Adónde me llevas? —pregunto con cierto recelo cuando veo que me vuelve a llevar hacia el mismo lugar del que vengo.

—Confía en mí —dice—. Quiero enseñarte que este lugar tiene mucho más que ofrecer que un par de ícaras locas.

Nos adentramos por las calles de la universidad iluminadas por antorchas, dejamos atrás las residencias de estudiantes y las casas de los artesanos. Al final nos paramos delante de un edificio muy elegante decorado con impresionantes tallas de madera y en cuya fachada se ven escenas de *El*

Libro de la Antigüedad en cada arco y abertura.

Es un museo de arte gardneriano.

El joven cadete que está de guardia se pone firme en cuanto ve a Lukas y le entrega un llavero sin hacer preguntas.

Entramos en el edificio y Lukas me guía por las salas desiertas al tiempo que va encendiendo los candiles con un toque de varita a medida que vamos avanzando. Le sigo y vamos dejando atrás esculturas y pinturas hasta llegar a una sala circular.

Cuando Lukas ilumina la estancia me asombra ver los instrumentos expuestos en ella, muchos protegidos por gruesos armazones de cristal. En el centro de la sala hay un piano de cola cubierto de tallas de pájaros de diferentes especies que vuelan por las ramas oscuras.

Me llama mucho la atención uno de los violines que está protegido debajo de un cristal.

—Es un violín Dellorosa —jadeo sorprendida.

Son los violines más caros de toda Erthia. Utilizan la magia para conseguir que estén perfectamente afinados, las cuerdas del arco están hechas con pelo de corceles de asteroth, y está decorado con oro puro.

Lukas desenvaina la varita, recita un hechizo y señala el armazón protector. Una tenue luz verde ilumina la cerradura y se abre. Levanta la protección de cristal, saca el estuche y me ofrece el violín.

Yo alzo las manos para detenerlo.

—Yo no... no podría...

Me acerca el instrumento mágico con insistencia.

—Se hizo para que alguien lo tocara, no para estar encerrado en una jaula de cristal.

Transijo y acepto el violín sintiendo la punzada de excitación de estar haciendo algo prohibido. Sostengo el exquisito instrumento como si fuera un recién nacido, sintiéndome como si volviera a ser una niña y me acabaran de dar el regalo de Yule que llevo tanto tiempo esperando.

Lukas se acerca al piano y me hace señas para que le siga.

—¿Qué vamos a tocar? —pregunto emocionada.

Sonríe y desliza los dedos por las brillantes teclas del piano.

—Lo reconocerás.

Y tiene razón. Es *Deep Forest Dream*, de Filyal.

Todo el mundo conoce esta pieza, pero tocada con estos instrumentos en perfecta armonía se convierte en algo completamente diferente. Han

desaparecido los nervios que tuve en la fiesta de mi tía. Aquí, a solas con él, me sumerjo en la música y toco la parte del violín entrelazándola con las notas del piano sinuosamente, como si lleváramos toda la vida tocando juntos. La música es un beso largo y lento, los dedos de Lukas entrelazan las intensas notas de la pieza con las mías. Mientras tocamos pierdo la noción del tiempo. Lukas toca muy serio y desplaza los dedos por las teclas del piano con habilidad.

Mucho después, cuando Lukas pone el broche final a la pieza y se apoya las manos en las rodillas, yo bajo el violín y le sonrío. Él me devuelve la sonrisa y puedo sentir el calor en su mirada. Me doy media vuelta nerviosa y vuelvo a meter el instrumento en el estuche con cuidado.

Cuando estoy colocando el arco, Lukas se planta detrás de mí. Me coge por la cintura y siento la calidez de su aliento en la mejilla.

—Ha sido precioso.

Se me quedan las manos heladas sobre el arco. Lukas empieza a rozarme el cuello con los labios y me quita una mano de la cintura para apartarme el pelo con delicadeza y poder besarme la piel.

Y entonces dejo de respirar.

Suelto el arco y me doy media vuelta con la espalda apoyada en el piano.

Lukas me vuelve a abrazar y me besa. Yo me dejo llevar por sus besos y me interno en la cálida piscina de sus caricias. Mientras me besa noto un extraño y delicioso hormigueo en las plantas de los pies que me trepa por los tobillos. Me cambio el peso de pie disfrutando de la sensación y Lukas me estrecha con más fuerza. Huele muy bien, como los pinos del bosque profundo, es una fragancia tan cálida como una hoguera de medianoche. Suspiro y me dejo arrastrar un poco más.

Le deslizo los dedos por el cabello. Noto cómo sonrío con la boca pegada a mis labios mientras yo dejo resbalar la mano por sus patillas y sigo por la piel suave de detrás de las orejas. Lukas ronronea y me besa con más fuerza.

De pronto las chispas de mis tobillos se intensifican y me viene a la cabeza la imagen de un árbol hecho de relámpagos negros, y el poder de las suelas de mis pies me trepa hasta las puntas de los dedos provocándome una feroz oleada de placer. Me estremezco y grito abrumada por esa sensación tan poderosa.

Me aparto de Lukas.

—¿Qué ha sido eso? —jadeo mientras un eco oscuro palpita en mi interior, me flaquean las piernas.

Lukas se agarra a mí y me mira sorprendido.

—No lo sé —dice con la voz grave y entrecortada—. Nunca había sentido nada parecido.

Le cambia la expresión de la cara, de la sorpresa pasa al apetito.

Se abalanza sobre mí, me besa en los labios y se me pega con mucha fuerza.

Yo jadeo cuando vuelvo a ver la imagen del árbol. Las oscuras y sinuosas ramas se deslizan por mi cuerpo mientras noto las manos de Lukas por todas partes.

Pero es demasiado. Demasiado rápido. Me siento como si me arrastrara la corriente del mar.

Intento apartarme de él, separarme de ese fuego negro, pero él me sujeta con más fuerza. Separo la boca de sus labios.

—Lukas —consigo decir—. Para. Quiero marcharme.

Se retira, solo un poco, y me mira con tal ferocidad que me siento alarmada.

Busco la salida muy nerviosa.

Lukas se separa de mí con una mirada depredadora en los ojos. Levanta las manos en señal de rendición y esboza una lenta y oscura sonrisa. Me hace una pequeña reverencia y me tiende la mano para que se la coja.

Vacilo un momento, ahora le tengo un poco de miedo. Estoy muy confusa y soy muy consciente de mi vulnerabilidad.

Pongo la mano en la suya sin estar muy segura de lo que hará. Pero se limita a acompañarme hasta la salida del museo sin decir una sola palabra, pasamos junto al joven guardia y nos adentramos en el frío aire de la noche.

Imperdonable

Cuando vuelvo a la Torre Norte hay dos elfos esperándome en el pasillo de mi habitación. El intimidante hermano de Wynter y el esbelto elfo que estaba con él esta mañana están apoyados en el alféizar de la ventana. Se ponen derechos al verme entrar, los dos van armados con arcos y aljabas repletas de flechas.

—Elloren Gardner —dice el hermano de Wynter con una expresión seria y un acento muy marcado—. Me llamo Cael Eirilyn, soy hermano de Wynter Eirilyn, y este es mi segundo, Rhys Thorim. —Hace una pequeña reverencia a regañadientes antes de continuar—. Necesito hablar contigo.

Se me acelera el corazón.

—Lo que tienes que hacer es marcharte —insisto mirando con nerviosismo la puerta que tengo detrás—. No es apropiado que estés aquí.

Cael no hace ademán de transigir.

—Mi hermana me ha explicado que la has amenazado —dice dando un paso adelante—. Y he venido a pedirte, con respeto, que la dejes en paz.

Debe de estar de broma.

—Quizá los ícaros deberían dejar de atacar y abusar de la gente si lo que quieren es que los dejen en paz —contesto señalando nuestra habitación con un dedo acusador.

Me mira con los ojos como platos.

—¿Mi hermana te ha atacado? Wynter no ha atacado a nadie en toda su vida. En realidad ni siquiera la he oído hablar mal de nadie, ni siquiera sobre las personas que la han tratado mal.

Me pongo tensa ante tanta injusticia.

—Ariel Haven me atacó la primera noche que pasé aquí —contesto—. Estuve encerrada en un armario toda la noche pensando que iba a morir, y tu hermana no levantó ni un dedo para impedirselo.

—Mi hermana... —Cael vuelve a intentarlo. Esta vez suaviza el tono para que parezca que está haciendo un gran esfuerzo—. Si la conocieras... es

una chica decente y buena. Los deargdul, o los ícaros, como los llamas tú, son tan odiados por los elfos como por los gardnerianos. Nuestro libro sagrado, *El Elliontorin*, habla de la maldad de los seres alados y demoníacos. Hay muchos elfos que quieren que exilien a mi hermana para siempre. Otros preferirían que la metieran en la cárcel, o cosas peores. Está aquí porque no tiene adónde ir. Si se lo pones difícil, si decides mentir sobre ella, no tendrá a nadie de su parte, salvo a mí y a Rhys Thorim.

Vacilo confundida por un momento. Pero entonces recuerdo lo que me ha pasado por ser débil. No puedo permitirme ser débil.

«Dominar o ser dominada.» Casi puedo escuchar a Lukas susurrando en mi cabeza.

Recupero la determinación.

—Eso me viene muy bien, ¿no crees?

Cael se pone tenso y la rabia se refleja en sus ojos.

—Ya debería saber que uno no puede esperar que un gardneriano muestre compasión.

Me hierve la sangre.

—¡Tampoco deberías haber esperado que me dejara pisotear por un par de ícaros!

Cael está enfadado, pero en los ojos de Rhys veo tanto dolor que me hace dudar.

—Has dejado muy claro lo que piensas, Elloren Gardner —dice Cael con fría formalidad—. No te robaremos más tiempo. Buenas noches.

Inclina un poco la cabeza y ambos elfos se marchan.

—¿Por qué hay una gallina en la habitación? —me quejo cuando entro en mi asqueroso dormitorio.

Hay una gallina correteando por la habitación y el suelo está cubierto de comida para pájaros y también de excrementos.

Ariel me lanza una mirada cargada de odio, coge la gallina y se la pega al pecho con actitud protectora.

—¡Saca la gallina de aquí ahora mismo! —le ordeno.

La ícara se levanta con la gallina en las manos.

—¡No! ¡Como te acerques a Faiga, Bruja Negra, quemaré todas tus cosas!

—¿Tiene nombre? ¿Le has puesto nombre a una gallina? La has robado del corral del comedor, ¿no?

Doy un paso amenazador hacia ella.

—¡Te lo advierto, gardneriana! ¡Aléjate de mi gallina o te quemaré la cama!

—Adelante —la desafío—. ¡Te expulsarán!

Ariel da un paso hacia mí sin amedrentarse.

—Me expulsarán si te quemo a ti —aúlla—, ¡no tus cosas! —Esboza una lenta y malvada sonrisa—. Y créeme, Bruja Negra, eso es lo único que me impide hacerlo.

Sé que debería seguir peleándome con ella. Hacerme con la ventaja por mucho que tenga que amenazarla. Pero de pronto me siento agotada, no puedo más.

—¡De acuerdo! —transijo lanzándole una mirada de asco—. Quédate tu estúpida gallina. De todas formas la habitación ya no puede estar más asquerosa. Es como vivir en una pocilga.

—¡Con una cerda gardneriana! —ruge Ariel.

—Cállate, ícara.

Wynter hace una mueca de dolor al oír esa palabra, sus enormes ojos plateados asoman por encima de las alas con las que se rodea el cuerpo. Cuando veo el miedo que tiene, me siento avergonzada, pero la rabia y el cansancio me nublan los sentidos.

Encontraré una forma de vencer a Ariel. Solo necesito dormir un poco.

Me despierto en medio de la noche. Alguien está cantando. Abro un poco los ojos.

Es Ariel.

Está sentada en la cama y le canta en voz baja a la gallina, y le murmura cosas. No hay ni rastro de su habitual pose rabiosa. Tiene la mirada clara, como la de una niña. La gallina la está mirando y hace un relajado ruidito, un cloqueo, casi como si le estuviera murmurando ella también.

Es una escena extrañamente serena, y presenciarla me hace sentir inquieta y un poco avergonzada.

Wynter está sentada a los pies de la cama delante de una hoja de pergamino apoyada en una madera. Está dibujando a Ariel y a la gallina con sus delgadas alas negras plegadas a la espalda. Tiene un brillante lápiz blanco en la mano y lo va girando de distintas formas mientras dibuja. Me sorprende advertir lo bonito que es el dibujo, la extraña herramienta que está utilizando para hacerlo no solo sirve para dibujar en distintos colores, además puede captar la luz del fuego de forma que parpadea en el papel. Recuerdo que Lukas me había dicho que Wynter es una artista.

«Para», me advierto.

Me obligo a recordar el miedo que pasé la primera noche que llegué, que Ariel me atacó, que tuve que esconderme en el armario, que Wynter no intentó detenerla. Que los ícaros de Valgard estuvieron a punto de matarme.

Dejo de pensar y vuelvo a dormirme.

Vuelve a visitarme en sueños.

La selkie.

Me está siguiendo por el bosque, intenta seguir mi paso firme. Las hojas del otoño crujen bajo mis pies.

Yo parezco la Bruja Negra, mi capa, larga y elegante, flota a mi espalda.

La selkie está intentando comunicarse conmigo desesperadamente en un idioma que no entiendo y que no tengo ningún interés en entender. Corre a mi lado y vuelve a tropezar porque yo me niego a aminorar el paso por ella, me niego a prestarle atención, y la veo como un objeto que entra y sale de mi visión periférica. La ignoro mientras ella tropieza y se cae una y otra vez.

Cuando el sueño desaparece tras un fundido en negro, me quedo con la incómoda sensación de que al negarme a aflojar el paso y mirarla, contemplarla de verdad, me estoy perdiendo algo.

Algo de vital importancia.

Declive

Mi mundo se reduce a un calvario de trabajo infinito, falta de sueño y abusos.

Fallon me congela la tinta en todas las clases de Metalurgia, así que acabo utilizando lápices. Un día lo olvido y Curran Dell me desliza uno mirándome con compasión a escondidas; oculta la antipatía que siente por Fallon, pero es evidente.

Cuando ve que no puede impedir que tome apuntes, Fallon deja de congelarme el tintero. En lugar de eso decide pegar mi silla al suelo con hielo para que me cueste muchísimo levantarme, me congela la capa y apaga las llamas que enciendo para hacer los experimentos en el laboratorio. Lo hace con sutileza para que el profesor no lo note, y yo no puedo hacer nada para evitarlo.

Y no deja de sonreír, como si fuera divertidísimo.

La carga de trabajo de una aprendiz de farmacia es increíble, tengo que pasar muchísimas horas memorizando datos y preparando medicinas. Además tengo que sobrellevar la carga extra que supone trabajar en esa cocina tan hostil, soportar la feroz mirada verde de Yvan Guriel, además de las tareas adicionales que me impone la prima de Fallon.

—No me estoy acercando a Lukas —le digo agotada a Gesine una tarde mientras me observa cuando limpio los tubos de ensayo manchados de carbón.

Ella levanta la vista de sus papeles sin impresionarse y me mira entornando los ojos.

—Bueno, tendremos que mantenerte ocupada para asegurarnos de que es así.

Además de todo eso, sigue siendo todo un reto convivir con mis compañeras de residencia ícaras.

Ariel sigue mostrándose muy protectora con su gallina. Si me acerco al animal empieza a gritar algo ininteligible sobre jaulas y prenderme fuego.

Está completamente loca, y la sorprendo haciendo cosas muy raras, como cuando se hace cortes con un cuchillo, introduce el filo en la piel muy despacio hasta que le sale sangre y suma una cicatriz más a las muchas que tiene en los brazos. Si me pilla mirándola sisea y arruga la cara, tira el cuchillo al suelo y se vuelve hacia la pared con las alas apoyadas en la cama como si fueran un par de hojas podridas y marchitas.

Debajo de la cama guarda un alijo de bayas negras que huelen fatal. No sé lo que son y tomo nota mental de averiguarlo en cuanto tenga la ocasión. Ariel se pasa el día comiéndolas mientras mira el techo con apatía. Otras veces parece perderse en libros sobre cuidado de animales, la mayoría sobre pájaros.

Wynter sigue pareciendo un fantasma, suele quedarse sentada en el alféizar de la ventana, escondida entre sus alas. Jamás habla cuando estoy yo, y estoy empezando a preguntarme si llegará a hablarme algún día.

No parece que ninguna de las dos tenga frío nunca, y jamás se molestan en encender el fuego. Y por muy congelada que esté, evito acercarme a la asquerosa chimenea, porque está en la otra punta de la habitación y no quiero despertar la ira de Ariel. Pero a medida que avanza el otoño, la habitación está cada vez más fría, y yo me estoy quedando sin capas de ropa de invierno para ponerme bajo la colcha.

Casi cada noche la selkie de Valgard me visita en sueños, y me despierto envuelta en un sudor frío, sintiéndome perdida, sola y asustada. Cuando eso ocurre lo único que me ayuda a relajarme es la calidez de mi colcha y el recuerdo de cuando mi madre me acurrucaba en ella.

«Y la varita. La varita blanca.»

La he escondido en la funda de la almohada y me siento extrañamente unida a ella. Se ha convertido en una especie de talismán y mis manos se sienten atraídas por ella y la buscan por encima de la tela. Al principio era como un libro en blanco, pero poco a poco la varita me va revelando su madera de origen. Me rindo a ella cada noche y dejo que la madera de la varita me proyecte imágenes de ramas blancas en la mente. Se despliegan en el interior de mi cabeza, se llevan mis preocupaciones y mis miedos, y me acurrucan mientras unos pájaros blancos anidan en los recovecos secretos de la varita.

Y a veces me atrevo a soñar, ¿y si es verdad que se trata de la Varita Blanca de la leyenda?

Un día llega una carta de mi tía Vyvian.

A mi sobrina:

He recibido tu carta y me ha quedado muy claro que estás en una situación horrible.

He hecho gestiones para que te trasladen a una preciosa residencia en Bathe Hall. Allí tendrás una habitación para ti sola y solo tendrás que compartir el espacio común con una tranquila estudiante gardneriana y una chica elfa (a la que tendrás que soportar para cumplir con las absurdas normas sobre integración de la universidad).

Tanto el dormitorio como las zonas comunes tienen unas vistas preciosas de los

Jardines Centrales de Verpax. Tendrás doncella y un comedor privado, y podrás elegir el menú. Bathe Hall es cálido y cómodo, no tiene nada que ver con la Torre Norte, y más ahora que se acerca el invierno, imagino.

Cuando te traslades, me encargaré de pagarte los estudios, y así no tendrás que seguir trabajando en la cocina.

Lo único que tienes que hacer es comprometerte con Lukas Grey.

Cuando estés comprometida con Lukas podrás dejar atrás este desafortunado y terrorífico capítulo de tu vida y recordarlo como una dura pero necesaria lección sobre la realidad del mundo a la que debemos hacer frente como gardnerianas.

Por favor, no vuelvas a escribir hasta que haya tenido lugar el feliz compromiso. La directora de la Residencia tiene instrucciones de trasladarte a tu nueva morada en cuanto os comprometáis.

Tu atenta tía:

Vyvian.

Arrugo la carta y la tiro por la ventana del pasillo de la Torre Norte.

Estoy decidida a seguir por el camino más duro.

Una noche veo a Lukas con Fallon Bane fuera del comedor, la guardia militar de Fallon está un poco apartada de ellos. Siento una punzada de celos tan fuerte que por poco se me cae el cesto de raíces que llevo en las manos.

«No tienes ningún derecho a estar celosa —me reprendo—. No tienes ningún derecho sobre él.»

Cuando me ve, Fallon me mira de arriba abajo. Tengo el pelo despeinado y húmedo y las manos teñidas de verde hasta las muñecas. Me lanza una mirada victoriosa y aprovecha para poner la mano en el hombro a Lukas.

«Quizá Lukas haya decidido valorar las afinidades mágicas de Fallon», pienso con acritud. Ya hace dos semanas desde la última vez que le vi y me prometí alejarme de él intimidada por su agresividad y sus feroces poderes, además de la actitud territorial de Fallon.

Lukas se gira y me mira.

Se me hace un nudo en el estómago cuando recuerdo la cálida y apasionada sensación de sus besos, el abrumador poder de su magia. Me obligo a apartar la mirada antes de que pueda detectar mi dolor y me marcho a toda prisa.

Algunas noches después encuentro un montón de partituras para violín esperándome en un banco de piedra del vestíbulo de la Torre Norte. Es de un compositor que Lukas sabe que admiro, las partituras están escritas por el propio compositor y rubricadas con una floritura. Mientras sostengo el regalo de Lukas con olor a medicina en las manos, siento una intensa punzada de tristeza.

Lukas y yo encajamos. Fuego y fuego. Ramas entrelazadas.

Vuelvo a pensar en la carta de la tía Vyvian y en lo mucho que mejoraría mi situación si yo transigiera y me comprometiera con Lukas.

«Pero ese fuego negro que hay en él... Es demasiado.» Niego con la cabeza mientras paso las páginas de las partituras con pesar.

Es imposible. Rafe tiene razón sobre Lukas Grey. Por mucha afinidad que tengamos, es demasiado poderoso, demasiado impredecible. Y demasiado sofisticado para mí.

Debería estar con Fallon Bane.

Venganza

—Hacer el mal y crear problemas forma parte de la naturaleza de los ícaros

—me dice el sacerdote Simitri mientras me limpio las lágrimas después de volver a quedarme en su clase al terminar.

Me encantan las clases del sacerdote Simitri. Al contrario que la profesora Lorel, que es justa pero abrumadoramente dura, el sacerdote Simitri rebosa una refrescante pasión sonriente por las dos asignaturas que imparte, tanto por la flora como por la historia de Gardneria.

Y no solo es un profesor entusiasta y paciente, también se ha convertido en mi confidente, me apoya mucho y es tan amable conmigo como el tío Edwin.

Sorbo por la nariz y miro la pizarra por encima del hombro del sacerdote Simitri: veo una ilustración de dos soldados gardnerianos con las varitas alzadas enfrentándose a cuatro ícaros de ojos rojos con las alas negras desplegadas.

«Superados en número por los ícaros. Igual que yo.»

Vuelvo a aspirar con fuerza por la nariz consciente de lo cansada que estoy, como si fuera una ancla que hubieran lanzado a las profundidades del océano.

—Las ícaras me asustan —le digo—. No... no duermo muy bien.

Asiente comprensivo y me estrecha el brazo.

—Sé fuerte, Elloren. La Edad de oro se acerca. La Bruja Negra se alzaré y acabará con ellos. Con los ícaros, los célticos, los cambiaformas, desaparecerán todas las razas infieles.

«Sí, pero si es Fallon Bane, quizá acabe también conmigo.» Me está mirando fijamente, quiere ver si asimilo todo el peso de la Profecía. Me froto la cicatriz de la muñeca mientras intento encontrar consuelo en sus palabras. Quiero creer que hay otra Bruja Negra de camino que curará al mundo sin crueldad ni maldad. Pero noto que las dudas me arrastran y me sumo en una

melancolía cada vez más y más oscura.

Por mucho que quiera resistirme a ir en contra de los deseos de mi tío, sé que si nada cambia, al final cederé y me comprometeré con Lukas Grey —o prácticamente con el primero que me acepte— solo para salir de mi calabozo de la Torre Norte.

Esa noche me descubro dormida en la cocina, con la cara enterrada en una tarta de arándanos que debía estar montando. Cuando abro los ojos me doy cuenta de que tengo la mejilla, la sien y el pelo llenos de mermelada. No tengo ni idea de cuánto tiempo llevo así. Ya hace tiempo que se han marchado todos, salvo Iris Morgaine. Yvan entra en la cocina con un montón de leña debajo del brazo para que al día siguiente puedan encender el fuego.

Me quedo helada, no quiero que se dé cuenta de que estoy aquí.

Iris se acerca a Yvan cuando él deja la leña en su sitio.

—Toma, prueba esto —le propone flirteando juguetona, y le ofrece una pastita.

—Tengo las manos sucias —contesta él sonriendo un poco.

—Solo tienes que abrir la boca —le provoca ella con tono sugerente. Se pega a él y le acerca la pastita a los labios.

Él obedece un tanto incómodo y ella le mete la pastita en la boca paseándole el pulgar por el labio para limpiarle una mancha de baya.

Cuando no me está mirando mal es muy atractivo. Sus labios carnosos contrastan con las líneas ásperas de su rostro y sus ojos parecen un rayo de sol atravesando un cristal verde. Por un momento me siento abrumada por su belleza.

Me recuerdo que es un celta, probablemente no sea muy distinto del chico que sedujo a Sage para que rompiera su compromiso. Y también está la verdad innegable de que no me soporta.

—¿Qué te parece? —pregunta Iris, que sigue pegada a él.

—Está buena —murmura masticando y mirándola fijamente.

—¿Quieres más?

Por su tono es evidente que no le está ofreciendo solo pastitas.

Yvan traga saliva como fascinado.

—Vaya, te he manchado un poco la barbilla —ronronea ella.

Yvan recula un poco.

—No pasa nada.

Iris no se inmuta y alarga la mano para limpiarle las miguitas de la barbilla, y después se acerca a él y le roza el cuello con la nariz con actitud

juguetona.

Él se queda de piedra algo incómodo y parece que esté luchando contra un montón de poderosas emociones. —Iris...

Cuando los veo así siento una punzada de celos.

Aquí estoy, con una tarta de arándanos pegada a la cabeza y la lengua azul a causa de la tintura de boswillin que estoy tomando para tratar el dolor de pecho que me ha provocado dormir en esa torre helada. Últimamente voy por ahí con un aspecto horrible, ni siquiera la ropa elegante que me compró la tía Vyvian consigue esconder el lamentable estado en que me encuentro. Y ver a Iris Morgaine, la chica que me atacó aquella vez, pasárselo tan bien con el absurdamente atractivo Yvan Guriel, me provoca un resentimiento tan intenso que me sorprende. Tengo ganas de echarme a llorar y de lanzarles el cuenco de mermelada.

Yvan me mira de pronto, como si hubiera percibido mis amargos pensamientos. Me pongo roja como un tomate de vergüenza.

Humillada, saco la cabeza de la tarta por el agujero que mi cara ha dejado en la mermelada y la masa.

Iris también me ve y su actitud juguetona desaparece de golpe. Le susurra algo a Yvan al oído.

—No, no sabía que estaba aquí —contesta sin dejar de mirarme a los ojos.

Iris le sisea algo más y se marcha enfadada dando un portazo.

Yvan sigue fulminándome con la mirada, sin duda regodeándose del aspecto que tengo: la nieta de Carnissa Gardner, que no tiene poderes, no puede caer más bajo.

Le devuelvo la mirada de odio mientras se me llenan los ojos de lágrimas y me empiezan a temblar los labios; de pronto no puedo ocultar el dolor que siento.

Yvan parece confuso, y después preocupado.

Me duele ver cómo se suaviza su expresiva mirada verde, y después siento un repentino y feroz resentimiento hacia él y hacia Iris, y porque todo el mundo parece estar aquí más cómodo que yo aquí.

Dejo de mirarle —estoy temblorosa y me esfuerzo por contener mis humillantes lágrimas llenas de rabia—, cojo un paño húmedo y me limpio la mermelada de la cara.

No pienso darle la satisfacción de ponerme a llorar.

Cuando empiezo a verlo todo borroso suelto el trapo y me marchó. Corro todo el camino hasta la gélida Torre Norte, me tiro en la cama, cierro los ojos con fuerza para no ver a las odiosas ícaras y lloro hasta quedarme dormida.

A la mañana siguiente me despierta un estruendo. Todavía estoy temblando y no me he recuperado de otra pesadilla con la selkie. Miro a mi alrededor desorientada. Ariel y Wynter no están, pero la gallina de Ariel está encima de mi mesa picoteando mis plumas y mis papeles, y no deja de tirar mis cosas a la silla y al suelo. Entonces veo que el retrato de cerámica de mis padres está hecho añicos en el suelo.

El único retrato que tengo de mis padres.

La rabia me recorre como si fuera una avalancha. Me levanto de la cama, corro hasta la mesa, me agacho y recojo un trocito del retrato, todavía se ve el ojo de mi madre en el minúsculo pedazo.

Me echo a llorar.

Jamás volveré a ver las caras de mis padres.

Mi rabia crece y crece hasta convertirse en una ola gigantesca.

Se acabó. Ha llegado la hora de contraatacar. Que Ariel intente quemarme. Habrá valido la pena. Así podré ir al despacho del rector y hacer que la vuelvan a ingresar en el manicomio donde creció.

Me levanto y me pongo algo de ropa.

Después cojo la gallina de Ariel, la saco de la habitación y la dejo en la hierba congelada.

Sé que es muy probable que la gallina no sobreviva mucho tiempo en aquel sitio. También es probable que alguien la coja y la vuelva a llevar al corral. O se la comerá algún depredador.

Reprimo una pequeña punzada de culpabilidad y me voy a clase.

Las clases pasan muy despacio. Y durante las clases y las horas de laboratorio no consigo dejar de sentirme incómoda.

«Se lo merece —me digo enfadada mientras muelo raíces y ayudo a Tierney a preparar una destilación nueva—. Y solo es una gallina. Robada del corral. Ya hace tiempo que debería haber acabado en un plato o convertida en sopa.»

A última hora de la tarde me marchó a la Torre Norte con ganas de soltar la pesada mochila que llevo colgada al hombro antes de ir a trabajar a la cocina. El día es tormentoso y gris; subo por la colina bajo una suave lluvia gélida, a cada paso que doy estoy más enfadada con Ariel.

Cuando por fin llego a la Torre Norte estoy mentalmente preparada para la batalla, dispuesta a vérmelas con ella.

Subo los escalones y al ir acercándome al piso voy sintiéndome menos culpable.

«Se lo merecía. Se lo merecía», voy repitiendo.

Cuando llego al piso de arriba y cruzo el inquietante silencio del pasillo, percibo un olor extraño, como a chamusquina. Me pongo muy nerviosa, cojo la manecilla fría de la habitación y abro.

Cuando veo lo que ha hecho me quedo de piedra.

Mi colcha. Mi posesión más preciada.

Está en medio de la habitación desierta, reducida a un amasijo carbonizado, solo queda un pedazo que sigue ardiendo, las llamas crepitan y desintegran la tela seca.

Corro hacia la colcha gritando. Apago las llamas a golpes y me quemo los dedos cuando cojo el pedazo que queda, casi me desmayo cuando el retal se desintegra en mis manos.

La ha destrozado.

Caigo de rodillas delante de las humeantes cenizas de la única conexión que me quedaba con mi madre y me echo a llorar.

—Quiero que se marche.

Lukas se vuelve. Está observando a una larga fila de cadetes que lanzan flechas por el aire húmedo y frío hacia unas dianas circulares. El crepúsculo se está adueñando del cielo y ya han empezado a encender las antorchas.

Lukas me mira sorprendido cuando ve mi expresión.

—¿Quién? —pregunta entornando los ojos.

—Ariel.

Me mira un buen rato y después me coge del brazo y me aleja de los arqueros.

—¿Qué ha pasado? —pregunta.

—Eso no importa —le digo con un tono de voz implacable—. Quiero que desaparezca. Me da igual lo que tengas que hacer para conseguirlo.

Espero que me diga que libre mis propias batallas. Y si lo hace podría odiarlo para siempre. Pero adopta una expresión calculadora.

—La única forma de echarla es conseguir que te ataque —me advierte.

—Me da igual.

Respira hondo y hace señas en dirección a un banco.

—Muy bien —dice esbozando una oscura sonrisa—. Siéntate. Cuéntame

todo lo que sepas sobre Ariel Haven.

Después de una larga conversación con Lukas me siento más animada, convencida de que él encontrará una forma de ayudarme a expulsar a Ariel de la universidad y alejarla de mí. Pero en cuanto vuelvo a estar sola, recuerdo mi colcha destrozada y vuelvo a sentirme desolada.

Voy a trabajar a la cocina sumida en una niebla de desesperación, distraída e incapaz de concentrarme en la sencilla labor que Fernyllia Hawthorne me ha encomendado, que consiste en remover una cacerola llena de salsa de carne, y no consigo reprimir las lágrimas.

Iris y Bleddyn no se esfuerzan en ocultar el placer que les produce verme tan derrotada, e intercambian miraditas satisfechas.

—Vaya, la Cucaracha está triste —le comenta Bleddyn a Iris en voz baja con tono jocosos. Cada vez se muestran más atrevidas, como si estuvieran tanteando el terreno.

—Ooooh.

Iris mira a Bleddyn de reojo con una expresión de complicidad mientras va sacando galletas de unas bandejas y las va colocando en cestos.

Bleddyn clava el cuchillo en la carcasa del pollo asado que está desmembrando con más fuerza de la necesaria. Me sobresalto al sentir el ruido del cuchillo y la enorme chica urisca sonrío entornando los ojos.

Iris suelta una carcajada.

Yvan entra en la cocina con un montón de leña. Cuando me ve se detiene con enojada sorpresa y me atraviesa con sus ojos verdes.

—¿Por qué estás llorando? —pregunta con aspereza.

—Por mi colcha —contesto mientras veo cómo mis lágrimas aterrizan en la salsa—. La han destrozado.

No tengo ni idea de por qué me molesto en confesárselo, tampoco es que le importe realmente por qué estoy triste.

Esboza una mueca de indignación.

—¿Estás llorando por una colcha?

—¡Sí! —aúllo entre sollozos odiándole, odiando a Iris y a Bleddyn, odiándolos a todos.

—Debe de ser agradable ser gardneriana —se burla Yvan abriendo la puerta del horno para meter unos cuantos troncos—. Debe de ser agradable vivir una vida tan relajada que la pérdida de una colcha constituya una gran tragedia.

—Exacto —contesto con la voz apelmazada—. Los gardnerianos

vivimos muy relajados.

Esboza una mueca cargada de repugnancia.

—Lamento tu pérdida.

—¡Déjame en paz, celta! —rujo.

Iris e Yvan comparten una mirada de complicidad.

—Con mucho gusto —contesta Yvan fulminándome con la mirada.

Mete más leña en el horno y cierra de un portazo.

Familia

Esa noche vuelvo a la Torre Norte cargada de libros y notas. Un odio rancio y vigoroso alimenta mis pasos. Me imagino empujando a Ariel, destrozándole esas alas asquerosas que tiene.

Subo por la escalera de caracol de la torre con los puños apretados, entro en el vestíbulo y me quedo de piedra.

Ariel está desmayada en el suelo con las alas flácidas a la espalda. Wynter la está acunando sin dejar de murmurar en élfico. Me mira con los ojos abiertos como platos y horrorizada.

La gallina de Ariel está muerta.

Lukas consiguió encontrarla.

Está colgada de la puerta con dos estacas clavadas en el pecho y tiene la cabeza colgando. Las alas amputadas están apuntaladas a ambos lados del cuerpo del animal. La sangre resbala por la puerta y gotea en el charco que se ha formado en el suelo.

—Oh, no —susurro—. Oh, Gran Ancestro.

—Se ha desmayado —me dice Wynter, se me hace extraño oír por primera vez su acento—. No ha podido soportarlo. La criatura alada... era un familiar.

Estoy hecha un lío.

—¿Un familiar?

—Las criaturas con alas. Nosotras podemos hablar con ellas. Con la mente. —Las lágrimas empiezan a resbalar por el pálido rostro de Wynter—. Ariel le tenía mucho cariño a esta gallina —dice llorando—. Elloren Gardner, ¿por qué lo has hecho?

Se me seca la boca.

—Yo... yo no quería que pasara esto.

—Esto podría desequilibrarla. Provocarle una regresión.

La cabeza me da vueltas.

—¿Una regresión?

De pronto Ariel se convulsiona entre los brazos de Wynter y se retuerce poniendo cara de pena. Entonces abre los ojos y se vuelve hacia mí. Al principio recula al verme, pero se recupera enseguida y en sus ojos arde un brillo aterrador. Se separa muy despacio de Wynter sin dejar de mirarme mientras Wynter le murmura frenéticamente en élfico.

Ariel se levanta y despliega lentamente las alas.

Yo reculo con el corazón acelerado.

—¡Te-Voy-A-Matar!

Aparta a Wynter y se abalanza sobre mí.

Ariel me tira al suelo y mi mundo se sume en el caos. Sus puños, sus uñas, las patadas que me da con los pies; está por todas partes: me da puñetazos y me araña mientras yo hago todo lo que puedo por defenderme. Percibo el sabor metálico de la sangre y el miedo se apodera de mí. Wynter le grita algo a Ariel mientras intenta separarla de mí, pero no lo consigue. Ariel es muy fuerte. Yo solo consigo reducir el impacto de sus golpes agitando los brazos, pero no logro evitar ninguno.

Y entonces, cuando está de rodillas encima de mí y yo la sujeto con fuerza de las muñecas, Ariel flaquea de pronto. Frunce los labios y suelta un siseo aterrador mientras se le nublan los ojos verdes, como si fuera una capa de escarcha formándose sobre el agua, hasta que no son más que dos ventanas opacas a la nada. Sus ojos van cambiando de color y alternan el verde y el blanco mientras yo la observo horrorizada.

En ese momento Wynter la abraza y tira de ella hacia atrás, la arrastra por el suelo frío y la separa de mí. Ariel se pone tensa y se le cierran los ojos. Parece que vuelva a estar inconsciente, que se haya perdido en algún infierno privado. Cuando Wynter la saca arrastrando por la puerta, Ariel abre los ojos.

—¡Bájala! —grita cuando la gallina descuartizada aparece en su campo de visión.

Se deshace de Wynter y se abalanza sobre la puerta. Se deja caer de rodillas y pone las manos sobre los regueros de sangre.

—¡Preciosa mía! —aúlla—. ¿Qué te han hecho?

Wynter se acerca a mí con los ojos abiertos como platos.

—Deberías marcharte, Elloren Gardner.

Me tambaleo de un lado a otro al levantarme, mareada después de haber recibido tantos golpes en la cabeza. Wynter alarga la mano para ayudarme a no perder el equilibrio.

En cuanto me toca el brazo, Wynter abre la boca, se le cierran los ojos y cae de espaldas al suelo agarrándose la mano como si le ardiera.

—¿Qué pasa? —aúllo.

—Cuando toco a la gente...

Se le apaga la voz y me mira aterrorizada.

Jadeo.

—Eres una émpata, ¿verdad?

Recuerdo al ícaro de Valgard, el que podía leer la mente de las personas con solo tocarlas.

«Por eso el hermano de Wynter se enfadó tanto cuando Rafe la tocó.»
Asiente con cara de espantada sorpresa.

«¿Por qué me tiene tanto miedo? ¿Qué ha visto?»

La bruma horrorizada de Wynter se esfuma cuando le llega el sonido de la voz de Ariel gritando.

—Tienes que marcharte —me suplica levantándose.

Me recompongo y me marcho corriendo.

Me tambaleo a ciegas por la escalera con el corazón desbocado. Me apoyo en la pared con las piernas temblorosas y la vista nublada. Me dejo resbalar por la piedra fría hasta el suelo, mareada. Noto cómo se me empieza a hinchar el ojo donde Ariel me ha golpeado varias veces. Me llevo la mano a la cara para tocarme la herida. Cuando bajo la mano veo que la tengo llena de sangre.

Es mi oportunidad. La que le pedí a Lukas.

Si me presento ahora mismo en el despacho del rector, expulsarán a Ariel de la universidad, la volverán a ingresar en el manicomio de Valgard y le arrancarán las alas. La gente me dará las gracias por haberme deshecho de ella, y la Torre Norte se convertirá en un lugar mucho más seguro donde vivir.

Oigo un suave aleteo y me alejo de mis pensamientos.

Un vigilante.

En el alféizar de la ventana abovedada.

Mirar los ojos serenos y tristes de un vigilante es como caer en una piscina de agua cristalina. Me asaltan los recuerdos, visiones de cosas que he intentado ignorar.

Ariel cantándole a la gallina por la noche, acariciándola con cariño. La forma en que todo el mundo se ríe y ridiculiza a Ariel allí donde vaya. Todo el mundo le gira la cara, se niegan a mirarla.

En el último mes, al contrario que yo e incluso que Wynter, Ariel no ha recibido ninguna carta ni la ha visitado nadie de su familia, jamás ha escuchado una palabra amable de nadie, salvo de Wynter y del Profesor Kristian.

«Es una maligna —insiste una voz en mi interior—. No hay bondad en ella.»

Pero la forma que tenía de preocuparse por ese animal, la gallina que ahora está muerta y clavada a la puerta, era muy tierna.

La pregunta brota por sí misma a la superficie, incluso a pesar de lo mucho que intento reprimirla.

«¿Tan mala es?»

Me doy cuenta de que no sé la respuesta y mientras contemplo los tristes y conmovedores ojos del vigilante de pronto me parece de vital importancia descubrir la respuesta antes de decidir el destino de Ariel.

—¿Cómo has podido torturar a un animal de esa forma?

Encuentro a Lukas en el comedor cenando con otros soldados gardnerianos. Intento ignorar los jadeos y los murmullos sorprendidos que escapan a los soldados y los otros estudiantes al verme la cara. El murmullo aumenta cuando los trabajadores de la cocina y los profesores levantan la vista de su larga mesa junto a la ventana para comprobar a qué viene tanto alboroto.

Lukas se levanta y me mira de arriba abajo esbozando una lenta sonrisa.

—Ha funcionado, ¿verdad?

—¡Ha sido una crueldad!

Por la cara que pone me doy cuenta de que le sorprende mi reacción. Me coge del brazo y me lleva a un lado con aspereza.

—Me pediste ayuda —me recuerda.

Estiro el brazo para soltarme.

—¡Te has pasado!

Se acerca a mí.

—Me dijiste que querías que se marchara —dice—. Mírate ahora. Esta es tu oportunidad. Ve a hablar con el profesor que prefieras. Explícale quién te ha pegado. Échala. Aquí nadie la echará de menos.

Ni siquiera tengo que ir a buscar a ningún profesor. Para mi consternación ya se han levantado unos cuantos de su mesa y se están acercando a nosotros, y entre ellos se encuentra la vicerrectora Quillen.

—¡Santísimo Gran Ancestro! —exclama el sacerdote Simitri, que viene

con su toga negra—. Elloren... ¿quién te ha hecho esto?

Miro a mi alrededor muy nerviosa. Yvan, Fernyllia, Iris, Bleddyn y varios trabajadores más han salido de la cocina para ver a la gardneriana apaleada.

—¿Quién te ha atacado, Maga Gardner? —pregunta la vicerrectora Quillen.

Miro sus inquebrantables ojos verdes y me muerdo el interior de la mejilla para tranquilizarme, tengo la sensación de que las paredes del comedor se están cerniendo sobre mí. Todo el mundo guarda silencio mientras esperan mi respuesta. Tengo que decir algo. Cualquier cosa, antes de que lo haga Lukas.

—He tropezado.

El sacerdote Simitri se sorprende.

—¿Has tropezado?

Asiento.

—Me he caído por la escalera de la Torre Norte. Soy muy torpe. También tropecé en la cocina el primer día que trabajé aquí. —Hago señas en dirección a los trabajadores de la cocina y entorno los ojos en su dirección—.

Pregúnteles a ellos.

Yvan abre los ojos sorprendido. Iris y Bleddyn me miran boquiabiertas. —Necesitas que te vea un médico. —El sacerdote Simitri se adelanta para cogerme del brazo con delicadeza—. Yo te acompaño.

Mientras el sacerdote tira de mí yo me vuelvo hacia Lukas.

Algo irreparable se ha roto entre nosotros. Se ha pasado. No creo que pueda perdonarle.

Lukas parece leerme la mente, me mira con indignación y se marcha.

Esa noche estoy en el cobertizo de la cocina y trasteo a oscuras tratando de encontrar el cierre de una de las jaulas con un saco de arpillera en la mano. Incluso después de los cuidados del médico sigo teniendo el ojo un poco hinchado y me palpita la cabeza.

—¿Qué estás haciendo?

Me sobresalto al oír la dura voz de Yvan. Solo distingo la silueta de su figura alta y desgarbada, lleva un cubo de sobras en cada mano.

—Estoy robando una gallina —contesto con el corazón acelerado—. Para Ariel.

—La ícara —responde incrédulo.

—Puede comunicarse con ellas mentalmente.

Su silueta negra se queda allí un minuto y empiezo a distinguir sus intensos ojos verdes.

—¿Me vas a denunciar por ladrona o vas a dejarme en paz? —le pregunto desafiante—. Porque me encantaría que eligieras una de las dos opciones.

Frunce el ceño como si estuviera muy preocupado y abre la boca como si fuera a decir algo, pero después vuelve a cerrarla y aprieta los labios.

Pierdo el valor.

—Cometí un error —confieso, y se me quiebra la voz. Ya no estoy enfadada, ahora solo estoy avergonzada y he bajado la guardia—. Me equivoqué. No pretendía...

Dejo de hablar porque temo ponerme a llorar. Aparto la mirada.

Cuando vuelvo a mirarle me doy cuenta de que tiene los ojos abiertos como platos, y también ha bajado la guardia, y siento una cálida oleada de sorpresa al percibir lo intensa que es esta breve sensación de inexplicable camaradería.

Yvan se pone tenso y niega con la cabeza como para que me mantenga alejada. Pero se me queda mirando un rato más con una ardiente mirada contradictoria, después se da media vuelta de golpe y se marcha.

Cuando vuelvo a la Torre Norte, Wynter está sentada en la cama de Ariel y le murmura con suavidad mientras le acaricia la cabeza. Ariel está tendida de espaldas a mí.

La gallina muerta ya no está, pero las manchas de sangre de la puerta siguen ahí, son recordatorios oscuros de lo que ha pasado.

Saco la gallina del saco. El animal se acerca inmediatamente a Wynter y Ariel y sube a la cama para acurrucarse contra ella.

Wynter mira la gallina sorprendida. Después me mira a mí y se le suaviza la expresión.

Me siento en la cama muy avergonzada.

—Yo no pretendía que pasara nada de esto.

—Ya lo sé —dice Wynter con una expresión dolida. Suspira y mira a Ariel—. Estoy condenada a saberlo. —Se vuelve de nuevo hacia mí—. No eres la única responsable, Elloren Gardner. Esto solo es una crueldad terrible de una larga lista de crueldades terribles que Ariel ha tenido que soportar durante años. —Vuelve a acariciarle el pelo—. Su madre la internó en el manicomio de Valgard cuando solo era una niña. Estaba tan horrorizada de

haber dado a luz a un deargdul... una Ícara, como nos llamas tú. Los del manicomio metieron a Ariel en una jaula. Tenía dos años.

Trago saliva con fuerza, se me ha secado la boca. Ya no tengo ganas de apartar la vista. Necesito verla por lo que es.

—¿Hay algo que yo pueda hacer? —pregunto con aspereza.

Wynter se agacha para mirar a Ariel y niega con la cabeza.

Así que hago lo único que puedo hacer. Me quedo sentada en silencio mientras Wynter le canta a Ariel en élfico. La acompaño en la vigilia, en esa habitación iluminada por el parpadeo de un único candil; de pronto aparece un vigilante que se posa en una de las vigas del techo.

Le hacemos compañía a Ariel toda la noche mientras esperamos a que vuelva en sí. Winter canta, y yo rezo en silencio. Y esperamos.

Hasta que algunas horas antes del alba, Ariel abre al fin sus ojos verdes, está confusa, pero vuelve a ser ella misma.

Poesía

Este año soy más consciente del paso de las estaciones que en años anteriores. Ahora mi aliento forma pequeñas nubes cuando cruzo los campos que separan la Torre Norte de la universidad y me duelen los nudillos debido a la gélida caricia del aire.

Quizá se deba al furioso ritmo de producción de nuestro laboratorio de farmacia, pues el otoño es la época más ajetreada para los farmacéuticos. La tos negra, neumonías, sabañones, catarros, la gripe roja... Todas son enfermedades que aparecen con el frío y proliferan en el aire viciado de los espacios con las ventanas cerradas.

En Metalurgia, el elfo serpiente me obliga a trabajar a toda velocidad, me deja muy poco tiempo para preparar los polvos de metal que utilizo para los agentes quelantes de las medicinas, y me puntúa los trabajos con mucha dureza (a duras penas consigo aprobar). La antipatía que siente por todos los gardnerianos es sutil, pero se hace bastante evidente en sus ojos estrellados, y a mí me tiene más antipatía que a nadie. Lo único que hace que la clase sea semisoportable son los pequeños gestos de Curran, que me pasa alguna notita de vez en cuando y comparte conmigo los resultados del laboratorio. En especial teniendo en cuenta el continuo acoso de Fallon.

Matemáticas y Química también son asignaturas complicadas, aunque la profesora Volya es muy justa. El único que se muestra magnánimo y compasivo es el profesor Simitri, y los compañeros que tengo en sus clases son reservados pero cordiales.

Y no dejo de recibir cartas de la tía Vyvian en las que me describe lo sencilla, lujosa y feliz que sería mi vida en la universidad si accediera a comprometerme con Lukas. Yo siempre llevo la capa puesta en nuestra gélida residencia y tiro todas sus cartas a la chimenea aprovechando la breve llama que sale para calentarme las manos.

Ahora todas las mañanas son extrañamente tranquilas, como si todo el mundo estuviera conteniendo el aliento, esperando algo. Lo único que rompe

el silencio son las enormes uves de gansos que graznan a los lejos.

«Volad mientras podáis. Se acerca el invierno.»

—¿Qué tal van las cosas con las ícaras? —me pregunta un día Aislinn en clase de Química.

Ya ha pasado una semana desde el asesinato de la gallina de Ariel, y mi existencia en la Torre Norte sigue siendo tensa pero silenciosa. Mis moretones y cortes están casi curados gracias a los cuidados del médico personal del sacerdote Simitri y un potente linimento curativo que me preparé en el taller de farmacia.

—Solo voy a dormir —le explico a Aislinn—. Y Ariel está muy callada. Se pasa el tiempo tumbada. No me habla. No me mira. —Miro por el laboratorio de Química casi vacío y bajo la voz mientras empiezan a entrar los demás estudiantes—. Aunque parece que le gusta la gallina que le robé.

—¿Crees que es seguro estar con ella? —pregunta Aislinn preocupada.

—No lo sé. —Saco una hoja de pergamino, la pluma y el tintero—. Wynter siempre está con ella. Parece que consigue relajarla.

Wynter y yo cada vez hablamos más, aunque intento darle espacio, no quiero que me lea la mente. A su vez, ella también intenta no tocarme.

Orbitamos la una alrededor de la otra con educación. Aunque cada vez siento más curiosidad por ella y busco excusas para pasar por su lado cuando dibuja. Ya no espera a que me duerma para dibujar y cuando no me ve echo vistazos a sus precisos dibujos que, básicamente, son de Ariel y la gallina o de arqueros élficos.

—Ya casi nunca veo a Ariel, salvo en la Torre Norte —le digo a Aislinn—. Pero apareció en clase de Mates hace unos días.

Aislinn me mira asombrada.

—Me tomas el pelo.

Niego con la cabeza.

—Me llevé una gran sorpresa.

—¿Qué pasó? —pregunta, y yo empiezo a explicarle la historia.

Yo me estaba sentando tranquilamente mientras el profesor Mago Klinmann escribía rítmicamente en la pizarra y la lluvia repicaba en las ventanas. Mi profesor de Matemáticas es gardneriano, y me parece agradable. Pero es complicado tenerle cariño a un hombre tan rígido. Siempre soy incómodamente consciente del brillo de cruel acritud que arde en sus ojos verdes cuando mira a alguien de otra raza.

Acababa de colocar sobre la mesa la pluma, la tinta y el papel, cuando

percibí un jadeo colectivo procedente de los estudiantes gardnerianos que me rodeaban. Levanté la cabeza de la mesa.

Me sorprendió ver que Ariel estaba en la puerta del aula agitando las alas con nerviosismo.

Mago Klinmann se volvió para mirarla y apartó la mirada automáticamente, pues ver a Ariel le quemaba los ojos. Los demás estudiantes también apartaron la vista y empezaron a murmurar descontentos.

Todos excepto Yvan, el único estudiante que no es gardneriano de toda la clase.

—¿Por qué interrumpes mi clase, Ariel Haven? —preguntó Mago Klinmann.

Habló con tono relajado, pero no la estaba mirando. Se dirigía a los estudiantes gardnerianos y compartía sus miradas de complicidad mientras ellos también intentaban evitar mirar a Ariel.

—Me han dicho que soy demasiado inteligente para la clase en la que estoy —dijo Ariel cohibida mirando a su alrededor y cambiándose el peso del cuerpo de un pie a otro.

Me di cuenta de que estaba reprimiendo el impulso de acobardarse, había adoptado una postura de ataque. Le tendió un pedazo de pergamino al Mago Klinmann. El profesor debió de verlo por el rabillo del ojo pues frunció los labios y se apartó un poco más de ella.

—¿Y cómo sé que no has engañado a tu profesor, ícara? —preguntó con un tono casi aburrido—. Tengo entendido que tú y los tuyos sois muy ingeniosos.

Sonrió al decirlo, pero seguía sin mirarla.

Ya había visto que la gente apartaba la mirada al ver a Ariel y a Wynter, pero solo lo hacían cuando las veían pasar, no cuando hablaban con ellas. El gesto era muy raro y degradante, y me hizo sentir muy incómoda.

—¡Deberías mirarme! —aulló Ariel. Su rostro, salpicado de marcas de viruela, se tiñó de rojo, y ella apretó los puños.

—¿Disculpa?

—¡Estoy hablando contigo! ¡Deberías mirarme!

El profesor Klinmann se rio un poco.

—¿Y por qué es tan importante para ti que te mire?

Miró a los demás estudiantes como si todos compartieran un chiste interno del que ella no sabía nada.

—¡Porque estoy hablando contigo! —gritó con ardiente humillación en

los ojos.

Eso provocó que algunos de los estudiantes gardnerianos soltaran carcajadas incrédulas.

El profesor Klinmann parecía reprimir una sonrisa.

—Vamos, ícara. Mirarte iría contra mis creencias religiosas. Ya lo sabes. No es nada personal, y sería una tontería que te lo tomaras como tal. No arrugues las plumas.

Miró a los gardnerianos que tenía delante con brillo en los ojos y los estudiantes le mostraron su apoyo con una risa educada mientras todos seguían esforzándose para no mirar a Ariel.

Ella se encogió como si le hubieran dado un golpe, después se dio media vuelta y se marchó.

Yo me levanté un poco con la intención de ir tras ella, pero entonces recordé que me odiaba y volví a sentarme muy despacio.

Jamás había visto nada igual.

Escuché horrorizada las risas de los estudiantes que me rodeaban y sentí náuseas. Me volví hacia Yvan, que estaba sentado en el pasillo de delante. Era la única persona de la clase —aparte de mí— que no sonreía ni se reía. Parecía tan horrorizado como yo.

Quizá Yvan notara mi mirada, porque se volvió hacia mí frunciendo el ceño enfadado. Se sobresaltó al verme, tal vez sorprendido de ver que yo no me reía como los demás, y los dos nos sentimos unidos por aquella atrocidad enfermiza.

Fue como si me estuviera viendo por primera vez.

—Supongo que debe de ser horrible que todo el mundo aparte la cara al verte —reflexiona Aislinn cuando termino de explicarle la historia. Frunce el ceño—. Nunca me lo había planteado.

—Y ahora —le digo—, Yvan ya no me odia tanto. Sigue sin hablarme, pero el otro día, cuando estaba trabajando en la cocina y nadie miraba tuve problemas para cargar un enorme cubo de agua y él me ayudó. Me cogió el cubo de la mano y se marchó con él maldiciendo entre dientes y actuando como si estuviera enfadado consigo mismo por hacerlo, pero me ayudó de todas formas.

—Qué raro.

—Lo sé.

Ya están entrando el resto de estudiantes de la clase de la profesora Volya, así como nuestra profesora decorada con runas, y dejamos de hablar y

nos volvemos hacia el frente de la clase.

Además de ser amigas, Aislinn y yo somos compañeras de investigación. Fue incapaz de emparejarse con un lupino y, el segundo día de clase, Aislinn se sentó a mi lado y se alejó todo lo que pudo de Jarod Ulrich. Diana aprovechó para sentarse al lado de su hermano, lanzándole una mirada victoriosa a la profesora Volya. Esta frunció los labios descontenta, pero decidió ignorar el asunto. Sin embargo, Jarod siguió con una expresión tensa y preocupada durante el resto de la clase.

Aislinn no toma muchos apuntes, y a mí no me importa compartirlos con ella. Ella prefiere esconder novelas clásicas y libros de poesía entre los libros de Química, y se pasa las clases leyendo. La clase en la que estamos no es ninguna excepción y cuando la profesora Volya empieza a hablar, Aislinn pone cara de atención y se sumerge en su libro secreto.

Yo, sin embargo, me pongo a tomar notas sobre la destilación de los aceites esenciales. Cuando ya llevamos media hora de clase, aterriza en mi pergamino un papelito muy bien doblado que alguien ha lanzado desde el sitio de los lupinos. Lo miro con curiosidad.

Pone Aislinn con una caligrafía pulcra y atractiva.

Miro a los lupinos confundida. Diana parece claramente molesta por algo, y Jarod parece concentrado en la clase.

Le paso la nota a Aislinn, tengo que darle un golpecito con el codo para que levante la vista del libro. Cuando le doy el papelito frunce el ceño perpleja.

Aislinn desdobra el papelito. Pone:
¿Qué estás leyendo?

Jarod Ulrich

Las dos nos sobresaltamos y Aislinn pone cara de perplejidad. Miramos a los lupinos a la vez. Jarod está mirando a la profesora Volya con cara de concentración. Me vuelvo hacia Aislinn, que está mirando a Jarod de reojo y parece incómoda.

Imagino que no le contestaré. A fin de cuentas le tiene miedo. Jarod intentó ayudarla en dos ocasiones, la primera cuando a ella se le cayeron los libros, y la segunda cuando volcó un frasquito de polvo de Ornithellon. En ambas ocasiones Jarod apareció sin decir una palabra a su lado, y en ambas ocasiones sus atenciones provocaron un evidente miedo en Aislinn, que se

sintió muy incómoda.

Pero esta vez me sorprende.

Aislinn escribe rápidamente el título del libro de poesía que está leyendo, como si tuviera que actuar deprisa antes de perder el valor, y después me planta la nota delante. Yo me la quedo mirando sorprendida y preguntándome si se ha vuelto completamente loca. Hace señas hacia los lupinos con la barbilla para animarme, y tiene el ceño fruncido. Discutimos en silencio durante algunos segundos, pero ella se muestra implacable. Suspiro y transijo con recelo mirándola con incredulidad. En cuanto la profesora Volya nos da la espalda, cojo la nota y la lanzo a los papeles de Diana.

Esta me fulmina con la mirada, pone los ojos en blanco demostrando su desaprobación y le pasa la nota a su hermano.

Jarod la coge con despreocupación y sin despegar los ojos de la profesora. Desdobla la nota sin leerla y luego dirige la mirada al papelito solo un segundo con una expresión neutral. Coge otro trocito de papel y empieza a escribir como si estuviera tomando apuntes sobre la clase. Aislinn y yo miramos de reojo cómo dobla la nota y la planta delante de su hermana ignorando los resoplidos irritados de Diana, que se cruza de brazos con actitud desafiante negándose a tocar la nota. Le lanza varias miradas hostiles a su hermano gemelo, pero él sigue mirando al frente con tranquilidad. Finalmente, cuando creemos que vamos a morir de curiosidad, Diana transige, coge la nota y me la tira.

Yo le paso la nota a Aislinn inmediatamente y ella desdobla el papelito con avidez.

—¿Qué es? —susurro.

Pone cara de sorpresa.

—¡Poesía! —jadea.

Miro a Jarod. Sigue fingiendo estar concentrado en la clase.

Aislinn pasa las páginas de su libro de poesía mordiéndose el labio consternada, hasta que encuentra lo que está buscando. Después planta la nota encima del libro y me acerca ambas cosas para que les eche un vistazo.

El poema que ha escrito Jarod, una oda a la belleza del otoño, es idéntico al que está impreso en la página. Vuelvo a mirar a Jarod y veo que tiene una sonrisita en los labios. Aislinn vuelve a doblar la nota de Jarod con cuidado, la utiliza para marcar la página de su libro y finge concentrarse en la clase con un brillo de sorpresa en los ojos.

Y

Cuando termina la clase me vuelvo asombrada hacia Aislinn.

—No puedo creer que te estés pasando notitas con un chico lupino. —
Me la quedo mirando alucinada—. Pensaba que te aterrizarían.

Aislinn se vuelve hacia mí y el colgante de Erthia que lleva en el cuello refleja la luz del aula. Tiene una expresión contradictoria en el rostro, como si tuviera que enfrentarse a un mundo nuevo.

—Ha habido un error. Tiene que haber algún error. —Mira hacia Jarod, que está con su hermana. Se dirige a mí y niega con la cabeza, pero veo una mirada de incertidumbre en los ojos—. Elloren, es imposible ser malvado e incivilizado y amar la poesía de Fleming. De eso estoy segura.

Miro a Jarod justo a tiempo de ver como le lanza una breve y discreta mirada a Aislinn y sonrío. Mi amiga le devuelve la sonrisa, se sonroja y se da la vuelta enseguida pegándose el libro de poesía al corazón.

El palito mágico

—Tú tienes algo con la madera.

Me quedo de piedra con las manos llenas de polvo de corteza de esminio.

Lo único que rompe el silencio del laboratorio desierto es el gorgoteo constante de un alambique. Tierney y yo somos las únicas que seguimos aquí tan tarde terminando un trabajo que se alarga el doble cuando no tienes poderes.

Ya hace un tiempo que sé que Tierney se ha dado cuenta. Es como si algo estuviera despertando en mí, y va más allá del eco del poder de mi abuela en mi sangre. Siempre he tenido visiones de árboles, pero cuanto más tiempo paso en el laboratorio de farmacia y, en especial, en el invernadero que hay al lado, más fuertes y extrañas se vuelven esas visiones.

Y Tierney se ha dado cuenta.

Lo advirtió el día que los pequeños árboles Gorthan de los inaccesibles bosques del norte florecieron cuando rocé sus hojas con la mano. O un día que un helecho de cabeza de violín alargó una de sus hojas para enroscarse con cariño en mi dedo y después me rozó con sus adorables ondas. Tierney sabe que ya no tengo que catalogar los ingredientes que proceden de los árboles. Que he aprendido a descifrar las mezclas por intuición y que cada vez me resulta más fácil aislar cada uno de los ingredientes de las fórmulas.

La miro fijamente.

—Sí, bueno, tú también tienes algo raro con el agua.

Tierney pone cara de miedo.

Yo sé que Tierney me ha estado observando a escondidas, pero también sé que ella no se ha dado cuenta de que yo he estado haciendo lo mismo. En varias ocasiones, a última hora de la noche, he visto cosas muy raras en el laboratorio. Cosas que me han dejado estupefacta y preguntándome si mi continua falta de sueño me está provocando visiones. He visto a Tierney

jugando distraídamente con chorritos de agua, y los ríos y las gotas de agua seguían sus dedos como si fueran gatitos juguetones. La he visto controlando el vapor con los dedos. La he visto sostener una esfera de agua en la mano.

Me he visto obligada a aceptar la verdad, porque no hay duda de que, igual que le pasa a Gareth, Tierney y yo tenemos la sangre contaminada.

Tenemos sangre fae.

Nos quedamos mirando un buen rato y compartimos un silencio tenso.

—¿Te has dado cuenta de que tú y yo somos las únicas de la clase que no llevamos brazaletes blancos? —se aventura a preguntar Tierney.

Cada vez hay más estudiantes gardnerianos que han empezado a llevar esos brazaletes blancos en señal de apoyo a la candidatura de Marcus Vogel como próximo Gran Mago en el referéndum que se celebrará en primavera. Fallon Bane fue una de las primeras en ponérselo. Yo no me decido a hacerlo, me da igual lo importante que sea encajar. La idea de que Vogel se convierta en nuestro Gran Mago me provoca un terror que no soy capaz de explicar.

—Bueno, yo no me meto en política —le digo con una despreocupación impostada—. Eso es cosa de mi tía.

Tierney me mira esbozando una fría sonrisa burlona.

Su forma de mirarme me incomoda. Como si me estuviera juzgando y no tuviera muy buena opinión de mí.

—Necesitaré tu ayuda con los tubos de ensayo —dice Tierney—. Para llevarlos, quiero decir. Con esa joroba en la espalda solo puedo llevar unos cuantos.

Asiento ansiosa por cambiar de tema. Cojo el cuenco de polvos y lo vierto en el sirope que hierve delante de nosotras. El intenso olor a cedro y ajo flota en el aire.

—Están en mi habitación —añade.

Se me escapa un sonido de incredulidad mientras me limpio el polvo de las manos.

—No puedo ir a tu habitación. ¿Qué pasa si me ve Fallon?

—No te verá —afirma Tierney negando con la cabeza—. La mayoría de noches tiene instrucción militar. —Me mira con complicidad—.

Entrenamiento con armas.

Se me escapa una carcajada oscura.

—Vaya, ¿solo armas? Así estará bien entrenada cuando venga a asesinarme.

Tierney alza una de sus pobladas cejas y me mira un buen rato. Como si estuviera esperando a que dejara de hacer bromitas.

Suspiro.

—No puedo toparme con ella, Tierney.

—Fallon es una fanática de sus horarios —comenta Tierney con seguridad—. Todavía tardará unas horas en volver. Estoy segura.

Me quedo mirando a Diana Ulrich y parpadeo.

Está dormida en una de las cuatro camas que hay en la abarrotada habitación de Tierney, boca abajo, con un brazo colgando fuera de la cama y roncando como un lirón.

Completamente desnuda.

Tierney se da cuenta de que estoy mirando a Diana mientras envuelve los tubos de ensayo en trapos y los coloca en la primera de las dos cajas de madera con compartimentos. Se encoge de hombros.

—Al principio sorprende. Pero yo ya me he acostumbrado.

Diana hace un ruido, se da media vuelta y separa las piernas. Me sonrojo y me doy media vuelta.

Tierney me mira esbozando una sonrisita.

—Ya casi estoy.

Mientras Tierney trabaja yo echo una ojeada por la habitación.

—¿Y cuál es la cama de Fallon?

Tierney resopla y me mira con incredulidad.

—¿Crees que dormiría aquí? ¿Con nosotras? —Señala con el pulgar una habitación contigua—. Su cama está ahí.

Entro con cuidado en la habitación mientras Tierney empieza a llenar la segunda caja de tubos de ensayo. La estancia es tan dramática como esperaba: está decorada con intensos tonos rojos y negros, hay una enorme cama de cuatro columnas en el centro; las sábanas, caras, están revueltas, y veo unas cuantas frutas repartidas por la bajera blanca.

Descubro, con cierta satisfacción, que Fallon Bane es una dejada.

Me interno en la estancia sintiéndome como una ladrona nocturna empujada por la curiosidad. Tiene una colección impresionante de libros de hechizos. Hay filas y filas de ellos, completamente nuevos, encuadernados en piel con los títulos dorados, están todos metidos en una librería cerrada, con un cristal de paneles en forma de diamante y reforzado con una celosía de hierro. En las paredes tiene colgados varios cuchillos de plata y espadas con empuñaduras llenas de joyas y un arco precioso. También hay una chimenea

enorme con una reja de hierro forjado en forma de garras de dragón, y de ella emana un calor delicioso. Y encima de la repisa de la chimenea tiene un cráneo de dragón de verdad.

Me acerco a su cama y paseo la mano por el cubrecama de seda sintiendo una punzada de envidia al ver el lujo del que disfruta cada noche. Y me pongo todavía más celosa cuando veo un pequeño retrato de cerámica en la mesita de noche.

Lukas Grey.

El parecido es asombroso, atractivo como el pecado.

Oigo un aullido aterrado a mi espalda y me sobresalto, se me cae el retrato de la mano y aterriza en el suelo con un crujido que me hace estremecer.

Es Olilly, una de las trabajadoras uriscas de la cocina. Como ocurre con Bleddyn, que tiene la piel verde, el color de piel de esta chica destaca mucho en esta estancia, pues no tiene el habitual color rosa blanquecino, sino lavanda. Está justo en la puerta con un montón de sábanas limpias pegadas al pecho.

—Disculpe, Maga —dice agachando la cabeza como si yo fuera a arrancársela.

—No pasa nada —tartamudeo con el corazón acelerado—. No hay problema.

Es una chica frágil, de naturaleza dulce y asustadiza, y diría que no tiene más de catorce años. Advierto que sus ojos de color amatista están un poco rojos por las esquinas.

Miro el retrato de Lukas, que ahora está partido por la mitad.

«Oh, Gran Ancestro. Esto no puede estar roto cuando vuelva Fallon.»

Recojo el retrato roto de Lukas, le sonrío a Olilly como si no pasara nada y me meto los pedazos en el bolsillo de la capa.

Entonces nos llega el familiar chirrido de una puerta al abrirse, un murmullo y después una voz conocida que se levanta por encima de las demás.

—¡Santísimo Gran Ancestro! ¡Es un animal asqueroso!

Se me hace un nudo en el estómago.

Fallon.

Reculo y me escondo detrás de la puerta con las piernas temblorosas, me he quedado sin aire en los pulmones.

«¿Qué me hará cuando me encuentre aquí?»

Tengo la sensación de que se me va a salir el corazón del pecho. Miro por el quicio de la puerta y veo a Echo, a Paige y a Fallon plantadas en medio de la habitación contigua y siento otro espasmo de terror. Tierney se ha quedado de piedra junto a su mesa y las está mirando con evidente pánico.

Olilly me mira con miedo comprendiendo enseguida que yo no debería estar allí.

—¡No puedo seguir viviendo así! —aúlla Echo agitando la mano ultrajada en dirección a la desnudez de Diana—. Es asquerosa. ¡Miradla! No pueden obligarnos... ¡somos gardnerianas! ¡No asquerosas fulanas salvajes!

Fallon la tapa de cualquier manera con una colcha. Diana resopla unas cuantas veces, se da media vuelta y sigue roncando.

—Ya está —le dice Fallon a Echo—. ¿Mejor?

—No, Fallon. No —prosigue Echo—. Lo único que mejoraría las cosas es que se marchara de aquí.

Fallon se ríe y deja la capa en el respaldo de una silla.

—Ronca como un cerdo.

A Fallon se le borra la sonrisa cuando advierte la expresión congelada de Tierney.

—¿Qué estás mirando? —pregunta—. Gran Ancestro, eres como un trol. Yo me encojo detrás de la puerta.

Fallon mira a su alrededor, como si percibiera que ocurre algo, y acaba concentrándose en Olilly. Endurece el rostro.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Olilly abre la boca con los ojos como platos, pero no emite ningún sonido.

Fallon suspira como si estuviera dirigiéndose a un perro desobediente.

—Ven aquí —le ordena enderezándose y señalando un punto en el suelo justo delante de ella.

Olilly corre hasta donde le indica con la cabeza gacha aferrándose a las sábanas.

Fallon la mira con los ojos entornados, desenvaina la varita y la coloca en la palma de la mano.

—¿Qué te he dicho siempre? —le pregunta con tranquilidad.

La chica murmura algo con los ojos clavados en el suelo.

—No te oigo —dice Fallon.

—Que sea invisible —masculla la chica.

—¿Cómo? —pregunta Fallon llevándose la mano a la oreja.

—Invisible —murmura Olilly un poco más alto con la voz atenazada por el miedo—. Le pido disculpas, Maga Bane, no esperaba que volviera tan...

—No, no, no —contesta Fallon muy despacio—. Para ser invisible también tienes que sonar invisible. ¿Suenas invisible?

—S... sí, Maga Bane. O sea, no, Maga Bane —tartamudea la chica.

—¿En qué quedamos?

La chica se queda ahí plantada completamente confundida.

—Sal de aquí —dice Fallon con cara de aburrimiento.

Fulmino a Fallon con los ojos entornados. Y deseando tener varita y el poder para utilizarla.

La chica se marcha corriendo abrazada a las sábanas limpias.

Fallon suelta un sonido de asco y se apoya en una mesa. Levanta la varita, murmura un hechizo y crea una esfera de humo azul que cobra vida en la punta de su varita.

Me encojo al presenciar su poder. La esfera se transforma en un remolino de color zafiro y después en una nube de humo gris.

Fallon se vuelve hacia Echo esbozando una sonrisa astuta.

—¿Has oído lo de Grasine Pelthier?

—No —contesta Echo.

La sonrisa de Fallon rezuma maldad.

—Se va a comprometer. Con Leander Starke.

Tierney se queda de piedra con un tubo de ensayo en la mano.

«¿Quién es Leander?»

—El cristalero —interviene Paige—. Trabaja de aprendiz con el padre de Tierney, ¿no?

El dolor se refleja en el rostro de Tierney y fuera la lluvia empieza a apretar.

—Ostras, es verdad —le dice Fallon a Tierney fingiendo preocupación—.

Había oído decir que a ti te gustaba.

Me arde el cuello de rabia y frustración.

Tierney no se mueve, no mira a Fallon. Se oye el rugido de un trueno y el cielo se abre, una cortina de lluvia oscurece las vistas de la ventana.

—La ha besado —les dice Fallon a Paige y a Echo.

Tierney levanta la cabeza con los ojos llenos de odio. Se ve el reflejo de un relámpago y la lluvia empieza a caer con más fuerza.

Fallon suspira.

—Ella me ha dicho que tiene los labios suaves como la seda.

Se ve el reflejo de otro relámpago y la ventana retumba como si la luz quisiera colarse en la habitación. Tierney se agarra al borde de la mesa con la mirada tan oscura como la tormenta. Miro hacia la ventana preocupada, preguntándome si la angustia de Tierney podría estar influyendo en la tormenta.

—No te preocupes, Tierney —canturrea Fallon—. Pronto será obligatorio comprometerse. Estoy segura de que el Consejo te encontrará a alguien. — Fallon se vuelve hacia Echo y Paige reprimiendo una carcajada —. Alguien a quien quieran castigar.

Fallon no puede evitarlo, se ríe con todas sus fuerzas mirando de reojo a Paige, que está reprimiendo una risita. Echo niega con la cabeza como si las dos se estuvieran comportando como niñas. Yo siento una mezcla de asco y sorpresa.

¿El compromiso será obligatorio? ¿Cuándo lo han decidido?

Entonces pierde el interés por Tierney y coge el paquete con el que ha entrado, ignorando la tormenta que se ha desatado de pronto.

—Mirad lo que tengo —presume. Le quita el papel y el lazo marrón.

Saca un uniforme militar nuevo. Es del tono gris de los cadetes avanzados, ya no es del gris clarito de los primeros cadetes. Lleva cinco franjas plateadas bordadas en la manga.

—Oh, Fallon —jadea Paige—. ¡Ya tienes el uniforme nuevo! ¿La capa también?

Fallon cuelga el uniforme en un colgador de la pared y desenvuelve una capa nueva en la que también hay cinco franjas plateadas.

Se pone la capa y gira sobre sí misma.

Mientras la miro siento una punzada de envidia.

Tiene un aspecto dramático, poderoso y está muy guapa: es la imagen que debería dar una Bruja Negra.

Fallon sonríe con suficiencia.

—Y me van a ascender a finales de este año. División Doce.

—¡Es la división de Lukas! —exclama Paige encantada—. ¡Volveréis a estar juntos!

«Pues claro —pienso con amargura—. Son la pareja perfecta, tanto a nivel de poder como de crueldad.»

—No me sorprende que te asciendan tan rápido —comenta Echo con aprobación—. Necesitamos a nuestra Bruja Negra. Y tú eres nuestra mayor

esperanza. Alguien tiene que acabar con la terrible Resistencia antes de que se nos escape de las manos.

«¿Escaparse de las manos?» No tenía ni idea de que la lucha contra la débil y sombría Resistencia hubiera escalado.

—La semana pasada atacaron la Base de la División Seis —continúa Echo—. ¡Iban vestidos como nuestros soldados!

Fallon suelta una carcajada desdeñosa.

—No te preocupes, ya nos ocuparemos de esos salvajes de la Resistencia —se jacta con la mano apoyada en la cadera—. Si siguen así tendremos que quemar algunos pueblos celtas. Pronto terminaremos con ellos.

Se me desboca el corazón.

Fallon vuelve a girar sobre sí misma, después se pone de mal humor y se deja caer en la cama de Paige.

—Lukas se ha marchado hoy.

—Vaya, ¿cómo puedes soportarlo? —gimotea Paige.

—Os comprometeréis enseguida —le asegura Echo—. No tenías por qué preocuparte por Elloren Gardner. Ya te dije que no hicieras caso de los rumores.

Fallon le lanza una mirada acusadora.

—Bueno, tú fuiste su amiguita durante un tiempo.

Echo la mira frunciendo los labios.

—Bueno, sí, eso fue antes de darme cuenta de que ella estaba decidida a seguir siendo amiga de un mestizo.

El desaire hacia Gareth me provoca una rabia que se cuele en el miedo que siento.

Fallon desenvaina la varita y crea unos cuantos cristales de hielo.

—Me encantaría poder congelarle la sangre.

Me pego a la pared con renovado terror.

—¡Fallon! —la regaña Echo—. No bromees con eso. Es una gardneriana.

—Pues huele como una ícara —contesta Fallon con una sonrisita.

Diana resopla todavía dormida y se aparta la manta.

Echo la mira horrorizada.

—¡Es tan... asquerosa! ¡Y arrogante!

—¡Y esa forma que tiene de ponerse la melena sobre el hombro! —interviene Paige ansiosa por participar en la conversación.

Fallon se levanta, coge unas tijeras de la mesa y le sonrío a Echo.

—Creo que ha llegado la hora de darle una lección a la zorra lupina.

Paige se muerde el labio con nerviosismo.

—Uy, no creo que eso sea una buena idea...

Fallon se quita la capa, sonrío de oreja a oreja y se acerca a Diana con el paso sigiloso de un gato. Yo aguanto la respiración mientras la veo hincar una rodilla en el suelo, coger un mechón del cabello de Diana, colocar las tijeras alrededor y...

Diana se levanta con la rapidez de un relámpago y estampa a Fallon contra el suelo. Paige suelta un grito y Tierney y yo reculamos.

Entonces veo que Fallon está en el suelo boca abajo y Diana está sentada a horcajadas sobre ella agarrándole las muñecas con una mano y las tijeras en la otra. Fallon grita cuando Diana le pone ambos brazos detrás de la espalda y lanza las tijeras a la pared rasgando el uniforme nuevo de Fallon.

—¿Cómo te atreves a atacar a la hija de un macho alfa? —ruge Diana—. ¡Qué tonta! ¿Es que no sabes que puedo percibir el ataque aunque esté dormida?

Diana coloca la mano delante de la cara de Fallon y todas observamos completamente horrorizadas cómo se le transforma la mano en un salvaje apéndice peludo con garras.

—Si vuelves a atacarme te marcaré. Para recordarte lo que les pasa a aquellos que se meten con la hija de un alfa. —Diana vuelve a cambiar la apariencia de su mano, la mete debajo del cuerpo de Fallon y le coge la varita—. ¡Y tus intentos de utilizar este palito mágico me aburren!

Coge la varita, la parte por la mitad y la tira.

Fallon grita cuando Diana le da un último tirón del brazo. Después, y de nuevo con una rapidez pasmosa, se levanta de encima de Fallon y la mira desde arriba. Fallon se obliga a levantarse lo más rápido que puede con el rostro rojo y furioso. Se agarra los antebrazos con una mueca de dolor.

Le lanza una mirada asesina.

—¡Te la devolveré! —grita antes de salir de la habitación seguida de Echo y Paige.

Diana se coloca la melena rubia sobre un hombro y se marcha hacia su cama. Hace una mueca al ver la colcha, la tira al suelo, se deja caer en la cama y se acurruca dándonos la espalda.

Tierney aparece en mi escondite con la voz ronca.

—Se ha ido.

—Pues claro que se ha ido —murmura Diana con la cara pegada a la

almohada—. Es una cobarde sin su palito. Ya puedes salir, Elloren Gardner.

Levanto la cabeza sobresaltada. Miro a Diana sorprendida.

—Elloren. —Tierney me da una caja de tubos de ensayo cuando vuelvo a la habitación. Hace un gesto con la barbilla hacia la puerta mirándome con urgencia.

Cojo los tubos de ensayo con las piernas temblorosas y dejo que Tierney se me lleve de la estancia.

—¿Quién es Leander? —le pregunto a Tierney cuando volvemos a estar en el laboratorio desierto.

Mientras nos apresuramos a terminar nuestro proyecto y vertemos el sirope caliente en cada uno de los tubos, Tierney trabaja de un extraño modo descuidado y torpe muy impropio de ella.

Ha anochecido del todo y las ventanas del laboratorio están negras como el tizón.

—Nadie —contesta con irritación sin mirarme.

Aguardo sin moverme hasta que cede.

—Trabaja para mi padre. —Se encoge de hombros con los labios temblorosos—. No es... nada para mí. —Se pone triste y empieza a llorar, después sigue sollozando con la cabeza gacha—. No es nada. No me importa... no me importa lo que le pase... —Se lleva una mano a la cara para taparse los ojos y por un momento no puede hablar con coherencia debido a las lágrimas—. ¿Por qué lo han hecho? —gimotea—. ¿Por qué han tenido que hacerme tan fea?

De pronto el agua de los recipientes abiertos que hay en el laboratorio escapa y empieza a girar a su alrededor.

Yo levanto las manos para protegerme del líquido. Las ráfagas de agua se convierten en una gran nube que me oscurece la vista.

Apenas consigo ver el rostro fantasmal de Tierney entre la bruma blanca.

Me está mirando con los ojos abiertos como platos y parece aterrorizada. Fae. Es una fae de agua pura. Es la única explicación.

Y alguien «la hizo» fea. Cosa que significa que alguien la ha hechizado. Probablemente su pelo real sea azul. Y la piel también.

Y según las leyes gardnerianas y las de Verpacia yo estoy obligada a delatarla. Ocultar a un fae es un delito que se castiga con la cárcel.

Me olvido de ello mientras contemplo cómo la nube cae al suelo y se convierte en un charco.

Quizá no sea fae. Puede que sea como yo. Como Gareth. Todos somos gardnerianos, pero es posible que tengamos la sangre contaminada. Eso es todo. Aunque la suya está muy contaminada.

No, al final admito la verdad. Es fae. Si la descubren la enviarán a las islas Pyrran.

Y no ha hecho nada para merecerlo.

—Elloren... —empieza a decir Tierney con la garganta ronca. No hay ni rastro de su habitual cinismo. Parece pequeña, perdida y asustada.

—No —la interrumpo levantando la mano para evitar que siga hablando—. No tienes por qué darme explicaciones. Dejemos el tema. Se trate de lo que se trate.

La miro a los ojos y su rostro es como un libro abierto repleto de una sorprendida y abrumadora gratitud.

Algo cambia entre nosotras en ese momento y noto cómo empieza a forjarse una verdadera amistad.

—Espera —le digo cogiendo un trapo—. Deja que te ayude a limpiar todo esto.

Tierney asiente con rigidez y me doy cuenta de que está reprimiendo más lágrimas. Coge otro trapo sin decir palabra, se agacha y limpiamos el suelo juntas.

Y

Fuera ha dejado de llover y una niebla fría flota en el aire. Cuando salimos del laboratorio se nos acerca un joven cadete gardneriano con la insignia de la División Doce.

Hace una reverencia y me entrega una carta.

—He venido a darte esto, Maga —dice.

Vuelve a hacer otra reverencia y se marcha.

Miro la carta. Mi nombre está escrito con una caligrafía elegante. Rompo el sello de cera, que representa el roble de la División Doce, y saco la carta mientras Tierney mira por encima de mi hombro.

Tengo que reincorporarme a mi división en Essex.

Volveré a buscarte. En Yule.

Lukas.

Se me acelera el corazón y se me acalora el rostro, después siento

indignación.

«Menudo creído.»

¿Cómo puede seguir pensando, después de lo que pasó con Ariel, que podemos ir juntos al baile? Y sin embargo... es halagador que estemos enfadados y siga yendo detrás de mí.

—¿En Yule? —pregunta Tierney devolviéndome la carta.

—Se celebra un baile —le explico confusa—. Le prometí que iría con él.

Tierney alza las cejas alarmada.

—¡Oh, no! —canturrea encantada—. Me parece que Fallon Bane va a desear haberte congelado la sangre de verdad.

Diana Ulrich

Diana Ulrich suelta los libros con fuerza encima de la mesa del laboratorio de química y Aislinn y yo nos sobresaltamos y la miramos con asombro.

Es la primera hora del día siguiente, la clase está a punto de empezar, y en el aula entran un par de celtas soñolientos seguidos de un elfo que camina muy tieso.

Diana se deja caer en su sitio resoplando con fuerza. Su hermano la mira alzando las cejas.

—¡No te vas a creer lo que he tenido que soportar esta mañana! —le dice en voz tan alta como siempre.

Los celtas se vuelven para mirarla y el elfo le lanza una mirada ofendida.

—¿Qué ha pasado? —le pregunta su hermano con tranquilidad.

—¡Me han puesto un aviso!

—¿Por qué?

Diana resopla indignada.

—Por culpa de Fallon Bane, ¡esa estúpida gardneriana con la que tengo que vivir en contra de mi voluntad!

Aislinn y yo nos miramos con sorpresa.

—No lo entiendo —dice Jarod.

—Ayer por la noche Fallon Bane pensó que sería divertido cortarme el pelo mientras dormía —dice Diana.

Jarod suelta un silbido y se ríe por lo bajo.

—Pobre Fallon.

Diana se pone tensa.

—¿Pobre Fallon? —exclama indignada—. ¡Es una abusona!

Jarod se esfuerza por controlar su diversión y ponerse serio.

—Ya me imagino como reaccionarías —comenta reprimiendo una sonrisa.

—¡Reaccioné con mucha moderación! —declara Diana, evidentemente

indignada de que su hermano no se lo esté tomando más en serio.

—¿Todavía tiene las cuatro extremidades? —pregunta, y por lo visto no lo hace del todo en broma.

—Solo le hice una advertencia.

—Eres toda una diplomática.

—Y le rompí la varita.

—Oh.

—¡Y ahora soy yo quien tiene una advertencia! Por interferir en la apacible integración de las culturas. ¡Después de que esa estúpida Maga intentara atacarme mientras dormía! —Jarod abre la boca para decir algo, pero Diana le interrumpe—. Creo que el Padre estaba equivocado con los gardnerianos. ¡Es imposible aprender a convivir con ellos! ¡Son patéticos, inútiles y débiles!

Aislinn aparta la mirada, incómoda, mientras veo a Diana con la boca abierta.

Jarod carraspea y la fulmina con los ojos mirándonos de reojo a Aislinn y a mí.

—¿Qué? —espetea Diana indignada.

Jarod suspira y se frota la frente gesticulando en nuestra dirección.

—Resulta que estamos sentados al lado de un par de gardnerianas — señala.

Diana nos mira impertérrita.

—No me refiero a Elloren y a Aislinn. Vosotras no sois patéticas ni inútiles. Sois bastante agradables. Al contrario que la mayoría de los miembros de vuestra raza.

Jarod deja de frotarse la frente y apoya la cabeza en las manos.

Los celosos cumplidos de Diana y los intentos de Jarod por controlar el genio de su hermana me sorprenden y me hacen gracia. Me vuelvo hacia Aislinn, que está mirando a Diana y a Jarod con el mismo asombro.

Jarod nos pide disculpas con los ojos. Lleva varias semanas comportándose con mucha amabilidad y diplomacia. Me parece absurdo seguir manteniendo las distancias.

—No pasa nada —le digo más a Jarod que a Diana, que no parece nada afectada por el comentario—. Aunque yo tendría cuidado con Fallon. Es bastante vengativa.

Jarod me mira evidentemente sorprendido de que me esté dirigiendo directamente a él.

—Es una abusona —dice Diana agitando la mano con desdén—, pero es demasiado débil como para ser efectiva. Por lo menos conmigo. —Guarda silencio un momento y me mira entornando sus ojos ambarinos—. Aunque parece que esté obsesionada contigo, Elloren Gardner.

—¿Ah, sí? —digo fingiendo inocencia.

—No le gusta que te parezcas a tu abuela. Se siente amenazada. También es muy territorial con Lukas Grey. Quiere que sea su pareja, pero tiene miedo de que se lo robes.

Su afirmación me hace sonrojar.

—Yo... solo hace un par de meses que conozco a Lukas —tartamudeo poniéndome a la defensiva.

—¿Y eso qué importa? —contesta Diana despectiva—. Mis padres supieron que estaban predestinados a estar juntos la primera vez que se olieron. Se aparearon ese mismo día.

—¿Sí?

Me asombra su franqueza.

Diana asiente con seguridad.

—Hace veinticinco años.

Me quedo de piedra.

—Eso es mucho tiempo —concedo avergonzada.

—Mmm —consiente—. Bueno, Elloren Gardner —dice—, espero que te quedes con Lukas Grey. Fallon Bane es tonta, y aunque seas gardneriana pareces simpática. Aislinn también. Sois más agradables que las demás.

Trago saliva incómoda pensando en la gallina muerta de Ariel. Por mi culpa.

No, Diana se equivoca. No soy simpática. Y aunque quisiera estar con Lukas Grey, aceptarlo sería como jugar con dragones.

Y

La noche siguiente, mientras vuelvo a mi dormitorio después de trabajar en la cocina, pienso en las precarias condiciones de alojamiento de Diana. En el cielo brilla la luna llena y el aire es fresco y claro. Me abrocho la capa para no pasar frío y paseo por un pequeño campo lateral que bordea el bosque. El campo está junto a una serie de casas donde se alojan hombres, y puedo oír sus voces a lo lejos. Se ven pequeños grupos de figuras oscuras en una puerta entreabierta, hablando y riendo, la mayor parte de las ventanas de las casitas con el techo de paja están iluminadas por el brillo dorado de los candiles.

Observo a los hombres con la esperanza de ver a alguno de mis hermanos.

Entonces percibo un crujido en el bosque y cuando me vuelvo veo a Diana, que sale de entre los árboles.

Completamente desnuda.

Cuando me ve esboza una gran sonrisa de oreja a oreja. Se acerca a mí ignorando a los hombres gardnerianos que se paran a mirarla.

La luz de la luna brilla en la piel desnuda de Diana confiriéndole un brillo blanco azulado. Tiene un cuerpo esbelto y delgado, muy musculoso, pero con las curvas suficientes como para interesar a cualquier varón. No demuestra ninguna vergüenza mientras se acerca.

—Hola, Elloren —dice con despreocupación.

Yo siento una gran vergüenza ajena y la miro con la boca abierta.

—¿Por qué... por qué vas desnuda? —tartamudeo.

Se mira como si no se hubiera dado cuenta y parece que la pregunta la haya confundido.

—Vengo de correr por el bosque.

Como si fuera algo evidente.

—¿Sin ropa?

Estoy hablando con un tono un tanto agudo.

Diana se ríe y me mira como si yo fuera una niña que acaba de decir una tontería.

—Pues claro que corro sin ropa —contesta sonriendo—. No puedo transformarme vestida. Rompería todo lo que llevo.

Me sorprende su escandalosa desnudez.

Miro a los hombres. Me quito la capa rápidamente.

—Toma —le ofrezco—, ponte mi capa. Te acompañaré a casa.

—No necesito ninguna capa —dice rechazándola y perpleja ante mi ofrecimiento—. Además, tengo la ropa en ese banco.

—¿Estás diciendo que te has desnudado aquí? ¿Delante de las casas donde se alojan estos hombres?

Ahora me está mirando como si yo estuviera loca.

—Francamente, Elloren, es un sitio tan bueno como cualquier otro. —Adopta una expresión eufórica. Levanta la cabeza al aire fresco de la noche y respira hondo—. Tendrías que haber visto cómo estaba el bosque esta noche. ¡Precioso! La luna brilla como nunca. Hay un lago a una hora de distancia. —Gesticula con alegría en la dirección de la que ha venido—. El reflejo de la luna es arrebatador, como plata líquida sobre el agua. Y cazar ahí es genial.

—Diana sonrío y sus fuertes dientes blancos brillan a la luz de la luna como una ristra de peligrosas perlas. Me mira un momento como si sintiera lástima por mí—. Es una pena que no podáis ver el bosque como lo vemos nosotros.

Los hombres que están junto a la casa han dejado de hablar y ahora están concentrados en Diana, y uno de ellos le está haciendo señas a alguien de dentro para que salga a ver. Siento pánico por ella.

—Por favor, ponte la capa. Esos hombres te están mirando.

Diana mira a su alrededor como si los viera por primera vez.

—No me importa —dice con desdén agitando la mano—. Además, después de correr tengo mucho calor. Quiero enfriarme antes de vestirme.

—No puedes... ¡Diana, tienes que ponerte algo de ropa!

«Gran Ancestro, qué obstinada.» Empieza a resultar molesta.

—¿Por qué? En serio, ¿por qué? Es absurdo que esto signifique tanto para los tuyos.

—Porque no está permitido ir por ahí desnudo. Podrían expulsarte por esto.

Creo que aquí significa algo de lo que quizá tú no seas consciente.

—¿Qué?

—¡Pensarán que quieres acostarte con ellos! —le suelto avergonzada de mis escandalosas palabras.

Diana los mira indignada.

—No estoy cansada. Siempre me siento cargada de energía después de correr.

—No, no. No me refería a eso. Me refería a que pensarán que quieres estar con ellos.

Me mira confundida.

—No te entiendo.

—¡Pensarán que quieres mantener relaciones con ellos!

Noto cómo me sonrojo. Los gardnerianos no hablamos de estas cosas.

—Me estás diciendo... —con una mano en la cadera gesticula hacia su creciente público—, ¿que pensarán que quiero aparearme con ellos?

—¡Sí! ¡Exacto! —grito.

—Oh, por favor, Elloren, ¡debes de estar de broma! Ninguno de esos hombres es digno de aparearse conmigo. —Observa a los mirones con desdén—. Son débiles. Yo soy fuerte y magnífica. Necesito un macho igual de fuerte que yo, uno de mi especie. Además, tus hombres tienen ideas muy raras. No les entiendo.

—¡Por favor, ponte mi capa!

Me estoy desesperando.

Diana me ignora y se dirige hacia el banco justo cuando Echo y un grupo de jovencitas gardnerianas dobla la esquina para ver qué están mirando los hombres. Me ven y jadean horrorizadas al ver a Diana. Apartan la vista y se marchan a toda prisa.

Abro la boca como para decir algo en mi defensa, avergonzada de que me hayan visto con una lupina desnuda.

Alcanzo a Diana, que está estirándose junto al banco, tiene los brazos extendidos hacia el cielo y flexiona el cuerpo hacia un lado y hacia el otro mientras mira la luna muy contenta.

Entonces aparece mi hermano Rafe con el arco, la aljaba y el saco de caza sobre el hombro. Se queda pasmado al ver a Diana, abre los ojos como platos, y después los entorna cuando asimila la situación frunciendo el ceño preocupado. Se acerca a nosotras a toda prisa y yo me sonrojo todavía más, no sé hacia donde mirar.

—Hola, Elloren —dice saludándome extrañamente serio.

—Hola, Rafe —contesto sintiéndome perdida.

Mi hermano se vuelve hacia Diana, que le está mirando con cierta curiosidad.

Yo señalo a Rafe.

—Diana, este es mi hermano Rafe.

—Tú debes de ser la chica lupina —afirma con seguridad, como si no estuviera delante de una chica completamente desnuda.

Esta situación es completamente surrealista, y lo más vergonzoso que me ha pasado en la vida.

Diana respira hondo y cierra los ojos un momento. Los abre y mira intensamente a Rafe.

—Hueles muy bien. A bosque.

—Sí, bueno... llevo unos días haciendo de guía de caza por la cordillera de Verpacia —comenta Rafe señalando hacia las montañas que tiene detrás.

—¿Has visto el lago esta noche? El que está hacia el este, como a una hora de camino corriendo —pregunta Diana con entusiasmo.

Yo escucho completamente asombrada mientras se enfrascan en una conversación sobre la belleza del bosque, la abundancia y calidad de las presas y las mejores zonas para cazar. Mi hermano está hablando con ella como si no fuera consciente de su desnudez y la mira siempre a los ojos.

Rafe se vuelve hacia nuestro público.

Diana sigue la dirección de su mirada con indignación.

—¿Por qué no dejan de mirarme?

—Supongo que no eres consciente —comenta Rafe con educación—, pero la verdad es que no es aceptable estar desnudo aquí fuera.

—Ah, estaba a punto de vestirme —contesta muy relajada—. Me gusta refrescarme un poco después de correr por el bosque.

—Lo entiendo —dice mi hermano—. He leído sobre tu pueblo y sé cómo hacéis las cosas, pero es muy importante que te pongas algo de ropa ahora mismo, Diana.

Ella lo mira con los ojos entornados y por fin parece comprender que podemos estar hablando de algo serio, por muy ridículo que pueda parecerle.

—Esta bien —acepta con recelo sin dejar de mirar a Rafe.

Le pongo mi capa sobre los hombros mientras oigo murmullos de decepción de algunos de los hombres. Diana sigue mis instrucciones y vuelve al bosque a vestirse, al poco emerge de nuevo completamente vestida. Los jóvenes le lanzan miradas oscuras y se dispersan enseguida.

—Estoy sedienta —anuncia Diana.

—¿Por qué no vamos todos al comedor a por algo de beber? —sugiere Rafe.

—Nosotros no tenemos costumbre de ir desnudos —explica Rafe mientras yo traigo una bandeja con té caliente y frutos secos de la cocina.

—Sí, sí, ya lo sé, pero es absurdo —contesta Diana—. ¿Cómo os bañáis? No oléis mal, o sea que debéis de bañaros. Mis ridículas compañeras de piso se toman muy en serio que nadie entre en el baño cuando están ellas, imagino que es porque deben de estar bañándose.

Rafe sonríe.

—Sí, nos bañamos, pero a nosotros nos parece inaceptable estar desnudos delante de los demás.

—¿Los niños también? ¿Y los bebés? ¿Siempre tienen que ir vestidos?

—Sí. Todo el mundo tiene que ir vestido. Especialmente los niños mayores y los adultos. Y nunca podemos estar desnudos delante de personas del sexo opuesto.

—¿Nunca? —Diana esboza una mueca de irónica incredulidad—. ¿Y cómo os apareáis? Sois bastantes, así que seguro que lo hacéis en algún momento.

Rafe suelta una carcajada sorprendida y, al hacerlo, escupe parte del té.

Diana esboza una sonrisa engreída.

—Imagino que... ciertamente... en ese caso la gente se quita la ropa — le concede Rafe con una mirada divertida mientras se esfuerza por contestar —. Pero ahora en serio, Diana, ya sé que para ti es absurdo, pero aquí hay creencias religiosas que la condenan.

—¿El qué?

—La desnudez.

—¿Creencias religiosas?

—Sí —le dice—. Hay personas que pensarían que si estás cómoda desnuda es porque no tienes moral y que... que te aparearías con cualquier hombre.

—Eso es absurdo —afirma Diana agitando la mano en el aire—. Nosotros nos apareamos de por vida.

—Ya lo sé. Pero aquí hay hombres que se aparearían contigo y no tienen ningún deseo de establecer un vínculo de por vida. Ni siquiera tienes por qué caerles bien.

Diana guarda silencio y se queda mirando a Rafe un buen rato con la boca entreabierta.

—Eso es espantoso. Es muy inmoral. —Diana frunce los labios con desaprobación y fulmina a mi hermano con la mirada—. Sois muy raros. — Diana ve a alguien al otro lado del comedor y levanta la mano para llamar su atención—. Jarod —dice llamando a su hermano.

Jarod la ve, sonrío y se acerca a nuestra mesa.

—Lo que hemos oído decir sobre su pueblo es verdad —le dice Diana sin molestarse en introducir el tema. Nos señala haciendo un gesto con la mano —. Esta gente se aparea con personas que ni siquiera les caen bien.

Es evidente que está conmocionada.

Rafe levanta ambas manos mirando a Diana como si quisiera rebatir su acusación.

—Me refería a que existen gardnerianos y celtas que son así, pero no todos —aclara con vehemencia.

Jarod pone cara de asombro y se sienta al lado de Diana colocando la silla del revés.

—¿En serio? —le pregunta a su hermana en voz baja avergonzado de nosotros—. Pensaba que solo era un rumor malintencionado.

—Yo también —concede Diana—. Pensaba que el Padre estaba exagerando. —Se vuelve hacia mí con expresión censoradora—. ¿Tú te has

apareado de esa forma, Elloren?

Casi escupo todo el té que tengo en la boca.

—¿Yo? ¡No! Yo nunca...

Mi voz suena más pequeña y tensa con cada palabra.

—Y tú. —Diana señala a Rafe—. ¿Te has apareado de esa forma? ¿Con alguien por quien ni siquiera te preocupas?

—¡No! —exclama Rafe poniéndose a la defensiva y levantando de nuevo las manos—. Al igual que mi hermana, yo no... —Se le apaga la voz.

Diana se relaja, se recuesta en la silla y suspira.

—Yo tampoco me he apareado todavía, aunque estoy impaciente. — Sonríe con alegría ante la perspectiva y después señala a Jarod con el pulgar—. Mi hermano tampoco se ha apareado aún.

Jarod nos sonríe con alegría.

—Yo también estoy impaciente.

—Tú también debes de tener ganas de tener pareja, Elloren —dice Diana en tono conversador—. Ya casi se te ha pasado la edad.

Ella y su hermano me sonríen con expectación y yo empiezo a preguntarme cuánto se me puede acalorar el rostro antes de provocarme algún problema físico. Tengo ganas de meterme debajo de la mesa y desaparecer.

—Mira —dice Rafe inclinándose hacia Diana cogiendo la taza con ambas manos—, estoy de acuerdo contigo en que es moralmente incorrecto estar con alguien que ni siquiera te preocupa. Solo quería dejarlo claro.

—¿Sabéis? —les digo a Jarod y a Diana—. A mí también me han llegado algunos rumores sobre vosotros.

Los dos se inclinan hacia delante interesados.

—¿Ah, sí? —pregunta Diana—. ¿Qué clase de rumores?

Lamento haberlo dicho automáticamente. Ahora no hay forma de escapar.

Respiro hondo y lo suelto.

—Que a veces os apareáis... en forma de lobo.

Ninguno de los dos parpadea siquiera.

—Eso es verdad —presume Diana—. Mis padres nos concibieron a mí y a mi hermano en forma de lobo. —Sonríe el pensarlo—. ¡Por eso soy tan buena cazadora!

—Es cierto —concede Jarod—. Es una de las mejores cazadoras de la manada.

Diana sonríe orgullosa al oír el cumplido de su hermano.

Me quedo sin habla un momento, después me recompongo lo suficiente para continuar. Ya no puedo sentirme más avergonzada de lo que estoy, así que imagino que lo mejor es enseñar todas las cartas.

—También he oído decir —prosigo vacilante— que a veces os apareáis cuando... cuando el hombre está en forma de lobo y la mujer en... forma humana.

Los dos se me quedan mirando sorprendidos y con la boca abierta.

Al final Jarod se vuelve hacia Diana con una mirada de incredulidad.

—¿Crees que sería físicamente posible?

Diana sigue mirándome.

—Eso es absurdo —espeta en tono seco.

—Veo que has estado manteniendo conversaciones muy interesantes con las chicas más moralistas de Gardneria —reflexiona Rafe sonriéndome. Yo le miro molesta—. Déjame adivinar... —especula—. ¿Te lo dijo Echo Flood?

—Fallon Bane —admito.

—Qué raro —exclama sonriendo.

—¿Qué otros rumores has oído sobre nosotros? —pregunta Diana—. Este último era muy creativo.

—No quisiera ofenderos —confieso.

Diana hace un gesto de desdén con la mano.

—La ignorancia de tu pueblo lo deja mal a él, no a nosotros.

—Me dijeron que os apareáis delante de toda la manada.

Más miradas de sorpresa.

—Eso no es verdad —contesta Diana, que parece verdaderamente ofendida por primera vez.

—El apareamiento es privado —añade Jarod mirándonos como si fuéramos tontos por tener que explicárnoslo.

—¿De dónde habrán sacado esas ideas sobre nosotros? —pregunta Diana perpleja.

—Me parece que los tabúes sobre la desnudez hacen que nuestra gente piense todo tipo de cosas raras —opina Rafe.

—Bueno —interviene Diana suspirando—, yo también he reunido un montón de rumores fantásticos sobre vosotros.

—¿Cómo qué? —pregunto con curiosidad por saber si los suyos son tan curiosos como los nuestros.

Se inclina hacia delante y baja la voz.

—Por ejemplo, que obligáis a niñas de trece años a elegir pareja.

—Eso es verdad —le digo pensando en Paige Snowden—. Es un compromiso. Es una forma mágica de unir a dos personas para que, en el futuro, se conviertan en pareja. Durante la ceremonia aparecen las marcas que lucen la mayoría de las mujeres gardnerianas en las manos. A veces las chicas son muy jóvenes.

Jarod y Diana me miran muy serios.

—Pero con trece años nadie tiene la madurez suficiente como para elegir una pareja de por vida —comenta Diana negando con la cabeza.

—Lo más normal es que la unión sea concertada —aclaro pensando en Aislinn.

Jarod y Diana se miran con sendas expresiones de desaprobación.

—Pero ¿qué pasa si no amas a esa persona? ¿Y si no te gusta su olor? —Diana parece muy afectada ante esa perspectiva—. ¿Tienes que aparearte con esa persona igualmente?

—Pues sí —admito consciente de lo mal que debe de sonarle. Es terrible.

—Eso es espantoso —murmura Diana. Me mira las manos y después mira las de Rafe—. Vosotros no estáis comprometidos.

Mi hermano y yo intercambiamos una rápida mirada.

—Mi tío quiere que esperemos —le digo a Diana—. Piensa que deberíamos ser un poco mayores.

—Desde luego —afirma Diana asintiendo con énfasis.

—Yo he oído decir que vuestros hombres se aparean con focas... incluso a pesar de tener pareja —espeta Jarod.

Diana se vuelve hacia su hermano muy avergonzada.

—¡Jarod!

—Es lo que me han dicho —admite encogiéndose de hombros con actitud defensiva.

Rafe suspira.

—Algunos de nuestros hombres lo hacen. A esas focas se las llama selkies, y pueden adoptar forma humana.

—¿Qué? —digo escandalizada—. La tía Vyvian me dijo que hay quien se las queda como mascotas.

Rafe arquea una ceja y me mira con incomodidad.

—No son mascotas, Ren.

La obscena verdad me deja asqueada.

—Todo esto es muy sórdido —murmura Diana avergonzada—. Quizá

estas cosas no pasarían si os emparejarais a una edad razonable con personas de las que estuvierais muy enamorados, como hacemos nosotros. Tenéis una forma de emparejaros muy antinatural.

—También hay parejas gardnerianas que son felices —contesto a la defensiva—. Mis padres se querían mucho.

—Y por eso tu hermano y tú sois personas con moral, al contrario que otros gardnerianos —afirma Diana con énfasis.

—¿Qué les ocurrió a vuestros padres? —pregunta Jarod en voz baja al advertir, al contrario que Diana, que me he referido a mis padres en pasado.

—Murieron cuando éramos pequeños —contesto mirando fijamente mi taza de té. Cuando levanto la cabeza advierto la tristeza en los ojos de Diana.

—Lo siento mucho —dice.

Me encojo de hombros momentáneamente sin habla y muy consciente de lo tarde que es y lo cansada que estoy. Pienso en mi colcha y en lo mucho que desearía seguir teniéndola para poder acurrucarme en ella. Diana me toca el brazo con delicadeza.

—Tienes que venir con nosotros la próxima vez que vayamos a visitar a nuestra manada —me dice con un tono amable—. Te caerían muy bien. Estoy segura de que harías muchos amigos.

Me sorprende darme cuenta de que se me están llenando los ojos de lágrimas. Parpadeo para reprimirlas y me esfuerzo por mantener la compostura.

—Gracias —digo con la voz entrecortada y sin dejar de mirar la taza fijamente—. Eres muy amable.

Diana me aprieta el brazo antes de soltarlo. La miro, su rostro es como un libro abierto, igual que el de su hermano, desprovisto de maldad. Aparte de las incómodas preguntas directas sobre el tema del apareamiento, tengo la repentina sensación de que me gustaría la familia de Diana.

—Me parece que estábamos equivocadas con ellos —me dice Aislinn algunas noches después mientras estamos sentadas en un banco fuera, mirando la luna y hablando sobre los lupinos. Nos ceñimos la capa cuando una brisa gélida agita las hojas secas del otoño del árbol que tenemos encima.

Las dos hemos dejado en el suelo las pesadas mochilas cargadas de libros.

—Ya lo sé —concedo.

—Pero la verdad, Elloren, es que hacen algunas cosas muy impactantes — dice.

—Pero en realidad no es nada malo.

Aislinn guarda silencio un momento pensando en lo que he dicho antes de hablar.

—Es que no lo entiendo. Una vez oí a mi padre hablando con mi madre sobre los lupinos. El Consejo de Magos le envió en misión diplomática a hablar con las manadas del norte. Y mientras mi padre estaba allí, un macho lupino anunció de pronto a toda la manada que se iba a aparear con una de las hembras y después... bueno, se la llevó al bosque. ¿Por qué le explicaría algo tan impactante si no fuera verdad?

—No lo sé —admito tensándome ante la duda.

—Quizá las manadas del norte sean distintas —dice Aislinn con esperanza—. Puede que la manada de Jarod y Diana sea más moral.

—Es posible.

—Es que no puedo imaginarme a Jarod haciendo algo tan fuerte.

Vuelvo a mirar la luna y veo que está rodeada de pequeñas nubes grises.

—¿Sabes? Hoy Jarod me ha dado un poema. Sobre la luna —confiesa Aislinn.

No me sorprende. Lo que empezó como un pequeño goteo de correspondencia en el laboratorio de química se ha convertido en algo habitual, tanto que Diana se ha negado a hacer de recadera. Así que ella y yo nos hemos cambiado de sitio para que Jarod y Aislinn puedan ocupar los asientos del pasillo.

Aislinn abre uno de sus libros secretos, saca un trozo de papel muy bien doblado y me lo entrega. Lo abro y leo la fluida caligrafía de Jarod a la tenue luz del candil.

Es un poema sobre la soledad y el anhelo que transcurre bajo los brillantes ojos de la luna como testigo.

—Es precioso —le digo doblándolo de nuevo y con la sensación de que me estoy entrometiendo en algo privado.

—Lo sé —admite con aire soñador muy distante.

—Aislinn —me aventuro a decir un tanto vacilante—, os vi a ti y a Jarod juntos. En la biblioteca, ayer por la noche.

Estaban sentados delante de un libro, muy juntos, sus cabezas y sus manos prácticamente se tocaban. Parecían ajenos al resto del mundo, embelesados, ambos tenían el rostro iluminado y se susurraban cosas muy animadas.

Incapaces de reprimir sus sonrisas avergonzadas.

Aislinn se sonroja y se mira el regazo. Se encoge de hombros.

—Supongo que nos estamos haciendo... amigos o algo así. Es extraño, ¿no? Yo, amiga de un lupino. —Me mira—. Todo es completamente inocente, ¿eh? La familia de Jarod le va a llevar a conocer las manadas del norte este verano para que pueda encontrar pareja, y él sabe que yo estoy a punto de comprometerme con Randall. Solo somos... amigos.

—Ya lo sé —le digo—. Pero me preocupa.

Aislinn frunce el ceño.

—Si mi familia supiera que hablo con él... mi padre me sacaría de la universidad. Por eso solo nos vemos por las noches. Es que a los dos nos encantan los libros. Es genial poder hablar de literatura con alguien tan... perspicaz. Es muy culto.

—Parece que tanto como tú —digo.

—¿Sabes, Elloren? —comenta Aislinn con tono vacilante—, hablar con Jarod me ha hecho preguntarme si nuestro pueblo estará equivocado en algunas cosas.

Me recuesto en el banco y reconozco una constelación entre las ramas del árbol.

—Te entiendo.

Nos quedamos calladas un momento mirando las estrellas.

Estoy muerta de frío y me meto las manos en los bolsillos. Y con los dedos toco unos pedazos de algo roto.

«El retrato roto de Lukas.» Lo había olvidado por completo.

Me lo saco del bolsillo y lo sostengo en la mano. Junto las dos partes de su rostro ridículamente atractivo.

Aislinn jadea.

—¿Tienes un retrato? ¿De Lukas Grey?

Asiento resignada.

—Lo rompí accidentalmente y me lo llevé de la habitación de Fallon.

Le explico a Aislinn todo lo que pasó, incluyendo la escandalosa desnudez de Diana y lo efectiva que fue enfrentándose a Fallon Bane.

Aislinn intenta reprimir la carcajada incrédula que se le está escapando, y yo empiezo a reírme también.

Mi amiga niega con la cabeza aguantándose la risa y señalando el retrato.

—Fallon te congelará si lo descubre.

Vuelvo a meterme los trozos en el bolsillo y me doy una palmada en la

capa.

—Si está bien escondido nunca lo descubrirá.

Rozo los pedazos del retrato a través de la tela de la capa un poco inquieta.

Nunca lo averiguará. ¿Cómo iba a descubrirlo?

Más tarde, esa misma noche, Ariel vuelve a hablarme al fin.

La habitación está totalmente distinta. Wynter y yo la hemos limpiado y la mayor parte de la estancia, excepto por el tercio de Ariel, está bien barrida y ordenada. La pequeña pajarera que hizo Rafe está ahora junto a la cama de Ariel. Dentro hay dos gallinas robadas y un búho con un ala rota que Ariel ha estado cuidando.

Tengo que admitir que el búho me tiene un poco fascinada y que disfruto observando la forma que tiene de girar la cabeza casi por completo, además de contemplar sus preciosos y enormes ojos. Jamás había estado tan cerca de uno.

Ariel estudia cría de animales, y tiene la mesa llena de libros, casi todos sobre medicina aviar. A pesar de lo dispersa y voluble que es con la gente, con los animales se muestra relajada y habilidosa. Lo que más le gustan son los pájaros, tanto que se niega a comerlos.

Estoy tumbada en mi cama de la cálida habitación, estudiando, rodeada de libros y notas, en la chimenea crepita un fuego y el tenue brillo de las llamas lo ilumina todo. El búho y la gallina están posados en la cama de Ariel, a su lado, y Wynter está sentada en el suelo, dibujando al búho, mientras Ariel lo acaricia con suavidad.

Entonces Ariel me mira con los ojos entornados y la cabeza apoyada en la almohada.

—Podrías haber hecho que me expulsaran.

Me sobresalto al oír su voz, y Wynter deja de dibujar un momento. Tardo un poco en responder.

—Ya lo sé.

—Te hice daño —insiste—. Estabas llena de sangre y moretones. Podrías haberme enviado a... ese sitio.

—Ya lo sé —repito avergonzada e incómoda—. Pero decidí no hacerlo.

—Pero —insiste enfadándose un poco—, estabas llena de sangre y... —
Le dije a todo el mundo que me había caído por la escalera.

Sigue observándome con una mirada dolida.

—Sigo odiándote, ¿sabes?

Trago saliva y asiento. Claro que me odia. Me lo merezco. Ella rompió una de mis posesiones más preciadas, pero yo provoqué la muerte de un ser vivo, un ser al que ella amaba.

—No espero que dejes de odiarme nunca —digo al fin con cierto esfuerzo—. Pero quiero que sepas que siento lo que le pasó a tu gallina. No sabía que Lukas iba a hacer eso... no pensé... estaba muy enfadada contigo. Lo siento.

—Da igual —dice con sequedad cortándome y tumbándose boca arriba para mirar al techo—. Está mejor muerta que aquí. Ojalá yo también estuviera muerta.

Me quedo de piedra.

—No digas eso.

—Vale —se corrige Ariel esbozando una mueca de irritación—. Preferiría que tú estuvieras muerta. Y todos los demás estudiantes que hay aquí. Menos Wynter.

Es un sentimiento muy comprensible, y lo dejo flotar en el aire sin respuesta mientras Wynter mira a Ariel con triste complicidad y después se vuelve hacia mí con una expresión más suave rebosante de aprobación.

Yo vuelvo a concentrarme en mi libro extrañamente conmovida. Y además, y por extraño que parezca, por primera vez desde que llegué a la universidad, siento cierta paz.

Trystan

—¿Dónde está Rafe?

—Ha salido —contesta Trystan con despreocupación tumbado en la cama y sin molestarse en levantar la cabeza del libro de física que está leyendo.

Ha llegado el undécimo mes, y con él un frío matador; de pronto los árboles están desnudos y el fuego de la Torre Norte se ha convertido en una necesidad.

Es tarde, ha terminado otra semana, y yo he pasado la última hora leyendo mi libro sobre Historia de Gardneria. Cada vez tengo más dudas. Las cosas no cuadran y quiero hablar del tema con Rafe.

Se supone que somos gardnerianos, los bendecidos, los Primeros Hijos, inocentes y puros. Y se entiende que todas las demás razas son las malignas, están malditas. Pero cada vez estoy más convencida de que la vida tiene la inquietante manía de negarse a alinear los términos en esas columnas tan ordenadas.

Y todo me resulta muy confuso.

—¿Qué está haciendo Rafe? —pregunto mientras Trystan sigue leyendo.

—Pasear. Como siempre —contesta abstraído.

—Ah.

Qué decepción. Últimamente Rafe siempre está fuera y no puedo contar con él.

—Se ha ido de paseo con Diana Ulrich —comenta Trystan al poco—. Ha salido con ella todas las noches de la semana.

Abro bien los ojos.

—¿Sí?

Trystan me mira confundido por mi sorpresa.

—Es la chica lupina —señalo.

—Ya lo sé —dice tranquilamente volviendo a mirar hacia su libro como

si la idea de que Rafe pase tanto tiempo con una cambiaformas fuera algo normal.

Recuerdo la noche que pasamos juntos en el comedor y el modo en que Rafe y Diana parecieron conectar enseguida. Por la expresión que vi en la cara de Diana cuando le miró justo antes de marcharse.

—¿No te parece un poco raro? —insisto.

Trystan se encoge de hombros.

—La vida es rara.

Empiezo a preocuparme. Rafe no puede estar interesado en una lupina. Tendría que cargar sobre sus hombros con la ira de dos razas muy poderosas. Y ella también.

—¿Crees que se gustan?

—Es posible —contesta Trystan.

Parpadeo y le miro preocupada de verdad.

—Es una cambiaformas.

Alza ambas cejas.

—Traducción: ¿es maligna?

—Santísimo Gran Ancestro, no —espeto con un tono gritón y defensivo incluso para mi gusto—. Pues claro que no pienso que sea mala, pero... pero a Rafe no puede gustarle de esa forma. Nuestros pueblos no se entienden bien precisamente.

Trystan sonrío y me habla con un tono amargo.

—¿Acaso piensas que el afecto requiere corrección diplomática?

Me molesta su sarcasmo.

—Quizá debería. Cuando es una amenaza para tu futuro.

Trystan pone los ojos en blanco y sigue leyendo.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo?

No sé por qué le pregunto eso. Trystan siempre está tranquilo. Y en este momento me está poniendo de los nervios.

—Ren, puede que solo sean amigos.

Resoplo con sorna.

—¿La conoces?

—No —contesta con sequedad—. No la conozco.

—Pues puede ser exasperante. Y arrogante. —«Y valiente. Y amable. Pero está poniendo a nuestro hermano en una situación potencialmente peligrosa»—. ¡Se pasea por ahí desnuda todo el tiempo! —insisto—. Y ahora está intentando robarnos a nuestro hermano.

Cada vez me gustan más cosas de Diana, incluso la admiro, pero las ignoro. Ya sé que estoy siendo obstinada, y me avergüenzo de mis propias palabras, pero este camino podría conducirnos al desastre. Es imposible ignorar eso.

Trystan levanta la vista de su libro un segundo. Me mira como si me estuviera volviendo loca.

—¿De verdad piensas que alguien podría robar a Rafe?

—Le ha hechizado con su belleza.

Trystan me mira poniendo los ojos en blanco.

—Lo más probable es que solo estén dando un paseo por el bosque, Ren.

¿Cómo puede estar tan ciego? ¡Es irritante!

—No. Está intentando clavarle las zarpas.

Trystan esboza una sonrisita.

Me dejo caer en la cama detrás de él y le fulmino con la mirada, consternada y cruzada de brazos. Él sigue leyendo y hace todo lo posible por ignorarme mientras yo sigo echando pestes.

Justo entonces aparece Yvan con una mochila colgada al hombro y una pila de libros enormes bajo el brazo. Se queda de piedra cuando me ve y adopta esa expresión tan intensa que pone siempre que está conmigo. — ¿Qué? —le grito dolida por su insistente comportamiento hostil.

Pero no me contesta. Solo se queda ahí como abochornado y un tanto sonrojado. De pronto me doy cuenta muy avergonzada de que estoy sentada en su cama.

—Ay, lo siento mucho —me disculpo cogiendo mis libros y mi mochila mientras me levanto de golpe sonrojándome yo también.

Las chicas gardnerianas y las celtas no se sientan en las camas de los hombres a menos que se trate de algún hermano. Acabo de saltarme el protocolo.

Yvan se quita su capa de lana negra y la deja encima de la cama junto a la mochila y los libros, como si estuviera marcando su territorio, y me lanza otra de sus intensas miradas verdes. Después coge algunos libros y se acerca a la mesa que tiene junto a su cama.

Entretanto yo me siento a los pies de la cama de Trystan y me apoyo en la pared con el rostro acalorado y muy incómoda. De pronto siento claustrofobia, pero estoy decidida a quedarme para poder pedirle explicaciones a Rafe sobre su escarceo con Diana. Saco mis libros y los tres

nos enfrascamos en una sesión de estudio.

De vez en cuando miro a Trystan y me sorprende verlo con los ojos clavados en la espalda de Yvan con una expresión un poco rara, casi líquida, como si estuviera atrapado en alguna ensoñación.

Al sentir mi mirada, Trystan vuelve a clavar los ojos en su libro, y yo miro a Yvan con despreocupación y de reojo intentando descubrir qué es lo que está viendo Trystan.

Yvan lee con la cabeza apoyada en la mano, está muy tenso. Es un libro del Gremio de Médicos, y desde donde estoy distingo unos diagramas anatómicos en la página que está leyendo.

Admito a regañadientes que Yvan tiene un cuerpo bonito. Es alto y delgado, y cuando su penetrante mirada verde no está tensa, tiene unos ojos increíbles. Suele atraer mi mirada a menudo en la cocina, su fuerza y su elegancia se enredan en mis pensamientos y me aceleran el corazón. No puedo evitar recordar el aspecto que tenía cuando le sonrió a Fern el primer día que estuve en la cocina, lo deslumbrante que era su sonrisa, lo devastadoramente atractivo que me pareció.

Me muerdo la mejilla enfadada.

«¿Por qué tiene que distraerme tanto su atractivo? ¿Y por qué me tiene que parecer tan guapo cuando es evidente que yo no le gusto nada? Y además: ¡es un celta!»

Pero no puedo evitar advertir que su hostilidad hacia mí ha disminuido un poco últimamente. A veces le sorprendo mirándome en la cocina con esos ojos suyos tan intensos. Como si estuviera intentando entenderme. Siempre me provoca una inquietante sensación cálida. Pero poco después de que se crucen nuestras miradas, siempre aparece ese destello de ira en sus ojos, me lanza una mirada fulminante y aparta la vista.

Después de una hora de tenso silencio, Yvan cierra el libro de golpe, se levanta, coge la mochila de la cama y se marcha de la habitación cerrando de un portazo. La densa e incómoda tensión que flotaba en la habitación se marcha con él y yo suspiro aliviada.

—No sé cómo soportas vivir con él —le digo a Trystan—. Es demasiado intenso.

Trystan no dice nada. Levanta la vista para mirarme a los ojos un momento y vuelve a posarlos en su libro.

—Oye, ¿por qué le estabas mirando? —pregunto con desconfianza.

Trystan guarda silencio un momento concentrado en su libro mientras yo

espero impaciente a que me responda.

—Porque es guapo —dice Trystan al fin en voz tan baja que es casi un susurro.

Las palabras se quedan flotando en el aire entre nosotros y puedo sentir su peso sobre mí. De pronto tengo la repentina e incómoda sensación de que las cosas que llevo ignorando toda mi vida se están convirtiendo en algo innegable.

—¿A qué te refieres? —pregunto muy despacio.

No me contesta, solo se pone tenso y sigue mirando el libro.

Le estoy malinterpretando. Seguro. Yvan es guapo. Dolorosamente. Trystan solo está exponiendo lo evidente. Pero lo ha dicho de una forma...

De pronto una serie de ideas inoportunas empiezan a ordenarse. Aunque siempre he visto a Rafe flirteando con chicas y haciendo comentarios sobre las más guapas que nos cruzábamos cada vez que íbamos a los mercados de invierno al aire libre, no recuerdo que Trystan se haya fijado nunca en ninguna. Siempre ha estado encantado de pasar el rato con Gareth.

Mi hermano vuelve a mirarme a los ojos con una expresión triste y desafiante al mismo tiempo. Casi no puedo respirar y tengo la boca abierta.

—Oh, Trystan. Por favor, dime que no estás diciendo...

Mi hermano aprieta los labios con una expresión dolida.

—No puedes pensar que es guapo. No puedes pensar así. Trystan, dime que no te referías a eso.

No me contesta y clava la mirada en el libro mientras el pánico se apodera de mí.

—Santísimo Gran Ancestro, Trystan, ¿lo sabe Yvan?

«Yvan no puede saberlo. Nadie puede saberlo.»

—Creo que sí —contesta Trystan muy tenso—. Quizá por eso tiene tanto cuidado de no desnudarse delante de mí.

—Oh, Trystan —jadeo presa del pánico—, esto es un desastre.

—Ya lo sé —admite con firmeza.

—Los del Consejo de Magos... Meten a la gente en la cárcel por... —
Ya lo sé, Ren.

—No puedes ser así. No puedes. Tienes que cambiar.

Trystan sigue mirando fijamente el libro.

—No creo que pueda —dice en voz baja.

—Pues no debes decírselo a nadie —insisto negando con la cabeza para darle énfasis—. No puede saberlo nadie.

—¿Crees que no lo sé?

Sigue hablando con calma, pero percibo el dolor en su tono. Y cierta ira.

—¿Quién más lo sabe? —pregunto con la cabeza hecha un lío.

—Creo que Rafe se lo imagina.

—¿Y qué piensa?

Trystan suspira.

—Ya conoces a Rafe. Va a la suya prácticamente en todo. Y deja que los demás hagan lo mismo.

—¿Y qué hay del tío Edwin?

—No lo sé.

—¿Y Gareth?

—Gareth lo sabe —afirma de forma sucinta.

—¿Se lo has dicho?

«¿Por qué Gareth no me lo ha dicho?» Me siento un poco dolida.

—Se dio cuenta.

—¿Cómo?

Trystan deja de fingir que está leyendo y cierra el libro.

—Lo sabe porque intenté besarle.

Me quedo de piedra.

—¿Intentaste besar a Gareth? —Me lo quedo mirando un momento sin decir nada—. ¿Y qué...? ¿Qué hizo? Cuando intentaste...

—¿Cuándo intenté besarle? —me interrumpe con aspereza—. Me dijo que lo lamentaba pero solo se sentía atraído por mujeres.

Nos quedamos mirando un buen rato, las ramificaciones de la forma de ser de mi hermano me hacen sentir como si se acercara una tormenta.

Me froto las sienes.

—Oh, Trystan —digo asombrada. Mi religión se acaba de convertir en un arma. Y apunta directamente a mi hermano—. Te verán como uno de los malignos. Si alguien descubre... —Lo sé.

Niego con la cabeza, me estoy mareando.

—Parece que los colecciona últimamente.

—¿A los malignos?

—Ícaras, lupinos... —«Una fae de agua de incógnito»—, y ahora tú.

Trystan reacciona encogiendo un poco los hombros, de pronto parece muy cansado.

Le doy un golpecito en el pie.

—Ya sé que no eres malo —admito en voz baja.

Me mira y asiente, por un momento parece que le falten las palabras.

Suspiro con fuerza pegando la cabeza a la pared mientras contemplo el desfile de las sombras por las vigas del techo animadas por el parpadeo de la luz del candil.

—De todas formas estoy empezando a pensar que todo es absurdo —le confieso—. Todo lo de los malignos... Pero eso no cambia el hecho de que todos los demás se lo crean. —Vuelvo la cabeza y le miro preocupada—. Trystan, estoy muy preocupada por ti. No puedo... —Se me llenan los ojos de lágrimas mientras imagino que se llevan a mi hermano, que lo meten en la cárcel. Siento una fuerte presión acompañada de un justificado temor por su seguridad—. Tienes que mantenerlo en secreto.

—Ya lo sé, Ren —me dice en voz baja.

—No bromeo. Esto es muy peligroso. Prométemelo. Prométeme que no se lo explicarás a nadie.

—Lo prometo. Tendré cuidado —me asegura, y sé que está hablando en serio y siendo condescendiente conmigo al mismo tiempo. Pero de momento tendrá que bastar.

Historia

Los siguientes días, la actitud distante e intensa de Yvan hacia mí empieza a ponerme de los nervios, y lo empeora el hecho de que sienta tanto miedo de que él sepa el terrible secreto de Trystan. Empiezo a mantener conversaciones unidireccionales con Yvan con la desesperada intención de ganármelo.

Esta noche en particular, estamos cortando un montón de nabos, que es la tarea que menos me gusta. Iris está amasando pan en la mesa contigua con la melena rubia recogida en un montón de preciosas trenzas. Noto su territorialidad, cómo me fulmina con la mirada de vez en cuando: una gardneriana tan cerca de su Yvan.

A veces me molesta ver a Iris y a Yvan juntos. Escucharlo reír en alguna esquina, presenciar lo bien que se llevan, cómo ella lo toca con despreocupación en el hombro, el brazo, la mano. Es evidente que son viejos amigos, pero ¿hay algo más?

«¿Se besarán a escondidas? ¿Se escaparán por las noches a algún granero?»

Me reprendo automáticamente por pensar en esas cosas.

Yvan es celta, y me desprecia profundamente. Tengo que olvidarme de cómo me hierva la sangre cada vez que le veo. Aunque sentirse atraída por un celta es absurdo, y en este caso, bastante peligroso.

De pronto me viene Lukas a la cabeza y me sonrojo preguntándome qué le parecería saber que estoy pensando en un celta.

Ignoro las desagradables miradas de Iris y clavo el cuchillo en el nabo.

Picar verduras me parece tan divertido como picar piedra.

Me siento un poco aliviada cuando Iris se limpia las manos y se marcha. Ahora es mi oportunidad de hablar con Yvan, de intentar ganármelo, de convencerlo para que no descubra el secreto de mi hermano.

Le miro.

—¿Qué tal va la noche? —pregunto con el tono más agradable y meloso de que soy capaz.

Como es habitual, él se limita a fulminarme con la mirada y se concentra en picar los nabos que tiene delante.

Desesperada, me pongo a parlotear sobre el tiempo, lo que he comido, y comento cualquier tontería que se me ocurre que pueda despertar su interés mientras las trabajadoras uriscas pasan por nuestro lado tan atareadas como siempre.

—... y mi tía Vyvian me ha enviado vestidos nuevos. Creo que se siente culpable de tenerme viviendo con ícaras. —Meto los trocitos de nabo en un gran cuenco de madera—. Me ha sorprendido mucho recibir su regalo —continúo—. Creo que está intentando convencerme con ayuda de regalos ya que el método del castigo no le está funcionando. Me he puesto uno hoy. ¿A que es bonito?

El vestido es muy bonito, toda la seda negra del vestido está salpicada de delicadas flores de guayaco bordadas en azul marino.

Yvan deja de picar nabos y se queda ahí plantado con el cuchillo recién afilado en la mano.

—¿Qué? —pregunta entornando los ojos con rabia.

«Por fin una respuesta. Increíble.» Aunque no es exactamente la que esperaba.

—Mi vestido —repito con tono agradable—. ¿A que los bordados son preciosos?

Yvan deja el cuchillo con cuidado encima de la mesa y gira la silla en mi dirección.

—No —contesta indignado—. Me parece asqueroso.

Le miro parpadeando asombrada. Noto una punzada de dolor mezclado con indignación y se me acalora el rostro. Le miro con dureza.

—A veces tu encanto es abrumador, ¿sabes?

—Esa ropa se ha hecho con la sangre y el sudor de los esclavos —continúa con un tono sarcástico señalando mi vestido.

—¿Qué dices? —contesto—. La tía Vyvian lo compró en una tienda de Valgard.

—¿Tienes idea de quién confecciona en realidad tus elegantes vestidos de seda?

—No... no, no lo sé, pero...

Se inclina hacia mí con actitud agresiva y yo me encojo un poco

intimidada.

—Esos bordados tan intrincados los hicieron trabajadoras uriscas. En las islas Fae. La mayoría son niñas. Trabajan prácticamente a cambio de nada. Y si intentan protestar les pegan.

«Está mintiendo. Tiene que ser mentira. Solo trata de ser desagradable.»

Le miro indignada y me muerdo el labio con nerviosismo, pero su mirada furibunda no flaquea ni un ápice, y tengo la arrolladora e incómoda sensación de que me está diciendo la verdad.

—Yo... no lo sabía —respondo a la defensiva.

—Tú no quieres saberlo. Ninguno de vosotros quiere saberlo —me contesta—. Así que no, no me gusta tu vestido. Creo que tú y tu vestido sois asquerosos.

Siento una aguda punzada de dolor en la sien y sus palabras me encogen el estómago, se me clavan en el corazón y se me saltan las lágrimas. Es cruel y despiadado. ¿Por qué cambia tanto para ser desagradable conmigo? ¿Y por qué dejo que me afecte?

Es un celta estúpido e idiota.

Pero ¿y si tiene razón? ¿Podría ser verdad? Tengo la cabeza hecha un lío y me esfuerzo por reprimir las lágrimas.

No, no pienso permitir que me haga llorar.

Cojo el cuchillo desesperada por ignorarlo, a él y a sus inquietantes palabras, y vuelvo a concentrarme en rebanar la dura piel de los nabos.

—Sacerdote Simitri.

Al día siguiente me acerco algo vacilante a mi profesor. Ha terminado la clase y los estudiantes gardnerianos están empezando a salir del aula.

—Maga Gardner. —Me saluda con amabilidad, le huele la toga a incienso y lleva un brazalete de apoyo a Vogel en el brazo—. Tengo algo para usted.

Mete la mano por detrás del escritorio, saca un precioso guayaco plantado en una maceta negra y me lo entrega.

—Gracias —digo conmovida por el gesto.

—Te ayudará a limpiar tu habitación del hedor a demonio —me dice con aire paternal. Se inclina hacia mí como si estuviéramos compartiendo algún secreto desafortunado—. Puede que a las ícaras no les guste, pero creo que a ti te resultará tranquilizador.

Me pongo tensa por dentro. «Tienen nombres —pienso—. Ariel y Wynter.» Pero no digo nada para hacerle partícipe de mi cambio de opinión.

—Gracias —contesto aceptando el arbolito.

Pesa mucho. Pero por mucho que me gusten, no lo quiero. No si puede incomodar a Wynter, o incluso a Ariel.

—Te ayudaré a trasplantarlo cuando se haga un poco más grande —me dice con alegría—. Las raíces son delicadas. Necesitan espacio para extenderse.

—Gracias —repito.

Quizá advierta mi incomodidad, porque esboza una sonrisa alentadora.

—¿Qué puedo hacer por ti, Maga Gardner, en este magnífico día que nos ha regalado el Gran Ancestro?

—Pues veré, sacerdote Simitri, me estaba preguntando —le comento con tono vacilante cambiándome el peso de un pie a otro—, si podría ayudarme a descubrir la verdad sobre un rumor que me ha llegado.

Se apoya en la mesa, entrelaza los dedos de las manos sobre el regazo y me presta toda su atención.

—El mundo está lleno de rumores, Maga Gardner. Es muy importante buscar la verdad en cualquier asunto.

Sonríó un poco más animada.

—¿Es verdad —comienzo a decir con cautela— que las telas con las que se ha confeccionado mi ropa podrían haberlas tejido trabajadoras uriscas en las islas Fae? ¿Trabajadoras que son tratadas como esclavas?

El profesor adopta una expresión solemne.

—Es cierto que la tela de tu vestido podrían haberla confeccionado trabajadoras uriscas en las islas Fae. Lo que no es cierto es que se las trate como esclavas. Lo que es verdad es que antes de que los gardnerianos ocuparan las tierras uriscas, por la gracia del Gran Ancestro, los uriscos vivían como salvajes, adoraban estatuas de piedra de dioses falsos, y los hombres tenían varias esposas. Se atacaban casi tanto entre ellos como atacaban a los demás pueblos. Eran salvajes y muy peligrosos. Ahora, gracias a nuestra intervención, las mujeres uriscas viven con moralidad. ¿Es cierto que trabajan mucho? La respuesta es sí, pero el trabajo duro, en especial si puede ayudar a las personas a alejarse de una vida salvaje... bueno, solo puede ser bueno para ellas.

Me sonrío con actitud alentadora.

—¿Y hay niños trabajando? —prosigo un tanto incómoda.

El sacerdote Simitri parece pensativo.

—Si los hay estoy convencido de que es con el beneplácito de sus

supervisores, para que sus madres puedan vigilarlos. No te pongas sentimental, Elloren. Los niños uriscos no son como los niños gardnerianos. No son Primeros Hijos. Necesitan hábitos y trabajo duro para mantener a raya sus instintos primarios. Carecen de la inteligencia, la sensibilidad... el alma de nuestra gente.

Recuerdo a Fern riendo y haciendo burbujas en la cocina.

«No, ella es como cualquier otro niño. En realidad es igual que cualquier gardneriano.»

El sacerdote Simitri señala el libro de historia que llevo debajo del brazo.

—¿Por qué no lees la historia de la raza urisca en nuestro libro? Estoy seguro de que la encontrarás muy esclarecedora.

Pero el libro de historia lo escribió él. Y ya lo he leído. «No. No lo entiendo.»

Me despido del sacerdote Simitri y me marcho del aula en busca de respuestas.

Solo conozco a un profesor de historia que no sea gardneriano. El profesor Kristian. El profesor celta que defendió a Ariel cuando le quité el pastel.

Y

El profesor Kristian está sentado a un pequeño escritorio muy viejo en un despacho desordenado, y tiene la puerta abierta de par en par. En las paredes veo un montón de estanterías igual de baqueteadas, llenas hasta los topes de libros y papeles, en algunas incluso hay dos hileras de libros colocados de cualquier forma. Tiene más pilas de libros encima de la mesa y amontonados en el suelo junto a las paredes.

Está escribiendo delante de algunos volúmenes abiertos. Se sube las gafas de vez en cuando porque no dejan de resbalarle por la nariz.

El gesto y el despacho me hacen pensar en el tío Edwin. Mi tío tiene la misma costumbre de empujarse las gafas por la nariz y la misma tendencia al desorden, en especial con los libros y los estuches de violín.

Toso un poco incómoda para llamar su atención.

Levanta la vista y se queda mirándome muy sorprendido.

Se desata una breve tormenta de emociones en sus ojos que van y vienen mientras me mira con recelo. Se sube las gafas y parpadea varias veces antes de decir nada.

—Maga Elloren Gardner.

Intento sonreír, pero acabo haciendo un gesto tenso muy raro con los labios.

El profesor sigue parpadeando mientras yo aguardo bajo el marco de la puerta.

—Tengo... me gustaría hacerle una pregunta —tartamudeo incómoda.
Más parpadeo.

Se me escapan las palabras un tanto desordenadas.

—Me han dicho... que mi ropa, o la tela al menos... que podría haber sido confeccionada por esclavos. ¿Eso es verdad?

Ladea la cabeza con una expresión perpleja.

—¿Por qué acudes a mí para hacerme esa pregunta, Elloren Gardner?

—He pensado que me contestaría con sinceridad. He acudido al sacerdote Simitri, pero su respuesta me ha parecido... parcial.

El profesor Kristian hace un ruidito despectivo y se quita las gafas. Coge un pañuelito de su mesa y me mira con los ojos entornados mientras limpia los cristales. Vuelve a ponerse las gafas, se reclina en la silla, se cruza de brazos y me mira fijamente mientras yo aguardo en la puerta.

—Tu ropa, Maga Gardner, probablemente haya sido hecha por mujeres uriscas de las islas Fae. Algunas de esas trabajadoras quizá fueran niñas, pero lo más probable es que a todas les pagaran apenas lo que necesitan para sobrevivir y que estén trabajando en condiciones comparables a la esclavitud. No tienen libertad de movimientos, no pueden marcharse de las islas en busca de una vida mejor, porque están muy vigiladas. Solo pueden abandonar las islas aliándose con algún pirata que las saque de allí a cambio de mucho dinero, y estos suelen entregárselas a un dueño todavía peor que empleará la amenaza de la deportación o el encarcelamiento de por vida para explotarlas. También pueden salir de las islas accediendo a convertirse en sirvientas no remuneradas de los gardnerianos, cosa que, de nuevo, vuelve a ser algo muy parecido a la esclavitud, pues viven permanentemente bajo la amenaza de la deportación. Así que, Elloren Gardner, si me estás preguntando si tu vestido está confeccionado, no con la mejor de las sedas, sino con la opresión y el sufrimiento de incontables trabajadores, la respuesta es un firme sí.

Trago saliva con fuerza. «No tiene pelos en la lengua.» Su franqueza me incomoda y tengo que recordarme que no he venido en busca de alguien que me hablara con rodeos.

—Gracias por ser sincero conmigo —le digo sintiéndome avergonzada, pensando en la pequeña Fern y en el miedo que tenía de volver a las islas Fae.

El profesor relaja un poco la expresión. Frunce el ceño con los ojos llenos de preguntas.

—No hay de qué.

Ya he sabido cosas más que suficientes por hoy, me doy la vuelta y me marcho.

Υ

Al día siguiente, en la cocina, me pongo a amontonar en el fregadero los platos y las bandejas sucias que los estudiantes dejan en el mostrador del comedor. Me he puesto la ropa vieja y cómoda que llevaba cuando vivía en casa: el atuendo marrón oscuro apenas puede considerarse aceptable como ropa gardneriana, pero bastará. Parezco más celta que gardneriana. Pero vuelvo a sentirme yo misma. Mi vieja túnica y la falda que llevo no son precisamente elegantes, y son demasiado anchas como para resaltar mi figura, pero por fin puedo moverme y respirar.

Mi ropa nueva ha atraído muchas miradas confusas y desaprobadoras de los demás gardnerianos, y más aún de los que no son gardnerianos.

—Será una broma —espeta Iris cuando entra en la cocina y me ve trasladando una pila de platos de un lado a otro.

Noto cómo el calor me sube por el cuello, pero intento ignorarla y seguir trabajando.

A Bleddyn casi se le cae el saco de harina que trae en las manos cuando entra en la cocina.

—O sea que ahora es celta, ¿no?

Escupe en el suelo con una mueca de disgusto en la cara y me fulmina con la mirada. Mira a Fernyllia muy enfadada.

Fernyllia se encoge de hombros y me mira, después hace un gesto discreto con las manos llenas de harina para indicarles a Iris y a Bleddyn que me dejen en paz.

Olilly, la sirvienta escuchimizada con la piel lavanda me mira con temerosa confusión y busca a Fernyllia con los ojos en busca de reafirmación. La encargada de la cocina le dedica una sonrisa tranquilizadora y vuelve a mirarme con recelo.

—Da igual —susurra Iris en voz alta cogiendo la harina de Bleddyn mientras me fulmina con la mirada—. Aunque la cucaracha se vista de princesa, cucaracha se queda.

Fernyllia le lanza una mirada censora a Iris que solo consigue

apagar parcialmente las sonrisas oscuras de los labios de Iris y Bleddyn. Los dos jóvenes se marchan hacia la despensa y oigo sus carcajadas en cuanto cruzan la puerta.

Ahora me arde el cuello, y me pongo a fregar los platos con energía en el enorme fregadero.

Cuando llega al fin, Yvan me ignora por completo, ni siquiera me mira cuando se coloca a mi lado y empieza a lavar platos y cazuelas con un cepillo de cerdas ásperas. Al final mira en mi dirección y cuando me ve aparece un breve destello de sorpresa en sus ojos antes de volver a concentrarse en las cacerolas.

Sé que me estoy poniendo colorada, imagino lo que debe de estar pensando. Y me preparo para que vuelva a meterse conmigo.

—No he dejado de llevar mi ropa por ti —le explico un poco incómoda y enfadada, todavía se nota el daño que me hizo el día anterior—. Me da igual lo que pienses de mí.

Vuelve a mirarme con su habitual intensidad silenciosa mientras friega la cacerola que tiene delante con energía.

—Le pregunté al profesor Kristian si era verdad lo que me habías dicho — le explico con tono defensivo, la verdad es que no quiero que Yvan piense que tiene alguna influencia sobre mí—. Me dijo que sí, así que decidí que prefería llevar mi ropa anterior, la ropa con la que crecí. Estoy más cómoda así. Ese es el verdadero motivo por el que me he cambiado.

Yvan deja de fregar un momento y se queda mirando la pared que tenemos delante, se le tensan los músculos de la cara y el cuello. Suspira, vuelve a concentrarse en el trabajo y dice:

—Estás mejor así.

Me sobresalto. «¿Un cumplido de Yvan?»

Me siento conmovida por sus palabras y noto una oleada de calor que se extiende por mi cuerpo. Su voz, cuando no está enfadado o irritado, es grave y sorprendentemente amable.

Le miro de reojo mientras él sigue clavando los ojos en la pared de delante.

Vuelvo al despacho del profesor Kristian unos días más tarde porque las preguntas se están multiplicando en mi cabeza como una camada de conejos. Estoy hambrienta de respuestas, quiero saber la verdad sobre cualquier cosa.

El profesor parpadea varias veces cuando me ve entrar en el despacho y alza las cejas en un gesto que parece de sorpresa al darse cuenta de que he

venido a buscarlo otra vez. Se inclina hacia delante y mira en dirección al pasillo por el que he venido, quizá esperando ver a alguna otra persona allí. Cuando no ve a nadie vuelve a reclinarsse en la silla de su escritorio y me mira con aire reflexivo.

Una sombra le cruza el rostro una y otra vez y se pone tenso.

—Te pareces mucho a tu padre —comenta. Carraspea poniéndose tenso

—.

Y a tu abuela, claro.

Le miro y parpadeo sorprendida.

—¿Conocía a mi padre?

Adopta una expresión cautelosa.

—Sabía quien era. Mucha gente lo sabía.

—Ah —contesto decepcionada.

—¿Qué te trae por aquí, Maga Gardner? —pregunta con tono receloso

—. ¿Más preguntas?

Asiento y después de un largo y tenso momento me hace un gesto resignado indicándome que tome asiento en la silla que hay frente a su escritorio.

Cierro la puerta y me empiezo a sentir incómoda y nerviosa.

—Veo que después de nuestra conversación del otro día te has cambiado de ropa —apunta, y me parece detectar un pequeño brillo de aprobación en sus ojos.

—Sí, bueno... em... —tartamudeo—. De todas formas prefiero mi ropa de antes.

Cuando oye ese comentario alza las cejas, suelta los papeles que tiene en las manos y entrelaza los dedos de las manos para prestarme toda su atención.

—¿Qué quieres saber? —pregunta.

Me muerdo el labio y suspiro antes de contestar.

—Quiero conocer la historia de Gardneria. —Levanto el libro de historia

—. La de verdad. No esta.

Se le contrae la comisura del labio.

—Este libro goza de muy buena consideración en...

—Es el libro gardneriano sobre la historia de Gardneria —le aclaro.

Asiente.

—Entonces, ¿estás buscando la historia de Gardneria explicada por los celtas? —pregunta con tono divertido.

—No, lo que quiero es saber lo que pasó de verdad.

El profesor frunce los labios y me mira con atención.

—La historia es un asunto complejo, Maga Gardner. Todo lo que se escribe suele ser subjetivo, y acostumbra a ser complicado saber la verdad. — Muy bien —insisto—, pues en ese caso quiero saber cuál es para usted la verdadera historia de Gardneria.

Se le escapa una carcajada incómoda.

—Se supone que los profesores no enseñan así, Maga Gardner. Mi opinión no tiene mucha importancia.

—Por favor, profesor Kristian —le presiono con cierta vehemencia—. Es importante para mí. Por favor, explíqueme lo que sabe.

Mira la mesa un momento y frunce el ceño como si estuviera discutiendo consigo mismo sobre la mejor forma de contestarme antes de volver a encontrarse con mi obstinada mirada.

—Podría llevarnos un buen rato —me advierte.

—Tengo tiempo —contesto impertérrita. Me recuesto en la silla.

Se me queda mirando durante un largo e incómodo minuto, quizá esperando que me rinda y me marche.

—Está bien, Maga Gardner —dice al fin inclinándose hacia mí—. La historia de Gardneria comienza con Styvius Gardner, el primer Gran Mago de tu pueblo. Era tu antepasado, si no me equivoco estamos hablando de hace unas seis generaciones, ¿no?

Asiento.

—Tienes un buen linaje —observa mirándome con astucia—. No solo Carnissa Gardner, la Bruja Negra, también Styvius Gardner; dos Grandes Magos en una misma familia.

Pienso un momento en ello.

—La verdad es que no tenía ni idea de lo mucho que alguna gente venera a mi familia. O la odia. Hasta que salí de Halfix.

—Supongo que sabrás que Styvius nació de una madre Maga cuando los celtas estaban en el poder, ¿no?

Me pongo tensa al recordar que el profesor Kristian es de etnia celta.

—Sé que los celtas odiaban a mi pueblo y los trataron muy mal.

—¿Y sabes por qué los odiaban? —pregunta el profesor Kristian.

Le miro fijamente.

—Prejuicios.

—Exactamente —contesta reclinándose en la silla y sonriendo—. Les trataron muy mal. Abusaron de ellos en todos los sentidos. Los trataron como

esclavos. A veces incluso los mataban según nacían. Los celtas los veían como mestizos contaminados por sangre fae.

Me pongo tensa, pero luego pienso en Gareth, en Tierney y en mi atracción por la madera.

El profesor ladea la cabeza.

—¿Alguna vez te has preguntado por qué tienes ese brillo en la piel?

—Es la marca de los Primeros Hijos —le digo—. Una bendición del Gran Ancestro.

Suelta una risotada.

—Una teoría ciertamente altiva. Y absolutamente falsa. Es mucho más probable que tu pueblo descienda de la unión de los celtas que se asentaron en la frontera del bosque del Norte y las faes dríade.

Me lo quedo mirando boquiabierta.

—¿Qué? ¿Las fae de los árboles? Eso es absurdo. Somos una raza de pura sangre.

—Eso explicaría por qué tu raza posee ciertos poderes relacionados con la madera, y se dice que la piel de las dríades brillaba en la oscuridad —comenta.

Le miro frunciendo el ceño con mucho escepticismo. Es imposible saber como eran las fae de los árboles, los celtas las aniquilaron hace muchos años. Y los gardnerianos tienen poderes con la varita. No esa absurda magia relacionada con la madera. Me agarro a la silla de madera.

«Arce.»

Aparto las manos de la suave madera y las cruzo en el regazo.

—Los celtas de la antigüedad tenían un buen motivo para despreciar a los fae —continúa el profesor Kristian—. Cuando llegaron a esta tierra, alrededor del año 2000 D, los fae los atacaron y los esclavizaron. Pero los celtas enseguida descubrieron que podían vencerlos utilizando armas de hierro.

Eso ya lo sabía. Los celtas llegaron aquí huyendo de una guerra, y ya no podían regresar a las lejanas tierras celtas, pues los separaba de ellas un mar infestado de krakens que hacía el viaje muy peligroso. Los celtas llegaron hacinados en barcos, casi muertos de hambre, y desembarcaron en las orillas del Reino de Occidente. Enseguida los atacaron y los fae los convirtieron en sus esclavos. Hasta que los celtas se dieron cuenta de que el hierro al que ellos son inmunes, es mortal para los fae.

Sé que los celtas, armados de hierro, aniquilaron a la mayoría de los fae

y se quedaron con una buena parte del Reino de Occidente.

Me viene a la cabeza una imagen de Tierney: siempre con guantes de laboratorio, la cuidadosa y concentrada expresión que adopta cuando maneja herramientas de hierro. Entierro la imagen en las profundidades de mi mente.

El profesor Kristian se inclina hacia delante.

—Styvius Gardner era un mestizo en una sociedad celta, uno de los despreciables magos medio celta medio dríade.

Palidezco. El profesor Kristian podría acabar preso por blasfemar así en Gardneria.

—Es peligroso hablar así —le advierto con aspereza.

Me sonrío con una mirada de acero en los ojos.

—Es posible, menos mal que la puerta del despacho está cerrada.

Me lo quedo mirando sorprendida por su valentía.

—¿Seguimos?

Trago saliva y asiento.

—Los faes dríade fueron aniquilados hace mucho tiempo, pero la sangre dríade permaneció en la sangre de los magos, cosa que les confirió su característico pelo negro y el brillo de la piel. Y la magia de la madera también permaneció, aunque a un nivel muy débil: solo las varitas muy laminadas podían extraer una fracción de los mismos poderes a los que los dríades tenían acceso tocando una sencilla rama de árbol.

—Sin embargo, Styvius Gardner era un mago distinto. Sus poderes no era débiles. A partir de ese momento quedó claro que tenía más poderes que cualquier mago anterior. Podía crear fuego con una ferocidad nunca vista y provocar tornados modificando un soplo de brisa.

Me recuesto en la silla. Esto no es nuevo para mí. Ya lo había escuchado.

—Cuando Styvius tenía solo ocho años —prosigue el profesor Kristian —, descubrió a un vigilante celta pegándole a su madre.

—Eso lo sé —afirmo con sequedad.

El profesor Kristian asiente.

—Horrorizado al ver a su madre cubierta de sangre, Styvius mató al vigilante prendiéndole fuego con sus poderes. Los celtas reaccionaron enviando unos soldados a matar al joven Styvius. Asesinaron a su querida madre cuando esta intentó esconderlo. Los celtas decidieron matar a todos los Magos del pueblo para darles una lección de obediencia.

—Pero Styvius se lo impidió. La muerte de su madre le volvió loco, y mató a todos los soldados que se fue encontrando.

Eso también lo sé. Los sacerdotes hablan de eso en la iglesia. Conozco la historia de cómo Styvius se vengó de los malvados celtas y asesinó a los crueles verdugos de su madre.

—Después continuó y mató a todos los celtas del pueblo y de los pueblos vecinos —prosigue el profesor Kristian.

Esa parte me coge desprevenida.

—Espere. ¿Qué?

El profesor asiente muy serio.

—A todo el mundo. Hombres. Mujeres. Niños. Y después asesinó a todos los que encontró en el siguiente pueblo. Y el siguiente. Y el siguiente.

—El profesor Kristian guarda silencio y se le escurece el rostro—. Pronto empezó a demostrar cierta inclinación por la tortura.

Me pongo tensa, no me lo puedo creer.

—¿Qué? No. Eso no puede ser verdad...

Se me apaga la voz mientras intento entender lo que me está explicando.

—Los celtas intentaron matarlo en muchas ocasiones —continúa el profesor Kristian—, pero era invencible, podía crear escudos para protegerse y lanzar gigantescas bolas de fuego. Al final los celtas se marcharon de Celtania del Norte y dejaron que los Magos asediados se establecieran allí con el objetivo de aplacar la sed de venganza del chico. Los Magos mestizos adoraban a Styvius. Él los liberó, les dio una tierra y se vengó de los verdugos celtas. Y así fue como nació Gardneria.

Me quedo allí sentada muy perpleja. Es muy raro escuchar la historia familiar explicada de una forma tan escueta, sin ningún apunte religioso. Cuando lo explica mi pueblo, no eran mestizos en absoluto, eran Magos pura sangre creados por el Gran Ancestro con semillas de flores de guayaco y criados como Primeros Hijos.

—Cuando llegó a la edad adulta —continúa el profesor Kristian—, Styvius se convirtió en un fanático religioso. Cogió el *Libro de la Antigüedad* celta y decidió que los Magos no eran mestizos, mitad celtas mitad dríades, sino los

Primeros Hijos de los que se habla allí, los legítimos propietarios de Erthia. Los Magos, que habían sufrido abusos durante generaciones, estaban encantados con este nuevo enfoque religioso. Styvius empezó a decir que era el profeta del Gran Ancestro y que este hablaba directamente con él. Escribió

un nuevo capítulo final para *El Libro* y lo tituló «Los Benditos Magos». Después rebautizó a su pueblo y los llamó Magos Gardnerianos, declaró que Celtania del Norte pasaría a llamarse República de Gardneria y se proclamó Gran Mago.

Retrocedo mentalmente. El profesor está destrozando la querida historia de mi pueblo.

—¿Entonces no cree que Styvius fuera un profeta de verdad? —pregunto consciente de lo blasfema que es esa idea.

El profesor Kristian no parpadea.

—Creo que era un loco.

Me quedo allí sentada esforzándome por asimilar tanta información.

—Styvius se propuso repoblar Erthia con Magos —prosigue el profesor Kristian—. Dejó estipulado en «Los Benditos Magos» que las mujeres gardnerianas debían comprometerse con hombres gardnerianos a edades tempranas para garantizar la pureza de las afinidades y la sangre. Fue el propio Styvius quien ideó los hechizos protectores que se siguen utilizando como sacramento para el compromiso gardneriano. Las mujeres que rompían su compromiso para marcharse con hombres que no fueran gardnerianos debían ser brutalmente asesinadas junto a sus amantes no gardnerianos. También aniquilaban a las familias de esos hombres, para dar una lección a todo el mundo. Después debían realizar una ceremonia de destierro para exorcizar el mal que la mujer había causado a su familia.

—Mi vecina, Sage Gaffney, fue desterrada —le explico encogiéndome mentalmente al recordarlo.

—¿Y cómo te hace sentir eso? —pregunta.

Recuerdo las manos ensangrentadas de Sage, el horrible aspecto que tenía y lo que me explicó Shane de que su prometido le pegaba.

—Me preocupa mucho —contesto.

—¿Continúo? —pregunta con delicadeza, quizá haya advertido mi incomodidad.

Asiento.

—Durante muchos años los gardnerianos se ocuparon de sí mismos y fueron creciendo en número...

—Y entonces se desató la Guerra Celta.

Se le ensombrece el rostro.

—Sí. Styvius tenía mucho más poder. Y la magia era cada vez más fuerte en muchos de los tuyos, más fuerte en cada nueva generación. Styvius

guió a sus magos e invadió Celtania, se apoderó de la mitad de las tierras celtas y aniquiló sin piedad a la población de esos lugares. Styvius tenía planeado seguir con la conquista hasta que los magos se apropiaran de todo el Reino de Occidente.

—Pero entonces asesinaron a Styvius.

—Una hechicera vu trin.

—Y la guerra terminó.

—Después de una batalla larguísima. —El profesor Kristian hace una pausa para servirse un poco de té y me pregunta, haciendo un gesto con la mano, si yo también quiero un poco—. Los gardnerianos tuvieron que ceder parte de las tierras que habían anexionado —me explica—, y mi pueblo recuperó más o menos la mitad de las tierras que les habían arrebatado.

«Su pueblo», advierto con suficiencia. La suya también debe de ser una visión partidista de la historia.

—¿Y qué pasó después? —pregunto decidida a pillarlo diciendo alguna verdad a medias.

Toma un sorbo de té.

—Siguieron muchos años de paz. Fue la época de crecimiento para los gremios, para el comercio. Se fundó la universidad. Y la sociedad celta empezó a abrirse, hasta el punto que incluso llegaron a admitir a los ícaros.

Le interrumpo.

—¿De dónde vienen los ícaros?

Ladea la cabeza con actitud reflexiva.

—Nadie lo sabe con certeza. Han aparecido prácticamente en todas las razas que se recuerdan, y son odiados en casi todo el Reino de Occidente.

Es cierto. Parece que casi todas las tradiciones religiosas los consideran seres demoníacos.

—¿Por qué se los odia tanto? —pregunto.

Se encoge de hombros.

—Como ocurre con los fae, pueden tener poderes impredecibles. Suelen ser peligrosos ya de niños. Es posible que se deba a que tienen sangre de dragón.

—¿Dragones? ¿Te refieres a que pueden transformarse en dragón?

Intento hacerme a la idea. ¿Ariel y Wynter son mitad dragón?

—Bueno, tienen las mismas alas de plumas negras —dice sonriendo—. Y los poderes relacionados con el fuego.

«Dragones. No demonios. Tiene sentido.»

—¿Entonces la gente odia a los ícaros porque tienen sangre de dragón?
El profesor Kristian suelta una carcajada desdeñosa.

—Yo diría que los odian porque no pueden esconder las alas.

Arrugo el rostro confusa.

—La sangre de dragón —explica— interfiere de forma conveniente con sus preciosas ideas sobre la pureza racial. Cosa que es el mayor mito de todos los tiempos. —Un brillo travieso reluce en sus ojos—. Los gardnerianos son muy susceptibles con eso de que las líneas raciales no estén bien definidas.

Los elfos todavía son más susceptibles. Es más fácil decir que los ícaros son malos y repudiarlos ya de nacimiento que admitir que todas las razas son mezclas.

Me aferro a la taza con la cabeza hecha un lío mientras él se pone un poco de miel en el té y me mira de reojo dándome tiempo para que pueda asimilar sus palabras.

Se reclina con la mirada interrogativa.

—¿Seguimos?

Asiento.

—¿Por dónde íbamos?

Frunce el ceño concentrándose en un punto a media distancia.

—Eran tiempos de paz.

—Ah, sí —dice tomando otro sorbo y mirándome con agudeza—. Aquí es cuando Carnissa Gardner aparece en nuestra historia.

—Mi abuela.

—Sí, tu abuela. Llevaban mucho tiempo esperándola. La poderosa Gran Maga de la Profecía, que nacería con más poder que Styvius. En un momento en el que los Magos empezaban a ver cómo sus fronteras encogían porque los celtas estaban reclamando las tierras perdidas y purgando sus territorios de cualquier Mago que pudieran encontrar.

—Querrá decir que los asesinaban —espeto con sequedad.

Me mira con sobriedad.

—Sí, Elloren. Los acorralaban y los asesinaban.

Me reclino en el asiento, cruzo los brazos y espero a que continúe.

—Tu abuela, Carnissa, se propuso no solo vengar a los Magos, sino también terminar lo que había comenzado Styvius. Mientras ella entrenaba sus poderes, los Magos reunieron en secreto un ejército dantesco para rivalizar con las fuerzas uriscas y celtas, y les ayudaron las clases inferiores de los uriscos, los uuril.

—¿Los uriscos de piel clara? —pregunto—. ¿Como algunos de los trabajadores de la cocina? Tienen el pelo rosado.

—Pertenece a la clase baja de los uiril —afirma el profesor Kristian.

Pienso en la pequeña Fern y sus burbujas preocupada por su bajísimo estatus social.

—Carnissa invadió Celtania y la anexionó muy rápido —continúa el profesor Kristian—. Después se unió a los elfos alfsigr, envió a los fae que quedaban, y a cualquiera que tuviera una sola gota de sangre fae, a las islas Pyrran y se apropió de las islas Fae. Y al igual que Styvius, no pensaba pararse ahí. En ese momento ya se había convertido en una cruel fanática religiosa que quería aniquilar todas las razas del Reino de Occidente, para salvar a los magos gardnerianos.

A mí no me han explicado así la historia.

—Estaba protegiendo a mi pueblo —protesto—. Los celtas querían recuperar sus tierras para volver a esclavizar a mi pueblo.

—Quizá comenzara así —responde—, pero desde luego no es así como terminó. Tu pueblo quería venganza. Y necesitaban tierras de cultivo. Y no querían solo una parte, la querían toda.

Hace una pausa, quizá advirtiendo lo mucho que me está afectando todo esto.

«Se equivoca. Tiene que ser un error. Mi abuela no era un monstruo sediento de sangre que quisiera arrebatarle las tierras a todo el mundo. Fue una gran guerrera. Nos salvó y nos protegió a todos.»

—Elloren —dice con una expresión contradictoria—. Tu abuela quería matar a cualquiera que no fuera gardneriano.

—Porque querían atacarnos —afirmo con la voz tensa y entrecortada.

«Mis padres lucharon con ella. Murieron luchando por ella. Luchando por todo mi pueblo. Fueron héroes.»

El profesor Kristian aprieta los labios como si quisiera evitar discutir.

Después de una larga pausa vuelve a hablar.

—Cuando tu abuela estaba atacando las tierras del este, un ícaro se rebeló. La mató y murió al hacerlo. El ícaro fue un médico celta que dio la vida para salvar Celtania, una sociedad que todavía tiene prejuicios contra tu raza. — Deja la taza de té en la mesa—. Y aquí estamos.

«Aquí estamos.» Un celta y una gardneriana hablando tranquilamente sobre todo el asunto. Por lo menos tranquilos en apariencia. Mi cabeza es un hervidero de emociones.

—Hoy en día, tu pueblo y los elfos alfsigr son los pueblos más poderosos de la región —prosigue—. Su poder tiene muy pocos puntos débiles. Está la guardia vu trin en los pasos del este y del oeste, apostada allí para obligar a los gardnerianos y a los alfsigr a confinar su poder al Reino de Occidente. También existe la posible amenaza de que la guerra pudiera provocar una alianza entre los lupinos y las amaz. Y ambas razas son grandes contrincantes.

—Y está la Resistencia —añado.

Me mira con los ojos entornados.

—Sí, hay un pequeño movimiento de Resistencia. Y son los únicos dispuestos a enfrentarse a los gardnerianos y a los elfos alfsigr.

Le aguanto la mirada.

—¿Cree que la oposición crecerá?

Ladea la cabeza mientras lo considera.

—Es posible. En especial ahora que el sacerdote Marcus Vogel se postula para tomar el control del Consejo de Magos de los gardnerianos.

El miedo me encoge el estómago al oír el nombre de Vogel.

—Le conozco —le confieso al profesor Kristian.

Me observa con atención.

—¿Y te cayó bien?

Recuerdo el árbol negro, la sensación de ese vacío oscuro.

—Me asustó —admito.

—Debería —me advierte el profesor Kristian—. Y deberías empezar a prestar atención a lo que está haciendo tu Consejo de Magos. —Se frota la sien y vuelve a mirarme—. Vogel es un mago de nivel cinco, pero no tiene el poder de Styvius y Carnissa.

—No debería ser Gran Mago.

El profesor Kristian niega con la cabeza.

—No. Pero tiene algo a su favor. Otra profecía sostenida por varias razas que tiene a todo el mundo muerto de miedo y es una fábrica de reaccionarios. Según esa profecía estamos esperando la aparición de otra Bruja Negra, la Maga Gardneriana más poderosa que se haya conocido. También dice que se alzarán otro ícaro, un macho, que se enfrentará a ella. Según la profecía, esta nueva Bruja Negra tendrá que matar al Ícaro o una nueva era de oscuridad descenderá sobre Gardneria.

»Evidentemente, los enemigos de Gardneria creen que esa era de oscuridad sería estupenda, y hay asesinos por todas partes desesperados por

encontrar a la Bruja Negra de la profecía. Y, como es normal, los gardnerianos se mueren de ganas de encontrar tanto a la Bruja Negra como al Ícaro que se supone que debe enfrentarse a ella. Se rumorea que una chica gardneriana dio a luz un bebé ícaro y que el Consejo de Magos de los gardnerianos está buscando tanto al bebé como a la chica.

El bebé de Sage. La profecía del Ícaro: un ícaro completo que podría acceder a todas sus fuerzas. Un ícaro que podría conservar las alas y poseer muchísimo poder. Y una nueva Bruja Negra: Fallon Bane.

Los dos guardamos silencio un momento y digerimos la información.

—Entonces, la próxima Bruja Negra —me aventuro a decir—. ¿Y si es verdad? ¿Qué pasará si aparece?

Se queda callado con un mal presagio en la mirada.

—Los gardnerianos han creado el ejército más poderoso que han tenido en toda su historia, y tienen más dragones a sus órdenes que nunca. Si se alza una nueva Bruja Negra, es muy probable que los gardnerianos consigan hacerse con todas las tierras de Erthia, acaben con la Resistencia y esclavicen a todos los que no sean gardnerianos a excepción, quizá, de los lupinos. —Se inclina hacia mí y me habla con un hilo de voz—. ¿Eso es lo que quieres, Elloren?

Pienso en Fern y en sus burbujas. Trago saliva sintiéndome algo descentrada y preocupada.

—Yo solo soy una maga de nivel uno —digo esforzándome por mantener un tono despreocupado—. Lo que yo quiera importa bien poco.

—Es posible, pero tengo curiosidad.

—No lo sé —confieso, mi visión del mundo es como una extensión de arenas movedizas bajo los pies—. Lukas Grey me dijo que uno debía elegir entre dominar o ser dominado. Que toda la historia es así.

El profesor piensa en lo que le he dicho y asiente con cara de triste resignación.

—La mayor parte de la historia es así —concede—. Pero quizás haya otra forma de hacer las cosas.

—¿Como cuál?

—No lo sé, Elloren Gardner, no lo sé —admite con tristeza negando con la cabeza—. Pero para mí la vida no tendría sentido sin por lo menos tener fe, que hay otra forma, un camino más justo si lo prefieres. Y que existe una diminuta esperanza de que algún día alguien descubra ese camino. —
¿Entonces piensa que hay esperanza de que ocurra algo mejor que todas estas

guerras? ¿Qué otro futuro es posible?

—¿Un futuro de equidad? ¿Un futuro justo? ¿Un futuro en que todos los pueblos compartan los recursos y dejen de pelear por ellos? Sí, creo que es posible, pero pienso que todo se reducirá a la elección de cada individuo.

—¿Incluso los que no tengan poderes?

—Eso creo, sí.

Suspiro y me desplomo en la silla.

—Todo parece muy confuso. —Le miro con atención—. Y no estoy segura de creer nada de lo que ha dicho usted.

De pronto el profesor Kristian se levanta y saca varios libros de las estanterías de su despacho. Leo las portadas mientras me los va entregando uno a uno.

Historia comentada de Celtania, del historiador celta Mikael Noallan.

Historia del reino Alfsigr, traducida del élfico por Ital'lyr Ciarnyllir

Historia completa del reino Fae, traducida del Asrai Fae del historiador elfhollen

Connor Haldash

Una visión del mundo amazakaran, del historiador celta Michael Noallan

Sociedades lupinas: su historia, del historiador lupino Dolf Boarg

—Pero todos estos libros están escritos desde diferentes puntos de vista — le digo cuando vuelve a sentarse—. Acabará más confundida de lo que ya estoy.

Esboza una sonrisa radiante.

—¿Quién dice que la confusión sea algo malo? Yo he descubierto que la confusión es muy buena. Normalmente hay que sumergirse en la oscuridad de la confusión más absoluta para poder emerger y ver el brillo de la verdad.

Me encantaría que leyeras todos estos libros y te quedaras hecha un lío.

Le miro con el ceño fruncido.

—He venido en busca de respuestas.

Se ríe y se sube las gafas por el puente de la nariz.

—Los buenos profesores de historia solo tienen preguntas. Tendrás que encontrar tus propias respuestas, Elloren Gardner.

Me levanto cargada de libros.

—Gracias —le digo con recelo mientras sostengo los gruesos volúmenes que me ha dado.

—No me des las gracias —contesta ahora sin un ápice de diversión—. La verdadera educación no te facilita la vida. Complica las cosas y las lía. Pero la alternativa, Elloren Gardner, es vivir una vida basada en la injusticia y las mentiras.

Me muerdo el labio inferior, no me gusta lo que me está diciendo. Incluso odio algunas cosas.

Vuelve a concentrarse en los papeles que tiene delante y anota algo en ellos dejándome bien claro que ya es hora de que me marche.

Agarro los libros con firmeza y me voy.

Damion Bane

Aquella noche, un poco más tarde y después de haber pasado dos horas pelando patatas y unas cuantas más trabajando en el laboratorio de farmacia, emprendo el camino de vuelta hacia la Torre Norte. Cuando estoy a medio camino de ese gélido campo azotado por el viento me doy cuenta de que me he dejado los libros del profesor Kristian en la cocina.

Ya es más de medianoche cuando vuelvo a la cocina para recoger los libros. Nunca he estado fuera tan tarde, y me resulta raro encontrar la universidad tan tranquila y desierta, solo me cruzo con algunos estudiantes y se ven pocas luces en las ventanas.

Abro la puerta de la despensa y oigo unas voces amortiguadas en la cocina. Vacilo pegada a la segunda puerta con curiosidad por saber quien podría seguir allí tan tarde.

—Por favor, por favor déjame marchar —suplica una chica llorando en voz baja.

—¿Y por qué iba a hacer eso? —contesta una voz aterciopelada.

Me acerco a la puerta que tengo delante y miro por el cristal de la ventana. Se me encoge el corazón cuando veo quién es.

Es el hermano mayor de Fallon, el teniente Damion Bane, vestido con su uniforme negro de militar, la capa plateada y el brazalete blanco. Tiene inmovilizada a Olilly, la tímida chica urisca de piel violeta que limpia el suelo por la noche. La chica que Fallon echó de su habitación.

—Tengo que irme. Por favor, déjame —suplica Olilly intentando soltarse de la mano con la que sujeta su delgado brazo.

Ardo de rabia. Trystan. Debería ir a buscar a Trystan. Él es un mago de nivel cinco, igual que Damion. No tiene mucho entrenamiento, pero aun así...

—Tienes una cosa de mi hermana —dice Damion sonriendo—. Así que vas a hacer lo que yo te diga o te acusaré de ladrona y te volverán a llevar a las islas.

—Yo no he cogido nada. Lo juro.

El llanto amortigua sus palabras.

—Vale, vale —ronronea levantando la mano moviendo los dedos sobre los botones de la túnica de la chica—. Fallon no tiene por qué saberlo. Vas a venir conmigo y charlaremos. Vamos a pasear por el bosque.

Y exploto.

«Me importa un pimiento que sea de nivel cinco.»

Cojo la sartén más grande que encuentro, la cojo por el mango y voy hacia la puerta de la cocina.

Entro en la cocina con mi arma improvisada. Cuando Damion se vuelve hacia mí oímos un estruendo y algo cruza la cocina impactando contra Damion.

Se despega de la chica y cae contra una mesa.

Yvan Guriel está encima de él y Damion tiene la varita en la mano. Yvan la tira dentro del horno con habilidad. Una ráfaga de aire gélido se cuele por la puerta de atrás, que sigue abierta, y los troncos que Yvan traía a la cocina quedan esparcidos por el suelo.

Parpadeo momentáneamente confundida. ¿Cómo lo ha hecho Yvan para moverse tan deprisa? Es imposible.

Yvan tiene los puños apretados y está tenso de pies a cabeza, como si estuviera dispuesto a saltar sobre Damion en cualquier momento, sus ojos verdes echan fuego.

Damion le mira, después me mira a mí, e ignora a Olilly, que está llorando escondida detrás de la estantería de las especias. El hermano de Fallon sonríe y se separa de la mesa, después se para un momento a limpiar su elegante uniforme.

—¿Haciendo cocinillas de última hora? —me pregunta divertido.

Me duele el brazo de sostener esa sartén tan pesada, pero me da igual.

Tengo ganas de tirársela a la cabeza.

—Deja a las chicas de la cocina en paz —le digo con un tono de hielo.

Ya he sabido de él y de algunos de los soldados. Se dedican a acechar a cualquier chica urisca que tenga la mala suerte de encontrárselos a solas. Las trabajadoras de la cocina no me lo dicen, pero hablan a mi alrededor, y tengo oídos.

—Es una ladrona —me dice Damion con tono conversador agitando los dedos en dirección a la chica sin dignarse a mirarla—. Y va a venir conmigo. Le ha robado una cosa a mi hermana. Un retrato.

«Oh, Gran Ancestro —me engulle la culpabilidad—. El retrato roto de Lukas que tengo en el bolsillo de la capa. Yo tengo la culpa del lío en que está metida Olilly.»

Sostengo la sartén un poco más arriba temiendo que se me caiga.

—Ella no cogió el retrato de Fallon —confieso con el corazón acelerado—. Lo cogí yo.

Alza las cejas, me lanza una mirada cargada de malicia y suelta una carcajada.

—¿Tú tienes el retrato de Lukas Grey de mi hermana?

—Sí. Sí, lo tengo yo.

—Tenéis una rivalidad interesante —me dice lanzándome una mirada oscura.

Me saco los pedazos del retrato roto del bolsillo de la capa, me acerco a él con la sartén en la otra mano y dejo los trozos en su mano extendida.

Esboza una sonrisa inquietante.

—No creo que esto vaya a hacerle ninguna gracia.

—No, ya lo imagino —contesto con sequedad.

Suspiro cuando le veo marchar y me doy media vuelta, Olilly e Yvan me están mirando. Olilly está paralizada, muerta de miedo, y en los ojos de Yvan veo una tormenta de emociones.

—Me he dejado los libros aquí —explico con timidez mientras pienso en las mil formas de matarme en las que pensará Fallon cuando se entere de esto. Y todavía sigo pensando en la sorprendente velocidad de Yvan.

Dejo la sartén en la mesa sintiéndome un poco incómoda. Ahora la cocina está silenciosa como una tumba y miro los ojos enrojecidos de Olilly y las indicativas manchas rojas que tiene alrededor de los labios.

«La gripe roja.»

Ya me he dado cuenta de que algunas de las trabajadoras de la cocina tienen esta enfermedad. Curarla es sencillo, pero caro. He intentado ofrecerles medicinas a escondidas, pero ninguna ha conseguido superar el miedo que me tienen para aceptarlas.

«Pero quizá ella las acepte ahora que Yvan está aquí.»

Me saco un frasco con el medicamento del bolsillo de la túnica y se lo ofrezco.

—Olilly, he hecho esto para ti.

Olilly recula y niega con la cabeza. Mira a Yvan muerta de miedo.

Yvan me da la espalda, le pone la mano en el brazo a Olilly y murmura

algo, pero lo dice demasiado bajo como para que yo no pueda oírlo. La trata con mucha delicadeza, le roza el pelo con sus dedos largos, muy suave, y le habla con un tono grave muy tranquilizador. Y el sonido me provoca esa habitual punzada de inquietud y calidez.

Olilly empieza a llorar y se lleva una de sus esbeltas y delgadas manos a los ojos para enjugarse las lágrimas. Mira a Yvan con ojos suplicantes.

—Podría seguirme. ¿Qué haré si me sigue?

—Yo te acompañaré a casa —la tranquiliza Yvan con la voz grave y tranquilizadora—. ¿De acuerdo?

Olilly sorbe por la nariz y asiente.

—Venga —le dice en un volumen casi inaudible—. Coge tus cosas.

Olilly vuelve a asentir y ya no parece tan nerviosa. Me vuelve a mirar con miedo y desaparece en la despensa.

Suspiro y miro preocupada la puerta por la que se ha marchado Olilly.

—Quizá tú puedas darle esto —digo tendiéndole la medicina a Yvan con las emociones hechas un lío—. Me tiene demasiado miedo para aceptarlo de mí.

No altera ni un ápice su severa expresión.

—Es tintura de Norfure —le explico—. He visto lo que está tomando. Tú sabes tan bien como yo que eso no la curará. Esto sí.

Es una medicina que funciona. Una medicina gardneriana cara. Una medicina que ella jamás podrá permitirse. Yvan me mira y parpadea. Pero entonces se acerca y acepta el frasco. Cuando lo coge me roza los dedos con la mano y noto chispas en la piel y se me acelera el pulso. Me mira fijamente con sus ojos verdes metiéndose el frasco en el bolsillo.

Me siento muy cohibida y voy a coger mis libros, que están debajo de la mesa. Cuando me pongo derecha veo que Yvan me está mirando con el ceño fruncido, como si estuviera tratando de entender algo.

—Ha sido... muy valiente lo que has hecho —reconozco un tanto incómoda recogiendo los libros del profesor Kristian, me cuesta halagarle.

—Ibas a atacar a un mago gardneriano de nivel cinco —dice, es una afirmación más que una pregunta—. Con una sartén.

Levanto la barbilla en actitud defensiva.

—Pues sí. Eso iba a hacer.

Tengo el corazón acelerado y reprimo la necesidad de apartar la vista de su intensa y firme mirada.

Por un momento parece que quiera decir algo. Pero se da media vuelta y

coge sus libros, que están en la estantería de las especias.

Olilly sale de la despensa, con la capa puesta y una mochila colgada al hombro. Evita mirarme, se apresura hasta la puerta de atrás y la sostiene abierta para que Yvan la siga.

Yvan la mira y se para un momento. Se vuelve hacia mí con confusión en los ojos.

—Buenas noches, Elloren —dice con sequedad, pero no lo hace de una forma desagradable, y después sale con Olilly a la noche.

Oírle decir mi nombre me deja con la boca abierta.

Observo cómo se marcha, su espalda corpulenta y recta, su atractivo me conmueve.

Y preguntándome, todavía, cómo ha podido moverse con tanta rapidez.

Y

Sé que debería pasar una hora memorizando remedios para la tos. En especial después de haber pasado tanto tiempo con el profesor Kristian, un tiempo que debería haber ocupado estudiando.

Estoy sentada en mi oscura habitación de la Torre Norte con un libro de farmacia abierto delante; pronto amanecerá. Debería dormir un poco, y me estoy quedando sin tiempo para estudiar. Pero no consigo concentrarme. La torre de libros de historia del profesor Kristian parece esperarme en silencio, y me cuesta mucho resistirme a su llamada prohibida.

Tener esos libros allí me hace sentir como una traidora. En especial el de historia celta. Los celtas oprimieron a mi pueblo durante generaciones. ¿Cómo puedo leer un libro de historia escrito por uno de ellos?

Pero entonces miro a Ariel, que está dormida con una de sus gallinas. Y a Wynter, dormida entre sus alas harapientas. Pienso en Olilly, en lo pobre que es y en el miedo que me tiene. Y en Yvan, que me ha llamado por mi nombre por primera vez.

Decido hacer lo más peligroso, no lo más inteligente.

Aparto el libro de farmacia, cojo el libro de historia del profesor Kristian y empiezo a leer.

TERCERA PARTE

Prólogo

Vyvian Damon no le quita los ojos de encima.

Marcus Vogel controla el Consejo. Sus penetrantes ojos son como un fuego verde que le provoca oleadas de excitación.

E infunden miedo a cualquiera que no esté de su parte. Vyvian está convencida.

«Ganará en primavera.»

Los asientos de los miembros del consejo están colocados entre los guayacos que se elevan a ambos lados de Vyvian y entrelazan sus ramas en el techo. El estrado abovedado asoma por encima de varias hileras de asientos, y hoy el auditorio del Consejo está lleno de magos, casi todos ellos luciendo un brazalete blanco alrededor del brazo.

Brazaletes de Vogel.

—¿Dónde está el Ícaro? —pregunta Vogel con una calma terrorífica clavando su mirada penetrante en el mago del Consejo Phinneas Callnan, el candidato preferido de los traidores en el referéndum para elegir al Gran Mago que se celebrará en primavera, y el enviado militar del Consejo.

Mago Callnan mira a Vogel con la misma intensidad y aprieta los dientes.

—Todavía no le hemos encontrado.

Un murmullo angustiado se pasea por el patio de butacas.

—El Gran Ancestro proclamó una profecía que nos retumba en los oídos —anuncia Vogel, y sus palabras exudan un fuego entusiasta que provoca una punzada de calor en Vyvian—. Cada vez más fuerte. —Vogel alza *El Libro de la Antigüedad*—. Y, sin embargo, estáis ignorando su voz sagrada.

Mago Callnan se levanta con un brillo de ultraje en los ojos.

—¡Cómo te atreves a cuestionar mi fe! —Apunta al cielo con el dedo—. ¡Nadie está ignorando su voz sagrada!

Vogel se queda inmóvil como una serpiente, y cuando habla su voz es grave y aterradoramente dura.

—Al dejar que el Ícaro de la Profecía escape le estás ignorando. Le ignoras cuando permites que las razas bárbaras procreen como bestias salvajes en una tierra que nos pertenece. Le ignoras cuando olvidas su

propósito sagrado de entregar Erthia a los magos. Le ignoras cuando permites que los celtas pasen alcohol de contrabando por nuestras fronteras y que vendan selkies aquí mismo, ¡en Valgard! Le ignoras cuando fomentas una universidad depravada donde se mezclan las razas y donde los demonios ícaros campan a sus anchas!

La cámara del Consejo se llena de gritos de indignación que, poco a poco, se van convirtiendo en un cántico tormentoso que hace temblar hasta el suelo. —¡Vogel! ¡Vogel! ¡Vogel! ¡Vogel!

Ávida de venganza, Vyvian observa a los demás miembros del Consejo de Magos. Están los doce, con el anciano Gran Mago Aldus Worthin sentado en el centro. Vyvian entorna los ojos mientras mira al Gran Mago de barba blanca. El hombre observa a la multitud embravecida con perplejidad. Vyvian hace una mueca de disgusto.

«Momia...»

Vyvian echa cuentas. Hay cinco magos del Consejo que están del lado de Vogel: ella, Mago Gaffney, Mago Greer, Mago Flood y Mago Snowden. Seis magos paganos están del lado del Gran Mago Worthin y de sus ideas, cada vez más profanas: fronteras inalterables que permiten que las razas infieles y los cambiaformas vivan en las tierras de los Magos, relajación en la prohibición de matrimonios interraciales, comercio con los perversos amazakaran y apoyo a la universidad contaminada por la mezcla racial. Y quizá lo más horrible de todo: ¡permitir a los demonios ícaros existir siquiera!

Vyvian mira hacia el lateral de la sala, donde aguarda el calvo sacerdote Alfex, que luce un brazalete blanco en el brazo de su toga impoluta.

El favorito para ocupar la próxima vacante del Consejo.

Vyvian sonríe.

Si gana Vogel, y el sacerdote Alfex ocupa su lugar en el Consejo, Vogel tendrá mayoría. Siete contra seis.

Y entonces el mundo cambiará.

La gaceta del Consejo de Magos

Empleo todos los minutos que tengo libres en leer los libros de historia, pero no tengo mucho tiempo, y además vivo angustiada por el miedo que me provoca la inminente amenaza de muerte de Fallon y su hielo.

Me empapo de historia urisca mientras el sirope para la tos hierve delante de mí, y leo cuidadosamente cómo los crueles fae utilizaron los elementos en contra de los uriscos, arrasando pueblos enteros con violentos vientos huracanados y destrozando las flotas pesqueras uriscas valiéndose de las tormentas.

Leo historia fae cuando debería estar memorizando fórmulas médicas, con sus anécdotas sobre los bárbaros uriscos, y cómo los dragones con los que se aliaron hicieron llover fuego sobre las ciudades fae y emplearon sus largas zarpas para acabar con los niños de los fae. Y más adelante, leo sobre cómo sometieron a los crueles invasores celtas antes de que pudieran arrasarles con sus armas de hierro.

Leo la historia celta mientras remuevo el pudín de melaza, con el libro apoyado en un estante justo encima del fuego, e ignoro las espesas burbujas que asoman a la superficie del pudín como si fueran las hambrientas bocas de los peces. Descubro que los fae asaltaron las antiguas embarcaciones de los celtas, sometieron a sus tripulaciones, separaron a las familias y los convirtieron en esclavos.

La información es tan contradictoria que tengo ganas de ponerme a gritar. —Estás leyendo a Mikael Noallan —sentencia Yvan con brillo en los ojos y parándose un momento después de haber dejado un montón de troncos junto a la creciente pila que hay junto a mi cocina de leña.

Le lanzo una mirada desafiante. «Leo historia celta si me da la gana.» — El profesor Kristian me dejó algunos libros.

Yvan me mira fijamente y se me acelera el pulso.

—Ignora a la cucaracha —comenta Iris desde la otra punta de la cocina,

y yo me ofendo y me pongo tensa. «Déjala. Olvídate de ella.» Yvan gira la cabeza.

—No la llames así.

Toda la cocina se queda en silencio, nadie se mueve. Yo me lo quedo mirando sorprendida.

Iris fulmina a Yvan con la mirada, tiene fuego en los ojos, después esboza una abrumadora mueca de asco y empieza a temblarle el labio.

—¿Estás defendiendo a... una cucaracha?

A duras penas consigue hablar.

Yvan tiene una mirada peligrosa en los ojos.

—He dicho que no la llames así.

A Iris se le ponen los ojos vidriosos y alterna la mirada entre Yvan y yo mientras la rabia que siente se convierte en dolor.

—Iris.

Yvan se ablanda y le tiende una mano conciliadora.

Iris niega con la cabeza y se echa a llorar, tira al suelo el trapo que llevaba en las manos y se marcha corriendo de la cocina.

Yvan me lanza una breve mirada tormentosa y se va tras ella.

Tengo el corazón desbocado. Los trabajadores de la cocina empiezan a retomar sus tareas respectivas poco a poco y me miran con recelo.

Completamente sorprendida por el cambio de rumbo que han tomado las cosas, me doy cuenta algo distraída de que una de las ollas ha empezado a rebosar y la cojo de la manecilla de hierro sin acordarme de coger una manopla.

El hierro me quema la palma y doy un grito reculando y acercándome la mano al cuerpo con actitud protectora. El dolor me trepa por el brazo y me miro la palma: me está apareciendo una media luna roja.

Todo el mundo me ignora y siguen con sus tareas con silenciosa determinación. Parpadeo para evitar que se me escapen las lágrimas y me vuelvo hacia la cocina de leña agarrándome la mano herida por la quemadura y la indiferencia de los demás.

Alguien me tira del brazo con delicadeza.

Cuando me doy media vuelta me encuentro a Olilly, que me está mirando con sus enormes ojos color amatista. Tiene los ojos claros. Y ya no veo manchas rojas en su piel.

«Al final se tomó el medicamento.»

—Tenga, Maga —me dice con delicadeza sacándose un botecito de

pomada del bolsillo de la túnica. Lo abre y me lo tiende—. Para la quemadura.

Reprimo las lágrimas de nuevo abrumada por la gratitud.

—Gracias Olilly —digo con la voz entrecortada mientras me froto la cremosa pomada en la quemadura y noto cómo me alivia el dolor.

La chica ignora las sutiles miradas de censura que le lanzan los demás y me dedica una sonrisita vacilante.

—Querría una copia de las *Mociones y Resoluciones del Consejo de Magos* de esta semana —le digo a la trabajadora del archivo.

Es un poco más tarde, esa misma noche, y llevo una venda en la mano izquierda. La quemadura ha quedado reducida a un molesto pinchazo gracias a la pomada de Olilly.

Mientras venía hacia aquí, pensaba en el lamentable miedo que Olilly les tiene a los gardnerianos. En su servilismo forzoso. En sus tímidos ojos de cervatilla y en lo amable que es. «Y es muy joven, demasiado como para enfrentarse a una vida de esclavitud virtual.»

«El profesor Kristian tiene razón —pienso—. Ya ha llegado la hora de empezar a prestar atención a lo que hace mi gobierno.» Y los archivos gardnerianos son un sitio estupendo por donde empezar.

La mujer que trabaja en el archivo lleva gafas y tiene el pelo gris recogido en un moño informal. Me mira con sorprendida aprobación. Tiene un lazo blanco atado al brazo.

—Lo siento, Maga Gardner —contesta con una sonrisa pesarosa—. Ya se las han llevado todas.

Señala con sutileza a una Maga taciturna que está encorvada sobre los documentos en una mesa que hay en la otra punta de la habitación.

Tierney.

Le doy las gracias a la mujer y me acerco a la mesa de Tierney. A estas horas no hay mucha gente en los archivos gardnerianos y han bajado las luces.

—¿Me dejas leerlo cuando termines? —pregunto sin preámbulos.

Tierney me mira con su habitual sarcasmo.

—Pensaba que la política no era lo tuyo.

—Bueno, he cambiado de opinión.

Me dirige una mirada afilada en el brazo.

—Todavía no llevas brazalete.

Yo también le miro el brazo.

—Tú tampoco.

Entorna los ojos.

—Espero que Marcus Vogel se pudra en el infierno —susurra con odio.

Me quedó allí plantada parpadeando.

—Bueno, no sé si yo lo expresaría de la misma forma, pero yo tampoco quiero que sea Gran Mago.

Ahora es ella quien me mira parpadeando como si no supiera qué pensar.

Sin decir una palabra se echa a un lado y me hace sitio para que podamos leer la gaceta juntas.

Las *Mociones y Resoluciones del Consejo de Magos* es una lectura muy aburrida y tengo que morderme las mejillas más de una vez para no dormirme. La mayoría del texto habla de los detalles sobre la estructura del Consejo, contratos comerciales y militares, impuestos y disputas territoriales.

Pero entonces leo un párrafo sobre la moción que presentó Marcus Vogel y se desestimó gracias a la mayoría de Phinneas Callnan.

—Mira esto —susurro señalando el texto—. Vogel quiere que sea obligatorio estar comprometido antes de los dieciocho años.

Tierney tiene una mirada tensa y esboza una mueca.

—Lleva meses detrás de eso. Si te niegas a comprometerte, el Consejo te elegiría la pareja.

«Apuesto a que la tía Vyvian le encantaría que se aprobara esa moción.»

—¿Cuántos años tienes, Tierney? —susurro algo vacilante.

Ella contesta con un susurro estremecedor.

—Dieciocho.

Su tono es como el golpe de una hacha, definitivo e ineludible.

Trago saliva mientras noto un escalofrío por la espalda. Me rodeo con el brazo en actitud protectora y vuelvo a clavar los ojos en la gaceta.

Habla de otra moción, también presentada por Marcus Vogel, para hacer una prueba de hierro a todos los Magos que quieran entrar en algún gremio.

Miro a Tierney. Está allí sentada y contempla cómo leo con oscura paciencia, como si estuviera esperando a que yo comprendiera lo catastrófico que es Vogel.

Ahora estoy completamente despierta y resigo la línea del texto con la punta del dedo.

Leo sobre otra moción presentada por Marcus Vogel —y rechazada— según la cual habría que ejecutar a cualquier urisco que estuviera en Gardneria sin la documentación en regla. Y otra moción de Marcus Vogel,

que sí se aceptó, para ejecutar a una banda de guerreros de la Resistencia Celta por haber prendido fuego a unos barracones militares de la División Seis. Y otra moción aceptada para ejecutar a dos trabajadores de la Resistencia que descubrieron llevando uriscos al este.

Siento una punzada de miedo. «Vogel parece muy proclive a las ejecuciones.»

También figura una última moción que se aceptó, y también de Vogel, para bloquear el comercio con los amazakaran como represalia por haber ofrecido una amnistía a todas las mujeres uriscas, incluso las que están aquí de forma ilegal. Pone que la líder amaz, la Reina Alkaia, declaró: «Las amazakaran libres de las montañas de Caledonia no reconocerán las obligaciones serviles impuestas sobre ninguna mujer». Además, las amaz habían tomado la «incendiaria y ultrajante» decisión de ofrecer la amnistía a mujeres con parte o toda la sangre fae.

Miro a Tierney con el dedo sobre la ley con discreción y esperanza.

Ella se pone tensa y mira con cautela el archivo vacío. La trabajadora está archivando unos documentos en la otra punta y nos está dando la espalda.

Tierney me mira de reojo.

—Las amaz no quieren ofrecer amnistía a los hombres —susurra con la voz constreñida y casi inaudible.

«El padre de Tierney. Y su hermano. ¿También son fae?»

—Al menos estamos en Verpacia —le digo tranquilizadora—. ¿Crees que tu familia podría trasladarse aquí?

Tierney me mira con incredulidad.

—No estás al tanto de la política, ¿no?

—No... antes no la seguía —tartamudeo cada vez más preocupada.

Ella suelta un jadeo entrecortado.

—El mes pasado se celebraron las elecciones para el consejo de Verpacia.

Ahora hay mayoría gardneriana. Por primera vez en la historia.

—Pero sigue siendo Verpacia —contesto—. Aquí hay mezcla de culturas. Hay demasiadas razas viviendo aquí como para que alguna pueda tener excesiva influencia...

—No has estado al tanto de la política porque no has tenido necesidad —dice con resentimiento—. Y se nota. Eres muy ingenua. —Se inclina hacia mí con actitud retadora—. Tu pueblo tiene familias enormes. Porque se supone

que vais a conquistar el mundo entero.

—Nuestro pueblo —le advierto con aspereza mirando a mi alrededor con cautela y aliviada de no ver a nadie lo bastante cerca como para escucharnos o que nos esté prestando atención.

Tierney se encorva y baja la voz.

—El número de gardnerianos que viven y llegan a Verpacia aumenta cada año. Por eso han conseguido la mayoría en el consejo de Verpacia. Si Vogel gana en primavera... —Guarda silencio, traga saliva y palidece. Ha desaparecido el fuego de su mirada, y ya solo queda miedo—. Si gana, el consejo de Verpacia se pondrá de su parte. Los miembros gardnerianos lo harán por auténtica lealtad. El resto lo harán por miedo.

—Entonces si Vogel gana, su victoria no afectará solo a Gardneria —me aventuro a pronosticar preocupada.

Repaso las mociones de Vogel. Todas son muy duras. Me viene a la cabeza la sensación de oscuro vacío que tuve el día que le conocí y cómo me miraba tan fijamente. Y la inquietante imagen de ese árbol muerto.

Es como si su vacío negro se hubiera extendido por la sala y más allá.

Como si se estuviera agarrando con paciencia a los confines de todo.

Me quedo helada y me froto los brazos para entrar en calor.

Veo mucho miedo en los ojos de Tierney.

—Elloren, si Vogel gana el mundo cambiará.

Todo el Reino de Occidente se convertirá en una trampa gigante para todo aquel que no sea gardneriano.

—Primero irán a por los ícaros —susurra con un tono amortiguado—.

Después seguirán con los uriscos y los celtas... Se le quiebra la voz y guarda silencio.

Y termino la frase afligida:

—Y después vendrán a por los fae.

Randall Greyson

La mañana siguiente, cuando llego al laboratorio de farmacia, me encuentro a Tierney esperándome sentada a nuestra mesa del laboratorio con una mirada muy alarmada.

Hoy hemos llegado pronto. Gesine está hablando en voz baja con un grupo de estudiantes de farmacia, todas con sus respectivos brazaletes blancos, y las cuatro jóvenes me lanzan preocupantes miradas de suficiencia cuando paso por su lado.

Mientras me acerco a Tierney miro hacia nuestra mesa.

Mi violín está en medio de la mesa, y con el estuche abierto.

—Tierney —le digo asombrada—, por qué...

—Yo no lo he puesto ahí —se apresura a señalar con alarma en los ojos.

Se me revuelve el estómago y me pongo tensa de pies a cabeza. «Fallon. ¿Cómo diantre lo ha sacado de la habitación de mi hermano?» Me recompongo rápidamente y me enfrento a la situación con astucia.

—¿Esta es su gran venganza? —me burlo en voz alta para que Gesine y las demás estudiantes me oigan—. ¿Cambiar de sitio mi violín?

Les lanzo una mirada desafiante y alargo la mano para coger el violín.

Cuando lo cojo se divide en dos mitades, está cortado por la mitad.

«Igual que el retrato de Lukas.»

Se me para el corazón y me siento palidecer.

—Lo siento, Elloren —dice Tierney dolida en voz baja—. Estoy segura de que este violín es importante para ti. —Mira a Gesine y a las demás jóvenes con los ojos entornados—. Si no nunca se habría molestado en hacer esto.

Se me llenan los ojos de lágrimas y apenas consigo formar las palabras.

—Era importante, sí.

«Y ya nunca podré volver a hacer otro violín con el tío Edwin.»

No puedo decir ni una sola palabra más sin deshacerme en patéticos

sollozos, me tiemblan los labios.

Gesine y las demás chicas me miran, prácticamente incapaces de reprimir sus sonrisas satisfechas mientras esperan que me venga abajo.

No. No pienso darles esa satisfacción.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta Tierney preocupada.

—Nada —contesto. La rabia que siento me ayuda a mantenerme firme y a contener las lágrimas—. Imagino que, según la lógica retorcida de Fallon, ahora estamos en paz.

Recojo mi violín, me esfuerzo por esbozar una sonrisa desafiante y miro a Gesine y a sus compinches mientras vuelvo a meter mi precioso y destrozado instrumento en el estuche.

Me limpio las manos, me siento junto a Tierney y veo que me está mirando con mucha preocupación.

Yo la miro esbozando una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Sabes? Me parece que al final sí que iré al baile de Yule.

Dos días después, a primera hora de la tarde, estoy sentada con Jarod Ulrich en un rincón apartado de los archivos principales de la universidad. Tenemos la mesa de madera áspera llena de apuntes de química, papel, plumas y tinta. El creciente odio que siento por Fallon Bane tiene que ponerse a la cola por detrás de las ganas que tengo ponerme en serio a estudiar, pero no consigo olvidarme de ese sentimiento.

Poco después de encontrar mi violín destrozado fui directamente a la residencia de mi hermano. Solo estaba Trystan, que me miró muy preocupado en cuanto abrió la puerta y vio la expresión de mi cara: se podría decir que prácticamente vibraba de pies a cabeza de lo enfadada que estaba.

Fallon me había hecho daño. Me había dado donde más me dolía. Estaba empezando a darme cuenta de que era su especialidad.

Trystan retrocedió lentamente y abrió un poco más la puerta invitándome a entrar. Pasé y le enseñé los pedazos de mi violín.

Cuando los cogió miró con asombro las cuerdas que le colgaban entre los dedos.

—Obra de Fallon Bane —espeté.

Me miró estupefacto y después volvió a mirar el violín.

—Es un corte bastante limpio —opinó asombrado pasando el dedo por el perfecto corte mientras lo estudiaba—. Debe de haber utilizado una sierra.

—O alguno de sus hechizos —contesto entre dientes asqueada.

—Sabía que algo no iba bien —dijo Trystan negando con la cabeza—.

Cuando llegué ayer por la noche el pomo de la puerta estaba tan frío que dolía al tocarlo.

Pues claro. Un regalito de la Bruja del Hielo.

—¿Cómo podía saber que lo guardé aquí? —me pregunté.

Trystan se encogió de hombros.

—¿Las mujeres de la limpieza? Entran y salen, y en el estuche pone tu nombre.

Y Fallon tiene aterrorizadas a todas las sirvientas de Verpacía. No hay que ser muy listo para dar por hecho que podría guardar cosas aquí, y más teniendo en cuenta que vivo con Ariel Haven.

—Debería dar las gracias de que no tengo poderes —le dije furiosa.

Trystan me miró muy serio y dejó las mitades del violín encima de la mesa.

—¿Quieres que te acompañe a ver a la vicerrectora para presentar una queja?

—No —espeté—. Quiero que le congeles la cabeza a Fallon. O que la quemes. ¿Harías eso por mí?

Trystan respiró hondo y me miró con su calma habitual.

—Emm... sí. Podría, Elloren. Seguido de mi expulsión inmediata de la universidad. Pero eso es solo un pequeño detalle.

Le fulminé con la mirada y me dejé caer en su cama.

Trystan se sentó a mi lado enseguida.

—¿Sabes? Creo que podrías contar con el apoyo de Diana Ulrich.

Le miré con curiosidad.

Trystan frunció el labio con diversión.

—Por lo visto Diana no para de hablar de lo mucho que le gustaría clavar la cabeza de Fallon en una pica y dejarla en la entrada de la ciudad. «Para que la devoren los cuervos», y cito textualmente.

No puedo evitar sonreír animada y agradecida de conocer el sanguinario sentimiento de Diana.

Los repetidos golpes de la pluma de Jarod en la mesa me devuelven al presente. Está encorvado sobre el escritorio transcribiendo mis apuntes de química con una caligrafía muy pulida. Ahora necesita que le preste los apuntes porque Diana se niega a dejarle los suyos.

Al principio no le gustaba la profesora Volya, pero ahora que se ha dado cuenta de lo mucho que sabe esa mujer, Diana ha cambiado de actitud. Como resultado, se niega a compartir los apuntes con su distraído hermano, quien,

en palabras de la propia Diana: «debería olvidarse de los ridículos libros de poesía y concentrarse en la clase». Y por eso, y dado el improbable cambio de tercio que ha tenido lugar, me he convertido en la proveedora de apuntes de Aislinn y Jarod, que siguen manteniendo correspondencia sobre literatura en todas las clases.

Jarod levanta la cabeza de golpe y se le dilatan las aletas de la nariz. Se da media vuelta justo cuando Aislinn aparece por detrás de una estantería. Corre hacia nosotros con cara de preocupación.

—Cómo me alegro de encontraros.

Está acalorada y sin aliento.

—Randall te estaba buscando hace un rato —informo a Aislinn: no entiendo por qué parece tan alterada.

—La verdad es que estoy intentando evitarle —admite mirando en todas direcciones.

Se me escapa una pequeña y triste carcajada.

—No podrás evitarle siempre. Y menos si vas a comprometerte con él.

Se pone tensa y clava los ojos en el suelo estrujando la tela de la falda.

—Ya lo sé.

Jarod, que ha estado observando a Aislinn en silencio, se endereza y vuelve a mirar por encima de nosotras con las aletas de la nariz dilatadas.

—Aislinn, ¡te he estado buscando por todas partes!

Se vuelve hacia donde está Randall con la cara hecha un poema.

—Pues ya me has encontrado —le dice seca y con un lenguaje corporal poco hospitalario.

Randall nos mira a Jarod y a mí con actitud crítica.

—Elloren —me saluda con cautela.

Mira a Jarod con cara de asco y se vuelve hacia Aislinn.

Su mirada me ofende. Jarod le mira tranquilamente con expresión neutral.

—Me habías dicho que estarías en tu habitación —se queja Randall. Viste un clásico uniforme gris de cadete muy bien planchado con un brazalete blanco en el brazo—. No me gusta tener que buscarte.

Aislinn le mira sin ninguna emoción.

—Lo siento, Randall. No pretendía causarte ningún inconveniente.

—Ya, bueno. —Sorbe por la nariz. Vuelve a mirar a Jarod de reojo, después coge a Aislinn del brazo—. Tienes que venir conmigo.

Aislinn le mira con recelo.

—¿Por qué? ¿Adónde me llevas?

Randall mira a Jarod con los ojos entornados.

—A otro sitio.

Aislinn adopta una expresión contrariada, y yo me doy cuenta de que debajo del brazo lleva el mismo libro de poesía que Jarod tiene debajo de los apuntes de química.

—¿Nos vemos luego? —me pregunta esperanzada alternando la mirada entre Jarod y yo.

—Claro —le aseguro con tono tranquilizador—. Estaré por aquí.

Vemos cómo se la lleva Randall. Aislinn nos mira con tristeza antes de desaparecer de nuestra vista.

Me vuelvo hacia Jarod. Los está mirando con una expresión tensa.

—¿Ese es el tipo con el que se va a comprometer? —me pregunta incrédulo—. Por favor, dime que no es él.

—Es él.

—Pero... si no soporta que la toque.

—Sí, bueno... —Aguardo un momento mirándolo con el ceño fruncido—.

¿Cómo lo sabes?

Jarod se encoge de hombros mientras recoge unos papeles.

—Puedo olerlo en ella. —Vuelve a mirar en la dirección por la que se han marchado y frunce su ceño rubio—. Aunque él no siente lo mismo —dice apretando los dientes sorprendiéndome con el nivel de desagrado de su tono.

—Por desgracia no. —Me quedo mirando a Jarod—. ¿Eso también lo percibes?

Asiente.

—Es una habilidad muy interesante.

—¿Cuál? ¿La de percibir la atracción?

—Mmm. Aunque debe de complicar la vida en sociedad si todo el mundo conoce los sentimientos románticos de los demás. No hay secretos.

—Al contrario —contesta pensativo—. Yo creo que simplifica las cosas. Facilita encontrar al compañero adecuado. Vosotros tenéis que ir por ahí adivinando lo que sentís los unos por los otros.

—Es un poco frustrante —concedo.

—Ni me lo imagino.

—¿Y qué haces si te enamoras de alguien que no está interesada en ti?

—Bueno, como es evidente, te retiras antes de ponerte a perseguir una causa perdida.

—Pero ¿qué haces si te gusta mucho?

—Si el sentimiento no es mutuo, estaría mal. El olor, las emociones, el lenguaje corporal. Sería demasiado desagradable.

—¿Entonces si Randall y Aislinn fueran lupinos, él dejaría de ir tras ella?

—No —contesta Jarod después de pensarlo un momento—. Ese tipo parece... especial. Creo que si fuera lupino seguiría siendo idiota.

Me río y él me sonrío.

Jarod sigue copiando desde el punto donde lo había dejado, pero a mí me está costando mucho concentrarme.

—Me pregunto adónde la habrá llevado —digo pensando en voz alta.

Jarod no levanta la vista de los papeles.

—Siguen en la biblioteca. Todavía oigo cómo la sermonea.

Escucho con atención. Nada.

—¿Puedes oírles? —pregunto incrédula.

Jarod sigue escribiendo.

—Le está advirtiéndome que se aleje de mí. Cree que la atacaré, que haré lo que él quiere hacer...

Me lo quedo mirando boquiabierto.

Entonces levanta la vista y me mira.

—Nuestro sentido del oído es muy superior al vuestro.

—Otra habilidad interesante —comento alucinado.

—Aquí es una habilidad horrible —contesta exasperado—. Me he enterado de incontables conversaciones de chicas gardnerianas preocupadas por la posibilidad de que yo pudiera secuestrarlas en cualquier momento, cosa que es absurda.

—Quizá tengan algún motivo para estar preocupadas —señalo—. Las manadas del Norte podrían ser muy diferentes a las vuestras. El padre de Aislinn las visitó hace tiempo y regresó explicando cosas muy raras.

—¿Ah, sí? ¿Y qué vio exactamente? —pregunta Jarod con escepticismo.

Deja la pluma encima del papel para prestarme toda su atención.

—Aislinn me dijo que vio a un hombre levantarse delante de toda la manada, coger a una chica y llevársela al bosque para... Gesticulo con la mano para dar a entender el resto.

—¿Y tú te lo crees?

—Jarod, lo vio con sus propios ojos.

—La gente ve lo que quiere ver —afirma con rotundidad—. A través del filtro de su odio y sus prejuicios. Ya deberías haberte dado cuenta ahora que vives con dos ícaras.

—¿No podría ser que cada manada tuviera una forma diferente de hacer las cosas?

Jarod niega con la cabeza.

—Nuestra manada no es distinta de las del norte.

—Pero Jarod, lo vio...

—Esto es lo que vio el padre de Aislinn —dice interrumpiéndome—. Cuando dos lupinos deciden que estarán juntos toda la vida, uno de los dos se levanta y anuncia a toda la manada el deseo de estar con esa persona. Entonces los dos se marchan al bosque, en privado, y cuando vuelven se celebra una fiesta por la unión. Así que corrígeme si me equivoco, pero esto no es tan diferente de vuestra tradición. ¿No tenéis una ceremonia religiosa en la que las personas que quieren comprometerse anuncian sus intenciones delante de sus amigos y la familia? ¿Y después la pareja se marcha y se aparea?

Me muerdo el labio sonrojada. Me da mucha vergüenza oírles a hablar sobre el apareamiento, a él y a su hermana, de esa forma tan directa. Pero básicamente tiene razón.

—Supongo que es parecido, sí —admito.

—Exceptuando algunos detalles, quizá —continúa con sequedad—. En nuestra cultura el amor y el afecto que los miembros de la pareja sienten el uno por el otro es evidente, de lo contrario la manada jamás aprobaría la unión. —Se reclina en la silla con los ojos ambarinos rebosantes de desaprobación—. El padre de Aislinn vio algo hermoso y lo tergiversó hasta convertirlo en algo enfermizo y feo, cosa que sirvió para reforzar los injustos prejuicios que tenéis contra nosotros.

Pienso en todo lo que me habían explicado sobre los lupinos antes de conocer a Jarod y a Diana. ¿Cuántas mentiras flagrantes habría en todo aquello? ¿Qué parte sería una verdad retorcida?

—Me parece justo —concedo al fin.

—Mmmm —se limita a decir antes de volver a concentrarse en los apuntes.

—Elloren, ¿puedo hablar contigo?

Ya es tarde, pero yo sigo en la biblioteca.

Levanto la vista de mi montaña de libros y apuntes. Aislinn está sentada delante de mí, pálida y tensa, con la mochila colgada del hombro.

—¿Qué pasa?

Mi mesa está junto a una ventana por la que se cuele una insistente ráfaga de viento, pero por suerte estoy sentada al lado de una estufa que da mucho calor.

—Es Randall. —Aislinn mira a su alrededor a escondidas antes de seguir hablando en voz baja—. No quiere esperar. Quiere comprometerse conmigo cuanto antes.

—¿Cuánto te gustaría esperar a ti?

Está muy nerviosa.

—Para siempre.

Dejo la pluma y la miro fijamente.

—¿Y entonces por qué no lo haces?

—Ya sabes que no puedo permitírmelo. —Guarda silencio un buen rato—. Ha insistido en llevarme a un rincón apartado que hay detrás del edificio de historia para poder besarme y...

Aparta la mirada sonrojándose.

—¿Y qué? —la presiono preocupada—. ¿Te ha hecho daño?

—No, no. Randall no es de esos. Es que se ha puesto muy... insistente. Antes tenía bastante con los besos. Pero ahora... me toca. Y lo odio. Paso mucha vergüenza.

—¿A qué te refieres cuando dices que te toca?

Se viene abajo y se sonroja.

—Me... Me ha tocado los pechos.

Niego con la cabeza enfadada por ella.

—Aislinn, tienen que buscarte a otro.

—¡Da igual quién sea! —se lamenta—. ¡No me gustaría hacer esas cosas con nadie! No me gusta. No me gusta nada de eso.

—¿Les has explicado a tus padres lo que sientes? —le pregunto tratando de buscar una solución.

Aislinn se frota las manos.

—Hablé con mi madre.

—¿Y qué te dijo?

—Me dijo que a las mujeres gardnerianas virtuosas no les gustan las atenciones que conlleva el compromiso. Pero que es algo que debemos soportar para tener la bendición de los hijos. Y a mí me encantan los niños,

Elloren, ya lo sabes. Siempre he querido ser madre. Pero soy tímida. No quiero que ningún hombre me toque... de esa forma. Ojalá hubiera otra forma de tener hijos.

Suelto una carcajada y le sonrío.

—¿Como poner huevos?

Aislinn esboza una sonrisita ante la absurda idea y me alegro de verla sonreír.

—Poner huevos estaría bien.

Mi amiga mira por la ventana en dirección a los campos áridos que se extienden bajo el frío cielo oscuro. Parece que va a llover otra vez. Le tiembla la sonrisa, como si se estuviera disculpando por sus pensamientos.

—Es que últimamente estoy muy triste —se lamenta.

—Si quieres vamos un rato al comedor. Nos tomamos un té —le ofrezco.

Niega con la cabeza.

—No. No, gracias. Voy a volver a mi residencia. Estoy cansada. Estudiaré un rato, intentaré olvidarme de... todo.

Me levanto, la abrazo y le doy las buenas noches, y cuando se marcha agacho los hombros, rendida. Me quedo mirando al vacío preocupada y perpleja. Deseando que hubiera alguna manera de sacar a mi amiga de ese lío.

Arte élfico

Algunas noches después, cuando vuelvo de mi turno en la cocina, me encuentro con Jarod y Aislinn esperándome en el vestíbulo del primer piso de la Torre Norte, y Wynter está subida al alféizar de la ventana que tienen detrás. La ícara los mira con curiosidad rodeada de sus alas negras.

—¡Habéis venido a verme! —exclamo inexplicablemente contenta de ver un lupino, una gardneriana conservadora y a una elfa ícara pasando el rato juntos de una forma tan civilizada.

Aislinn se encoge de hombros.

—Me estoy dando cuenta de que me gusta conocer gente nueva — comenta Aislinn con tranquilidad—. Personas distintas a mí. Estoy cansada de tenerle miedo a todo el mundo.

Mira tímidamente a Jarod y él le sonríe con calidez.

—Vamos a ver la exposición de arte élfico —anuncia Jarod con algunos libros debajo del brazo—. Tu compañera de piso se apunta. Y esperábamos que tú también vinieras.

—Acabamos de descubrir que compartimos el interés por el arte —me dice Aislinn aclarando este extraño trío salido de la nada.

—Y la poesía —añade Jarod, señalando los libros con la barbilla.

Todos me miran muy expectantes.

Voy muy atrasada en Farmacia y Metalurgia, tengo un examen de Matemáticas dentro de dos días, y se supone que tengo que dibujar prácticamente todas las variedades de acianos que hay en Verpacia para mañana.

Y me da igual.

—Dejadme que vaya a guardar los libros en la habitación —les digo incapaz de reprimir la emoción ante la idea de pasar el rato juntos.

Llegamos a la galería élfica después de un largo paseo por caminos serpenteantes. Jarod sostenía un candil frente a nosotras para que pudiéramos ver algo.

Me sorprende ver lo distinta que es la arquitectura élfica de lo que estoy acostumbrada, y la galería está metida en el bosque. Los edificios son blancos y de líneas curvas, parecen conchas marinas gigantescas, y están coronados por ondulantes torretas espirales que me recuerdan las llamas de las velas. Se elevan hacia las copas de los altísimos pinos, y están unidas unas con otras mediante caminos adoquinados hechos con miles de piedras lisas y plateadas.

Wynter nos conduce hasta el edificio más grande por un camino retorcido con muchas puertas en las que hay símbolos curvilíneos.

Llegamos a una gran sala de exposiciones. Las pulidas baldosas grises y piedra azul del suelo están dispuestas en líneas tan ondulantes que me hacen sentir como si estuviera caminando sobre el agua. Las paredes curvas e inclinadas parecen las de cualquier catedral, y están iluminadas por el brillo verdoso que emite la piedra de luz élfica.

Hay estatuas y cuadros de reyes y reinas elfas a caballo, paisajes con extrañas casas de color marfil encaramadas a laderas empinadas, y representaciones de la naturaleza en las que las imágenes de las plantas y las piedras parecen flotar sobre el papel.

Y también hay obras de cosas que ni siquiera sabía que existieran.

Estatuas hechas con niebla, tapices que representan escenas que parecen cobrar vida cuando pasas por delante, esculturas hechas de agua en movimiento.

Wynter se sienta en uno de los alféizares ovalados de la galería, quieta como una piedra, y nos sigue con la mirada.

Yo voy pasando de una obra a otra mientras Jarod y Aislinn hablan sobre arte, enfrascados en su conversación. No puedo evitar darme cuenta de lo contenta y animada que parece Aislinn, y en cómo le brillan los ojos a Jarod.

—¿Dónde están tus obras? —le pregunta a Wynter.

Ella ladea la cabeza y reflexiona un momento.

—Yo no puedo exponer aquí —explica con su delicado acento—. Mis obras están infectadas por mi oscuridad.

Frunzo el ceño mirando a Wynter apenada por su dura afirmación y lo aceptada que tiene su exclusión.

Jarod y Aislinn también la están mirando; Aislinn tiene los ojos tristes y Jarod parece tenso y preocupado.

—Enséñanoslo —me descubro diciendo.

Wynter vacila un momento, después se baja de un salto del alféizar con cierto recelo y nos conduce fuera de la galería, hasta un granero un poco

apartado y de estilo celta.

Dentro de la enorme estructura hace frío y huele un poco a moho. Junto a las paredes hay pilas de muebles viejos y marcos rotos, además de cuadros abandonados, intrincados telares y una gran variedad de instrumentos artísticos viejos.

Pero en medio de este espacio tan desagradable hay una gran estatua de piedra blanca que se alza en espiral hasta las vigas del techo y brilla como si estuviera iluminada por dentro.

Es un arquero elfo a caballo: el animal se levanta sobre las patas traseras y el arquero apunta con su flecha hacia el cielo. Es gigantesca, y tan real que casi tengo miedo de ponerme delante por si el caballo baja las patas y me golpea la cabeza.

Jarod, Aislinn y yo caminamos alrededor de la estatua mientras Wynter nos sigue escondida entre las sombras.

—¿La has hecho tú? —jadeo.

—Sí —contesta con delicadeza.

Me vuelvo hacia ella.

—Es tu hermano, Cael. ¿Verdad?

Wynter agacha la cabeza con timidez.

—Sí.

—¿La ha visto? —se pregunta Aislinn que parece muy impresionada.

Wynter asiente.

—¿Y qué ha dicho? —pregunta mi amiga.

—Estaba muy conmovido —contesta Wynter casi en un susurro—. Le gustó mucho.

Wynter levanta la mano para acariciar con respeto la fría piedra blanca de la base de la estatua.

—Es preciosa —le dice Jarod—. ¿Hay más?

Wynter asiente y gesticula a su alrededor.

De pronto me siento como si fuera un explorador al que hubieran mandado a buscar un tesoro. Lo somos todos. Aislinn, Jarod y yo empezamos a buscar a nuestro alrededor y vamos levantando lonas viejas para descubrir esculturas y pinturas, y cada nuevo descubrimiento nos arranca más jadeos impresionados.

—¡Oh, mirad los tapices! —La voz de Aislinn resuena en las paredes cuando levanta un lienzo para descubrir debajo unos tapices enrollados. Se

vuelve hacia Wynter—. ¿Los has tejido tú?

La ícara asiente mientras Jarod y yo nos acercamos. La complejidad del trabajo de Wynter es evidente incluso a simple vista.

Wynter nos observa con modestia sentada en la base de la estatua de su hermano con la mano apoyada en la suave pata del caballo.

Aislinn tira de uno de los tapices, pero no consigue arrastrarlo.

—Pesan un montón...

Jarod alarga sus largos y musculosos brazos y saca uno de los tapices sin ningún esfuerzo.

Aislinn se vuelve hacia él asombrada.

—Qué bien viene tener un lupino a mano —comento sonriéndole, y él me devuelve la sonrisa.

Jarod deja el tapiz en el suelo y lo desenrolla con cuidado. Es grande, se podría utilizar para decorar una pared bastante extensa, y las imágenes que representa son etéreas, de pájaros blancos volando por un campo de verano. Muevo la cabeza y me fascina descubrir que los pájaros se desplazan conmigo agitando las alas arriba y abajo con elegancia.

Vigilantes.

Aislinn y Jarod siguen desenrollando los demás tapices muy entusiasmados mientras yo me quedo mirando los pájaros marfileños.

Wynter se acerca a mí en silencio.

—Los he visto —le digo en voz baja.

—Ya lo sé —contesta. Me mira preocupada—. No es bueno verlos, Elloren Gardner.

—¿Por qué?

—Los iluminados del sanctasanctórum así lo han estimado. Son mensajeros de los iluminados. Solo los bienaventurados pueden mirarlos.

Porque es una blasfemia que las miradas impuras se posen en ellos.

Me sorprende lo extraña que me resulta su fe y lo raro que me suena todo lo que dice.

—¿Y creen que eres impura?

Wynter agacha la cabeza con tristeza.

—Todos los ícaros son impuros. Los desterraron por su maldad.

Siento una punzada de rabia.

—¿Pero de dónde sale todo esto? ¿Por qué se considera malvados a los ícaros?

Me abrumba que su religión predique los mismos prejuicios que la

nuestra.

Wynter me está mirando fijamente, como si la verdad de todo el asunto estuviera grabada en piedra.

—Porque quieren abandonar el sanctasanctorum para ir al reino de los malignos. Está escrito en nuestros libros sagrados. —Wynter agacha los hombros y mira los pájaros de su tapiz con añoranza—. Ya sé que no debería esculpir a estos mensajeros, ni pintarlos... pero me parecen preciosos. Ya sé que es una blasfemia siquiera decirlo, pero siento su llamada. —A Wynter se le apaga la voz y habla muy flojito—. Son mi musa —dice como si estuviera confesando algún crimen atroz e imperdonable.

Contemplo los tapices presa de un impulso repentino.

—Deberíamos colgarlos.

Wynter se sobresalta. Niega con la cabeza totalmente disconforme.

—No, Elloren Gardner. Mi trabajo no puede estar expuesto en una galería.

—No me refiero a la galería, sino a la Torre Norte.

Me mira con preocupación.

—Contaminará cualquier espacio. Sería una maldición para...

—No, Wynter —la interrumpo con delicadeza—. Estas obras de arte no se hicieron para terminar arrinconadas en un almacén. Además, los tapices nos ayudarán a calentar la casa. Ya me he dado cuenta de que a ti y a Ariel no os afecta el frío, pero a mí sí.

—Puedes colgar los cuadros en la pared de la escalera —sugiere Jarod con amabilidad.

—Y la serie de las flores en el vestíbulo del piso de arriba —comenta Aislinn.

—Estoy seguro de que también podemos llevarnos algunas de las esculturas pequeñas —añade Jarod.

Miramos todos a Wynter.

—De acuerdo —acepta en voz baja y con una sonrisita que le ilumina el rostro.

Volvemos a la Torre Norte y Jarod lleva varios tapices sin apenas esfuerzo. Aislinn, Wynter y yo cargamos con algunos cuadros.

—Qué, Bruja Negra, coleccionando *freaks*, ¿no? —pregunta Ariel arrastrando las palabras en cuanto entramos.

Está tumbada en la cama, apoyada en la pared, con los ojos entornados y los labios manchados de negro.

Ahora ya reconozco este estado en el que se encuentra. Ha estado comiendo esas bayas.

—Tú eres la peor de todos, ¿sabes? —continúa intentando poner cara de odio—. Y más te vale mantener alejado a ese perro salvaje de mis gallinas.

—Es un lupino —aclaro, molesta de que insista en emplear ese lenguaje tan racista cuando habla con cualquiera que no sea Wynter. Pero entonces recuerdo que no hace tanto tiempo que yo también tenía unos cuantos prejuicios.

Jarod deja los cuatro tapices en el suelo y mira a Ariel.

—Hablo en serio, chico-lobo —espeta—. Si tocas mis gallinas te chamusco el pellejo.

—A Jarod no le interesan tus gallinas, Ariel —le digo apoyando los cuadros en la pared.

—¿Tiene nombre?

—Es mejor ignorarla cuando está así —le digo a Jarod.

Jarod asiente, parece que lo entiende.

Ariel se pega a la pared presa de la apatía mirando al vacío.

Aislinn y Jarod están delante de los tapices discutiendo sobre cuál será la mejor forma de colgarlos. Mi amiga se saca de los bolsillos de la túnica los ganchos que ha cogido de la galería y se los enseña a Jarod.

Yo me siento en la cama junto a Wynter.

—¿Qué son las bayas que come Ariel? —le pregunto en voz baja. Quería investigarlas, pero no he tenido mucho tiempo libre.

Wynter mira a Ariel, que se ha quedado traspuesta en la cama. Suspira.

—Son nilantyr, un sedante muy potente —me explica.

Tomo aire.

—¡Gran Ancestro, Wynter! La posesión de nilantyr es ilegal. ¿De dónde diantre lo ha sacado?

Wynter niega con la cabeza muy triste.

—No lo sé. Lo único que sé es que cuando la internaron en el manicomio de Valgard les costaba mucho controlarla. Y le daban nilantyr para que se tranquilizara.

Miro a Ariel; ahora lo entiendo todo.

—Y si deja de tomarlo tendrá síndrome de abstinencia. La han convertido en una adicta.

Wynter asiente.

—¿Te lo ha explicado ella? ¿Lo de que la obligaban a tomar nilantyr?

—Qué va. Ella nunca habla de eso. Pero cuando la toco, veo sus recuerdos. —Wynter vacila un momento antes de continuar—. Cuando toma el nilantyr los recuerdos desaparecen. Todo se queda vacío y en blanco. Es una paz fría, pero paz al fin y al cabo.

—Debe de ser duro para ti ver todo eso.

—Es muy doloroso —concede ciñéndose las alas alrededor del cuerpo.

Pienso en todas las veces que he visto a Ariel acurrucada entre los brazos de Wynter. Y todas esas veces, Wynter estaba viendo los recuerdos de Ariel, y nunca he visto que se apartara.

—Eres una buena amiga para ella —digo, conmovida.

—La quiero —reconoce Wynter en voz baja—. Es como una hermana para mí. Deseo que esté en paz. Pero me temo que el nilantyr es un camino oscuro. Es como un parásito que la va destruyendo poco a poco. Ya le ha afectado tanto que no puede volar, aunque podía hacerlo cuando era más pequeña, y le roba el fuego. Antes podía crear una llama bastante grande, pero cada día que pasa le sale más pequeña. Y la droga desprende un olor que se le cuela en la piel. Aunque no la tome durante un tiempo, sigue ahí.

Recuerdo los ícaros de Valgard y lo mal que olían.

¿Les habrían dado esta droga? ¿Los habrían metido en una jaula cuando eran pequeños? ¿De verdad eran demonios o la crueldad los había vuelto locos?

—¿Sabes volar? —le pregunto a Wynter.

Nunca la he visto utilizar las alas para otra cosa que no sea como un chal. Me pregunto si ella también ha tomado nilantyr, aunque lo dudo, porque no desprende el olor asqueroso de Ariel.

Wynter niega con la cabeza resignada y levanta las alas.

—Mis alas son demasiado finas.

Me vuelvo para mirar a Aislinn y Jarod. Ya han terminado de organizar las piezas que ha robado Aislinn y parecen preparados para empezar a colgar los tapices.

—No tenemos herramientas —se lamenta Aislinn mirando a su alrededor.

—Yo tengo —le informa Jarod.

—¿Ah, sí? —pregunta confundida.

Jarod vacila.

—No... no quiero asustarte.

—¿A qué te refieres? —pregunta Aislinn.

—Mis garras. Son... útiles.

Aislinn traga saliva y le mira con ojos de asombro.

—No... no me asustaré.

Jarod se sube la manga derecha de la túnica y levanta la mano sin dejar de mirar a Aislinn. Todas observamos fascinadas cómo se transforma, se cubre de pelo y le salen unas garras afiladas.

Jarod se acerca a la pared y utiliza su pata para hacer varios agujeros en la piedra, después vuelve a transformarla en su mano normal y clava los ganchos. Se vuelve para ver cómo ha reaccionado Aislinn.

—Es muy... útil —comenta ella, aunque sus sencillas palabras contrastan con la expresión de asombro de su cara.

Jarod la observa un poco más antes de repetir el proceso y, poco a poco, la sorpresa de Aislinn se va aminorando a medida que él trabaja.

Ya es más de medianoche y estamos todos descansando en el suelo, delante del fuego.

La estancia está completamente transformada. Ahora cuelgan tapices de todas las paredes y hay esculturas y cuadros en el vestíbulo del piso de arriba y en la escalera de caracol. La Torre Norte se ha convertido en una pequeña pero impresionante galería de arte.

Preparo té y sirvo una taza para cada uno. Menos para Ariel, que sigue desmayada en su cama revuelta.

Jarod y Aislinn se están turnando para leer algunos versos de los libros de poesía del lupino, y Wynter lo está escuchando sentada en el alféizar.

Al rato, a Aislinn empiezan a pesarle los ojos y no deja de bostezar cuando le toca leer, así que Jarod se encarga de seguir él solo; me resulta muy agradable escuchar su voz grave y firme mientras me tomo el té.

Observo divertida cómo Aislinn se va quedando dormida poco a poco hasta que, como una flor plegando los pétalos para pasar la noche, se acaba rindiendo; cierra los ojos del todo y se apoya en Jarod.

Jarod deja de leer. La rodea con el brazo y la sostiene con delicadeza. Ella respira hondo y se acurruca contra él apoyando la mano en su cintura.

El lupino alza las cejas sorprendido, inmóvil, con el libro de poesía olvidado sobre el regazo. Wynter se ha escondido en sus alas, quizá también esté dormida.

Jarod me mira con recelo. Y no me extraña.

Se me acelera el corazón al verlos tan cerca, en una actitud tan íntima, y de pronto me preocupo por mi amiga. Una cosa es desear que Jarod fuera

gardneriano de una forma abstracta. Pero otra es que lo sea. Es el hijo del macho alfa de su pueblo, y Aislinn procede de una de las familias más conservadoras de Gardneria. Nuestros pueblos se odian.

No, esto no es bueno. Es un camino que es mejor no tomar, un camino que conduce a un acantilado.

—Jarod —le digo con tono de advertencia—. Aislinn se ha convertido en una buena amiga para mí.

Alza una ceja y me mira con frialdad.

—Ya lo sé, Elloren —me contesta muy despacio—. Para mí también.

—Ya me he dado cuenta —admito mirando el brazo con el que la está rodeando—. Es que no quiero que sufra.

El aire se congela y la tensión es palpable.

—¿Y crees que comprometerse con Randall es la mejor forma de que Aislinn no sufra?

No sé qué contestar a eso y por un momento me incomoda que me clave sus ojos ambarinos.

Es evidente que, probablemente, sea la mejor forma de que no sufra. Ella y Jarod son buenos amigos, pero si surgiera algo entre ellos Aislinn tendría que separarse de una familia a la que ama más que a nada. Quizá Randall no sea la persona con la que a Aislinn le gustaría estar, pero no pasarán mucho tiempo juntos, y ella tiene muchos intereses y personas que la quieren y harán que disfrute de una vida completa. Además, a ella no le gustan las manifestaciones románticas de naturaleza física, aunque debo admitir que parece bastante cómoda acurrucada entre los brazos de Jarod. Soy incapaz de imaginarla así de tranquila entre los brazos de Randall.

Jarod pone cara de indignación y se vuelve hacia el fuego.

—No te preocupes, Elloren. No pienso llevármela al bosque.

Sus palabras me duelen y me siento culpable por interferir en algo que, en realidad, no es asunto mío.

—Eso no me preocupa, Jarod —le aclaro nerviosa.

Me clava sus ojos lupinos.

—Ya sé lo que piensas. Solo somos amigos. —La amargura que brilla en sus ojos da paso a un destello de silenciosa devastación antes de apartar la mirada—. Ya sé que es imposible que haya algo entre nosotros.

Le miro los dedos. Le está acariciando el cabello a Aislinn con una ternura que me parte el corazón. Dejo de mirarlos con los ojos llenos de lágrimas por pensar en su desesperanzada situación.

Ojos lupinos

Aislinn y yo estamos desayunando juntas algunos días después. Es fin de semana y el comedor está prácticamente vacío a esta hora, los pálidos rayos del sol se cuelan por las ventanas abovedadas. Aislinn vierte un poco de miel en sus cereales mientras habla animadamente sobre su familia. Lleva semanas esperando encantada la visita de sus hermanas, y pueden aparecer en cualquier momento.

Levanto la cabeza y sorprendo a Yvan mirándome mientras coloca una cesta llena de rollitos recién hechos en una de las mesas del bufet. Sus ojos verdes me atraviesan y me provocan una inquietud que cada vez me cuesta más ignorar.

Las cosas han cambiado entre nosotros desde el día que me defendió en la cocina. Ahora le sorprendo mirándome durante mi turno, y siempre somos muy conscientes de la presencia física del otro. Si está llenando de troncos mi cocina de leña y me muevo, él compensa el movimiento automáticamente, es como un baile. En esos momentos, cuando le tengo tan cerca, me cuesta mucho pelear contra el impulso irracional que siento de tocarle la mano, el pelo castaño, el hombro.

Me pregunto qué me estará pasando. ¿Cómo puedo sentirme tan atraída por un celta? Imagino la reacción de la tía Vyvian y no puedo reprimir la sonrisa que asoma a mis labios justo cuando Yvan vuelve a mirarme. Se me acelera el pulso y borro la sonrisa, pero no consigo dejar de mirarle; de pronto hay mucha tensión entre nosotros. Incluso desde tan lejos, noto el calor de sus ojos y el rubor me colorea las mejillas.

Iris sale de la cocina muy alegre con una bandeja llena de carne, y el momento que estamos compartiendo Yvan y yo se esfuma de golpe. Deja la bandeja en la mesa con una sonrisa coqueta y se acerca a Yvan con una mano apoyada en la cadera; hoy lleva el pelo rubio suelto y la melena le cae como una cascada por la espalda.

Yvan se enfrasca en una conversación con ella, pero está tenso, como si

estuviera tan distraído e inquieto como yo.

—Mira, Elloren, ¡ya están aquí! —exclama Aislinn alejándome de mis pensamientos.

Me doy media vuelta con un incómodo rubor en las mejillas y veo a las hermanas de Aislinn, que están entrando en el comedor con gran estruendo, rodeadas de niños, como si fueran un enjambre de abejas, y cada una lleva un bebé en los brazos.

—¡Linnie! —la llaman.

Aislinn se levanta de su asiento muy emocionada. Corre hacia ellas y enseguida la engulle un sinfín de abrazos y besos.

Me levanto y me vuelvo enseguida hacia donde estaba Yvan. Descubro, con una punzada de envidia, que tanto él como Iris han vuelto a la cocina.

«Olvídate, Elloren —me digo—. Eres gardneriana. Él es celta. Tienes que dejar de pensar en esas cosas.» Suspiro y me vuelvo hacia la familia de Aislinn.

Las dos hermanas lucen brazaletes blancos, y me sorprende advertir que los niños también los llevan, al contrario que Aislinn y yo. Me pregunto qué pensarán de la falta de fervor por Vogel de Aislinn.

—¡Oh, cuánto te he echado de menos! —exclama la más alta de las dos sonriéndole a Aislinn.

—¡Pero cómo habéis crecido! —comenta con entusiasmo Aislinn mirando a sus sobrinas y sobrinos mientras ellos se abrazan a sus piernas—. ¡Elloren! —Me hace gestos muy contenta para que me acerque a ellos—. Estas son mis hermanas y algunos de sus hijos.

¿Algunos? Los gardnerianos suelen tener familias numerosas, pero las hermanas de Aislinn no parecen mucho mayores que ella.

—¿Cuántos sobrinos y sobrinas más tienes? —le pregunto a Aislinn intentando adoptar un tono gracioso en lugar de incrédulo.

Aislinn sonrío.

—Auralie tiene dos niños más. Están en Valgard con mi madre.

Hay dos gemelos de unos tres años, uno de ellos está aferrado a la pierna de la hermana pequeña de Aislinn, y el otro no deja de correr haciendo ruidos. Otra niña, de unos cinco años, aguarda más tranquila sonriéndole a Aislinn, y un niño de cuatro años se acerca corriendo para abrazar a mi amiga. Ella le revuelve el pelo con cariño.

Las hermanas se parecen mucho a Aislinn y llevan el pelo recogido en moños muy sencillos. Visten las típicas capas de ropa ancha que lucen las

familias más conservadoras de Gardneria, y llevan esferas de Erthia colgadas en el cuello.

—¡Elloren Gardner! ¡Cielos, cuánto te pareces a tu abuela! —La hermana alta, Lisbeth, se acerca a mí y se presenta. Me da un cálido abrazo y me besa en ambas mejillas—. Aislinn nos lo ha contado todo sobre ti en sus cartas. Estamos muy contentas de que haya encontrado una amiga tan buena.

La hermana baja, Auralie, esboza una sonrisa incómoda en mi dirección y vuelve a mirar hacia el suelo con el bebé moviéndose entre sus brazos.

Qué diferentes son estas dos hermanas. Lisbeth va impecable, no se le sale ni un pelo de sitio y se la ve cómoda, y su bebé es regordete y va bien fajado. En cambio, Auralie, una chica corpulenta con un moño despeinado, tiene una mirada parecida a la de Ariel, aunque no igual. Y su bebé parece nervioso y demasiado enjuto.

Es fácil relacionar a los otros niños con sus correspondientes madres. Elijo a los niños que van mejor vestidos y se portan bien y los relaciono mentalmente con Lisbeth. Y con Auralie relaciono a los gemelos desaliñados y nerviosos.

—Conocemos bastante a tu tía —me explica Lisbeth sonriendo—. Es una gran aliada de nuestro padre en el Consejo de Magos, están de acuerdo prácticamente en todo.

Me pongo tensa al oírle mencionar a mi tía Vyvian, y me pregunto cuando se cansará de enviar cartas y regalos esporádicos para conseguir que me comprometa. Temo que solo es cuestión de tiempo que cambie de táctica para convencerme.

—¡Tía Linnie! —exclama la niña pequeña tirándole a Aislinn de la falda—. ¿Cuándo vas a venir a visitarnos? ¡Tenemos una gatita!

Aislinn le pone la mano en el hombro y le sonrío.

—Eso es maravilloso, Erin. Ya sabes que me encantan los gatos.

—Te he hecho tus galletas preferidas, Linnie. —Lisbeth aparta un trapo azul que cubre la cesta de mimbre que lleva—. Puedes coger las que quieras, Elloren.

A Aislinn se le tensa la sonrisa tanto como a mí cuando vemos las galletas tradicionales de Gardneria. Tienen forma de alas de ícaro. Antes de comerlas es costumbre partir las alas por la mitad simbolizando la ruptura de las alas de los malignos por parte de los Primeros Hijos. He comido esas galletas miles de veces y he seguido el ritual sin pensar. Ahora solo puedo

pensar en Wynter. Y en Ariel también, que pasó su infancia metida en una jaula.

Los niños cogen sus galletas y las parten por la mitad con gran alboroto. —Seguro que yo hago más ruido que tú —desafía Erin a uno de los chicos. Después rompe las alas con un chasquido.

Aislinn esboza una mueca de dolor al percibirlo. Me mira con preocupación y después abre los ojos sorprendida. Está mirando algo que está detrás de mí, y está blanca como la tiza.

Me doy media vuelta con curiosidad.

Es Jarod, que nos mira apoyado en una pared.

Las hermanas de Aislinn enseguida advierten la mirada inquieta de su hermana, dejan de sonreír y miran hacia donde ella está mirando.

—Ese es... —susurra Lisbeth horrorizada— ¿el chico lupino?

Auralie jadea y ambas hermanas se tocan la cabeza, después el corazón y murmuran una plegaria que conozco muy bien:

Oh, santísimo Gran Ancestro, purifica nuestras mentes, purifica nuestros corazones, purifica Erthia. Protégenos de la mancha de los malignos.

Lisbeth se vuelve hacia Aislinn muy preocupada.

—¿Te ha estado molestando, Linnie?

—No —protesta Aislinn frunciendo un poco el ceño—. No, no se acerca a mí.

—¿Sigue yendo a la misma clase que tú? —insiste su hermana—. Me acuerdo de lo asustada que estabas al principio.

—No se acerca a mí —insiste Aislinn tensa—. Resulta que no tiene ningún interés en mí.

—Pero es bastante guapo, ¿no? —susurra Auralie mirando a Jarod, que no se ha movido.

—Mírale los ojos —exclama Lisbeth—. ¡Son completamente inhumanos!

Aislinn me mira horrorizada porque sabe tan bien como yo que Jarod puede oír hasta la última palabra de nuestra conversación. Él ha apartado la mirada y aguarda inexpresivo.

—Ten mucho cuidado, Linnie —le advierte Auralie a Aislinn en voz baja—. Los lupinos no tienen ningún respeto por las mujeres. Papá dice que son como animales. Lo único que quieren es llevarse a las mujeres al bosque y... Jarod se marcha con brusquedad.

—Qué bien, ya se va —comenta Auralie suspirando aliviada. Le da una tranquilizadora palmada en el hombro a Aislinn—. Bueno, ya se ha ido. Ya puedes relajarte.

—Gracias, Gran Ancestro —murmura Lisbeth haciéndose eco del mismo sentimiento.

—Mamá, ¿quién era ese hombre con los ojos tan raros? —pregunta la sobrina de Aislinn.

—Un hombre muy malo —contesta Lisbeth abrazando a la niña para tranquilizarla—. Pero ahora ya se ha ido, cariño, así que no tienes por qué preocuparte.

—¿Es como mi juguete, mamá? —pregunta uno de los niños con morbosos entusiasmos.

Saca una figurita de la bolsa que lleva. Es un lupino con el ceño fruncido, lleva los ojos pintados con un brillo ambarino y las manos transformadas en peludas garras de lobo con larguísimas zarpas.

—Eso es —concede Auralie asintiendo.

El sobrino de Aislinn coloca el resto de sus juguetes encima de una mesa y veo esas figuritas que tan bien conozco: los malvados ícaros con fuego en las palmas de las manos, las siniestras hechiceras vu trin, una reina fae con cara de mala, y los valientes soldados gardnerianos, algunos a caballo.

—¡Voy a hacer que los soldados le maten! —anuncia el niño colocando a los soldados en círculo alrededor del lupino.

—Qué buena idea —le dice Lisbeth encantada.

Erin, la niña pequeña, mira preocupada en dirección a la puerta.

—¿Volverá? —le pregunta a Lisbeth aferrándose a su falda.

—Oh, cariño, no te molestará —le asegura su madre—. Mira cuántos soldados gardnerianos hay aquí. Estás a salvo. Y cuando Marcus Vogel se convierta en el próximo Gran Mago, los valientes soldados como el abuelo acabarán con ellos algún día. Y así ya nadie tendrá que volver a preocuparse por ellos.

«Y podremos vivir felices y comer perdices», pienso con sarcasmo. Cada vez es más difícil guardar silencio y, sin embargo, ninguna de las dos puede decir nada. Si lo hacemos, las hermanas de Aislinn desconfiarán de nuestra relación con el lupino y, sin duda, ese recelo llegará a oídos del padre de Aislinn.

—El lupino... no me ha molestado —se aventura a decir Aislinn con poca convicción—. Él y su hermana no molestan a nadie.

—Igualmente —dice Lisbeth mientras inmoviliza con destreza al niño que está corriendo en círculos alrededor de sus piernas—, me gustaría que te comprometieras con Randall cuanto antes. Cuando los lupinos ven a una mujer que no está comprometida piensan que es una presa fácil. Además, cuando estés comprometida y casada podremos volver a estar todas juntas.

—Te echamos de menos, Linnie —se lamenta Auralie con tristeza en los ojos.

—Yo también a vosotras —admite Aislinn con añoranza en la voz.

Mi amiga está mirando a sus hermanas como uno miraría a un barco que se aleja y lo deja atrás.

—Tía Linnie, me prometiste en tu carta que jugaríamos cuando nos viéramos —le suplica su sobrina haciendo pucheros—. ¡He traído las canicas nuevas para enseñártelas!

—Sí, enséñaselas, Erin —la anima Lisbeth—. Son de los cristaleros de Valgard. De la tienda del padre de Tierney.

La pequeña Erin abre una bolsita de terciopelo negro con un cordelito rojo y todas metemos la mano para sacar las canicas. Las sostenemos en la mano una tras otra para disfrutar de los colores que proyecta la luz.

Aislinn mira una con mucha atención.

—Mira esta, Elloren —jadea—. Es preciosa. Me recuerda a algo... pero ahora no caigo.

Me la da y la miramos juntas mientras ella se inclina para estudiar el globo ambarino.

—Ah, ya sé —dice sonriendo al darse cuenta de repente—. Es igual que...

Entonces se frena, se pone roja como un pimiento y aparta la vista borrando la sonrisa.

Yo vuelvo a mirar el remolino que gira dentro de la esfera que tengo en la mano. Como ha dicho Aislinn, es preciosa.

Es del mismo color que los ojos de los lupinos.

5

Aullido

Unos días después oímos el aullido.

Aislinn y yo estamos almorzando en el comedor. Levanto la cabeza para ver a qué viene el alboroto.

Procede de un grupo de cadetes gardnerianos, todos con sus respectivos brazaletes blancos.

Fallon Bane está sentada en medio de todos ellos, vigilada de cerca por sus guardias.

Enseguida aparecen más gardnerianos, y da la sensación de que haya una manada de lobos en el comedor.

Y el foco de todos esos ruidos de animales es Diana Ulrich. Viene hacia nosotras por el pasillo central del comedor, con la cabeza bien alta, la bandeja de comida en las manos y una mochila colgada al hombro.

Cuando pasa por delante de ellos, los chicos se ríen y se le insinúan.

—¡Eh, chica-lobo!

—¡Desnúdate!

Todos la miran con lascivia. Las pocas chicas gardnerianas que están con los chicos apartan la vista e ignoran la escena, pero Fallon no. Ella se ríe con ellos.

Diana se coloca la larguísima melena sobre el hombro con desdén, como si fuera una diosa obligada a pasar sus días rodeada de desagradables mortales. —Hola, Elloren, Aislinn —dice sentándose a nuestra mesa dedicándonos una sonrisa deslumbrante. Y sin más, coge un buen trozo de pollo y empieza a comérselo con apetito.

No puedo creer la cantidad de carne que se ha servido. Es casi un pollo entero.

Los aullidos se van apagando, ya solo siguen mirando hacia nosotras algunos de los chicos, que se ríen y se dan codazos solidarios.

—¿No te molesta? —pregunto mientras Diana roe un trozo de cartílago. Miro con desdén a Fallon, que está riendo y se lo está pasando en grande

siendo el centro de atención del universo gardneriano.

Diana levanta la cabeza confusa y mira a los gardnerianos.

—¿Por qué debería molestarme? —me pregunta con la boca llena de carne. Se lo traga todo de golpe—. Son tan insignificantes como esa Maga tan absurda, Fallon Bane.

—Te estaban aullando.

Diana se encoge de hombros y pone los ojos en blanco.

—No pueden evitarlo —contesta con arrogancia—. A todos les encantaría poder aparearse conmigo. No es sorprendente en absoluto. —Endereza la espalda y se echa la melena dorada hacia atrás—. Mírame. Soy magnífica. Todos los hombres me desean.

Coge otro trozo de carne y lo muerde con sus largos dientes blancos mientras Aislinn y yo la miramos asombradas.

—Aunque, evidentemente, a mí ellos no me interesan nada —continúa con altivez—. Son débiles y patéticos. La verdad es que no entiendo que podáis tolerar a esa clase de hombres. Como ese Randall con el que te vas a comprometer. —Señala a Aislinn con un hueso—. Jarod dice que es un idiota que no te merece.

Aislinn palidece y se queda de piedra mirándola.

Diana sigue masticando sin darse cuenta de nada; sus dientes hacen un ruido antinatural. Se le iluminan los ojos de pronto.

—¡Deberías hacerte lupina, Aislinn! Así podrías aparearte con uno de los nuestros. Son absolutamente superiores. Fuertes y viriles. Los hombres lupinos son unos amantes excepcionales, seguro que la experiencia no tiene nada que ver con esos gardnerianos insensibles. No me sorprende que tengan que esconderse para estar con distintas mujeres. Sus mujeres deben de negarse a aparearse con ellos, y la verdad es que es completamente comprensible. —Diana se ríe para sí y después me señala a mí con el hueso—. Tú también, Elloren. Deberías ser una de las nuestras.

Casi me atraganto con la comida. Tomo un sorbo de agua con los ojos llorosos mientras miro a Diana con incredulidad.

Me vuelvo hacia Aislinn. Sigue conmocionada por la increíble falta de tacto de Diana.

—Diana, no vas a ganar mucha popularidad si sigues hablando así —me aventuro a sugerirle con la voz ronca por haberme atragantado. Tomo otro sorbo de agua.

—¿A qué te refieres? —me pregunta masticando ruidosamente.

—Estás insultando a los hombres gardnerianos. Yo tengo dos hermanos, ¿sabes? Y resulta que son gardnerianos.

Diana mueve el hueso en el aire como si meditara la idea.

—Rafe es distinto. Él debería hacerse lupino cuanto antes. Aquí está completamente fuera de lugar.

Es exasperante. Sin duda, la persona más arrogante que he conocido en mi vida.

—Ya me he dado cuenta de que últimamente pasas mucho tiempo con mi hermano —comento erizándome cuando Diana tira de un muslo de pollo y lo separa de la carcasa con un chasquido.

—A los dos nos encanta el bosque —contesta más concentrada en su carne que en mí.

—Diana, ¿qué hay entre mi hermano y tú? —la sondeo.

Me mira con media pata de pollo en la boca y la otra mitad todavía en el hueso. Parece realmente sorprendida por mi pregunta.

—Salimos a pasear —contesta con las palabras amortiguadas por la masticación.

—¿Nadie te ha dicho que no se habla con la boca llena? —le pregunto con sarcasmo cada vez más enfadada.

—¿Por qué? —pregunta.

—¡Porque es de mala educación! —exclamo.

Diana suelta el hueso de pollo, termina de masticar, traga y entrelaza los dedos llenos de grasa ante sí para complacerme como lo haría ante un niño tonto.

—Tu pueblo tiene un montón de reglas ridículas.

—¡Es un alivio oírte hablar sin un trozo de carne colgando de la boca!

—Tengo hambre. ¡Esta conversación es absurda!

—¡No sigas dándole esperanzas a mi hermano! —La señalo con un dedo acusador—. ¡Creo que le gustas!

—A mí también me gusta Rafe, ¡y no tengo ni idea de lo que estás diciendo!

—¿Tienes una relación sentimental con mi hermano?

Si ella puede ser directa e insensible, yo también.

Resopla con altivez.

—Claro que no. No es lupino.

—¿Y por qué pasas tanto tiempo con él?

—Le gusta el bosque. A mí también. A los dos nos gusta cazar. A los

dos nos gusta pasear —me dice exasperada—. ¡Y vamos a pasear!

—¿Y ya está?

—¿Qué es lo que me estás preguntando exactamente? ¡Estoy intentando contestarte!

—¿Sigues yendo desnuda?

—No —contesta fulminándome con la mirada—. No lo he vuelto a hacer desde que tu hermano y tú me informasteis de lo ofensivo que resulta mi magnífico cuerpo a los ojos gardnerianos.

—¿Le has besado?

—Eso está relacionado con el apareamiento. Tu hermano no es lupino. — Ahora me está hablando como si yo tuviera diez años—. Y yo no me aparearía con un hombre que no fuera lupino, así que no, ¡no he besado a tu hermano! ¿Puedo seguir comiéndome el pollo, por favor? ¿O también hay alguna regla estúpida sobre eso?

—¡Adelante! ¡Come!

—Gracias —contesta con sequedad.

—Randall no está tan mal —dice Aislinn con un hilo de voz cuando por fin la encuentra.

—Jarod me ha dicho que Randall es idiota —repite Diana con la boca llena de carne.

Aprieto los dientes furiosa.

—Bueno —contesta Aislinn poniéndose a la defensiva—, ¡pues ya puedes decirle a Jarod que podría haber elegido a alguien mucho peor!

Diana suelta una risa burlona al oír eso y se le escapan algunos pedazos de carne. Tengo que conseguir que Rafe la vea comer. Si siente alguna atracción por ella estoy segura de que desaparecerá en cuanto la vea destrozar un pollo con los dientes.

—Eso es imposible —opina Diana con una sonrisa de oreja a oreja mientras la carne asoma entre sus dientes.

—¡Dile a Jarod que Randall no está tan mal! —insiste a Aislinn.

Diana señala con un hueso por detrás de Aislinn.

—Díselo tú.

Jarod acaba de entrar. Nos ve enseguida, sonrío con calidez y se acerca a la mesa.

—Hola —dice—. ¿Ahora coméis juntas?

Aislinn se vuelve y lo fulmina con la mirada.

—¿Qué pasa? —pregunta preocupado.

—Le he comentado a Aislinn que dijiste que Randall es idiota —explica Diana con despreocupación.

Jarod palidece y traga saliva con fuerza. Diana no parece darse cuenta, está arrancándole un ala a la menguante carcasa que tiene delante con las manos y los labios llenos de grasa. Por lo visto la absoluta falta de tacto no es algo que defina a todos los lupinos. Solo es cosa de Diana.

—No era algo que quisiera que fueras explicando por ahí —le dice Jarod a su hermana con un hilo de voz.

—¿Por qué? —pregunta Diana—. Ella debería saberlo. Y antes de que pase por esa horrible ceremonia de compromiso.

—No es idiota —contesta Aislinn mirando fijamente el plato.

Parece dolida, es como si estuviera intentando convencerse de que es verdad.

—Lo siento. Aislinn —se disculpa Jarod en voz baja con tono amable—. No pretendía ofenderte. Es que... tengo muy buena opinión de ti y no creo que haya muchos hombres que te merezcan.

Diana resopla.

—Porque la mayoría de hombres gardnerianos son imbéciles.

Jarod intenta ignorar a su hermana y mira fijamente a mi amiga gardneriana.

—Aislinn —insiste con un tono sincero—. Lo siento de veras.

Ella aparta la vista con el rostro contraído.

—Siéntate, Jarod —le invito suspirando—. Come con nosotras. Ya es agua pasada.

—Gracias —contesta.

Deja el plato lleno de carne en la mesa y mira a Aislinn con preocupación. Ella está pellizcando una magdalena distraídamente y tiene los ojos clavados en el plato con la mirada perdida.

Jarod coge el cuchillo y el tenedor y empieza a cortar el pollo en trocitos.

Diana deja de comer y se lo queda mirando incrédula.

—¿Desde cuándo utilizas los cubiertos? —pregunta con cierta frustración.

—Desde que vivimos en Verpacia —le contesta—. Al contrario que tú, yo intento encajar.

Diana se encoge de hombros y vuelve a concentrarse en la carne.

—Tú sabrás.

Jarod se vuelve hacia Aislinn.

—¿Podemos vernos después?

Aislinn frunce el ceño mirando la magdalena.

—Sí, Jarod —acepta con tono vacilante.

—¿A las siete? ¿En la biblioteca?

Aislinn asiente con los ojos clavados en el plato, sigue sin mirarle.

—Estupendo —contesta Jarod.

La mira esbozando una sonrisita y después sigue cortando el pollo en trocitos pequeños.

6

Jarod

Aquella misma tarde, un poco después, estoy sentada a mi escritorio, sola, a excepción de las gallinas adormiladas, y estoy leyendo una lista de metales que me ha dado el profesor Hawkkyn.

Ahora saco mejores notas en Metalurgia. Mi profesor medio elfo medio serpiente se ha convertido en mi aliado y empiezo a preguntarme si todo lo que me han contado sobre su especie es mentira.

Hace algunas semanas el profesor Hawkkyn me pidió que fuera un momento a hablar con él y me preguntó con curiosidad porqué llevaba una ropa diferente.

—Vas vestida como una celta —comentó sin más, como si yo tuviera alguna intención oscura. El brillo plateado de sus ojos me tenía distraída.

Me puse derecha y le miré a los ojos.

—El profesor Kristian me explicó que mi ropa la confeccionaban los esclavos uriscos, así que decidí dejar de llevarla. —Me encogí de hombros poniéndome a la defensiva—. Además, esta es mucho más cómoda.

Se me quedó mirando fijamente un buen rato y me sorprendió advertir lo atractivo que es; cada una de sus escamas proyecta una sorprendente gama de verdes.

—¿Conoces a Jules Kristian? —me preguntó.

—Sí —contesté, después fruncí el ceño—. ¿Tú... también?

El profesor Hawkkyn esbozó una cegadora sonrisa incrédula y vi el contraste del color blanco como la nieve de sus dientes contra sus escamas verdes.

—Jules es... un buen amigo. —Se quedó pensando un buen rato y después soltó una carcajada, negó con la cabeza y siguió corrigiendo exámenes—. Te cancelo la segunda tarea, Elloren Gardner —anunció sin levantar la cabeza—. Solo tienes que hacer la primera parte.

Paró de corregir un momento, me miró un buen rato, como examinándome, después se sacó un papel de una de las carpetas y me lo

entregó.

Miré la lista de metales aceptando el papel confundida.

—¿Son los metales con los que vamos a probar los agentes quelantes?

Me miró entornando los ojos.

—No. Es una lista de metales en polvo que bloquean la magia de hielo.

He pensado que podría interesarte.

Me quedé mirando la lista y después a él, con la boca abierta, y sentí un regocijo oscuro y una gratitud abrumadora.

—No tenía ni idea de esto. ¿Funciona de verdad?

—El poder de las varitas no es el único que existe —contestó en voz baja esbozando otra de sus peligrosas sonrisas cegadoras.

Observo la lista en la quietud de mi habitación mientras pienso en todas las formas que tendré de protegerme del rastrero acoso de Fallon.

Alguien llama a mi puerta y me interrumpe.

Dejo la pluma, me levanto y abro. Es Aislinn. Tiene los ojos rojos e hinchados.

—Aislinn, ¿qué te pasa? —pregunto sorprendida.

—Ne... necesito hablar contigo —tartamudea.

La hago pasar y cierro la puerta. Se sienta en mi cama con los brazos cruzados con actitud protectora, y se echa a llorar.

Me siento y le pongo una mano tranquilizadora en la espalda.

—Aislinn, ¿qué pasa?

—¡Jarod me ha besado! —espeta muy angustiada.

Abro los ojos muy sorprendida. Ya sé que Aislinn odia los besos.

—¿Te ha obligado? —pregunto en tono protector sin poder creer que Jarod sea capaz de algo así.

—No —contesta negando con la cabeza—. No. Solo... ha pasado.

Me siento muy aliviada.

—¿Y por qué estás tan disgustada?

—Por que... yo... —Se inclina hacia delante como si le doliera la tripa. Intento tranquilizarla acariciándole la espalda. Se vuelve hacia mí con el rostro lleno de lágrimas—. ¡Porque me ha gustado!

Parpadeo desconcertada.

—¿Y por eso lloras?

—No —gimotea con la voz apelmazada—. Es mentira. No solo me ha gustado. Me ha encantado. Nos hemos estado besando una hora —cuenta—. Ha sido como estar en el cielo. No tenía ni idea. ¡Nunca me había sentido así!

Pensaba que era todo mentira. Todas esas absurdas ideas románticas. Pensaba que nadie se sentía de esa forma. ¡Oh, Elloren, mi vida está destrozada!

Niego con la cabeza con energía.

—No está destrozada...

—¿Cómo voy a ser feliz con Randall ahora? Ahora que sé lo que es estar con Jarod. ¿Por qué Jarod no puede ser gardneriano? ¡Es un lupino, Elloren! ¿Sabes lo que podría hacerme mi familia si supieran que he pasado la última hora besándome con un lupino? ¡Me repudiarían! ¡No volvería a ver a mi madre! ¡Ni a mis hermanas! ¡Ni a mis sobrinas y sobrinos! ¡Voy a ir al infierno, Elloren! ¡Soy una abominación!

—No vas a ir al infierno. No creerás que Jarod es malo de verdad, ¿no?

—¡No! —aúlla—. Es que... todo mi mundo está patas arriba. Jamás debería haber asistido a esa clase con él. Oh, Elloren, ¿y ahora qué voy a hacer?

—¿Qué ha pasado después de que te besara? —pregunto. «Oh, Gran Ancestro, qué complicado.»

—Me he puesto a llorar —solloza—. Y me he marchado.

Suspiro abatida.

—Oh. Pobre Jarod.

Eso solo hace que Aislinn llore con más fuerza.

—¿Y si tus padres llegaran a conocerle? —me aventuro a preguntar buscando algún ápice de esperanza—. ¿Te acuerdas de que nosotras teníamos miedo de Jarod y Diana? Quizá si se dieran cuenta de lo simpático que es...

—¡No lo entiendes! ¡Ni te imaginas lo estrictos que son! Mi padre es el embajador de Gardneria ante los lupinos. Los odia. ¡Piensa muchas cosas sobre ellos! —Niega con la cabeza con mucha energía—. No puedo volver a ver a Jarod. Me alejaré tanto como pueda.

Entierra la cabeza en las manos, se echa a llorar y le tiembla todo el cuerpo.

Alguien llama a la puerta y me sobresalto. Me levanto y cuando abro la puerta me encuentro a Jarod en el pasillo; no está llorando pero parece afligido.

—Necesito hablar con Aislinn —dice.

Salgo al pasillo y cierro la puerta.

—No creo que quiera hablar contigo ahora.

—Entonces, ¿puedo hablar contigo? —pregunta con el ceño fruncido—.

Supongo que te habrá explicado lo que ha pasado.

—Sí. Jarod, Aislinn no puede estar con un lupino. La desterrarían.

—Estoy enamorado de ella, Elloren.

Me quedo sin aire en los pulmones. Oh, Gran Ancestro. Sus ojos ambarinos rebosan sinceridad, y se le ve muy angustiado.

Se me escapa un suspiro.

—Y lo respeto. Ya sé que los lupinos no decís esas cosas por decir.

—Pues no —confiesa—. Quiero que sea mi pareja, Elloren. Para toda la vida.

Oh, santísimo Gran Ancestro.

—Pero eres lupino, Jarod, y ella es gardneriana. Su familia es muy conservadora.

—Me da igual —anuncia—. No me importa lo que sea. Me da igual cómo sea su familia. La amo. No puedo evitarlo. Es lo que siento.

Se pasa una mano por la coronilla y la otra aprieta la sien, como si tratara de aliviar una jaqueca. Mira a su alrededor, se sienta en el banco del pasillo y entierra la cabeza entre los brazos.

—Esto también me complica la vida a mí, ¿sabes? Mi manada acepta a los forasteros, pero tienen que convertirse en lupinos. Si decidiera aparearme con una gardneriana antes de que se hiciera lupina, dejaría de ser miembro de mi manada. Mi familia no me rechazaría como la de Aislinn, pero no podría volver a casa hasta que mi pareja fuera lupina.

Me siento a su lado.

—Aislinn no quiere ser lupina, Jarod. Le encanta ser gardneriana. Y quiere mucho a su familia.

—Ya lo sé.

Guarda silencio un momento. Podemos oír los sollozos apagados de Aislinn al otro lado de la puerta.

—Jarod —digo poniéndole la mano en el hombro—. Dale un poco de tiempo. No esperaba disfrutar tanto de un beso. Está un poco sorprendida.

Siempre pensó que besar era algo bastante desagradable.

—Randall es idiota —espeta Jarod enseñando sus colmillos brillantes—. Cuando lo imagino convirtiéndose en la pareja de Aislinn se me revuelve el estómago.

Suspiro.

—Me parece que a ella le pasa lo mismo.

Me mira implorante.

—¿Crees que volverá a hablarme? ¿Antes de comprometerse con ese

idiota?

—Creo que sí. Pero quizá debas darle algo de tiempo. Creo que ella también te quiere y está asustada.

—Es la última persona de Erthia a la que querría asustar.

—Ya lo sé.

—¿Hablarás con ella? ¿Le explicarás lo que te he dicho?

Vacilo un momento, pero la devastación de sus ojos hace que me ablande.

—Claro.

Suspira aliviado.

—Gracias.

Y

Cuando vuelvo a mi habitación, Aislinn ha dejado de llorar y está sentada en la cama mirando al vacío con una expresión traumatizada en los ojos vidriosos.

—¿Qué te ha dicho? —pregunta con un hilo de voz inexpresivo.

Me siento en la silla de mi escritorio y me inclino hacia delante.

—Dice que te quiere. Que no le importa tu familia. Que te quiere igual. Que le da lo mismo que lo repudie su manada. Que solo te quiere a ti. Para toda la vida. Y que nunca ha pretendido hacerte daño.

Aislinn empieza a llorar otra vez. Cierra los ojos con fuerza, como si le dolieran los pensamientos, se da media vuelta lentamente y se tumba en la cama, se hace un ovillo y me da la espalda.

Yo me quedo allí sentada mirándola un buen rato, sin saber muy bien qué hacer, con el corazón roto por ellos. Contengo las lágrimas.

«Yo no puedo hacer nada. Ninguno de los dos lo tiene fácil.»

Me limpio las lágrimas, apago el candil de mi escritorio, tapo a Aislinn con una manta y después me tumbo a su lado y la abrazo. Mi amiga se aferra a mi brazo con desesperación.

La abrazo durante mucho rato, hasta que se queda dormida.

Atrapada

—Estoy preocupada por ti, Aislinn.

Es por la mañana, Aislinn está sentada con la espalda apoyada en un árbol y tiene ojeras. Parece que no haya dormido en toda la noche.

Ya ha pasado una semana, y Aislinn mantiene una incómoda relación con Jarod. Él ha seguido mi consejo y le ha dado tiempo para pensar, aunque es evidente que le cuesta mucho. Ella no ha dejado de asistir a clase de química, pero han dejado de pasarse notitas.

Mi amiga me mira desanimada.

—Estoy atrapada.

Las palabras se quedan suspendidas en el aire, agitadas por una brisa invernal. Ha sido un año extraño, cada día hace más frío, pero todavía no ha llegado la nieve.

Intento pensar en algo que la distraiga.

—¿Sabes que Diana Ulrich se ha venido a vivir conmigo?

He elegido muy bien el tema.

La expresión dolida de Aislinn se apaga un poco y alza las cejas sorprendida.

—¿Ah, sí?

La noche anterior, Diana se plantó en mi puerta con dos bolsas de viaje en la mano.

—Si me quedo acabaré haciéndole daño —anunció Diana entrando en mi habitación y dejando sus cosas en mi cama.

—¿A quién? —pregunté levantando la cabeza de los libros, tan sorprendida como Ariel y Wynter por la repentina aparición de Diana.

—A Echo Flood... y a todas —nos informó Diana—. Me vengo a vivir contigo. Vaya, qué bien, tenéis gallinas. Algo para picar. Estoy muerta de hambre.

Ariel se plantó delante de las gallinas muy enfadada y extendió las

palmas de las manos. Apareció un pequeño círculo de fuego alrededor de Diana. Aquello me sorprendió. Había visto a Ariel encendiendo la chimenea muchas veces, pero nunca había sido capaz de proyectar una llama mayor.

Diana agachó la cabeza y miró el círculo de fuego decreciente con desdén.

—¿Por qué protege tanto a esas gallinas?

—¡Sal de aquí! —siseó Ariel.

—¡No! —contestó Diana indignada cruzándose de brazos.

—Diana —dije con firmeza—, prométele a Ariel que no te comerás sus gallinas.

—Pero...

—¡Prométeselo! No puedes quedarte aquí a menos que te comprometas a no tocar las aves que haya en esa habitación.

Diana alternó la mirada entre Ariel y yo como si estuviéramos completamente locas.

—Está bien —concedió—. Lo prometo. No me comeré esas gallinas. Pero solo quiero saber una cosa. —La miré alzando las cejas—. ¿No hay nadie normal en esta universidad?

Miré a Ariel, que se había puesto en cuclillas delante de sus gallinas y le lanzaba miradas asesinas a Diana con las aterradas gallinas pegadas a los tobillos. Después miré a Wynter, que estaba escondida bajo sus alas, y al final me fijé en los ojos ardientes de Diana. Y después estaba yo, la chica sin poderes que se parecía a la Bruja Negra. Todo me pareció tan absurdo que empecé a reír.

—En el resto de la universidad no sé, Diana, pero en esta habitación seguro que no hay nadie normal.

Diana se me quedó mirando un momento arqueando una ceja como si estuviera un poco ofendida. Pero Wynter me miró y esbozó una sonrisita vacilante.

—¡Voy a salir! —anunció Diana de repente resollando insatisfecha.

—¿Adónde? —pregunté.

—¡A cazar conejos! —espetó—. Ya que protegéis tanto a esas gallinas...

—¿Y qué hizo después? —pregunta Aislinn con curiosidad a pesar de su mal humor.

—Volvió como una hora más tarde con un conejo, se desnudó y se sentó delante de la chimenea a comérselo.

Aislinn traga saliva avergonzada.

—¿Desnuda?

—Desnuda —le confirmo con rotundidad—. Por fin he podido hablar con Rafe sobre ella. Ha pasado por mi habitación hace un rato, buscándola.

—¿Y qué ha dicho?

—Le ha parecido muy divertido que se haya trasladado aquí. Todo le parece divertido. Le he dicho que me preocupa que pase tanto tiempo con Diana. O sea, ella es la hija de un macho alfa y nuestros pueblos no se llevan muy bien.

—Continúa —me anima Aislinn.

—Le he dicho que no quería verle hacer algo tan peligroso... por amor.

Miro a Aislinn de reojo para ver cómo reacciona.

—¿Y qué te ha dicho? —pregunta con la voz apagada.

—Bueno, ya sabes. Lo típico de Rafe. Me ha dicho que no me preocupara tanto, que tendría cuidado. Pero después se ha reído y me ha dicho que si iba a hacer algo peligroso no se le ocurría un motivo mejor para hacerlo.

—Eso no es muy alentador, ¿no? —opina Aislinn apartando la mirada incómoda.

Sigo la dirección de la mirada de Aislinn hacia el campo en declive que tenemos delante, hacia el bosque.

Veo una figura solitaria a lo lejos que me llama la atención. Tardo un momento en reconocerlo.

Es Yvan, que se dirige hacia el bosque a paso rápido.

No es la primera vez que le veo ir hacia el bosque. Ya le he visto algunas veces desde la ventana de la Torre Norte, caminando decidido hacia la arboleda, y siempre curiosamente solo.

Observo las largas y poderosas zancadas de Yvan y pienso en cómo han cambiado las cosas entre nosotros. Su evidente hostilidad ha desaparecido. Le sorprendo mirándome en la cocina y también en clase de matemáticas. Siempre me cuesta mucho interpretar su expresión y siempre aparta la vista en cuanto le miro. Yo también lo observo con discreción. Me parece muy emocionante contemplarlo, es muy guapo.

Y no puedo evitar pensar en su misterio: en lo rápido y fuerte que se mostró cuando atacó a Damion Bane. Fue sobrenatural. Y ya me he dado cuenta de que cuando está en la cocina coge cosas muy pesadas como si no pesaran absolutamente nada. Igual que Jarod.

Y pienso también en otras cosas.

En que siempre se deja desabrochado el último botón de la camisa, las sombras de la cocina se pasean por su elegante cuello. La sinuosa gracia de sus movimientos, jamás da un paso en falso ni se muestra torpe, y tiene rápidos reflejos. Pienso en las líneas afiladas de su mentón. En el arco perfecto de su labio superior, en lo mucho que me distrae esa boca tan sensual que tiene. Se me acaloran las mejillas solo de pensarlo.

—¿Adónde va? —me pregunto mirándole y pensando en voz alta.

Aislinn se vuelve hacia mí.

—¿Quién?

—Yvan Guriel. Siempre va al bosque, igual que Rafe. Pero él no caza. Nunca se lleva nada. Solo va. Parece que sea lupino o algo así.

—Pues síguele —propone Aislinn abatida.

—Ese es un consejo muy atrevido —contesto riendo.

Aislinn se encoge de hombros con desgana.

Me levanto y me sacudo algunas hojas secas de la túnica.

—¿Adónde vas? —pregunta Aislinn.

—Voy a seguir tu consejo —le digo—. Voy a seguirle.

Rescate

—¿Por qué me estás siguiendo, Elloren?

El tono de Yvan es exasperado, pero no está enfadado. No se molesta en darse la vuelta.

Me pongo roja cuando me doy cuenta de que me ha descubierto y también por la ridícula punzada de emoción que siento al oírle decir mi nombre.

—Siento curiosidad por ti —contesto cohibida y con poca naturalidad.

—¿Sobre qué, exactamente? —pregunta sin aminorar el paso ni mirar atrás.

«Sobre muchas cosas.»

—Sobre el motivo por el que vienes tanto al bosque. Me pregunto si en realidad serás lupino.

Se para de golpe y yo también me detengo. Siento una nerviosa ráfaga de energía que se suma al esfuerzo que tengo que hacer para seguirle el paso y se me acelera el corazón.

Yvan se apoya las manos en las caderas y agacha la cabeza como para relajarse y después se vuelve hacia mí, su mirada esmeralda es desconcertante.

Su atractivo me abruma tanto que mis pensamientos se dispersan como canicas.

Nos miramos a los ojos rodeados de la quietud del bosque, salvo por el crujido de las pocas hojas que quedan del otoño y del intermitente canto de los pájaros. El aire se carga entre nosotros y vibra debido a las emociones contenidas, y noto un calor inquietante que crece en mi interior. Le miro a los ojos y me pregunto si él también lo estará sintiendo.

—Está bien —dice al fin en voz baja, y se le oscurecen los ojos, como si me desafiara con la mirada—. Intenta seguirme el paso.

—¿Dónde está la frontera de la universidad? —pregunto después de lo que parece un paseo eterno.

Se para y se vuelve hacia mí con el ceño fruncido.

Me quedo sin aliento. Sería más fácil hablarle a su espalda. Me lo quedo mirando un segundo como una completa imbécil distraída por el rayo de sol que ilumina su atractivo rostro.

Arquea una de sus cejas perfectas y me mira con dureza, como con una especie de desconfianza. Como si pudiera leer mis pensamientos.

—Es peligroso para mí... cruzar la frontera de la universidad —le aclaro.

Frunce todavía más el ceño.

—¿Por qué?

—Porque hay un ícaro que quiere matarme. —La sorpresa le ilumina los ojos—. Cree que soy la próxima Bruja Negra —intento explicarle—. Cosa que, por supuesto, es falsa. No tengo poderes de ninguna clase, pero él no lo sabe.

A Yvan se le oscurece el rostro.

—Eres exactamente igual que ella, Elloren.

Su tono acusador me pone los pelos de punta. Me duele.

—¿De verdad, Yvan? —le digo, pero mi voz traicionera se quiebra—. No tenía ni idea.

Abre un poco más los ojos y después me observa con atención, como si tratara de analizarme.

Yo me hundo mentalmente delante de ese muro que vuelve a alzarse entre nosotros. Siento el feroz deseo de estar al otro lado. En algún sitio al que sintiera que pertenezco de veras.

«Ojalá fuera como Iris.»

Enseguida lamento haber pensado eso. Me recuerdo con aspereza que no soy celta. Y no puedo pensar lo que pienso sobre un celta. Y él tampoco debería mirarme tanto. Ya sería raro que Yvan y yo fuéramos amigos, y sería imposible que fuéramos nada más que eso. Pero de pronto deseo, con una intensidad sorprendente, que pudiéramos ser, por lo menos, amigos.

La frustración y el dolor asoman a mis ojos, y estoy demasiado cansada como para esconder esas emociones.

Yvan traga saliva y me mira parpadeando con una expresión desencajada.

—No dejaré que nadie te haga daño —afirma con certeza, como si fuera algo irrefutable.

Siento una ráfaga de calidez y desaparece parte de la tensión que sentía

en los hombros. Respiro hondo y asiento, creo en él y me anima su tono decidido. Por algún motivo sé que con él estaré a salvo.

Yvan se queda allí plantado un buen rato, pensando.

—¿Las vu trin hechizaron la frontera? ¿Para evitar que entre el ícaro?

—Pusieron alguna clase de protección en la frontera oeste de Verpacia, y otra más potente en la frontera de la universidad. —Gesticulo a mi alrededor con la mano—. El ícaro escapó del manicomio, así que supongo que estará marcado.

Yvan frunce el ceño y me mira un buen rato con los ojos entornados.

—Voy a un sitio que está bastante más allá de la frontera.

Siento miedo y me asalta la imagen de las horrendas caras de los ícaros de Valgard. Me obligo a olvidar esa imagen, aprieto los dientes y decido ser valiente.

—Has dicho que me protegerías —digo muy seria. «Y sé que eres más fuerte y más rápido que un ícaro sin alas»—. Me arriesgaré.

Después de lo que parece una hora, llegamos al noroeste de la cordillera de Verpacia.

Yvan rodea un árbol que se alza junto a una roca enorme y se agacha para retirar la maleza que oculta la entrada a un túnel subterráneo. Entra y se vuelve hacia mí.

—¿Vienes?

—¿Adónde? ¿Qué es esto?

—Una forma de entrar en Gardneria. —Señala la pared de piedra vertical y me mira torciendo el gesto—. A menos que quieras cruzar por encima de la cordillera, claro.

Frunzo el ceño y le sigo, cruzo la maleza y bajo por el túnel escondido y cavernoso mientras Yvan se saca una piedra de luz élfica del bolsillo para iluminar el camino.

Me pregunto cómo diantre habrá encontrado este túnel. ¿Cuánta gente sabrá de su existencia?

Pasamos por una serie de cuevas, no hay mucho que ver salvo el goteo del agua y algún murciélago revoloteando por allí, todo envuelto en el brillo verde de la piedra de luz. Salimos al exterior cruzando otra cortina de maleza, y salimos tras apartar la celosía de ramas secas.

Sigo a Yvan en silencio. El camino se empieza a empinar. Me esfuerzo por seguirle el paso notando la punzada de un calambre. Comienzo a percibir sonidos a lo lejos. Alguien grita órdenes. Caballos. Y algo raro, algo que me

eriza el vello de la nuca, un aullido grave que hace vibrar el suelo del bosque.

Yvan se detiene, se vuelve hacia mí y se lleva un dedo a los labios a modo de advertencia. Me hace señales para que me quede allí y trepa por una colina.

Yo le observo asombrada de su velocidad y la habilidad silenciosa que tiene para avanzar entre los árboles sin tener que agarrarse a nada para no perder el equilibrio.

Ahora está en lo alto de la colina boscosa, y se ha agachado detrás de un arbusto para mirar algo. Me hace señas para que le siga.

Subo resbalando unas cuantas veces en las hojas secas y agarrándome a los arbolitos para no perder el equilibrio. Por fin le alcanzo. Me cuesta respirar. Se me escapa un jadeo cuando veo lo que hay delante de nosotros.

Es una gran base militar gardneriana. Está rodeada de bosque y enmarcada por la imponente cordillera y la sierra de montañas de Caledonia. Veo numerosos bloques de soldados avanzando en formación mientras resuena una cacofonía de órdenes. Están rodeados por una ciudad de tiendas militares negras, barracones de madera y estructuras hechas con la piedra de la cordillera encajadas en la imponente roca.

Y hay dragones.

Muchísimos. Se mueven en formación. Algunos soldados gardnerianos los montan con sus varitas en la mano.

Retrocedo al ver cómo veinte dragones alzan el vuelo soltando un aullido al unísono y me tapo los oídos con las manos. Los dragones vuelan en formación siguiendo a uno que los guía.

De golpe se elevan rápidamente y descienden directamente sobre nosotros.

Me lanzo al suelo e Yvan tira de mí hacia él, los dragones se acercan y después vuelven hacia el centro del valle.

Se me acelera el corazón y me siento mareada. Ya había visto alguna exhibición con dragones militares, como si fueran caballos con alas. Pero estos son aterradores, negros como la muerte, están tan demacrados que se intuye el esqueleto que hay debajo de la piel. Y tienen las alas destrozadas, asoman pegadas a su espalda llenas de plumas ásperas como si fueran plumeros sin vida.

—Oh, santísimo Gran Ancestro —jadeo sintiendo un escalofrío que me recorre la espalda—. ¿Escupen fuego?

Yvan frunce el ceño y niega con la cabeza.

—No. Pierden la capacidad de hacerlo cuando les rompen las alas. Pero como puedes ver todavía pueden volar. Y son fuertes, tienen los dientes y las garras muy afiladas.

—¿Se están preparando para atacar a los militares celtas?

—Y a cualquiera que se interponga en su camino. Igual que la otra vez. Pueblos. Familias. Aunque eso no lo explicarán, claro. Solo oiréis hablar de una gloriosa victoria militar tras otra. —Hace una mueca—. No leerás nada sobre familias enteras destrozadas por dragones sin alma.

Imagino a una de esas criaturas aterrizando en un pueblo. Es demasiado terrible para concebirlo.

—¿Nadie puede detener esto? —le pregunto horrorizada.

Niega con la cabeza.

—La Resistencia no puede competir con la guardia gardneriana. Lo máximo que pueden hacer es frenarlos un poco. Salvar al mayor número posible de gente. —Adopta una expresión amarga y habla con voz disgustada—: Imagino que cuando ocurra lo inevitable tú estarás disfrutando de una fiesta en algún sitio, celebrando la victoria contra los malignos.

Sus palabras me molestan. Lo que ha dicho me ha hecho daño de verdad.

—Eres tan... Te equivocas conmigo —me defiendo buscando las palabras adecuadas—. Tú no sabes nada sobre mí. Vivo con dos gallinas, ¿lo sabías?

¿Tienes idea de lo sucias que son?

Yvan me fulmina con la mirada muy enfadado.

—¡Se llaman ícaras, no gallinas!

—¿Qué? —Por un momento no entiendo nada, pero entonces comprendo la confusión—. No estoy hablando de Ariel y Wynter. Estoy hablando de las mascotas de Ariel. Antes solo tenía una gallina, ahora son dos. Así que, por favor, deja de juzgarme con tanta dureza. ¿Alguna vez has pasado un rato con Ariel Haven? ¡Deberían darme una medalla por vivir con ella!

—Sí, los ícaros son criaturas viles y asquerosas —espeta.

—En realidad —contesto—, Wynter es bastante agradable, ahora que ha dejado de comportarse de esa forma tan horrible, y Ariel no es tan homicida como antes. Ya sé que me parezco mucho a mi abuela, pero la verdad es que no soy como tú crees que soy, ni mis hermanos tampoco.

Yvan esboza una sonrisa desagradable.

—Sí, ya imagino que tu hermano Trystan debe de suponer un dilema para tu ilustre familia, ¿no?

Caigo presa de un frío gélido que me roba la valentía.

—Trystan es una buena persona —digo en voz baja—. Por favor... por favor, no hagas nada que pueda meterlo en un lío.

La mueca de enfado de Yvan desaparece en cuanto ve lo mucho que me han afectado sus palabras.

—No lo haré —contesta con un tono extrañamente amable. Me observa un buen rato—. Vamos —dice, y se levanta de golpe como si acabara de decidir qué hacer. Se desliza hasta la base del montículo y se vuelve para esperarme.

Yo le sigo hasta la espesura del bosque. Cuando llegamos a una pequeña cumbre, Yvan se agacha y me hace señales para que me reúna con él.

Al otro lado hay varias jaulas, están repartidas por el bosque, y tienen los barrotes negros y curvados.

Y hay dragones en todas ellas.

Trago saliva nerviosa mientras nos deslizamos junto a las jaulas. Los horribles rostros de los dragones me asustan: les gotea baba de la boca, de sus fauces gigantescas, y cuando echan los labios hacia atrás puedo verles los dientes asesinos. Pero lo peor de todo...

Son los ojos. Blanquecinos, opacos y sin alma. Como los de los ícaros de Valgard.

¿Alguien torturaría a estos dragones igual que hicieron con los ícaros de Valgard? ¿Los convirtieron en monstruos?

Los dragones me observan al pasar y me siento como si me estuvieran mirando unos demonios.

Entonces pasan dos soldados gardnerianos charlando amistosamente. Yvan se saca un reloj del bolsillo y lo mira mientras sus voces se apagan.

—El cambio de guardia —susurra.

Le sigo con el corazón desbocado, rodeamos un pequeño montículo hasta llegar a una jaula que está separada, rodeada de árboles carbonizados.

Dentro hay un único dragón, pero podría ser una criatura completamente diferente, de lo poco que se parece a los demás.

Es negro, pero no es un negro alquitranado apagado. Sus escamas brillan como el ópalo. Y no tiene las alas rancias y destrozadas, sino firmes e impecables, se le ven las plumas tersas y brillantes como de obsidiana pulida. El dragón se mueve de un lado a otro en el fondo de su jaula con

movimientos fuertes y fluidos mientras nos acercamos a los barrotes.

La criatura se para, gira muy despacio su musculosa cabeza y me clava sus ojos de color verde esmeralda.

Yo me quedo mirando al dragón completamente paralizada.

De pronto la criatura se abalanza hacia mí a una velocidad increíble. Yvan me echa hacia atrás y se coloca delante de mí.

Me caigo de espaldas y el dragón impacta contra los barrotes de la jaula y mete las zarpas entre los huecos en dirección a Yvan. El dragón e Yvan se quedan mirando un buen rato, y ninguno de los dos se mueve ni un ápice, como si se estuvieran enfrentando.

—¡El... el dragón ha intentado matarme! —tartamudeo intentando coger aire.

—La dragona —me corrige Yvan.

«No puedo creer que se ponga a hacerme correcciones de género ahora.»

—Bueno, pues la dragona —corrijo sin aliento—. ¡Parece que quiere matarme!

—No te hará daño —dice Yvan mirando fijamente al dragón como si estuviera convenciéndolo de la verdad de sus palabras en lugar de intentar tranquilizarme.

El dragón resopla con desdén, se retira y se da media vuelta con agilidad para marcharse hacia la otra punta de la jaula. Mira a Yvan con tristeza, se sienta y nos da la espalda. Me doy cuenta de que tiene el cuerpo lleno de marcas de latigazos salpicadas de sangre.

—Parece que entiende lo que decimos.

Trago saliva tratando de recomponerme.

Yvan hace una mueca con los labios.

—Los dragones son muy... observadores.

—¿Así que aquí es donde vienes cuando sales de paseo?

Yvan se me queda mirando un momento y asiente.

Respiro hondo y mi corazón empieza a adoptar un ritmo más normal.

—Le han pegado —comento frunciendo el ceño mientras observo las marcas en zigzag.

Yvan se pone tenso y mira al dragón.

—Están intentando domarla.

Adopta una expresión angustiada.

—¿Y seguirán azotándola? —pregunto.

Traga saliva, vuelve a mirar al dragón con preocupación.

—La meterán en otra jaula con otro dragón —dice—. Alguno pequeño. Esperarán a que le coja cariño y después... lo torturarán hasta matarlo delante de ella. Ya les he visto hacerlo. A otro dragón.

Guarda silencio un momento. Cuando vuelve a mirarme percibo su dolor, y se le quiebra la voz.

—Todavía tengo pesadillas.

Frunce el ceño y aparta la mirada.

—Yo también tengo pesadillas —le confieso—. Sobre selkies.

Yvan me mira sorprendido.

—¿Selkies?

—Vi una en una ocasión. En una jaula, en Valgard. Estaba gritando. —Hago una mueca al recordarlo—. Fue horrible. He soñado con ella casi todas las noches desde aquel día.

Yvan se me queda mirando un buen rato.

—Yo nunca he visto ninguna —dice al fin—. Aunque he oído hablar de ellas. —Se vuelve de nuevo hacia el dragón y mira todos los rincones de la jaula, como si estuviera tratando de descifrar un rompecabezas complejo—. Los barrotes están hechos de acero élfico. La dragona ha intentado fundirlos, pero es imposible. Y no usan llaves para abrir las jaulas. Utilizan los poderes de la varita.

—Has pensado mucho en esto, ¿no? —observo con recelo.

Yvan no me contesta, sigue concentrado en la jaula del dragón.

Lo miro con sorpresa cuando lo entiendo.

—Quieres rescatarla, ¿no?

Arruga el rostro, como si le hubieran pillado.

—¡Quieres rescatarla! —exclamo—. Quieres robar un dragón. ¡De una base militar gardneriana!

Yvan me mira enfadado, se da media vuelta y se interna en el bosque.

Yo corro tras él esforzándome por seguirle el paso.

—Vas a conseguir que te maten, ¿lo sabías?

No me contesta, se limita a caminar más deprisa, como si quisiera alejarse lo máximo posible de mí.

El grave e intenso gemido de desesperación del dragón resuena en el aire y me destroza el corazón. Yvan y yo nos paramos. Se ha puesto completamente rígido, pero enseguida recupera la compostura y vuelve a alejarse de mí.

Para cuando llegamos a la frontera con Verpacia la tensión entre nosotros es palpable. La situación me distrae y culpo a Yvan mentalmente cada vez que me tuerzo un pie o me arañó el brazo con algo.

Al poco, aparece una casita destartalada entre los árboles. Está muy descuidada, hay herramientas por todas partes, un jardín lleno de malas hierbas y animales con aspecto poco saludable hacinados en apriscos.

—¿Quién vive aquí? —le pregunto a la espalda de Yvan. Está bastante alejado de mí, sigue manteniendo esa distancia arisca que ha mantenido desde que salimos del campamento.

—El conserje de la universidad —me contesta con sequedad justo cuando veo un destello blanco entre los árboles.

«Un vigilante.»

Sigo su vuelo curvo entre los árboles con la vista. Se posa sobre una rama justo delante del claro en el que está la casita y se vuelve para mirarme. Y entonces desaparece.

Se me eriza el vello de la nuca.

Aquí hay algo. Quiere que vea algo dentro de esta casita.

No sé por qué acudieron a mí los vigilantes con la varita de Sage. Ni siquiera entiendo por qué están tan interesados en mí. Pero he empezado a darme cuenta de que cada vez que aparecen, es porque quieren enseñarme alguna cosa importante.

Me dirijo al claro.

—Elloren —dice Yvan—, ¿adónde vas?

—Solo será un momento.

Cuando me acerco a la casita puedo oír el graznido de los gansos a lo lejos.

Me sobresalta un estruendo y me detengo asustada. Después me llega una voz masculina enfadada.

Más gritos. Otro estruendo.

Y entonces oigo un grito extraño, un sonido que me resulta exótico y descorazonadoramente familiar.

«No puede ser.»

La puerta de la casita se abre de golpe y de dentro sale una joven con miedo en los ojos, está completamente aterrorizada. Se la ve descentrada y muy asustada, tropieza con una piedra y cae de bruces al suelo.

Me quedo sin aliento. Es la selkie de Valgard. La selkie de la que

estábamos hablando.

Entonces de la casita sale un hombre fornido, con barba, la ropa manchada y muy sucio, sigue a la selkie de cerca. La alcanza enseguida con la cara roja de rabia. Antes de que ella pueda levantarse, le da una fuerte patada en el costado con su pesada bota negra.

Estoy hecha una furia. Empiezo a caminar hacia ellos apretando los puños, pero entonces me paro a pensar. No puedo enfrentarme al corpulento conserje. Me escondo detrás de un árbol con el corazón acelerado.

La selkie da un grito de esos que hielan la sangre y se hace un ovillo para protegerse agarrándose el costado donde la ha golpeado.

El hombre la agarra con fuerza del brazo y la obliga a levantarse.

—¡Cállate! —le grita sacudiéndola con violencia mientras ella sigue chillando—. ¡He dicho que te calles, zorra!

El tipo levanta la mano y le da un golpe tan fuerte que la chica aúlla y cae de espaldas al suelo.

La selkie se cubre la cabeza con las manos y se tumba de costado en el suelo sin dejar de sollozar.

Yo me vuelvo desesperada hacia Yvan, estoy temblando de rabia. Se ha quedado allí plantado y observa la escena con la boca abierta.

Ahora el hombre está de pie a su lado con las manos en las caderas, y la selkie aguarda encogida de miedo en el suelo.

—La próxima vez que te diga que hagas algo, estúpido animal, será mejor que lo hagas —aúlla apuntándola con uno de sus rollizos dedos.

Coge un llavero que está colgado de la pared, vuelve a por la selkie hecho una furia y la agarra del pelo.

La selkie jadea cuando el conserje coge un collar metálico atado a un poste con una cadena muy pesada. Le clava la rodilla en la espalda, le pone el collar por la fuerza, lo cierra con llave y la empuja de cabeza hacia el suelo. Después vuelve a la casa, cuelga las llaves en el gancho, murmura algo así como: «malditas selkies» y desaparece dentro dando un portazo.

La selkie se queda allí, sollozando, con los ojos cerrados, una mueca de desesperación en el rostro, también tiene una enorme marca roja en la cara y su precioso cabello plateado está cubierto de suciedad y barro.

Se me saltan las lágrimas de rabia.

«Sea un animal o no, ¿cómo puede ser tan cruel?» De pronto me asalta una idea salvaje y desesperada.

Me vuelvo hacia Yvan muy enfadada.

—Voy a rescatarla —digo con el corazón desbocado.

Él alza las cejas.

—¿Qué?

Me agacho y empiezo a avanzar hacia la selkie con sigilo, me tiemblan las piernas.

—¡Chica selkie! —la llamo susurrando.

La chica abre los ojos, son como dos lunas aterrorizadas, y se le escapa un gemido. Cuando me ve le cambia la cara: me recuerda tanto como yo a ella.

Cojo las llaves y corro hacia la selkie escuchando los pasos de las botas dentro de la casa. Le aparto el pelo plateado y meto la llave en la cerradura con las manos temblorosas. Siento una cálida ráfaga de sorpresa cuando el collar de metal se abre y cae al suelo haciendo un ruido metálico. Gesticulo con frenesí hacia el bosque tirándole del brazo.

Cruzamos el claro en dirección a los árboles.

Cuando aparece Yvan, la chica suelta un grito aterrorizado y se cae de espaldas, resbala en el suelo del bosque cuando levanta los brazos para hacerlo retroceder. —¡Atrás, Yvan!

Le detengo alargando la mano.

Yvan retrocede y se pone en cuclillas levantando las palmas hacia arriba.

Agarro a la selkie de los hombros, está temblando. Se sobresalta cuando la toco. Alargo la mano y le acaricio el pelo con delicadeza.

—Shhh —la tranquilizo—. No vamos a hacerte daño.

Su pelo tiene una consistencia extraña y maravillosa, y es cálido como el agua caliente.

—Tenemos que sacarte de aquí —digo deseando poder hablar como una foca.

La chica abre un poco la boca, pero no sale ningún sonido, y las branquias que tiene en el cuello no dejan de abrirse y cerrarse.

Consigo ponerla en cuclillas. Ella no deja de mirar hacia todos lados aterrorizada. Nos alejamos de la casa muy despacio, tanto la selkie como yo vamos tropezando a causa del miedo. Yvan mantiene la distancia pero no nos pierde de vista. Se le ve muy tenso.

Enseguida recuperamos el valor y el equilibrio y empezamos a correr, saltamos troncos, rodeamos árboles, el bosque pasa de largo a toda prisa mientras nos concentramos tratando de percibir si nos sigue el sonido de algunos pasos. Llevo cogida a la selkie de la muñeca mientras corremos

durante lo que se me antoja una eternidad. Corremos hasta que tengo la sensación de estar respirando cristales y siento calambres en el costado.

Vemos un claro a lo lejos. Por fin hemos llegado a la universidad.

Nunca pensé que me alegraría tanto de ver la Torre Norte.

Aminoramos el paso, la selkie y yo no paramos de jadear, ella tiene las branquias completamente abiertas y yo sigo teniendo su débil y frágil muñeca en la mano. Se tambalea y la rodeo con el brazo antes de que se caiga. Estamos al lado de la universidad, los árboles ya apenas nos ocultan.

—Elloren —me llama Yvan a algunos metros de distancia. La selkie se estremece al oírle—. ¿Has pensado dónde vas a esconderla?

Yvan está apoyado en el tronco de un árbol muy relajado, como si no hubiera hecho nada.

—No —contesto a la defensiva alargando la mano para acariciar el extraño pelo tembloroso de la selkie.

—Esto es un poco temerario, lo sabes, ¿no?

Esto no es lo que necesito escuchar en este momento.

Le fulmino con la mirada mientras trato de recuperar el aliento.

—Claro, no tiene nada que ver con rescatar dragones de una base militar gardneriana, ¿no?

Yvan esboza una sonrisa astuta.

—Era lo correcto, Yvan —añado.

Asiente, se ha vuelto a poner serio.

—Lo sé.

Hay algo nuevo en su expresión. Algo que me coge completamente desprevenida.

Respeto.

Nos sobresaltamos al oír el relincho de un caballo cerca de nosotros.

Vuelvo la cabeza y veo a Andras Volya, el joven amaz con las runas tatuadas en la piel, el hijo de la profesora Volya. Está a pocos metros, al otro lado del campo, montado sobre una gran yegua negra.

Y nos está mirando fijamente.

Me horroriza pensar que nos han descubierto.

Andras tira con fuerza de la crin del caballo. El animal recula, da media vuelta y se marcha galopando hacia los establos de la universidad.

—Oh, santísimo Gran Ancestro —jadeo—. Creo que no nos ha visto, ¿y tú?

—Yo creo que sí —opina Yvan en voz baja.

—¿Qué crees que hará?

Yvan entorna los ojos mirando cómo se aleja Andras.

—No lo sé. —Me mira con sus ojos verdes—. Pero tenemos que meterla dentro. Antes de que la vea alguien más.

Refugio

Diana se pone de cuclillas a mi lado y mira debajo de la cama.

La selkie está tumbada de lado, lánguida y con los ojos vidriosos.

—Puedo oler su miedo —comenta Diana—. Está conmocionada. Y se ha cagado encima. —La lupina se levanta y se cruza de brazos con actitud autoritaria—. Elloren, ve a por tu violín nuevo.

Me pone un poco nerviosa lo poco alterada que está Diana. Y van ha ido a buscar algo de comer para la selkie. Es mejor que se haya marchado, porque la criatura marina estaba tan asustada de él que se ha metido debajo de mi cama. Es evidente que los hombres le dan pánico.

Miro a Diana con el ceño fruncido y muy confundida.

—¿Por qué?

—A las selkies les encanta la música. Lo leí en alguna parte una vez. Podría tranquilizarla.

Me levanto y miro a Diana con escepticismo. Hace poco Trystan y Rafe me regalaron un violín de segunda mano, el único instrumento que podían permitirse. Fue un gesto conmovedor que valoré mucho, pero la madera del instrumento está un poco combada y apenas se puede afinar.

Al principio le envié una carta al tío Edwin preguntándole si me podía mandar algún violín que le sobrara, pues el mío se había roto. Recibí una rápida respuesta de mi tía Vyvian, quien se está ocupando del cuidado de mi tío y, evidentemente, también de sus asuntos, y le redirigen a ella su correo.

Querida sobrina:

Estaré encantada de enviarte el mejor violín de Valgard. Tengo amigos que tocan en la Sinfónica de Valgard y estoy segura de que podrían conseguirte un violín Maelorian nuevecito lacado en el color que más te guste. ¿Qué te parecería?

Tienes un gran talento musical, igual que tu querida abuela, y no hay nada que me apetezca más que ayudarte a potenciarlo una vez estés comprometida con Lukas Grey.

Por favor, infórmame cuando se haya celebrado el feliz acontecimiento.
Con cariño,
Vyvian

Resignada a ese instrumento de calidad inferior, pero animada por el afecto fraternal que representa, cojo el tosco violín.

Después de lo que ha pasado la selkie, dudo mucho que un poco de música desafinada la haga sentir mejor. Pero vale la pena intentarlo.

Me siento en el suelo, empiezo a tocar y la música envuelve la habitación. Ariel nos observa recelosa desde la cama. Wynter se baja del alféizar de la ventana y se sienta en mi escritorio.

—Sigue tocando —me pide Diana—. Cada vez tiene menos miedo.

Una hora después empiezan a dolerme los dedos y el cuello, pero la selkie sigue metida debajo de la cama.

—No está funcionando —digo volviéndome hacia Diana.

De pronto Wynter extiende las alas, se baja de mi mesa y se posa en el suelo con suavidad. Se agacha y cierra los ojos como si estuviera meditando. Entonces levanta la cabeza y empieza a cantar. Canta en élfico, y las palabras son tan suaves y elegantes como un riachuelo de agua que recorriera la habitación.

—Elloren —jadea Diana.

El brazo blanco azulado de la selkie asoma por debajo de la cama y se extiende hacia Wynter. Wynter sigue cantando mientras coge la mano de la selkie y la ayuda a salir, después la chica se hace un ovillo y se acurruca entre las alas de Wynter.

Wynter le acaricia el pelo mientras entona su triste canción, ahora se desliza un reguero de orina por el suelo.

—Deberíamos lavarla —comenta Diana arrugando la nariz—. Ariel, ve a preparar un baño caliente.

—¿Tengo pinta de sirvienta? —espetea Ariel.

—No —contesta Diana—, pero nos vendrían bien tus habilidades. ¡No te gusta hacer fuego?

Incapaz de resistirse a la posibilidad de jugar con fuego, Ariel se marcha hacia el baño murmurando por lo bajo.

Wynter y yo conseguimos meter a la exhausta selkie en el baño mientras Diana baja a por un cubo y una fregona. Wynter la acurruca y le canta mientras yo la ayudo a quitarse la ropa con delicadeza. La chica foca no se

resiste. Solo me mira con sus enormes y tristes ojos, lacia como una muñeca de trapo. Cuando le quito la túnica se me escapa un jadeo y me llevo la mano a la boca. Wynter deja de cantar.

La selkie tiene todo el cuerpo lleno de golpes y moretones. Su piel está llena de marcas de latigazos.

Entonces entra Diana, que en una mano trae un enorme cubo de madera lleno de agua con jabón y en otra la fregona. Cuando ve a la selkie se queda de piedra, abre la boca asombrada. Se recompone enseguida, deja el cubo en el suelo y apoya la fregona con cuidado contra la pared.

—Ahora vuelvo —anuncia con un tono agradable—, voy a matarlo ahora mismo.

Habla con un tono tan despreocupado que mi mente tarda algunos segundos en procesar lo que ha dicho.

—¿Qu... qué? —tartamudeo mientras Diana se da media vuelta para marcharse.

Se para y se vuelve para mirarme como si yo estuviera loca.

—El hombre que le ha hecho esto —me explica lentamente, como si yo fuera una niña—. Voy a partirle el cuello. Merece morir.

Me levanto de golpe y alargo las manos para advertirle.

—Espera, no, ¡no puedes hacer eso!

—Claro que sí —contesta enfadada. Adopta una expresión reflexiva—. No, claro, tienes razón, Elloren. —Suspiro aliviada—. Romperle el cuello sería demasiado rápido e indoloro. —Asiente decidida—. Merece sufrir por lo que ha hecho. Primero le daré una buena paliza. Y le marcaré, igual que él ha hecho con ella. —A los ojos de Diana asoma un brillo travieso—. Después le arrancaré la tráquea.

Me muero de miedo.

—¡No puedes matarle!

—¿Por qué no dejas de decir eso? —parece ofendida—. Claro que puedo.

—¡Te vas a meter en un buen lío!

Me lanza una mirada incrédula y asqueada.

—¿Con quién? Con mi pueblo desde luego que no. Si mi madre estuviera aquí ya habría hecho pedazos a ese hombre.

—Por lo menos espera hasta que hable con Rafe —le suplico.

Con una mano en la cadera me mira exasperada.

—Está bien —accede—. Puedo oler tu miedo. No tiene ningún sentido,

pero si vas a estar más tranquila hablaremos primero con Rafe.

Diana le pide a Wynter que vaya a buscar a Rafe y, para mi sorpresa, Wynter se marcha a buscarlo sin vacilar.

—Tu hermano estará de acuerdo conmigo —me asegura Diana mientras se agacha para limpiarle las heridas de la espalda a la selkie con un paño suave—. Y entonces mataré a ese hombre. Y cuando lo haya matado, le arrancaré la cabeza del cuerpo y se la traeré a la selkie. Le tranquilizará mucho saber que está muerto.

Algunos minutos después, Rafe y yo estamos sentados en el banco de piedra del vestíbulo y observamos cómo Diana se pasea enfadada de un lado para otro ahora que Wynter se está ocupando de la selkie.

—Diana, deja de pasear y siéntate.

Rafe habla con relajación, pero en su voz se percibe cierto tono autoritario.

Diana deja de moverse y se vuelve para mirarlo con las manos en las caderas. Le lanza una mirada desafiante que él acepta con tranquilidad.

—No puedes matarlo —dice Rafe con tono neutral.

—Claro que puedo —espeta—. Tu pueblo es muy débil.

—Sí, ya sé que puedes matarlo bastante fácilmente y casi sin ningún esfuerzo —contesta con firmeza—. Pero no deberías hacerlo.

—¿Por qué? —pregunta Diana alzando la barbilla.

—Está bien, Diana —dice Rafe—, pongamos que vas y lo matas. ¿Y luego qué?

—Después le traigo su cabeza a la selkie para que pueda ver que ya está a salvo.

—Muy bien, ¿y después?

Ella resopla con impaciencia.

—Después dejo su cuerpo en el bosque para que se lo coman las aves carroñeras.

—¿Y qué pasará cuando la universidad lo investigue y averigüe lo que ha pasado? Se darán cuenta de que su conserje ha desaparecido.

—Pueden contratar a otro.

Rafe suspira y se frota el puente de la nariz.

—Te arrestarán, eso es lo que harán.

Diana resopla.

—¡Me gustaría ver cómo lo intentan!

—Multarán a Elloren por robo y a ti te meterán en la cárcel por

asesinato. Y le volverán a entregar la selkie al vendedor que se la proporcionó al conserje y él se la venderá a alguien peor.

—Eso es absurdo. En cuanto expliquemos lo que ha pasado, cómo la estaba tratando, lo entenderán. ¡Tiene pruebas por todo el cuerpo!

Rafe niega con la cabeza, no está de acuerdo.

—Te equivocas, Diana. Según ellos, ese hombre no ha hecho nada ilegal. Quizá sea repugnante, pero no es ilegal. Sin embargo, vosotras dos, ya habéis quebrantado unas cuantas leyes. ¿De verdad quieres sumarle una acusación por asesinato?

—Pues la escondemos —insiste Diana con obstinación—. Nadie tiene por qué saber quien lo mató.

Rafe arruga el rostro con incredulidad.

—Diana, hay mucha gente que ve a los lupinos como un grupo incivilizado y violento. Como salvajes. Tú y tu hermano seríais los principales sospechosos. Y, si por algún milagro, no descubrieran que has sido tú, asumirían que la selkie encontró su piel y le mató. Ya se habla de matar a todas las selkies que hay en cautividad. ¿Lo sabías? El Consejo está bastante dividido al respecto. El asesinato del conserje de la universidad decantaría la balanza a favor de una ejecución en masa. ¿De verdad quieres ser la responsable de eso?

Diana se inclina hacia Rafe impertérrita.

—Entonces le mataré y me llevaré a la selkie. Con mi manada. Ellos sabrán qué hacer. Ellos se encargarán de salvar a las selkies.

—¿Y dejarás la universidad?

—Sí, ¡si es necesario!

—¿Y Jarod? Él no tendrá más alternativa que dejarla también.

—Se marchará —afirma con confianza—. Lo entenderá.

—Muy bien, pongamos que tú y Jarod os la lleváis con la manada — comenta Rafe muy tranquilo—. ¿Eres consciente de que estarías poniendo a toda tu manada en una situación políticamente peligrosa?

Diana resopla.

—Quizá sea peligrosa para tu pueblo. No para el mío.

Rafe suspira con fuerza y niega con la cabeza.

—Ahora mismo hay mucha tensión entre tu pueblo y el Consejo de Magos, Diana. Nuestro gobierno considera que vuestra tierra nos pertenece legítimamente. Se habla de enviar a los militares para que obliguen a tu pueblo a...

Diana resopla con impaciencia y le corta:

—Tu ejército no es rival para mi manada. Lo sabes tan bien como yo. No podéis utilizar vuestra magia contra nosotros, y el lupino más débil es más fuerte que el mejor de vuestros soldados. Si fuerais más fuertes ya nos habríais quitado las tierras hace mucho tiempo, igual que se la habéis robado a los demás.

—Imagina cómo redactarían lo ocurrido en el acta de detención — prosigue Rafe—: Chica lupina asesina al conserje de la universidad...

—... ¡que había abusado sin piedad de una mujer foca! —termina la frase Diana.

—Eso no lo explicarán, Diana. Las selkies son un secreto sucio del que nadie quiere hablar. No. Solo será una prueba de que los lupinos son monstruos peligrosos y sanguinarios que deberían ser erradicados. ¿De verdad quieres ser la responsable de meter a tu manada en ese lío?

Diana levanta las manos como si le estuviera lanzando arena a la cara a Rafe.

—¡Eso es absurdo!

—¡No, Diana, no lo es! ¿De verdad quieres ser tú quien tome esa decisión?

¿Sin hablar primero con tu manada? ¿Sin hablar con tu macho alfa?

Diana se queda de piedra.

«Ya está, lo ha conseguido —adviento aliviada—. Por fin ha encontrado un argumento que funciona con un lupino.»

Se queda allí plantada fulminando a Rafe con la mirada.

Al final se acerca a mi hermano apretando los puños.

—¡Voy a salir! —aúlla. Se da media vuelta y se marcha hacia la puerta.

Rafe se levanta a toda prisa. Se adelanta y la sujeta del brazo.

—¿A hacer qué, Diana? —le pregunta.

Diana tensa el brazo y aprieta el puño con fuerza, como si le estuviera molestando que la tocara. Le mira con incredulidad y baja los ojos para observar la mano con la que intenta contenerla, mirándolo como si no pudiera creer que Rafe tenga el valor de hacer algo tan atrevido. Me pregunto si mi hermano estará padeciendo alguna clase de locura transitoria.

De pronto la tensión que flota en el aire es insoportable y peligrosa. Diana levanta la cabeza muy despacio y frunce los labios hasta esbozar una mueca amenazadora, y se empieza a oír un rugido que resuena en su garganta al tiempo que a sus ojos ambarinos asoma un brillo feroz. Da un repentino y

amenazador paso en dirección a Rafe, y yo me sobresalto. Mi hermano sabe tan bien como yo, tan bien como Diana, que ella podría arrancarle el brazo tan fácilmente como si le arrancara la manga, y ni él ni yo podríamos hacer nada para evitarlo. Nunca había tenido miedo de Diana, pero ahora me doy cuenta, por primera vez, de que es muy peligrosa.

—Te he preguntado que adónde vas —repite Rafe apretando los dientes y sin flaquear ignorando la amenazadora postura de Diana.

La lupina arruga más los labios y le enseña los dientes.

—Me voy al bosque —ruge con la voz grave y los ojos entornados con rabia—, donde nadie pueda verme. Donde pueda desnudarme sin ofender las delicadas sensibilidades de tu pueblo moralmente superior. Y entonces me transformaré. Y correré. Durante mucho rato. Porque si me quedo aquí haré oídos sordos a toda razón y le mataré.

Rafe asiente y le suelta el brazo. Ella le lanza una última mirada agresiva antes de marcharse.

Yo vuelvo a respirar y Rafe se queda mirando el lugar por donde se ha marchado Diana.

—¿Crees que lo matará? —pregunto casi susurrando.

Rafe se apoya una mano en la cadera y se vuelve hacia mí.

—No —dice apretando los labios—. Solo necesita que le dé un poco el aire.

—Tiene razón, ¿sabes? Merece morir. Probablemente comprará otra chica selkie y abusará también de ella.

—Probablemente —concede Rafe.

Se acerca al ventanal con vistas al campo que da al bosque. Le sigo y veo a Diana caminando hacia el bosque muy enfadada mientras el sol de la tarde proyecta un brillo suave sobre toda la tierra y hace que parezca que tiene la melena rubia en llamas.

Más tarde, después de dejar dormida a la selkie al cuidado de Wynter, me marcho a buscar a Andras Volya, dispuesta a suplicar, si es necesario, para convencerle de que nos guarde el secreto.

Mientras camino por el pasillo del piso de arriba, oigo a mi hermano hablando con alguien en el piso de abajo.

—Hola, Diana —la voz de Rafe es grave y recelosa.

Por un momento se hace el silencio y temo por la seguridad de mi hermano.

—Tenías razón —espeta Diana con un tono de voz extrañamente tenso

—. Tenías razón en todo. Todo lo que dijiste era verdad.

—Me alegro de que te hayas calmado —contesta Rafe con mucha paciencia.

—Lo siento. Siento haberme enfadado tanto contigo.

—No pasa nada, Diana. Acepto tus disculpas.

Se hace otro silencio incómodo.

—Siento haber pensado en arrancarte el brazo —confiesa.

Me acerco con sigilo a la puerta y miro por el quicio.

Rafe está delante de Diana y tiene el brazo apoyado en la pared de piedra que tienen al lado. Mira hacia abajo con aire reflexivo. Después vuelve a mirarla con una sonrisita en los labios.

—Gracias, Diana. Gracias por no haberme arrancado el brazo.

—Es que... yo no... nunca había visto este... este nivel de crueldad —explica Diana vacilante—. Nunca había visto nada parecido. —Mira a Rafe con expresión afligida—. Rafe, tiene todo el cuerpo... debe de haberle pegado muchísimas veces... —Ya lo sé.

—Está muy asustada. Destrozada. Y sus ojos... sus ojos... Se le quiebra la voz y empieza a sollozar.

Frunzo el ceño sorprendida. Diana es tan fuerte y segura que jamás pensé que pudiera haber algo capaz de alterarla. Cuando oigo llorar a Diana, conecto con la tristeza que siento yo también por la selkie.

—Tranquila —dice Rafe—. Ven aquí.

Los sollozos de Diana quedan amortiguados por el abrazo de Rafe.

—¡Lo siento mucho! —exclama Diana llorando—. ¡No estaba pensando! ¡Podría haber causado muchos problemas! Mi primera prueba real... ¡y he fallado! —Habla tan deprisa que se le enredan las palabras—. ¡Soy una vergüenza para mi manada!

—Shhh, Diana, eso no es verdad —le susurra Rafe con la boca pegada a su pelo—. Lo entenderán. No eres ninguna vergüenza.

—¡Claro que sí!

—No, no lo eres. Para. Mírame.

Diana levanta la cara llena de lágrimas, ahora tiene los ojos rojos e hinchados.

—No eres ninguna vergüenza —insiste Rafe con un tono amable—. Eres valiente y buena. Solo eres un poco... impetuosa.

Sonríe y levanta la mano para limpiarle algunas lágrimas con delicadeza.

Diana asiente y consigue esbozar una sonrisa ella también.

—Solo estás siendo amable conmigo porque te he dejado conservar el brazo.

Rafe se ríe.

—Puede que sí.

Guardan silencio un momento abrazándose con delicadeza.

—Rafe —dice al fin Diana con una voz extrañamente dulce—. Me estoy enamorando de ti.

Rafe se pone serio inmediatamente y respira hondo.

—Oh, Diana —jadea levantando la mano para cogerla de la mejilla—. Yo ya me he enamorado.

Tira de ella y le besa el pelo mientras ella le abraza. Después se besan, al principio con suavidad. Después Diana gime y se pega a él, y los besos se vuelven más apasionados.

Me separo de la puerta con el corazón acelerado y siento una punzada de angustia en el pecho.

«Mi hermano, un gardneriano, y una cambiaformas. —Todas mis sospechas sobre ellos eran acertadas—. Santísimo Gran Ancestro que estás en los cielos, estamos todos metidos en un buen lío.»

Yo he robado una selkie. Yvan está pensando en robar un dragón de los militares. Rafe y Aislinn están enamorados de lupinos, y yo cada vez soy más amiga de una elfa ícara odiada por todos.

En realidad es mucho peor que un lío. Todos estamos pisando un terreno cada vez más peligroso.

¿Qué diantre vamos a hacer ahora?

Andras Volya

Después de que Diana y Rafe se marchen juntos, salgo y encuentro a Andras Volya en los establos de la universidad.

Andras está agachado, apoyado en una rodilla, curándole la pata delantera a una yegua negra, le está haciendo un masaje con una pasta de hierbas. Si me ve no da señales de ello, pues sigue completamente concentrado en el animal. Sin embargo, el caballo se vuelve hacia mí con relajada curiosidad.

Me acerco lentamente a él.

—¿Andras? —Mi voz es vacilante, y él no levanta la cabeza—. Emm... necesito hablar contigo —insisto.

—No diré nada sobre la selkie, si es eso lo que has venido a pedirme. — Deja de masajear la pierna del caballo, se pone de pie y murmura con delicadeza al animal mientras la yegua le frota la cara con el hocico. Las marcas de color carmesí que lleva en la túnica roja brillan bajo la luz tenue del establo—. No me gustaba nada como la trataba —comenta. Frunce el ceño como si estuviera recordando algo inquietante. Se vuelve hacia mí—.

Has hecho bien en rescatarla. Tendría que haberlo hecho yo mismo.

—¿Cuánto tiempo llevaba allí? —le pregunto.

Lo piensa mirando hacia el bosque, en dirección a la casa del conserje.

—Diría que un mes. —Andras ladea la cabeza y me observa como si yo fuera todo un misterio—. La nieta de Carnissa Gardner rescatando selkies... —Deja el frasco con la pasta y se limpia las manos con un trapo—. ¿No es tu tía quien quiere que las maten a todas?

Me lo quedo mirando sorprendida.

Levanta la barbilla y me observa con atención.

—Fue ella quien presentó la moción. En vuestro Consejo de Magos. A principios de este año. Pedía que se las ejecutara en cuanto pisaran la orilla del mar.

«Hay mejores maneras mucho más humanas de ocuparse de las selkies

que meterlas en jaulas y obligarlas a actuar como humanas.» ¡Se refería a que era mejor matarlas!

Andras debe de percibir mi sorpresa.

—¿No lo sabías?

Niego con la cabeza y suspiro con desdén. «Justo cuando pensaba que la tía Vyvian no podía ser peor...» Me siento en la bala de paja que tengo detrás y me masajeo las sienes doloridas. El mundo es mucho peor de lo que había imaginado. Y la crueldad de tía Vyvian es devastadora.

La cola de la yegua hace un sonido sibilante cada vez que el animal la agita de un lado a otro, y una brisa gélida se cuele en el establo desde el exterior. Miro hacia las colinas teñidas de tonos violetas con una alfombra de brillantes alerces amarillos.

—Esto es muy bonito —comento.

Andras mira el paisaje y asiente.

—Es como otro mundo —reflexiono—. Me recuerda a mi hogar. — Levanto una mano para tapar la ciudad universitaria, que desde aquí se ve muy pequeña—. Es casi como si pudiera fingir que la universidad no existe.

—A veces intento hacerlo —admite.

Me vuelvo para mirarle.

—¿No te gusta estar aquí?

Niega con la cabeza.

—Antes mi madre y yo vivíamos en las afueras de Celtania occidental. Y lo prefería.

—Ah —contesto con suavidad, por un momento no sé qué decir. Entonces mis ojos tropiezan con los diseños intrincados de su túnica—. Tus runas — observo un tanto vacilante—. Brillan.

Agacha la cabeza para mirar las marcas y asiente.

—Son runas amaz. Una mezcla de varios sistemas de runas diferentes.

Potencian nuestro poder...

Andras se calla de golpe, mira algo por detrás de mí y se pone tenso.

Me vuelvo y veo a la madre de Andras, la profesora Volya, plantada en la puerta del establo. El miedo se apodera de mí. ¿Cuánto tiempo lleva ahí? ¿Nos habrá oído?

Lo veo en el perspicaz rostro de Andras: sí que nos ha oído. Se me acelera el corazón.

—Madre —la saluda Andras con la voz grave.

—Hijo —contesta ella con sequedad.

Nos quedamos todos mirándonos durante un buen rato, el silencio es espeso e incómodo.

—Maga Gardner —dice al fin la profesora Volya clavándome sus afilados ojos negros—. Acabo de recibir una visita muy inquietante de la comandante vu trin de la zona y del conserje de Verpax. Por lo visto su selkie ha desaparecido.

Me la quedo mirando como si fuera una cierva hechizada por una luz.

Ella se sienta en la bala de paja sin dejar de mirarme. Lo hace igual que un hombre: con las piernas abiertas y cruzada de brazos.

—Relájate, Maga Gardner —me dice—, yo también te guardaré el secreto.

Suspiro con fuerza sintiéndome muy aliviada.

—Así que la nieta de Carnissa Gardner ha rescatado a una selkie —dice la profesora Volya mirándome.

—Tiene todo el cuerpo lleno de marcas de latigazos —le explico en voz baja—. Debe de haberle pegado muchísimas veces.

Andras hace un sonido de disgusto y aparta la mirada.

La profesora Volya no parece nada sorprendida.

—Así es la naturaleza de los hombres.

Andras se vuelve de golpe hacia su madre con el ceño fruncido por la ofensa.

—¿Golpear a las mujeres hasta dejarlas sin sentido? —pregunto incrédula.

—Ser crueles —contesta—. Intentar dominar a las mujeres de cualquier forma.

Andras aprieta los dientes y adopta una expresión tensa. Tira el trapo al suelo y se marcha.

Su madre le ignora.

—Ha sido así desde el comienzo de los tiempos —prosigue mirándome fijamente.

Me cambio de postura incómoda sobre la rasposa bala de paja que tengo debajo.

—No entiendo a qué se refiere.

—No me sorprende que ignores tu propia historia. Es triste, pero no es sorprendente. —La profesora Volya me mira con frialdad un momento—. Este mundo —dice inclinándose hacia delante—, y todo lo que hay en él, fue creado por la Gran Madre. Y los primeros humanos que hizo fueron las Tres

Hermanas. Esa es tu historia. —Aguarda un momento a que yo lo asimile mientras la miro—. Después de crearlas, Ama, la Gran Madre, vio que las Hermanas estaban solas, así que extrajo un hueso de cada uno de sus puños y con ellos creó a los Primeros Hombres. —Levanta el puño al decirlo y después vuelve a bajarlo—. Los Primeros Hombres no se mostraron agradecidos por todo lo que la Diosa había hecho, e intentaron convencer a las Tres Hermanas para que se unieran a ellos para matar a la Gran Madre y poder así gobernar Erthia.

Vuelve a hacer una pausa.

Me sorprende muchísimo lo distinta que es esta historia sobre la creación de la que me explicaron de niña.

—Una de las Hermanas se negó a traicionar a la Diosa. Acudió a ella y la avisó del terrible plan. La Gran Madre la nombró Primera Hermana amaz, y maldijo a los demás.

—¿Y cómo los maldijo?

—A las dos Hermanas que traicionaron a la Diosa las mandó a vivir con los Primeros Hombres, que tenían más fuerza gracias a los huesos de más que tenían en los puños, y se envalentonaron. Esclavizaron a las dos Hermanas y abusaron de ellas de todas las formas posibles. Pero la Hija leal fue bendecida por la Diosa y permaneció fuerte y libre —dice la profesora Volya volviéndose a sentar en la bala de paja—. Desde el principio de los tiempos los hombres han sido desconfiados y solo han estado interesados en la crueldad y la dominación.

—Pero su hijo —digo—, parece un hombre decente... Adopta una mirada distante.

—Es amable y bueno porque practicamos todos los rituales que requiere la Diosa. A cambio, ella se ha apiadado de él y le ha bendecido. —Guarda silencio un momento y me mira mientras una yegua resopla y se mueve en algún establo—. Deberías irte —dice levantándose—. No sería bueno que la vu trin te encontrara aquí.

Me levanto y me sacudo la paja de la túnica.

—Buena suerte con tu selkie, Elloren Gardner —me dice—. Lo que has hecho es muy valiente. Que la Diosa te ayude y te proteja.

Andras está junto a un caballo de tiro celta, acariciándole el cuello, hablándole en voz baja. No despega los ojos del caballo mientras me acerco.

—¿Mi madre ya te ha explicado la historia de mi puño maldito?

Su voz desprende un desdén sorprendentemente ácido.

—Pues sí.

Andras deja escapar un sonido de disgusto mientras acaricia el cuello del caballo.

—Es una historia muy poderosa —admite con sequedad.

—Nunca la había escuchado.

Andras niega con la cabeza con amarga desaprobación.

—Mi madre nunca deja de reclutar posibles miembros para su tribu. La desterraron hace más de dieciocho años y les sigue siendo leal. Lo más irónico es que es una científica brillante. —Me tiende la mano para que se la mire—. Sabe que yo tengo exactamente el mismo número de huesos en el puño que ella y, sin embargo, es una creyente.

Andras mira a lo lejos, donde su madre se marcha montando una yegua élfica y las runas que tiene en la túnica van dejando un caminito rojo a su paso.

—Si hubiera tenido una hija en lugar de a mí, todavía seguiría con ellas. — Se vuelve hacia mí con el ceño fruncido—. Le arruiné la vida. —Alarga el brazo y acaricia el cuello del caballo—. Y por eso —prosigue con tono resignado—, la acompaño cada luna llena a hacer los rituales que manda la Diosa. Cada mañana le dejamos ofrendas y le rezamos. Seguimos todas las tradiciones amaz al pie de la letra. Todas excepto una.

—¿Y cuál es? —pregunto vacilante.

Se vuelve hacia mí con la mano todavía en el caballo.

—Mi madre se negó a abandonarme al nacer porque soy varón, tal como dicta la tradición amaz. Y ha pasado todos los días de su vida intentando expiar su culpa. —Niega con la cabeza y suspira—. ¿Sabes qué otra ironía hay en todo esto?

Espero mirándole a los ojos.

—Yo nunca he sentido ninguna necesidad de levantarle la mano a una mujer, al contrario de lo que dice el mito de la creación amaz sobre los hombres. A la única persona a la que he querido hacer daño en mi vida es al conserje de la universidad, pero estoy seguro de que mi madre estaría completamente de acuerdo conmigo en eso. Quizá acabe matándolo ella antes de que lo haga yo.

—En realidad, creo que Diana Ulrich se ha puesto la primera en la fila —comento.

Me mira sorprendido.

—¿La chica lupina?

Asiento.

—Hace un rato hemos tenido que convencerla para que no fuera a arrancarle la cabeza.

Andras se me queda mirando un momento y se echa a reír. Tiene una sonrisa bonita, amplia y sincera.

—Me parece que me caería bien la tal Diana Ulrich.

Seguridad

Cuando vuelvo a la Torre Norte tras la puesta de sol, me encuentro a Yvan esperándome en el pasillo del primer piso.

Está sentado en el banco de piedra, junto a un saco. Cuando entro levanta la cabeza y se pone de pie.

Me detengo un momento al verlo y por un segundo me quedo sin aliento. Nuestros ojos se encuentran y me lo quedo mirando con un parpadeo. Su altísima figura ocupa el pasillo estrecho y el techo es tan bajo que todavía parece más alto.

—Bacalao seco —anuncia sin dejar de mirarme y levantando un poco el saco para volver a dejarlo en el banco—. Para la selkie.

Miro el saco y después a él. Me acerco a él sintiéndome cohibida y confusa. Yvan demuestra una amabilidad inesperada, su mirada verde es muy intensa, pero ahora es abierta y relajada.

—He conocido a tu compañera de piso —me dice con complicidad—. A Diana Ulrich.

Alza las cejas incrédulo.

Su voz siempre es más grave de lo que espero que suene, tersa y seductora.

Suspiro y me encojo de hombros.

—Sí, bueno, Diana ya lleva viviendo aquí unos días.

—Vives con dos ícaras y una lupina —afirma como si yo no lo supiera.

—Y una selkie —le recuerdo muy consciente de lo surrealista que es la situación. Y cada vez más arriesgada.

Y ahora hay un celta desconcertantemente atractivo en mi pasillo.

Pero incluso a pesar de tener una selkie robada en mi habitación, me resulta imposible no sentirme completamente confusa por lo guapísimo que es Yvan.

Me mira y parpadea claramente sorprendido, el color de sus ojos se ve más oscuro aquí por la falta de luz y los cálidos haces de luz dorada se

reflejan en el verde de su mirada, rebosante de perspicaz inteligencia. Está apoyado en una columna con mucha formalidad, como si se estuviera esforzando por controlar sus emociones.

Ignoro mi pulso acelerado y le miro con diversión.

—Nunca imaginé que podría llegar a encontrarte esperando en este pasillo, Yvan.

Reprime una sonrisa.

—Supongo que es tan inesperado como tener una selkie en casa.

Me río.

—En realidad es más raro que tú estés aquí. De lejos.

Le lanzo una mirada intencionada.

Se me queda mirando, separa un poco los labios como con duda, y después los vuelve a cerrar. Respira hondo y mira hacia mi habitación de reajo. Se le tensa el rostro y retrocede un poco, carraspea y deja de mirarme, de pronto parece incómodo.

Yo también me siento incómoda de repente, está claro que los dos somos conscientes de lo inapropiada que es la situación para la seriedad de nuestras respectivas culturas: un chico solo, sin acompañante, aquí, tan cerca de mi cama. Los dos solos.

Yo ya he estado en su habitación, y eso ya fue bastante escandaloso, pero siempre había estado presente uno o mis dos hermanos. Excepto aquella vez, cuando Yvan y yo todavía nos odiábamos.

Yvan se fija en el tapiz de los pájaros blancos de Wynter y su incomodidad parece evaporarse. Lo mira como si acabara de darse cuenta de que está rodeado de obras de arte.

—Qué bonito.

Suspira contemplándolo.

Una bandada de vigilantes. Planeando sobre un campo de verano.

—Lo ha hecho Wynter —le explico—. Es el que más me gusta de todos los que tiene.

Yvan asiente sin dejar de mirar la escena del tapiz como fascinado.

Aprovecho que está distraído para mirarle, al principio un poco vacilante, pero después lo hago con más libertad, y le observo sin que se dé cuenta. Su cuerpo alto y musculoso. Su exquisito perfil. Las largas líneas de su cuello. Tiene el pelo despeinado y las puntas le rozan el cuello y se le enroscan por detrás de las orejas. Imagino que será suave al tacto. Al contrario que el resto de su cuerpo, que parece duro.

A excepción de sus labios.

De pronto me pregunto cómo sería besarle, sentir sus labios pegados a los míos.

Yvan levanta la cabeza de golpe con rubor en las mejillas y la boca abierta en un gesto sorprendido.

Aparto la vista de golpe con el corazón acelerado, sonrojada y avergonzada, temerosa de que pueda leerme la mente y ver esos pensamientos tan inapropiados.

«¿Cómo iba a leerte la mente? —me digo—. Es imposible. Pero... ¿cómo podría explicar su reacción si no?»

Le vuelvo a mirar muy avergonzada.

Está todavía más rojo que antes, y me está mirando con una intensidad ardiente que me vuelve a descentrar.

Traga saliva con fuerza mirándome fijamente.

—Debería... marcharme.

Yo asiento confusa, sus ojos verdes me aceleran el pulso.

Me da el saco y sus cálidos dedos rozan los míos, después retrocede adoptando de nuevo una actitud contenida y formal.

Cojo el saco con fuerza.

—Buenas noches, Yvan —me obligo a decir con las mejillas y el cuello acalorados—. Gracias por la comida.

Guardamos silencio durante algunos tensos segundos.

—Buenas noches, Elloren.

Su voz es grave y cálida como la miel caliente.

Sus ojos se pasean por mi cuerpo con languidez. Después esboza una expresión incómoda y levanta la cabeza de golpe con los ojos un poco abiertos, como si se hubiera asustado. Y su mirada se vuelve confusa.

Me mira una última vez con su clásica intensa ferocidad y se marcha.

Cuando entro en la habitación todavía tengo el corazón acelerado.

El fuego arde con fuerza y en la habitación flota un brillo cálido y confortable que enseguida me relaja.

Diana está tumbada en mi cama abrazando a la selkie, que se ha dormido. Ariel está tendida en su cama desastrosa mirando con dureza a la selkie, como si estuviera intentando echarla mentalmente, y Wynter está en cuclillas delante de la cama de Ariel, y le está hablando en voz baja mientras le toca el brazo lleno de cicatrices.

Los ojos de Diana, muy despiertos y en alerta, me siguen mientras me

quito la capa de lana, la dejo en el colgador que nos ha instalado Jarod, y me siento en el suelo junto a la cama apoyando el hombro en el colchón. Pienso que vamos a necesitar más camas ahora que somos tantas viviendo aquí.

—¿Cómo está?

Advierto la expresión dolida de la selkie, a pesar de estar dormida.

—Parece muy cansada, pero ya no está tan asustada —contesta Diana—. Creo que está empezando a darse cuenta de que aquí está segura, y que yo soy poderosa y estoy de su parte.

Diana me sonrío, es esa sonrisa intimidante que dice: «soy la hija de un alfa» y que siempre consigue erizarme el vello de la nuca.

—Yvan Guriel le ha traído un poco de comida. —Levanto la bolsa—.

Pescado seco.

Diana arruga la nariz.

—Lo sabía antes de que entraras en la habitación —comenta, ofendida porque no dejo de subestimar la superioridad de sus sentidos lupinos—. Le he olido ahí fuera —me dice ladeando la cabeza y observándome con atención—. Esperándote.

Sus palabras se quedan flotando en el aire entre las dos y yo vuelvo a sonrojarme.

«Sentidos lupinos.» Me doy cuenta de que Diana ha escuchado toda mi conversación con Yvan y que puede sentir nuestra absurda atracción. Diana me mira fijamente y decide guardar un extraño y bendito silencio al respecto.

Yo callo un momento. Los murmullos de Wynter y el crujido del fuego son los únicos sonidos en la silenciosa habitación.

Agradezco mucho que Diana evite hacer comentarios sobre mí y sobre Yvan, pero no consigo quedarme callada por lo que se refiere a mi hermano.

—Diana —digo vacilante—. Te... te he visto besar a mi hermano antes.

Diana parpadea inexpresiva.

—Quiero aparearme con él —dice al fin.

Mi preocupación aumenta.

—Pero me dijiste que nunca lo harías porque no es lupino, y estoy un poco confundida.

—No me aparearía con él ahora —me aclara agitando la mano como si fuera algo evidente—. Solo después de que se convierta en lupino.

—Mi hermano es gardneriano, Diana —señalo cada vez más preocupada.

—¿A qué te refieres exactamente?

—Los gardnerianos no se convierten en lupinos.

—Bueno, él lo hará —afirma con absoluta confianza—, para aparearse conmigo.

—¿Se convertirá en lupino?

¿Mi hermano? ¿Un cambiaformas?

—Sí.

Suspiro rendida y apoyo la cabeza en la cama mirando a Diana y a la selkie dormida presa de una gran melancolía. Aquí está: la elección de Rafe. La poca familia que tengo está empezando a fracturarse y desmoronarse. Rafe se convertirá en lupino y nos dejará. Y Trystan... solo el Gran Ancestro sabe lo que pasará con él.

Y yo... No encajo en ninguna parte. Y menos con Yvan. Siento una amarga punzada de dolor y pesar.

—¿Qué hay que hacer para convertirse en lupino? —pregunto en voz baja y un poco triste, pero con curiosidad por saber cómo se llevará a Rafe.

Diana vacila antes de contestar.

—Se hace una noche de luna llena. Hay que morder a la persona que se quiere convertir en la base del cuello hasta que sangra.

—¿Y qué hará tu padre? —pregunto preocupada—. ¿Cuándo descubra lo de Rafe?

—A mi padre le gustará mucho Rafe —me asegura—. Estoy convencida.

Nos quedamos calladas un momento mientras yo peleo contra las lágrimas.

—Sabes, Elloren Gardner —me dice al fin Diana con amabilidad—, cuando tu hermano y yo nos apareemos, tú y yo seremos hermanas.

Me vuelvo para mirarla sorprendida.

—Formarás parte de mi familia —prosigue—, tanto si te conviertes en lupina como si no.

La soledad, el miedo, el hecho de no ser capaz de volver a casa para estar con mi tío, la pérdida de mi colcha, los riesgos que estamos corriendo, el intenso conflicto que he visto en los ojos de Yvan... De pronto, todas esas cosas me invaden, y cierro los ojos con fuerza, avergonzada de estar llorando sobre la manta que tengo debajo. Noto la mano de Diana en la cabeza, lo que me hace llorar todavía con mayor empeño.

—Vuestra forma de vivir no es natural —dice acariciándome el pelo—.

Alejados los unos de los otros, tan solos. A mi familia les gustarás mucho, Elloren Gardner.

—No les gustaré —contesto sorbiendo por la nariz—. Verán que me parezco a mi abuela y me odian. Como todos los que no son gardnerianos.

—No, confiarán en lo que yo opino de ti y les gustarás, Elloren Gardner, aunque seas tan distinta. Lo que has hecho... liberar a esta selkie, con lo débil que eres... Has sido muy valiente.

Su cumplido me pilla desprevenida. Sus elogios me animan y mi vergüenza empieza a disiparse. Diana siempre parece estar sufriendo por tener que estar rodeada de no lupinos, por lo que su buena opinión parece más valiosa y me siento como si me la hubiera ganado.

—No encajo en ninguna parte —le digo.

—Encontrarás tu sitio en mi manada —insiste Diana—. Estoy segura. Creo que deberías pasar el próximo verano con nosotros.

Dejo de llorar mientras considero la idea improbable de pasar el verano con Diana.

¿Y si tiene razón? ¿Y si su pueblo me acepta? ¿Realmente ganaré una familia cuando Diana y Rafe se conviertan en pareja?

Diana y Jarod ya han mencionado a su hermana pequeña Kendra en más de una ocasión. ¿Ella también se convertirá en parte de mi familia? ¿Y la madre de Diana? Quizá seamos amigas.

Me siento un poco esperanzada.

Me tranquiliza mucho notar el contacto de su amable mano en la cabeza. Es muy agradable sentir el contacto de otra persona y empiezo a notar cómo me libero de parte del estrés que tenía dentro.

—No has dudado en ayudarme —le digo—. No has dudado en ayudar a la selkie. Gracias.

Diana asiente.

—Estaré encantada de tenerte como hermana algún día —le digo.

Y me doy cuenta sorprendida de que lo digo muy sinceramente.

Diana esboza una pequeña y satisfecha sonrisa y pocos minutos después cierro los ojos igual que la selkie, notando el relajante ritmo de los dedos de Diana en el pelo, y me dejo llevar por un sueño reparador.

—Elloren, despierta.

A la mañana siguiente la insistente voz de Diana me obliga a abrir los ojos. La extraña expresión de su rostro y su forma de mirar la puerta se llevan los restos de mi pereza.

Se ha levantado de la cama y ha adoptado una postura defensiva. Ariel y Wynter no están. La selkie está despierta y pegada al cabecero de la cama, inmóvil, a excepción de sus aterrados ojos gris océano, con los que no deja de mirar hacia todas partes.

Me incorporo un poco con la espalda rígida después de haber dormido toda la noche apoyada en la cama.

—¿Qué pasa?

Diana se lleva un dedo a los labios.

—Se acerca alguien. No reconozco su olor. Son dos. —Diana ladea la cabeza escuchando con una mueca seria—. Vienen a por ella, Elloren. Es el conserje. Y alguien más.

—¿Qué vamos a hacer? —jadeo con pánico en la voz.

Diana intensifica su postura defensiva. En sus ojos brilla una luz aterradora y arruga los labios al tiempo que ruga con actitud amenazante.

—Si intentan llevársela —dice enseñando los dientes—, los mataré.

Estoy oyendo tres cosas: el terrorífico rugido que vibra en el cuello de Diana, los pasos que avanzan por el pasillo y los latidos de mi corazón aporreándome las costillas.

La puerta se abre y el rugido de Diana se intensifica.

En la puerta aparece una hechicera vu trin.

Es joven y viste de uniforme: ropa negra cubierta de brillantes runas azules y armas plateadas pegadas al cuerpo. Advierto que se parece a la comandante Kam Vin. Tiene los mismos ojos oscuros y el pelo negro, es muy morena y tiene una cara parecida. Pero, al mismo tiempo, es muy distinta a Kam Vin.

Tiene muchas cicatrices. Terribles. Tiene la mitad de la cara quemada y le falta la mitad del pelo de esa parte, que lleva medio tapada con un largo pañuelo negro. Le falta una oreja y las cicatrices le bajan por el cuello y desaparecen dentro de su ropa para reaparecer en el muñón que en su día debió de ser una mano; ahora parece que tuviera los dedos pegados. Es un efecto muy raro: una parte de ella es fuerte y preciosa, y la otra está mutilada.

Diana levanta una mano muy despacio y la convierte en una arma llena de zarpas.

La joven hechicera entorna los ojos y mira a Diana con una serenidad sorprendente teniendo en cuenta que se encuentra ante una amenaza tan potente.

—Me llamo Ni Vin —anuncia con formalidad—, soy la hermana

pequeña de la comandante Kam Vin. Estoy bajo el auspicio de la Guardia de Verpacia, y tengo jurisdicción en esta zona de la universidad. Y traigo una orden de registro.

—Si te acercas a la selkie te arrancaré las extremidades una a una —le advierte Diana con un tono terroríficamente calmado.

La hechicera esboza una sonrisita.

—¿Qué selkie? —pregunta.

Diana levanta la cabeza y frunce el ceño confundida.

—Parece que la selkie del conserje ha desaparecido —nos informa la hechicera—. Es una lástima. Me han pedido que le ayude a buscarla por la universidad.

—¿Y dónde está el conserje? —ruge Diana enseñando los colmillos y un brillo feroz en los ojos.

Ni Vin hace un gesto con la cabeza en dirección a la puerta.

—No ha querido subir. —Le luce un brillo calculador en los ojos—. Le he advertido que aquí viven ícaras. Y como es gardneriano, siente una gran aversión por esa especie. Cree que toda la torre es impura.

Diana se levanta lentamente mientras las dos comprendemos que tenemos una aliada inesperada. La mano de Diana vuelve a adoptar forma humana.

—Me alegro de ver que aquí no hay ninguna selkie —nos informa Ni Vin—. Estoy segura de que no os importará que registre a conciencia toda la torre.

—No —contesta Diana tan sorprendida como yo por este inesperado giro en los acontecimientos—. Puedes buscar por donde quieras y cuentas con nuestra total cooperación.

—Gracias —contesta la hechicera con aspereza.

Se queda allí plantada durante lo que parece una eternidad mientras la selkie sigue encogida en la cama mirando nerviosa a todo el mundo.

—Lo que me imaginaba —anuncia Ni Vin—. La selkie ha desaparecido.

Quizá la robara algún soldado gardneriano que quisiera divertirse un poco.

—Es muy probable —concede Diana.

—Gracias de nuevo por vuestra cooperación —dice Ni Vin haciendo una pequeña reverencia—. Que tengáis un buen día.

Se da media vuelta y se marcha.

—Distráela —ordena Diana señalando a la selkie aterrorizada, que está

acuclillada sobre la cama.

Me siento junto a la selkie temblorosa y le acaricio el pelo mientras Diana sale al pasillo. La selkie me lanza una mirada suplicante.

—Shhh. —Intento tranquilizarla rodeándola con el brazo muy decidida—. No dejaremos que se te lleve nadie.

Cierra los ojos con fuerza como si estuviera pasándolo muy mal, y después me pega la cabeza al hombro escondiendo la cara.

Diana vuelve a los pocos minutos muy seria.

—¿Confías en la hechicera? —le pregunto.

Arquea una ceja.

—No tenemos otra opción.

La miro con preocupación.

—Relájate, Elloren Gardner —me asegura—. Creo que estaba diciendo la verdad. No he oído traición en sus palabras.

—Me parece que necesito más ayuda con esta situación de lo que había imaginado —admito con el corazón acelerado—. ¿Y si la tía Vyvian decide venir a visitarme? —me preocupo cada vez más aterrorizada—. No ha dejado de enviarme cartas para presionarme con lo del compromiso. No esperará mucho más, le gusta salirse con la suya.

—Es posible —concede Diana. Mira a la selkie temblorosa con sus ojos ambarinos—. Podríamos reunir a todos los que estén dispuestos a ayudar a la selkie para encontrarle un lugar seguro.

Aliados

Mirar a un elfo a los ojos es inquietante. Es como contemplar metal líquido mezclado con la luz de las estrellas.

Y todavía es más inquietante tener al hermano de Wynter, Cael, a su segundo, Rhys Thorim, a Wynter y a mi hermano Rafe juntos en el descansillo del primer piso de la Torre Norte esta noche.

Además de los lupinos, Andras e Yvan.

Hemos convocado una reunión con todas las personas dispuestas a ayudar a la selkie, pero jamás pensé que se unirían dos elfos alfsigr.

Aguanto la desconcertante y brillante mirada de Cael.

—La última vez que estuviste con mi hermano, le estabas amenazando.

Cael me mira fijamente y me habla con mucho acento.

—La última vez que te vi yo a ti, Elloren Gardner, estabas amenazando a mi hermana.

Le miro parpadeando y algo avergonzada.

—Sí, bueno... lo siento.

—Me equivoqué con tu hermano.

Tiene un acento muy cantarín. Sus erres parecen ges.

—No te entiendo —digo mirando a Wynter, que está sentada en el alféizar de la ventana del descansillo con las alas plegadas a la espalda.

—Mi hermana me ha explicado lo que has hecho —explica Cael—.

Rhys

Thorim y yo estábamos preocupados de que este rescate pudiera ser perjudicial para Wynter. Pero cuando he visto a la selkie y he escuchado lo que le habían hecho... —Cael adopta una expresión tensa y baja la voz—. Es espantoso. —Ahora parece muy decidido—. Hay muchas personas que también piensan que mi hermana es como un animal. Y apoyamos tu decisión de rescatar a la selkie, Elloren Gardner.

Miro sorprendida a todo el mundo y vuelvo a centrarme en Cael.

—Entonces, ¿ahora sois amigos?

Cael sonríe.

—Sí, Elloren Gardner. Ahora somos amigos.

Niego con la cabeza y miro a Wynter, que parece cansada y agotada.

—¿Cómo está?

—Aislinn está con ella —me explica Wynter—. Durmiendo.

Miro preocupada a Jarod, que se pone tenso en cuanto oyo nombrar a Aislinn. Me siento en el banco de piedra del pasillo entre Jarod y Trystan y le doy un golpecito tranquilizador en el brazo a Jarod.

Jarod me mira e intenta esbozar una sonrisa agotada.

Miro a Yvan. Está apoyado en la pared de piedra y me mira fijamente. Me sonrojo al advertir su atención y giro la cabeza repentinamente iluminada por la silenciosa y sofocante intensidad que hay entre nosotros. Es como un secreto prohibido muy excitante.

Rafe nos mira a todos y da un paso adelante.

—Bueno, como ya sabéis, tenemos que decidir qué hacer con la selkie robada.

—La selkie liberada —le corrige Diana.

—Una distinción importante —concede Rafe.

—Era la prisionera de un hombre muy cruel —continúa Diana—, a quien me ofrezco a matar en el momento apropiado.

Rafe se vuelve hacia Diana. Sé que está intentando reprimir una sonrisa.
—Gracias, Diana.

Diana levanta la barbilla a modo de reconocimiento.

—Doy por hecho que todos los que estamos aquí apoyamos la decisión de Elloren —continúa Rafe.

—Yo he visto como traen a las selkies al puerto de Valgard —comenta Trystan en voz baja—. Las llevan metidas en cajas. Y me pareció muy desagradable.

—Yo paso a menudo cerca de la casa del conserje cuando salgo a montar a caballo —interviene Andras—. La tenía encadenada a un poste. También me presento voluntario para matar a ese hombre.

—Gracias, Andras —dice Rafe—, pero tenemos que esperar a matarlo en el momento adecuado. —Vuelve a mirar a su alrededor—. ¿Todo el mundo entiende que ayudar a Elloren significa violar la ley, tanto la de Verpacia como la de Gardneria, y que podría acabar recibiendo una multa por robo y la posible suspensión o expulsión de la universidad?

Todos asienten.

—Muy bien. Si está claro, podemos empezar a pensar en lo que podemos hacer a continuación.

—Estaría bien que nos presentáramos —sugiero—. No todos nos conocemos.

—No sé, Ren —señala Rafe—. Aquí Yvan se ha mostrado tan parlanchín desde el primer día que siento que ya sé todo lo que hay que saber sobre él.

Rafe mira a Yvan alzando las cejas e Yvan da un paso adelante con las manos en los bolsillos y mira a Rafe con frialdad antes de mirarnos al resto.

—Me llamo Yvan Guriel, soy de Lyndon, región de Celtania, y me sorprendió mucho ver cómo el conserje trataba a la selkie. —Se vuelve hacia mí—. Creo que Elloren hizo lo correcto.

Aparto la mirada nerviosa y me doy cuenta de que Jarod me está mirando y alza las cejas momentáneamente sorprendido.

«No me cabe duda de que, al igual que Diana, puede sentir la vergonzante atracción que siento por Yvan.» Cuando me doy cuenta me dan ganas de meterme debajo del banco. Me sonrojo todavía más, me pongo tensa, me siento un poco más derecha e intento ignorar a Yvan.

A continuación se presentan Jarod, Andras, Trystan y Diana, que me lanza una mirada satisfecha cuando se limita a nombrar solo dos generaciones de ancestros en lugar de las cinco habituales. Pero apenas consigo concentrarme en ella, pues mi atención no para de volver hacia Yvan como la flecha de una brújula buscando el norte. Por el rabillo del ojo veo que él también está distraído y que no deja de mirarme.

Al final ya solo queda una presentación y todos los ojos se posan en la figura que está sentada en el alféizar.

Wynter agacha las alas.

—Me llamo Wynter Eirlyn —dice en voz baja—, soy la hija maldita de Feonir y Avalyby, y hermana de Cael. Soy una apestada. Un ser que avergüenza a los elfos y al que rehúyen los iluminados.

—¿De qué hablas? —pregunta Diana—. ¿Quiénes son esos iluminados que son tan crueles contigo?

—Son los Guardianes del Sanctasanctórum —explica Wynter—. Los creadores de nuestro mundo.

—Menuda tontería —protesta Diana indignada—. Maiya, la Gran Madre, fue quien creó el mundo. Y tú pareces una persona muy agradable, y no apestas. ¿Por qué te insultas? —Diana se vuelve hacia los demás—. Ha

sido muy amable con la selkie. No es ninguna apestada.

Cael y Rhys se vuelven hacia Diana sorprendidos.

Rafe se inclina hacia Diana.

—La religión élfica difiere de la tuya, Diana.

—Mi hermana cree mucho en las costumbres élficas —explica Cael.

Diana resopla con desdén.

—Pues vuestras costumbres son ridículas y falsas. Maiya creó el mundo y nombró a los cambiaformas sus hijos especiales. Después os creó al resto, pero no despreciamos a nadie ni lo repudiamos, ni ninguna de esas tonterías que está diciendo. A nadie, a excepción de personas que se comportan como el conserje, que deberían morir cuanto antes.

—Las distintas culturas tienen diferentes ideas acerca de las cosas —interviene Rafe.

—Viven engañados —afirma Diana—. Los lupinos tienen razón.

Rafe la mira arqueando una ceja.

—¿Porque sois una raza superior?

—¿Me tomas el pelo? Sí, somos superiores. Es fácil verlo. Nosotros no golpeamos a mujeres foca ni obligamos a nadie a aparearse con personas que no les gustan ni nos quedamos con las tierras de los demás...

—Los gardnerianos te dirían que sus éxitos militares son la prueba de que el Gran Ancestro es real y es muy poderoso —contesta Rafe—. Y es posible que los elfos señalaran sus artes, su música y su cultura como prueba de que han sido especialmente bendecidos por los Iluminados.

—¡Nada de eso tiene sentido!

—Discúlpame. Había olvidado que tu religión es la única correcta.

—Me vuelves a tomar el pelo. Me está tomando el pelo, ¿no? —nos pregunta al resto.

Jarod, Andras y Trystan intentan reprimir las sonrisas de sus caras.

—No, Diana, no bromeo —dice Rafe entre risas—. Estoy intentando explicarme.

—No quiero interrumpir este debate apasionante que os habéis montado —interviene Trystan con ironía—, pero ¿podemos volver al tema?

Diana se cruza de brazos visiblemente enfadada con Rafe.

—Pensarás diferente cuando seas uno de los nuestros —insiste.

—Espera un momento —interviene Trystan con cara de desconcierto. Mira a Rafe con incredulidad—. ¿Uno de los nuestros?

—Estoy pensando en convertirme en lupino —explica Rafe con

despreocupación.

—Gracias por informar a tus hermanos —comento con tono de censura.

Ya sé que yo ya estoy al corriente, pero sigue pareciéndome mal que Rafe no se haya molestado en hablar sobre el tema conmigo y con Trystan.

—Te vas a convertir en... lupino —repite Trystan confundido.

Rafe mira fijamente a Trystan.

—Nunca me ha gustado mucho ser gardneriano, ya lo sabes. —Esboza una sonrisa reservada y sube un poco el tono—. Preferiría vivir en el bosque. Y no tener que odiar a todos los ciudadanos de Erthia.

Trystan lo mira parpadeando incrédulo.

—¿Puedo estar presente cuando se lo digas a la tía Vyvian?

Rafe se ríe.

Levanto la mano para masajearme la sien porque está empezando a dolerme la cabeza.

Todo el mundo guarda silencio un momento.

—Muy bien —dice al fin Trystan asintiendo con respeto en dirección a Diana.

Después nos mira al resto recuperando su calma habitual como si todo se hubiera aclarado.

Cael, Rhys, Andras e Yvan nos están mirando a mis hermanos y a mí como si nos hubieran salido cuernos.

—¿Cómo es posible que seáis así? —se pregunta Cael—. ¿Cómo podéis venir de la misma familia que Carnissa Gardner y Vyvian Damon?

Mis hermanos y yo nos miramos sin saber qué contestar.

—Nuestro tío —contesta Rafe—. Es un tipo bastante excéntrico. Él nos crio.

—Pues va a conseguir que lo maten —comenta Cael medio en broma, pero con un tono de ligera advertencia.

Yo trago saliva con aprensión, no me gustan esas bromas.

—El tío Edwin no se mete con nadie —digo—. Nadie querría hacerle daño...

—Vosotros tres sois lo más cercano a la realeza gardneriana que puede existir —señala Cael—. Y ese tío vuestro os ha educado para que os convirtáis en elementos subversivos. Es increíble que siga vivo. Debe de ser un hombre muy inteligente.

Es una elección de palabras muy extraña para describir a nuestro modesto y estudioso tío Edwin, que pasa su tiempo libre preparando tés de

hierbas, buscado setas y jugando con mi gato. Un hombre que suele pasar un buen rato buscando las gafas que tiene apoyadas en la cabeza.

—Pues a mí me parece que vosotros dos también os estáis saltando la tradición —le dice Rafe a Cael—, demostrando tanto apoyo a tu hermana.

—¿No creéis que deberíamos volver a hablar sobre la selkie? —sugiere Jarod con diplomacia.

—Hay que ponerle un nombre —señala Diana—. No podemos seguir refiriéndonos a ella como «la selkie». Es insultante. Merece tener nombre.

La expresión divertida de Rafe desaparece cuando mira a Diana.

—Tienes razón.

—Marina —dice Wynter en voz baja—. Por el océano. Es adonde ella quiere ir. Donde está su familia. Creo que debería llamarse así.

—Es precioso —le digo a Wynter mientras ella se rodea el cuerpo con las alas.

Rafe está mirando a su alrededor para tomar nota de la reacción de todo el mundo.

—Pues si todo el mundo está de acuerdo —dice—, se llamará Marina. Bueno, me parece que Yvan ha traído unos cuantos libros de la biblioteca que contiene información sobre las selkies.

Yvan se acerca y saca dos volúmenes encuadernados en piel.

—No es mucho —comenta—, pero es lo que he encontrado. Creo que el principal problema es encontrar su piel. Si no la tiene, no puede adoptar forma de foca. Se la debieron de robar cuando la capturaron, porque si no, no sería tan débil. Una selkie con su piel es tan fuerte como un lupino.

Diana se endereza, siempre le encanta que se utilice a los lupinos como ejemplo de fortaleza.

—Creo que puedo averiguar dónde guardan las pieles —se presta Rafe—. —

Conozco algunos gardnerianos que frecuentan las tabernas de selkies... —¿Tabernas de selkies?

Tengo la sensación de que en realidad no quiero saber lo que es eso.

—Es posible que las guarden allí —explica Rafe mirando con recelo a su alrededor—. No sé cuán directo puedo ser aquí. No es nuestra costumbre, y sé que tampoco es la costumbre de los elfos, hablar de ciertas cosas en presencia de mujeres.

—Eso es una tontería —se burla Diana.

Wynter se acurruca un poco más entre sus alas.

—No hay nada que puedas decir que sea peor de lo que he percibido a través de su mente. Es... horrible.

—¿Eres una émpata? —le pregunta Yvan a Wynter.

La está mirando de una forma muy rara.

Wynter asiente.

—Explícanos qué sabes de la selkie —le propone Rafe.

Wynter cierra los ojos y se inclina hacia un lado como si fuera un arbolito agitado por la tormenta, y el dolor le tensa el rostro.

—La llevaron a una de esas tabernas junto a otras de su misma especie. Todas iban... desnudas. Se las enseñaron a los hombres. —Frunce el ceño con más fuerza—. Tiene la cara del conserje grabada en la memoria. Ese hombre la eligió. Pagó dinero por ella. Se la llevó a su casa y... abusó de ella. Muchas veces. —Ladea la cabeza—. Y hay otra cara. La cara de otra selkie, más joven, quizá la capturaran al mismo tiempo. Siente terror por esa selkie. No deja de pensar en esas imágenes. Es difícil saber más. No entiendo su idioma.

Todo el mundo guarda silencio un momento.

—Entonces tenemos que encontrar su piel —comenta Jarod muy serio

—.

Quizá el conserje la tenga escondida en alguna parte.

—O la ha destruido —apunta Andras.

—No —interviene Yvan—. Tiene que existir.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —le pregunto.

Me mira con sus ojos verdes.

—Si la hubieran destruido, ella estaría como vacía, sin emociones. Como un muerto viviente.

Siento un escalofrío en la espalda y todos intercambiamos miradas oscuras conscientes de que hay mucho más en juego de lo que habíamos pensado para Marina, la selkie recién bautizada.

—Bueno, pues está decidido —dice Rafe con tono ligero pero la mirada dura como una piedra—. Tendremos que encontrarla.

Camuflaje

Durante la semana siguiente, Marina la selkie va aprendiendo lentamente a esconder su miedo cuando está con Diana, Wynter, Aislinn y conmigo. Y se han forjado nuevos amistados. Rafe, Cael, Rhys y Andras comparten una camaradería relajada y ahora salen a cazar juntos. Yvan incluso ha empezado a hablar con mis hermanos cuando están en la habitación.

Yvan habla conmigo a escondidas y me pregunta por la selkie si disponemos de algún momento a solas en la cocina, y me ayuda con mis tareas de la cocina cuando nadie se da cuenta. Estuve a punto de caer de culo la primera vez que me dedicó media sonrisa cálida, y se me disparó el corazón.

Pero tenemos que ir con cuidado. No podemos dejar que nadie se dé cuenta de que nos estamos haciendo amigos.

He decidido volver a ponerme mi seda gardneriana para encajar con los míos y evitar las sospechas: la vida de Marina podría depender de ello.

Marina me observa fijamente con sus ojos de océano mientras me pongo una de las elegantes túnicas de seda negra gardneriana por primera vez después de mucho tiempo. Aprieto los dientes decidida y reprimo mentalmente las náuseas. La conmoción que siento al verme en el espejo del baño me revuelve todavía más el estómago.

«Una auténtica gardneriana, hasta la esfera de Erthia que llevo colgada del cuello. La viva imagen de mi abuela.»

Miro a Marina y la mirada confiada de la selkie me hace sentir mal. Le doy la espalda con los ojos llenos de lágrimas e intento abrocharme la espalda de la túnica con torpeza.

«Odio a Vogel —quisiera decirle de alguna forma que pudiera comprender—. No tengo nada que ver con mi pueblo, aunque lo parezca. No quiero tener este aspecto.»

Los dedos de Marina se posan sobre los míos y me quita los lazos de las manos para atarlos con habilidad y fuerza mientras yo no dejo de llorar.

Cuando salgo del baño, Ariel me ve y retrocede como si hubiera recibido un golpe, después me mira con odio.

—Tengo que encajar —intento explicarle a Ariel extendiendo las palmas con un gesto de rendición—. Tengo que vestirme como ellos. Ya sabes que no soy como la mayoría de gardnerianos. Pero estamos escondiendo una selkie. —Gesticulo señalando a Marina—. Es importante que yo encaje. Tienes que entenderlo.

Siento una punzada de culpabilidad cuando veo que Ariel ignora mis palabras y se retira hacia su cama, se apoya en la pared y me fulmina con la mirada. Wynter está sentada a su lado y aplaca su oscura imagen murmurándole palabras tranquilizadoras mientras Ariel le entierra la cabeza en el pecho y las envuelve a ambas con sus alas oscuras.

Wynter mira un momento a Marina. La selkie se sienta en el suelo junto al fuego, al lado de Diana. Wynter se vuelve hacia mí, observa mi ropa, y entonces asiente una sola vez con los ojos plateados rebosantes de comprensión.

Diana rodea a la selkie con el brazo y me mira con un astuto brillo en los ojos. Levanta sus ojos ambarinos y esboza una gran sonrisa aprobadora enseñando los dientes.

Su gesto me tranquiliza mucho. Puedo contar con que mi amiga lupina comprenda perfectamente mi estrategia de batalla.

Cojo mi nuevo brazalete blanco y me vuelvo hacia Diana.

—¿Me ayudas a ponerme esto?

Su oscura sonrisa cómplice no vacila. Diana se levanta y se acerca a mí.

Coge el brazalete de Vogel y me lo ciñe al brazo.

Y

El sacerdote Simitri esboza una sonrisa de oreja a oreja cuando me ve entrar en su clase de historia a primera hora. Los pálidos rayos de luz invernal se cuelan por las ventanas. Observa mi atuendo conservador coronado con el brazalete blanco de Vogel que llevo en el brazo.

—Vaya, Maga Gardner —exclama con evidente alivio. Lleva varias semanas abatido a causa de mi inaceptable ropa marrón, en su brazalete blanco se refleja lo mucho que apoya a Vogel—. Ahora demuestras tu valor —me dice—. Aunque te has visto obligada a trabajar rodeada de celtas y uriscos, y a vivir con demonios ícaros, has tenido el valor de distanciarte de ellos. El hecho de que luzcas tu ropa con orgullo demuestra tu fe y el apoyo

que sientes por nuestro querido sacerdote Vogel. Te felicito.

«No es valor —pienso con un nudo en el estómago que no desaparece—. Es camuflaje.»

—¿El brazalete también? —me espeta Yvan mientras llena de madera la cocina de leña que tengo al lado.

Me duele percibir la dureza de su tono.

—¿No te parece inteligente? —le contesto.

Se queda mirando las llamas con los dientes apretados.

—Sí.

Veo cómo le brillan los ojos verdes antes de que cierre la portezuela de hierro y se marche.

Ardo de rabia.

«Esta ropa no me representa —me gustaría decirle consciente del renovado odio con el que me miran todos los trabajadores de la cocina, reflejado, en especial, en la abierta mirada hostil de Iris. Puedo sentir su mirada desde la otra punta de la cocina—. Este brazalete blanco no me representa, ni esta seda negra, ni esta cara», sigo gritándole a Yvan sin palabras mientras él sale por la puerta trasera y la cierra de un portazo que siento impactar en mi espalda.

«Yo no soy ella —continúo pensando enfadada con un rubor de rabia en las mejillas—. Ya lo sabes.»

Nunca seré ella».

Nudo corredizo

La noche siguiente ya es tarde cuando me alcanza un mensajero de la división de Lukas, lleva el roble de la División Doce prendido de la túnica.

Acaba de terminar la clase de laboratorio de farmacia y Tierney esta a mi lado, también lleva un brazalete blanco en el brazo.

—Supervivencia —me dijo cuando vi su brazalete blanco por primera vez.

Me quedé muy sorprendida.

Por lo visto no soy la única que ha recurrido al camuflaje.

El mensajero uniformado me entrega un paquete.

—Maga Gardner —dice inclinando la cabeza con deferencia y dejando escapar el aliento que se convierte en una nube blanca debido al frío.

El paquete lleva una nota pegada, veo mi nombre escrito en el sobre con una caligrafía muy bonita.

La letra de Lukas.

Siento una punzada de arrepentimiento. Después de lo que pasó con Ariel, he olvidado a Lukas y no he contestado a ninguna de sus notas y regalos. Llevo muchas semanas enfadada con él, pero el sentimiento de culpa ha ido desapareciendo poco a poco. Él tiene tanta culpa de lo que pasó como yo.

Sopeso el nuevo regalo en las manos, no me parece que la caja sea tan grande como imaginaría por su peso. El joven soldado vuelve a inclinar la cabeza y se marcha.

Me siento en un banco de piedra. Tierney se sienta a mi lado, pasan algunos estudiantes por nuestro lado, hablando en voz baja, y el viento helado sopla a ráfagas.

Le doy la nota a Tierney y tiro del áspero papel marrón, lo abro y saco un estuche de piel negra.

Es un estuche de violín.

Abro el estuche con el corazón acelerado y jadeo al ver lo que hay dentro acariciado por una tela de terciopelo verde.

Un violín Maelorian. Como el que le prestaron de forma temporal a la tía Vyvian la noche del baile.

Pero este es nuevo, la píceca alfsigr está barnizada de un intenso color carmesí con los bordes dorados, y las cuerdas brillan como el oro bajo la luz del candil. Un violín tan caro que podría pagar mis estudios universitarios diez veces.

Con las manos temblorosas cojo el sobre que le he dado a Tierney y lo abro.

Elloren:

Si querías un retrato mío solo tenías que pedirlo.

Lukas

Se me escapa una carcajada incrédula y la cálida chispa de afecto que siento por Lukas viene acompañada de cierto remordimiento. Me he dedicado a pensar en Yvan, un celta, mientras Lukas me perseguía desde lejos, y ahora esto. Arrepentida, le tiendo la nota a Tierney para que la lea.

Tierney esboza una sonrisa de medio lado y en sus ojos brilla un placer oscuro.

—Es un poco raro, pero en este momento Lukas me gusta bastante — confiesa sonriendo todavía más.

Cierro el estuche del violín con reverencia y el corazón acelerado al sentir la excitación que me provoca sostener un instrumento como ese en las manos. Poseer un instrumento como ese.

Y entonces siento un montón de emociones enfrentadas: no merezco recibir estas atenciones de un chico con el que no pienso comprometerme. Decido devolverle el violín a Lukas la próxima vez que le vea y mandarle una nota de agradecimiento entretanto. Lukas merece por lo menos eso.

Entonces siento una mirada y levanto la vista.

Gesine Bane y sus amigas me están mirando, a mí y al violín que tengo en el regazo, con un brillo desagradable en los ojos.

Mi felicidad desaparece rápidamente y empiezo a sentir miedo.

«En cuanto Fallon Bane se entere de esto, se abrirá la veda», pienso.

—Estoy convencida de que no puede hablar —me dice Diana esa noche mientras yo practico en el baño. Tengo los dedos hinchados porque llevo demasiado tiempo sin tocar. No me importa. Me encanta tener este violín en

las manos.

Y menudo violín.

Convierte mi falta de práctica en una melodía preciosa.

Marina está en la bañera, hecha un ovillo desnuda en el agua fría, y su mirada triste nos encoge el alma. Terminó la canción y dejó el violín mientras Diana ladea la cabeza pensativa.

—Sí que puede hablar, pero no de una forma que nosotras podamos comprender.

Marina separa los labios y emite varios sonidos por la boca y las branquias, el agua transforma el sonido y sus múltiples tonos se fusionan hasta convertirse en un profundo murmullo resonante que parece una canción inquietante y triste.

Como si estuviera sufriendo.

Nuestra selkie es un misterio que no podemos resolver. A veces sus movimientos animales y su multitud de tonos parecen propios de algún ser salvaje, pero tiene una mirada inquisitiva e inteligente, y sé que Diana tiene razón.

«Es mucho más que un animal. Más que una foca.»

Jarod y Diana no han conseguido encontrar la piel de Marina, y no puede volver a su hogar sin ella, tiene tan pocas fuerzas que a veces parece que esté enferma. Le he escrito a Gareth para preguntarle por el contrabando de selkies y dónde guardan sus pieles, pero sé que tardaré mucho en recibir una respuesta. Se ha marchado varias semanas con los demás guardiamarinas, y estarán en la mar hasta el primer mes. Cuando el invierno nos clave sus fauces y algunas zonas del océano empiecen a helarse.

Cada noche, una exhausta Marina nos pasa los dedos por el pelo y nos quita los enredos con mucha más eficacia que cualquier cepillo mientras murmura en su lengua multitonal. Parece relajarla, y también nos relaja a nosotras.

A todas menos a Ariel.

A Ariel no le gusta nada la atención que Wynter le presta a la selkie y agita las alas enfadada murmurando palabrotas. Por suerte, Ariel está muy concentrada en un cuervo herido que ahora vive con nosotras, además de las dos gallinas. El búho ya hace tiempo que se curó y se marchó. El cuervo se posa en la cama al lado de Ariel, se entienden muy bien, y el pájaro tiene la pata entablillada y vendada.

Y así pasan los días.

El viento arrastra algunos carteles de vez en cuando. Los veo pegados a las farolas de la universidad y en las puertas de los edificios. Alertan a los paseantes del robo de la selkie y ofrecen una recompensa monetaria a cambio de cualquier información sobre su paradero.

Cuando los vi por primera vez sentí mucho miedo. Pero a medida que va pasando el tiempo y los veo cada vez más destrozados o arrastrados por el viento, el miedo va desapareciendo.

Un día, pensando que estoy sola en un callejón, arranco una de las últimas notas que quedan y me la meto en el bolsillo de la capa. Cuando levanto la vista me encuentro con Ni Vin, la joven vu trin llena de cicatrices. Está al otro lado de la calle, mirándome con su espada curva colgada de la cintura. Me dedica un sutil asentimiento de aprobación mientras la miro con el corazón acelerado.

Después se da media vuelta y se marcha.

—Aquí lo mencionan —me dice Tierney poniendo el dedo sobre el papel que tiene delante.

Las dos leemos las *Mociones y Resoluciones del Consejo* cada fin de semana a última hora de la noche, lo que alimenta nuestra continua falta de sueño.

Tiene razón. Hay una pequeña mención a una selkie «fugada» y se ofrece una recompensa, además de una nueva moción —propuesta conjuntamente por Maga Vyvian y Marcus Vogel, y vetada por un margen muy ajustado—, para que se mate a todas las selkies en cuanto aparezcan en el Reino de Occidente.

Me duelen las sienes y me las froto.

—Ya te digo yo que mi tía no va a ganar muchos premios por ser compasiva.

—Sabes lo que significa eso, ¿no? —suspira Tierney.

Asiento muy seria. Si Vogel gana en primavera, Marina no será la única que estará en peligro. Todas las selkies tendrán que volver al mar o correrán el riesgo de que las maten.

Seguimos leyendo y descubrimos que ha habido una moción fallida propuesta por Marcus Vogel para ejecutar a cualquiera que vandalice la bandera gardneriana. Hay otra moción fallida propuesta por Vogel según la cual pretende que se ejecute a cualquiera que difame *El Libro de los Ancestros* de cualquier forma. Una moción planteada por Vogel y cinco Magos del Consejo para declarar la guerra a los lupinos a menos que cedan

una gran porción de sus tierras a Gardneria. Otra moción para ejecutar a todos los ícaros varones internados en el Manicomio de Valgard. Una moción para ejecutar a cualquiera que ayude a los elfos serpiente a escapar hacia el este.

Y una tenaz moción, presentada por sexta vez por Vogel, según la cual habría que ampliar las pruebas del hierro antes de admitir la entrada de alguien en cualquiera de los gremios y también de forma aleatoria en las fronteras, para terminar con la amenaza fae.

—Quizá no gane —le recuerdo a Tierney, que se ha quedado pálida.

—¿Has visto la cantidad de gente que lleva brazaletes blancos? — contesta ella con la voz temblorosa.

—Aun así —insisto aferrándome a la esperanza—, el referéndum no será hasta primavera. Y pueden pasar muchas cosas en todos estos meses. Quizá no gane.

—Puede que tengas razón —admite encogiéndose, parece asustada y cansada—. Espero que tengas razón, Elloren Gardner.

Recibimos la noticia al terminar la clase de laboratorio de farmacia.

Levanto la vista cuando entra Gesine. La profesora Lorel inclina la cabeza mientras su primera aprendiz le susurra algo gesticulando nerviosa.

Dejo el mortero y las observo con curiosidad.

—Estudiantes —anuncia Maga Lorel con la voz extrañamente temblorosa. Parece estar reprimiendo muchas emociones—. Nuestro querido Gran Mago, Aldus Worthin, se ha marchado con el Gran Ancestro.

Un murmullo de sorpresa recorre el aula.

—Tenemos un Gran Mago nuevo. Se ha celebrado un referéndum esta mañana y el Consejo ha elegido al sacerdote Marcus Vogel.

Esboza una sonrisa beatífica que le ilumina el rostro.

Siento una punzada de terror tan intensa que tengo que agarrarme a la mesa para no perder el equilibrio mientras los demás estudiantes que lucen el brazalete blanco se excitan y se deshacen en expresiones de alegre triunfo. Algunos ríen y se abrazan, otros hablan excitados, los hay que lloran de alegría.

Marcus Vogel.

Su astuto rostro me viene a la cabeza. El recuerdo de lo que sentí cuando me tocó. Su mirada serpentina. El árbol sin vida y aquel vacío negro.

«Gran Ancestro. Esto no puede estar pasando.»

Tierney vuelve la cabeza para mirarme con terror en los ojos.

—Tierney...

Solo soy capaz de resoplar y alargar la mano para agarrarla del brazo.

—Por favor, estudiantes —implora Maga Lorel haciendo gestos para que guardemos silencio. Está llorando. Se hace el silencio—. Una plegaria por nuestro difunto Gran Mago.

Todo el mundo agacha la cabeza y se lleva el puño al corazón. Tierney se ha quedado de piedra con el rostro ceniciento.

Los estudiantes que nos rodean se llevan el puño a la frente y de nuevo al corazón mientras rezan al unísono.

Oh, santísimo Gran Ancestro, purifica nuestras mentes, purifica nuestros corazones, purifica Erthia. Protégenos de la blasfemia de los malignos.

La plegaria termina y a continuación estalla una cacofonía de exclamaciones de triunfo.

Tierney se pone en pie como puede, casi tira el taburete al suelo, y se marcha corriendo hacia la puerta sin que su afligida ausencia apenas haga mella en el júbilo del aula.

Encuentro a Tierney en los baños. Está inclinada sobre uno de los lavamanos de porcelana y vomita con fuerza. Mojo una toalla y me acerco a ella, le pongo la mano en la espalda encorvada con un nudo en el estómago.

Tierney se queda envarada agarrada al lavamanos, ignorando los mechones de pelo que se le cuelan dentro y la toalla que le estoy ofreciendo.

—Cerraré la frontera —dice con un hilo de voz áspero—. Conseguiré que el compromiso sea obligatorio.

—Ya lo sé —digo aturdida.

—Tendremos como mucho un año para encontrar pareja. Y si no la encontramos nos asignarán una.

—Lo sé.

—Y antes de comprometernos —continúa sin despegar los ojos del lavamanos—, comprobaré nuestra pureza racial. —Se vuelve hacia mí con desesperación en los ojos—. Nos hará la prueba del hierro.

—Tierney —le digo con terquedad. «Ya basta de rodeos»—. Quiero ayudarte. Eres una fae de pura sangre, ¿verdad?

Ella me mira fijamente. Cuando por fin habla, tiene la voz apelmazada.

—No puedo. No puedo hablar de ello.

—¿Ni siquiera ahora? —susurro con urgencia—. ¿Cuándo tus mayores temores se han hecho realidad? ¡Déjame ayudarte!

—¡No puedes ayudarme!

Se endereza muy afligida y se marcha.

—¡Tierney, espera! —la llamo, pero ella ignora mis súplicas y sale del baño.

La sigo, pero es evidente que no quiere que lo haga. Cruza a toda prisa el pasillo abarrotado y enseguida le pierdo la pista entre los felices gardnerianos con sus brazaletes blancos.

Me voy a clase de química ansiosa por encontrar a Aislinn.

No tengo que buscarla mucho. Está apoyada en una pared mirando hacia todas partes muy afligida. En cuanto me ve viene hacia mí por el pasillo del laboratorio de química esquivando grupos de estudiantes gardnerianos que celebran la noticia y cruzándose con celtas y elfhollen apagados y con aspecto de estar preocupados. Hay un grupo de elfos alfsigr a un lado, lo observan todo con su habitual indiferencia que, en este momento, me resulta exasperante.

—Están reuniendo las tropas —anuncia Aislinn cuando llega donde estoy y me coge del brazo—. La Guardia Gardneriana. En la frontera con Celtania y los bosques de los lupinos. Vogel lo ordenó esta mañana. Han reclutado a Randall, y a todos los cadetes. El Gran Mago ha exigido a los celtas y a los lupinos que nos cedan gran parte de sus tierras. La Asamblea Celta acaba de enviar a su Juez Supremo a Valgard para intentar evitar la guerra.

La cabeza me da vueltas.

—Pero... los lupinos... Vogel puede amenazarlos todo lo que quiera. Son inmunes a nuestra magia.

—Enviarán a los dragones, Elloren —dice Aislinn con pánico en la voz—. Tenemos mil. Si los lupinos y los celtas no ceden, el ejército los atacará con dragones.

Y

Todas las clases que tengo hoy se convierten en un mitin pro Vogel. No puedo escapar a ello. La profesora Volya apenas consigue hacer callar a los alumnos gardnerianos lo suficiente como para poder dar la clase. El sacerdote Simitri olvida la lección y pide que traigan comida y ponche.

En Metalurgia reina un ambiente completamente festivo, y hay un joven elfo en la mesa del profesor Hawkkyn buscando entre sus notas, como si se estuviera preparando para dar clase. Tiene el pelo blanco, la piel pálida propia de los elfos alfsigr, y yo miro a mi alrededor, confundida, en busca del profesor Hawkkyn.

Hay varios grupos de gardnerianos hablando muy animados, todos con sus brazaletes blancos en el brazo derecho.

Los brazaletes blancos están brotando como las malas hierbas, así como las banderas gardnerianas. Hasta Curran Dell ha empezado a llevar una, cosa que me entristece mucho.

—¿Dónde está el profesor Hawkkyn? —le pregunto a Curran, que está hablando muy animado con otro cadete. Curran me saluda con una sonrisa y abre la boca para contestar, pero le interrumpen.

—Con suerte ese elfo serpiente se ha vuelto a meter bajo tierra — comenta la voz de Fallon desde la otra punta del aula—. Qué es donde debería estar esa bestia.

Todo el mundo guarda silencio y la observo cruzar la sala mirándome fijamente.

—Probablemente haya huido —se corrige sonriendo de oreja a oreja—. Sabe la que se avecina. —Me mira haciendo un puchero de fingida compasión—. Ohhh. ¿Estás triste, Elloren Gardner? ¿Esperabas comprometerte con el elfo serpiente?

La clase se deshace en una carcajada sorprendida que resuena detrás de mí. Yo aprieto los dientes, la mirada de disculpa de Curran no hace nada por aliviar mi feroz reacción.

Siento una punzada de rabia y aprieto los dientes fulminando a Fallon con abierta hostilidad.

Ella abre los ojos encantada. Se vuelve hacia mí mientras se regodea en mi rabia y el apoyo de todos los demás. Se me queda mirando muy contenta y yo empiezo a temer que pueda acabar descontrolándome y le plante una bofetada en esa cara de satisfacción que pone.

«¿Vale la pena, Elloren? —me advierto—. ¿Que te expulsen de la universidad por pegarle a otra maga que enseguida te reducirá con el poder de su magia de Bruja Negra?»

Decido dar media vuelta y salir de la clase oyendo la cruel carcajada de Fallon a mi espalda.

Cuando entro en la cocina, me encuentro a Fernyllia muy preocupada, y se sobresalta al verme.

Olilly está llorando de espaldas a mí. Yvan, Bleddyn, Fernyllia e Iris se han agrupado a su alrededor y la consuelan en voz baja.

Tienen aspecto de haber recibido una paliza.

Cruzo la sala con la cabeza gacha y me pongo a pelar patatas, rígida y cohibida, muy consciente de que me miran en silencio.

Ya sé cómo me ven vestida con la seda negra y el brazalete blanco, la amenaza de mi presencia es más potente que nunca. Mi presencia siempre ha sido un símbolo de poder gardneriano. Pero ahora, vestida así, soy una extensión de Vogel, el monstruo que está a punto de perseguirlos a todos.

Levanto la vista y siento la intensa percepción de su odio gélido.

Yvan advierte las miradas brutales que me están dedicando y se vuelve hacia mí, sorprendido, con una expresión dolida pero sincera. Muy sincera.

Y de pronto yo también me abro a él y se lo dejo ver todo: mi miedo y mi creciente desesperación. Mi terrible aislamiento: mi aspecto no refleja en absoluto como soy en realidad.

Nos quedamos mirando el uno al otro un buen rato y la habitación desaparece. Los trabajadores de la cocina, sus miradas gélidas, el crujido del fuego de las cocinas, todo se disipa en la niebla. Solo está él.

Solo estamos nosotros.

Olilly solloza y nos distrae, rompe nuestra burbuja de seguridad y protección, y el mundo vuelve a aparecer.

Iris sigue fulminándome con los ojos, alterna la mirada entre Yvan y yo y después sigue tranquilizando a Olilly poniendo una mano en su brazo tembloroso.

Iris le susurra algo a Yvan al oído y gesticula con aspereza en mi dirección.

Yvan me mira un segundo con una expresión contradictoria.

Fernyllia le habla a Olilly en voz baja e Yvan se suma a sus comentarios.

—No te deportarán —dice, y su tono grave resuena por todo mi cuerpo—. Te ayudaremos a salir de aquí. Y a tu hermana también.

Y entonces se marchan todos juntos. Iris es la última en salir. Me lanza una mirada de odio, después sale de la cocina y cierra de un portazo.

Cuando termino el turno en la cocina me duelen las manos, tengo los dedos doloridos de pelar tantas patatas y una bola de desesperación en el pecho. Ya se ha puesto el sol y la noche se está apoderando del cielo. Cuando me alejo del candil que cuelga de la puerta me doy cuenta de que no se ve ninguna estrella en el cielo, está muy oscuro.

Respiro hondo y el aire frío me ayuda. Ya he cruzado la mitad del campo que hay detrás de la cocina flanqueado por un bosquecillo. Esta noche las

sombras son negras como la tinta, y voy arrastrando los pies.

—Aléjate de nuestros hombres.

Me detengo con el corazón acelerado y miro hacia las sombras en busca de la fuente de esas palabras tan agresivas.

Enseguida advierto la silueta de Iris oculta por la noche nublada. Está apoyada en el tronco de un árbol con los brazos cruzados, y la altísima Bleddyn está a su lado con aspecto de estar muy enfadada.

Miro hacia un camino por el que pasan algunas personas a escasos metros de allí y valoro si Iris y Bleddyn podrán salirse con la suya si deciden volver a atacarme.

Iris se acerca a mí y yo doy un paso atrás.

—He visto cómo le miras —suelta con la cabeza pegada a mi cara.

Se me acaloran las mejillas y el cuello.

—No sé de qué estás hablando...

—Las cucarachas lo queréis todo —comenta Bleddyn con desprecio y la voz ronca. Me mira con los ojos entornados.

—Es mío —insiste Iris. Su furia se quiebra para revelar una evidente vulnerabilidad, y le tiemblan los labios. Se recompone apretando los labios con rabia y odio en los ojos—. Vuelve con Lukas Grey. —Me mira con asco—. Ese es tu sitio. Aléjate de Yvan.

Me pongo tensa de pies a cabeza y aprieto los puños, me olvido del miedo y le lanzo una mirada fulminante.

Bleddyn suelta una carcajada.

—A él no le gustas —dice burlona mirándome con desprecio—. ¿Cómo ibas a gustarle? Solo sabes fingir que eres celta un día y gardneriana al siguiente. —Resopla con desdén—. Ni siquiera sabes quién eres.

Iris mira otra vez a Bleddyn, vuelve a parecer vulnerable, pero las crueles palabras de su amiga la han animado. Me lanza una última mirada hostil y después se marcha con Bleddyn. Cuando pasa por mi lado sisea:

—¡Cucaracha asquerosa!

Cuando vuelvo a la Torre Norte, Rafe y Trystan me están esperando en el descansillo. Aguardan bajo la luz del candil enmarcados por el marco negro de la ventana que tienen a la espalda.

Trago saliva y reprimo las náuseas que siento al ver sus expresiones sombrías olvidándome automáticamente de Iris y Bleddyn.

Rafe me tiende un áspero pergamino enrollado sin decir ni media. Tiene una mirada desafiante en los ojos.

Lo desenrollo con el estómago encogido.

«Gran Ancestro, no.» Es una orden de reclutamiento.

—Todo va muy rápido —digo mirando la orden con incredulidad—. Vogel ha tomado posesión esta mañana.

—Es como si ya estuviera preparado —opina Rafe con sospecha en la voz.

—¿Qué? —pregunto agitada—. ¿Crees que Vogel ya sabía que pasaría esto? ¿Que sabía que nuestro Gran Mago iba a morir?

La mirada oscura de Rafe no vacila.

—Es fácil preguntárselo. Todo está demasiado bien planeado.

Recuerdo la terrible presencia de Vogel, el vacío negro, el árbol muerto. Vuelvo a mirar a Rafe alarmada.

Trystan está extrañamente nervioso, nos mira angustiada. Vigila a su alrededor y se sienta en el banco de piedra, apoya la cabeza en sus manos y entierra los dedos en su pelo.

—Es una orden de reclutamiento inminente —digo intentando tranquilizarlos a los dos, y hacerlo también yo—. Quizá todavía haya tiempo. —Es para este verano —afirma Trystan sin levantar la cabeza y desesperanzado—. Nos reclutarán este verano. Antes de eso partirá un cargamento de armas.

Se me acelera el corazón. Miro a Rafe.

—¿Adonde te destinarán? —le digo.

Rafe suelta una risa amarga, como si la pregunta fuera completamente irónica.

—A la base militar de Rothir. —Se le borra la sonrisa—. A luchar contra los lupinos.

Se me hace un nudo en el estómago.

—¿Y qué vas a hacer? —Rafe sonrío.

—Utilizaré la notificación para hacer prácticas de tiro. —Dobla el borde del papel—. Clavaré las fechas justo en el sello del Consejo de Magos. —Mira hacia la ventana y después hacia la puerta de mi habitación—. ¿Dónde está Diana?

Su tono es extrañamente brusco.

Hago gestos en dirección al bosque.

—Estará por el bosque.

Rafe aprieta los labios, me coge la notificación de entre las manos y se cuelga la mochila al hombro.

—No la encontrarás...

—Sé adónde va —responde encaminándose hacia la puerta.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunto preocupada.

—Unirme a los lupinos —ruge antes de marcharse cerrando de un portazo.

Me quedo mirando la puerta. Me obligo a respirar hondo. Intento controlar el pánico que siento mientras suenan las pesadas botas de Rafe bajando por la escalera y oigo cómo se cierra la puerta de la torre. Se hace el silencio.

—No le aceptarán —anuncia Trystan con relajada y aterradora seguridad.

Guarda silencio un momento, sigue con la cabeza enterrada en las manos y tira del pelo con fuerza—. Es el nieto de la Bruja Negra —continúa con tono apagado—. Nunca le aceptarán.

Sin dejar de pensar y sin nada sólido a lo que aferrarme, me siento al lado de Trystan y le pongo el brazo sobre los hombros para tranquilizarnos a ambos. Se le entrecorta la respiración y entonces deja de respirar un momento. Su delgado cuerpo se estremece y baja las manos para taparse los ojos cuando empieza a llorar. Se me encoge el corazón. La forma que tiene Trystan de llorar, en silencio, siempre me ha resultado más devastadora que si gritara y aullara.

Le paso el brazo por encima de los hombros y se deja caer sobre mí cerrando los ojos sobre mi hombro mientras yo le abrazo con fuerza.

—No quiero seguir formando parte de esto. —Su voz es prácticamente un susurro—. Me han puesto a llenar discos de metal con pólvora. Cualquiera que los pise explotará en mil pedazos. Estoy llenando flechas con fuego. Y con hielo. ¿Para qué? ¿Para matar a quién? No quiero formar parte de lo que se avecina. —Guarda silencio un momento y se queda muy quieto—. Y solo es cuestión de tiempo hasta que averigüen lo que soy.

El pánico asoma la cabeza.

—No tienen por qué descubrirlo.

Mi hermano niega con la cabeza contra mi hombro.

—Claro que lo averiguarán. Cuando no quiera comprometerme...

—Tendrás que hacerlo —le corto con firmeza sin darle opción a discutirlo.

Trystan se queda inmóvil. Guarda silencio un momento mientras respira con la boca pegada a mi hombro. Levanta la cabeza y me mira con los ojos

rojos.

—¿Cómo?

La pregunta se queda flotando en el aire como si fuera un túnel sin escapatoria.

—¡Lo harás y ya está! Lo esconderás. Ocultarás lo que eres.

Se relaja un poco más. Me mira con una incredulidad imperturbable.

—¿Podrías comprometerte con una mujer?

—¿Qué? —le digo sorprendida—. ¡Pues claro que no!

Siento el rubor en mis mejillas y me asalta una oleada de comprensión. Me da vueltas la cabeza y busco desesperada una solución, pero no hay una forma clara de escapar de esto.

Recuerdo que después del compromiso se celebra la ceremonia para sellar la unión. Y se espera que la pareja consume la unión esa misma noche, las líneas que aparecen en las muñecas de ambos miembros de la pareja son la prueba de la consumación. El objetivo de nuestras uniones es crear una generación de magos de pura sangre.

Es imposible que Trystan pueda fingir eso con normalidad.

Los dos guardamos silencio un rato.

—Podría irme a las tierras Noi —dice al fin—. Allí aceptan a los que son como yo. —Entonces esboza media sonrisa cínica—. Pero soy el nieto de la Bruja Negra. ¿Quién me iba a aceptar?

Indignada por la situación mi hermano pateo el suelo muerta de miedo.

—No lo sé, Trystan. A lo mejor te equivocas.

Me mira sorprendido.

—El nieto del mayor enemigo que han tenido en la vida —digo pensando en voz alta—. Un mago de nivel cinco. Entrenado en armas mágicas gardnerianas. Y con un problema con la cultura gardneriana. —Esbozo una sonrisa desafiante—. Quizá la mejor forma de venganza contra los gardnerianos sería llevarte con la Guardia Vu Trin.

Trystan me mira parpadeando.

—Has cambiado.

Suspiro con fuerza.

—Pues sí.

Suelta una carcajada y el afecto le ilumina los ojos.

—Me alegro. —Se limpia las lágrimas y se endereza dedicándome una sonrisita—. Ya sabes que hay muy pocas probabilidades de que nada de esto salga bien.

Se me escapa un sonido burlón.

—Bueno, ¿quién necesita la suerte? ¿Qué tendría eso de divertido?

Trystan suelta otra risita y después respira hondo mirándome muy serio.

—Vete —le digo gesticulando hacia la puerta—. Ve a dormir un poco. Algún día, cuando seas un soldado muy rico y con mucho éxito, podrás volver a buscarnos al tío Edwin y a mí y llevarnos a las tierras Noi a lomos de alguno de tus dragones.

—¿Y viviremos felices y comeremos perdices? —pregunta Trystan con un brillo astuto en los ojos.

—Sí —le aseguro con firmeza—. Exactamente.

Mi hermano se marcha lanzándome una mirada de aprecio antes de desaparecer, y mi falso arranque de valor se marcha con él. El descansillo de la Torre Norte se queda en silencio y las paredes que lo rodean son muy sólidas, pero todo el mundo ha empezado a desmoronarse bajo mis pies.

La idea de perder a mis hermanos me está rompiendo el corazón.

Cuando por fin abro la puerta de mi habitación, todo está del revés.

No arde ningún fuego en la chimenea, y un frío gélido ha empezado a colarse por las paredes de piedra. Y el ambiente es opresivo y se palpa el pánico.

Ariel está desmayada en su cama, sus gallinas corretean sin rumbo por todas partes y el cuervo está acurrucado a su lado. Hay un cuenco de bayas nilantyr volcado junto a su cuerpo y tiene los labios manchados de negro. Marina la selkie está acurrucada en mi cama al lado de Aislinn, con los ojos desorbitados y muerta de miedo. Aislinn está pálida y ojerosa, como desorientada.

—No sabía que estabas aquí —le digo a mi amiga desconcertada por su expresión—. ¿Qué pasa?

—El Consejo de Verpacia ha hecho circular una resolución en solidaridad con Marcus Vogel —comenta Aislinn con un hilo de voz.

Se me apelmaza el pecho. Miro a mi alrededor en busca de Wynter y la encuentro casi fundida entre las sombras. Está encogida contra el alféizar de la ventana rodeándose con sus alas negras y con una expresión abatida en el rostro.

—¿Qué ha pasado? —pregunto cada vez más temerosa.

Wynter mira hacia la mesa y veo el pergamino oficial.

—Estaba pegado a la puerta —dice la Ícara con desespero—. El nuevo Consejo de Verpacia... Han... han hecho cambios.

Trago saliva nerviosa notando unos pinchazos en la nuca. Me acerco a la mesa de Wynter y cojo el rollo de pergamino.

Es una notificación oficial del Consejo de Verpacia. Todos los ícaros deben regresar a sus países de origen en cuanto termine el año lectivo. Y ya no tendrán permitido ingresar en ningún gremio ni acceder a la documentación necesaria para trabajar aquí.

—¿Cómo han conseguido que dos tercios del Consejo de Verpacia voten a favor de esto? —le pregunto a Aislinn haciendo ondear el comunicado en el aire—. Los gardnerianos solo tienen mayoría simple.

—Se han envalentonado con la elección de Vogel y el resto de miembros del Consejo están asustados. Quieren apaciguar a los gardnerianos — contesta.

Wynter se echa a llorar.

Ariel tendrá que volver a Gardneria. Donde la ingresarán en el Manicomio de Valgard. Y a Wynter la enviarán de vuelta a las tierras Alfsigr, donde su pueblo está debatiendo si deberían o no ejecutar a los suyos.

El pánico que siento empieza a transformarse en cólera. Maldigo y lanzo la mochila contra la pared. A Marina se le escapa un grito y yo me siento culpable. Me dejo caer en la cama, me tapo la cara con las manos y me obligo a respirar.

«Más de mil dragones.»

Cuando vuelvo a levantar la cabeza, veo una hilera de seis vigilantes muy afligidos. Están posados en la viga que queda por encima de Wynter, con las alas plegadas y las cabezas gachas.

Desaparecen cuando los sollozos de Wynter se convierten en un lamento grave y poderoso.

Abrazo a Aislinn en el descansillo de la Torre Norte cuando se marcha.

Adivino su expresión dura bajo el parpadeo del candil, casi demacrada. Ha empezado a caer una lluvia gélida que golpea la ventana de abajo, por donde se cuele una corriente helada.

Aislinn se detiene y se vuelve hacia mí.

—Quizá Yvan Guriel tenga que rescatar a su dragón después de todo — se aventura a decir con recelo.

La miro con curiosidad, es una afirmación muy atrevida viniendo de mi callada amiga. Ladeo la cabeza pensativa mientras asimilo lo que ha querido decir.

—Escapar —digo mientras imagino un vuelo.

Aislinn asiente con el ceño fruncido.

—Las ícaras... tienen que marcharse, Elloren. Y... y quizá Marina también. En algún momento. Y los lupinos... Se queda sin palabras, dolida, y aparta la mirada.

«Jarod.

»Podría llegar el día en que los gardnerianos expulsaran a los lupinos de sus tierras, y ese día podría llegar muy pronto.» Aislinn vuelve a mirarme a los ojos.

—Están cerrando las fronteras. Pero... los dragones pueden volar.

—Sí, claro que pueden —concedo esbozando una sonrisa astuta—. Por encima de las fronteras. —Valoro la posibilidad—. El dragón está en una jaula hecha de acero élfico.

Respira hondo.

—¿No tienes la varita de Sage Gaffney?

Suelto un ruidito desdeñoso.

—Pues sí. Y Trystan es muy poderoso. Pero él no tiene acceso a los hechizos para romper el acero élfico, si es que existen esos hechizos.

—¿Y si yo supiera dónde encontrarlos?

Me la quedo mirando.

—¿Cómo?

—Existe un libro de hechizos, lo llaman el Libro Negro —explica—. Solo el Consejo de Magos y los militares tienen acceso a él. En ese libro hay un montón de hechizos protegidos. Hechizos militares. Mi padre tiene un ejemplar en su despacho y ahora mismo no está, ha ido a una reunión con los lupinos del norte. Tardará por lo menos un mes en volver.

Me la quedo mirando incrédula.

—Aislinn, uno no toma prestado un libro de hechizos militares sin más.

Mi amiga baja la cabeza con timidez, tiene una expresión contradictoria en el rostro, pero entonces aprieta los dientes y me mira a los ojos.

—Pues yo lo voy a coger. Y se lo habré devuelto antes de que se dé cuenta de que lo he cogido.

Me sorprende su valentía.

Y me enorgullece. Muchísimo.

—Muy bien —le digo sonriendo—, supongo que ha llegado la hora de hablar con Yvan Guriel sobre lo de liberar a su dragón.

Dragón militar

La tarde siguiente, el ambiente en la cocina es tan oscuro y opresivo como el día anterior, todos se pasean por allí algo demacrados y nerviosos.

—Tengo que hablar contigo —le digo a Yvan cuando entra desde el frío exterior y se acerca a cargar mi cocina de leña; el calor sale del interior de la cocina como si fuera una ola de fuego.

Mira a su alrededor con recelo, a esas horas ya queda poca gente y, por suerte, Iris y Bleddyn no están.

—¿Ahora? —pregunta Yvan metiendo un tronco en la cocina, se le tensan los músculos del brazo al coger la madera.

—Cuanto antes.

Cierra la puerta de hierro.

—Nos vemos fuera cuando termines lo que sea que estés haciendo.

Termino de preparar una tarta de manzana y encuentro a Yvan cerca de los corrales con un candil en la mano.

Me guía en silencio hasta que dejamos atrás el huerto de la cocina. Después subimos por un campo en dirección a una estructura destartalada que se adivina en el bosque.

El granero abandonado es enorme y está envuelto en las crecientes sombras de la noche. La puerta cruje cuando Yvan la abre para mí, y entro.

El techo del granero es altísimo, y en lo alto hay vigas entrelazadas. Los murciélagos vuelan de un lado a otro y la luz del candil los ilumina y proyecta sus frenéticas sombras en las paredes.

—¿Este es tu escondite secreto? —le pregunto en broma mirando a mi alrededor mientras Yvan deja el candil sobre un barril polvoriento.

Asiente observándome. Se apoya en una columna de madera.

Consigo esbozar una sonrisa y él curva un poco los labios en respuesta, pero la intensidad de su mirada no vacila ni un ápice.

Las sombras se pasean por su rostro y enfatizan sus rasgos angulosos. Siento un temblor que me hace más consciente de que estoy sola con él en un

espacio apartado.

Ignoro la atracción que siento por él y le miro a los ojos.

—Quiero ayudarte a liberar al dragón —le digo con decisión—. Quizá llegue un momento en que necesitemos poder volar.

Yvan se queda estupefacto, pero se recompone enseguida.

—Elloren, no podemos liberar a mi dragón.

—Quizá no puedas hacerlo tú solo, pero contamos con un grupo numeroso...

Suelta una risa desdeñosa.

—De chavales inexpertos e ingenuos.

—De personas con una gran variedad de poderes y habilidades.

—Hay una gran diferencia entre robarle una selkie al conserje de la universidad y quitarles un dragón a los militares gardnerianos.

Me siento frustrada.

—¿Qué hay de malo en que dejemos que todos valoren la situación?

—¿Aparte de que nos detengan y nos ejecuten? Ahora mismo no se me ocurre ninguna.

Insisto impertérrita.

—Si pudiéramos salvar a ese dragón, quizá las ícaras puedan marcharse al este. Y los demás también.

Se queda allí plantado un momento, parece sorprendido.

—No te entiendo —dice, ahora mirándome con aspereza—. ¿Por qué estás pensando en esas cosas? Tú eres gardneriana. Y no eres una cualquiera... eres la nieta de Carnissa Gardner. Tu abuela... —Guarda silencio un momento, como si estuviera enfadado pero se estuviera esforzando en buscar las palabras adecuadas al mismo tiempo—. Era un monstruo.

Me endezco al escuchar esa palabra. ¿Por qué mi abuela tiene que ser distinta a cualquier líder militar de otras razas?

—Se equivocó en muchas cosas —contesto—, pero también fue una gran maga...

—Que mató a miles y miles de personas.

Aprieta los dientes y me clava sus ojos verdes.

—Tu pueblo fue igual de monstruoso con los gardnerianos cuando tuvo el poder —le recuerdo con tono desafiante.

Me fulmina con la mirada como si se estuviera esforzando para encontrar la emoción correcta.

—¡Tu abuela tuvo la culpa de que muriera mi padre! —espeta con una furia inesperada.

Oh, Gran Ancestro. Me quedo petrificada. Pero solo un segundo. El dolor que siento se transforma en rabia.

—¡Tu pueblo mató a mis padres! —le contesto con la voz rota.

Los dos guardamos silencio un buen rato, el continuo y amargo dolor que los dos llevamos siempre dentro está al descubierto.

—Ya sé que mi abuela hizo muchas cosas horribles —digo al fin con mucho esfuerzo—. Desde que llegué aquí he descubierto que mi pueblo hace muchas cosas horribles. ¿Pero no crees que alguien puede ser distinto a todo lo que se ha dicho sobre los suyos? ¿Aunque se parezcan... a mí?

Yvan respira hondo y me mira fijamente.

—Sí —dice—, creo que es posible.

Suspiro y me dejo caer en una bala de paja, rendida.

—Lo estoy intentando, Yvan —le digo con la voz ronca—. De verdad.

Quiero hacer lo correcto.

—Te creo —me dice amable.

Guardamos silencio unos minutos, mientras nos miramos.

—Siento que hayas perdido a tus padres —me dice al fin en voz baja.

Las lágrimas asoman a mis ojos y me esfuerzo por contenerlas.

—Y yo siento lo de tu padre —contesto con el tono afectado mientras intento volver a controlar mis emociones—. ¿Qué le pasó? —pregunto.

Yvan tensa el rostro.

—Lo mataron en el frente este, algunos días antes de la liberación de Verpacia. —Respira hondo con los ojos entornados, como si se estuviera planteando si puede confiar en mí—. Mi padre... fue un miembro importante de la Resistencia. Mi madre no quería que nadie supiera que yo era hijo suyo.

Por eso se trasladó a un lugar apartado de todo y me escolarizó en casa.

—Debes de parecerte mucho a él.

Yvan sonrío, como si yo hubiera dicho, sin querer, algo muy irónico.

—El parecido es sorprendente, sí.

—Nuestras vidas se parecen... —reflexiono.

Yvan hace un sonido desdeñoso para mostrar su desacuerdo.

—Nuestras vidas no se parecen en nada.

—Claro que sí —contesto un poco molesta por su forma de desacreditarme tan rápidamente—. Cuando yo tenía unos cinco años, mi tío se nos llevó de

Valgard y se instaló en Halifax. Está en la frontera norte, en medio de la nada.

Nos escolarizó en casa, igual que tu madre hizo contigo. Ahora me doy cuenta de que estaba intentando protegerme de la atención que recibiría por ser la viva imagen de mi abuela. Igual que tu madre, quería que estuviera a salvo.

Yvan lo piensa un momento y me doy cuenta de que reconoce que tengo razón.

—Así que estás estudiando medicina —digo después de un silencio incómodo.

—Sí. —Asiente—. Como mi padre. ¿Y tú? ¿Vas a ser farmacéutica?

—Sí, como mi madre —contesto—. Siempre me ha gustado cultivar hierbas y preparar medicamentos. Pero nunca se me había ocurrido soñar con ir a la universidad. Aunque siempre quise. Antes de que me mandaran aquí pensaba que me acabaría dedicando a fabricar violines, como mi tío...

Me quedo sin palabras y no puedo evitarlo. Al pensar en el tío Edwin, empiezo a llorar.

—Está... está muy enfermo.

Me miro los pies mientras me peleo con mis emociones.

—Entonces, ¿sabes fabricar violines?

La voz de Yvan es grave y amable.

Asiento.

—¿Con... madera?

Su comentario me hace gracia, me enjugo las lágrimas y le miro.

—Con las herramientas adecuadas, sí.

Piensa en ello un momento.

—Es... impresionante.

—Supongo que sí —convengo un tanto inquieta por su cumplido.

—Pero los gremios...

Me encojo de hombros.

—No aceptan mujeres. Ya lo sé. Mi tío me enseñó en secreto.

Se queda allí plantado un momento con cara de sorpresa.

—¿Llevas mucho tiempo tocando el violín?

—Sí. Desde que era pequeña. Y... ¿y tú? ¿Tocas algún instrumento?

—No —reconoce negando con aspecto de estar perdido en sus pensamientos—. Aunque una vez oí tocar a una violinista fae. Yo era muy pequeño. Y todavía me acuerdo. Era... precioso.

La nostalgia que brilla en sus ojos esmeralda mientras dice las últimas palabras me coge desprevenida y me sorprende darme cuenta de que me he sonrojado y tengo que apartar la mirada.

Cuando paseo la mirada por el suelo del granero veo que está lleno de papeles. Cojo uno. Es una página de *El Libro de la Antigüedad*. Me levanto asombrada y cojo algunos papeles más. Son más páginas de *El Libro*.

—Qué raro —digo mientras sigo recogiendo páginas hasta tener una pila entre las manos—. Alguien ha hecho pedazos nuestro libro sagrado. — Cuando le vuelvo a mirar me sorprende advertir cómo me está observando. Se ha quedado quieto como una estatua y su expresión se ha vuelto fría... y desafiante—. ¿Lo has hecho tú? —le pregunto muy despacio.

No se mueve, pero su inquebrantable mirada desafiante es respuesta suficiente.

—Oh, ten cuidado, Yvan —jadeo—. Esto es un crimen en Gardneria. — Levanto el taco de papeles y lo señalo con ellos—. Vogel quiere ejecutar a las personas que maltratan *El Libro*. ¿Lo sabías?

—Supongo que es una ventaja que no estemos en Gardneria —contesta mirándome con dureza.

—Estás pisando un terreno muy peligroso.

—¿En serio? ¿Y qué terreno no lo es, Elloren? Porque me encantaría saberlo. Quizá si fuera clavado a Carnissa Gardner me resultaría mucho más fácil averiguarlo.

—Eso no es justo.

—¿Y qué hay de justo en todo esto?

—Lo siento. Tienes toda la razón —le digo con un tono ácido—. Mi vida ha sido muy fácil últimamente. Me alegro mucho de que mi aspecto me proteja de todas las dificultades que me voy encontrando.

Parece sorprendido un momento, pero después frunce el ceño confundido.

—Deberíamos volver —dice—. Los demás trabajadores de la cocina se van a dar cuenta de que no estamos y quedará... raro.

—¿Y por qué diantre parecerá raro que nos hayamos marchado juntos? —pregunto de forma sarcástica.

Yvan sonrío un poco, pero sus ojos siguen serios y tristes.

Levanto la mano para tocarle el brazo.

—Quiero ayudarte a rescatar al dragón. Lo que le están haciendo está mal. —La frustración me tensa el rostro—. Hay muchas cosas que no

podemos cambiar. Pero quizá esto sí que podemos hacerlo. Y... —Pienso en el peligro que corren Tierney y las ícaras. Y Trystan. E Yvan. Cada vez estoy más decidida—. Un dragón es una forma de escapar bastante buena.

Yvan respira hondo y me mira la mano. Tiene el brazo musculoso y caliente. Me gusta mucho tocarle. Demasiado. El aire cambia entre nosotros, hay como una chispa. Me pongo nerviosa y dejo caer la mano.

—Muy bien, Elloren Gardner —transige Yvan mirándome fijamente a los ojos—. Vamos a ver en cuántos líos podemos meternos.

—¿Quieres colarte en una base militar gardneriana y robar un dragón?

Estoy delante de Rafe, sentada a su mesa llena de libros. Trystan, Rafe e Yvan están sentados en sus camas, mirándome.

Rafe sonríe de oreja a oreja. Trystan tiene su habitual expresión comedida e impenetrable e Yvan parece que se esté recuperando del hecho de estar aliado con un grupo de gardnerianos de una familia como la nuestra.

—¿Lo dices en serio? —pregunta Rafe.

—Sí.

Rafe niega con la cabeza mientras se esfuerza, sin conseguirlo, para no reírse.

—Tengo que reconocerlo, Ren —me dice—, las cosas son mucho más interesantes desde que estás en la universidad.

—Siempre te tuvimos por una chica callada y reservada —comenta Trystan, y también puedo ver un pequeño brillo de diversión en sus ojos.

—Y ahora quieres robar dragones y rescatar selkies —continúa Rafe.

—No creo que nuestra abuela se sintiera orgullosa —le dice Trystan a Rafe.

—No, creo que Trystan tiene razón —concede Rafe fingiendo una mirada desaprobadora—. Estás siendo una gardneriana muy mala.

Miro a Yvan, que escucha nuestras bromas alzando las cejas sorprendido.

Como siempre, me siento un poco desconcertada por estar en una habitación en la que también vive Yvan. Es íntimo y extraño. No puedo evitar descubrir cosas sobre él siempre que estoy aquí. Los títulos de sus libros, la clase de ropa que tiene colgada en la silla o tirada en la cama. Y me da la sensación, por la forma que tiene de apartar los ojos cada vez que nos miramos, que él también se da cuenta de que esto no es muy apropiado.

—Ren —dice Rafe borrando la sonrisa y adoptando un tono precavido

—. Supongo que te das cuenta de que si te encuentran con la selkie te multarán por robo. Si robas un dragón de la base militar dirán que eres un miembro de la Resistencia, te obligarán a comparecer ante un tribunal militar y probablemente te ejecuten. Te lanzaran un montón de flechas. Y eso si tienes suerte.

—No creo que se pueda liberar a la dragona —interviene Yvan—. Creo que la matarán mucho antes de que alguien consiga encontrar la forma de sacarla de la jaula... si es que eso es posible. Damion Bane ha hechizado la cerradura.

—¿De qué está hecha la jaula? —pregunta Trystan repentinamente intrigado. Estoy viendo ese brillo que tan bien conozco en sus ojos. A Trystan le encantan los misterios.

—Es de acero élfico —contesta Yvan—. Es tan fuerte que puede soportar el fuego de un dragón.

—Ah, sí, lo conozco —dice Trystan—. Los elfos utilizan ese material para hacer las puntas de sus flechas. Solo se puede manipular antes de solidificarse. Una vez frío, ya no se puede volver a trabajar con él.

—¿Podrías conseguir un poco? —le pregunta Rafe a Trystan con una mirada traviesa en los ojos.

Trystan se encoge de hombros.

—Podría conseguir algunas puntas de flecha. —Trystan mira a Rafe con los ojos entornados—. Quieres experimentar con él ¿no?

—Quizá exista algún hechizo que pueda romperlo.

—¿No necesitas una varita militar para eso? —señala Trystan—. Y esas varitas tan poderosas son caras, e imagino que aquí Yvan, que es celta, no tiene ninguna.

—Bueno, tú eres un cadete —le recuerda Rafe.

Trystan niega con la cabeza.

—No nos permiten quedarnos las varitas. Las tienen bajo llave. Y no tenemos dinero para comprar una... —Yo tengo una varita —espeto.

Todos dejan de hablar y se vuelven hacia mí.

—¿Ahora también robas varitas? —pregunta Rafe claramente dispuesto a crearme capaz de cualquier cosa.

—La mañana que nos marchamos de Halifax, Sage me dio una varita. Creo que se la robó a Tobias, y... no quería que se metiera en más líos de los que ya tenía, así que la cosí debajo del forro de mi arcón de viaje. La saqué cuando llegué, y ha estado escondida en mi almohada desde entonces.

—¿Tienes una varita en la almohada? —pregunta Trystan incrédulo.
Le miro avergonzada.

—Sí.

—¿Qué le había pasado a esa chica? —pregunta Yvan, y noto cómo me sonrojo mientras me esfuerzo en encontrar las palabras adecuadas para contestar a su pregunta.

—Ella... se enamoró de un celta. —Dejo de mirarle y tropiezo con los ojos de Rafe. Me está observando con atención y una ceja arqueada—. Se había comprometido con el hijo de uno de los miembros del Consejo de Magos — continuó mientras consigo volver a mirar los penetrantes ojos de Yvan—. Y se fugó con el celta. Tuvo un hijo con él. Un ícaro.

Yvan alza las cejas.

—Ese ícaro —dice inclinándose hacia delante y mirándome con atención—. ¿Es el que están buscando los gardnerianos?

—¿Has oído hablar de él? —pregunto sorprendida.

—He oído que los gardnerianos saben que hay un ícaro varón escondido en alguna parte y que muchos creen que es el que cita la Profecía.

—Los ícaros que intentaron matarme en Valgard pensaban que yo era la próxima Bruja Negra —digo—. Y que me habían enviado a matar al bebé de Sage.

—Pero resulta que aquí mi hermana es incapaz de encender la llama de una vela con sus poderes —le dice Trystan a Yvan—. Así que por mucho que le guste perseguir bebés para descuartizarlos tendrá que olvidarse de este.

—Ya sabe lo patética que soy —le digo a Trystan poniéndome un poco a la defensiva.

—Yo no pienso que seas patética —contesta Yvan con la voz grave.

Parpadeo momentáneamente desorientada al escuchar cómo me defiende.

Por el rabillo del ojo veo que Rafe y Trystan intercambian una mirada curiosa. Me hace sentir incómodamente cohibida y dejo de mirar a Yvan.

—Trystan —dice Rafe con tono agradable y, por suerte, cambiando de tema—, tú encárgate de conseguir esas puntas de flecha, y Elloren, tú puedes traer esa varita que tienes.

Trystan niega con la cabeza.

—Por muy poderosa que sea la varita de Ren, necesitamos hechizos de muchísimo nivel para romper el acero élfico. Y yo no tengo acceso a esos hechizos.

—Aislinn puede conseguirlos —confieso.

Todos se me quedan mirando asombrados.

Yo me vuelvo cohibida y me desplomo bajo el peso combinado de sus miradas.

—O sea, quizá. Va a coger prestado un libro de hechizos militares de su padre.

Rafe suelta una carcajada.

—Pues está decidido. Tenemos una varita, pronto tendremos un libro de hechizos militares... —hace un gesto señalando a Trystan—, y aquí tenemos un mago de nivel cinco. Vamos a ver si podemos abrir esa jaula.

—¿Eso significa que Trystan y tú nos ayudaréis a rescatar a la dragona?
— pregunto asombrada.

Rafe me sonrío de oreja a oreja.

—Eso parece, ¿no?

Acero élfico

—No sé ni por dónde empezar —comenta Trystan mientras va haciendo limpios movimientos en el aire con la varita blanca. La punta de flecha de acero élfico está encima de un tocón de árbol a unos cuantos metros de distancia—. Yo solo conozco hechizos relacionados con las armas gardnerianas.

Estamos en un claro apartado del bosque, a una media hora de camino de la universidad. Todos hemos encontrado el punto de reunión con bastante facilidad, saliendo del final del campo que hay junto a los establos y caminando en línea recta en dirección a una torre vertical de piedra blanca de la cordillera.

La luz de la mañana se cuele por las hojas de los árboles que flotan sobre nuestras cabezas y a todos nos sale vaho de la boca debido al aire frío. Miro a mi alrededor con recelo, con la sensación de que los árboles se están apartando, susurrándome en el viento. Me siento en una roca cubierta de musgo y me arropo con la capa para protegerme del frío. Yvan está apoyado en un árbol de cara a mí, con una expresión recelosa y vigilante, y no deja de mirarme.

Parece inmune al frío. Nunca le veo con capa, pero siempre está muy caliente. Las pocas veces que me he acercado a él me he dado cuenta de que irradia calor, cuando le he rozado los dedos, le he tocado el brazo...

Yvan me mira a los ojos y el calor fluye entre nosotros. Me sonrojo y aparto la mirada.

Rafe está pasando las páginas de un libro de hechizos similar al que me dieron a mí para hacer el examen de varita, un volumen completo de hechizos básicos. Diana está sentada en un tronco muy largo a su lado, con los brazos cruzados y una expresión decidida en el rostro. Jarod observa en silencio cómo Trystan juega con la varita.

Andras está sentado y afila su terrorífica labrys llena de runas, el arma que suelen empuñar las amaz. Es un hacha doble enorme capaz de desviar la

magia además de partir cráneos con sus hojas de acero. Andras frota la piedra de afilar por encima del filo de una de las hojas del hacha, y hace un rítmico sonido sibilante.

Yvan se separa del árbol con las manos en las caderas.

—¿Por qué queréis ayudarme a liberar el dragón? —Nos mira a todos—.

Ni siquiera estoy seguro de que se pueda hacer. Y aunque así sea...

—Es una idea muy peligrosa —interviene Andras con aspereza dejando la piedra de afilar—. No sé si puedo formar parte de algo así. —Gesticula con la barbilla en dirección a la punta de fecha—. Pero os ayudaré a intentar romper ese acero. Es posible que llegue un momento en que volar en un dragón pueda ayudar a mucha gente. —Sus ojos oscuros interpelan a Yvan—. Y mi pueblo no soporta que nadie enjaule criaturas salvajes. —Guarda silencio un momento—. Siempre he querido ver un dragón salvaje. He oído que son magníficos.

—Lo son —le confirma Yvan con emoción en la voz.

—Le echaré un vistazo a tu dragón, celta —le dice Andras a Yvan—. Y después decidiré si quiero ayudar a la bestia.

Yvan le lanza una mirada sombría a Andras y después se fija en Diana. —Jarod y yo también odiamos que metan en jaulas a los animales salvajes — anuncia Diana con vehemencia, cruzada de brazos—. Todos los lupinos lo odian. —Asiente en mi dirección—. Y Elloren Gardner nos ha pedido ayuda. Así que te ayudaremos a liberar a tu dragón, Yvan Guriel.

—¿Y tú, Rafe? —pregunta Yvan—. ¿Por qué quieres actuar en contra de los tuyos?

Rafe sonríe y enseña todos los dientes.

—Pues no lo sé, Yvan. Porque Marcus Vogel es un imbécil y los gardnerianos están empezando a cabrearme. ¿Qué hay de ti, Trystan?

Trystan solo nos está prestando atención a medias porque está muy concentrado en la varita, con la que corta el aire mediante pequeños giros.

—Son un poco creídos, sí —comenta distraídamente.

—No me importaría que les faltara un dragón militar —comenta Rafe.

—Nunca sabes cuándo te puede venir bien tener un dragón militar — concede Trystan.

Rafe se ríe.

—Es bien cierto.

—Empezaré con el hechizo de fuego más débil que sé hacer e iré

aumentando la dificultad —anuncia Trystan apuntando con la varita y levantando la otra mano por encima de la cabeza con elegancia.

—¿Cuál? ¿El que se utiliza para encender velas? —se pregunta Rafe.

—Ese mismo —contesta Trystan.

—Ilumin... —Trystan recita las palabras del hechizo de memoria. Luego agita la varita en dirección al acero.

Un destello naranja sale disparado de la punta de la varita con tanta fuerza que tira de espaldas a Trystan. Yo me estremezco y por poco me caigo de la roca cuando el destello impacta con la punta de la flecha élfica y convierte el tronco sobre el que está posada en una bola en llamas.

Rafe se queda boquiabierto.

—¿Ese era el hechizo para encender velas?

Trystan asiente todavía sorprendido.

—Menuda varita que tienes, Ren —dice Rafe.

Me quedo mirando las llamas atónita. Me viene una idea fabulosa a la cabeza: ¿no sería genial si la varita de Sage fuera de verdad la Varita Blanca de la leyenda? La idea es tan imposible que casi me arranca una sonrisa.

Puede que no sea la Varita Blanca, pero me alegro de que no sea una varita vulgar.

—¿Le ha hecho algo a la punta de la flecha?

Me levanto y me acerco a las llamas para mirar.

—No puedes fundirlo —dice Yvan con impaciencia sin moverse del sitio —. Si el fuego de un dragón no puede fundirlo, tu hermano tampoco podrá.

Es cierto, la punta de flecha está intacta.

—Quizá podamos romperla —sugiere Andras levantándose con la labrys en la mano.

Coge la punta de la flecha, la coloca sobre otro tocón, levanta el arma por encima de la cabeza y la hace impactar sobre la punta de flecha haciendo un ruido metálico ensordecedor que me resuena en los oídos.

La punta de flecha sigue intacta, aunque ahora se ha quedado un poco incrustada en la madera. Sin embargo, la labrys de Andras tiene una muesca en una de las mitades.

—Increíble —dice Andras examinando la labrys. Mira la punta de flecha asombrado—. No creo que este acero élfico se pueda romper.

—Ya lo veremos —opina Diana indignada.

Se acerca a la punta de flecha y la fulmina con la mirada como si la

estuviera desafiando. Se concentra, coloca un pie detrás del otro y se pone en cuclillas, y de un rápido movimiento muy elegante, levanta la mano y la baja a toda prisa sobre la punta de flecha.

El tocón del árbol se quiebra en varios trozos haciendo un crujido ensordecedor.

Pero la punta de flecha sigue intacta sobre la madera destrozada.

—Au —dice Diana frotándose el lateral de la mano y mirando la punta de flecha con enfado.

Jarod abre los ojos como platos.

—Jamás había oído decir «au» a mi hermana.

—¿Alguna vez te he dicho que tu novia da mucho miedo? —le pregunta Trystan a Rafe.

—Muchas veces.

Rafe sonríe. Se acerca a Diana y ella le enseña la mano. Rafe se la coge y la besa.

—Yo intentaría no hacerla enfadar —le sugiere Trystan.

—Lo tendré en cuenta —dice Rafe sonriéndole a una Diana muy afectada, después le da un abrazo afectuoso.

Trystan saca el libro de hechizos de la universidad y pasa la siguiente hora poniendo en práctica casi cada uno de los hechizos del libro. Prueba todos los de calor, los de división, los de luz, transformación y lanzamiento contra la punta de la flecha, y la varita hace aumentar el poder de todos los conjuros. Pero después de una hora seguimos teniendo una punta de flecha intacta encima de un cráter enorme, abrasado y parcialmente en llamas.

—Menudo desafío nos has buscado, Yvan —comenta Rafe mientras todos miramos la punta de la flecha.

Jarod levanta la cabeza y olisquea el aire con expresión sorprendida.

—Viene Aislinn.

Miro a mi alrededor. Aislinn vuelve pronto del viaje que ha hecho a Valgard aprovechando los festejos por la elección de Marcus Vogel como excusa para visitar a su familia, y colarse en el despacho de su padre, que es Mago del Consejo. Ya le había hablado de este encuentro, le dije lo que intentaríamos hacer y dónde podía encontrarnos, por si acaso volvía a tiempo.

Oigo sus pasos ligeros sobre las hojas y el crujido de su falda antes de que aparezca con cautela entre los árboles. Aislinn está muy estresada y se le nota en la cara.

Jarod tiene aspecto de estar haciendo acopio de fuerzas para no acercarse

a ella, cogerla en brazos y fugarse con ella.

—Tengo algo para vosotros —dice.

Se descuelga la mochila del hombro, rebusca dentro y saca un libro encuadernado en piel negra.

Me quedo sin aliento y me llevo la mano a la boca.

—Por los Primeros Hijos... lo has conseguido.

Aislinn me mira muy seria y después le da el libro a Trystan, que lo observa con sorpresa.

—Santísimo Gran Ancestro —resopla cogiéndolo—. Lo has traído.

—¿Qué es? —pregunta Andras.

Trystan se vuelve hacia él.

—Es el Libro Negro. Solo lo pueden consultar los miembros del Consejo de Magos y oficiales militares de alto rango. Este libro incluye hechizos muy protegidos. Y no solo hechizos gardnerianos, también hay algunos fae.

Trystan va hojeando el libro con cautela mientras habla.

—Durante la Guerra del Reino, los gardnerianos se apropiaron de los Libros de Hechizos fae. Hay algunos que los gardnerianos pueden hacer con sus varitas, como los que sirven para destruir el glamour de un fae. Y todos están aquí. —Trystan alza el libro en dirección a Aislinn—. ¿De dónde lo has sacado?

—Mi padre —contesta Aislinn en voz baja—. Tenía un ejemplar en su despacho. Y yo... lo he tomado prestado. No lo sabe.

Rafe suelta una carcajada incrédula.

—Ya imagino.

—Esto es peligroso —le dice Trystan—. Muy peligroso.

—Ya lo sé —contesta con recelo, pero tiene una mirada desafiante en los ojos—. Lo devolveré cuando hayas copiado los hechizos. —Nos mira a los demás—. Deberíais saber algo. He oído a escondidas a unos miembros del Consejo que hablaban sobre una nueva arma que tienen ahora los gardnerianos, algo que planean utilizar contra los lupinos. Me... me preocupó. Me asusté por... Por los lupinos.

Lanza una rápida mirada cargada de preocupación hacia Jarod.

Diana hace un ruidito desdeñoso.

—Llevan años amenazándonos. Siempre están probando cosas nuevas. Y nada funciona.

—No —la interrumpe Aislinn con aspereza—. Esta vez es distinto. Especialmente ahora que Vogel está en el poder. Parecen muy seguros.

Satisfechos, casi. Quieren acabar con todos los lupinos. Quieren vuestras tierras. Y quieren enviar un mensaje.

—Su magia no funciona con nosotros —le recuerda Diana a Aislinn con un poco de condescendencia—. Y a los dragones los haremos pedacitos.

Aislinn la mira muy seria.

—Es igual. —Gesticula en dirección al Libro de Hechizos—. Quizás este libro pueda utilizarse para más cosas aparte de para liberar al dragón.

Todo el mundo guarda silencio un momento. Nuestras vidas están oficialmente en peligro: hemos robado un Libro de Hechizos del Consejo de Magos y estamos conspirando para liberar un dragón militar gardneriano. Y además salvaje.

—Debería marcharme —dice Aislinn frunciendo el ceño—. No quiero arriesgarme a que me vean con vosotros. Si alguien se da cuenta de que el Libro de Hechizos no está... No quiero que nadie piense que os lo he dado a vosotros.

—Has sido muy valiente —le dice Rafe.

Ella asiente y se vuelve para marcharse.

—Aislinn, espera —Jarod se acerca a ella.

Ella levanta una mano para detenerle con una mueca dolida en el rostro.

—No, Jarod. Por favor... tengo que marcharme.

—Tenemos que hablar —insiste Jarod con un tono visiblemente angustiado.

Aislinn se agarra la falda negando con la cabeza y se pone a llorar.

Jarod se acerca a ella y la abraza, la estrecha con fuerza y le da un beso en la cabeza. Ella se acurruca contra él y solloza con la cara pegada a su pecho.

Diana los mira asombrada, por lo visto no tiene ni idea de lo que está pasando en la vida de su hermano. Jarod le susurra algo a Aislinn y ella asiente.

—Tengo que hablar con Aislinn en privado —anuncia Jarod advirtiendo la mirada dolida de su hermana—. Hablaré contigo luego, Diana.

La lupina no parece inmutarse con sus palabras, aunque mira a su hermano gemelo casi como si ya no le conociera.

Jarod se lleva a Aislinn y enseguida se los traga el bosque.

—Diana —dice Rafe con delicadeza.

Diana se da media vuelta para mirar a mi hermano.

—¿Tú lo sabías?

—Me lo imaginaba. Era bastante evidente.

—¿Y por qué no me lo has dicho?

—Bueno, para empezar, no es asunto mío —explica Rafe abrazándola—. Y además, tú eres la de los sentidos superiores, y no yo.

—Me parece que ha estado distraída con otras cosas —comenta Trystan con ironía.

Diana sigue pareciendo un poco dolida, pero el abrazo de Rafe parece tranquilizarla y se apoya en él como para absorber parte de su ecuanimidad.

—Esa chica, Aislinn —dice Andras volviéndose hacia mí con un tono grave y resonante—. ¿Su padre es miembro del Consejo de Magos?

—Sí —contesto.

—Esto terminará mal —predice Andras negando con la cabeza—. No puedes romper los vínculos de tu cultura. Son como esa punta de flecha.

Miro el metal élfico que sigue de una pieza e intacto en el suelo chamuscado.

Cuando vuelvo a levantar la cabeza, me encuentro con la mirada feroz de Yvan, que arde con tanto desafío que enciende el mío.

Esa noche tengo un sueño.

Estoy en el granero de Yvan, bajo la suave luz de un candil. En lugar de haber algunas páginas de *El Libro* repartidas por el suelo del granero hay miles de ellas.

Una figura emerge de las sombras. Es Yvan. Su contorno resplandece, es fluido y algo borroso, pero enseguida adopta una forma sólida.

Se acerca a mí muy decidido con ardor en los ojos verdes. Las páginas se arremolinan alrededor de sus pies, el papel es fino como las plumas. Sin vacilar un segundo, Yvan me toma entre sus brazos y me besa con urgencia.

Yo jadeo sorprendida por la intensidad de su inesperado beso. Siento el calor de su piel a través de la áspera lana de su camisa mientras me fundo en su apetito y percibo el sabor de su ardor. Es como si me recorriera una oleada de miel caliente.

Deslizo la mano por los tersos músculos de su cuello y por su cabello. Siento su cálido aliento mientras me besa el cuello, la cara, los labios, como si se muriera por mí.

—Te quiero, Elloren —dice con la voz entrecortada.

El calor de mi interior aumenta y me llena el corazón de una felicidad tan pura que me duele. Me siento muy a gusto con él. Como cuando llegas a casa después de un viaje muy largo.

—Yvan —jadeo con la boca pegada a su mandíbula—. Yo también te quiero.

De pronto se alza un viento que aparece de la nada.

Las páginas del *Libro* se arremolinan y se levantan del suelo, se forma un ciclón a nuestro alrededor que tiene vida propia. A mí se me escapa un grito cuando las páginas se cuelan entre nosotros y nos separan, noto cómo los bordes del papel me cortan la piel.

Y no puedo verlo. Solo veo una pared blanca mientras las páginas rugen a mi alrededor, el sonido es ensordecedor.

—¡Yvan! —grito.

Pero es inútil. No puede oírme por encima del rugido de *El Libro*.

Naga

—Dime una cosa, celta —le pregunta Ariel a Yvan mientras cruzamos el bosque en dirección al dragón de Yvan—, ¿Hay alguna posibilidad de que tu dragón se coma a la Bruja Negra?

Veo que Yvan reprime una sonrisa, pero no despega los ojos del camino.

—Supongo que es posible —contesta.

—O quizá la envuelva en llamas —comenta Ariel encantada.

La fulmino con la mirada y tropiezo con unas raíces. Ya sabe que odio que me llame Bruja Negra. Pero estoy cansada de discutir con ella. Es imposible razonar con Ariel, y decirle que odio algo solo sirve para que lo haga más.

Mis hermanos, los lupinos, Andras y Wynter, nos acompañan en silencio. Al contrario que yo, ninguno de ellos tropieza con nada. Todos son irritantemente sigilosos.

—A Ariel le gusta picarme —le confieso a Yvan, que vuelve a esbozar media sonrisa.

Diana fue quien convenció a Ariel y a Wynter para que nos acompañaran, porque ellas pueden comunicarse con los dragones mentalmente. Aislinn se ofreció para quedarse y cuidar de Marina.

Aunque Ariel opina que Diana es una salvaje, y nunca ha llegado a confiar en que la lupina no se comerá a sus amigos con plumas, Diana es tan directa que consigue atravesar esa oscuridad rancia en la que Ariel parece vivir inmersa. Y al final, la curiosidad de Ariel ganó la partida y accedió a venir; también ayudó que Wynter ya hubiera decidido acompañarnos.

—Yo podré comunicarme con el dragón —presume Ariel—, y podré decirle cuál de las extremidades debe arrancarte primero. Pero tú no sabrás lo que le estoy diciendo. Será una sorpresa.

—¿Y por qué no empiezas ya a practicar tus habilidades para comunicarte en silencio? —le contesto cansada.

Ariel esboza una sonrisa traviesa y me enseña sus dientes sucios.

—Quizá no sentiría tanto resentimiento hacia la Bruja Negra —le comenta a Yvan con astucia—, si no me hubiera tenido despierta toda la noche.

Siento una punzada de pánico y me quedo de piedra. Ariel ralentiza el ritmo y se para ella también, lo que hace que los demás también se detengan y se nos queden mirando con curiosidad.

—Ariel, por favor —suplico sonrojándome incómoda.

—Resulta que habla en sueños —le explica Ariel a Yvan con una sonrisa de oreja a oreja—. Y el de esta noche ha sido especialmente molesto.

Me siento expuesta, tengo la sensación de que me voy a poner a llorar en cualquier momento.

—Ariel. —Diana da un paso amenazador en su dirección—. Ya basta.

—Deberíamos ir tirando —sugiere Rafe—. No nos quedan muchas horas de luz.

Asiento con rigidez, me siento como si estuviera clavada al suelo.

Ariel mira lentamente a su alrededor, tomándose su tiempo, saboreando mi sufrimiento.

—No te preocupes, Bruja Negra —dice al fin—. No le explicaré a Yvan la clase de sueños que tienes sobre él.

Yvan levanta las cejas y me mira sorprendido antes de apartar la vista incómodo. Diana suelta un rugido grave y arruga el labio superior.

Ariel sisea a la lupina y se agacha adoptando una postura defensiva hasta que Diana transige y deja que Rafe se la lleve, y casi todos los demás les siguen.

Wynter aguarda un momento, su expresión de complicidad es lo único que me ayuda a moverme.

Les sigo envuelta en una bruma de vergüenza y aguantándome las ganas de echarme a llorar.

Yvan sabe que he soñado con él. ¿Y qué? Nadie puede controlar lo que sueña.

Mi dolorosa humillación desaparece cuando llegamos hasta el dragón de Yvan.

La dragona está tumbada de lado, con los ojos cerrados, tendida sobre un charco de sangre, tiene la espectacular piel negra cubierta de cortes y marcas de latigazos. Tiene una de las alas y una pata de atrás dobladas en un ángulo poco natural.

Me llevo la mano a la boca y me quedo sin aliento ante tan sádica demostración de crueldad.

—Oh, no —jadea Yvan avanzando a bandazos en dirección a la jaula, se deja caer de rodillas delante y se agarra a los barrotes. Wynter, que parece muy afligida, se acerca a Yvan con las alas alrededor del cuerpo.

—Quienquiera que haya hecho esto merece morir —ruge Diana con voz grave y amenazadora, y una mirada furiosa. La misma ira que se refleja en las expresiones de Jarod y Andras.

Ariel se ha quedado de piedra, su pálido rostro conmocionado. De pronto se abalanza con violencia hacia la jaula y grita:

—¡Sácala! ¡Sácala de esa jaula!

Se desmorona en el suelo completamente desolada y agarrada a los barrotes de acero.

Trystan se acerca para hablar con Ariel, se le ve muy tranquilo con la varita banca en la mano.

—Eso es lo que vamos a intentar hacer —le dice con delicadeza—. Pero no podremos hacerlo si llamas la atención de todos los soldados que haya a diez kilómetros a la redonda.

Ariel se aferra a la jaula con la respiración entrecortada y su mirada de rabia se convierte en una expresión de pura devastación.

Yvan ha metido el brazo entre los barrotes y le ha tocado la espalda al dragón.

—Sigue viva —anuncia con un hilo de voz extrañamente alterado.

La dragona abre un poco el ojo y mira directamente a Yvan con mucha tristeza.

Se me saltan las lágrimas.

Andras se acerca a Yvan y evalúa la situación.

—Tiene un ala rota —comenta sin apenas conseguir reprimir la rabia—. La pata también, y ha perdido mucha sangre. Quizá la émpata pueda decirnos si hay esperanza.

Mira a Wynter, que respira hondo antes de arrodillarse y alargar las manos hacia la jaula.

La dragona mira a Wynter cuando le pone las manos sobre las brillantes escamas de la piel y cierra los ojos con fuerza y una expresión dolida.

—Quiere que se sepa que se llama Naga. Y que quiere moverse, pero no puede. Siente mucho dolor. —La voz de Wynter es un murmullo entrecortado, y le tiembla la boca al hablar—. Está desesperada. Lo único que

siempre ha querido... —Wynter se desmorona un momento, las lágrimas le resbalan por las mejillas—. Lo único que siempre ha querido es ser libre.

Sentir el viento en las alas. Pero es imposible pelear contra ellos. Le viene una imagen a la cabeza. Yvan. Su buen amigo. Su único amigo. Quiere que él y los suyos se marchen antes de que los monstruos gardnerianos los encuentren. Yvan piensa que puede liberarla, pero no puede. Por mucho que sea un...

Wynter jadea, su cara se ilumina al comprender algo, y se vuelve hacia Yvan.

Yvan palidece, se levanta y se aleja de Wynter.

—Wynter, por favor.

—Yvan —jadea negando con la cabeza incrédula—. No puede ser. ¿Cómo es posible?

—Te lo suplico —le ruega.

Wynter agacha la cabeza como si quisiera recomponerse. Cierra los ojos con fuerza un momento, después los abre y observa a Yvan con tranquilidad.

—Dame la mano —le ordena tendiéndole la suya y apoyando la otra sobre el dragón.

—Wynter, yo...

—No tienes que temer esto conmigo —le dice con firmeza sin apartar la mano.

Yvan parece conmocionado. Pero entonces transige y le tiende la mano. Wynter cierra los ojos mientras lee los pensamientos de Yvan y del dragón a la vez, frunce el ceño y asiente de vez en cuando, como si estuviera manteniendo alguna conversación secreta. Al final abre los ojos. Sigue sosteniendo la mano de Yvan.

—Los émpatas guardan todos los secretos —le dice Wynter.

Miro a mi alrededor confundida. Las expresiones de Jarod y Diana son impenetrables, y Andras aprieta el mango del hacha con fuerza. Trystan y Ariel están mirando a Yvan con recelo.

—No quiero interrumpir —le comenta Rafe a Wynter dando un paso adelante—, pero si hay algo que debemos saber sobre Yvan, creo que deberías decírnoslo. Si hay algún peligro...

—No representa ningún peligro para nosotros —afirma Wynter muy segura—. Podemos confiar plenamente en él.

Rafe la mira con dureza y después hace lo mismo con Yvan entornando los ojos, después se relaja.

—Muy bien —le dice a Wynter—, ¿qué puedes decirnos sobre las probabilidades que tenemos de sacar a Naga con vida?

Wynter vuelve a concentrarse en el dragón.

—¿Quién te ha hecho esto? —le pregunta Yvan muy angustiado.

La mirada del dragón rebosa dolor.

—Un soldado —traduce Wynter—. Su entrenador. —Hace una mueca de dolor—. Mago Damion Bane.

—Gran Ancestro —exclamo disgustada—. No me extraña que haya sido un Bane.

—Vamos a sacarte de aquí —le dice Yvan al dragón apretando los labios con decisión—. Encontraremos la forma.

—Es imposible —dice Wynter traduciendo los pensamientos de la dragona—. Va a volver. Me va a torturar hasta que me rinda... o muera.

—Nosotros se lo impediremos —afirma Rafe.

—Pues enviarán a otro —continúa Wynter—. Es imposible detenerlos.

—No —dice Trystan deslizado las manos por los barrotes para estudiarlos—. Encontraremos la forma de abrir esta jaula y te sacaremos.

—Pues tendrás que encontrarla rápido, gardneriano —traduce Wynter, los ojos de la dragona rebosan urgencia—. Muy rápido.

No vemos mucho a Trystan durante los días siguientes. Se esfuerza por ceñirse a su horario habitual, igual que hacemos los demás, todos tenemos un montón de tareas y se acercan los exámenes. Aun así, Trystan encuentra el tiempo para desaparecer en el bosque cada tarde y practicar hechizos contra la punta de flecha con ayuda de la varita blanca.

Ariel no deja de pasearse por la habitación, y su cuervo la mira desde su sitio, en la cama. Está enfadada, de mal humor, y mucho más nerviosa que de costumbre. Todos lo estamos. La selkie parece percibirlo. Igual que el cuervo, nos observa atentamente con recelo, y por las noches se acurruca con Diana, que es su mayor consuelo.

Yvan parece preocupado y distante, sigue mirándome a escondidas como de costumbre, pero no se acerca a mí. Se queda con las trabajadoras celtas y uriscas de la cocina, y siempre intenta no elegir tareas que puedan obligarlo a acercarse a mí. Y evita las pequeñas oportunidades para hablar que había empezado a aprovechar, aunque yo noto la atracción que compartimos desde la otra punta de la cocina.

Es molesto y confuso, pero intento no sentirme dolida y me concentro en los estudios y en no levantar sospechas.

No dejo de pensar en lo que pasaría si alguien encontrara a Marina, en si sobrevivirá Naga, y en qué será lo que sabe Wynter sobre Yvan. Hay cosas muy raras en él, como su velocidad y la fuerza que demostró cuando se enfrentó a Damion para rescatar a la chica urisca. También parece que sea capaz de comunicarse con la dragona con solo mirarla. Y parece que perciba mis pensamientos. Y ese calor tan extraño de su piel.

¿Qué está escondiendo?

Yvan

—¿Sigues siendo mala?

La voz de la niña que oigo desde lo alto me sorprende. Entorno los ojos a la oscuridad para verla bien entre las frondosas ramas de pino que cuelgan fuera de la cocina. Hacía mucho tiempo que no veía a Fern, la pequeña niña urisca. Me sorprende que siga estando aquí.

—¿Dónde estás? —pregunto intentando no levantar la voz, recuerdo muy bien que está aquí de forma ilegal, que su abuela la sacó a escondidas de las islas Fae.

—¿Pero sigues siendo mala?

Recuerdo con mucha vergüenza el día que Lukas entró en la cocina conmigo y amenazó a todo el mundo con tanta frialdad que hizo llorar a la pequeña Fern.

—Iris y Bleddyn dicen que sigues siendo mala —comenta con un hilo de voz—, pero Yvan dice que no. Que ya no.

—¿Ah, sí?

Siento una agradable oleada de calor en la piel.

—La abuela dice que ella no lo sabe. Y yo tampoco lo sé.

Lo pienso un momento.

—Fui mala, pero no quería serlo. Y lo siento. Ya no soy mala. Por lo menos, eso espero.

—Ah, vale.

Se hace el silencio un momento.

—¿Fern?

—¿Mmmm?

—¿Por qué estás subida a un árbol? No es seguro estar en un sitio tan alto.

—Estoy jugando a la Bruja Negra.

Me quedo asombrada.

—¿A la Bruja Negra?

—En las islas todos los niños jugaban a esto. Cuando los supervisores no miraban. Alguien hace de Bruja Negra, y los demás tienen que esconderse.

—¿Y qué pasa si te coge? —pregunto.

—Pues que te mata, claro.

Me quedo de piedra.

—Parece un juego siniestro —dijo avergonzada.

«¿Este es el legado de mi abuela? ¿Un juego infantil en el que ella encarna a un monstruo malvado que quiere matarlos a todos?» —Eres guapa —dice la vocecita.

—Gracias —contesto, y la oigo reír entre las hojas.

—Yvan también piensa que eres guapa.

—¿Ah, sí?

Me sonrojo complacida.

—Le dije que parecías una princesa, y me contestó que él también lo pensaba.

—Ah —contesto halagada.

—Es amigo mío —continúa la niña—. A veces juega conmigo.

—¿Eso hace?

Intento imaginármelo: el serio e intenso Yvan jugando con una niña. Pero entonces recuerdo la primera vez que le vi con Fern cuando la niña le llenó la camisa de burbujas. Recuerdo su sonrisa y lo paciente que se mostró.

—También me hace juguetes.

—¿De veras?

—Sí. Me hizo una varita para hacer burbujas y un puzle de pato de madera.

—Qué bonito.

—Yvan es bonito.

Cuando ocurre, pasa tan deprisa que no tengo tiempo de reaccionar. Se oye un crujido muy fuerte, un grito agudo y un golpe seco.

Y entonces comienzan los gritos.

Suelto la bolsa de libros y corro hacia su pequeño cuerpo hecho un ovillo en el suelo delante de mí. Se ha caído de lo alto del árbol y ha aterrizado encima del canto afilado de la azada que estaba en la base del árbol. Está tan oscuro que no distingo muchas cosas, pero tengo muy claro que se ha roto la pierna derecha y que le sale sangre de la herida.

—Oh, Gran Ancestro —jadeo con el corazón acelerado mientras Fern se retuerce y grita con todas sus fuerzas. Presa del pánico busco a mi alrededor a

alguien que pueda ayudarnos, y veo que Yvan viene corriendo hacia nosotras desde los establos—. Se ha caído. Desde lo alto del árbol. Se ha caído sobre la azada. Está sangrando. Se ha roto la pierna.

Le hablo con incoherencia mientras él se pone de rodillas en el suelo y evalúa la situación. Mira a su alrededor. Fern no debería estar aquí. Si alguien la encontrara...

—¡Haz que se calle! —me ordena.

—¿Cómo?

—¡Tú hazlo!

Me siento detrás de Fern, le cojo la cabeza y le tapo la boca con fuerza. Consigo amortiguar sus gritos, pero enseguida me siento mal por tener que hacer aquello. Su cuerpo se encorva y se tensa contra mí mientras ella me araña los brazos y manotea en el aire. Intento inmovilizarla. Yvan le sube el pantalón y veo con claridad que un hueso le asoma por la pierna.

—Elloren —me dice con aspereza—. Sujétala bien.

Sin quitarle la mano de la boca utilizo la otra para agarrarle los brazos. Yvan le coge la pierna y la palpa con destreza. Y entonces, de repente, le pone el hueso en su sitio. Fern se convulsiona y gime aterrada y muy dolorida.

—¿Qué estás haciendo? —grito muy confusa.

Ahora le sujeta la pierna recta con ambas manos, que tiene sobre la herida. Cierra los ojos, como si meditara sosteniéndole la pierna.

—¡Yvan! —sollozo—. ¿Por qué estás haciendo esto? ¡Necesitamos un médico de verdad! ¡Ahora mismo!

Pero los gritos de Fern empiezan a disminuir, sus músculos se relajan y deja caer los brazos. Gimotea en silencio y después también desaparece el llanto. Yvan se queda donde está, sigue con los ojos cerrados, como si estuviera concentrando toda su energía en la pierna.

Fern está temblando, y distingo la familiar silueta de su abuela acercándose a nosotros.

Fernyllia suelta los cubos de sobras que lleva en las manos en cuanto ve a su nieta tendida en el suelo.

Yvan abre los ojos y me mira.

—Suéltala, Elloren —me dice.

Suelto a la niña sintiéndome muy insegura y me echo hacia atrás con la cabeza de Fern sobre el regazo.

La niña sorbe por la nariz, todavía le tiembla el cuerpo, pero ya no

parece que le duela nada.

Yvan le separa las manos de la pierna muy despacio. La sangre que tiene en las manos, la de la pierna de Fern y la que tiene en la ropa parecen manchas de tinta en la oscuridad. Me asombra ver cómo Fern flexiona la pierna y le tiende las manos a su abuela. Yo me la quedo mirando sin creer lo que ven mis ojos.

¿Cómo puede ser? El hueso... ¡le sobresalía de la pierna!

Yvan se aparta para que Fernyllia coja a la niña y la abrace.

—Mi niña bonita —dice Fernillya dándole un beso en la cabeza—. ¿Qué ha pasado?

—Me he caído del árbol —solloza Fern—. Yvan me ha arreglado la pierna. Pero me ha dolido.

—Solo ha sido un rasguño —le dice Yvan a Fernyllia.

¿Qué?

¿Acabamos de presenciar la misma escena? Yo he visto el extraño ángulo que le dibujaba la pierna, el hueso que sobresalía. Y hay sangre por todas partes. Eso demuestra que no me equivoco.

Yvan advierte mi expresión incrédula y me mira con aspereza, como si quisiera que guardara silencio. Yo le miro las manos y la sangre que tiene en el regazo. Ya sabía que hay sanadores que pueden curar roturas tan extremas como esta en cuestión de meses, pero jamás había oído nada como esto.

—Gracias, Yvan —dice Fernyllia muy agradecida. Se vuelve hacia mí—. Y gracias, Maga Gardner.

—Elloren me ha ayudado —le dice Fern a su abuela con la cabeza pegada a su pecho, está agotada.

Fernyllia le da un beso en la cabeza a la niña y me mira con complicidad.

—Quizá a Elloren y a Yvan les apetezca un poco de té y un pedazo de tarta de manzana —dice con esa voz cantarina que emplea la gente para hablar con los niños, y me sorprende que haya utilizado mi nombre de pila. Fernyllia toca la nariz de su nieta con la punta del dedo—. Y a ti, pequeña, te haré un poco de sirope de arce. ¿Eso te hará sentir mejor?

Fern asiente con debilidad. Fernyllia se levanta con su nieta entre los brazos.

—Adelantaos —dice Yvan con amabilidad—. Ahora entramos nosotros.

Fernyllia le mira sorprendida, pero después asiente y se marcha.

—¿Cómo lo has hecho? —le pregunto con un susurro urgente en cuanto

Fernyllia está lo bastante lejos—. Eso es magia medicinal. Y los celtas no tienen poderes.

No me mira a los ojos.

—No sé a qué te refieres, Elloren. Tenía la pierna dislocada. Yo solo le he vuelto a poner el hueso en su sitio.

—Tenía la pierna rota. He visto el hueso, Yvan. Con mis propios ojos. Y estás lleno de sangre. ¡Eso no ha sido un rasguño!

Me mira a los ojos con esa iracunda intensidad tan propia de él.

—Y la dragona. Puedes comunicarte con ella, ¿verdad? —insisto—. Igual que Wynter y Ariel. Con la mente. ¿Cómo lo haces, Yvan? Y cuando te enfrentaste a Damion para ayudar a Olilly... te moviste tan rápido... fue como un borrón. Pensaba que me estaba imaginando cosas, pero no puedo estar imaginándome esto. ¿Qué nos escondes?

—Nada —contesta evitando mi mirada con los dientes apretados—. Estás imaginando cosas. —Se pelea con algún pensamiento un segundo, pero después vuelve a clavarme los ojos. Se inclina hacia mí y me habla con un tono duro—: Más vale que lo dejes.

Pero estoy decidida.

—No pienso dejarlo —insisto inclinándome también hacia él—. No pienso dejarlo hasta que me digas de qué va todo esto. —Frunzo el ceño preocupada por él—. Cuéntamelo, Yvan. Puedes confiar en mí.

Veo un destello de tortuoso conflicto en sus ojos y separa los labios como si estuviera a punto de hablar conmigo. Percibo su tristeza y se me encoge el corazón.

Pero entonces cierra la boca y el conflicto desaparece de sus ojos, solo queda la dureza.

—Tengo que marcharme —me dice con frialdad—. Tengo mucho trabajo.

—Yvan —le suplico—. Espera...

Pero no puedo hacer más que observarlo, muy desanimada, mientras se da media vuelta y se aleja de mí envuelto por la noche.

Entro en la cocina muy intranquila y me encuentro a Fern sentada junto a su abuela tomándose una taza de sirope de arce.

Fernyllia acaba de terminar de limpiarle la herida a la niña, y la pierna se ve recta, fuerte y con un único y pequeño moretón rojo.

Fernyllia me mira cuando entro.

—¿Dónde está Yvan? —pregunta.

Respiro hondo.

—Ha tenido que marcharse. Tiene... tiene mucho que estudiar.

—Se esfuerza mucho este chico. —Chasquea la lengua y mueve la cabeza mientras coloca su cálido chal sobre los hombros de la niña. Fern deja la taza en la mesa y alarga los brazos hacia su abuela. Fernyllia se ríe—: Arriba —le dice a la niña, y Fern se levanta para dejar sentar a su abuela y después se acomoda sobre su regazo.

Una vez instalada, Fern coge la taza de nuevo y empieza a beber mirándome avergonzada.

—No te he juzgado bien, Elloren Gardner —reconoce Fernyllia en voz baja mientras le acaricia el pelo a su nieta.

—Yo también te juzgué mal al principio —admito.

Fernyllia mira el brazalete blanco que llevo en el brazo.

—En realidad no apoyas a Vogel, ¿verdad, querida?

La miro fijamente y niego con la cabeza.

Me mira con admiración y sonrío.

—Ya me lo imaginaba.

Satisfecha, vuelve a mecer a la niña mientras le murmura en voz baja.

Las observo mientras a Fern le va entrando sueño hasta que, al fin, Fernyllia le quita la taza de la mano y deja que se duerma en sus brazos.

—Lo siento —murmuro—. Siento haber sido tan ignorante, y haber estado tan equivocada cuando llegué aquí.

Fernyllia me mira con admiración y después mira a la niña.

—Acepto tus disculpas —contesta sonriendo—. Toma un poco de té, Elloren Gardner.

Señala en dirección a la tetera y las tazas que tiene delante; de la tetera emana un vapor mentolado.

Me sirvo el té y me lo tomo con Fernyllia mientras ella mece a su nieta con suavidad, la escena es muy tierna.

Estoy dolida por la actitud de Yvan, su rabia y que se haya negado a ser sincero conmigo, pero mientras contemplo a la niña dormida aferrada a mi taza, el calor del té me calienta las manos y se lleva parte de la tensión.

Fernyllia se pone a cantar una nana en urisco y me sorprende advertir que el acento cantarín de la lengua resulte tan rítmico en una canción.

Me recuesto en el respaldo de la silla, acabo el té y disfruto de esta nueva y reconfortante amistad.

Entretanto, intento descifrar los secretos de Yvan.

Fae

—Debe de ser fae —opina Aislinn mientras hojea un libro encuadernado en piel con los bordes de las páginas plateados.

Nos hemos sentado en el suelo de su habitación aprovechando que las dos elfas con las que comparte alojamiento no están. Estamos desperdiciando un precioso tiempo para estudiar, porque nos hemos dedicado a rebuscar en las páginas de todos los libros sobre la raza fae que hemos podido encontrar.

—Debe de ser raro esto de vivir con dos elfas —comento mirando a mi alrededor.

Aislinn adopta una expresión oscura.

—Imagino que no será durante mucho más tiempo. Ahora que el Consejo de Verpacia está dominado por gardnerianos.

El Consejo de la universidad siempre ha estado a favor de la integración en las residencias de estudiantes, y solían alojar juntos a gardnerianos y elfos dado que nuestros países son aliados y somos igual de reservados. Pero solo es cuestión de tiempo que esta medida tan polémica pase a mejor vida ahora que hay mayoría gardneriana en el Consejo de Verpacia.

Un fuego ruge en la chimenea que tenemos al lado y hay un montón de libros repartidos por el suelo de la habitación. Miro la cama de Aislinn, que está en una esquina. Sus cosas son muy elegantes: las sábanas verdes están confeccionadas con un carísimo algodón alfsigr ellusian, y sus libros son todos nuevos. Su ropa es sencilla, pero también está confeccionada con seda y otros tejidos igual de elegantes, y sus cepillos son de plata.

Pero estas cosas palidecen en comparación con el etéreo espacio en el que viven las doncellas alfsigr que comparten habitación con Aislinn. Tienen camas con dosel, vestidas con seda marfileña y las dos tienen cuatro columnas en espiral por donde trepan vides frescas cuyas hojas verdes se mezclan con delicadas flores blancas que desprenden un aroma sutil tan limpio como una ducha de primavera. Hay colgados varios tapices tejidos en tonos blancos, plateados y negros que combinan con una alfombra similar un

tanto más oscura. También veo una estantería muy larga con varios cuencos de cristales translúcidos y libros negros con los títulos estampados en escritura élfica. A los pies de una de las camas hay un arpa preciosa de madera de caoba y las cuerdas de oro brillante.

—Existen leyendas de sanadores fae que pueden hacer cosas milagrosas — me explica Aislinn alejando mi atención de la fuente en cascada de las elfas que está al lado de la ventana abovedada y rodeada de varias plantas en flor que crecen en macetas de marfil con diseños negros. Es muy agradable escuchar el suave murmullo del agua y provoca una humedad relajante en el ambiente.

Vuelvo a pasear la vista por el libro y paso el dedo por encima de la ilustración de una sílfide, una fae de aire. Va vestida con vaporosas prendas grises y está apoyada sobre una nube.

Paso el dedo por el contorno de la oreja de la sílfide.

—Yvan no tiene las orejas puntiagudas —comento.

—Podría ser un glamour —opina Aislinn.

Señalo un pasaje del texto.

—Según lo que pone aquí, reduciría las opciones a las sílfides de aire, las lasair de fuego y las asrai, que son faes de agua. Aquí pone que son los únicos fae que pueden esconderse tras un glamour. —Cojo mi taza de té caliente y le doy un sorbo notando cómo el peso de la cerámica me calienta las manos—. El hierro no le hace nada. Lo toca todo el tiempo cuando está en la cocina.

—Quizá sea mestizo —contesta Aislinn como ausente mientras desliza el dedo por el índice de otro libro y empieza a pasar las páginas—. Aunque podría seguir sintiendo cierta aversión hacia él.

Intento recordar algún momento en el que Yvan pareciera siquiera molesto por tener que tocar los cacharros de cocina o las cocinas de leña, pero estoy segura de que nunca le he visto molesto por el contacto. Y, al contrario que Tierney, él siempre va sin guantes.

—Hay muchas clases de fae —reflexiona Aislinn mientras lee—. Cientos. Y todos son muy diferentes entre sí.

Mi mente va archivando las fantásticas ilustraciones de los libros. Los laminak fae, con sus castillos cristalinos subterráneos. Los hollen fae, cabreros que tallan sus ciudades en las cimas de las montañas. Los fae sílfide, que se pueden hacer transparentes.

—Mira estos —exclamo maravillada señalando una ilustración—.

¡Tienen alas de mariposa!

—Mmmm —dice Aislinn asintiendo—. Faes de musgo. He oído historias sobre ellos. Son como una compañía. Representan obras de teatro para la monarquía.

Leo por encima las descripciones sobre los fae skogsra, que viven en los bosques con los búhos, y los serios fae ymir, de las montañas del norte, cuyas moradas de torretas afiladas están hechas de hielo.

—¿Has oído hablar de los vila fae? —pregunta Aislinn.

—¿Están relacionados con algún elemento?

Mi amiga sonrío y niega con la cabeza.

—No. Son faes de color. Los vila tienen afinidad con el violeta. Pueden mimetizarse con ese color. Los sidhe los utilizaban como espías. Por eso no se permite que haya nada violeta en el Consejo de Magos.

—Es increíble que jamás hayan estado cohesionados —comento mientras paso las páginas del libro—. Son tan... diferentes.

—Bueno, están bastante cohesionados —dice Aislinn cogiendo otro libro—. A excepción de los fae solitarios.

—¿Solitarios?

—Vivían ajenos a la política de la Corte Sidhe. Renegados. Nómadas. Como los dríades. Los fae de fuego lasair. —Aislinn detiene los dedos sobre el libro—. Mira, aquí hay algo. Los fae de fuego lasair poseen una poderosa magia curativa. —Vuelve a desplazar el dedo mientras lee la sección—. Poderosa magia de fuego, son sanadores muy poderosos, muy independientes, nómadas. —Me mira con complicidad antes de continuar—: Ojos de un color verde muy brillante... extremadamente peligrosos... —Aislinn esboza una sonrisita y vuelve a mirarme—. Físicamente muy atractivos. Ya sé que es un celta, pero es bastante guapo, ¿no crees?

Me encojo de hombros.

—Un poco —me permito decir, no quiero que Aislinn se dé cuenta de que me he encaprichado de Yvan Guriel—. Deberíamos apuntarlos en la lista — sugiero intentando parecer despreocupada mientras cojo la taza y Aislinn toma nota.

«Un fae de fuego. ¿Será posible que Yvan sea medio Lasair?»

—Es muy fuerte y rápido —reflexiono haciendo memoria—. Siempre desaparece en el bosque. Creo que ya te dije que hubo un tiempo en que pensé que era lupino.

Me arrepiento de haberlo dicho en cuanto pronuncio la palabra. En

cuanto menciono a los lupinos, Aislinn se pone tensa.

—¿Cómo van las cosas entre Jarod y tú? —me aventuro a preguntar.

Aislinn se queda mirando fijamente el libro y tarda un momento en contestar.

—Hablo con él, si te refieres a eso —contesta con un tono evasivo—. Por favor, no sigamos hablando de esto. Ya he tomado una decisión. No puedo abandonar a mis hermanas y a mi madre. No tiene sentido seguir hablando del tema.

Observo su aspecto demacrado. Me tiene preocupada. Aislinn cada vez pasa más días fuera, se marcha a ver a su familia casi cada fin de semana. En parte lo hace para guardar las apariencias, por si alguien descubre que el Libro de Hechizos ha desaparecido, y en parte para alejarse de lo que siente por Jarod.

—Aislinn —le digo—, tu felicidad también es importante. No solo la de ellos.

Adopta una expresión dolida.

—¿Y cómo iba a ser feliz sabiendo que he abandonado a mi familia?

—Pero no estarías abandonándolos.

Niega con la cabeza con una mirada angustiada, y sé que ahora mismo no puedo seguir presionándola.

Suspiro.

—Añoro tenerte más por aquí. Eres una de las pocas personas con las que puedo ser sincera.

Aislinn me mira con el ceño fruncido.

—Ya lo sé. A mí me pasa igual. Pero por lo menos tienes a Diana...

Siento una punzada de amargura al oír el nombre de Diana porque recuerdo algo que pasó entre nosotras hace algunos días.

Yo estaba en el baño de la Torre Norte, desnuda después de haberme dado un buen baño, y delante del espejo roto.

Los gardnerianos no suelen tener espejos en el baño. Se considera indecoroso verse desnudo, está mal. Pero cuando vi el reflejo de mi cuerpo aquella noche, me sorprendió apreciar la belleza de mi esbelta, pálida y brillante figura. Sentí el impulso de imaginar que era Diana y me pregunté cómo me sentiría si estuviera tan cómoda en mi piel como lo está ella, y levanté los brazos sin vergüenza, igual que parece hacer siempre Diana, imitando sus gestos tan descarados.

Y justo cuando lo estaba haciendo, Diana entró en el baño. Bajé los

brazos avergonzada y me tapé el cuerpo con las manos al mismo tiempo que me agachaba. Sentí una intensa punzada de vergüenza incluso a pesar de que Diana también estaba desnuda. La fulminé con la mirada, la odié por no tener el decoro de llamar a la puerta.

Diana se quedó allí plantada mientras asimilaba la situación.

—Ah, qué bien —dijo con tono aprobador—. Te estás admirando, como deberías hacer. La juventud y la belleza son regalos de Maiya. Deberíamos disfrutarlos.

—¡Largo! —grité con ganas de sacarla yo misma del baño—. ¡Tienes que llamar a la puerta! ¡Te lo he dicho un millón de veces! ¡Pareces sorda!

—Te aseguro que no soy sorda —contestó ofendida—. Mi oído es infinitamente superior al... —¡Fuera!

—Pero...

—¡He dicho que te marches!

Diana dejó muy claro lo disgustada y ofendida que estaba antes de salir del baño malhumorada. Algunos minutos después, cuando mis ganas de asesinar a la princesa lupina habían empezado a disiparse, percibí que alguien llamaba con suavidad a la puerta.

—¿Qué? —espeté. ¿Es que no se daba por vencida nunca?

—¿Podría, por favor, entrar a hablar contigo? —anunció con estirada formalidad.

—¡No! —grité todavía furiosa, y me puse una camisola y unas calzas.

Unos segundos después llamó otra vez.

—¿Y ahora? —preguntó, parecía realmente confusa.

Suspiré. Es muy fácil enfadarse con Diana, pero cuesta mucho seguir enfadada mucho tiempo.

—Entra —transigí.

Diana entró en el baño y se sentó en el borde de la bañera; me miraba como si yo estuviera un poco loca.

La miré frunciendo el ceño y seguí cepillándome el pelo.

—¿Qué quieres?

—Necesito hablarte de una cosa —dijo con recelo.

Aquello era nuevo. Diana nunca se mostraba recelosa. Dejé de cepillarme y me volví hacia ella.

—Les he escrito a mis padres —empezó a decir—. Les he preguntado si podías venir a casa.

Sentí una sensación cálida en el pecho. El dolor del rechazo que apareció

en lugar de esa sensación fue sorprendentemente intenso.

«No. Han dicho que no. —Pues claro. Diana fue tonta al pensar que dirían que sí. Una ingenua—. Piensa que lo sabe todo y que su pueblo es perfecto. Y resulta que los nobles lupinos son como todo el mundo. Están llenos de prejuicios.»

—Mi padre sugirió que quería conocerte primero —comenzó a decir algo vacilante.

«En otras palabras: no.»

Le di la espalda y seguí cepillándome el pelo, con más energía esta vez, tirando con fuerza de los enredos, contenta de que me doliera. Me impedía llorar. Es mejor estar enfadada que ser patética.

—No pasa nada —le dije con aspereza mientras me tragaba el dolor del rechazo—. He estado pensando en ello, y la verdad es que no creo que quiera visitarlos. Mi pueblo es demasiado diferente al tuyo. No creo que estuviera cómoda.

—Elloren... —intentó intervenir amablemente. En cierto modo yo sabía que Diana se estaba esforzando, que estaba de mi parte, pero la parte de mí que quería odiarla en ese momento por lo dolida que estaba era más fuerte.

—Por favor, márchate, Diana —dije con aspereza—. Me gustaría terminar de asearme en privado. No quiero que estés aquí.

Sentí cierta satisfacción al ver la expresión dolida que le cruzó el rostro cuando se marchó.

«Menuda hermana —pensé cuando cerró la puerta con delicadeza. Me cepillé con más fuerza el pelo mojado mientras se me saltaban las lágrimas—. Menos mal que iba a hacer amigos y a sentirme en familia en compañía de los suyos. Menos mal que no iba a perder un hermano porque iba a ganar una hermana. No voy a ganar nada. Es tal como imaginaba.»

—Es imposible ser amiga íntima de Diana —le digo a Aislinn con frialdad—. Es tan... diferente. Ella nunca nos entenderá.

Aislinn me está observando con atención, como si pudiera adivinar la contradicción que encierran mis palabras. Aparto la mirada e intento tragarme el dolor que sigo sintiendo con demasiada intensidad.

Cierro los ojos y me llevo las manos a la cabeza para frotarme las sienes doloridas. Un buen rato después, abro los ojos y contemplo todos los libros que tenemos repartidos por el suelo.

—¿Qué les pasó a los fae? —le pregunto a Aislinn—. Cuando terminó la Guerra del Reino.

—Los llevaron a las islas Pyrran —explica Aislinn ladeando la cabeza con curiosidad.

—¿Y después? —insisto—. ¿Qué pasó luego?

Aislinn se encoge de hombros, su expresión es cada vez más oscura e incómoda.

—Los reubicaron. En algún lugar del norte... —Se le apaga la voz—. ¿Qué? ¿Crees que les pasó algo más?

Cuando nos quedamos en silencio me llega el finísimo clic de un reloj de péndulo élfico y el goteo de la cascada.

—No lo sé —contesto—. He buscado en todos los archivos. Y no he encontrado nada sobre el tema. No hay nada. Y no aparece ningún fae.

—Qué raro.

—Esto es lo que yo pienso —digo inclinándome hacia ella—. No creo que se limitaran a expulsarlos del reino. Creo que debieron de exterminarlos. Y si es así, bueno, eso significa que cualquiera que sea fae o que tenga sangre fae... podría estar en peligro.

Trago saliva intentando reprimir el pánico.

—Cada vez se habla más sobre acabar con los mestizos —comenta Aislinn como si fuera un mal presagio.

—Y si Yvan es básicamente fae... —El reloj toca algunas campanadas más—. Entonces no hay tiempo que perder.

Fae asrai

Cuando vuelvo a la Torre Norte, Tierney me está esperando. Está sentada en el banco de piedra del descansillo del primer piso, muy quieta, iluminada por uno de los candiles de la pared.

Me planto delante de ella.

—Tierney...

—Tenía tres años cuando vinieron a buscarme —dice con dureza y en voz baja. Tiene los ojos clavados en el suelo—. Mis padres formaban parte de un pequeño grupo de fae. Uno de los últimos enclaves de la resistencia. Se había terminado. Los gardnerianos se estaban acercando. No había salida.

—Mis padres gardnerianos eran muy amigos de mis padres fae. Mi padre de ahora y mi padre de antes... los dos trabajaban el vidrio, y admiraban la habilidad artística del otro. Antes de que todo terminara, mis padres fae... me llevaron con ellos. A mí y a mi hermano pequeño.

»Antes de marcharse me sujetaron. Mis padres fae y otro asrai. Yo tenía miedo y me resistí, pero eran demasiado fuertes. Sentí un terrible dolor en la espalda, un pellizco en la cara, ardor en la cabeza. Estaba aterrorizada... No me di cuenta de que nos estaban cediendo su glamour a mí y a mi hermano. Me estaban convirtiendo en gardneriana. Y me hicieron lo bastante fea como para que nadie quisiera comprometerse conmigo. Para que estuviera a salvo de la caza de faes.

»Recuerdo haber gritado llamando a mi madre. Y me acuerdo de que ella lloraba e intentaba consolarme, y después se desmoronó. Mi madre gritaba para volver a buscarme mientras mi padre se la llevaba a rastras, y ella me clavaba las uñas en el brazo.

Tierney guarda silencio, se queda tan inmóvil como un lago de invierno, con los ojos fijos en el vacío.

—Mi familia gardneriana... teníamos pensado marcharnos del Reino de Occidente antes del referéndum de primavera, por si ganaba Vogel — continúa con tono monótono—. Pero ahora... deberíamos marcharnos ahora

mismo, aunque nos resistimos a que toda la familia tenga que cruzar ese desierto tan peligroso. —Guarda silencio un momento—. Mis padres fae... mi familia fae. Nunca volvimos a saber de ellos. —Me mira con pánico en los ojos—. El Consejo de Magos ha votado hoy: todos los gardnerianos deberán estar comprometidos al cumplir los dieciocho años. Tenemos seis meses para cumplir con la ley.

Se me encoge el estómago. Todos... comprometidos para primavera. Por elección, o por la fuerza.

—Vogel nos reunirá a todos para comprometernos —prosigue—, y no se limitará solo a comprobar la pureza racial de esa pareja. Ha exigido que las familias de la pareja que se vaya a comprometer se hagan la prueba del hierro durante la ceremonia. —Tierney esboza una mueca temblorosa—. Mi hermano y yo somos fae asrai, Elloren. Faes de agua de pura sangre. No se limitarán a arrestarnos a mi hermano y a mí. También arrestarán a mis padres gardnerianos por darnos cobijo. A toda mi familia.

Se echa a llorar y se tapa la cara con las manos. Me acerco a ella, me siento a su lado y abrazo su delgada y encorvada figura.

—Buscaremos ayuda —la consuelo mientras llora, cada vez estoy más decidida—. Encontraremos una forma de sacar a tu familia.

«Y si nadie nos ayuda —juro en silencio—, os sacaremos volando sobre el lomo de un dragón, por encima del desierto y hasta las islas Noi.»

Pero me doy cuenta de que necesito más información. Si vamos a ayudar a Tierney y a su familia, necesitamos saber qué van a hacer los gardnerianos con los fae. Adónde los llevarán. Y dónde se ocultaron los fae después de la Guerra de los Reinos.

Y sé exactamente a quién acudir.

—¿Qué les pasó a los fae?

El profesor Kristian se empuja las gafas por el puente de la nariz y deja el bolígrafo en la mesa.

—He recorrido toda la biblioteca —le comento con obstinación. «Y necesito saber lo que pasó para poder salvar a mi amiga.» Pone cara de hastío y suelta una risa triste.

—No encontrarás nada sobre eso en la biblioteca.

—No estoy en la biblioteca —le espeto cerrando la puerta—. Estoy aquí. Mira el brazalete blanco que llevo en el brazo y me observa con dureza.

—¿En serio? —le digo contestando a la pregunta que no me ha formulado—. ¿De verdad crees que apoyo a Vogel?

El profesor Kristian se frota la comisura del labio con el dedo mientras me observa pensativo. Se levanta, se acerca al extremo de la estantería, saca un montón de libros y alarga la mano por detrás para sacar un volumen muy grueso que tiene el lomo pegado a la pared. Vuelve al escritorio y me tiende el volumen.

Observo la encuadernación de piel manchada y rayada, el título ha desaparecido de la portada y el lomo. Miro al profesor Kristian alzando las cejas confundida y él me hace un gesto con la barbilla para que continúe.

Abro el libro y leo la página del título.

Historias de las islas Pyrran

Por Cellian Rossier

—Cuando terminó la Guerra del Reino —dice el profesor Kristian en voz baja—, los gardnerianos eliminaron de las bibliotecas lo que ellos consideraban «propaganda de la Resistencia». Y al historiador gardneriano que los había escrito... —Hace una pausa hasta que vuelvo a mirarlo. Me lanza una mirada de advertencia—... lo enviaron a las islas Pyrran. Igual que a los fae.

Leo en el descansillo de la Torre Norte, a la luz de un candil tenue que parpadea y pegada a una pared con Marina hecha un ovillo a mi lado.

Es más de medianoche y siento el peso de la oscuridad, pero peleo contra el cansancio y me concentro en las páginas que tengo delante.

Hacia el final de la Guerra del Reino, Cellian Rossier, un opositor del Consejo de Magos, fue arrestado y deportado a las islas Pyrran. Mientras estaba prisionero allí, fue escribiendo historias secretas y muy detalladas que había presenciado, hasta que consiguió escapar y llevarse sus escritos con él.

A los fae que llegaban les ponían unos grilletes de cobre asteroth, un metal lo bastante potente como para quitarles su fuerza y su poder. Después los metían en las enormes fortalezas de piedra de la isla y los encerraban allí.

Y les vertían virutas de hierro encima.

Había una niña. Una pequeña que tenía poco más de tres años. Con unas alas de mariposa brillantes que ella misma golpeaba contra las paredes porque no paraba de correr en círculos llamando a gritos a su madre. Los soldados gardnerianos se reían mientras le pegaban y, después, cuando se cansaron del ruido que hacía, cogieron a la niña por las alas y la estamparon de cabeza contra una pared de piedra.

Las espeluznantes historias se suceden, y al final tengo que dejar el libro, incapaz de seguir leyendo, con ganas de vomitar del asco que estoy sintiendo.

Desolada, me tapo la cara con las manos y lloro con la sensación de que la crueldad de todo aquello me azota con la fuerza de un ciclón.

Marina levanta su mano delgada para darme unas palmaditas en la cabeza con delicadeza. Me murmura en voz baja con sus tonos ásperos y aflautados intentando hacer todo lo posible por consolarme mientras yo me acurruco contra ella y lloro.

La noche siguiente no dejo de pensar atormentada en la situación de Tierney y Marina mientras vigilo varias ollas a la vez en la cocina de leña, y las voy removiendo por turnos, sin prestar mucha atención a los demás trabajadores, que se ocupan de sus cosas a mi alrededor.

Mi desesperación enseguida se convierte en rabia.

«Sacaremos a Tierney —juro desafiante—. No sé cómo, pero lo haremos. Y encontraremos la piel de Marina y la llevaremos a casa. Estoy segura de que Gareth podrá ayudarnos.»

Remuevo el guiso con más energía.

«Y nos aseguraremos de que los gardnerianos tengan un dragón militar menos.»

Yvan entra en la cocina y se arrodilla para cargar de leña la cocina de al lado esforzándose por no saludarme en público. «Se esfuerza demasiado», pienso con desánimo. Le miro de reojo para ver si le molesta el hierro. Lo hace todo muy rápido, abre la portezuela pero no toca la manecilla de hierro más tiempo del necesario, aunque no parece que le duela ni que le provoque ninguna aversión.

Mi concentración en los movimientos de Yvan se evapora cuando mi hermano Trystan entra de pronto en la cocina. Lleva su pesada capa de invierno y la mochila colgada del hombro. Preocupados por la aparición de un gardneriano desconocido, las trabajadoras uriscas y celtas se afanan por evitarnos y buscan otras cosas que hacer en la otra punta de la cocina lo más alejadas de nosotros que pueden, incluso fuera.

—Tengo un regalo para Yvan —anuncia Trystan susurrando encantado.

Mi hermano está sonriendo. No es una sonrisa irónica, sino una de verdad, completamente triunfal. No creo que le haya visto sonreír así en toda mi vida.

Trystan mira a Yvan y después mira hacia la puerta con discreción.

Yo sigo a Trystan en silencio, e Yvan sale poco después.

Se reúne con nosotros debajo del candil que cuelga junto a la puerta trasera de la cocina, y los tres nos apiñamos en aquel frío soltando nubes de aliento por la boca.

Trystan alarga la mano y la abre, como si fuera una flor saludando al sol. En la palma de la mano tiene la punta de flecha élfica hecha pedazos.

Muchos.

Resoplo.

—Pero ¿cómo? —balbucea Yvan como si estuviera viendo un espejismo milagroso—. Pensaba que no podrías romperlo...

—Pues sí que se puede romper —dice Trystan con astucia—, si lo congelas primero.

La comprensión le ilumina la cara a Yvan. Qué simple. Qué evidente.

En los ojos de Trystan reluce un brillo oscuro y travieso.

—No sé vosotros dos —susurra sin dejar de sonreír—, pero a mí me apetece romper unas cuantas jaulas.

Hielo

Cuando termina mi turno vuelvo corriendo a la Torre Norte, avanzo dando saltitos a pesar de la pesada mochila que llevo al hombro. Estoy emocionada por el descubrimiento de Trystan y apenas me fijo en nada. Solo puedo pensar en rescatar al dragón.

«Salvados. Todos los que necesiten salir de aquí están salvados. Wynter. Ariel. Tierney. Yvan. Rescataremos a la dragona de Yvan y nadie tendrá que vivir con miedo.»

El campo que hay delante de la torre está oscuro, una estampa completamente invernal, y en el cielo brilla una luna con forma de hoz.

El viento sopla y silba en el bosque. El inquietante sonido enfatiza el silencio. El bosque es una maraña de ramas.

«Que me observan.»

Aminoró el paso y me paro, de pronto me siento clavada a ese campo. El camino que hay de la universidad a la Torre Norte es largo y solitario, está alejado de todo. El viento se cuele entre los árboles.

«Juro que puedo notar cómo me miran.»

Se me eriza el vello de la nuca y miro a mi alrededor con incomodidad.

La Torre Norte todavía está bastante lejos, veo la tenue luz que brilla en las ventanas superiores. La mitad inferior de la torre desprende un brillo extraño, como si estuviera recubierta de una capa fina de azúcar.

«Hielo.»

Me paro alarmada y doy media vuelta, las luces de la universidad son como puntitos a los lejos. Desde aquí, los enormes edificios son tan pequeños como juguetes infantiles. Se me acelera el corazón.

Me llama la atención un movimiento junto a un árbol solitario, a medio camino entre donde estoy y el bosque. Entorno los ojos y distingo la silueta oscura de una mujer.

Se acerca a mí, la ilumina la luz de la luna. El pánico se apodera de mí cuando la reconozco. Fallon Bane.

«Gran Ancestro, no. No, por favor. Aquí no. No puede estar aquí.»

Soy muy consciente de que la Torre Norte está a mis espaldas y el peligro se adueña de mis sentidos.

«Marina. Marina. Marina.»

Fallon se acerca y a mí se me desboca el corazón. Se me humedecen las palmas de las manos mientras el viento silba a nuestro alrededor y me clava sus gélidas garras.

«¿Dónde están sus guardias? Nunca sale sin sus escoltas.»

Miro nerviosa a lo lejos y distingo las siluetas de los cuatro hombres a los pies del campo, observándonos muy tranquilos.

Casi no puedo pensar, solo oigo el palpito de la sangre en mis orejas.

«Ha venido a vengarse —me doy cuenta—. Quiere vengarse porque Lukas me regaló un violín.»

Desesperada decido recurrir a los insultos para conseguir que Fallon y sus guardias se marchen de este campo y se alejen de la torre.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunto dejando la mochila con los libros en el suelo y acercándome a ella con las piernas temblorosas. La miro con desprecio y me paro delante de ella—. ¿Alguien se ha dejado tu jaula abierta?

Fallon suelta un carcajada incrédula y sonrío de oreja a oreja.

—Huy, no soy yo la que necesita una jaula —ronronea. Utiliza su varita para señalar con despreocupación hacia la Torre Norte—. Me parece que son las ícaras las que necesitan una jaula, ¿no crees? —Ladea la cabeza y me mira alzando una ceja con actitud expectante. Después toma aire con aspereza, como si estuviera sorprendida—. Ah, espera, lo había olvidado. —Su empalagoso sarcasmo se transforma en puro veneno—. Pero si son tus amigas, ¿no?

«Marina. Marina. Marina.»

Me viene a la cabeza una imagen de Marina gritando mientras Fallon y sus escoltas se la llevan. También se nos llevan a Wynter a Ariel y a mí, y nos encarcelan por robo.

«¿Y Diana? ¿Y si Diana está allí? Diana matará a Fallon y a sus escoltas antes de que se nos lleven.»

Doy un paso amenazante hacia Fallon y señalo la base recubierta de hielo de la Torre Norte.

—¿Qué le has hecho a mi residencia?

—Solo estaba jugando —dice haciendo un puchero como fingiendo una

disculpa.

Levanta la varita mirándome, murmura un hechizo y lanza una ráfaga de hielo que cruza el aire. Aterriza en la base de la Torre Norte formando una cuerda brillante.

—Deja de hacer eso —le exijo indignada.

Me abalanzo hacia ella y le aparto el brazo con la varita. La cuerda de hielo se inclina hacia delante e impacta contra el suelo con un estruendo cristalino.

Fallon es rápida como una serpiente. Me agarra del brazo con muchísima fuerza y me planta la varita en el cuello. Jadeo y me aterra ver la mirada de loca que tiene en los ojos.

—¿O si no, qué vas a hacer exactamente, Maga Elloren Gardner?

Me empuja con fuerza y me caigo al suelo helado. Entonces retrocede, apunta la varita contra mi pecho y sisea un hechizo con los dientes apretados.

El hielo sale disparado de su varita y colisiona con un escudo invisible que me recubre la ropa gracias al polvo de metal del profesor Hawkkyn.

«El metal bloquea el hielo.»

Fallon me mira desconcertada y después los entorna al comprenderlo. Mira hacia la Torre Norte y después me lanza una mirada cómplice.

—¿También está la bestia?

—¿Qué bestia? —pregunto con despreocupación y el corazón acelerado.

«Marina. Marina. Marina. Marina.» Fallon esboza una sonrisa lasciva.

—Sabes muy bien a quien me refiero. Al elfo serpiente. —Abre mucho los ojos—. Le tienes ahí, ¿verdad? Junto a las demás criaturas que estás coleccionando.

Me siento muy confusa. Y entonces me doy cuenta:

«Claro. El escudo de metal. Piensa de verdad que podría tener al profesor Hawkkyn escondido».

Suelto una carcajada maligna y la fulmino con la mirada, cada vez estoy más enfadada.

—No, no hay elfos. Solo mis dos compañeras ícaras. —Le lanzo una mirada dura y burlona—. Y mi violín nuevo.

Me arrepiento de haberlo dicho en cuanto lo hago.

El hielo sale de su varita y yo grito cuando se me congelan las botas y se me pegan al suelo, el hielo me quema los dedos de los pies.

—Has olvidado protegerte las botas, ¿no? —canturrea con odio en los ojos. Empieza a caminar en círculos a mi alrededor mientras yo intento

liberar mis pies con todas mis fuerzas—. Te he estado vigilando, Elloren Gardner —dice con tono burlón mientras yo consigo despegar una de las botas—. Ícaros, lupinos, El Gran Amaz, elfos. Quizá incluso un elfo serpiente. —Mira la torre como un gato que acaba de cazar un ratón—. Todos van y vienen de tu torre. Y a horas muy extrañas. —Guarda silencio, niega con la cabeza y chasquea la lengua—. ¿Por qué?, me pregunto. Y entonces pienso... —Mira hacia la torre pensativa—. ¿Qué puedes tener ahí que sea tan interesante? —Esboza una sonrisa de loca—. ¡Vamos a averiguarlo!

Se encamina hacia la Torre Norte y yo aúllo desesperada por alcanzarla.

Justo cuando mis dedos agarran la seda de su túnica, se le ilumina el uniforme. Unas runas muy raras proyectan una feroz luz blanca por toda su túnica y la capa e iluminan el campo como si fueran reflectores.

Estoy hecha un lío.

«¿De dónde ha salido eso?»

Fallon se mira la ropa y después me mira a mí con creciente terror.

Uno de sus escoltas murmura por lo bajo y todos echan a correr por el campo. Una ráfaga plateada silba por el aire a mi derecha e impacta directamente en Fallon.

Es un cuchillo gigante, y se le ha clavado en un costado del pecho.

El tiempo se detiene y se alarga mientras Fallon levanta la cabeza y coge aire haciendo mucho ruido. Cae de espaldas al suelo con un estruendo.

Yo observo la escena con los ojos y la boca abiertos de incredulidad.

Siento una oleada de terror caliente como el acero en el pecho y la pesadilla se hace realidad a toda velocidad.

Fallon se lleva la mano al pecho, le cuesta respirar, resuella. Levanta la varita, aprieta los dientes y crea una brillante y cristalina cúpula de hielo sobre nuestras cabezas, unas finas líneas de luz azul se cuelan por el escudo translúcido como si fueran pequeños relámpagos, y el aire es cada vez más frío. Me asombra su habilidad y su feroz tenacidad, incluso a pesar de estar herida de gravedad.

Me encojo cuando otro cuchillo impacta contra el escudo provocando una lluvia de cristales, y su aterrada punta atraviesa el hielo.

Dos hombres salen del bosque. Son corpulentos, van vestidos de negro y llevan la cabeza y la cara cubiertas con prendas negras. Alzan sus espadas curvas marcadas con brillantes runas doradas mientras corren hacia nosotras. A continuación dos siluetas enormes salen del bosque a ambos lados de los hombres y alzan el vuelo con sus alas, que agitan el aire con poderosos y

rítmicos empujones.

¡Dragones!

Pero no se parecen nada a los dragones que he visto hasta ahora, son del tamaño de perros grandes, fornidos y musculosos, uno es negro, el otro, rojo.

La luz rúnica de la ropa de Fallon refleja el derroche colectivo de armas, dientes, garras y ojos salvajes que avanzan hacia nosotras.

Me envuelve un terror negro y tiro con fuerza de los cordones de mi bota congelada con las manos temblorosas.

Y se desata el caos.

Los escoltas de Fallon se gritan entre ellos mientras las ráfagas del fuego que crean con sus varitas cruzan el aire y lo salpican de luces doradas. Fallon lanza jabalinas de hielo contra los asesinos y los dragones, y sus proyectiles atraviesan el escudo de hielo como si estuviera hecho de aire.

Yo me hago un ovillo muerta de miedo.

Los escoltas de Fallon corren hacia los hombres y los dragones con sus varitas alzadas y sin dejar de lanzar ráfagas de fuego que los asesinos desvían con facilidad con sus espadas curvas. El dragón negro aterriza e impacta contra uno de nuestros soldados. Jadeo horrorizada cuando veo que la bestia lo agarra de la garganta y el hombre aúlla entre borboteos. Otro soldado le clava la espalda a la bestia en el cuello y la criatura aúlla antes de desplomarse en el suelo.

El dragón rojo impacta contra nuestro escudo haciendo un ruido ensordecedor y la cúpula se parte. El hielo nos cae encima en forma de gélida lluvia de fragmentos tintineantes mientras la bestia se desploma a nuestro lado panza arriba y con los ojos en blanco.

Tiro de mi pie con fuerza y mareada del miedo. El cordón está encallado y la bota completamente clavada en el suelo. El calor del dragón me recorre y funde el hielo de mis dedos, pero no basta para que pueda soltarme.

Fallon se agarra el pecho y se incorpora sobre un brazo, susurra un hechizo con los dientes apretados, señala al dragón con la varita temblorosa, justo cuando la criatura empieza a rugir y a levantarse. De la punta de la varita de Fallon sale una ráfaga de hielo que impacta contra el dragón.

El animal se congela y se tambalea con la lanza de hielo de Fallon clavada entre los ojos. La bestia se desploma.

Es imposible no sentirse impresionada: acaba de matar un dragón teniendo un cuchillo gigante clavado en un costado.

Me agacho cuando una brillante esfera roja envuelta en llamas pasa

volando por encima de mi cabeza y termina explotando detrás de mí, lo que provoca un círculo de llamas rojas que por un momento tiñe el mundo de carmesí.

Fallon aúlla con fuerza mientras envía una serie de lanzas de fuego que impactan contra el asesino sin conseguir hacerle nada.

—Tienen escudos —dice más para sí que para informarme y mira al asesino mientras su escolta le ataca sin piedad con ayuda de dos espadas. Uno de los asesinos pelea contra los dos escoltas a la vez.

Fallon grita, rueda sobre sí misma hasta tumbarse boca arriba y crea un techo de hielo sobre los hombres. Agita la varita muchas veces y del techo de hielo salen jabalinas heladas que se clavan en el cráneo del asesino.

El hombre cae al suelo.

Fallon, que todavía tiene la ropa llena de brillantes runas blancas, dirige sus feroces ojos sobre mí y se desmaya.

Justo en ese momento consigo liberar mi bota del hielo, se me ha torcido el tobillo y me palpita con fuerza.

Hago una mueca dolorida y me acerco a Fallon de rodillas. La punta del cuchillo le sobresale del costado sin piedad.

No es que le tenga mucho aprecio a Fallon Bane, pero nunca deseé que le pasara algo así.

Me tambaleo hasta ella y la cojo del brazo con la mano temblorosa.

—Fallon, ¿me oyes?

«Oh, Gran Ancestro, no puede estar muerta.»

—Apártate —me ordena uno de sus escoltas con furia.

Me levanto con las piernas temblorosas y me tambaleo hacia atrás mientras él se deja caer de rodillas delante de Fallon; enseguida aparecen también los otros dos supervivientes de su escolta.

Me dejo caer al suelo y me cojo el pie para masajearme el tobillo palpitante, estoy conmocionada.

Veo más soldados que corren por el campo gritando. La mayoría son gardnerianos, pero algunos van vestidos con el uniforme gris de la guardia de Verpacia, y hay uno que es elfhollen. Cierran la marcha tres vu trin, entre ellas Kam Vin y Ni Vin. Ni Vin me mira a los ojos, lleva la mitad de la cabeza quemada envuelta en un pañuelo negro, y ha desenvainado la espada.

Me vuelvo y miro por encima del hombro.

El campo está lleno de hombres y dragones muertos. Me vuelvo hacia Fallon, que está completamente inmóvil. El terror me paraliza.

Todo el mundo habla a la vez. Los hombres aúllan órdenes cuando aparece un numeroso contingente de soldados gardnerianos. Los acompañan un médico gardneriano y su aprendiz, el doctor le grita pidiendo cosas.

Estoy tan conmocionada que el ruido me parece un caos inconexo.

—¡Dejadme espacio! —ordena el médico corriendo hacia Fallon, y se deja caer de rodillas.

Por un momento dejo de verla, está rodeada de médicos y soldados, uno de ellos sostiene una antorcha, y el círculo de soldados exterior está mirando hacia fuera con las armas desenvainadas y expresiones serias en los semblantes.

Un joven soldado se arrodilla a mi lado.

—Maga Gardner, ¿estás bien?

Yo me sobresalto y me alejo de él temblando de miedo, sus palabras apenas consiguen atravesar la tormenta de emociones que siento.

Alguien me pone una manta sobre los hombros.

Cuando la muchedumbre que rodea a Fallon se dispersa, veo que el médico tiene un cuchillo en la mano. Le ha quitado la túnica a Fallon y ella tiene el pecho cubierto de vendas. Alguien coge su uniforme y su capa, marcados con las runas, hace una bola con la tela brillante y se la lleva.

«No está muerta.»

Tiene los ojos entornados, pero abiertos, y me está mirando con un odio tan intenso que me deja de piedra.

—La Torre Norte —jadea.

Pone los ojos en blanco y vuelve a quedarse inconsciente.

Sin aliento y con el corazón acelerado, observo cómo dos de los escoltas de Fallon levantan la camilla y se la llevan. Un pequeño ejército de gardnerianos avanza a su alrededor para protegerla, y ya no puedo verla.

—¿Quiénes son? —le pregunto a uno de los supervivientes de la escolta de Fallon gesticulando en dirección a los atacantes muertos.

El joven frunce el ceño. Los dos nos quedamos mirando a los asesinos mientras colocan sus cuerpos sobre los lomos de un caballo. Los muertos tienen los ojos pintados de negro. Lucen runas intrincadas en la cara y llevan los labios pintados de negro.

Me envuelvo la manta con fuerza.

—Son mercenarios ishkart —me dice el escolta con seguridad—. Asesinos del Reino del Este. —Apunta con el dedo a los dragones muertos que otros soldados están cargando en un carro—. Y sus dragones de las

profundidades.

—Mira en dirección a la Torre Norte congelada y me vuelve a mirar a mí—. Deberías volver a tu residencia, Maga Gardner.

—Pero... ¿qué pasa si vienen más? —pregunto preocupada mirando de reojo hacia el bosque oscuro, los árboles parecen personas escondidas.

—No venían a por ti —dice. Mira en la dirección en que se han llevado a Fallon—. Solo iban a por ella. Nuestra próxima Bruja Negra.

—Su ropa —digo recordando los símbolos brillantes—. ¿Qué son esos símbolos tan raros?

—Le marcaron la ropa con runas de rastreo —me explica—. La siguieron hasta aquí. —Señala la torre con la barbilla—. A menos que tengas otra Bruja Negra en esa torre, nadie vendrá a molestarte, Maga Gardner.

Un soldado que está cerca de la puerta de la Torre Norte apunta con la varita y proyecta una ráfaga de fuego hacia el marco de la puerta que funde el hielo de Fallon. La abre y entra.

Se me revuelve el estómago. Hay soldados por todo el campo, pero se van dispersando a medida que la búsqueda se traslada al bosque. Levanto la cabeza muerta de pánico y veo la silueta de una ícara en la ventana de las escaleras.

Me levanto y corro tambaleándome hacia la torre, justo cuando reaparece el soldado. Se aparta inexpresivo cuando yo paso por su lado y subo los peldaños de la escalera de caracol de dos en dos sin preocuparme por la punzada de dolor que siento cada vez que apoyo el pie derecho.

Llego jadeando y me encuentro a Wynter esperándome al otro lado del descansillo, con la puerta de nuestra habitación abierta.

«Marina. Marina. Marina.»

Corro hacia la puerta y me paro en seco justo antes de entrar.

Ariel me mira desde su cama, hay algo que se mueve bajo las mantas, a sus pies.

La criatura se quita las mantas de la cabeza y Marina se asoma para mirarme con sus ojos de océano.

—¿La ha escondido Ariel? —le pregunto a Wynter con la voz entrecortada, asombrada y perpleja, inclinándome hacia delante para recuperar el aliento.

Wynter asiente.

—Pero... —digo con la voz aguda debido a la confusión—. Ariel la odia.

—Pues sí —afirma Wynter asintiendo de nuevo, pero luego señala las puertas, en dirección a los soldados. Su pálido rostro se oscurece—. Pero los odia más a ellos.

Vuelvo a mirar a Ariel y ella me observa con un odio tan intenso como el de Fallon.

—Iban a por Fallon Bane —le digo a Wynter con la garganta seca y tirante. Me siento muy agradecida de no haber heredado el poder de mi abuela—. Asesinos ishkart. Están intentando matar a la próxima Bruja Negra.

—Pero no lo han conseguido —dice Wynter, más afirmando que preguntando.

Suelto el aire y asiento. Estoy nerviosa y sigo asustada, me duele mucho el tobillo.

—¿Qué hacía aquí Fallon Bane? —Wynter me mira muy angustiada.

Habla entre susurros—. ¿Sabe lo de nuestra selkie?

Niego con la cabeza.

—No. Pero sabe que está pasando algo. —Frunzo el ceño mirando a Wynter—. Tenemos que liberar a ese dragón. No podemos esperar más. Vamos a necesitar una forma de sacar de aquí a la selkie y a unos cuantos fae. Antes de que Fallon se cure.

Al día siguiente oigo muchos rumores sobre cómo se llevaron a Fallon a Gardneria rodeada de una gran escolta, hay quien dice que fue a una base militar rodeada de dragones.

Vogel utiliza el incidente como excusa para cerrar las fronteras. Interrogan a las modistas uriscas, y a todos los que pudieran participar en la confección del uniforme marcado con runas de Fallon los deportan a las islas Pyrran.

Empiezan a hacer algunas pruebas de hierro al azar en los pasos fronterizos.

La necesidad de escapar es cada vez más urgente.

Rompiendo jaulas

Los lupinos, mis hermanos, Cael, Rhys, Wynter, Andras, Tierney, Yvan y yo miramos a través de la densa vegetación del bosque en dirección a la extensa base militar que tenemos delante.

La base de la División Cuatro del ejército gardneriano es como una pequeña ciudad: hay varios edificios de piedra labrados en las caras de la montaña y un mar de tiendas de campaña intercaladas con las jaulas de los dragones. En el extremo occidente de la base se distinguen una serie de barracones de madera. Solo uno de ellos está iluminado desde dentro por el brillo de un candil, y la chimenea escupe una nube de humo que se pierde en el aire gélido. Desde nuestro ventajoso punto de ojeo, los soldados parecen pequeños como hormigas.

Siento movimiento a mi izquierda y me vuelvo para ver a Jarod, y después a Diana, que se acercan a nosotros muy agachados.

—Lo que imaginábamos —nos dice Jarod—. Están operando con un dispositivo mínimo.

—Todo el mundo ha ido a Valgard para celebrar que Vogel va a nombrar al nuevo comandante de la base —detalla Rafe sonriendo.

—¿Quién es el nuevo comandante? —pregunto.

Rafe se vuelve hacia mí sonriendo de oreja a oreja.

—Mago Damion Bane.

Suelto una risotada.

—Vamos a meterlo en un buen lío, ¿eh? —canturreo.

Rafe asiente.

—Un lío tan grande que Vogel dejará de confiarle los dragones a Damion y lo utilizará como tentempié para las bestias.

Me encuentro con los ojos de Yvan y compartimos una brillante mirada de satisfacción.

Rhys se vuelve hacia Rafe.

—Parece que no se han molestado en colocar centinelas.

El joven elfo señala con uno de sus esbeltos dedos hacia las hileras de jaulas de dragones que rodean toda la base, junto al bosque. Las jaulas parecen aisladas y sin vigilancia, no se percibe ni un solo movimiento a su alrededor. Ni una antorcha.

Cael mira a Rhys muy serio, consciente del riesgo que estamos corriendo, pero desesperado por darle a su hermana alguna opción de escapar al Reino del Este. Se acerca a Wynter con actitud protectora.

—Damion Bane no es el único soldado de alta graduación que hay en Valgard —dice Jarod—. Vogel está reorganizando toda la guardia, han anunciado varios ascensos. Todos los tenientes de Damion están en Valgard con él.

—Genial —afirma Andras asintiendo y empuñando su labrys con fuerza.

—Y todavía se pone mejor —continúa Jarod, el sol de la tarde lo envuelve en un brillo azulado—. Los soldados que se han quedado son aprendices de primer año.

—Oh, qué bien —exclama Rafe sonriendo—. Están verdes como las hojas de la primavera. Y cuando el gato se marcha...

—¿Los ratones bailan? —pregunta Trystan con ironía.

—Con un montón de espíritus celtas ilegales —contesta Jarod con una sonrisa traviesa.

—Y con varias taberneras uriscas —sigue Diana.

—Típico —interviene Tierney.

—Pues vaya, esto va a ser demasiado fácil —se jacta Trystan esbozando una sonrisita y con la varita blanca colgando del cinturón de la capa.

Se nos quitan las ganas de reír a todos cuando encontramos a Naga en peor estado que la vez anterior.

Está inconsciente, tiene las dos patas y las dos alas rotas, le han cortado una oreja, el suelo de la jaula está lleno de sangre y su lengua bífida le cuelga lacia de la boca. Yvan se arrodilla conmovido, se coloca junto a Wynter y posa la mano junto a la suya en el cuello del dragón.

Tierney se queda mirando al dragón boquiabierto y se lleva la mano a la boca con ojos asustados.

Ahora está con nosotros, y está dispuesta a ayudarnos a provocar cualquier grieta en el ejército gardneriano que pueda, y a conseguir que los ícaros y los fae puedan marcharse volando a lomos de un dragón.

Nuestra banda de rebeldes está creciendo. Todos estamos aquí, salvo Aislinn, que ha vuelto a quedarse cuidando de Marina.

Y Ariel.

Tras nuestra última visita a la base, Diana y Jarod encontraron una enorme cueva oculta en las profundidades del bosque. Ariel está allí, preparando las medicinas y las tablillas que vamos a necesitar para curar a nuestro dragón.

—Está viva —jadea Yvan.

—Dioses... ¿quién le ha hecho esto?

—El entrenador de dragones Damion Bane —le explica Trystan a Tierney desvainando la varita y apuntando con ella distintos puntos de la jaula, se ha puesto muy serio—. Y me parece que ya va siendo hora de que acabemos con esto.

Andras levanta el hacha.

Todos retrocedemos cuando Trystan murmura el hechizo de congelación.

De la punta de la varita sale una ráfaga de luz azul que impacta contra los barrotes de la jaula, los rodea haciendo una espiral y consigue que el acero élfico se ponga de un color blanco azulado y los cubra con una fina capa de escarcha. Trystan aguarda algunos minutos antes de repetir el hechizo, y la luz aumenta de intensidad.

Cuando el hechizo desaparece, Trystan da un paso atrás y mira la varita con frustración.

—No funciona. Tienen que enfriarse hasta ponerse blancos. Los barrotes... quizá sean demasiado gruesos.

—Inténtalo otra vez —le animo—. La segunda vez te ha salido con más intensidad. Igual solo necesitas ir probando.

Trystan respira hondo, asiente, se recoloca y vuelve a recitar el hechizo. La escarcha vuelve a aumentar y el acero se pone azul. Trystan se pone muy tenso mientras mantiene el hechizo. Se pone a temblar y se le empieza a doblar la varita.

Yo me acerco para sostenerlo.

En cuanto le pongo la mano en la espalda noto un zumbido muy caliente que me recorre todo el cuerpo. El hechizo de Trystan multiplica su intensidad. La pequeña espiral azul se transforma en una elipse gigante de luz de color zafiro que rodea toda la jaula. Y entonces toda la estructura de acero se pone tan traslúcida como el cristal.

Vemos otra explosión de luz y yo reculo de golpe, oímos un crujido

ensordecedor y la elipse de luz se va hacia atrás. Noto el impacto de una oleada de aire gélido que por poco me tira al suelo.

Abro mis pestañas congeladas justo a tiempo de ver cómo los barrotes de la jaula se ponen blancos como la nieve y después se hacen añicos, los pedazos de metal congelado chocan los unos con los otros, y el sonido es como si un millón de lámparas de cristal impactaran contra el suelo de piedra al mismo tiempo.

Antes de que podamos hablar, el crujido resuena por el bosque una y otra vez, y lo percibimos tanto cerca como lejos.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta preocupado Tierney con un hilillo de voz.

—Parecía el ruido de otras jaulas rompiéndose —contesta Trystan con cautela—. Pero... no puede ser...

—¿Cuántos dragones hay en esta base? —pregunta Cael con la mirada muy seria.

Trystan traga saliva con fuerza antes de contestar.

—Ciento veintitrés.

Rafe se vuelve hacia Cael.

—¿Qué crees que podrían hacer?

—Están entrenados para matar intrusos —contesta Cael—. Y para volver con su entrenador.

Yvan corre hacia el árbol más alto, un pino gigantesco. Trepa por el tronco a una velocidad asombrosa y la habilidad de un mono. Le observo mientras se cuelga de la copa del árbol con un solo brazo, no puedo creer lo que veo. Intento recordar qué clase de fae podía trepar de esa forma.

Oímos un rugido a lo lejos. Un hombre grita, después otros hacen lo mismo. Siguen una serie de aullidos despiadados que me ponen el vello de punta. Y entonces suena la alarma de la base, es un silbido cada vez más fuerte, y entonces los dragones empiezan a gritar.

—Están por todas partes —grita Yvan desde lo alto del árbol—. Están todos sueltos...

Yvan salta del árbol y cae delante de mí haciendo un ruido seco. Está agachado y hay una mirada decidida en sus ojos verde esmeralda.

No tengo tiempo de maravillarme del salto que ha dado sin ningún esfuerzo desde tanta altura. Me coge del brazo y tira de mí y me aparta del claro en dirección a la protección de los árboles.

Me araño el brazo y una rama me roza la cara cuando caigo al suelo.

De pronto aparecen tres dragones que sobrevuelan las copas de los árboles impulsando el aire con sus poderosas alas, todos tienen los costados recubiertos de durísimas escamas negras. Uno de ellos suelta un aullido chirriante. Y de pronto pienso que tengo la piel muy suave, en lo fácil que cedería al ataque de los dientes y las pezuñas.

Soy una presa fácil.

Cael y Rhys han subido a los árboles armados con sus flechas de marfil, y Tierney se ha protegido bajo un roble enorme. La base militar se ha convertido en una cacofonía de gritos y aullidos. Hombres gritando. Mujeres chillando. Caballos presas del pánico.

—Wyn'terlyn.

Cael llama a su hermana en élfico mirándola fijamente. Señala a Naga y lanza una orden en su idioma. Wynter se esconde bajo el ala rota de la dragona y desaparece de la vista.

—Oigo dragones —dice Diana ladeando la cabeza—. Bastantes. Y vienen hacia aquí.

—¿Cuántos? —pregunta Andras apretando los dientes mientras ase con fuerza su hacha y flexiona sus musculosos brazos.

Diana le mira a los ojos.

—Demasiados como para poder contarlos.

Rafe prepara el arco y Diana y Jarod se ponen en cuclillas. Yvan me agarra del brazo, estoy en alerta total y tengo el corazón acelerado. Recuerdo los horribles dientes de los dragones, sus ojos desalmados...

—¡Preparaos! —ordena Diana transformando las manos en garras y levantando un brazo al tiempo que suelta un rugido.

Un dragón aparece en nuestro claro haciendo batir las alas. Jadeo y me encojo detrás de Yvan mientras veo pasar las flechas que rebotan contra el cuello de la bestia. La criatura se concentra inmediatamente en Diana, ladea su horrenda cabeza y sisea enseñándole sus asesinos y puntiagudos dientes.

La lupina se abalanza sobre él y consigue darle un buen golpe en la cabeza. El impacto tira el dragón al suelo con gran estruendo. De pronto, y sorprendentemente rápido, Diana se sube al dragón, lo coge del cuello y se lo retuerce con un crujido. La criatura se desploma en el suelo y se queda lacia, soltando una espuma negra por la boca.

Jarod y Diana miran hacia arriba. Dos dragones más llegan volando al claro. Aterrizan doblando los árboles hacia atrás con el impacto de sus alas, se rompen algunas ramas que caen al claro.

Yvan se lanza sobre mí y me tira al suelo. Nos caen encima algunas ramas. Las flechas pasan silbando desde varias direcciones, y una de ellas se clava en el tronco del árbol que tengo detrás haciendo un ruido sordo.

—¡No te levantes! —aúlla Yvan levantándose de encima de mí y poniéndose en cuclillas.

Un destello de acero brilla entre el ataque de los dragones y oigo a Andras soltar un taco y levantar el labrys. Se oye un golpe metálico, un terrible rugido que hace temblar el suelo, el silbido de más flechas, el rugido de Diana al matar otro dragón. Se desata el caos, algunos dragones caen desplomados y se convulsionan en el suelo, a continuación aparece otro más con una expresión de furia voraz.

Trystan apunta a la bestia con la varita cuando se le acerca. De la punta de la varita brota una poderosa ráfaga de fuego. La oleada de fuego envuelve al dragón y la lanza hacia donde estamos Yvan y yo.

De pronto nos cae una cascada de agua que apaga el fuego y me congela hasta los huesos. Me siento y me froto los ojos atragantándome con el humo rancio.

Veo que Tierney está apagando las llamas que trepan por la capa de Andras con otra ráfaga de agua que proyecta con sus manos, mientras Andras desclava el labrys del cuello del dragón.

—¿Qué estás haciendo? —le grita Diana a Trystan—. ¡Deja de quemarnos a todos!

—Perdona —le dice Trystan a Andras con la voz temblorosa.

—¡El fuego no les hará nada! —le aúlla Yvan pasándose las manos por el pelo muy frustrado—. ¡Son dragones!

De improviso, aparece otro dragón del cielo que aterriza delante de mí y de Yvan.

Yo retrocedo hacia el bosque e Yvan salta sobre la criatura.

Preso del pánico noto un suave crujido a mi izquierda. Me vuelvo y veo la cabeza de un dragón asomando por la vegetación. Está inmóvil y me mira fríamente con sus ojos opacos. Me lo quedo mirando paralizada y me doy cuenta de que estoy a punto de morir.

Me atacan por detrás y otro dragón me tira al suelo. Unas zarpas me arañan la espalda y noto la quemazón del corte, y entonces siento una gran presión cuando una pata enorme se apoya en mi espalda, me inmoviliza y la bestia ruge. Grito con todas mis fuerzas cuando veo aparecer al otro dragón a escasos metros de mi cabeza.

Y entonces llega Yvan y se empieza a pelear con el dragón que tengo delante, lo agarra con fuerza de los cuernos. Aprieta los dientes, tira de la cabeza del dragón hacia atrás y enseguida empieza a salirle sangre negra por la boca.

Siento cómo se alivia la presión de mi espalda cuando el dragón rugie y se abalanza sobre Yvan. Me libero, me pongo en pie y corro presa del pánico.

Avanzo por el bosque jadeando y sin atreverme a mirar atrás para no ver la criatura que resuella persiguiéndome entre los árboles.

Llego a otro claro y trepo por los restos de una jaula. El dragón me golpea con fuerza y me estampo contra un árbol. Impacto de cabeza y veo una lluvia de estrellitas. Siento un dolor desgarrador en el muslo. Grito con todas mis fuerzas y el sonido, incorpóreo, toma vida propia.

A través de mis gritos oigo a Yvan rugiendo algo en un idioma extraño, y sus palabras se transforman en un siseo muy raro. Atrapada en una nube de dolor, me doy media vuelta en el suelo justo a tiempo de ver cómo Yvan le arranca la cabeza al dragón.

Dejo de gritar cuando el terrible dolor me entumece el cuerpo y el mundo empieza a desmoronarse.

—Yvan... —jadeo cuando él viene corriendo hacia mí y me mira la pierna horrorizado. El color verde de sus ojos ha adoptado un brillo de otro mundo.

Se pone de rodillas, agarra mi falda hecha jirones y arranca un buen trozo de tela. Empiezo a verlo borroso y apenas soy consciente cuando me envuelve la pierna con la tela y la aprieta con fuerza.

De pronto aparece Trystan.

—Oh, Gran Ancestro. ¡No! —Corre hacia mí y mira a Yvan desesperado—. ¿Qué puedo hacer?

—Tenemos que sacarla de aquí —dice Yvan—. No tenemos mucho tiempo. Está perdiendo mucha sangre.

Y entonces siento un calor insoportable que me rodea el muslo. El dolor aminora y vuelvo a notar la pierna compacta, pero lo veo todo borroso y me estoy desmayando.

—¿Cómo has...? —comienza a decir Trystan asombrado.

—¿Acaso importa? —contesta Yvan con un tono de voz desafiante.

—No —sentencia Trystan con tranquilidad y seguridad—. No importa.

Yvan me coge en brazos y me levanta mientras el mundo da vueltas y aparece y desaparece de mi vista.

Soy vagamente consciente de las voces de los demás y mientras corremos por el bosque parece como si estuvieran debajo del agua. Nos paramos y vuelvo a enfocar un momento.

—Se están marchando —comenta Cael encantado.

Miro con debilidad hacia donde señala el elfo. La cabeza me cuelga de una forma extraña, como si la tuviera parcialmente desenganchada del cuerpo, y estoy rodeando a Yvan con los brazos por el cuello con las pocas fuerzas que me quedan. Estamos un poco más altos y ahora tenemos una vista panorámica de la base militar. Naga está inconsciente y Diana y Jarod tiran de ella; la dragona va arrastrando la punta de un ala por el suelo.

Veo lo que parecen más de cien dragones levantando el vuelo y surcando el aire en dirección al oeste, mientras un grupo de soldados muy nerviosos intentan dominarlos con anzuelos y hechizos.

—¿Adónde creéis que van? —pregunta Andras.

—Parece que se dirigen a Valgard —opina Trystan incrédulo.

—Tienen una conexión mental con Damion Bane —explica Yvan. Noto la sutil vibración de su voz grave en su pecho cálido—. Así que es muy probable que vayan a Valgard.

La base militar está sumida en el caos, los soldados se gritan unos a otros, les lanzan flechas y ráfagas de luz azul a los dragones, pero la mayoría de las bestias avanzan en una nube negra en dirección a Valgard.

Uno de los dragones, que se ha quedado rezagado, se da media vuelta, suelta un rugido horroroso y empieza a volar directamente hacia nosotros.

Debería estar muerta de miedo, pero estoy mareada y muy débil. Parece un sueño surrealista, y entonces me doy cuenta de algo:

«Cuando he tocado a Trystan, me ha dado la sensación de que el poder latente que hay en mi sangre ha amplificado su magia.»

—Trystan —jadeo poniendo una mano débil en la espalda de mi hermano

—. El hechizo del cráter. Hazle un agujero...

Trystan recita el hechizo apretando los dientes cuando el dragón empieza a descender. Yo jadeo cuando noto el calor, me recorre la mano en dirección al hombro de Trystan. De la punta de la varita sale un haz de luz blanca que se dirige al dragón, impacta contra el pecho de la criatura y lo atraviesa. El animal estalla en mil pedazos mientras el haz de luz sigue su curso y choca contra la montaña que tenemos delante.

Retumba una explosión en la roca y se levanta una nube de polvo. El ruido es ensordecedor y el suelo tiembla bajo nuestros pies. El impacto provoca un montón de avalanchas y varias rocas enormes se desmoronan sobre la base militar haciendo añicos el barracón más grande.

—Eso es... —dice Jarod alucinado.

—El nuevo cuartel militar de Damion, sí —termina de decir Trystan.

Todos nos encogemos al ver otra avalancha de piedras soltándose de la montaña y llevándose por delante el último de los edificios de piedra que quedaba en pie. Los soldados que hay debajo, pequeños como hormigas, se han quedado en silencio junto a sus pequeños barracones aislados y no pueden despegar los ojos de la base militar destrozada. Uno de los soldados grita y nos señala.

—Se están reagrupando —anuncia Cael con seriedad mientras escuchamos las órdenes que aúllan las voces roncadas de los hombres—. Y vendrán a por nosotros.

—Vámonos —ordena Yvan agarrándome con fuerza—. Tengo que ocuparme de su pierna. Cuanto antes.

—Mandarán rastreadores —dice Rafe con la voz entrecortada.

Mi hermano está pálido y tiene la cara manchada de sangre.

Tierney levanta las manos, cierra los ojos y empieza a canturrear en voz baja. En el cielo empiezan a aparecer unas nubes grises, como perros acudiendo a la llamada de su dueño, cada vez hay más, se mueven de una forma extraña, como si el tiempo pasara muy rápido. De pronto empiezan a caer copos de nieve del cielo, al principio son pocos, pero pronto espesan, como si alguien estuviera vaciando un saco de harina desde el cielo.

—Ya está —anuncia Tierney, a la que apenas consigo ver a través de la gélida cortina blanca—. Esto nos ayudará a ocultar nuestras huellas.

Secuelas

La conciencia me va y me viene, apenas me doy cuenta de que Yvan me rodea con los brazos, la cabeza me cuelga contra su hombro, y el horrible dolor de la pierna se ha transformado en un palpito doloroso que aumenta y disminuye, una y otra vez, como el vaivén rítmico de las olas del océano. Noto el sabor de la sangre en la boca y la huelo en el cuello de Yvan.

Y entonces me bajan, el aire que me rodea es húmedo y oigo mejor las voces cuando me tumban sobre el frío suelo de piedra. Los veo borrosos a todos, algunos se han agrupado a mi alrededor. Por un momento consigo ver el dragón que han traído Diana y Jarod, sus escamas rozan el suelo de piedra de la cueva cuando lo dejan en el suelo y su piel desprende olor a polvo y a humo de leña. Percibo el calor de su cuerpo y se me desentumecen los músculos. El dolor aumenta. Doy un grito y veo unos puntitos de luz blanca.

La voz de Yvan. Grita órdenes mientras yo me retuerzo de dolor. Me levantan la ropa. Noto unas manos sobre la pierna. Más manos alrededor de mis brazos. Me agarran con fuerza mientras yo intento soltarme.

—Ren. —Es la voz de Trystan, que me habla a mi espalda. Yo vuelvo a gemir—. Tienes que intentar estarte quieta, Ren.

Grito como un animal salvaje cuando noto cómo el dolor de mil cuchillos me atraviesa la pierna. Me doblo hacia las manos que me inmovilizan la pierna, el dolor parece no terminar nunca.

Al final el dolor empieza a disminuir y vuelvo a ver con claridad, como si estuviera emergiendo del agua, jadeando y asfixiada.

Yvan me está mirando muy aliviado, todavía me sujeta la pierna, pero el dolor se ha convertido en una molestia. Me palpita la cabeza, la estancia empieza a girar, veo borroso. Me desmorono sobre Trystan.

—Me has curado la pierna —digo maravillada.

Yvan sonrío con evidente alivio. Se sienta a mi lado mientras Trystan me coloca algo blando debajo de la cabeza. Me acurruco aliviada.

—Has perdido mucha sangre —me informa Yvan con delicadeza.

Coge mi túnica y rompe los costados de un tirón.
Incluso en mi estado, me parece un poco extraño.

—¿Qué estás haciendo?

Se detiene.

—¿Confías en mí?

Me está mirando fijamente.

Asiento, me noto la cabeza muy ligera, como si pudiera salir flotando hacia el cielo en cualquier momento.

Yvan desliza las manos por la tela rota y se abre paso con sus habilidosos dedos. Me pasa una mano por detrás de la espalda y me coloca la otra sobre el pecho.

Se me escapa un pequeño y lánguido suspiro.

—Estás tan calentito...

—Silencio —me dice con un tono tranquilizador—. Cierra los ojos.

Le obedezco mientras me sube la mano por el pecho con mucho cuidado. El calor que irradian sus dedos fluye por mi cuerpo y me recorre entera. El mareo va desapareciendo a medida que aumenta el calor, cada vez respiro mejor, y los largos cortes que tengo en la espalda ya son solo un hormigueo.

Abro los ojos y le miro fijamente, vuelvo a ver con claridad, el dolor ha desaparecido. Está muy cerca de mí y sus cuidados son como la caricia de un amante.

Quizá advierte el cambio, porque la caricia de Yvan se torna vacilante y más ligera. Me quita las manos de encima y se aparta. Parpadeo y veo que su expresión seria se vuelve, por un momento, infantil e insegura. Me mira la pierna y después aparta la vista.

Me sorprende que la cabeza ya no me dé vueltas. Tengo la falda subida hasta los muslos, y ya solo hay una cicatriz rosada donde antes había una herida abierta. Me miro la pierna sorprendida, la sangre que hay en el suelo de la cueva y en las manos y los antebrazos de Yvan son la prueba de que no me he imaginado nada de toso esto.

Yvan se acerca a Rhys, que está desmoronado contra la pared. Cael le está cortando la túnica con un cuchillito. Rhys tiene el torso lleno de cortes y una de las mangas marfileñas empapada de sangre, el brazo le cuelga de una forma extraña.

Ariel está inclinada sobre el dragón inconsciente y le está colocando bien el ala rota. Wynter le ha puesto las manos sobre el costado. El pecho de Naga sube y baja con debilidad y de vez en cuando le sale un poco de humo por los

orificios de la nariz y se va flotando en espiral hacia el techo de la cueva.

Andras se arrodilla junto al dragón y empieza a estirarle la pata rota.

Ariel se levanta y lo coge con aspereza del hombro.

—¡Apártate de ella! —ruge—. ¡No es un caballo! ¡Tienes que alinear el tarso mayor con el tarso menor o se soldará mal!

Andras aparta las manos de la pata de Naga y las levanta en señal de rendición mientras Ariel le lanza una mirada asesina.

Wynter pone la mano en el brazo de Ariel con delicadeza. Al poco, la maníaca mirada de Ariel desaparece. Vuelve a sentarse, se concentra en el ala de Naga y vuelve a lo suyo maldiciendo entre dientes.

—¿Dónde está Diana? ¿Y Jarod? —pregunto mirando por la cueva hasta toparme con la ropa de los lupinos apilada contra una pared.

—Se han transformado en lobo y han salido —me asegura Trystan—. Para hacer guardia.

Vivos. Todos. Es un milagro que estemos todos vivos.

Rafe está sentado cerca de Rhys, y le sujeta el brazo con una expresión dolida en el rostro, como si estuviera apretando los dientes.

Yo me vuelvo a poner bien la falda y me levanto despacio con ayuda de Trystan. Me apoyo en su brazo mientras muevo los dedos del pie izquierdo, todavía me da miedo apoyarme en esa pierna. Hago acopio de valor y la apoyo, y me sorprende descubrir que tengo más energía y fuerza en esa pierna que en la otra.

—Rafe, ¿estás bien?

Mi hermano sonrío con la cabeza ladeada.

—Bueno, he estado mejor. —Mira mi pierna curada con evidente alivio, después mira a Yvan, que está apoyando los dedos sobre las heridas de Rhys, una a una—. Pero me parece que el bueno de Yvan podría volver a pegarnos la cabeza si fuera necesario, así que tengo esperanza.

Yvan fulmina a Rafe con la mirada.

«Todos sabemos que eres un fae de fuego —me gustaría decirle a Yvan—.

Deja de fingir.»

—¿Puedes curar a Naga? —le pregunto directamente a Yvan.

Yvan vacila y aprieta los dientes con las manos pegadas al brazo herido de Rhys.

—No —contesta al fin con cautela—. No puedo ayudarla si está en forma de dragón. Y está demasiado débil para transformarse en humana.

Rafe abre los ojos sorprendido, igual que yo.

—¿Es una cambiaformas? —pregunta mi hermano con curiosidad.

Yvan niega con la cabeza.

—Los gardnerianos utilizaron la geomancia para quitarles la habilidad de transformarse.

Me lo quedo mirando alucinada.

—¿Estás diciendo que todos los dragones militares son cambiaformas?

Yvan me mira fijamente.

—Lo eran.

Intento comprenderlo, hay una forma humana en el interior de Naga que es incapaz de salir.

Tierney se apoya en la pared de la cueva, estoica y sin un rasguño. Está mirando a Yvan con preocupación y solidaridad.

«Dos fae. Los dos lo son. De agua y fuego.»

Cael se levanta y empieza a recoger sus armas y a prepararlas.

Un arco élfico y flechas. Cuchillos.

«Por si vienen a por nosotros.»

De pronto tomo conciencia de la situación.

—Hemos destruido una base militar gardneriana —resumo sin apenas creer lo que estoy diciendo.

Todos se vuelven para mirarme, en sus ojos se refleja la gravedad de lo que hemos hecho y el peligro extremo al que nos hemos expuesto.

Tierney es la primera en hablar y lo hace en voz baja, con una mirada dura. —Me alegro.

—No podemos quedarnos todos juntos aquí —opina Cael mirándonos con los ojos entornados—. Ariel Haven puede cuidar del dragón. En cuanto Yvan termine los demás tenemos que separarnos. Y rápido.

Vuelvo corriendo a la Torre Norte con la mochila al hombro, dentro llevo la varita blanca.

Salgo del bosque y me dirijo hacia el campo que hay delante de la torre sintiendo el tacto irregular del suelo congelado. Me detengo un momento abrumada por la intensidad del cielo negro que flota sobre mi cabeza. Está salpicado de nubes plateadas, afiladas como garras.

Algo se mueve en el cielo, por el nordeste. Unas alas.

Se me aflojan las piernas y caigo presa de un terror paralizante.

Un dragón. Otro dragón.

Vuelvo a meterme en el bosque. Miro hacia el cielo en dirección

nordeste temblando de miedo.

Es una nube. Una de las plateadas. La forma de dragón que tenía se ha difuminado y la nube ahora dibuja tres franjas distintas que se distinguen en la cúpula negra del cielo.

Me apoyo en una piedra muy grande e intento respirar recordándolo todo: el ataque de los dragones, las horribles garras de la bestia, la montaña desmoronándose.

«Nos cogerán. Nos encontrarán y nos arrestarán a todos. Y entonces...»
—Elloren.

Me sobresalto al reconocer la voz de Yvan y el contacto de su mano en el hombro.

Está muy calentito. Noto el calor a través de la capa, la túnica y la camisola. Su calor me tranquiliza.

«Es una nube. Solo es una nube.»

Me esfuerzo por regular mi respiración.

—¿Estás bien? —pregunta, los angulosos rasgos de su rostro reflejan el alivio que siente bajo la luz de la luna.

—La nube —consigo decir mirando al cielo de la noche—. Se ha movido. —Trago saliva intentando borrar los recuerdos—. He... he pensado que era un dragón.

Yvan asiente y mira al cielo con una expresión oscura. Me quita la mano del brazo y deja un vacío que el frío no tarda en llenar. Parece cansado.

—¿Qué haces aquí? —pregunto notando las punzadas del viento en la cara—. Se supone que debíamos separarnos.

—Quería darte las gracias —me dice.

Niego con la cabeza para protestar.

—No tienes nada que agradecerme.

—Claro que sí.

—¿Por qué? —pregunto incrédula—. ¿Por hacer que casi nos maten a todos?

Yvan niega con la cabeza sorprendido e incrédulo.

—Naga está viva gracias a ti. Yo necesitaba ayuda. No podía hacerlo solo. Antes de que llegaras aquí... antes de conocerte... —Parece que le cueste encontrar las palabras adecuadas—. Naga era...

—Tu amiga. Ya lo sé —concluyo con él en voz baja; de pronto me siento rendida y tan cansada como parece Yvan. Le miro a los ojos—. Ya sé que puedes comunicarte con ella, Yvan.

Guarda silencio y adopta una expresión cuidadosamente neutra.

Le observo a la luz de la luna, el vivo color de sus ojos se ve de un gris apagado. Recuerdo el aterrador brillo verde de sus ojos. Su fuerza inhumana.

Su extraño lenguaje. Su terrible siseo.

—¿Qué eres, Yvan?

Aprieta los dientes.

Quizá sea el cansancio o el miedo que todavía siento lo que hace que su obstinado silencio me parezca tan desagradable.

—No lo entiendo —insisto—. Después de todo lo que ha pasado... ¿por qué no puedes decirme lo que eres realmente?

Me mira con frustración, pero no dice nada, y yo me siento inexplicablemente dolida por su silencio. Se me saltan las lágrimas.

—Pero el dragón sabe lo que eres —aduzco—. Y Wynter también, ¿no?

—Elloren...

Me muerdo el labio horrorizada al darme cuenta de lo cerca que estoy de echarme a llorar. Me resisto, pero no lo consigo, y me pongo a llorar delante de él.

Yvan se queda allí plantado, mirándome con sus penetrantes ojos verdes, y de pronto tomo conciencia de lo mucho que debe de brillar mi piel en la oscuridad, lo que acentúa lo diferentes que somos.

Otra nube se mueve y vuelvo a sentir una punzada de pánico. Me esfuerzo por reprimirlo, temblando. —Podría haber muerto... —Pero no ha sido así.

—Pero podría haber muerto. Podríamos haber muerto todos.

Vuelve a quedarse callado.

—Podrían pillarnos —insisto con la voz ronca. Yvan no contesta y su silencio me pone histérica—. Podrían encontrarnos... detenernos... y matarnos...

Adopta una expresión seria y me mira con dureza. Cuando habla su tono es tan áspero como su mirada.

—Sí, Elloren. Podrían.

Su respuesta, tan directa, me tranquiliza de alguna forma. Yvan se ha enfrentado a su miedo y lo ha superado. Superarlo es posible.

Y entonces vuelve a tocarme el brazo, me mira con mucha intensidad, pero su contacto es suave y cálido.

—Vete —me rindo limpiándome las lágrimas con el reverso de la mano. Señalo con la barbilla las luces parpadeantes de la ciudad universitaria—.

Duerme un poco. Pareces muy cansado. Tu dragona se pondrá bien. Es posible que Ariel sea un poco... inestable... pero se le da muy bien cuidar de las criaturas aladas.

Yvan asiente con una expresión muy tensa, como si se muriera de ganas de decir algo pero no pudiera. De pronto da un paso hacia mí con fuego en la mirada.

—Elloren —susurra acariciándome con la mano la mejilla y deslizando sus larguísimos dedos por mi pelo.

Se inclina hacia delante y acerca su cara a la mía, como si estuviera a punto de besarme, y por un momento parece que todo vaya a ponerse en su sitio.

Inclino la cabeza hacia arriba con el corazón acelerado, de pronto no hay nada que desee más que sentir sus labios sobre mi boca.

Yvan se aparta de golpe y retira la mano de mi cara, como si se hubiera quemado.

Estoy tan sorprendida que no sé qué hacer.

Parece que esté enfadado consigo mismo.

—Buenas noches, Elloren —dice al fin con la voz contrita.

Y entonces da media vuelta y se marcha a toda prisa, dejándome en la noche gélida, demasiado dolida y asombrada como para reaccionar. Observo cómo desaparece su silueta oscura que se acaba desvaneciendo cuando se la traga la universidad.

Revolucionario

Los carteles de SE BUSCA aparecen a la mañana siguiente.

Están pegados a los tablones de anuncios de todas las tabernas y en los vestíbulos de todas las residencias.

Me paro en seco cuando veo las primeras hojas de pergamino. El viento de la mañana ha traído consigo un frío todavía más intenso, y me quema la piel expuesta y me congela los pulmones. Me hace estremecer y me envuelvo con fuerza en la capa de invierno con las manos enguantadas mientras leo el cartel que tengo delante.

Está clavado en un tablón en la puerta del laboratorio de farmacia. Al otro lado de la calle veo tres estudiantes elfhollen que aminoran el paso y se paran delante de otro cartel pegado a una farola. Se apiñan un poco murmurando entre ellos y, a medida que van leyendo, se les ve cada vez más serios.

POR ÓRDENES CONJUNTAS DE LAS FUERZAS MILITARES DE VERPACIA Y GARDNERIA, SE ESTÁ LLEVANDO A CABO UNA AGRESIVA BÚSQUEDA RELACIONADA CON LA DESTRUCCIÓN DE LA BASE MILITAR DE LA DIVISIÓN CUATRO DEL EJÉRCITO DE GARDNERIA. SE OFRECEN RECOMPENSAS A CAMBIO DE INFORMACIÓN.

Rebeldes. Revolucionarios. Resistencia. Las palabras parecen saltar del cartel. Cada una de ellas me provoca una punzada de miedo. De pronto me asalta la certeza de que mis hermanos y yo, de que nuestro extraño grupo de amigos...

Se me revuelve el estómago.

Nos hemos convertido en todas esas cosas.

Sigo leyendo, un poco mareada, y me esfuerzo por distinguir las letras a través de una niebla de desorientación.

CUALQUIERA QUE TENGA ALGUNA INFORMACIÓN RELACIONADA CON LA

DESTRUCCIÓN DE LA BASE DE LA CUARTA DIVISIÓN GARDNERIANA DEBERÁ COMPARTIRLA CON EL NUEVO LÍDER MILITAR DE LA BASE: EL COMANDANTE LUKAS GREY.

Justo encima del cartel hay un anuncio que informa del próximo baile gardneriano de Yule. Es el próximo fin de semana.

«Volverá», advierto con el corazón acelerado. Para llevarme al baile y encontrar a los responsables del atentado.

El nudo de miedo que tengo en el estómago se intensifica.

¿Cómo voy a conseguir evitar a Lukas Grey?

Nos estamos evitando todos. Hay mucho riesgo.

—Lleva a Tierney a hablar con el profesor Kristian —me dice Yvan de pasada a última hora de la noche en la cocina, me lo dice con una voz tersa y sin apenas mirarme, como si verme le quemara la vista. Se marcha con los demás celtas y se me encoge el corazón.

Su forma de evitarme sobrepasa en mucho lo que tenemos que hacer para protegernos. No, esto va más allá. Algo se ha roto entre Yvan y yo, y no sé cómo reparar lo que teníamos.

Esa noche me arrastro hasta la Torre Norte con una semilla de miedo en mi interior. Hay un paquete para mí, y Wynter me lo entrega bastante alarmada. —Ha venido un soldado —me dice con un hilo de voz—. Ha estado a punto de verla.

Dirige sus ojos plateados hacia Marina, que nos está mirando fijamente con mucho miedo.

Cojo el paquete y le doy la vuelta muy preocupada.

Otro regalo de Lukas. Pero este es más pequeño. Primero abro la tarjeta.

Elloren:

Parece que hemos perdido un dragón.

Te buscaré cuando llegue.

Lukas.

Abro el paquetito bajo la curiosa mirada de Wynter.

Es un collar, levanto la cadena de plata y dejo que el colgante se mueva en el aire entre nosotras reflejando la suave luz del candil que hay en el descansillo.

Un árbol. Tallado en madera blanca.

Cojo el colgante y respiro hondo asombrada cuando me viene a la cabeza la imagen de un enorme roble blanco, me acaricia la mente y me

enrosca las ramas a las extremidades hasta llegar a las manos y los pies.

Esta madera me ancla al suelo y me estabiliza, y siento cómo me recorre un pálpito muy placentero.

Suelto la madera con la respiración acelerada.

—Mucho cuidado, Elloren Gardner —me advierte Wynter mirando el colgante de la misma forma que la he visto mirar el nilantyr de Ariel.

—Sé lo que me hago —le digo un tanto intranquila.

«Es lo correcto —me digo—. Quedarme con el lado bueno de Lukas y fingir que todo va bien y no pasa nada. Me lo pondré cada día para que lo vea cuando llegue.»

Ya me lo estoy imaginando, como mirará la cadena, me deslizará sus dedos de pianista por el cuello y después cerrará la palma alrededor del colgante mientras me sonrío.

Cuando pienso en él un rubor me calienta las mejillas y me siento avergonzada de lo que estoy imaginando.

Me pongo el collar, coloco el colgante dentro de la túnica e intento olvidarme de Lukas.

Pero noto cómo la madera del arbolito palpita contra mi piel, como si fuera un corazón cálido y desconcertante.

Doscientos cincuenta y seis

Cuando me siento con Tierney en el abarrotado despacho del profesor Kristian, un viento helado agita las ventanas con enrejado de diamante.

Ya es tarde y las sienes me palpitan como si fueran un hilo de pescar en tensión, y noto un hormigueo en la cicatriz del muslo.

Llevo todo el día aguantando la respiración, esperando un arresto que no llegaba mientras mis amigos y yo nos ceñíamos con estoicismo a nuestra rutina de clases, trabajos y tareas, todos intentando pasar desapercibidos, como estudiantes inofensivos y trabajadores.

Pero he visto a varios soldados de Verpacia y Gardneria interrogando a estudiantes y profesores, y cada vez hay más militares en la universidad. Y eso me ha provocado un pánico cortante.

Esto es más grande de lo que parece. Y necesitamos ayuda.

Tierney y su familia tienen que salir de aquí.

El profesor Kristian está sentado tras su escritorio y nos mira a Tierney y a mí con sombría preocupación. Tierney parece un conejito asustado, tiene los nudillos blancos y se ha sentado con la espalda inclinada hacia delante, agarrada a la silla y muy quieta.

—¿Qué ocurre, Elloren? —me pregunta el profesor Kristian alternando la mirada entre Tierney y yo.

Tengo el corazón acelerado y estoy muy nerviosa, pero decido saltar al vacío.

—Yvan Guriel. Nos ha dicho... que tú podrías ayudar a alguien que podría ser... —Respiro hondo—. Un fae oculto tras un glamour.

El profesor Kristian alza las cejas y guarda silencio un buen rato, está tan quieto como Tierney.

—¿Conoces a Yvan Guriel? —pregunta al fin.

Lo miro parpadeando muy sorprendida por su pregunta. «Un poco —pienso dolida—. Estuvo a punto de besarme.» Asiento con cautela.

El profesor Kristian hace un ruidito de asombro y entorna los ojos.

—Sorprendente. Y van odia a los gardnerianos. Bastante.

Me duele escuchar eso. Pero ignoro la sensación.

—Tenemos una meta en común —le digo poniéndome derecha.

—Imagino que se trata de trasladar a una fae oculta bajo un glamour hasta el este —dice muy seguro—. ¿Eso es lo que has venido a decirme?

Tierney y yo nos miramos y el miedo que veo en sus ojos me recuerda el gran riesgo que corren tanto ella como su familia.

—Sí —le digo al fin—. Eso es exactamente lo que he venido a decir.

El profesor respira hondo asintiendo, suelta el aire y junta las manos pensativo. Frunce el labio divertido y me mira.

—Flirteando con la resistencia, ¿eh?

Suspiro.

—Me parece que me he metido en la cama con ellos directamente.

Al profesor se le escapa una carcajada sorprendida y yo no puedo evitar echarme a reír también. Me masajeo la cabeza y vuelvo a mirarle, resignada al camino salvaje que he tomado.

Se recuesta en la silla con la risa todavía asomando a sus ojos y me mira con divertida incredulidad.

—Eso no es muy propio de una gardneriana —dice todavía riendo.

Suspiro con resignación.

—Cada día que pasa me siento menos gardneriana.

Asiente comprensivo y entonces adopta una expresión extraña, como si hubiera visto algo en mi cara, algo que le ha parecido preocupante. Traga saliva con fuerza y... se le llenan los ojos de lágrimas.

—¿Qué ocurre? —le pregunto preocupada.

—Nada —contesta negando con la cabeza, y se le quiebra la voz. Carraspea y se inclina hacia delante para ponernos un par de tazas de té a Tierney y a mí y servirnos la bebida de la omnipresente tetera que tiene siempre encima de la mesa. Me mira y veo el dolor en sus ojos—. Me has recordado a alguien —dice con la voz todavía entrecortada—. A alguien que conocí.

—¿A quién? —pregunto confundida—. ¿A mi abuela?

—No, a otra persona —dice muy críptico, pero ya se ha cerrado—. No es nada.

Vuelve a negar con la cabeza y nos sirve el té, el vapor del agua flota en el aire.

El clásico burbujeo del té al verterse en la taza resulta reconfortante y percibo el olor mentolado en el aire mientras se cuele una ráfaga de viento helado por los quicios de las ventanas.

El profesor Kristian mira a Tierney mientras le acerca la taza.

—Supongo que tú eres la fae con el glamour.

Tierney me mira asustada y yo asiento para animarla.

—Yo puedo ayudarte —le dice con un tono grave y agradable—. Has venido al lugar adecuado. No tienes nada que temer.

Tierney se lo queda mirando sorprendida un momento y después se echa a llorar, se le agitan los hombros y se dobla hacia delante.

—Oh, vaya. No pasa nada.

El profesor Kristian se levanta y rodea la mesa. Le tiende un pañuelo a Tierney y le toca el brazo con mucha delicadeza.

Ella acepta el pañuelo con la mano temblorosa.

—¿Qué clase de criatura eres, querida? —le pregunta—. ¿Qué clase de fae?

—Asrai —contesta.

—Es maravilloso —le dice tranquilizador—. Quizá aquí no sea tan maravilloso ser un Asrai, pero lo será cuando tú y tu familia lleguéis a las islas Noi, ¿eh?

Tierney se anima a mirarlo y se pone a llorar con más fuerza asintiendo dolida. Se la ve muy pequeña, asustada y muy joven.

—Toma un poco de té —le dice dándole una palmadita en el brazo.

—Gracias —consigue responder.

Se limpia los ojos con rudeza, consigue controlar su respiración entrecortada, acepta la taza que él le tiende muy paciente y empieza a beber mientras el profesor se sienta de nuevo tras el escritorio.

Vuelve a adoptar una expresión divertida cuando me mira.

—Has estado muy ocupada, ¿no?

—No me gusta estar ociosa —contesto con aspereza.

—Mmm —murmura mirándome con un recelo cordial—. Por casualidad no sabrás algo sobre el dragón que se ha perdido, ¿no, Elloren?

Me quedo sin aire en los pulmones.

El profesor Kristian mira a Tierney.

—¿O sobre una tormenta de nieve rarísima que cayó solo sobre la base militar de la División Cuatro de los gardnerianos?

Tierney lo mira asombrada y por poco se atraganta con el té.

El profesor se quita las gafas con despreocupación, se saca otro pañuelo del bolsillo y se pone a limpiarlas.

—Supongo que ya sabréis que ayer por la tarde aparecieron en Valgard más de cien dragones militares en busca de su entrenador, Mago Damion Bane.

Trago saliva con fuerza.

—Sí. He oído... algo así. Es sorprendente.

—¿Sí? —pregunta alzando una ceja. Sigue limpiando sus gafas—. Por lo visto Mago Bane también se quedó muy sorprendido. Él y otros siete magos de nivel cinco tardaron un buen rato en matar a la mayoría de los dragones y controlar a los otros. Es muy probable que Mago Bane tenga que recibir cuidados médicos durante varios meses. He oído que un dragón le clavó las zarpas en un lado de la cara y en el cuello.

Me esfuerzo por mantener las formas y mostrarme impasible.

—Los gardnerianos no suelen hablar de cosas tan vergonzosas como esta. —Se ríe y vuelve a ponerse las gafas—. Pero más de cien dragones... eso no es fácil de esconder, ¿no? Y ocurrió justo cuando se celebraba el ascenso de Damion Bane a comandante de la base de la División Cuatro. — Se vuelve un poco y señala la ventana con el pulgar—. Es curioso que no esté muy lejos de aquí.

«Lo sabe. Lo sabe. —Se me desboca el corazón—. Y si el profesor Kristian lo sabe, ¿quién más puede saberlo?» Alguien llama a la puerta con suavidad.

—Adelante —dice el profesor Kristian con despreocupación.

La vicerrectora Quillen entra en el despacho.

El miedo vuelve a apoderarse de mí y me encojo en la silla.

La vicerrectora nos ignora a Tierney y a mí, se quita el abrigo de invierno, lo cuelga del desgastado perchero de madera que ya está abarrotado con nuestras capas, y se sienta cerca del profesor Kristian. Lleva una esfera plateada de Erthia colgada del cuello y se alisa la parte posterior de la falda.

—Hace un tiempo terrible, Jules —comenta quitándose unos elegantes guantes de piel.

—Pues sí —contesta él, los dos parecen ignorar nuestra presencia mientras dedican un momento a quejarse del frío que hace últimamente.

Al final se hace un silencio y la vicerrectora nos mira.

Me esfuerzo para sostener su penetrante mirada verde.

Como si recordara de repente que estamos allí, el profesor Kristian me

mira y señala a la recién llegada.—Me parece que ya conocéis a la vicerrectora Quillen.

Miro a Tierney presa del pánico. Está mirando fijamente a la vicerrectora, que no puede ser más gardneriana, y su miedo es muy evidente.

—Relájate, Maga Calix —le dice esta con despreocupación—. Estás entre amigos. —Se vuelve hacia el profesor Kristian—. ¿Cuántos niños fae escondimos durante la guerra, Jules?

—Doscientos cincuenta y seis —contesta sin pensárselo—. Sin incluir a Zephyr.

Me da vueltas la cabeza.

—¿Quién es Zephyr? —pregunto.

—Mi hija adoptiva, Maga Gardner —contesta con concisión la vicerrectora—. Es una fae sílfide. Y está lejos de aquí. En las islas Noi, con mi hermano Fain.

—¿Cómo está Fain? —le pregunta el profesor Kristian en un tono amigable.

—Disfrutando del este —contesta ella con la misma cordialidad—. Ahora tiene dragones de las profundidades.

—¿Cómo pasatiempo?

Ella esboza una sonrisa traviesa.

—No. Ya conoces a Fain. Son sus compañeros.

El profesor Kristian suelta una carcajada.

—En fin —continúa la vicerrectora Quillen volviéndose hacia mí—, allí Zephyr está bastante segura. De momento. —Adopta una expresión reflexiva mirando a Tierney y niega con la cabeza—. Pero todavía hay muchos más escondidos. Y ahora... —suspira—, parece que tendremos que sacarlos a todos. —Vuelve a negar con la cabeza y frunce los labios mirando a Tierney—. No te preocupes, Maga Calix, resulta que tenemos algunos aliados inesperados. —Mira al profesor Kristian—. Parece que alguien destruyó las jaulas de acero élfico. ¿Te has enterado?

El profesor Kristian esboza una sonrisa.

—Está claro que es obra de algún mago de nivel cinco, Lucretia.

La vicerrectora me mira fijamente.

—¿Tu hermano no es un mago de nivel cinco, Maga Gardner? —Abro la boca desesperada por encontrar una respuesta convincente, pero ella no espera a que le conteste—. Un hechizo complicado.

—Me parece que es un hechizo militar confidencial —comenta el

profesor Kristian mirándola como distraído.

—Me alegro mucho de que saques ese tema, Jules —dice la vicerrectora mirándome de una forma que me hace sentir incómoda—. Porque resulta que ha desaparecido un libro de hechizos militares. Por lo visto no lo encuentran. —Afila la mirada—. ¿Por casualidad no sabrás algo de todo esto, Maga Gardner?

Casi no puedo respirar. Todos nuestros secretos ya no son secretos.

«Excepto lo de la varita blanca», recuerdo con cierto alivio.

El profesor Kristian se ríe.

—Venga, Lucretia. Ya sabes que estas chicas no saben nada de esas cosas.

—Oh, claro —concede—. Qué tonta soy. Si estuvieron conmigo ayer por la noche, Jules. Maga Gardner y sus dos hermanos.

—¿Y por qué, Lucretia? —pregunta el profesor Kristian siguiéndole el juego muy contento.

—Bueno, para empezar está el tema del pago de los estudios de Maga Gardner, que anda un poco retrasado. Y también teníamos que hablar sobre la aceptación de su hermano en el Gremio de Armas gardneriano. —Niega con la cabeza cansada—. Estuvimos en mi despacho. Toda la tarde.

—¿Trabajando hasta tarde otra vez, Lucretia?

La vicerrectora pone los ojos en blanco y chasquea la lengua.

—Oh, es un sinvivir.

—Bueno, es un alivio —opina el profesor Kristian—. En especial dado que los gardnerianos están investigando el paradero de todos los magos de nivel cinco a la hora que sucedió todo. Me alegro de saber que Maga Gardner y sus hermanos tienen coartada.

Me quedo allí sentada mirándolos sin habla.

La vicerrectora Quillen esboza una sonrisa y me dice con aprobación:

—Bienvenida a la Resistencia, Maga Gardner.

Agradecimientos

Se necesita toda una tribu para conseguir que fructifique una novela, y mi tribu de lectores, editores y autores tiene mucho talento.

Para empezar quiero darle las gracias a mi marido, Walter, por haberme apoyado durante todos estos años, cuidar de nuestros niños y adolescentes, por leer, editar ¡y proporcionarme tanta información sobre árboles!

Gracias a mi hija Willoughby (por sus perspicaces y sinceros comentarios), a mi hija Schuyler (por sus grandes correcciones e ideas), y a mis hijas Alexandre y Taylor por apoyarme con mi hábito de escritura y ayudarme a aguantar.

Quiero dar las gracias a mis padres, Mary y Noah Sexton, por su entusiasmo, sus ideas y por animarme tanto. A Anne Loecher y Tanusri Prasanna; a las fabulosas autoras/editoras Dian Parker y Kane Gilmour; a The Burlington Writers' Workshop; A Lorraine Bencivengo Ziff (por sus increíbles consejos de edición y tanto apoyo); a Susan Shreve; a Crystal Zevon; a Geof Hewitt y a todos lo que leyeron y me hicieron comentarios sobre mis novelas. Gracias, Beanbag, por cederme tu alocada forma de escribir y tu grandísimo talento.

También quiero expresar mi agradecimiento a Mike Marcotte, un mago de la informática extraordinario, por su apoyo en cuestiones tecnológicas, además de haber diseñado mi estupenda página web

www.laurieannforest.com, y gracias a todos los que ayudaron con los temas tecnológicos.

Gracias a Natasha Wilson, editora ejecutiva de Harlequin TEEN, por darles una oportunidad a las series: me encanta trabajar con el equipo de Harlequin TEEN (la colección más genial y divertida del mundo). Lauren Smulski, eres la mejor (y la más ingeniosa) editora que podría haber imaginado para este proyecto: has llevado este libro a otro nivel. Te agradezco tu interminable paciencia y tus increíbles ideas de edición.

Y por encima de todo, quiero darle las gracias a mi tenaz agente Carrie Hannigan (de la agencia Hannigan, Salky y Getzler), por creer en *La Bruja Negra* durante todos estos años (y después de tantos cambios). No podría tener una agente/lectora/editora más alentadora y talentosa que tú.

Título original: *The Black Witch*

© 2017, Laurie Forest

Edición publicada en acuerdo con Harlequin Books S. A.

Primera edición: marzo de 2019

Esta es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares y hechos son producto de la imaginación de la autora o han sido utilizados de manera ficticia. Cualquier parecido con personas de la actualidad, vivas o muertas, establecimientos o hechos es mera coincidencia.

© de la traducción: 2019, Laura Fernández

© de esta edición: 2019, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona **actualidad@rocaeditorial.com** **www.rocalibros.com**

Composición digital: Pablo Barrio

ISBN: 9788417771096

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.